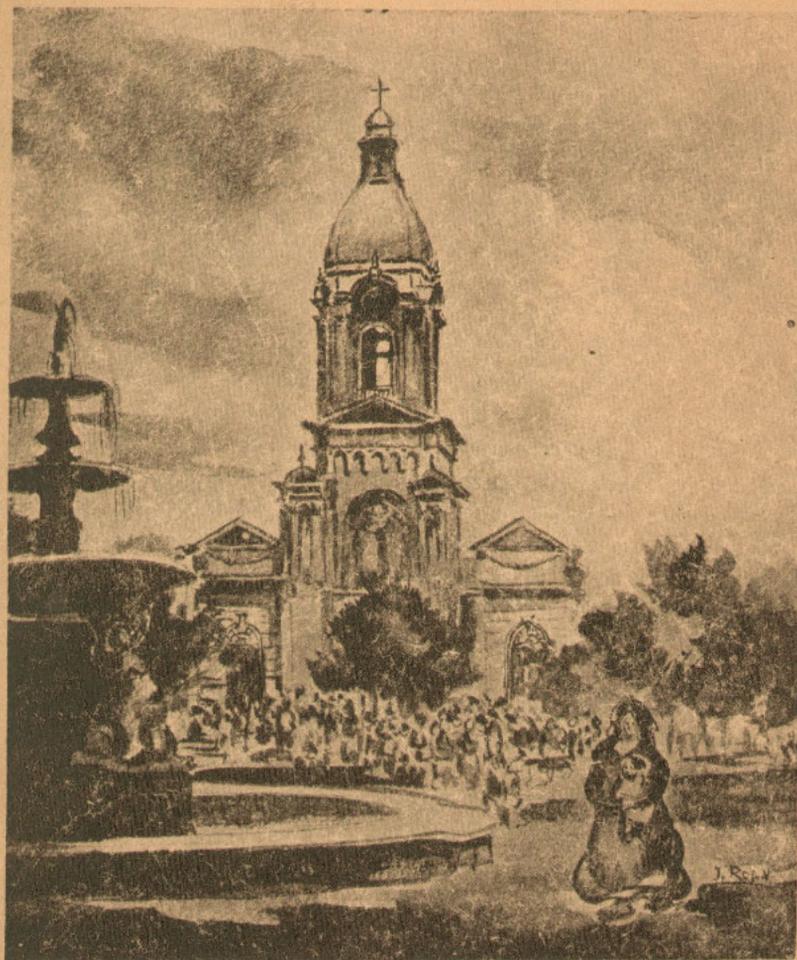


ANGOL

LA CIUDAD DE LOS CONFINES



PORTADA DE ISRAEL ROA

VICTOR SANCHEZ AGUILERA

ANGOL

LA CIUDAD DE LOS CONFINES

Portada de Israel Roa Villagra

Ex-libris de Caupolicán Montaldo

VICTOR SANCHEZ AGUILERA

1953

Hecho el depósito que ordena la Ley. Inscripción N°
Es propiedad del Autor.



Del Autor:

**"EL PASADO DE OSORNO
LA GRAN CIUDAD DEL PORVENIR"**

Impreso en los talleres de la Imprenta "Atenea"
MANUEL LEVEQUE GONZALEZ — Santiago (Chile)

"Ángol es la frontera que
más en medio de los ene-
migos siempre ha estado".

(De una carta del Gobernador Alonso de
Sotomayor, fechada en Ángol el 25 de
febrero de 1586).

DIFERENTES ETAPAS EN LA VIDA DE LA CIUDAD

- 1.—**Pedro de Valdivia.**—Octubre a diciembre de 1553 (3 meses).
- 2.—**Francisco de Villagra.**—Enero de 1555 a 1º de diciembre del mismo año (11 meses).
- 3.—**García de Mendoza.**—Enero de 1559 a 18 de abril de 1600 (41 años).
- 4.—**Alonso García Ramón.**—Mayo de 1610.
Luis Merlo de la Fuente (traslado). Mediados de diciembre de 1610.
Juan Jaraquemada (traslado). Fines de diciembre de 1611.
Alonso de Ribera (despoblación). 1612 (2 años).
- 5.—**Francisco Lazo de la Vega.**—Mediados de enero de 1638 a mediados de enero de 1641 (3 años).
- 6.—**Antonio Guill y Gonzaga.**—Noviembre a 25 de diciembre de 1766 (1 mes).
- 7.—**Cornelio Saavedra.**—7 de diciembre de 1862 a 1953 (91 años).

Total: 138 años de vida efectiva.

LA HISTORIA DE ANGOL

Al escribir una historia local, es indispensable destacar los acontecimientos sobre el telón de fondo de los sucesos nacionales o regionales de la respectiva época, en igual forma que resalta un solo de instrumento en el conjunto sinfónico.

Y esto se hace más necesario aún al referirse a la ciudad de Angol, de tan azarosa vida durante los tiempos coloniales.

Soldados ilustres de España cimentaron seis veces sus bases, y otras tantas el brazo implacable del indio convirtió sus moradas en restos calcinados, que quedaron como mudos testigos de la porfía hispana.

Después de cada destrucción, Angol seguía viviendo en espíritu: sus moradores buscaban amparo en las ciudades más cercanas —generalmente Imperial o Concepción— y su cabildo continuaba representando al pueblo que sólo vivía en el recuerdo.

Tres de las ciudades coloniales no pasaron del estado de simples campamentos o fuertes militares, debido a su corta duración: la fundada por Pedro de Valdivia, tres meses; la segunda, de Francisco de Villagra, un año; y la sexta, de Antonio Guill y Gonzaga, apenas un mes. Dos años y medio de existencia tuvo la cuarta ciudad, instalada por Alonso García Ramón; y tres la quinta, de Francisco Laso de la Vega.

En consecuencia, sólo el tercer Angol colonial, fundado por orden de Don García de Mendoza, logró convertirse durante su vida de cuarenta y un años en verdadera ciudad, donde la vida civil tomó pleno y firme desarrollo.

Todas estas circunstancias hacen que la historia de esas ciudades sea una larga serie de batallas, de persecuciones de indios, de incendios, de destrucciones y de fugas.

Angol, asentado en el corazón de Arauco, tuvo su centinela avanzado en "la ladronera de Purén", así llamada por los espa-

ñoses, porque, por lo inexpugnable de sus ciénagas, servía de seguro refugio a los indios y de punto de partida para los más grandes alzamientos. La historia de Angol es gemela con la de Purén.

Hemos dicho que soldados españoles ilustres dieron vida a este pueblo glorioso, pues no otro calificativo puede darse a los grandes capitanes Pedro de Valdivia, fundador de la nacionalidad chilena, Francisco de Villagra, García de Mendoza, Alonso García Ramón, Francisco Laso de la Vega y Antonio de Guill y Gonzaga.

Un olivo es hoy el vivo monumento del último Angol colonial. Sus raíces se han hincado en la tierra con la firmeza que lo hizo la raza india; y su tronco robusto, agrietado como rostro de anciano, fué mudo testigo de una epopeya grandiosa.

Casi un siglo más tarde, en el período luminoso de la República, otro distinguido soldado, el coronel don Cornelio Saavedra, dió existencia definitiva a la ciudad de nombre legendario que se destaca bella en medio de la esmeralda de sus ubérrimas campiñas bañadas por el Rehue, el Picoiquén, el Huequén y el Malleco.

ALGUNOS DATOS GEOGRAFICOS Y ECONOMICOS

La actual ciudad de Angol fué fundada por el coronel don Cornelio Saavedra el 7 de diciembre de 1862.

Ha conservado, de preferencia, este nombre tradicional desde los primeros tiempos de la Conquista de Chile. Otros que indistintamente se emplearon en aquellos tiempos fueron: los Confines, que le dió su primer fundador el año 1553; Engol y Ongol, términos mapuches; y los Infantes, con que lo designó oficialmente el Gobernador Don García de Mendoza. Hay que advertir que la palabra Ongolmo no corresponde a Angol, sino a un lugar de la actual provincia de Arauco.

Otros nombres, dados en algunas reconstrucciones del período colonial, no lograron imponerse a la tradición, pero todos los anteriores fueron ampliamente usados.

La ciudad de Angol se encuentra situada en 37° 48' de latitud sur, y 72° 42' de longitud occidental.

El censo nacional de población y vivienda, efectuado el 24 de abril de 1952, dió los siguientes resultados con respecto a la ciudad de Angol y comuna de que es cabecera:

Radio urbano:

Hombres, 6.200; mujeres, 8.000; total, 14.200.

Comuna de Angol: 27.489 habitantes.

La ciudad registró un aumento de 2.000 pobladores con respecto al censo nacional anterior.

En el centro de ella se juntan dos ríos, el Rehue y el Picoiquén, cuyas aguas, que forman el Vergara, se unen a escasa distancia, al norte de la ciudad, con las del Malleco, y van a incrementar la corriente del caudaloso Biobío frente a Nacimiento.

Está asentada al oriente de los cerros de Rucapillán, integran-

tes de la cordillera de Nahuelbuta; y en sus otras tres direcciones cardinales se extienden hermosos y fértiles valles, aptos para toda clase de cultivos y crianza de animales.

Esto último se debe a la benignidad de su clima. Angol es el límite sur del cultivo comercial de la vid, cuyo fruto madura en magníficas condiciones.

Es un gran centro productor de frutas de exportación, y aquí se construyeron las primeras casas de embalaje en Chile, destinadas a ese objeto.

Las lentejas de Angol son apreciadas mundialmente por su excelente calidad.

Las primeras divisiones administrativas de Chile independiente no tomaron en cuenta a esta región, no sólo porque la ciudad entonces no existía, sino porque el territorio comprendido entre el Biobío y el Toltén siguió permaneciendo en manos de los indomables araucanos.

Sin embargo, el Presidente don Manuel Montt creó, por decreto de 7 de diciembre de 1852, la provincia de Arauco, que abarcaba desde el río Carampangue y departamento de la Laja hasta el Toltén, con capital Los Angeles.

La dividió en dos bandas longitudinales separadas por la cordillera de la Costa. El "territorio fronterizo" del oriente tuvo como capital la ciudad de Nacimiento; y el del poniente, la plaza de Arauco.

El 15 de julio de 1869, casi siete años después de fundado Angol, el Presidente don José Joaquín Pérez firmó la ley que dividía las dos bandas longitudinales indicadas en el párrafo anterior y separaba el departamento de Angol del de Nacimiento, desde el río Renaico hasta el Cautín, pasando a ser la ciudad de Angol capital de ese departamento y de toda la provincia de Arauco.

Al poniente de Nahuelbuta se creó, por la misma ley, el departamento de Lebu; y al sur del Cautín, el de Imperial, que tuvo su capital en la plaza de Toltén, ya que Nueva Imperial aun no existía, pues fué fundada en 1882.

La ley de 13 de octubre de 1875, promulgada por don Federico Errázuriz, dividió la provincia de Arauco en tres partes: provincia de Biobío, con los departamentos de Laja, Nacimiento y Mulchén, con capital Los Angeles; provincia de Arauco, con los departamentos de Arauco, Lebu, Cañete e Imperial, con capital Lebu; y el departamento de Angol, de la antigua provincia, que-

dó erigido como "Territorio de Colonización", teniendo su capital en la ciudad de Angol.

Este territorio quedó bajo el mando de un Gobernador Militar, que desempeñaba al mismo tiempo el cargo de comandante general de armas, con autoridad especial para la transferencia de dominio de los terrenos indígenas.

Y, por fin, llegamos a la creación de la provincia de Malleco, efectuada el 12 de marzo de 1887, bajo la presidencia de don José Manuel Balmaceda.

El art. 1º de la ley decía: "Del Territorio de Colonización de Angol y de una parte de los departamentos de Cañete e Imperial, de la provincia de Arauco, se forman dos nuevas provincias, denominadas de Malleco y de Cautín".

La de Malleco quedó formada por los departamentos de Angol, Collipulli y Traiguén, teniendo por capital la ciudad de Angol, bajo el mando de un Intendente; y la de Cautín por los departamentos de Temuco e Imperial, con capital Temuco.

Posteriormente se creó en la provincia de Malleco el departamento que se llamó Mariluán, actualmente Victoria; y en época reciente, 1º de enero de 1946, el de Curacautín.

Durante la primera Presidencia de don Carlos Ibáñez del Campo (1º de enero de 1928) la nueva división territorial establecida por su gobierno suprimió la provincia de Malleco, haciendo que los departamentos de Angol y Collipulli se agregaran a la de Biobío, y Traiguén y Mariluán a la de Cautín, disposición que más tarde fué derogada, creándose nuevamente la provincia de Malleco, por ley Nº 5.992, promulgada el 12 de febrero de 1937 y cumplida el 15 de abril.

ALGO DE PREHISTORIA

La vida amable y viril del araucano detuvo su curso tranquilo desde la llegada de los hombres blancos con cuerpos envueltos en metal, que cabalgaban extraños animales y que manejaban el rayo.

Y antes de esto, ¿qué había sucedido?

Los conquistadores españoles pudieron reconocer prácticamente que los indios que habitaban al norte del Biobío y Laja y los del sur del Toltén tenían muchas características comunes, siendo una de las principales la de su índole relativamente apacible.

En cambio, el pueblo mapuche que vivió en medio de aquéllos, tuvo sello realmente espartano, y la belicosidad fué su principal característica.

Aun es un misterio el origen de unos y otros, como lo es el de todos los indios americanos.

¿Cómo se explica la existencia de este injerto belicoso en medio de dos pueblos de paz?

Hay dos teorías.

Una, sostenida principalmente por don Ricardo E. Latcham, dice que el pueblo araucano fué extraño a Chile, que vino desde las pampas argentinas, entrando posiblemente por el paso de Lonquimay, y que desplazó hacia el norte y al sur al pueblo autóctono.

El forma completamente contraria opina don Leopoldo Pizarro Leiva, Director del Museo Histórico de Santiago de Chile.

Cree el señor Pizarro que los araucanos son de origen chileno, y que desde este lado de los Andes se desplazaron hacia las pampas argentinas. La diferencia de cultura que tuvieron con respecto a sus vecinos del norte, los picunches, y a los del sur, o huilliches, se debió exclusivamente a su preocupación guerrera, que los dejó a la zaga de sus hermanos.

Sólo el tiempo y el estudio lograrán aclarar esta diferencia de

apreciación. La arqueología trata de destruir la sombra que envuelve los tiempos prehistóricos.

Por eso, es de vital importancia el estudio científico de los antiguos cementerios indígenas, no sólo con el superficial objetivo de coleccionar cosas raras, sino el de hacer un estudio comparativo de los sistemas funerarios y de todo lo que se encuentre en las sepulturas.

En el curso de los años, todos estos elementos, cuidadosamente catalogados, permitirán a los técnicos establecer la verdad sobre el origen del indio chileno, y especialmente del americano.

La palabra "Arauco" no fué inventada por los españoles, aunque el gentilicio "araucano" tuvo que serlo, ya que los indios se llamaban entre ellos "mapuches".

El 3 de septiembre de 1544 "el muy magnífico señor Pedro de Valdivia" dió poder a su teniente de capitán general en la mar, Juan Bautista Pastene, para que fuera a reconocer las "provincias de Promaocaes y Ragco".

En el Diario que este distinguido primer marino de Chile hizo de su viaje, leemos:

"Más abajo, hacia el puerto de Valparaíso, está el río Biubú, que es en la provincia de Rauco, que manda el cacique Leochen-go, y confina con la provincia de Itata y de los Promaocaes, de las cuales tiene tomada posesión tres años ha el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia".

No cabe duda entonces de que los españoles, al avanzar hacia el sur, oyeron nombrar a los indios picunches la región de Rauco, palabra que, como muchos de los términos mapuches, modificaron y la transformaron en Arauco.

El vocablo "purumaucæs" fué introducido por los quichuas, que invadieron el territorio chileno en 1450. Significa "gente alzada", y fué la que se opuso a su instalación más al sur del Maule.

Es en el corazón de la Araucanía, que se extiende desde el Itata al Toltén, donde levantó sus modestos muros, en varias etapas de la vida chilena, la ciudad de Angol.

EL DESCUBRIMIENTO

ANGOL DE PEDRO DE VALDIVIA

1553

EL DESCUBRIMIENTO

El 23 de febrero de 1550 Pedro de Valdivia instaló su campo en el lugar donde debiera asentar la tercera ciudad de Chile: la Concepción.

Con actividad febril iniciaron la construcción de un fuerte que los protegiera del peligro indígena, que ya conocían por la dura lección de Andalién.

Diez días más tarde, el 3 de marzo, pudieron encerrarse dentro del cinturón de fosos y muros de piedra y adobes que habían construido.

Rechazado un rudo ataque araucano, el 20 de marzo llegó al puerto de la Concepción, con valiosos refuerzos, el capitán Juan Bautista Pastene, lo que entusiasmó a Valdivia a saber qué había más al sur del Biobío, para lo cual preparó dos expediciones paralelas: Pastene por el mar y Jerónimo de Alderete por tierra.

El 5 de octubre del mismo año se hizo la ceremonia oficial de la fundación de la ciudad de la Concepción, que hasta ese día, como hemos dicho, sólo estaba reducida a un fuerte.

Vino entonces la realización de la expedición proyectada, la que, siguiendo el curso de la actual provincia de Arauco, alcanzó hasta el sur del río Cautín. El regreso lo hicieron por el valle central.

Es así cómo en plena primavera de 1550 el escuadrón de soldados españoles vestidos de acero y relumbrantes al sol, exploró los hermosos valles de Rehue, Picoiquén, Huequén y Malleco, ante la mirada extática de los indios de Engol.

Era el Descubrimiento.

Pero, si maravillados se sintieron los mapuches ante el desfile de semidioses centauros, no menos admiración causó a los hispanos aquel espléndido vergel: todos los valles eran chacras

Allí iban, encabezando la columna, el general y adelantado Jerónimo de Alderete, a quien el Rey nombraría Gobernador de hermosas que lucían su verdura ante el sol primaveral.

Chile después de la muerte de Valdivia; Pedro de Villagra, maestro de campo, y Rodrigo de Quiroga, también futuros Gobernadores del reino; Francisco Gutiérrez Altamirano, que poco después tendría el honor histórico de haber asentado, como jefe, los primeros cimientos de la primera ciudad de los Confines.

Y seguían las escuadras y los hombres: Sebastián Martínez de Vergara, Antonio Tarabajano, Pedro de Leiva (repoblador de la ciudad en tiempos de Don García de Mendoza), Diego Jiménez de Carmona, Antonio de la Torre, Pedro de León, Francisco de Riberos, Juan Gómez, Pedro de Soto, Leonardo Cortés y cincuenta jinetes más. Todos jóvenes, todos hermosos en su apostura marcial, cabalgando sobre esos extraños animales.

Con el correr de los años, estos mismos conquistadores estamparon en documentos memorables los detalles de esta jornada, como méritos que hacían valer ante la Corona de España para conseguir mercedes.

Tienen un bello sabor esos recuerdos cuatro veces centenarios, y es por eso que no nos resistimos a dejar estampados en esta historia de la vida de Angol los capítulos más fundamentales del descubrimiento, y que encierran la verdad histórica del cuadro que hemos trazado.

Dice Francisco Gutiérrez Altamirano, el primer fundador: "Si saben que, poblada la ciudad de la Concepción é acabado un fuerte que allí hicimos de piedra y adobes, é traídos de paz los naturales de sus términos é comarca, el dicho Francisco Gutiérrez Altamirano salió con el general Jerónimo de Alderete y Pedro de Villagra, maestro de campo, al descubrimiento de las provincias de Cautén, y llegamos al mismo río y lo pasamos cerca del monte, é que la gente que iba eran ochenta hombres de á pie y de á caballo, é teniéndose siempre recuentros de los naturales, dimos vuelta por do está poblada la ciudad de los Confines, y el río abajo de Biobío venimos á recibir al dicho Gobernador (Valdivia) al asiento de Andalicán, y allí le dió cuenta de lo que habíamos descubierto".

Por su parte, Francisco de Riberos dice:

"Llegado el dicho general Jerónimo de Alderete á las dichas provincias de Arauco, vístose entre tanta multitud de gente, que



Don Pedro de Valdivia

DON PEDRO DE VALDIVIA

si los indios cayeran en tomar los pasos como lo hacen agora, no pudiera escapar ninguno, porque era tanta la gente, que todos los campos y cerros era una chácara”.

Antonio Tarabajano cuenta que también fué en la expedición de Alderete “al descubrimiento de las provincias de Arauco y Biobío” . . . y “como pasaron el grande río de Biobío a vado, que hasta entonces no se había pasado de españoles”.

Hemos dicho que juntamente con Alderete iba el maestre de campo Pedro de Villagra, el que, a pesar de asignarse en declaraciones posteriores el mando superior de esa expedición, que no la tuvo, da valiosos detalles relacionados con ella.

Repitamos sus palabras . . . “y de aquella vez se descubrieron los términos de la ciudad Imperial y Angol, que en aquella sazón era tierra tan poblada que se certifica no haberse visto otra que tanto lo fuese”.

“Que ansí descubierta la dicha tierra y viendo la bondad y gran población della, el dicho Pedro de Villagrán y Jerónimo de Alderete enviaron á dar aviso al dicho Gobernador (Valdivia) de lo que así habían hecho, con lo cual el dicho Gobernador se determinó á salir con la gente que pudo para poblar las dichas provincias, y ellos ansimesmo se vinieron al camino con la gente que tenían á juntarse con él y se juntaron”.

Que la región de Angol tenía grandes campos de cultivo trabajados por la mano del indio lo prueban varios conquistadores, como lo recordaba más tarde Juan del Puerto de Rentería, vecino de Osorno, que también participó en el descubrimiento de Alderete y Villagra:

“E ques verdad que era la tierra tan poblada de naturales en aquella sazón, que por ninguna parte andaban que no fuese labranzas de indios”.

Como dice Villagra, el Gobernador Valdivia salió de Concepción con la gente que pudo con el objeto de poblar las comarcas descubiertas.

A mediados de febrero de 1551 echó los cimientos del fuerte que sirvió de base a la ciudad de Imperial, lugar donde dejó 150 hombres al mando de Pedro de Villagra.

Después de una estada en Concepción, Pedro de Valdivia resolvió continuar sus reconocimientos al sur de la Imperial. Pasó por los campos donde se levantaría poco después la ciudad de Villarrica y, cuando iba por la región de Mariquina, lo alcanzó

Francisco de Villagra, que conducía un apreciable refuerzo de hombres con los cuales acababa de llegar del Perú, lo que hizo posible fundar de inmediato la ciudad de Valdivia, a mediados de febrero de 1552, y transformar el fuerte de la Imperial en ciudad, ceremonia que se efectuó el día 16 de abril.

Mientras Valdivia seguía reconociendo más al sur de la ciudad de su nombre y alcanzaba hasta las provincias de "El Lago", que probablemente fué el golfo cerrado de Reloncaví, Jerónimo de Alderete fundaba, también en abril del 52, junto al lago llamado Mallalauquén por los indígenas, la ciudad de Villarrica.

Y ya tenemos media docena de ciudades sembradas en el vasto territorio de Chile.

"DESDE AGORA COMIENZO A SER SEÑOR"

Cuentan los cronistas de la época de la Conquista de Chile, tal vez con demasiada exageración, que pasados los primeros diez años de andanzas, fundaciones y guazábaras, se había apoderado de los conquistadores, especialmente de Pedro de Valdivia, una verdadera fiebre de oro. La región comprendida entre Concepción y Valdivia era un hormiguero de indios que horadaban la tierra en busca del rubio metal.

Un buen día, estando el conquistador en la ciudad de su nombre, le presentaron, según Góngora y Marmolejo, "una batea llena de oro", que arrancó a don Pedro la histórica exclamación: "Desde agora comienzo a ser señor".

Los años 1552 y 1553 fueron de intensa actividad para don Pedro de Valdivia; pero, creyendo que aún tenía fuerzas suficientes para hacer nuevas fundaciones, aparte de las seis ciudades que ya tenía establecidas, repartió a sus principales capitanes en diferentes direcciones.

El 6 de noviembre del año 52 nombró a Francisco de Riberos gobernador de la provincia de Cuyo, para cuya conquista le proporcionó 25 hombres que, con recursos obtenidos en La Serena, envió a buscar pertrechos a Panamá; pero, desgraciadamente, el barco que traía dichos elementos naufragó, perdiéndose todas las mercaderías y pereciendo los comerciantes que habían hecho la diligencia.

En diciembre del mismo año partía a conquistar la Patagonia el sereno y diligente Francisco de Villagra, con órdenes de alcanzar hasta el estrecho de Magallanes. 65 hombres componían su

hueste, la que cruzó los Andes por el paso de Villarrica; pero después de avanzar veinte jornadas, el caudal de dos grandes ríos le impidió continuar en su empresa.

Fracasada esta última expedición, Valdivia resolvió emprender otras dos grandes empresas: la fundación de una nueva ciudad en los fértiles campos reconocidos por Villagra a su regreso, y una expedición marítima al Estrecho, que confió a Francisco de Ulloa.

A mediados de septiembre de 1553 Villagra acompañó a Ulloa hasta Valdivia, de donde éste zarpó en tres naves el 27 o 28 de octubre.

Villagra regresó a Imperial a fin de preparar su partida al sur y fundar a orillas del caudaloso Rahue la ciudad de Santa Marina de Gaete (la actual Osorno).

Como si fueran pocas las empresas que Valdivia iniciaba simultáneamente, envió a Pedro de Villagra a reconocer unas salinas descubiertas al otro lado de los Andes.

"Valdivia a nadie temía en esos momentos; se sentía fuerte, poderoso, y no pensaba sino en aumentar su poder", dice don Crescente Errázuriz.

¡Qué confianza ilimitada, temeraria, manifestaba entonces el valiente capitán extremeño!

Sin embargo, hubo una resolución precautoria, que tal vez Valdivia no pensó que sería inútil: la fundación de un pueblo en el corazón del territorio araucano, que sirviera para consolidar lo conquistado y evitar las sublevaciones indígenas.

LA CIUDAD DE LOS CONFINES

"Para conjurar el peligro, dice don Crescente Errázuriz, estableció Valdivia en octubre de 1553 en Quilacoya, no lejos de Concepción, un asiento de minas, resguardado por algunos soldados, y dotó de doce hombres a cada uno de los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén".

Jefes de estos últimos fueron nombrados Martín Hernández, Francisco Brito y Alonso Coronas, respectivamente.

Más adelante agrega el señor Errázuriz:

"No ya con el objeto de extender la dominación, sino para afianzar lo conquistado y precaverse contra un movimiento insurreccional, pobló otra ciudad en la confluencia del Malleco con el Huequén, cerca de donde ahora está Angol, y la llamó de los

Confines, por hallarse en los términos de Concepción y la Imperial”.

“La fundación de la ciudad de los Confines fué tal vez la última precaución tomada por Pedro de Valdivia contra la tempestad que podía preverse”.

Se eligió para levantar la nueva ciudad un valle que encierran en su confluencia los ríos Malleco y Huequén. Seguramente es por eso que el vado, en el río Huequén, que enfrenta a ese lugar es llamado, hasta ahora, “Pedro de Valdivia”.

Carvallo y Goyeneche describe así la instalación:

“En el mismo día que entró el Gobernador en Concepción, llegó **Francisco de Villagra**, que en desempeño de la orden que le dejó, había salido a fundar la de los Confines en la parcialidad de Angol, entre los ríos Malleco y Huequén (noviembre de **1553**).

Señaló solares para casas de ayuntamiento y parroquia, que fué dedicada al Apóstol San Andrés, como también la ciudad. A ésta dió por término de su jurisdicción diez leguas al sur, y por el norte hasta el río Laja, y de oriente a poniente desde los montes subandinos hasta los de Nahuelbuta. Concluído el establecimiento de la colonia, y recibidos al ejercicio de los empleos concejiles los que dejó nombrados el Gobernador, de lo que tenemos noticias no más que en globo, por haberse perdido su libro de fundación, se restituyó Villagra a la ciudad de Concepción”. (Pág. 63).

Hemos reproducido este párrafo de Carvallo y Goyeneche por los datos generales interesantes que contiene; pero, tal vez como él mismo lo declara, que no tenía noticias “más que en globo, por haberse perdido su libro de fundación”, comete en él varios errores.

Es efectivo que Valdivia regresó a Concepción, de vuelta de su reconocimiento al Lago, a principios de marzo de 1552, lugar donde invernó, pero sus capitanes Alderete y Francisco de Villagra quedaron en el sur, en la región de Villarrica el primero, fundando la ciudad; y Villagra efectuaba, en el mismo tiempo, su reconocimiento de la Patagonia, al otro lado de los Andes, y de regreso se aprestaba a fundar en los campos donde hoy se levanta Osorno, la ciudad de Santa Marina de Gaete.

¿Quién fundó entonces la primera ciudad de Angol, por orden de don Pedro de Valdivia? ¿Y cuándo?

Las probanzas de méritos y servicios de los soldados españoles de aquellos tiempos responderán a esas dos preguntas.

El fundador de la primera ciudad de lo Confines fué **Francisco Gutiérrez Altamirano**, según se desprende de sus declaraciones

hechas en la ciudad de Valdivia "á trece días de Septiembre de mill é quinientos y sesenta y dos años, antel muy ilustre señor mariscal Francisco de Villagra, gobernador é capitán general destas provincias de Chile".

Gutiérrez Altamirano declara en el capítulo 12:

"Y si saben que después de poblada esta cibdad de Valdivia, se fué el dicho Gobernador á la Concepción, y desde allí fundó la cibdad de los Confines, á donde me mandó á mí, el dicho Francisco Gutiérrez Altamirano fuese á poblalla, aunque al presente yo estaba muy enfermo, me hize llevar en una hamaca para cumplir loquel dicho Gobernador mandaba, y la sustenté diez días, al cabo de los cuales supe quel Gobernador me mandaba volver á la cibdad Imperial, y mando un mandamiento al teniente Pedro de Villagra que me sirviese de otros dos principales hasta quel viniese, para me dar más". (Esto último se refiere a otorgarle más encomiendas de indios).

Desgraciadamente en los documentos consultados al respecto, no aparecen las declaraciones de los testigos presentados por Gutiérrez Altamirano.

Vemos aquí entonces el dato curioso, muy propio de la hombría del conquistador español, que el fundador de la ciudad de los Confines debió ser llevado "en una hamaca" a fin de dar cumplimiento a una orden de su jefe.

Hay una frase de la declaración de Gutiérrez de Altamirano que parecería confirmar la de Carvallo y Goyeneche, con respecto a la fecha de fundación: noviembre de 1552; pero esto queda desvirtuado claramente con las declaraciones posteriores, tanto del Cabildo de los Confines, como de los conquistadores que participaron en las actividades de aquel tiempo.

Debemos recordar que el desastre de Tucapel, a consecuencias del cual murió don Pedro de Valdivia, tuvo lugar el 25 de diciembre de 1553, día de Navidad.

En una carta de un contemporáneo se dice que estaba por entonces "el primer general Francisco de Villagrán en el Lago, que es la costa arriba, haciendo un pueblo, y otros **estaban haciendo** un pueblo llamado los Confines".

Pero lo que mejor nos orienta, en vista de la pérdida de los documentos originales relacionados con la fundación de la ciudad, es la carta que el Cabildo de los Confines envió a la Au-

diencia de Lima con fecha 20 de febrero de 1554, en la que relata el reciente desastre de Tucapel y pide se nombre Gobernador a Francisco de Villagra. Esta carta fué escrita en Concepción, a donde huyó dicho Cabildo.

Las partes pertinentes de ella dicen así:

"Muy poderosos señores: Ya tendrá V. A. noticia de las ciudades que en esta gobernación pobló é fundó el gobernador Pedro de Valdivia, **esceto de este de los Confines**, que habrá cuatro meses que la fundó, entre la de la Imperial é Concepción, la que estamos sustentando".

(Se cuenta, en seguida, la muerte de Valdivia).

... "y se levantó toda la tierra, lo cual nos ha sido gran trabajo y confusión, y aún nos han puesto en términos de nos perder todos; viéndonos en este aprieto y no nos pudiendo sustentar, nos retiramos á esta ciudad de la Concepción para que, todos juntos, mejor nos defendiésemos de los indios".

Firman: El Licenciado de las Peñas— Juan Ruiz de Pliego— Julián de Samano— Don Cristóbal de la Cueva— Gaspar de Vergara— Juan de Gangas— Juan Negrete.

De lo contenido en el irrefutable documento anterior se desprende, entonces, que la ciudad de los Confines debe de haberse fundado a mediados del mes de octubre de 1553, tal como lo han afirmado anteriormente investigadores históricos tales como don Crescente Errázuriz, don Enrique Matta Vial y don Tomás Thayer Ojeda.

QUIEN ERA FRANCISCO GUTIERREZ ALTAMIRANO

En su Información de servicios prestada en Valdivia, con fecha 13 de septiembre de 1562, dice que hacía más o menos veintitrés años (1539) que había salido de España para venir a las Indias.

Después de estar algún tiempo en Popayán y reino de Nueva Granada, se vino al Perú acompañando al Virrey La Gasca.

"Asosegado el Pirú" con motivo de la muerte de Gonzalo Pizarro, "por más servir á S. M." se vino con don Pedro de Valdivia, que había ido desde Chile no sólo a ayudar a vencer al revoltoso Pizarro, sino a conseguir en definitiva su designación oficial como Gobernador de Chile.

Llegado a este país, dice él, "me he hallado en la reedifica-

ción de la Serena y descubrimiento de la ciudad de la Concepción y de la ciudad Imperial y en la población de los Confines y de la ciudad de Cañete y en la reedificación de la Concepción, segunda vez, y en la repoblación desta ciudad de Valdivia y Osorno, y en todo lo que ha subcedido en este reino me he hallado sirviendo á su Majestad con mis armas, á pie y á caballo, á mi costa é minción, en que he gastado lo mejor de mi vida y mis dineros, sin haber rescibido socorro alguno”.

Es por esto último justamente que formulaba peticiones al Rey, haciendo valer sus servicios y sus méritos.

¿Quiénes lo acompañaron en su fundación de los Confines? Su número no ha quedado establecido en ningún documento que conozcamos. Sólo sabemos algunos de sus nombres, encontrados en diferentes documentos: Sebastián Martínez de Vergara, Alonso Benítez, Juan de Montenegro, Juan Pérez Bocanegra, Pedro de Soto, Diego Váez, Domingo González, Antón Romero, Pedro Olmos de Aguilera, Gaspar de Vergara, Juan de Cangas, Pedro Marín de Villarroel, Don Cristóbal de la Cueva, Juan Beltrán de Magaña, posiblemente el licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano, regidor en 1554, Juan Ruiz de Pliego, Julián de Samano, posiblemente Sebastián del Hoyo y Villota, regidor en 1554, Diego de Mejía, Alonso de Reinoso, Juan Negrete y don Antonio Beltrán. Total, 23, incluyendo a Francisco Gutiérrez Altamirano. Seguramente, su número no fué mucho mayor.

LOS CRONISTAS CONTEMPORANEOS

Interesante es dejar constancia de lo que los historiadores o cronistas contemporáneos escribieron con respecto a la fundación de la ciudad de los Confines.

EL PADRE DIEGO DE ROSALES, después de recordar la fundación de Villarrica, dice:

“Luego a pocos meses pobló la ciudad de Angol, que llamaron de los Confines por dividir los términos de la ciudad de la Imperial y la Concepción y estar en medio de entrambas”.

ALONSO DE GONGORA Y MARMOLEJO:

“En este tiempo Valdivia para más sujetar los indios que no se le alzasen, pareciéndole que en la comarca de Angol sería bien

poblar una ciudad por estar entre la Concepción e Imperial, mandó sus repartimientos fuesen a vivir allí: con esta orden fueron algunos y comenzaron a hacer sus casas”.

PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA:

“El gobernador determinó se fundase la ciudad de los Confines en el intermedio de la Imperial y Concepción: opúsose ésta representando las razones que parecieron convenientes, y por obviar prolijidades omitimos el referirlas; y aunque parecen convenientes, debió de tener otras hoy ocultas a nuestra edad, pues no se conformó con la propuesta, cuyo sentimiento se manifiesta en el auto que se halla en el libro de la fundación, en que expresan que como persona poderosa no hizo caso de la representación y ménos la apreció Francisco de Villagra, su sucesor, cuando después de poblada como veremos, mandóla restablecer, lo que confirma nuestra presunta. Eligióse para el efecto un extremo de vega que hacen los dos ríos de Güequén y Malleco mas no haremos la descripción de este ameno valle, porque en él, no permaneció, sino en el de Coigüé”.

Como podemos ver por el párrafo transcrito, los penquistas no aceptaban la fundación de otra ciudad en los confines de su jurisdicción. Es lo que sucede hasta nuestros días: no se acepta competidor.

Sin embargo, a pesar de las protestas, Pedro de Valdivia impuso su decisión, la que fué confirmada dos años más tarde por Francisco de Villagra, al repoblar la ciudad destruída por los indios a raíz del desastre de Tucapel.

AUTORIDADES DE LOS CONFINES

Hemos sabido, por propia declaración de Francisco Gutiérrez Altamirano, que después de fundar la ciudad él estuvo sólo diez días sustentándola.

Lo reemplazó en el cargo de teniente de Gobernador el Licenciado Antonio de las Peñas.

El Cabildo estaba presidido por Juan Ruiz de Pliego y Julián de Samano, que eran alcaldes ordinarios.

Integraban este cuerpo, en calidad de regidores: Don Cristóbal de la Cueva, Gaspar de Vergara, Juan de Cangas, Juan Negrete y Don Antonio Beltrán.

Las firmas de todos estos funcionarios, a excepción de la de don Antonio Beltrán, se encuentran estampadas en la carta que el Cabildo de los Confines envió a la Audiencia de Lima, desde Concepción, el 20 de febrero de 1554.

Lo curioso es que dos de los mencionados regidores, Gaspar de Vergara y don Antonio Beltrán, figuraban también, en aquella época, como corregidores de Concepción.

Nos inclinamos a creer, con respecto a Vergara, que sus intereses se relacionaran más con la ciudad de los Confines, ya que tenía en encomienda los terrenos vecinos al río que hoy lleva su nombre, y que hasta entonces era llamado Picoiquén en toda su extensión.

El regidor Julián de Samano era encomendero en Guadaba, y murió a manos de los indios poco después de estos acontecimientos.

Con respecto a Juan Negrete, sabemos, por documento firmado por Francisco de Villagra, en el valle de Toquigua, el 2 de marzo de 1555, que "tenía é poseía Joán Negrete, vecino de la dicha ciudad de la Concepción, por dejación que hizo dellos, que tienen sus tierras á la cabezada del Biobío", indios que encomendó a Juan de Alvarado.

La "cabezada del Biobío" es justamente el lugar donde este río tuerce su curso hacia el norte, y donde se levantó el fuerte de Negrete, transformado después en villa, que recuerda el nombre del conquistador y regidor de los Confines y la Concepción.

El Cabildo de los Confines tuvo también el honor de contar entre sus miembros a los dos licenciados o letrados que había entonces en Chile: el Licenciado Antonio de las Peñas y Julián Gutiérrez de Altamirano, hermano del fundador de la ciudad.

EL DESASTRE

Todos conocemos el trágico fin que tuvieron Pedro de Valdivia y todos sus compañeros en la jornada de Tucapel, el 25 de diciembre de 1553: los indios habían atacado dicho fuerte con fuerzas inmensamente superiores a la de los españoles que lo defendían, los cuales tuvieron que huir a Purén. Valdivia acudió en socorro del fuerte y castigo de los indios, con los resultados deplorables conocidos.

Juan Gómez de Almagro, acudiendo desde Purén. debiera

haberse unido al Gobernador en Tucapel, el día señalado por Valdivia: 25 de diciembre. Pero los indios, hábilmente, fingieron un ataque a Purén el mismo día, lo que atrasó en veinticuatro horas el socorro solicitado, con lo que esos españoles hicieron su viaje demasiado tarde.

Gómez de Almagro y sus trece compañeros, llamados "los Catorce de la Fama", escribieron ese día uno de los capítulos más emotivos y gloriosos de la guerra de Arauco, luchando desesperadamente por los campos de Elicura con masas enormes de indígenas victoriosos.

Los siete sobrevivientes al llegar a Purén provocaron el inmediato abandono de ese fuerte y la huida a la Imperial.

El héroe máximo de esa jornada fué Juan Gómez de Almagro, que sin caballo y gravemente herido, pidió a sus compañeros que se salvaran ellos, ya que él estaba irremisiblemente perdido. Sin embargo, logró llegar a Purén, ya despoblado, y continuar al sur, donde fué recogido por algunos de sus compañeros que tuvieron noticias de su proximidad.

Otro de los sobrevivientes de "los Catorce de la Fama" fué Sebastián Martínez de Vergara, uno de los fundadores de los Confines, quien al declarar algunos más tarde decía: "y yo quedé muy herido, así en la cabeza y en un ojo, y pasada una pierna y quebradas las muelas, como en otras partes del cuerpo, de que fué maravilla escapar".

El desastre de Tucapel fué conocido rápidamente en los Confines, tal vez por indios auxiliares que acompañaban a Valdivia, y cuando algunos pobladores huyeron al fuerte de Purén, ya éste había sido abandonado.

La naciente ciudad se deshizo de inmediato, y sus escasos habitantes emprendieron precipitada fuga, unos hacia Concepción, y otros a Purén.

"Y con tan gran victoria, decía el 13 de febrero de 1554 el Cabildo de Concepción, en tres días toda la tierra se alzó, por manera que convino la ciudad de los Confines venirse á amparar en esta".

El Cabildo de los Confines, por su parte, en carta que hemos citado anteriormente, repetía: "Y se levantó toda la tierra, lo cual nos ha sido gran trabajo y confución, y aún nos ha puesto en términos de nos perder todos; viéndonos en este aprieto y no nos

pudiendo sustentar, nos retiramos á esta ciudad de la Concepción para que todos juntos, mejor nos defendiésemos de los indios".

Uno de los testigos de la despoblación de los Confines, Antón Romero, en declaraciones que hizo en la probanza de servicios de Sebastián Martínez de Vergara, aquel soldado que perdió las muelas en la jornada de "los Catorce de la Fama", dice: "Que lo que della sabe es quedando este testigo en la cibdad de Angol, por el tiempo que la pregunta dice, con ciertos españoles, llegó la nueva de cómo la provincia de Tucapel se había revelado é habían muerto al gobernador don Pedro de Valdivia é que habían desbaratado primero los españoles que estaban en la casa fuerte de Purén, é cuando allá llegaron, eran ya idos á la Imperial".

"Digo: que sabe é vido quedando este testigo en la cibdad de la Concepción, que se había ido allí con los demás españoles que estaban en la cibdad de Angol al socorro de la dicha cibdad, llegó el dicho mariscal Francisco de Villagra, con la gente que traía de arriba". (Del sur).

Vemos aquí nuevamente cómo los españoles nunca declaraban que abandonaban un lugar por temor, sino por otras necesidades de la guerra: Antón Romero dice que los fugitivos de Angol iban "al socorro" de los que estaban en Purén y la Concepción.

Al conocer Francisco de Villagra la dolorosa noticia de la muerte de Valdivia, allá en los lejanos campos de Osorno, dicen que prorrumpió en llanto y se encerró en su tienda a desahogar su corazón y a reflexionar en la inmensa responsabilidad que caía sobre sus hombros.

La fundación de los Confines fué como la colocación de la primera piedra de la ciudad tradicional en la historia chilena, que siempre supo renacer de sus cenizas, como el Fénix.

Don Tomás Guevara manifestaba, a principios del presente siglo, que en el lugar en que se levantó el primer Angol no había encontrado el menor vestigio de población. Ello se explica fácilmente: en tres meses de existencia nada definitivo podían haber hecho aún en ella sus habitantes, y es de presumir que a fines de diciembre del año 53, en que tuvieron que abandonarla, el pueblo no pasaría de ser un simple campamento militar.

POR QUE ANGOL NO TUVO ESCUDO DE ARMAS

Las primeras ciudades de Chile que recibieron este honor de la Corona de España fueron Santiago, La Serena y Concepción.

A mediados de 1552, cuando todos los proyectos de Pedro de Valdivia se iban realizando sin mayores dificultades, resolvió enviar a España a un emisario personal, a fin de que obtuviera ciertas mercedes para su persona e importantes concesiones para la gobernación de Chile.

Este enviado fué Jerónimo de Alderete, que partió de Santiago a fines de octubre de 1552.

Ya en España, presentó memoriales al Consejo de Indias en el curso del año 1554.

En uno de ellos decía: "Por cuanto V. A. ha dado insinias y armas á las ciudades de Santiago é la Serena y la Concepción, sea servido de las dar ansimesmo á las ciudades de la Imperial y Valdivia y villa de Villarica, confirmarles el nombre de ciudades y villa que tienen, por ser, como son, pueblos muy principales, y se espera lo serán mucho más andando el tiempo, y entre los unos y otros hay distancia para poderse poblar muchos lugares".

Después de un corto trámite, relacionado con el número de habitantes que cada uno de los citados pueblos tenía y las distancias que mediaban entre uno y otro, se dictó la real cédula de fecha 18 de marzo de 1554, por medio de la cual se atendía la petición hecha por Alderete.

Desgraciadamente, la ciudad de los Confines no existía aún al tiempo de la partida del Adelantado a España, por lo que no pudo incluirla en su petición.

Y más tarde no hubo otro Alderete que se interesara por conseguir un símbolo heráldico para la ciudad que se hizo digna de él en la cruenta y tres veces centenaria guerra de Arauco.

MINA ESPAÑOLA Y ALTIVAS INDIA

ANGOL DE DON FRANCISCO DE VILLAGRA

1555

(11 meses)

RUINA ESPAÑOLA Y ALTIVEZ INDIA

Al llegar Villagra a Imperial, también se encontraba allí el cabildo de Villarrica y parte del de los Confines, los cuales, en unión con el de la ciudad, lo nombraron, con fecha 15 de enero de 1554, Capitán General y justicia mayor del Reino.

Continuó apresuradamente su viaje a Concepción, deteniéndose brevemente en el sitio de la abandonada ciudad de Angol.

Llegó a su destino el 26 de enero, acompañado de los miembros del cabildo angolino que había encontrado en Imperial.

En la ciudad penquista, tanto el cabildo local, como el de Angol completo, hicieron igual designación que la hecha en Imperial en favor del teniente general Francisco de Villagra.

En estas resoluciones de los habitantes del sur había un motivo de gran interés para ellos: Villagra era el más meritorio y respetado y a todos interesaba que no viniera de fuera una persona que desconocía los servicios prestados por cada uno, y que diera premios a gente recién llegada, como en realidad sucedió poco tiempo después, en tiempo de don García de Mendoza.

Villagra se propuso salir cuanto antes a vengar la derrota española de Tucapel, y justamente un mes después, el 26 de febrero, se produjo el encuentro de Marihuenu, que significó el más completo desastre para los españoles.

Dos días después los penquistas, poseídos de un verdadero pánico, abandonaron su ciudad y huyeron a Santiago. Villagra, impotente para contenerlos, tuvo que seguir el mismo camino.

Los dos últimos grandiosos éxitos mapuches, Tucapel y Marihuenu, destacan ante la historia al genio guerrero de la raza araucana: Lautaro, al cual no le ha hecho el pueblo chileno, hasta ahora, la justicia que merecen sus altísimos méritos.

Lautaro, justamente con huir del lado de los españoles, se dedicó con inteligencia y constancia a organizar las huestes indias, que tan lucido papel tuvieron en los encuentros mencionados. Así lo declaran todos los guerreros de aquellos tiempos en sus declaraciones.

Caupolicán fué así una creación fantástica de Ercilla, pues su actuación estuvo muy lejos de ser la descrita en "La Araucana". Esto lo declaramos después de haber estudiado minuciosamente los documentos de aquella época, sobre todo las numerosas piezas del proceso de Villagra.

Al partir a Santiago, el teniente general quiso enviar noticias oficiales de lo sucedido a las ciudades del sur. Se ofreció como emisario un español de apellido Cieza, al cual ofreció como premio el repartimiento de Guadaba, vacante por el fallecimiento del regidor angolino Julián de Samano, pero el mensajero, que iba disfrazado de indio, fué conocido por éstos y sufrió una horrosa muerte. En cambio llegó a Imperial un yanacona que lo acompañaba.

El 2 de noviembre de 1554, cerca de seis meses y medio después de su llegada, Villagra partió de Santiago en auxilio de las ciudades del sur, cuya suerte desconocía. Aunque sus acompañantes querían que primero repoblase Concepción, él obstinadamente los obligó a seguir hasta Imperial, donde fueron recibidos con gran alegría por sus habitantes.

Durante todo ese tiempo la ciudad se había defendido heroicamente bajo el mando de Pedro de Villagra, primo de don Francisco. Allí se supo también que Valdivia había llevado una vida tranquila.

Villagra entró en Imperial en la primera quincena de diciembre.

ANGOL VIVE POR SEGUNDA VEZ

En Imperial Francisco de Villagra tomó la resolución de repoblar Angol, o los Confines, a pesar de las protestas de los penquista.

Para ello consideró, en primer lugar, razones estratégicas: él quería venir asegurando la situación española de sur a norte, y Angol se encontraba en la mitad de la distancia que había entre Concepción e Imperial, lo que facilitaba la ayuda de las dos ciudades y el sometimiento de los indios.

La realización de este plan se vió favorecida por la ruina indígena del año 55. En este verano empezaron a sentirse las consecuencias de la guerra y de la sequía del año anterior: las cose-

chas fueron muy malas, pero lo más grave fué la pérdida de las siembras de papas, que eran el principal alimento de los indios.

Para colmo, se produjo una terrible epidemia, que llamaron chavalongo, a consecuencia de la cual murieron miles de indios.

Juan Fernández de Almendras dice que la peste y el hambre dejaron reducidos 40.000 indios de guerra a 14.000, en lo que parece que hubiera exageración. Cronistas y testigos citan también casos de canibalismo.

Villagra ayudó a los indios con largueza y estableció depósitos para sustentar los soldados.

A comienzos de 1555 don Francisco de Villagra envió a su primo Pedro, el defensor de Imperial, acompañado de 70 hombres, a sentar su campo en la abandonada ciudad de los Confines, como primer paso para efectuar su repoblación. Esto sucedía después de haber hecho batidas que sometieron a los indios de la región de Imperial.

El 1º de marzo don Francisco se dirigió a Angol, siendo seguido quince días después por el capitán Alonso de Reinoso, que era su maestre de campo.

Más o menos, a juzgar por declaraciones de sus acompañantes, el 10 de este mes procedió Villagra a declarar oficialmente restablecida la ciudad de los Confines, que desde entonces fué generalmente designada con el nombre de Angol.

Llegado don Francisco a este lugar, procedió a despachar a Imperial a don Pedro, aunque algunos testigos declaran que se encontró con él en Purén, desde donde el primo regresó a su ciudad. Lo cierto es que Pedro de Villagra ya había partido al sur cuando el teniente general repobló oficialmente la ciudad.

Fué designado capitán y alcalde de ella Sebastián del Hoyo, y Francisco Hernández como escribano público y de cabildo.

Figura también como alcalde durante 1555 don Luis Barba Cabeza de Vaca, y como regidores Hernán Paéz y Diego Cano.

Algunos testigos dicen que la ciudad fué poblada en el asiento de Candamo, nombre que debe haber correspondido al mismo lugar de la primera ciudad, porque nadie dice que se hubiera repoblado en otra parte.

Además de Francisco de Villagra, que presidió la ceremonia, estaban presentes el maestre de campo Alonso de Reinoso, Diego Ruiz de Oliver, vecinos de Concepción y las tropas que acompañaban a Villagra en su jira al sur.

Con respecto a los vecinos de la nueva ciudad, deben de haber sido, en su mayoría, pobladores de la anterior, ya que ellos tratarían a toda costa de recuperar los sitios o encomiendas que se les había otorgado anteriormente.

Desde la nueva ciudad, don Francisco envió a Santiago a Diego de Cano acompañado de algunos soldados "para dar noticias de cómo estaban". Al regreso de éstos, Villagra emprendió su viaje a Santiago, más o menos el 1º de junio, dejando en Angol alrededor de 25 soldados.

Una de las primeras preocupaciones de los nuevos habitantes de los Confines fué la de preparar el terreno y efectuar las siembras.

Francisco Gudiel fué "á la ciudad Imperial e trajo cuatrocientas cargas de trigo é cebada al dicho asiento para los más de los vecinos de esta ciudad, y luego lo sembraron todo en los más repartimientos de la dicha comarca, términos de esta dicha ciudad".

Garpar de Vergara dice: "E hicieron sus sementeras de trigo é les vinieron a servir é sirvieron todos los indios de aquellos llanos". Al respecto, el vecino Luis de Toledo dice que "servían los indios de Hernán Páez e otros allí comarcanos".

Tan pacificada quedó la tierra comprendida entre Angol e Imperial, que un soldado, Juan Jiménez, declara "que solo un español se iba desde los Confines á la Imperial por tierra de indios que habían estado todos alzados".

Lógicamente, no otra actitud podía esperarse de un pueblo que había sufrido tan crudamente los azotes del hambre y epidemias.

Si el año anterior había sido de espantosa sequía, el nuevo comenzaba con lluvias torrenciales que entorpecieron grandemente la marcha de Villagra al norte.

PERIODO DE ANARQUIA.—DESPOBLACION DE ANGOL

Cuando Villagra iba poco más allá del Maule supo, el día 14 de junio, la llegada a Chile de Arnao de Cegarra, nombrado contador de la real hacienda, quien era portador de la resolución de la Audiencia de Lima que daba el mando en Chile a los diferentes cabildos dentro de sus respectivas jurisdicciones.

Villagra, siempre disciplinado, mandó dispersar su gente, guardar su pendón de mando, y siguió solo con sus criados a Santiago.

Conocido el dictamen de la Audiencia, se vió la conveniencia de que el nuevo Gobernador fuera una persona que conociera Chile. Hubo una reunión en Santiago, el 16 de agosto de 1555, con representantes de los diversos cabildos, en la que Angol estuvo representado por un Alcalde y cuatro regidores; pero no se llegó a ningún resultado concreto.

Comenzaron luego las dificultades del gobierno independiente de los cabildos: el de Imperial comisionó al regidor Andrés de Escobar "para que fuese a tomar posesión de los términos de la ciudad de los Confines en nombre de esta ciudad", lo que se prestó para muchos abusos, pues el comisionado de Imperial dió tierras pertenecientes a los Confines y al estado de Arauco, actitud que provocó discordias y reyertas entre los cabildos.

El cabildo de Santiago, por su parte, quiso desprenderse de la carga que le significaba la estada allá de los pobladores de las ciudades destruídas del sur, y determinó que todos ellos regresaran a sus respectivas regiones. Se comprenderá la situación difícil que se presentaba a los pobladores de Concepción, cuya ciudad no existía.

En cumplimiento de la mencionada orden, todos "los de arriba", como se designaba a la región del sur, salieron de Santiago en dos partidas: los de Concepción el 14 de octubre y los de Confines, Imperial y Valdivia el 22. La autoridad del cabildo de Santiago terminaba en el río Maule, donde comenzaba la de Concepción.

Aunque Villagra era encomendero de Imperial, nadie en Santiago pensó en insinuarle siquiera su alejamiento. Sin embargo, vino con los demás vecinos, para ver modo de unir a las ciudades australes con la autoridad que su persona imponía.

Los repobladores de Concepción se hallaban el 16 de noviembre a distancia de tres leguas de la antigua ciudad, y ocho días después se hacía el auto de su repoblación.

Para los indios este acto fué como la primera chispa de un gran alzamiento, cuyas primeras consecuencias las recibió Angol.

Lautaro no se consideró con fuerzas suficientes para enfrentarse con Imperial y se dirigió entonces contra los Confines al

mando de cuatro mil indios, para, una vez destruída ésta, evitar el afianzamiento de Concepción.

Su plan tuvo completo éxito: los angolinos, atacados más o menos el 1º de diciembre, se consideraron impotentes para resistir la avalancha india, y huyeron todos a la Imperial.

Conseguido su objetivo en Angol, Lautaro se presentó el día 12 ante Concepción, la que también fué abandonada por sus habitantes.

Así, la segunda ciudad de Angol tuvo una vida efímera que no duró más allá de diez meses.

En Imperial, la intervención de Villagra para reprimir la anarquía que había ocasionado el gobierno independiente del cabildo, no tuvo éxito, por lo que optó por regresar a Santiago, donde con fecha 15 de febrero de 1556 recibió la noticia de haber sido nombrado Corregidor y Justicia Mayor de Chile, mientras se designaba el nuevo Gobernador, lo que ya había sucedido en esa fecha en España, pues el 15 de octubre de 1555 se había embarcado con destino a América, Jerónimo de Alderete, nombrado para ese alto cargo. Viajó en el mismo convoy que conducía al nuevo virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete.

El barco de Alderete hubo de regresar al puerto a reparar averías sufridas en un temporal, partiendo nuevamente un mes y medio después de la primera fecha.

Pero parece que estaba escrito que el nuevo Gobernador no llegaría al punto de destino, pues falleció el 7 de abril de 1556 en la isla de Taboga.

Estaba Villagra en la Serena cuando tuvo conocimiento de que el virrey del Perú había nombrado a su hijo, don García de Mendoza, como Gobernador de Chile.

Antes de la entrega del mando, Villagra hizo un rápido viaje hasta Imperial. A su regreso se produjo en Peteroa, a orillas del Mataquito, la muerte de Lautaro, en la madrugada del 1º de abril de 1557.

Don García de Mendoza debía forjar el tercer eslabón de la cadena de la vida de Angol en el curso de la historia chilena.



1558
DON PEDRO DE OÑA

(41 años)

ANGOL DE DON GARCIA DE MENDOZA

(Los Infantes, o
San Andrés de Angol)

Enero de 1559
a 18 de abril de 1600

(41 años)

(LOS INFANTES, O SAN ANDRES DE ANGOL)

Antes de referirnos al origen de la ciudad de los Infantes de Angol, cuya existencia abarcó desde enero de 1559 al 18 de abril de 1600, debemos recalcar que esos 41 años representan un largo período, dada la azarosa vida que imperaba en esos tiempos en el corazón de Arauco.

De todos los Angoles coloniales, éste fué el único que tuvo sello de ciudad asentada en definitiva, que alcanzó a tener tradición y actividades civiles y estables.

Para hacer la historia de este pueblo hay que estudiar detalladamente la actuación de catorce Gobernadores de Chile, cuya lista es la siguiente:

García de Mendoza	1557-1561
Francisco de Villagra	1561-1563
Pedro de Villagra (int.)	1563-1565
Rodrigo de Quiroga (int.)	1565-1567
Real Audiencia	1565-1568
Melchor Bravo de Saravia	1568-1575
Rodrigo de Quiroga	1575-1580
Martín Ruiz de Gamboa (int.)	1580-1583
Lorenzo Bernal del Mercado (int.)	
Alonso de Sotomayor	1583-1592
Pedro de Viscarra (int.)	
Martín García Oñez de Loyola	1592-1598
Pedro de Viscarra (int.)	1599
Francisco de Quiñones	1599-1600
Alonso García Ramón	1600-1601

PRIMERAS ACTIVIDADES DE DON GARCIA DE MENDOZA

(1557-1561)

Tanto en mi obra histórica sobre Osorno, como en la presente, digo el nombre de este Gobernador eliminando la palabra Hurtado.

Su padre, el virrey, se llamaba Andrés Hurtado, pero éste no empleó nunca este segundo nombre para su hijo. Por lo demás, don García siempre se firmó en la forma indicada en el título de este capítulo y así lo llamó la mayoría de sus contemporáneos. A mayor abundamiento, el hermano natural de don García se llamaba Felipe de Mendoza, que vino juntamente con él a Chile.

Más o menos iguales consideraciones hace al respecto don Crescente Errázuriz en su obra titulada "Don García de Mendoza".

Hagamos un breve recuerdo de sus primeras actividades en Chile.

A su llegada a Coquimbo y La Serena, hizo apresar a Francisco de Aguirre, y envió a Santiago al capitán Juan Remón, el que, después de asumir el cargo de teniente de Gobernador, y destituir a los Alcaldes, hizo apresar a Francisco de Villagra y conducirlo a Valparaíso, de donde fué llevado a Coquimbo y de ahí al Perú, junto con Francisco de Aguirre. Se recordará que ambos jefes se habían disputado el mando de Chile.

La nave "Todos los Santos", que conducía a los prisioneros, zarpó de Coquimbo a fines de junio de 1557. A los cuatro años Villagra volvería reivindicado a desempeñar en propiedad la gobernación del país.

Desde Coquimbo don García de Mendoza siguió su viaje directamente a Concepción, de cuyas ruinas tomó posesión el día 8 de septiembre.

Nunca Chile había visto un ejército español más numeroso y mejor pertrechado, ya que don García hasta se dió el lujo de traer una banda de guerra que, por supuesto, era la primera que había venido. Estaba compuesta de trompetas, chirimías y ministrales, instrumentos estos últimos que se parecían a un clarinete. Además usaban sacabuches, instrumentos metálicos a modo de trompeta, que se alargan y se acortan, recogiendo en sí mismos para producir los sonidos; y añafiles, especie de corneta recta usada por los moros.

Con estas huestes hizo su memorable viaje al sur, que se prolongó hasta el seno de Reloncaví, sin alcanzar hasta la isla grande de Chiloé, como muchos han dicho.

A su regreso fundó la ciudad de Osorno, a mediados de marzo de 1558. Cañete había sido fundado en el viaje de ida, y en ella estuvo de regreso de su largo viaje el 20 a 21 de septiembre.

Los indios construyeron en el camino que unía a Concepción con Cañete, en el lugar llamado Quiapo, un fuerte que, al decir de un capitán español, "era de calidad que en Italia no se podía hacer mejor". Este fuerte fué tomado por los españoles, en la única batalla que comandó personalmente don García, después de tenaz y larga resistencia indígena, a mediados de noviembre de 1558.

El Gobernador fué a reconstruir, en seguida, el fuerte de Arauco y continuó a Concepción.

NUEVA FUNDACION DE ANGOL

(Enero de 1559)

Mientras vigilaba los trabajos del nuevo fuerte, envió a don Miguel de Avendaño y Velasco a los campos de Angol, con el objeto de instalar un fuerte que fuera el primer paso para la repoblación de la ciudad.

Este capitán, en información de servicios rendida en Concepción el 29 de julio de 1559, dice que "habiendo allanado las provincias de Arauco, el dicho señor Gobernador me mandó que fuese con veinte soldados al asiento y sitio de la ciudad de Angol, que estaba despoblada, y que en él hiciera una casa fuerte, porque convenía, y así fui y hice la dicha casa".

Agrega: "que durante la dicha casa fuerte se hacía con la mitad de dichos soldados, yo corría la tierra y la traje toda de paz, mandando a los demás la obracen con las mitas que yo enviaba, y así se hizo, y hecho esto, por estar mal dispuesto con licencia de su señoría, me vine a esta cibdad, dejando un caudillo con parte de los dichos soldados en la sustentación de la dicha casa".

Avendaño y Velasco permaneció en el fuerte más o menos durante tres meses. Una herida recibida en la cara le comprometió seriamente la vista, por lo que el Gobernador lo llamó a Concepción.

El fuerte debe haber sido fundado a principios de enero de 1559, pues Avendaño se retiró de él en abril.

Los testigos no indican el número de indios auxiliares que acompañaron a los españoles, pero no deben de haber sido pocos, ya que, aparte de la defensa en un medio hostil, había que hacer construcciones, y hemos visto que sólo diez soldados se dedicaron a estas actividades.

Don García designó reemplazante de Avendaño al capitán Pedro de Leiva, quien llevó la orden de convertir el fuerte en ciudad.

Esta fundación debió hacerse en abril de 1559, con el nombre de los Infantes, y también San Andrés de Angol, en homenaje al padre del fundador; pero estos nombres no subsistieron, pues al pueblo y al lugar continuó llamándoseles solamente Angol.

Se instaló en el valle de Malvén, pequeño río afluente del Bureo, en la actual provincia de Biobío, y más o menos a 18 kilómetros de distancia de la confluencia de los ríos Renaico y Vergara.

Al convertirse en ciudad, Angol recibió habitantes de Imperial, Cañete y Concepción.

Su primer corregidor fué don Pedro de Leiva, a quien don García encargó también incursionar al otro lado de los Andes, en donde se creía encontrar muchas minas. En realidad, encontró algunas de plata.

Imperial, Quilacoya y Angol continuaron proporcionando bastante oro. Durante su gobierno, Don García envió al Perú "más de un millón de oro", cosa sin precedente y que tal vez no volvió a repetirse en la colonia, como dice don Crescente Errázuriz.

El Gobernador creyó, antes de su llegada, que iría a ser el pacificador definitivo de Arauco, cosa que aquí vió que no era fácil conseguir.

Y justamente por temor a grandes alzamientos, que hubieran anulado su prestigio, no se movió del sur durante los inviernos de los años 58, 59 y 60. El del año 57 lo había pasado en la isla Quiriquina.

A mediados o fines de junio de 1560 se resolvió a ir por primera vez a Santiago, dejando en el sur como teniente de Gobernador a Rodrigo de Quiroga. Parece que ya habían llegado a sus oídos los rumores del reemplazo, tanto de su padre como de él, noticias que a corto plazo se confirmaron. En efecto, el 20 de diciembre de 1558 Felipe II había firmado en Bruselas el nombramiento de Francisco de Villagra como Gobernador de Chile.

Don García de Mendoza partió desde Santiago, en viaje al Perú, el 15 de febrero de 1561.

Así terminó el gobierno de este joven noble, altanero y atrabiliario, que provocó odios enconados hacia su persona, sobre todo en los guerreros veteranos, y cuyo papel como conquistador no tuvo los relieves que le dieron algunos de sus panegiristas, cronistas contemporáneos y aun historiadores del siglo pasado.

Pero este gobierno tuvo otras ventajas que significaron una ganancia para la colonia: en primer lugar un gran desahogo económico, ya que el virrey dió a su hijo fondos de que no había dispuesto otro Gobernador, aparte de que todo el oro se invirtió aquí; aumentó la población con la gente venida del Perú, lo mismo que la dotación de armas; y por último, se comenzó a asentar en forma digna la vida del hogar con la llegada de numerosas damas españolas que fueron tronco de distinguidas familias.

Las arbitrariedades e injusticias cometidas en Chile por Don García de Mendoza, al despojar de sus encomiendas a antiguos y meritorios conquistadores, produjeron un sinnúmero de pleitos, los que han sido fuente preciosa para los investigadores históricos, ya que ellos provocaban largas y detalladas informaciones de servicios y méritos, réplicas, insistencias, y los de testigos, que aclaraban numerosos aspectos de la Conquista de Chile.

Bartolomé Barzán, uno de los damnificados, dice en el pleito que mantuvo con Francisco de Niebla: "Que el tiempo que el dicho gobernador don García de Mendoza daba é quitaba indios, en las ciudades de por acá arriba estaban los hombres atemorizados é no osaban pedir justicia a él ni á sus tenientes, porque publicaban que los cavies que el gobernador Valdivia había dado, no valían ni eran nada".

Y de aquellas peleas hoy se siente feliz la investigación histórica.

ANGOL DURANTE EL GOBIERNO DE VILLAGRA

(1561-22 junio 1563)

Al honrado y activo don Francisco de Villagra le tocó desempeñar la gobernación en propiedad en circunstancias difíciles, pues, aparte de una nueva rebelión general de los indios, bastante preparados con una larga tregua, la salud del Gobernador se resintió considerablemente, y a corto plazo la enfermedad lo llevó a la tumba.

Llegó a Santiago a principios de julio de 1561, de donde salió para el sur a fines de septiembre. Pasó por Concepción y Cañete, llegando a Angol a mediados de noviembre.

Aquí encontró como Alcaldes a Sebastián del Hoyo y Villota

y a Francisco de Ulloa, y, después de permanecer pocos días en la ciudad, dejando como Corregidor de ella a Miguel de Avendaño y Velasco, en lugar de Pedro de Leiva, continuó su viaje hacia Imperial, donde se le encuentra el 1º de diciembre.

Su deseo era alcanzar hasta Chiloé, pero, cuando iba en los términos de Valdivia, siguió a Villarrica, por asuntos relacionados con minas de oro.

Aparte de las dos circunstancias contrarias citadas anteriormente, en el sur de Chile comenzó a fines del año 61 una gran epidemia de viruelas.

En Villarrica sufrió Villagra su primer ataque de reumatismo. Y, al tener noticias de que se alzaban los indios de Cañete, fué traído hasta Angol en camilla, donde llegó el 23 de enero de 1562. Aquí estuvo en cama durante dos meses, sometido a la cura con zarzaparrilla. Felizmente no encontró novedades en los alrededores de la ciudad.

Después de dos meses de enfermedad, Villagra partió nuevamente al sur, dejando 35 hombres que, con los vecinos, harían un total de más o menos 70, pero luego el Gobernador mandó un nuevo refuerzo.

El Corregidor Avendaño, a fin de no demostrar a los indios su escasez de fuerzas, los hostigó incansablemente.

RESTAURACION DEL FUERTE DE PUREN. (1562)

Para realizar este deseo, que significaba amparo para la ciudad de Angol, estando Villagra en Imperial designó para instalarlo, el 8 de abril de 1562, al distinguido militar Lorenzo Bernal del Mercado, de tanta fama en la guerra de Arauco, al que le daban el enaltecedor apodo de "El Cid Rui-Díaz de Chile".

Bernal llevó 40 hombres y debe haber cumplido su comisión más o menos a mediados del mes de abril, al instalar el fuerte que quedó como dependiente de la ciudad de Angol.

En este lugar permaneció durante cuatro meses, pues a mediados de agosto se vió obligado a irse a Angol por motivos de salud, yendo a reemplazarlo el propio Corregidor don Miguel de Avendaño y Velasco.

De suma importancia estratégica para toda la región de la Araucanía era el mantenimiento del fuerte recién restaurado, pues

la ciénaga de Purén o Lumaco era el refugio seguro de los indios, de donde era difícil sacarlos, sobre todo en el invierno. Tenía algunas islas, a donde era imposible llegar sin el auxilio de barcas.

Avendaño trató de atraer a los indios con medios pacíficos, pero todas sus tentativas en ese sentido fueron infructuosas. En cambio, en este período lo atacaron tres veces, después de lo cual no se atrevieron a presentarse nuevamente.

Desengañado, Avendaño regresó a Angol, volviendo Bernal del Mercado a Purén, donde con los elementos que le envió aquél, inició la construcción de botes, los que no trajeron los resultados esperados.

Mientras tanto, Avendaño había efectuado desde Angol una expedición en contra de los indios de Cunipulli, donde los españoles estuvieron en grave peligro de derrota, y en cuya acción quedaron casi todos heridos.

NUEVAS OPERACIONES Y DESASTRE DE LINCOYA

(16-I-1563)

En la segunda quincena de junio de 1562 Villagra partió de Imperial a Valdivia, con intención de alcanzar hasta Chiloé, proyecto que debió abandonar en vista de que una sublevación indígena de Purén se extendió a la región de Arauco.

Se embarcó en Valdivia con destino a este último punto, pero un temporal lo arrastró a Chiloé, donde su barco sufrió serias averías. Llegó a la isla el 20 de noviembre de 1562.

A pesar de todos los contratiempos, más o menos el 10 de diciembre se encontraba en Arauco, donde supo que todo el centro de la resistencia indígena era el fuerte de Lincoya, lo que amenazaba seriamente a Arauco, Cañete y Angol; pero no pudo salir él personalmente a dominar a los indios, porque se sintió seriamente atacado nuevamente por el reumatismo, lo que lo obligó a llamar en su reemplazo a su maestro de campo general Julián Gutiérrez de Altamirano.

En el fuerte de Arauco pasó Villagra en cama el tiempo que lo tuvo postrado su enfermedad.

Desde su lecho tuvo que imponerse del doloroso revés que sufrieron sus tropas en el fuerte de Lincoya, derrota que puso en serio peligro a la ciudad de Angol, y que para el Gobernador

tuvo caracteres trágicos, pues en Lincoya murió su hijo Pedro y quedó paralítico, a consecuencia de sus heridas, su yerno Arias Pardo Maldonado.

La fortaleza india de Lincoya estuvo instalada primeramente en la falda del cerro Catiray, separada por una quebrada del valle de Lincoya. Tenía al frente un sitio pantanoso que impedía el acceso de la caballería enemiga, y a la espalda bosques donde los indios podían ocultarse.

No se supo qué motivos indujeron a cambiar el fuerte, colocándolo delante de la quebrada y frente al valle. En lugar de los pantanos, lo defendieron artificialmente.

Villagra envió en contra de Lincoya dos patrullas reforzadas y dirigidas por Julián Gutiérrez de Altamirano. Una de ellas era mandada por Gaspar de Vergara, alcalde de Angol.

A pesar de los consejos de los soldados antiguos, los jóvenes, encabezados por Pedro de Villagra, resolvieron atacar el 16 de enero de 1563, pero con tan mala fortuna, que esta acción guerrera fué un desastre total para los españoles, una verdadera matanza que los indios hicieron en ellos.

Los escasos restos españoles llegaron a Angol en situación lamentable, a la media noche de ese día terrible.

Angol quedaba, desde ese momento, en peligro inmediato, lo que no escapó al hábil criterio de su jefe, Miguel de Avendaño y Velasco.

ASALTO A ANGOL (24-I-1563)

El Corregidor de Angol trazó de inmediato su plan de defensa: reforzar las guarniciones de Angol y Arauco e insinuar al Gobernador la despoblación de Cañete.

Para lo primero, envió a Purén a Juan de Morán, a fin de que ordenara a Lorenzo Bernal del Mercado dejar el fuerte y acudir con 30 hombres en socorro de Arauco, entregando el resto de 10 para la mejor defensa de Angol.

Villagra, por su parte, ordenó la despoblación de Cañete y, dado su delicado estado de salud, se fué a Concepción acompañado de las mujeres, niños y soldados heridos. Esto sucedió el 29 ó 30 de enero del año 63.

Quedaron al mando de Arauco Pedro de Villagra, primo de don Francisco, y Lorenzo Bernal del Mercado.

El día 20 del mismo mes los derrotados de Lincoya que se habían refugiado en Angol emprendieron su viaje a Concepción al mando del maestro Gutiérrez de Altamirano.

El mismo día Avendaño, con dos partidas de soldados, iniciaba reconocimientos por los contornos, y también con el fin de recoger las cosechas.

A raíz de la derrota de Lincoya, en Angol se comenzó a construir un fuerte más seguro y adecuado para la defensa, el que no alcanzaron a terminar, pues el domingo 24 de enero se efectuó el tan temido y esperado ataque a la ciudad.

Los indios se habían dividido en dos ejércitos, a fin de caer simultáneamente sobre Arauco y Angol, punto este último que distaba 12 ó 14 leguas del fuerte de Lincoya.

Se presentaron a Angol divididos en tres grupos, que atacaron la ciudad por dos partes: de frente y siguiendo el curso del río (Bureo) hacia arriba.

Los españoles encerraron dentro del cercado de adobes todas las mujeres y niños, y más de diez mil cabezas de ovejas y otros animales.

Avendaño tenía a sus órdenes 54 hombres, los que dividió en dos partes, dejando una al resguardo de la ciudad, a cargo de Juan de Losada y del Alcalde Juan de Barahona, y salió con el resto al encuentro del enemigo.

Además de 21 jinetes que acompañaban al Corregidor, iban seis arcabuceros, y llevaban un pequeño cañón, o "tirillo de campo". Los relatos antiguos han conservado los nombres de los arcabuceros, que eran Juan González Ayala, Francisco Gómez, Miguel de Candía, Juan de Leiva, Martín de Ariza y Juan Vásquez.

Al frente de los soldados llevaban en alto la cruz los curas Martín del Caz (o Araz) y Marcio González.

Tal denuedo colectivo había por salir a rechazar al enemigo, que uno de los soldados de Lincoya, Pedro Cortés, que había dejado Gutiérrez Altamirano, dado su estado de semi invalidez, ese día dejó sus muletas y se hizo subir en brazos al caballo. ¡Noble valor hispano, que no bastaban los mayores reveses para acoquinar a los hombres! Córdoba y Figueroa llama a este valiente "el César de estas chilenas campañas".

El combate se hizo primero a distancia, con el cañón y los arcabuces, esperando Avendaño el momento oportuno para el

avance, el que hicieron al grito acostumbrado de "¡Santiago y a ellos!".

El jefe estuvo en inminente peligro de muerte, pues su caballo sufrió un profundo lanzazo en los encuentros, pero luego empezó la desmoralización y huída de los indios al otro lado del río, a donde pretendieron seguirlos algunos soldados, lo que Avendaño prohibió por temor a una celada. El cura del Caz cumplió esta orden, en vista de que el caballo de Avendaño quedó inutilizado.

El inválido Cortés llama a este hecho de armas "la batalla del milagro", porque, según él, los indios se desmoralizaron en vista de que una santa vestida de blanco les arrojaba tierra a los ojos, hecho que no ha sido mencionado por ningún otro testigo o cronista. Avendaño dice solamente que habían tomado por abogados "a Nuestra Señora y al Señor Santiago".

En este combate no murió ningún español, y se distinguieron en él, según Góngora Marmolejo, Juan Bernal del Mercado, hermano del Cid chileno, Antonio González y Francisco de Tapia.

Aparte del hecho milagroso que acabamos de mencionar, los indios yanaconas y los cronistas coloniales recuerdan y destacan la actuación heroica de la mapuche Juana Quinel, que el padre Rosales llama por su nombre indígena de Andemilla.

Mariño de Lobera, en su "Crónica del Reino de Chile", relata así el papel desempeñado en la defensa de Angol por esta heroica mapuche:

"Estaba en el ejército de los españoles una india cristiana, llamada Juana Quinel, la cual por su gallarda disposición y apariencia, era requestada de muchos indios principales, y aun de algunos de los españoles de aquel campo. Esta, por hacer una bravata y mostrar más su garbo, tomó un arco en la mano, y colgó de los hombros una aljaba de flechas muy galanas, y saliendo en la escuadra de los indios yanaconas, se puso a la vanguardia como capitana.

"Y por parecerles a los indios yanaconas que la india Juana Quinel había sido gran personaje en esta obra, así por lo mucho que los había animado, como por haber ella misma peleado valerosamente por su persona, determinaron de remunerar sus hazañas con grande honra y celebridad, trayendo para esto unas andas muy bien aderezadas, en que la pusieron, y así la metieron

en la ciudad, llevándola en hombros a la manera que en tiempos de los romanos entraban en la ciudad los ejércitos que habían vencido, llevando al capitán en un carro triunfal con gran trofeo y regocijo”.

El padre Rosales hace su relato en esta forma:

“Capitanéó aquel día a los yanaconas una varonil india llamada Andemilla, que por ser de mujer la hazaña no es bien que pase en silencio. Recogió en su regazo muchas piedras y tomando la vanguardia dixo a los yanaconas: “¡Ea, hermanos! pues somos todos de una sangre, haced conmigo obras de valientes y no consintáis que me lleven los enemigos; que será afrenta vuestra dexar captivar una sola mujer que os capitanea, y honra en aviendo vencido; que sepa el enemigo que no tiene hombres, pues una mujer los vence”.

El éxito, con esta espléndida y hermosa capitana, fué completo, pues Andemilla, o Juana Quinel, según comenta Mariño de Lobera, enardecía a sus huestes ofreciéndoles, para después del triunfo, el espléndido regalo de su cuerpo.

Sin embargo, a pesar de la derrota indígena, la comarca no se tranquilizó, especialmente Mareguano, Purén y Guadaba.

TRASLADO DE LA CIUDAD (Abril 1563),

Poco después del ataque a Angol, sus habitantes comenzaron a considerar la desventajosa situación en que la ciudad se hallaba instalada.

Entre los inconvenientes principales mencionaban los siguientes: las piedras para edificar había que traerlas del otro lado del río, la tierra era “arenizca y cerriza”, la madera de construcción estaba lejos, el pueblo tenía cerca refugios cordilleranos donde los indios se escondían con facilidad y los campos de cultivo y potreros de animales también se encontraban separados por el río, lo que hacía difícil resguardarlos durante las crecidas.

Los vecinos proponían trasladar la ciudad a dos y media leguas de distancia más al sur, junto al río Tolpán (Renaico) y al estero Micauquén, valle de Congoya, o Congoyán, asiento llamado Tentemo, rodeado de buenos campos de cultivo y con madera a corta distancia, para cuyo traslado se pudiera aprovechar el río, tal como se hace hasta hoy.

El Gobernador Villagra, después de pesar todas estas consideraciones, autorizó a Velasco y Avendaño para efectuar el traslado, el cual se realizó durante los últimos días del mes de abril de 1563

Se comenzó por construir "un fuerte y casa a las mujeres e a los que no podían ni tenían con qué hacellas".

El traslado se hizo en forma minuciosa y bien protegida, proporcionándose caballos a todos los que los necesitaban.

Finalmente, bajo la presidencia del Cabildo, y con toda ceremonia, se efectuó el cambio del rollo, símbolo de justicia, lo que duró sólo tres horas.

Como de costumbre, los indios interpretaron este traslado como demostración de temor y de debilidad de los españoles, y comenzaron a prepararse para atacarlos en sus instalaciones, en lo que lograron arrastrar a muchos indios de paz.

Para realizar su plan de ataque pidieron ayuda a las reducciones sublevadas de Guadaba, Purén, Tomelino y otras.

Miguel de Avendaño, buen conocedor de los indios, comprendió que algo se tramaba, a juzgar por los modos altaneros de los mapuches, señal inequívoca de un próximo alzamiento, lo que vió confirmado por declaraciones de un indio amigo, en el sentido de que "en el bebedero de Umidabal", a tres leguas de la ciudad, se estaban concentrando los indios, lo que fué confirmado por Gaspar de Vergara, que fué allí con 15 hombres.

Inmediatamente, a pesar de un furioso temporal, salió Avendaño con 40 hombres y el "tirillo de campo". Llegado a Umidabal, hizo desmontar a los arcabuceros, dividiéndolos en tres grupos, y a la retaguardia colocó el cañón, con el cual inició el fuego, además de los arcabuces.

El ataque imprevisto sorprendió a los indios, los que huyeron a refugiarse en un pequeño bosque cercano.

El cañón disparaba desde una altura, los soldados rodearon completamente el bosque y Avendaño intimó rendición a los indios, los que respondieron que preferían morir antes que entregarse.

Entraron los soldados, y su presión hizo que el enemigo abandonara el bosque y saliera al llano, donde los despedazó la caballería haciendo una espantosa matanza, en la cual cayeron muchos caciques destacados.

El Corregidor regresó la misma noche a Angol, llevándose un gran botín tomado a los indios, en el que se contaban comidas y caballos.

La batalla había sido decisiva y los indios se sometieron. "Don Miguel de Avendaño y Velasco, dice don Crescente Errázuriz, con justa razón se gloria de ello y lo cuenta entre sus mejores servicios".

EL ASEDIO DE ARAUCO (Febrero de 1563)

Dijimos que dos ejércitos araucanos habían atacado simultáneamente a Angol y Arauco. ¿Cuál había sido el resultado de este último ataque?

Desde el 3 ó 4 de febrero los indios se presentaron amenazantes ante el fuerte y fueron desbaratados parcialmente por Pedro de Villagra y Lorenzo Bernal del Mercado.

Siguieron las escaramuzas durante tres o cuatro días, hasta que el 13 o 14 hicieron el ataque formal, dejando medio incendiado y destruido el fuerte. Sólo la noche suspendió el asedio.

Siguió el combate durante varios días, pero al darse cuenta los indios de que necesitaban más tiempo para apoderarse del reducto español, resolvieron suspender las operaciones, retirándose correctamente formados en escuadrones, a la vista de los sitiados, prometiendo volver. Esto sucedía el 17 o 18 de febrero.

Pedro de Villagra fué partidario de abandonar el fuerte de Arauco, ya que no existía Cañete, a la que debía proteger.

Mientras tanto, Villagra en Concepción continuaba agravándose y todo hacía presumir que ya no mejoraría.

Los indios de guerra de los llanos de Angol hostilizaban a los de paz, quemándoles sus casas y robándoles sus ganados, juntamente con los de los españoles.

A fin de castigar estos desmanes, salió de Arauco Gutiérrez de Altamirano, el que, después de haber alcanzado hasta Angol, y librar encuentros en que muchos soldados resultaron heridos, regresó a Concepción convencido de que había que reforzar la defensa de Angol y enviar pronto otra expedición más poderosa.

Pedro de Villagra insistía en despoblar Arauco antes de que un nuevo alzamiento pusiera en peligro la vida de casi un centenar de defensores; pero don Francisco lo comisionó para ir primeramente a Angol y a su regreso determinarían con respecto a la suerte de Arauco.

La expedición de Pedro de Villagra duró catorce días. En Angol no encontró mayores novedades y todos sus habitantes se sentían satisfechos. A su regreso a Concepción llevó a ella ganados y provisiones, arribando al punto de partida más o menos a principios de mayo.

Mientras tanto, el Gobernador había mandado por mar como jefe a Arauco a Bernardo de Huete, pero éste no pudo desembarcar por un nuevo cerco de los indios, y se dirigió a la isla Santa María, donde fué muerto por los indios, junto con tres compañeros, salvándose dos negros que llevaron la noticia a Concepción.

Al atacar nuevamente a Arauco los araucanos innovaron en su plan táctico, en el sentido de que todas las fuerzas zonales atacaran primero Arauco y, en seguida a Angol.

Los combates comenzaron junto a Arauco el 15 de abril de 1563, y el cerco duró más de cuarenta días. Lo dirigía Colocolo.

15 mil indios lucharon en vano por doblegar la resistencia española, la que se mantuvo a pesar de los indecibles sufrimientos. Julián de Bastidas cuenta que los caballos hambrientos se comían las flechas, colas, crines, correajes y los palos a que estaban atados.

Al retirarse los indios, en los últimos días de mayo, habían dejado en el campo 600 cadáveres.

Francisco de Villagra seguía grave de su afección gotosa. El licenciado Bazán ofreció mejorarlo con ciertas "unciones", pero como parece que el remedio era peligroso, el mariscal hizo su testamento el 13 de junio, en el que nombró a Pedro, su primo, como su sucesor, en conformidad a la facultad que para ello tenía.

El día 22 de junio de 1563 falleció en Concepción el Gobernador don Francisco de Villagra. Su sucesor interino había sido recibido por el Cabildo el día 20.

"Francisco de Villagra, uno de los más ilustres conquistadores de Chile, dice don Crescente Errázuriz, se distinguió desde sus primeros pasos como diestro y valiente capitán y por grandes prendas morales, lealtad a toda prueba y admirable dominio sobre sí mismo".

EL GOBERNADOR PEDRO DE VILLAGRA Y ANGOL

(20-VI-1563-1565)

Pedro de Villagra, al hacerse cargo del gobierno, recibió un

territorio totalmente convulsionado. Baste decir que aun en el momento de los funerales del ex Gobernador, tuvo que despachar un destacamento de cuarenta hombres a castigar la muerte de tres españoles, a tres leguas de Concepción.

Todos los esfuerzos indígenas se concretaban a destruir Concepción, con lo que dominarían el territorio comprendido entre el Maule y el Imperial, ya que Arauco no podría resistir, dadas las dificultades para auxiliarlo por tierra y por mar; y Angol tampoco podía mantenerse, totalmente aislado en medio de una inmensa zona de guerra.

Arauco no valía ningún sacrificio si no existía Cañete, a la cual debiera servir de respaldo, y sus cien indios serían un poderoso refuerzo para Concepción y Angol. Ahora, que don Pedro tenía el mando supremo, nada le impedía realizar su plan, y es así como una noche de fines de junio se embarcaron en un barco mandado ex profeso, y en medio de la mayor reserva, todos los elementos de la plaza de Arauco juntamente con treinta de sus defensores. El resto salió también sigilosamente esa misma noche en demanda de Angol, bajo el mando de Lorenzo Bernal del Mercado, con el objeto de dejar 34 hombres en esa plaza y continuar con los cuarenta restantes a Concepción.

Durante este cerco de Arauco se produjo un suceso que honra la valentía del indio y la del español. El cacique Antihuenu, jefe sitiador, desafió a combate singular a Lorenzo Bernal del Mercado, lance que éste aceptó.

“Lidieron, dice el padre Miguel de Olivares, en un lugar llano y descubierto igualmente distante de la plaza y de los reales enemigos, asistido cada cabo de igual número de soldados para precaver algún trato doble; pero como batallasen largo tiempo sin conocerse ventaja de parte de alguno de los combatientes, se metieron por medio los soldados de ambas naciones, de común consentimiento, y los separaron sin disgusto de ellos, que habían conocido mutuamente que no les sería fácil la victoria; y que era peligroso el respirar más tiempo a conseguirla”.

Los indios se dieron cuenta tardíamente del abandono de Arauco, lo que no fué inconveniente para que persiguieran a los fugitivos de tierra, alcanzándolos al llegar al río Tabolebo, de gran caudal en ese mes de junio, con lo que a los españoles no les quedó otro recurso que pelear hasta vencer o morir. Feliz-

mente vencieron y lograron llegar a Angol, fatigados y magullados, por lo que Bernal no pudo partir a Concepción con sus 40 compañeros, sino una vez transcurridos tres días de descanso.

A los quince días de su salida de Arauco avistaron Concepción, donde fueron recibidos en medio de inmenso regocijo, ya que esta operación había permitido cumplir el plan de refuerzo de Angol y Concepción.

Las ciudades del sur se encontraban tan amenazadas por los indios, que se hacía sumamente difícil salir de ellas. Como ejemplo baste recordar que la noticia de la muerte de Francisco de Villagra y otras novedades importantes, llegaron a Osorno tres meses después de acaecidas.

Pedro de Villagra solicitó auxilio de hombres y provisiones a todas las ciudades de Chile. Nada obtuvieron de La Serena, donde Aguirre pretendía nuevamente el mando del país; casi nada de Santiago, donde también la designación de Villagra fué aceptada con reservas. Sólo Imperial, Villarrica y Valdivia pudieron proporcionar, en conjunto, 70 soldados y más de mil fanegas de comidas.

La única ayuda de Santiago consistió en la venida del capitán Pedro Lisperguer con su compañía de caballos y pertrechos de guerra; este refuerzo sirvió eficazmente para hacer un recorrido por los campos de Concepción y Angol, y dejar más o menos en paz la comarca.

Una vez que se hizo cargo del mando, Pedro de Villagra envió nuevas autoridades a Angol: a Gaspar de Villarroel para que se recibiera en su nombre del Gobierno del Cabildo; y Corregidor, en lugar de don Miguel de Avendaño y Velasco, al capitán Diego Carranza. Para recibirse del gobierno en las cuatro ciudades del sur, Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno, designó a Lorenzo Bernal del Mercado.

Hemos dicho que los cabildos del norte recibieron con reticencias el nombramiento de Pedro de Villagra como Gobernador interino, no así los del sur, que conocían de cerca al designado y sabían aquilatar su gran mérito.

Estos últimos cabildos demostraron su regocijo por dicho nombramiento, especialmente el de Angol que, en carta de 3 de noviembre de 1563 dirigida al Rey, decía lo siguiente:

"Muy buen cristiano, codicioso de servir a Vuestra Majestad, caballero valiente, antiguo en edad y en esta tierra, y de gran

saber y experiencia en los casos de la guerra, bien afortunado entre los indios, muy temido de ellos, por habellos vencido y subyugado al real servicio de Vuestra Majestad en el primer descubrimiento y conquista, y después en el general alzamiento que hubo cuando mataron al Gobernador don Pedro de Valdivia, cuyo Maese de campo fué; y por las justicias ordinarias, a pedimento de todos, fué sustentado en el cargo por el gran valor y calidad de su persona, y en las continuas y peligrosas guerras que se ofrecieron lo mostró bien en la ciudad Imperial, donde se halló, que con haber más de ochenta mil indios en sus términos alzados, habiéndose despoblado tres ciudades, sus vecinas, pacificó y allanó los indios de los términos de aquella ciudad, a mucho trabajo y riesgo suyo, porque en todo se halló él primero, como animoso y valiente capitán”.

Con toda prudencia, Villagra fué avanzando poco a poco en sus incursiones, hasta que por fin se resolvió a dirigirse a Angol. En el río Nibequetén (Laja) un ejército indio lo esperaba oculto para caer sobre los españoles durante el cruce, pero éstos no cayeron en la celada; dispersaron ahí a los indios e hicieron la pasada cuatro leguas más abajo, logrando llegar así a Angol.

Dejó en esta ciudad algunas armas, incluyendo un cañón de artillería, aparte de municiones.

Regresó sin novedad a Concepción, pero allí encontró a los habitantes poseídos de gran temor, ante la noticia de que los indios se aprestaban a atacar Concepción concentrándose en un lugar distante legua y media de la ciudad, llamado Lebocatal o Leboquetal, que se encontraba en el camino de comunicación con Angol, ciudad que, por supuesto, trataban de aislar a fin de destruirla juntamente con Concepción.

La noticia de la concentración indígena resultó ser efectiva, y el fuerte no logró ser vencido con las fuerzas que trajo Villagra de Concepción, sino con un refuerzo de cien hombres más, que aparte de las armas corrientes, emplearon “bombas y alcancías”. Estas últimas eran “ollas llenas de alquitrán y otras materias inflamables, que, encendidas, se arrojaban a los enemigos”.

Esta reñida acción de guerra se realizó en la noche del 25 de diciembre de 1563.

NUEVAS DESGRACIAS PARA LA COLONIA. (1564)

El año 1564 comenzó con desgracias para los españoles: dos

derrotas que se debieron exclusivamente a falta de disciplina de dos capitanes.

Dada la escasez de provisiones en Concepción, el Gobernador envió al capitán Francisco Vaca, con 36 hombres, a cosechar el trigo que los españoles tenían sembrado entre esa ciudad y el río Itata, pero con orden terminante de que no pasaran de ese punto.

Como el capitán no tuviera novedades hasta el término de su recorrido, cruzó el río, circunstancia que los indios esperaban para caer sobre ellos, causando a los españoles una gran derrota, en la que murieron varios soldados y, en la imposibilidad de regresar a Concepción, huyeron a Santiago, a donde llegaron el 26 o 27 de enero.

Esta derrota complicaba enormemente la situación de Concepción, ya que sus defensores habían disminuído en 36 hombres, aparte de que pocos días antes había partido a Angol Lorenzo Bernal del Mercado llevando otros 29 a fin de aumentar el número de soldados en esa ciudad.

Se resolvió inmediatamente la partida del capitán Juan Pérez de Zurita para Angol, con el objeto de que hiciera regresar esas fuerzas a Concepción, que hartó necesitaba de ellas.

Este individuo, llegado recientemente de Tucumán, tenía grandes condiciones militares, pero no conocía al araucano y, a pesar de haber recibido instrucciones precisas del Gobernador, sólo las cumplió durante el viaje de ida.

Llegó sin mayores tropiezos a Angol el martes 18 de enero, donde se le cedieron 25 soldados y 120 caballos, con los cuales partió de regreso dos días después, con un total de 38 o 40 hombres, haciendo que lo acompañara también el Corregidor Diego de Carranza.

A pesar de las órdenes terminantes del Gobernador y de los consejos de Bernal del Mercado en el sentido de seguir no el camino más corto sino el más seguro, Pérez de Zurita hizo lo contrario.

El cacique Millalelmo, que comandaba a los indios, lo dejó avanzar tranquilamente hasta muy cerca de Concepción, pero en Lebocatal, lugar que hemos citado anteriormente, junto al río Andalién, los indios lo detuvieron el sábado 22 de enero, al mediodía.

Este encuentro fué otro desastre para las armas españolas:

murieron varios soldados, y aun el propio Corregidor de Angol estuvo a punto de perder la vida. Además perdieron "caballos, ropa e oro e plata e otras joyas, que valieron gran cantidad de pesos de oro".

En la imposibilidad de llegar a Concepción, los fugitivos siguieron a Santiago, a donde llegaron seis días después de los derrotados de Itata. Lo grave fué que los soldados de ambas partidas se negaron posteriormente a regresar al sur, con lo que se comprenderá la situación difícil en que quedaban las ciudades de Concepción y Angol.

DEFENSA DE ANGOL (1º-II-1564)

Los indios debían aprovechar el momento psicológico para el ataque general. Sus mensajeros cruzaron velozmente los campos de toda la Araucanía exigiendo a sus huestes concentrarse.

Su propósito principal era destruir Concepción, pero mientras se juntaban todos los que debían asaltarla, un ejército comandado por el cacique Illangulién se dirigió a atacar a Angol, que, además de la disminución de sus defensores, había quedado hasta sin Corregidor, en circunstancias que los dos Alcaldes, Juan de Barahona y Juan de Quiroga, no eran hombres adecuados para una defensa difícil.

Providencialmente estaba ahí Lorenzo Bernal del Mercado, a quien el Cabildo y pueblo pidieron que tomara el mando, lo que dicho capitán aceptó y fué ratificado posteriormente por el Gobernador Villagra.

La salvación de Angol, en esta oportunidad, se debió exclusivamente a este distinguido militar, cuyas resoluciones durante la defensa eran objetadas por casi todos los pobladores.

Angol disponía de 80 soldados de armas, con los cuales Bernal, gran conocedor de los indios, se trazó un habilidoso plan a fin de engañarlos.

En su primera salida de reconocimiento se hizo acompañar de 50 hombres, pero, al ver que ellos no eran suficientes para ata-

Salieron de su pucará a fin de acercarse más al pueblo, instalándose a legua y media de la ciudad, "ribera de un gran río y de mucha defensa para ellos", seguramente el Tolpán o Renicar con éxito a los indios, optó por regresar a la ciudad, lo que sus enemigos interpretaron como señales de debilidad y temor.

co. Primer éxito de Bernal: se cumplió su ardid de que los indios abandonaran su seguro reducto anterior.

Bernal fué ahora a reconocer su nuevo campo, pero con sólo 30 hombres y regresó a Angol nuevamente sin atacarlos, pero no consideró el campo propicio para los soldados españoles. Los indios se consideraron ya tan seguros de la victoria que, según Góngora Marmolejo, los caciques principales ya habían hecho el reparto de las mujeres de Angol.

Nuevo avance de los indios y segundo éxito de Bernal: se instalaron ya muy cerca de la ciudad, "en una loma junto a otro río", que Pedro Cortés, el héroe con muletas de otra defensa notable de Angol, llama Michilemo, y que nosotros creemos que fué el Micauquén, próximo a cuya unión con el Renaico estaba la ciudad. Esto era lo que quería Bernal, pues ese lugar era muy inferior en ventajas para los indios.

Había que atacar de inmediato, antes que el número de enemigos continuara aumentando, por lo que en su tercer reconocimiento no regresó a la ciudad, sino que envió a dos españoles a buscar treinta soldados, con todos los arcabuces con que se contaba, que eran doce, un cañón y 500 indios amigos. Mientras tanto, hacía pasar cuatro hombres el río, más arriba de donde se encontraban, y él lo cruzó algo más abajo.

La alarma se apoderó de los habitantes del pueblo, especialmente de las mujeres y niños. Comprendían que en el próximo encuentro se resolvería su vida o muerte, o su libertad. Muchos consideraban que era una temeridad salir a combatirlos y que debieran defenderse dentro de las defensas de la ciudad; pero Bernal no lo consideró así. Hizo regresar a los cobardes y se quedó con sesenta soldados y los quinientos indios.

Era, más o menos, el 1º de febrero de 1564. En concentrar las tropas terminó ese día, siguiendo una noche llena de nerviosidad. Al amanecer, el cañón comenzó a tronar, dando comienzo a esta acción memorable.

El capitán hizo desmontar toda su gente y la dividió en dos grupos para el avance, mientras llovían las flechas indias, llegando poco después al cuerpo a cuerpo, en medio de una lucha

Poco a poco los indios comenzaron a ceder, y esta debilidad se convirtió en derrota, seguida, como de costumbre, por la fuga furiosa.

a través del río Tolpán, ya que cerca no había bosques en qué esconderse.

Como los españoles conocían bien los vados, cruzaron el río y continuaron la persecución por los valles que seguían más al sur, haciendo una horrible matanza de mapuches.

Góngora y Marmolejo cuenta una escena que refleja el ardor de esta persecución: "Un soldado, vecino de la ciudad de Osorno, llamado Francisco Valiente, valiente hombre portugués, yendo tras de una banda de indios alanceando con otros soldados, se arrojaron los indios de una barranca en el río, dando en un raudal grande, andaban nadando por él. Este soldado, no teniendo temor a la altura de la barranca, mal correr del río, se arrojó con su caballo tras ellos, que era cosa de ver cómo andaba nadando con el caballo envuelto con los indios, el espada en la mano salió a la otra ribera libre".

Los castigos aplicados a los prisioneros fueron duros y a veces crueles: a muchos se les dió muerte, y a otros les cortaron las manos y los pies.

En este encuentro murieron mil indios, entre los cuales se contó el jefe, Illangulién.

El botín cogido fué cuantioso, pues numerosos indios llevaban armas, cotas y ropas cogidas a los españoles en sus anteriores derrotas.

La alegría en Angol fué inmensa, ya que la victoria no había costado a los españoles ni un solo muerto.

"Al diestro capitán Lorenzo Bernal del Mercado le salieron a recibir llorando de placer, dándole muchos loores, como a hombre que con su industria y valor les había libertado de aquel cautiverio que esperaban", dice el título de encomienda otorgado a este jefe. La iglesia abrió sus puertas para que todos fueran a ella a dar gracias a Dios por el éxito obtenido.

Los indios no volvieron a insistir en atacar a Angol, sobre todo si tomaban en consideración la calidad del jefe que lo defendía. Ahora le tocaría su turno a Concepción.

SITIO DE CONCEPCION Y OTROS ACONTECIMIENTOS. (1564).

El cerco de Concepción, que comenzó apenas terminado el asedio de Angol, el 4 de febrero, se prolongó durante casi dos meses, hasta el 30 de marzo.

Los habitantes permanecieron durante este tiempo encerrados en el fuerte, teniendo que dejar la ciudad casi en su totalidad entregada a la destrucción indígena. Menos mal que en su reducto tenían libre salida al mar, que de poco o nada les sirvió, y las aguas del pequeño río que cruzaba el pueblo.

La guarnición contaba de doscientos españoles y más de mil indios amigos, peso nunca se atrevieron a tomar la iniciativa ante el enemigo, concretándose a repeler los ataques que se sucedían día a día.

Una circunstancia providencial venida desde el exterior vino a libertad a los afligidos sitiados. El capitán Juan Pérez de Zurita, que había huído a Santiago después de su desastre en Lebocatal, había venido hasta la región de Teno con algunos soldados y un buen número de indios auxiliares. Allí, desde las posesiones de Juan Jufre, comenzó a "correr la tierra", haciendo a las propiedades indígenas, cuyos jefes andaban en su mayoría en Concepción, el mayor daño que pudo.

Sin darse cuenta de ello, estas correrías repercutieron en Concepción: los indios perjudicados con las incursiones de Pérez de Zurita resolvieron acudir en defensa de sus hogares. Como consecuencia, la desorganización comenzó entre todos los sitiadores al pensar en que poderosos refuerzos venían del norte.

El 30 de marzo probaron suerte por última vez, luchando en forma heroica, aunque al fin sin resultado. El 1º de abril, Sábado de Gloria, las campanas se echaron a vuelo por doble motivo de alegría: celebraban la resurrección del Señor juntamente con el alejamiento definitivo de los indios en ordenados escuadrones, dispuestos a reemprender la lucha en el momento propicio.

Poco después del abandono del fuerte de Arauco y de la huída de sus habitantes, principalmente a Angol, los defensores de esta última plaza tuvieron que ir a destruir una concentración indígena que se estaba realizando en la confluencia de los ríos Laja y Biobío con el propósito de asaltar a Angol.

Juan de Morán fué comisionado por el cabildo para ir a dispersar este ejército indio, al mando de 28 soldados. El corregidor y capitán de la plaza, Diego Carranza, se encontraba ausente de ella.

Los españoles cayeron sobre los indios al amanecer y los desorganizaron por completo, matando a más de cien de ellos y haciendo numerosos prisioneros.

Sabedor de esta derrota el toqui Antihuenu, se puso al frente de un ejército de 2.400 guerreros con el objeto de vengar el descalabro.

Se concentraron primeramente en el ángulo occidental formado por los ríos Biobío y Vergara, lugar que ocupa hoy la ciudad de Nacimiento, e instalaron allí un formidable reducto o pucará, lleno de fosos y terraplenes por los costados que no defendían los ríos.

A fin de evitar que la concentración tomara mayores proporciones, con el consiguiente peligro para Angol, el cabildo comisionó al capitán Lorenzo Bernal del Mercado para que atacara el pucará de Vergara, al mando de cincuenta españoles y cuatrocientos indios auxiliares.

Este valiente militar, con su tino y prudencia acostumbrada se dió cuenta de inmediato que no era conveniente emprender directamente el ataque. El fuerte tenía todas las características de un buen baluarte español y se veía a la distancia cómo brillaban las cotas de maila y las celadas de los indios.

Después de pedir refuerzos a Angol, los que llevaron un cañón, comenzó a realizar su plan de ataque, que Vicente Carvallo y Goyeneche relata así:

“Recibido este refuerzo, hizo Bernal sus preparativos para entrar por asalto a la fortificación de Antuhuenu, y se fué hacia ella con buen orden. Puesto a distancia de 500 pasos, dispuso hacerles ataques falsos toda la noche para que consumiesen todos los cartuchos que tenían, y le salió bien, no sabían usar los arcabuces y más bien les servían de embarazo que de defensa”.

Pero la superstición indígena contribuyó poderosamente a causarles su derrota, desmoralizándolos de antemano.

Cuenta el cronista citado más arriba que aquel día, 25 de marzo de 1564, acertó a cruzar una zorra entre los dos campamentos, la que fué atrapada por un perro del capitán Cortés.

Los indios vieron en esta señal el signo de su derrota y, al producirse el ataque español, de nada valió el entusiasmo de Antihuenu para alentar a sus tropas.

Carvallo y Goyeneche continúa: “Muchos araucanos eran ya muertos, pero también habían caído no pocos auxiliares y estaban heridos veinte españoles. Conoció Bernal que por el lado del sur cargaba doble número de araucanos, y conoció debilidad por allí,

y dirigió los ataques contra aquél con su esforzado brazo. Defendía este punto un valiente capitán de los araucanos, que no le cedió sino con el último aliento. Muerto éste, desampararon la brecha y entraron por ella los españoles, conduciendo los horrores de la muerte por donde pasaban. Amedrentados los araucanos, se retiraron muchos al río Vergara, para conservar la vida, repasándolo a nado. Lo advirtió Antuhuenu, y con tanta entereza como presencia de ánimo, dió voces llamando con sus nombres a los capitanes que huían y pidiéndoles que no lo desamparasen. Mucho pudo aquel hombre con la energía de su voz, y volvieron a la batalla, pero ya fué a destiempo, porque aprovecharon los españoles aquel movimiento, y se declaró por ellos la victoria”.

Hasta Antihuenu pereció en las aguas del Vergara.

Juntamente con las difíciles alternativas que tuvo el sitio de Concepción y sucesos posteriores para los españoles del sur, un nuevo motivo de grave preocupación tuvo el Gobernador Villagra: una verdadera insurrección de las autoridades de Valdivia.

El teniente general de las posesiones australes, con sede en Imperial, Gabriel de Villagra, quiso obtener ayuda de los valdivianos para la defensa de aquella ciudad, seriamente amenazada por los indios, sabedores del apuro en que se encontraba Villagra en Concepción; pero este propósito, tan justo por lo demás, provocó en Valdivia una reacción de verdadero carácter revolucionario: el cabildo envió una insolente comunicación a Gabriel de Villagra impidiéndole su llegada a esa ciudad y que lo resistirían aún por medio de las armas, para lo cual se prepararon creando en esa ciudad un ambiente bélico.

Queriendo al mismo tiempo captarse la buena voluntad del Gobernador Villagra, al meditar tal vez en las consecuencias que pudiera tener más tarde su rebelión, le enviaron a Concepción un barco cargado de víveres y bastimentos.

Villagra, aunque sin pronunciarse, comprendió la gravedad de los sucesos del sur, pero ocultó su indignación, ya que otra cosa no le cabía en aquellos momentos difíciles; y, para evitar un choque armado entre las ciudades de Imperial y Valdivia, desprendió por el momento esta última de la dependencia de la primera y nombró corregidor de Valdivia a Leonardo Cortés, el cual llevaba orden de efectuar justamente lo que había provocado las iras en contra del teniente general de Imperial: reunir fuerzas y enviarlas

en socorro de esta ciudad, ya que los indios imperialinos sabedores de la discordia existente entre las dos ciudades, habían cobrado más audacia.

Realizado su cometido, el nuevo corregidor y las fuerzas enviadas sacaron de una difícil situación a la ciudad de Imperial.

Después de ciertos enojosos incidentes del Gobernador con Martín Ruiz de Gamboa, y que culminaron en la capital, Villagra se dirigió a fines de abril de 1564 por mar a Valparaíso y Santiago, con el objeto de remitir los alimentos que con suma urgencia necesitaban las ciudades de Angol y Concepción, sobre todo la segunda, ya que, en ausencia del Gobernador, y como no llegaron pronto auxilios, llegó a tratarse de la despoblación de la ciudad, en vista de que se había concluido el trigo y los habitantes tuvieron que alimentarse de mariscos y yerbas.

El 25 de julio, día en que los desesperados penquistas celebraban a su Patrono San Santiago, tuvieron la alegría de ver arribar varios barcos cargados con las provisiones que mandaba el Gobernador.

Los indios, a pesar del invierno, habían reanudado algunas operaciones en contra de la ciudad, pero al divisar los buques emprendieron la retirada.

Una vez cumplida su primera preocupación, la de los alimentos, el Gobernador siguió a Santiago con el propósito de reclutar un fuerte contingente de soldados que le permitieran regresar por tierra y tranquilizar toda la región comprendida entre Santiago y Concepción; pero tales fueron las dificultades que tuvo que vencer, que terminó el año 1564 sin que él pudiera moverse de Santiago.

Los indios, temerosos de que el Gobernador viniera de un momento a otro y los pudiera coger por la espalda, no se atrevieron a volver nuevamente sobre Concepción, y más bien pensaron atacarlo en alguna parte estratégica de su camino y, en seguida, proceder contra las dos ciudades últimamente amenazadas.

A principio de enero el Gobernador acometió la realización del viaje al sur en la forma proyectada. En el Maule ya había completado 150 soldados, aparte de más de setecientos indios auxiliares. Los indios, estratégicamente defendidos, se le opusieron en dos lugares principales: Reinoguelén, en el río Perquilauquén, y Tollullán, en los que obtuvo una completa victoria, sobre todo en este

último, en que quedaron prisioneros cerca de mil indios y muchos jefes.

En medio del alborozo de la población, el Gobernador hizo su entrada en Concepción el Domingo de Ramos, 15 de abril de 1565.

PERIODO DE TRANQUILIDAD (1565).

Los indios, cada vez que se veían aplastados por la fuerza, fingían someterse y se dedicaban al cultivo de sus campos a fin de acumular alimentos que les servirían para el período de cualquier otro alzamiento.

Después del regreso de Villagra, la tranquilidad de la región fué tan completa, que se hacía fácil la comunicación de las diferentes ciudades, lo que se notó especialmente entre Angol y Concepción.

El capitán Lorenzo Bernal tuvo oportuno conocimiento, por indios amigos, de la marcha victoriosa del Gobernador, por lo que salió de Angol para ir a su encuentro antes que llegara a Concepción. Villagra le confió algunas comisiones rápidas destinadas a tranquilizar a los indios.

Angol también obtuvo un buen refuerzo de soldados, ya que en Concepción se había concentrado demasiada gente, que era difícil de alimentar.

Cuando el inteligente y querido Pedro de Villagra debiera haber disfrutado de su victoria, llegó a Chile la noticia de que, muerto el virrey del Perú, conde de Viera, su sucesor, don Lope García de Castro, había nombrado ilegalmente Gobernador de Chile a su pariente y coterráneo Rodrigo de Quiroga, líder de los encomenderos, que habían estado muy disgustados con Villagra porque había puesto valla a muchos de sus abusos con los indios.

Don Crescente Errázuriz hace de este distinguido Gobernador el siguiente retrato:

"Diestro capitán, guerrero infatigable, nada olvidó a fin de frustrar los planes, los intentos y los ataques del formidable enemigo; nunca fué vencido y sí muchas veces vencedor; libró a la amenazada ciudad de Concepción, pacificó sus términos e hizo volver sus indígenas al servicio de los encomenderos. Como resultado de sus gloriosos hechos de armas y de su acertada conducta con el vencido, desde el Maule hasta el Biobío, después de tanto tiempo de sublevación, viajaban sin peligro los españoles, aun yendo

solamente uno o dos, según numerosos testigos lo afirman. Sin consideración a su interés personal, pues estaba cierto de conquistarse con ello numerosos adversarios entre los poderosos encomenderos, defendió la causa del pobre indígena y disminuyó en una cuarta parte el tiempo de su trabajo anual obligatorio. En una palabra, acababa de mostrarse digno de gobernar en aquellos calamitosos días.

¿Debería haber esperado que se premiara tal conducta y tales servicios con la separación del mando?"

El 18 de junio de 1565, en medio de una tumultuosa sesión de Cabildo, asumió el cargo de Gobernador Rodrigo de Quiroga.

Poco después le esperaba a Villagra la prisión y un sinnúmero de vejámenes.

ANGOL DURANTE EL GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA

(18-VI-65 a 5-VIII-67)

Una vez que el nuevo Gobernador asumió el mando, nombró como su teniente general a Martín Ruiz de Gamboa, a quien envió a Valdivia a reunir gente para su próxima campaña en Arauco, "quedando concertado con el Gobernador que para tantos días de enero del año de sesenta y seis estuviese con la gente que había de traer en el río de Biobío, abajo de la ciudad de Angol dos leguas".

El teniente regresó trayendo ciento diez hombres bien aderezados de caballos y armas.

Quiroga había hecho llamar a Lorenzo Bernal del Mercado, a quien nombró su maestre de campo.

Una vez que los soldados traídos por Ruiz de Gamboa se juntaron con los trescientos españoles y ochocientos indios traídos del norte por el Gobernador, continuaron por el sur del Biobío a la región de Arauco.

Durante esta campaña repobló la ciudad de Cañete, con el mismo nombre anterior, pero ubicándola junto al mar, en el mismo lugar en que se encuentra hoy el puerto de Lebu.

Muchos de los soldados españoles sacados de Santiago habían sido traídos por un corto tiempo y, al despacharlos a Cañete, Quiroga quiso que se unieran a tropas que envió al mando de Bernal a castigar a los indios de Elicura y Purén, para que de ahí continuaran su viaje pasando por Angol.

En Purén los indios huyeron a su reducto, las ciénagas, y después de habérseles destruído sus cosechas, el maestre de campo entró en el reducto indígena, cuya entrada no era difícil en aquel año seco. Allí lograron coger mujeres y niños y muchos indios de guerra. Esta estada en Purén duró más de un mes, desde comienzos de abril de 1566.

En ausencia del Gobernador los indios atacaron Cañete, sin resultado feliz, pero creyó que era muy probable que Angol se encontrara en parecidos apuros, temor que se aumentaba con los comentarios que los indios hacían al respecto.

Fué a prestar ayuda y a cerciorarse de la verdad el maestre de campo Bernal del Mercado, pudiendo constatar de que sólo se trataba de invenciones de los indios para alarmar y desorientar al enemigo.

El año 1567, el 5 de agosto, se instalaron en Concepción los miembros de la Real Audiencia que, por mandato del Rey, debía hacerse cargo del Gobierno del país y establecerse en la ciudad nombrada, a la que Rodrigo de Quiroga entregó el mando, dirigiéndose en seguida a Santiago, donde tenía su residencia.

DURANTE EL GOBIERNO DE LA AUDIENCIA

(5 de agosto de 1567 a 16 de agosto de 1568)

En el curso de este corto período, un año, no se presentaron mayores novedades para la ciudad de Angol.

Martín Ruiz de Gamboa fué nombrado teniente general del reino, y Lorenzo Bernal, maestre de campo, cargos que fueron refundidos a corto plazo en uno solo, que desempeñó don Miguel de Avendaño y Velasco.

El Gobierno de la Audiencia descontentó a todos y confirmó la creencia de que el mando debía estar en una sola mano. Aun los indios demostraron desprecio por los oidores que, según Góngora Marmalejo, "eran como clérigos, por respeto de vellos andar sin espadas y con ropas largas".

La mayor parte de las acciones bélicas se realizaron en la provincia de Arauco, operando los españoles generalmente a la defensiva.

En igual forma hizo don Miguel de Avendaño un recorrido hasta Angol, partiendo de Arauco y cruzando la cordillera de Na-

huelbuta, incursión que duró más de dos meses, no pudiendo hacer a los indios mayores daños que los realizados en sus campos: "donde paraban, como llevaban muchos caballos y servicio, destruíanlo todo como si jamás nunca se hubiera sembrado." (Gón-gora).

El Rey comprendió los inconvenientes del gobierno de la Audiencia, y nombró para que la presidiera y desempeñara el gobierno de Chile al doctor Melchor Bravo de Sarabia.

ANGOL Y BRAVO DE SARABIA

(16 de agosto de 68 a 26 de enero de 1575)

Era un anciano septuagenario, que se hizo cargo del gobierno en Santiago, el 16 de agosto de 1568, pero que demostró arrestos de hombre joven, saliendo personalmente en campaña al sur.

Cuando llegó a la región de guerra, envió a Angol la mayor parte de la tropa traída de Santiago y continuó con el resto a Concepción.

Dividió sus tropas en tres cuerpos, los confió a los capitanes de más prestigio militar: Miguel de Avendaño y Velasco, Martín Ruiz de Gamboa y Lorenzo Bernal del Mercado.

El Gobernador, desconocedor absoluto de la pujanza araucana, creyó, como muchos de sus antecesores, que la guerra se había prolongado debido solamente a falta de resolución y valor de los capitanes, y obligó a sus tropas, a pesar de la opinión en contra de todas ellas, a comprometerse en una acción guerrera, a todas luces desfavorable, el 7 de enero de 1599, en el famoso reducto indígena de Catiray o Mareguano.

El desastre fué completo para todos los españoles mandados por Avendaño y Velasco y Martín Ruiz de Gamboa. Quedaron en el campo cuarenta y cuatro hombres, algunos de ellos antiguos y distinguidos capitanes.

En medio de la mayor desorganización de sus soldados, el Gobernador tuvo que dirigirse apresuradamente a la ciudad de Angol acompañado de sesenta hombres, disponiendo que los ciento cincuenta restantes siguieran a Cañete y Arauco cruzando la cordillera; pero, en medio del pánico general, nadie quería integrar este último grupo.

A fin de tranquilizarlos y convencerlos, Sarabia tuvo que in-

cluir en esas tropas a su propio hijo, lo que no impidió que muchos soldados desertaran, escondiéndose en los bosques o huyendo a Angol y aún a Santiago. Tanto era el temor que les causaba la ida a Tucapel.

Felizmente para los españoles, los indios, en medio de las fiestas por su reciente triunfo, no supieron aprovechar la desorganización enemiga, pues un ataque inmediato habría significado la completa ruina de la colonia.

A mediados de marzo, es decir después de una permanencia de dos meses en Angol, el Gobernador emprendió el viaje a Concepción, tomando mil precauciones para no encontrarse con los indios.

Avendaño y Velasco y Martín Ruiz de Gamboa, enviados a la protección de las ciudades de Arauco y Cañete, se instalaron en esta última, que se encontraba entonces asentada en el lugar que hoy ocupa Lebu, junto al río de su nombre, sitio que los araucanos llamaban Lebolebo.

En la información de servicios que hizo allí el general Ruiz de Gamboa, que tenía el nombramiento de capitán general y justicia mayor de las provincias de Arauco, Cañete y Tucapel, durante el mes de abril de 1569, se establecen serias dudas con respecto a la responsabilidad inmediata en el desastre de Catiray. Ruiz de Gamboa y varios de sus testigos declaran que Avendaño y Velasco, que llevaba aquel día la vanguardia, tal vez por llevarse solo los honores de una victoria, atacó de inmediato el pucará indígena, sin hacer un previo reconocimiento de él y averiguar las fuerzas con que el enemigo contaba.

La defensa de las ciudades de Arauco y Cañete se hizo imposible, dados los efectivos inmensamente superiores de las huestes mapuches, lo que hizo imposible también el socorro de Arauco, que fué despoblado el 14 de abril, huyendo sus defensores a la isla Santa María.

Conocida esta noticia, los defensores de Cañete desearon hacer lo mismo, lo que no obtuvieron de Ruiz de Gamboa, sino quince días más tarde, en circunstancias que los indios día a día los comprimían más.

Vemos allí, al estudiar uno a uno los documentos redactados, el largo proceso que los jefes responsables hacían antes de

abandonar un pueblo, trámites que por sus detalles rayan en la majadería.

El 14 de abril de ese año 69, los soldados y vecinos de Angol que habían ido al socorro de esos pueblos, pedían en forma angustiada a Ruiz de Gamboa la autorización para regresar a su pueblo: "hemos estado más de tres meses con excesivos riesgos... demás que el mantenimiento que aquí se come es trigo cocido y un poco de cabra un día o dos de la semana... y las guaridas en que estamos son en parte muy húmedas y que se llueven todas... durmiendo en el suelo, de lo cual muchos estamos enfermos de calentura y cámaras de sangre".

Sin embargo, pasaron quince días más, y el jefe disponía que se saliera por tierra, a pesar de que se tenía un barco listo junto al puerto. Nuevas peticiones, nuevos informes...

Ruiz de Gamboa se afirmaba en palabras de la última carta del Gobernador, fechada en Concepción el 22 de abril: "y por esto holgara mucho que vuestra merced con los caballeros y soldados que saliesen se entretenga en las ciudades de Angol y La Imperial, donde podrán estar con más comodidad, hasta que yo escriba á vuestra merced lo que deben hacer".

Pero la salida por tierra, en las condiciones que los rodeaban significaba, según opinión de todos, estampadas en sus declaraciones escritas, un suicidio colectivo.

Y es así cómo, al fin, el 1º o 2 de mayo fué abandonada, saciando sus defensores por mar, la ciudad de Cañete de la Frontera. Quedaban a merced de los indios la numerosa caballada española y todas las casas y enseres domésticos de los habitantes fugitivos.

Lebolebo se convertía de nuevo en un reducto indio.

Los angolinos llegaron a Concepción, y desde allí, siguiendo dificultosas sendas, lograron reintegrarse a su pueblo, valle apacible en medio del infierno de la guerra sin cuartel.

Toda esta serie de desastres, de los cuales fué gran responsable Bravo de Sarabia, lo descalificaron por completo entre sus súbditos.

Avendaño y Velasco, tal vez decepcionado por todos estos reveses que no estaba en su mano remediar, solicitó permiso para ir al Perú y España, petición a la cual el Gobernador accedió, pues deseaba comisionar a este jefe para que lo defendiera de los car-

gos graves que seguramente llegarían hasta el virrey y corte de Felipe II, y solicitar con insistencia refuerzos de toda especie.

El resto de los años 1569 y 1570, fué de relativa tregua tácita entre españoles e indios, ya que aquéllos se sentían débiles y desmoralizados, y éstos cansados, míseros y hambrientos.

Mientras el Gobernador Bravo de Sarabia se había establecido en Santiago, tomó el mando en el sur el oidor de la Audiencia Juan de Torres de Vera y Alarcón, el cual, a pesar de sólo ser hombre de leyes, tomó la espada y mantuvo la situación con prudencia y firmeza.

A principios de 1570 efectuó un viaje a Angol a fin de socorrerla de las cosas más necesarias y dispersó numerosos grupos indios que amenazaban los alrededores.

Mientras tanto, en el Perú, don Miguel de Avendaño exponía al virrey la difícil situación de Chile, pero no pudieron tomarse resoluciones de inmediato porque pronto llegaría un reemplazante para este funcionario, al cual Avendaño esperó hasta el mes de noviembre.

A pesar de todas las dificultades que allí se presentaban para reclutar gente para Chile, "sepultura de españoles", el comisionado logró tener listo en el Callao, a principios de abril de 1570, doscientos cincuenta hombres, municiones y cuatro piezas de artillería, con todo lo cual se embarcó don Miguel de Avendaño, que resolvió no continuar su viaje a España. Venía también como segundo jefe de las tropas el capitán Juan Ortiz de Zárate.

DIFÍCIL SITUACION DE ANGOL

La despoblación de Arauco y Cañete dejó toda la región occidental de la cordillera de Nahuelbuta en poder de los indios. Angol, en el valle central, pasó a ser el eje de la resistencia española en contra de enormes masas araucanas envalentonadas por la victoria.

Es así cómo sus habitantes se preocupaban seriamente de la difícil situación que se les creaba e hicieron portador a don Miguel de Avendaño y Velasco, que partía en viaje al Perú y España, de una petición escrita que dirigían al Rey.

Este documento, fechado "en los confines de Chile" el 15 de mayo de 1569, está firmado por los siguientes "humildes y leales vasallos" de su Majestad: Hernando de Alvarado, Gregorio de

Cano, Juan Gutiérrez, Juan de Leyva, Alonso de Santander, Sebastián García y Juan López.

Sus partes más importantes dicen así:

"Por el empuje de los indios, se habían retirado los españoles de Cañete y casa de Arauco, de lo cual ensorberbecidos más a muchos días que casi tienen cercada la ciudad de la Concesión".

"Verdad es que a más de ocho años que en esta ciudad se vela y della se hacen muchas corredurías y trasnochadas y se bive con ecesivos trabajos y peligros por la hordinaria guerra".

"Que ay muchas vetas rricas de plata e grandes de oro e tierra muy fertil y sana, pero es tan grande la defensa, que el yr a catear y myrar lo quitan por ser pocos los cristianos y fuertes y muchos los contrarios".

"Y para que desto y de todo lo demas ynforme a vuestra magestad va el general don miguel de avendaño y V."

"Suplicamos a vuestra magestad como leales y humildes vasallos nos haga merced de le dar mucha gente, armas, municiones y otras cosas necesarias para ayuda de salir de tan grandes trabajos, necesidad y peligro, para que demas de los de hasta aqui agora con la despoblada de Cañete y Arauco toda la guerra dellos se a pasado a ésta, de mas dela que solía tener, por que parece que estando en pie aquellas dos fuerzas se rrepartia e agora queda sola ésta en muy notable peligro".

TERREMOTO DEL 8 DE FEBRERO DE 1570

Hasta aquí no hemos encontrado declaraciones sobre los efectos que esta catástrofe haya producido en Angol, pero dada su proximidad a la ciudad de Concepción y a los efectos catastróficos que en ella causó, no hay duda que acá debe haberse dejado sentir también con suma intensidad.

Góngora y Marmolejo relata así lo relacionado con aquella ciudad:

"Vino repentinamente un temblor de tierra y terremoto en aquella ciudad, tan grande que se cayeron la mayor parte de las casas, y se abrió la tierra por tantas partes, que era admirable cosa verlo; de manera que los que andaban por la ciudad no sabían que se hacer, creyendo que el mundo se acababa, porque vian por las aberturas de la tierra salir grandes borbollones de agua negra y un hedor de azufre pésimo y malo que parecía cosa

de infierno: los hombres andaban desatinados, atónicos, hasta que cesó el temblor. Luego vino la mar con tanta soberbia que anegó mucha parte del pueblo, y retirándose más de lo ordinario mucho, volvía con grandísimo ímpetu y braveza a tenderse por la ciudad. Los vecinos y estantes se subían a lo alto del pueblo, desamparando las partes que estaban bajas, creyendo perecer."

Los indios creyeron poder aprovechar esta calamidad para asaltar la ciudad, pero sus intentos resultaron vanos, por lo que estuvieron tranquilos en toda la región hasta la entrada de la primavera, en que un éxito inesperado los puso de nuevo en actividad.

El episodio a que nos vamos a referir lo protagonizó el capitán Gregorio de Oña, antiguo vecino de Angol, y padre de Pedro de Oña, autor del poema "Arauco domado".

A la entrada de la primavera del año 1570, salió el mencionado capitán acompañado de dieciséis hombres, con rumbo a Imperial llevando ropa para los habitantes de esa ciudad.

Acamparon una noche cerca de las vegas de Purén, donde el capitán demostró una falta de precaución inconcebible, ya que, después de desensillar los caballos, se entregaron confiadamente al sueño sin tomar la más mínima medida de resguardo.

Los indios cayeron repentinamente sobre ellos y mataron a ocho españoles, entre los cuales se contó don Gregorio de Oña. Los demás lograron llegar a Angol por senderos extraviados.

Como de costumbre, los indios envalentonados por su éxito, trataron de aprovecharse de él, poniendo en peligro a la ciudad, por lo que el licenciado Torres de Vera tuvo que acudir desde Concepción a reforzarla.

Felizmente, por este mismo tiempo llegaron a Concepción los refuerzos traídos por Avendaño y Velasco del Perú, continuando inmediatamente para Angol, que dicho jefe estimaba como su pueblo.

Unió a sus fuerzas algunos soldados traídos de Valdivia, con todos los cuales inició su campaña contra los indios.

COMBATE DEL RIO PUREN (Enero 1571)

A fines de enero el ejército se había colocado en un recodo del río Purén, teniendo a sus espaldas grandes barrancas y al

frente un gran llano. Ambas circunstancias significaban una gran seguridad para esta tropa.

Un ejército de mil quinientos a dos mil indios se presentó ante los españoles, mandado por Pailacar, señor principal del valle de Purén, pero su enérgico ataque no logró dominar las posiciones enemigas. La continuación del combate en estas mismas condiciones habría significado la derrota de los indios, si un grupo de capitanes impulsivos no hubiera convencido a Avendaño y Velasco que debía avanzar hacia el llano.

Los soldados, en su mayor parte recién llegados del Perú, desconocían al indio chileno, y al ver que con repetidas cargas no lograban doblegar su resistencia, comenzaron a desalentarse y a retroceder, retroceso que luego se convirtió en completo desbande, llegando en la noche del mismo día a Angol en medio del mayor desorden.

El Gobernador Bravo de Sarabia se encontraba entonces en Concepción, e inmediatamente después de conocido el desastre de Purén, se puso en marcha para la ciudad de Angol, llevando con él a Lorenzo Bernal del Mercado, a quien designó jefe en reemplazo de Avendaño y Velasco.

El Gobernador permaneció en este lugar hasta el mes de mayo.

La guerra, para los españoles, tomó un carácter totalmente defensivo. Bernal se instaló en Angol, desde donde hacía frecuentes correrías, pero sólo por los lugares cercanos. De vez en cuando, tanto él como sus dos capitanes auxiliares, Juan Ortiz de Zárate y Juan Morán, vecino de Angol desde los tiempos de Valdivia, tuvieron que empeñarse en reñidos combates, pero no consiguieron dominar a los indios.

A fines de 1572, o principios de 1573, estando el Gobernador en Concepción, esta ciudad fué atacada por los indios y estuvo en tan gran peligro de perderse, que el oidor Torres de Vera, aunque tenía prohibición de intervenir en otras cosas que no fueran las de justicia, se puso a la cabeza de los defensores y consiguió rechazar al enemigo.

Tantas calamidades habían acaecido durante el gobierno de Bravo de Sarabia, que éste había solicitado con insistencia al virrey y al rey el envío de un reemplazante.

El virrey, sabedor de los fracasos del anciano Gobernador, había determinado, a fines del año 1571, que Rodrigo de Quiroga

y Bernal del Mercado tomaran el mando del ejército, con los cargos de capitán general y maestro de campo, respectivamente, con absoluta independencia del Gobernador en cuestiones militares.

A mediados de enero de 1575 llegó un emisario enviado por el virrey del Perú, el cual era portador del nombramiento de Quiroga como Gobernador de Chile, y de la orden de supresión de la real audiencia.

RODRIGO DE QUIROGA, prestó juramento ante el Cabildo de Santiago el 26 de enero del año más arriba señalado.

Así ponía término a su mandato un Gobernador que vió todo su período lleno de calamidades, y cuyo alejamiento fué recibido con alegría.

Además de todos los desaciertos de Bravo de Sarabia, sus subordinados ponderaban su avaricia, y se cuentan de él dos anécdotas divertidas, que cita Barros Arana:

“Era tanta su miseria y codicia, que mandaba a su mayordomo midiese delante dél cuantos cubiletes de vino cabían en una botija, teniendo cuenta cuanto se gastaba cada día a su mesa, en la cual sólo él bebía vino, aunque salía barato, para saber cuántos días había de durar; y porque vido un día unas gallinas que comían trigo que estaba al sol enjugándose para llevarlo al molino, y era el trigo suyo, las mandó matar, y como después supiese que eran suyas, habiéndolas repartido a algunos enfermos los trató mal de palabra”.

A las numerosas cartas escritas por particulares, en las que pedían la remoción de este Gobernador, se unieron las enviadas por diversos cabildos. Así el de Angol decía al virrey Francisco de Toledo, con fecha 29 de septiembre de 1573:

“Excelentísimo Señor— grandísima confianza nos ha puesto para esperar nuestro Remedio de mano de vuestra Excelencia ver con cuanta voluntad y caudal se dispuso a hazernos merced á todo este reino como nos la hizo con el socorro que vuestra excelencia nos enbio de tanta gente, armas y municiones, y de lo granado de los cavalleros de su casa; pero nuestros pecados é nuestro hado que no merecen mal, nunca cesan de estorvar estos caminos con varios acaecimyentos de que á vuestra excelencia en esta no queremos dar larga rrelación por no dalle pesadumbre ni traer a la memoria cosas que lastiman nuestros corazones quebrantados ya de tan luengos y excesivos trabajos. Solo constitui-

mos en esta todo el credito que podemos quel capitan Juan ortiz de zarate, criado de vuestra excelencia que agora á solo esto vá, para que el de nuestra parte á vuestra excelencia lo diga y suplique sea servido continuar nuestro rremedio de la manera que lo comenzo, porque en solo el tenemos ya nuestra unica esperanza. Va a verse con vuestra excelencia á nuestra ynstancia y conmovido de nuestros trabajos y miserias, como quien á visto por tres años continuos que con nosotros ha estado, que no poseemos mas que lo que pisamos y lo que con nuestras lanzas defendemos, en los quales el nos ha hecho tan grande amparo y compañía, que mediante su presencia podemos dezir se nos an encusado mayores calamidades en que a servido tanto á su magestad que le es en mucho cargo y todo este rreino en mucha obligacion, y nosotros los de esta ciudad de engol, por ser los mas afligidos de la guerra, en tanta que abremos menester mucho la ayuda de un principe como vuestra excelencia para salirle de deuda, suplicamos á vuestra excelencia en esto la recibamos de su mano como en lo demás de que el sea rrecompensado como lo ha meresido y la voluntad que para en lo de adelante tiene meresce, Vuestro señor la excelentisima persona de vuestra excelencia guarde y en mayor estado acreciente como el servicio de su magestad ha menester y los servicios de vuestra excelencia deseamos— de esta ciudad de engol y de septiembre 29, de 1573.—Excelentisimo Señor— Besamos las manos á Vuestra excelencia sus servidores muy obligados— francisco fernandez mercado— nuño rasura— gaspar de vergara— miguel de Robles— Bernardo alonso cansino— manuel lorenzo.

Manuel vergara escribano— con acuerdo de sus mercedes”.

El capitán Ortiz de Zárate recibió también pliegos de otros cabildos y no hoy duda de que estas gestiones, y los informes dados personalmente por él, contribuyeron a la pronta designación de Quiroga como Gobernador de Chile.

A tales extremos había llegado el estado de desesperación entre los infelices españoles, que, a manera de ejemplo, recordemos dos casos.

Un buen día llegó a Angol, fugado de Valdivia, un platero llamado Juan Fernández, mestizo de español e india. En su ciudad, aburrido de tantos servicios y sacrificios, resolvió huir al

otro lado de los Andes, en la creencia de que allá podría llevar mejor vida.

Durante su estada en Angol, Fernández trató de inducir a otros a que lo acompañaran en su empresa, pero Bernal del Mercado descubrió sus manejos y lo envió a su pueblo de origen, donde fué ahorcado por resolución del oidor Torres de Vera, que sustanció el sumario.

Desde Concepción cinco soldados pretendieron huir en un barco al Perú. Ya iban a la altura de La Serena, cuando fueron detenidos después de una breve lucha en que murió uno de los fugitivos. Los restantes fueron llevados a Concepción, donde se les condenó a servicio perpetuo, como esclavos del rey, y se les colocó al cuello una argolla de fierro. Este doloroso castigo sirvió de lección para los demás españoles.

PEDRO DE OÑA (1570)

Muy probablemente en 1552, y en el refuerzo que trajo del Perú don Martín de Velasco y Avendaño, hermano de don Miguel, debe de haber llegado a Chile don Gregorio de Oña, que al año siguiente ya se encontraba en La Imperial, trasladándose después a Angol, de cuyo Cabildo fué Procurador desde 1561 al 63, y regidor en este último y en el siguiente.

Es entonces una ficción poética de Pedro de Oña el hacer aparecer a su padre ("Arauco Domado", Canto IX) en la comitiva que llegó a Concepción con Don García de Mendoza, el cual

"holgó de ver un viernes en la tarde
a su lucido ejército en alarde,
mandando que a un lugar de la ribera
se ponga la veloz caballería,
y en otro la valiente infantería,
unos delante de otros en hilera".

En la brillante revista de caballeros, que fueron desfilando uno a uno, también se presentó el padre del poeta.

Hay que tomar en cuenta, en resguardo de la verdad histórica, que el Gobernador encontró despoblada a la ciudad de Concepción, y que sólo se le unieron refuerzos de Imperial muchos días más tarde, cuando el ejército ya había pasado el Biobío.

De un matrimonio en segundas nupcias de don Gregorio con doña Isobel de Acurcio, o de Villegas, que en ambas formas es

nombrada, nacieron tres hijos: Gregorio, Baltasara, que se hizo monja agustina, y Pedro.

Hemos narrado en capítulo anterior el trágico fin del capitán de Oña, pero de su actuación militar anterior no hay referencias.

Su hijo Pedro lo recuerda así en el Canto antes citado, y se abstiene de prodigarle alabanzas por su presentación en el desfile:

“Y tu, mi padre caro, mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte,
A que diciendo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregona
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo yo he ganado.
Sólo diré que en guerra te criaste,
En guerras (como en crédito) creciste,
En guerras tu principio recibiste,
Y en guerras hecho piezas acabaste:
Donde el servir al rey sólo ganaste,
Y por mejor serville te perdiste,
Dejando a los que somos de tu casta
No más que el bien de serlo, y éste basta”.

Don Enrique Matta Vial, en su erudito estudio sobre “El Licenciado Pedro de Oña”, después de prolijas investigaciones y comparación de fechas de algunos documentos, ha llegado a establecer que Pedro fué el menor de los tres hijos de don Gregorio, y nació el mismo año de la muerte de su padre, es decir en 1570.

Su madre, doña Isabel, contrajo segundas nupcias, pocos años después de su viudez, con el capitán don Cristóbal de la Cueva, también muy ligado a la historia de Angol, pues fué regidor de su Cabildo en 1553, Alcalde en 1554 y 1555. El 57 don García le dió encomienda en otra parte, pero regresó a Angol y fué Alcalde o regidor desde 1560 al 64, y en 1580.

De este segundo matrimonio de doña Isabel recordemos un dato curioso que refleja las costumbres de la época: tuvo en él once hijos, de los cuales ocho hijas se hicieron monjas agustinas y un varón sacerdote de San Francisco.

Por eso no es raro que doña Isabel pretendiera, en 1594, fun-

dar un convento de monjas agustinas en Angol, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Encarnación. Seguramente que su proyecto quedó sin realizarse por el nuevo abandono de la ciudad, ocurrido en abril de 1600.

Pedro de Oña pasó su infancia en su pueblo natal, y aunque no tenemos datos sobre la existencia de colegios en Angol durante aquellos años, fué allí donde recibió la instrucción elemental, ya sea en la escuela, o en los conventos, que los había de franciscanos, dominicos y mercedarios.

Posiblemente su maestro puede haber sido el cura don Francisco Zurita, ex catedrático de la Iglesia Catedral de Imperial, que se acercó en Angol allá por el año 1574, o Alonso Escudero, que tuvo escuela en Santiago y después se radicó en la ciudad natal de Pedro de Oña.

Aquí aprendió también desde su más tierna infancia el idioma mapuche, por intermedio de la servidumbre de su casa, ya que existió la costumbre de que ella fuera indígena, como lo dice el poeta en una parte de su poema:

"Helo sabido yo de muchos de ellos,
Por ser en su país mi patria amada,
Y conocer sus frasis, lengua y modo,
Que para darme crédito es el todo".

Más tarde el espíritu soñador de Oña debe haberlo hecho pensar largamente en su futuro, ya que en Chile no tenía sino dos caminos: la agricultura o la guerra, en la cual su padre, "hecho piezas", terminó su vida.

Como no cabía otra meta que Lima, su madre hizo todos los sacrificios a fin de enviarlo a la ciudad de los virreyes.

No se sabé a qué edad llegó a ese lugar, pero en 1590, cuando contaba veinte años, siguió como "colegial del real Colegio Mayor de San Felipe y San Marcos".

¿Dónde obtuvo antes la preparación necesaria para ingresar a esa escuela universitaria? No lo sabemos.

El año 91 se matriculó en "el segundo curso de artes" y el año siguiente en tercero.

En 1593 inició cursos de "Theología", pero, según dice don José Toribio Medina en su Biblioteca Hispano-Chilena, "por más que hemos minuciosamente rebuscado en los archivos universitarios, no nos ha sido posible descubrir ni la fecha en que se gra-

duó de licenciado (si bien ha debido ser antes de 1596), ni si prosiguió alguna vez sus estudios de teología. Por aquellos años llegaba a los veinticinco. Un largo mostacho ocultaba la pequeñez de su boca, y a lo correcto de sus facciones añadía singular gravedad una calvicie prematura”.

Mucho debió de trabajar durante este último tiempo, pues el año 1596 apareció en Lima la Primera Parte del “Arauco Domado”, el poema que lo ha consagrado como “el decano de la poesía americana”, como dice don Pedro N. Cruz, citado por Matta Vial, y en el cual se propuso “tratar las cosas de Chile” y escribir las hazañas y felicidades del Marqués de Cañete”, líneas que copiamos del prólogo de su poema.

La fecha de su fallecimiento no ha logrado establecerse, pero se sabe que murió en el Perú.

Nuestro propósito, en el presente capítulo, es el de dar a conocer en rasgos generales la vida de este “patriarca de la literatura chilena”, que honró a su patria y, especialmente, a su ciudad natal. No entramos, en consecuencia, a calificar el mérito literario de su obra.

Escrito lo anterior, hemos conocido las interesantes novedades que, sobre la vida de Oña, ha dado a conocer el historiador peruano Dr. Raúl Porras.

Transcribimos algunas de sus declaraciones:

“Oña, según mis nuevas comprobaciones, se casó en Lima hacia 1598, con doña Ana Farfán de los Godos, hija del fundador de Piura, y tuvo más de cinco hijos. Aulico consumado, obtuvo a raíz de sus loas poéticas sendos corregimientos. No creo que estuviese en Jaén de los Bracamoros, “ciudad de vacas y toros y esqueleto de ciudades donde habría muerto de paludismo o sacrificado por los Xívaros vecinos, sino que disfrutase de su renta en Lima. Los elogios del vate a la Inquisición hacen sospechar que fuera funcionario de ella en los intervalos en que desaparece de las cuentas de Hacienda del Virrey. La más firme comprobación biográfica que he hallado, no mencionada antes, es la de que fué el poeta chileno, de 1630 a 1635, corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Calca y Lares, en los alrededores del Cuzco. Es una región poética, de gran belleza natural, una quebrada llena de maizales y de cañas, tibia y dulce frente a los nevados, que fué región de recreo de los Incas y en cuyos contornos surgen las

fortalezas incaicas más célebres, asaltadas por la selva: Ollantaytambo y Macchu Picchu. Es región unida a recuerdos poéticos legendarios: en Lares encontró Markhan las primeras huellas del cantar de Ollantay, que debió conservarse por los selváticos Antis, enemigos de los Incas, y en esa región ubicó el poeta Miramontes, contemporáneo de Oña, su idilio indio de Armas Antárticas. Es extraño que nada de esto, ni naturaleza, ni historia, se reflejen en la última obra panegírica de Oña, el Vasauro, en la que no hay una sola nota de paisaje ni de evocación, cuando Oña había demostrado una lozana inspiración para captar el ambiente húmedo y la neblina de Lima y hallado una nota costumbrista en El Temblor de Lima, sin duda su producción más fresca y original, dulcemente arropado por la garúa limeña”.

EL TERCER GOBIERNO DE RODRIGO DE QUIROGA

(26-I-1575 a 25-II-1580)

La exaltación al mando de este antiguo militar, hizo concebir muchas esperanzas a todos. Hasta los soldados que se habían ocultado en los bosques salieron a prestar su ayuda; pero el Gobernador no quiso iniciar ninguna ofensiva contra los indios mientras no recibiera un refuerzo que había solicitado y esperaba de España.

Mientras tanto Lorenzo Bernal del Mercado se mantuvo con sus tropas en Angol en actitud defensiva. Igual encargo recibió, para las provincias del sur, Martín Ruiz de Gamboa, promovido por su suegro el Gobernador al rango de mariscal. Quiroga permaneció en Santiago preocupado de los asuntos administrativos.

En medio de esa relativa calma, un suceso de carácter natural vino a turbar la tranquilidad de los habitantes del sur: un espantoso terremoto azotó con suma violencia, el 16 de diciembre de 1575, a las ciudades de Imperial, Villarrica, Valdivia, Osorno y Castro, causando en todas ellas cuantiosos estragos.

Los indios quisieron aprovechar el desconcierto producido por el sismo, en marzo de 1576, iniciando una rebelión en las provincias afectadas. En esta guerra de sorpresa y pequeños combates, ni unos ni otros lograron imponerse definitivamente.

El refuerzo esperado por Quiroga llegó a Chile en el mes de julio, pero causó en todos una verdadera decepción. No eran qui-

nientos hombres, ya que de Sevilla salieron sólo cuatrocientos, que mermaron enormemente en el camino por las numerosas deserciones y por las enfermedades. Eran sólo 334, entre los cuales venían algunos niños inaptos para el servicio. Para colmo, toda esta gente llegó casi desarmada.

A costa de grandes esfuerzos, Quiroga llegó a completar en Santiago más de cuatrocientos soldados y mil quinientos indios amigos, con los cuales se propuso iniciar la campaña a principios de enero de 1577.

En efecto, el día 8 de este mes salió de Santiago a reunirse con las tropas de Valdivia comandadas por Ruiz de Gamboa y las de Angol de Bernal del Mercado, a los cuales había enviado oportunamente las órdenes correspondientes.

La unión de estas fuerzas se produjo en Quinel, lugar situado más al norte del Biobío, y ellas totalizaron casi quinientos soldados y dos mil quinientos auxiliares. Allí designó a Ruiz de Gamboa coronel de las tropas, es decir, primer jefe después del Gobernador, y Bernal del Mercado fué nombrado maestro de campo.

En ese lugar sufrió Quiroga un primer desencanto al imponerse de que los indios no habían cambiado su actitud irreductible. En efecto, Bernal lo informó de que el 2 de febrero Angol había sido atacado vigorosamente, y la ciudad se había visto en gran riesgo de perderse. Muchos de sus defensores habían sido heridos, entre ellos el jefe de la plaza, el cual castigó con pena de muerte a los prisioneros.

Por su parte, Ruiz de Gamboa había tenido que abrirse paso con las armas a fin de poder juntarse con su suegro y Gobernador.

Reunidas ya todas las tropas, Quiroga se dirigió con ellas a destruir una gran concentración en Hualqui, lo que felizmente consiguió, continuando en seguida la persecución al sur del Biobío, que los indios habían cruzado en su retirada. Esto sucedió el día 8 de marzo.

Al otro lado, en la región de Arauco, encontró, como de costumbre, a los indios fingiendo sumisión, en espera de una ocasión para volver a alzarse, la que se presentó cuando Quiroga devolvió al norte muchos de los auxiliares que lo habían acompañado hasta allí.

Bernal del Mercado cargó contra ellos en pleno invierno, les

tomó trescientos cincuenta prisioneros, a los cuales conmutó la pena de muerte por su destierro a La Serena, y que allí se les cortara los dedos de un pie, a fin de que no huyesen fácilmente de las minas a que serían destinados.

Pero nada doblegaba a los indios. Una noche pretendieron quemar el campamento español, pero fracasaron en ello, y cayeron prisioneros ocho indios principales, entre ellos un cacique que los españoles llamaban Juan de Lebu. A los siete primeros se les ahorcó, y al último, por su reincidencia, Quiroga lo condenó a ser empalado como Caupolicán.

A pesar de esto, durante todo el invierno de 1577, los indios no habían dado a los españoles ni un día de completo reposo.

En uno de los ataques a Angol, según dice Juan de Mercado al Virrey, en carta de 20 de enero de 1578, "la victoria que se tuvo con los yndios que vinieron sobre Angol el año pasado, la cual fue obra de dios y no de fuerzas humanas".

Sólo en la primavera de 1577, a mediados de octubre, Quiroga se resolvió a emprender una campaña, que comprendió, primeramente, Purén y Lumaco. Continuó para Angol, y en los primeros días de febrero del año siguiente, resolvió atacar el famoso reducto indígena de Catiray, proyecto que a última hora abandonó, a pesar de los consejos optimistas de Bernal.

Frente a sus defensas, los indios exhibían las calaveras de noventa españoles caídos en combates anteriores.

A fin de evitar un encuentro, fué a dar una vuelta por el lugar actualmente llamado Lota y desde ahí continuó a Arauco, después de haber librado una batalla, que felizmente le fué favorable, en la famosa cuesta de Marihuenú, el 21 de marzo.

Sin embargo, ninguna victoria le era decisiva: durante el invierno se tuvo que defender el fuerte de Arauco y la insurrección de las provincias del sur tomaba cada día mayor fuerza, teniendo que enviar refuerzos a esa región.

En octubre, nuevamente se dirigió a la comarca de Purén y Lumaco. El 26 de noviembre el Gobernador se encontraba acampado en Guadaba, y aunque nada hacía presagiar un ataque de los indios, poco antes del amanecer recibieron un vigoroso asalto de ellos, el que en sus principios los desconcertó. Luego reaccionaron y pudieron rechazar el ataque.

Desde aquí Quiroga, anciano y achacoso, se dirigió a Angol,

donde tuvo conocimiento de que el enemigo se reunía un poco al norte de la ciudad, donde podían destruir un socorro que el Gobernador esperaba de Santiago.

Bernal del Mercado, maestre de campo, salió en reconocimiento de ellos, pero en la tarde del 5 de diciembre, cuando ya se habían instalado en el lugar en que alojarían, fueron asaltados por numerosos indios, a los que, después de grandes esfuerzos, lograron rechazar.

PARALIZACION DE LA OFENSIVA. LOS CORSARIOS (1578)

En Angol se encontraba Quiroga cuando recibió una funesta noticia que rubricaba todas sus inquietudes de los últimos tiempos: había aparecido en las costas de Chile el famoso Francisco Drake.

El ya casi inválido Gobernador tuvo que irse apresuradamente a Santiago, adonde llegó a fines de diciembre de 1578, viaje que produjo a Quiroga un grave quebrantamiento de salud, lo que se agravó con un tumor gangrenoso en un pie, que lo tuvo en grave estado.

Desde su lecho de enfermo, dispuso que Martín Ruiz de Gamboa tomase el mando superior de las operaciones militares, y que el maestre de campo Bernal del Mercado tuviera a raya a los indios de la región vecina al Biobío; pero estaba escrito que la guerra de Arauco sería como un puzle, en que mientras se aseguraba una pieza, saltaban otras.

Bernal tuvo que perseguir a los indios de guerra que cruzaron al norte del Biobío con intención de castigar a los que permanecían en paz, los que alcanzaron en sus correrías hasta las márgenes del Itata. En esta campaña el maestre de campo tuvo que sostener con los indios un combate tan reñido, que, como lo dijo en carta al Rey, "en las veces que he peleado con estos indios en el discurso de veinte y siete años de guerra, que han sido hartas, sólo ésta he peleado por sólo escapar la vida".

Mientras tanto, la guerra recrudecía más al sur y los refuerzos de Santiago no llegaban, tal vez por temor de que los corsarios regresaran.

El antiguo ciudadano de Angol, Bernal del Mercado, cansado de estas situaciones, y en circunstancias de que de nuevo comen-

zaban las deserciones y otras faltas a la disciplina que no era posible castigar como se merecían, resignó el cargo de maestro de campo, siendo reemplazado por el capitán Juan Alvarez de Luna, que prestaba sus servicios en el sur bajo el mando de Ruiz de Gamboa.

El 25 de febrero de 1580 fallecía en Santiago el Gobernador de Chile Rodrigo de Quiroga, a los ochenta años de edad, aproximadamente.

Góngora Marmolejo hace de él el siguiente retrato:

“Era hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaquileño, nobilísimo de condición, muy generoso, amigo en extremo grado de pobres, y ansí Dios le ayudaba en lo que hacía: su casa era hospital y mesón de todos los que la querían”.

Nariño de Lobera añade: “Fué Quiroga hombre de muy buenas partes, como fueron sobriedad y templanza y afabilidad con todos, por lo cual era muy bien quisto, querido y respetado en todo el reino, y por no descender a todas las muestras de mucha cristianidad que eran manifiestas a todos sus conocidos, las reduzco a una sola que fué las muchas limosnas que hacía de ordinario, gastando con los pobres y los soldados descarriados, treinta mil pesos de oro que tenía de renta cada año, de suerte que se amasaban en su casa ocho a doce mil hanegas de pan para los pobres entre otras semejantes obras pías que iban a este paso”.

Sin embargo, debemos recordar que de no todas estas flores era merecedor Quiroga. Bástemos citar la forma inicua con que indispusieron y trataron, él, y su yerno Ruiz de Gamboa, a Pedro de Villagra en el final de su administración, con la cooperación del Presidente del Perú, García de Castro, y de su enviado en Chile, capitán Jerónimo de Castilla.

Hemos encontrado, además, una carta que los vecinos de la ciudad de Osorno enviaron seis meses antes de la muerte de Quiroga, el 10 de agosto de 1579, al virrey del Perú, en la cual, después de contar la triste situación y aislamiento en que se encontraban, se refieren a Rodrigo de Quiroga como que era un anciano inepto ya para el cargo de Gobernador, y temían que su yerno Martín Ruiz de Gamboa fuera designado en su reemplazo.

Sin embargo, tuvieron que aceptar a éste durante algún tiempo, mientras se nombró Gobernador titular.

MARTIN RUIZ DE GAMBOA (25-II-1580)

Y ALONSO DE SOTOMAYOR (19 Sept. 1583-30-Jul. 92)

El reemplazante del Gobernador Quiroga fué Ruiz de Gamboa, en cumplimiento de una providencia que aquél extendió.

Una de sus primeras preocupaciones, como la de todos sus antecesores, fué la de pedir refuerzos al Perú para poder continuar "la guerra vieja", que era llamada la del Itata al Cautín, y la "guerra nueva", que era la que se había desencadenado ininterrumpidamente durante los últimos tiempos en las comarcas de más al sur.

No sólo por la espera de los refuerzos, sino por aclarar dificultades producidas en Santiago, Ruiz de Gamboa permaneció durante varios meses en aquella ciudad, de donde partió para el sur el 17 de octubre de 1581, visitando primeramente la ciudad de Chillán, recientemente fundada, y continuando por las ciudades vecinas al Biobío, en las cuales dejó refuerzos, y dando término a su recorrido en Valdivia.

Mientras tanto, el Rey de España había recibido numerosas peticiones y quejas relacionadas con el verdadero descalabro existente en Chile, donde nunca se había podido contar con el suficiente número de hombres ni otros recursos para emprender acciones decisivas, y donde los últimos Gobernadores habían sido ancianos enfermos imposibilitados para realizar activas campañas.

Es así como Felipe II, a comienzos de marzo de 1581, ignorante aún de la muerte de Rodrigo de Quiroga, acordó reemplazarlo por un joven capitán, aunque dejando constancia del gran mérito de la persona del gobernante reemplazado por su edad avanzada y sus achaques, otorgándole una pensión vitalicia equivalente a la mitad de su renta.

La persona elegida fué el capitán don Alonso de Sotomayor, cuya designación se produjo el 19 de marzo del año antes mencionado, héroe de numerosas batallas en Europa y formado en los ejércitos del duque de Alba, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, generales famosos de su siglo.

Sólo el 30 de noviembre pudo partir de Cádiz, con quinientos soldados, entre los cuales venía Alonso García Ramón, que más adelante veremos tuvo actuación distinguida en la vida de Angol.

Resueltos a llegar a Chile por el estrecho de Magallanes, for-

mando parte de una gran escuadra comandada por el general Diego Flores de Valdés, los numerosos contratiempos del viaje aconsejaron a Sotomayor desembarcar en Buenos Aires en enero de 1583, para continuar por tierra.

En esta segunda etapa sufrieron las tropas casi tantas penalidades como en la primera. "Venían los soldados, dice Sotomayor, tan descalzos y desnudos, que rompía el corazón verlos". Las deserciones habían reducido el número de hombres a cuatrocientos. Así llegaban siempre los refuerzos a Chile: mermados y diezmados.

El 18 de julio entraron en Santiago emisarios del nuevo Gobernador con la noticia de la próxima llegada de éste. Bernal del Mercado asumió el mando de la ciudad de Santiago, como corregidor y teniente de Gobernador designado por Sotomayor, quien hizo su arribo a la capital el 19 de septiembre de 1583, dos años y medio justos después de haber sido designado por el Rey. Pero aquellos eran plazos breves y corrientes en esos tiempos.

LA CIUDAD DE ANGOL, CAPITAL GUERRERA. (1583).

No es porque por decreto lo haya determinado así el nuevo Gobernador, pero en el hecho Angol fué durante este período el centro de las acciones de guerra y resistencia habitual del Gobernador.

La primera expedición al sur se realizó bajo el mando de un hermano de Sotomayor, llamado Luis, y de Lorenzo Bernal del Mercado, veterano de las guerras de Arauco.

Vinieron solamente doscientos arcabuceros, ya que los demás soldados aun no tenían ropa adecuada para salir a campaña, los que salieron de Santiago a fines de diciembre de 1583.

Durante su recorrido cruzaron sin mayores incidentes las comarcas de Chillán, Concepción y Angol; tuvieron más adelante un combate con los indios de Purén, continuando a Imperial, Villarrica, Valdivia y Osorno.

En todo este trayecto se concretaron principalmente los españoles a destruir las siembras y alimentos de los indios.

Sin embargo, en esta campaña hubo un hecho especialmente importante, en el que intervino Bernal del Mercado, gran conocedor de la comarca de Angol. Tropas bajo su mando se desprendie-

ron del grupo general para ir a reconocer ciertas minas, pero sorpresivamente fueron atacadas por un cuerpo considerable de indios.

El ataque se produjo en la montaña vecina a la ciudad de Angol, y la lucha fué tan ruda, que los españoles se vieron en inminente peligro de ser desbaratados, a no mediar la calidad del jefe que los guiaba y las demostraciones de arrojo de sus compañeros, lo que les permitió abrirse camino y dispersar a los enemigos.

El Gobernador realizó en seguida personalmente su primera campaña, la que tuvo como centro la ciudad de Angol, y que comenzó en diciembre del año 84.

La primera "correduría" hecha desde aquí fué encargada a Alonso García Ramón, el que salió con ciento cuarenta hombres, con la orden de exterminar cuanto indio se encontrase, aunque fueran mujeres y niños.

El enviado, entusiasmado por su primera actuación en Chile, cumplió maravillosamente la orden recibida y, según relata un cronista, "se dió tan buena maña y cogió a los indios descuidados, y dió en ellos con toda su furia, sin perdonar niño ni mujer que topase, por atemorizar a los demás con tan áspero castigo; y habiendo muerto hasta doscientas personas, se volvió con el pillaje a la ciudad de los infantes (Angol)".

El día 20 de diciembre partió el Gobernador acompañado de 280 soldados. Dejó en Angol el resto de sus tropas y todos los bagajes a cargo del doctor Lope de Azócar.

Su destino fué Purén, "la ladronera de Arauco", a donde llegó sorpresivamente, continuando su recorrido por las regiones de Tucapel y Arauco, a cuyo paso los indios se escondían, sin que dejase por eso de coger "algunos indios e indias, de que se hizo justicia". Las dos últimas palabras significaban que eran muertos. Ellos mismos, dice Barros Arana, prendían fuego a sus propias chozas para no dejar a los españoles la satisfacción de destruirlas, y se retiraban a los bosques con sus mujeres e hijos a esperar la ocasión propicia para tomar venganza".

Esta primera jira, terminada en Angol el 9 de enero de 1585, sirvió para dar a conocer al Gobernador la calidad del guerrero araucano y produjo en él el convencimiento de que para domi-

narlo necesitaba lo menos un ejército de mil hombres bien provistos de toda clase de elementos.

Con esta misma fecha escribía Sotomayor al Rey: "Esta guerra está de la manera que aquí significare a V. M.: desde la ribera del Ñuble empieza a estar levantada la tierra, hasta el Imperial, que son quarenta leguas de largo, y esto esta de guerra desde que se fue don García de Mendoza, que ha veinte y cinco años i habra seis años que se alzaron los indios de las ciudades Villa Rica, Valdivia y Osorno hasta los contornos de la ciudad de Castro".

Creyó también que el plan más viable consistía en establecer estratégicamente cierto número de ciudades y fuertes bien defendidos, desde los cuales se hicieran frecuentes campearadas, y a fin de conseguir elementos para realizarlo, despachó desde Angol al capitán Juan Álvarez de Luna a solicitarlos al Perú, y, al mismo tiempo, los pedía por escrito al Rey.

Sotomayor decía al Virrey: "y are otro asiento o pueblo en el valle de puren, que es en los llanos a la parte de las ciudades de arriba y con estos dos pueblos se asegurarán todos los indios que están de guerra en los llanos".

En la misma carta pedía al Virrey "acero y hierro y espadas con sus guarniciones, y plomo y guarniciones despadas, y puños y ruan (lienzo) de cofre y de fardo, y paños no finos, y xavon y frenos de la gineta, y algunas cotas de mallas gruesas".

La prueba palpable de la permanente rebelión indígena la tuvo Sotomayor pocos días después de su regreso a Angol, pues, estando acampado en las inmediaciones de la ciudad, fué atacado, el 16 de enero, por un formidable ejército indio que cayó sobre él sorpresivamente.

Era una noche de luna, y el enemigo había organizado con tanta habilidad su plan de ataque, que en un principio los españoles se sintieron completamente desconcertados. Felizmente García Ramón logró ordenar un grupo de arcabuceros, con los cuales restableció el orden, y todos en seguida pudieron rechazar al enemigo.

Alonso de Sotomayor no esperó la llegada de refuerzos para comenzar la instalación de nuevos fuertes. Se trasladó, desde Angol, con casi todo su ejército a las márgenes del Biobío, y en el lugar llamado Millapoa colocó un fuerte a ambas riberas del río. Mandó, en seguida, a establecer otro en Purén, en la esperanza

de convertir pronto estos baluartes en pueblos; pero, aunque el Gobernador pasó todo el invierno en estos lugares, la tranquilidad no venía.

El cacique Cadeguala efectuó un ataque nocturno a Angol, el que se frustró debido sólo a que el Gobernador se encontraba acampado con su ejército cerca de la ciudad.

El jefe araucano se dirigió en seguida a sitiar Purén, que se encontraba al mando del sargento mayor Alonso García Ramón. El cerco se efectuó con todas las reglas militares empleadas por los españoles.

Temeroso el jefe español de este singular progreso en la disciplina indígena, dió parte de ello al Gobernador, el que partió con gente escogida en auxilio del fuerte de Purén, y fué tan organizada la resistencia que le opusieron los indios, que Sotomayor tuvo que regresar a Angol.

Cadeguala, lleno de orgullo por su éxito ante el Gobernador, tuvo un arresto de jactancia que hizo repetirse la escena de Bernal del Mercado, con un duelo singular entre un toqui y un jefe español.

El jefe indio gritó ante las defensas de Purén, retando a García Ramón a una lucha de hombre a hombre para el tercer día, con la cual se decidiría la suerte de la plaza.

Dice el padre Olivares:

"Al tercero día se presentó el indio en el lugar del combate con moderado séquito que dejó en lugar que no diese sospecha; y luego llegó Alonso García Ramón, dejando 40 españoles un poco atrás, a quienes mandó que se mantuviesen en tanta distancia como estaban los indios, a menos que no hubiese traición de parte de ellos. Se pusieron, pues, los dos combatientes a vista uno de otro en poderosos caballos, armados de las armas que juzgaron más a propósito, y con sus picas en la mano, con las cuales comenzaron y acabaron la pelea, porque habiéndose embestido a toda brida al primer encuentro, cayó muy herido Cadeguala y aunque no quería confesarse vencido, y se esforzada a montar, la muerte que venía muy ejecutiva, lo hizo dar traspiés, y dentro de poco expiró".

De nuevo, como los fracasos anteriores de todos los Gobernadores, comenzó la desmoralización entre las tropas, lo que dió origen a un lamentable suceso del cual se hizo justicia en Angol.

En el nuevo fuerte de Purén, donde continuaba como jefe Alonso García Ramón, éste hubo de trasladarse a Santiago a buscar los auxilios con que anualmente contribuía esa ciudad para la guerra, y quedó en su reemplazo el capitán Tiburcio de Heredia, también gran militar de Flandes.

Allí algunos soldados descontentos idearon un complot realmente audaz: apoderarse de algunas armas, huir a Angol, seguir a todos los fuertes y ciudades de más al norte, hasta Santiago, reclutando descontentos, y desde allí huir todos al otro lado de los Andes.

Desgraciadamente para los promotores, Heredia descubrió aquel secreto y lo comunicó al Gobernador, que se encontraba en esos días en Imperial. Vino éste al lugar del suceso, fingiendo ignorar todo lo que pasaba, y, so pretexto de hacer algunos cambios en su gente, envió a Angol a todos los comprometidos en el complot, donde se hizo justicia en ellos con la pena del garrote.

A pesar de todo, Sotomayor había conseguido que algunos indios comarcanos de Angol declararan su sumisión, especialmente los del lado de la cordillera.

Sin embargo, el comienzo del año 1586 demostró que todas las sumisiones eran sólo un ardid de guerra de los indios, pues cada día se sentían más diestros en ella.

En febrero de aquel año cayeron sobre el fuerte de Purén con el propósito de robar a los españoles sus ganados, que estaban bajo la custodia de los indios de servicio.

Se entabló una cruda lucha en la que los araucanos se replegaron a su ciénaga, y a pesar de los destrozos que les causaron los arcabuces, los defensores del fuerte tuvieron dos soldados muertos y seis heridos.

El Gobernador Sotomayor se sentía tan presionado por los indios, que en la carta de 1º de febrero de 1586 exponía al Virrey del Perú la necesidad inmediata de una fuerte ayuda, pues si no, "se perderá la guerra".

Los soldados españoles, por su parte, se hallaban tan desmoralizados, que dicho jefe le rogaba al Virrey los alentara: "al coronel Francisco del Campo i al maestre de campo Alonso García Ramón i al sargento mayor Tiburcio Heredia y a los soldados cartas regaladas animándoles y agradeciéndoles lo que sirven".

Esta carta fué escrita en el fuerte de Jesús, nombre que puso a la casa de Purén.

Con respecto al ataque a Purén, del cual hemos hablado en uno de los párrafos anteriores, envió otra carta al Virrey, el 7 de febrero, desde el mismo fuerte citado, en la cual insistía en el pronto envío de hombres y armas.

En nuestro propósito de dar a conocer documentos de aquella época, que no sólo dan informaciones de guerra, sino que pintan el ambiente difícil en que se vivía en Angol y Purén, transcribimos la parte principal de esa carta:

“Después que don Luis, mi hermano, se partió deste asiento de Puren, donde estoi haciendo un fuerte, se ha ofrecido haber los enemigos hecho una junta para venir a llevar el ganado i a matar todo el servicio que pudiese. Ayudabales para salir con su intento el venir arrimado a una cienega, que es una de las partes de la guerra deste reino, y el tenerla por retirada les dio al vinantes (avilantez) para ejecutarlo. Vinieron hacerlo veinte indios a caballo i para disimular que no eran de guerra, traian las lanzas arrasando. No fueron sentidos hasta que alancearon a algunos yacacunas, y llevaron el ganado; salieronlos a recibir trecientos indios, dejando otros trecientos emboscados a la orilla de la cienega, y yendose retirando a la cienega en dos esquadrones, que en el uno llevaban las vacas y en el otro cantidad de caballos, salieron a quitarselos con grandisima diligencia el maestre de campo y algunos soldados i despues de haber peleado i quitadoles el ganado i muerto algunos, yendo en su seguimiento dieron en las emboscadas i acometieron los indios dellas a los nuestros con mucha determinación, aunque se habian retirado a mejorarse de puesto, i habiendo peleado gran rato con la ayuda de arcabuceria, fueron desbaratados; murieron cantidad de indios, salieron ocho soldados heridos, de los cuales se ha muerto dos por no ir bien armados. Hame parecido dar quenta desto a V. Exa. y advertirle de cuanta importancia son los arcabuces en esta guerra”.

Para colmo de males, según decía el Gobernador el 18 de febrero, siempre desde el fuerte de Purén, “me han enfermado muchos soldados por el excesivo trabajo que han tenido i muerto algunos i otros muchos que la guerra consume cada día i van disminuyendo las fuerzas, de manera que a esta hora no me hallo en este campo con no mas de docientos i veinte soldados, dellos la tercia parte enfermos desta peste de paperas que dese reino vino, i aunque estoi fortificado, las escoltas que cada día salen por

yerba i comida van mui aventuradas con toda esta flaqueza”.

Los españoles apenas tenían pólvora, pues un barco que la conducía desde el Perú había explotado.

La gente vivía ilusionada con el próximo refuerzo, que nunca llegaba, y si los españoles no flaqueaban del todo, los indios mantenían su arrogancia.

El 24 de febrero de 1586 regresaba a Angol, acompañado de cincuenta soldados, el Gobernador, de vuelta de una de sus frecuentes recorridos, debiendo continuar a la mañana siguiente para los fuertes del Biobío.

Los indios de guerra se habían puesto de acuerdo con muchos de servicio de la ciudad para la realización de un plan, que hubiera podido resultar la pérdida de la colonia.

En la noche del 26 los indios del pueblo comenzaron a incendiar sus chozas de paja, y en medio de la sorpresa que esto produjo, la ciudad se vió asaltada por tres puntos diferentes por un grueso escuadrón de jinetes indios seguidos de muchos a pie.

Por fortuna los cincuenta soldados que debían salir con el Gobernador a la madrugada del día siguiente, se encontraban, como pudiera decirse, con el arma al brazo, lograron repeler el vigoroso y repentino asalto en medio de los resplandores de los incendios.

Al día siguiente Sotomayor escribía una carta al virrey del Perú, en la cual le contaba el ataque de la noche anterior y muchos otros sucesos recientes:

“A los 24 de Hebrero, yendo para los fuertes de la Trinidad i Espiritu Santo, que hice el año pasado sobre la ribera del Bio Bio, llegué a dormir a Angol, que es la frontera que mas en medio de los enemigos siempre ha estado, y al presente tenía quietud por haber dado la paz i venido a servir la mayor parte de los indios de su distrito de la cordillera nevada, los cuales ha parecido haber sido la paz que dieron con solo fin de coger sus comidas y pertrecharse de armas que les faltaban. Estos indios, despues de haber acudido dos meses con sus mitas i ayudado a coger las sementeras a los desta ciudad, i reparado con esta paz q. no se les cortase las suyas, resolvieron con gran secreto de volver a levantar i llevarse la ciudad, poniendo fuego a las casas a media noche, y para ello tuvieron mano con algunos indios familiares de los vecinos i otros quellos enviaron con color de que venian a servir i con orden de que la noche señalaba (señalada), estos pegasen fuego a las casas donde estaban, i como fuesen

saliendo los españoles, los demas los irian acabando, y con ellos los indios que servian a esta ciudad, i con este suceso quitarian a este pueblo i los fuertes de la Trinidad i Espiritu Santo y Puren. Esta noche acerte yo a llegar con cinquenta soldados, con cuya venida i seguridad que habia de estar todos los indios de paz, no hubo quien imaginase tal suceso. Ellos vinieron ciento de a caballo i gente de a pie i entraron por tres partes en esta ciudad i pusieron fuego a muchas casas de españoles, que son las mas pajisas, i a algunas rancherias de indios amigos. En la confusion que todos nos vimos fué terrible, porque acudiendo a favorecerse del fuego daban con los enemigos. Fué Dios servido que aunque se quemó la tercia parte del lugar, i mataron algunos indios i chusma, no padeció ningun español, i fué la causa el entender los indios enemigos, estando peleando, mi llegada, y asi se retiraron con gran presteza. Pusimonos a caballo con mayor que se pudo, por la confusion del fuego y ser la noche oscura. No se pudo dar luego en el camino que llevaban, i a la ventura envie un golpe de gente en su seguimiento, i otro dia(al día siguiente) al amanecer dieron con el rastro cinco leguas desta ciudad, siguieron otras dos i alcanzaron dos dellos, de quien he tomado particular razon, que es la que he referido. Dícenme que los que han sido causa desto son los indios ladinos que han servido a españoles i que antes de venir bebieron i resolvieron de no servir mas, sino defenderse con las armas, como lo han hecho 34 años. Estoi sospechoso que han de seguir este camino los demas que han dado la paz en las ciudades Valdivia, Villa Rica i Osorno, aunque el haberse hecho allí mucho castigo podría ser causa de que se detuviesen”.

El incendio había destruído, como acabamos de verlo, la tercera parte del pueblo, ya que la mayoría de sus casas tenían techos de paja, pero por fortuna no había muerto ningún español, aunque cayeron muchos de los auxiliares fieles.

Los indios no se amedrentaron con el rechazo, y siguieron hostilizando los nuevos fuertes, los que se vieron prácticamente sitiados e incomunicados.

El que más sufrió esta presión fué Purén, cuyos defensores se mantuvieron firmes durante algún tiempo, pero una vez que vieron agotarse los alimentos y las municiones, tuvieron que abandonar el fuerte y dirigirse a Angol. Las instalaciones y defensas

de Purén fueron destruidas hasta los cimientos por los indios a fines de 1586.

Estos factores vinieron a probar al Gobernador que, con las escasas fuerzas con que contaba, era imposible sostener otros fuertes, aparte de los que habían existido anteriormente.

El temor de un nuevo ataque de corsarios produjo alarma en el Perú, lo que provocó el envío de tropas. En efecto, trescientos hombres salieron para Chile a principios de 1588. Además, desde España el Rey había enviado un refuerzo considerable que vino en la escuadra en que viajó al Perú el nuevo virrey don García de Mendoza, pero estas tropas regresaron a Europa custodiando el tesoro que anualmente se mandaba.

Una vez que don García hubo llegado al Perú, se preocupó de enviar refuerzos a Chile, pero sin pensar en los progresos que los indios habían hecho en la guerra, desde los tiempos en que estuvo como Gobernador, se imaginó que con doscientos hombres bastaría.

Alonso de Sotomayor recibió en Concepción, en vez de los setecientos soldados de calidad que esperaba de España, sólo doscientos, que muy poco valían, ya que era pésima la clase de gente que venía de allí.

Juntando estas tropas con otras de distintos lugares, logró revistar en Angol 515 hombres, en noviembre de 1590. De estos soldados doscientos cincuenta eran arcabuceros.

En seguida emprendió una campaña en dirección a Talcamávida, pasando por el famoso Catiray o Marenguano, y la no menos famosa cuesta de Villagra, o Marihuenu, donde debió librar un combate que duró más de dos horas. Continuó a Arauco, ciudad que repobló con el nombre de San Ildefonso, lo que hace creer que dicha refundación se efectuó el 23 de enero de 1591, día en que se celebraba esa fiesta.

Prosiguiendo su viaje, el Gobernador llegó a las regiones de Cañete y Tucapel, pero se abstuvo de repoblarlas, y regresó a Arauco a continuar su aprovisionamiento y su defensa, pues los indios no mostraban indicios de debilitamiento en su estado de rebelión.

En la plaza de Arauco este año hizo estragos la viruela, introducida a Chile treinta años antes. La epidemia mató a algunos soldados en aquel lugar, y los indios quedaron aniquilados. Se

cuenta que de mil trescientos auxiliares y de servicio no quedó uno solo vivo. Un cronista dice: "Ni el maestre de campo ni los capitanes tenían quien les ensillase el caballo".

A fin de efectuar una nueva ofensiva en la próxima primavera, resolvió solicitar nuevos refuerzos al virrey del Perú, ya que él lo había privado de los setecientos hombres que hizo regresar a España.

Confió esta comisión a su maestre de campo Alonso García Ramón, el que llegó a Lima a mediados de julio de 1591, donde solicitó trescientos hombres bien equipados, setenta mil pesos en ropas para los soldados que había en Chile, un navío para que recorriera las costas, municiones y seis cañones.

Aunque el virrey aceptó estas peticiones, mil dificultades se presentaron para reunir esos elementos, ya que sólo lograron juntarse ciento seis hombres, con los cuales el maestre de campo inició su regreso con destino a Concepción, adonde llegaron en los primeros días de diciembre.

Aparte de la decepción que causó este pequeño refuerzo y de la pérdida de los auxiliares por la viruela, este mal continuó haciendo estragos entre los españoles. Para colmo de desgracias se incendió el fuerte de Arauco con las provisiones, municiones y ropas que allí había.

En estas condiciones, el Gobernador no podía pensar en campañas y determinó trasladarse al Perú a fin de insistir ante el virrey en las condiciones calamitosas en que Chile se encontraba. En la región de Angol quedó a cargo de las tropas García Ramón, y en la de Valdivia, Francisco del Campo.

Sotomayor se embarcó en Valparaíso el 30 de julio de 1592. Al llegar al Perú supo que había sido reemplazado en el mando, por cédula de Felipe II, por Martín García Oñez de Loyola.

El Gobernador sólo volvió a Chile a someterse al juicio de residencia acostumbrado, que fué del todo favorable para él, pues, aparte de ser un gran soldado, no tenía enemigos. "El juez declaró, dice Barros Arana, que don Alonso había ejercido el mando con cuidado y limpieza, y que por tanto era acreedor a cualquiera merced que quisiera hacerle el soberano".

Después de este proceso, Sotomayor regresó al Perú, donde el virrey le confió el gobierno de Panamá.

En una carta que Alonso de Sotomayor escribió al Rey en la

ciudad de Angol, el 9 de enero de 1585, hace una excelente descripción geográfica del país.

OÑEZ DE LOYOLA

(6 de octubre de 1592 a 23 de diciembre de 1598)

En el Perú y en España se achacaba a los Gobernadores los fracasos en la guerra de Arauco. Nadie concebía allá la tenacidad del araucano y la falta de recursos y cooperación que aquí existían de parte de los encomenderos y vecinos de Santiago, los que, no viéndose en peligro directo, nada, o casi nada, daban.

El gran Sotomayor pasó a la lista de los fracasados en Chile. En su reemplazo el Rey nombró al jefe más competente de las Indias, de cuarenta años de edad, distinguido en las guerras del Perú, noble hidalgo, caballero de la orden de Calatrava: Martín García Oñez de Loyola.

Un corto tiempo después de la llegada del nuevo Gobernador, se vino a justificar a los fracasados anteriores. El nuevo mandatario de lujo, rico encomendero del Perú, ansioso de éxitos y gloria, dejó sus huesos diseminados en los campos de Arauco indómito.

Al recibir su nombramiento de Gobernador de Chile, Oñez de Loyola se apresuró en realizar su viaje, a fin de aprovechar la próxima primavera en operaciones contra los indios. Llegó a Valparaíso el 23 de septiembre de 1592 y se hizo recibir por el Cabildo de Santiago el 6 de octubre.

Inmediatamente sufrió una profunda desilusión al darse cuenta del estado del país. La guerra de Chile no podía compararse a las del Perú y Europa.

Para colmo, Alonso de Sotomayor, que debía venir a Chile a su juicio de residencia y que debía traer los refuerzos prometidos a Oñez de Loyola por el virrey, llegó a Chile a fines de diciembre sin traer un solo hombre para la guerra de Arauco, lo que obligó al Gobernador a enviar de inmediato al Perú a don Miguel de Olaverría a hacer presente la grave situación de Chile y a solicitar auxilios.

El nuevo Gobernador determinó establecerse en Concepción, a donde se dirigió con ciento diez hombres, a mediados de febre-

ro de 1593, llegando a la ciudad penquista a mediados del mes siguiente.

Para comenzar, supo aquí que el fuerte de Arauco, comandado por García Ramón, estaba sitiado por los araucanos. Salió en el acto a auxiliar esa plaza, pero allí pudo darse cuenta que sus fuerzas no le permitían hacer nada efectivo.

El 12 de abril realizó allí una reunión que pudiéramos llamar de "notables", y todos ellos estuvieron de acuerdo en que, con las fuerzas existentes, la colonia no podría mantenerse un año más, y que urgía despoblar el asediado fuerte de Arauco.

Se apresuró el Gobernador en comunicar estas opiniones al virrey del Perú, por intermedio de García Ramón, pero mientras tanto llegaban los auxilios que esperaba, resolvió no permanecer inactivo.

Su primera resolución personal fué la de mantener el fuerte de Arauco y continuar las campeadas y destrucciones, mientras los indios de algunas tribus fingían someterse, estado de relativa paz que debía estallar poco después con fuerza incontenible.

Sin embargo, el tiempo pasaba y los socorros del Perú no llegaban. El virrey puso poco empeño en reunirlos, porque no sentía simpatía por Oñez de Loyola y no creía que él estuviese capacitado para someter definitivamente el país. En el mismo sentido informó don García al Rey.

El sargento mayor Miguel de Olaverria, el primer enviado de Oñez de Loyola, en vista de la ninguna cooperación recibida del virrey, recurrió a la Audiencia, de la que tampoco obtuvo mayores ventajas, pues sólo se le prometió reunir unos trescientos auxiliares de Panamá para que el Gobernador pudiera emplearlos en septiembre del año 94.

Olaverria estuvo de regreso en Chile en el mes de marzo, siendo portador solamente de promesas.

Para terminar de complicar la grave situación española en Chile, una tercera expedición corsaria, esta vez mandada por Ricardo Hawkins, vino a aumentar la intranquilidad.

El corsario se presentó el 24 de abril de 1594 ante Valparaíso, logrando apresar cuatro pequeños barcos que allí había anclados, sacando de ellos los elementos que podrían servirle. Uno de estos buques, dejado libre por Hawkins, fué enviado con la noticia al Perú, adonde llegó mucho antes que el corsario.

Se organizó allá una expedición marítima que se apoderó del buque enemigo. La campaña de Hawkins en el Pacífico está relatada en el canto XVIII del poema "Arauco Domado".

Por supuesto que estos acontecimientos habían hecho que nadie pensara siquiera en el socorro ofrecido a Chile, donde la situación cada día empeoraba más; pero a pesar de esto, Oñez de Loyola había instalado, durante el otoño de 1594, un fuerte a orillas del Biobío, en el lugar llamado Millapo, situado en la ribera izquierda y a corta distancia de la unión de ese río con el Laja o Niviquetén. Este baluarte recibió el nombre de Santa Cruz, y fué elevado a la categoría de ciudad el 1º de enero siguiente con la designación de Santa Cruz de Oñez.

Don García se empeñó en no ayudar a Chile. Por suerte dejó el virreinato y Lima en mayo de 1596. En cambio su sucesor, don Luis de Velasco, procedió en forma absolutamente contraria, logrando, a costa de las dificultades de siempre, reunir doscientos quince hombres, los que más o menos el 10 de noviembre llegaban a Valparaíso.

El 10 de enero del 97 estos soldados, unidos a unos pocos venidos de Santiago, se unieron en Quinel, cerca de Chillán, con un cuerpo de indios amigos, con todos los cuales el Gobernador se internó en dirección a las ciénagas de Purén y Lumaco.

En la comarca de Angol logró dispersar a las bandas indias que habían tenido esta ciudad en sobresalto durante los últimos tiempos, y en Purén procedió a establecer el fuerte con el nombre de San Salvador de Coya.

Inmediatamente que Oñez siguió al sur, los indios atacaron el nuevo fuerte, cuyos defensores lograron sostenerse hasta que el Gobernador pudo acudir.

La comarca parecía totalmente tranquilizada a fines del mes de marzo, pero Oñez comprendió que sin más gente no podía realizar otros dos puntos importantes de su plan, la transformación del fuerte de San Salvador de Coya (Purén) en ciudad, y el restablecimiento de Cañete.

Envió nuevamente al Perú por auxilios, y el comisionado fué Gabriel de Castilla, sobrino del virrey, que había venido con el refuerzo anterior.

En el mes de abril el Gobernador cruzó la cordillera de Nahuelbuta por el paso de Purén y se dirigió a Tucapel y Arauco,

cuyos indios le decían que estaban ansiosos de ofrecer la paz; pero en tanto los indios de Purén se vieron sin esas fuerzas en su comarca, cayeron nuevamente sobre el fuerte, teniendo que regresar apresuradamente el Gobernador, a pesar de las lluvias torrenciales y aumento de caudal de los ríos.

Los españoles tuvieron que abandonar el lugar que ocupaban, debido a que los indios, con una habilidad e ímpetu únicos, desviaron el curso del río a fin de inundar el campamento enemigo.

Pese al año excepcionalmente lluvioso, que provocó inundaciones hasta en Santiago, los españoles se mantuvieron allí durante cinco meses, del todo incomunicados con Angol e Imperial.

En septiembre, Oñez hizo salir una partida de setenta hombres a rechazar un ejército mapuche establecido en la vecindad. La lucha fué allí tan dura, que los españoles perdieron ocho hombres y tuvieron que replegarse al fuerte. Pero estaba escrito que la desgracia debía continuar persiguiéndolos: se produjo un incendio casual en el fuerte, que destruyó todas sus provisiones. No quedó otro recurso que abandonar el fuerte de Purén y dirigirse a Angol, ciudad llave, en aquellos tiempos, de la defensa de la región.

Los indios cantaron victoria, y la rebelión tomó mayores proporciones.

Mientras tanto el enviado al Perú sólo consiguió reunir ciento cuarenta hombres, con los cuales llegó a Valparaíso el 1º de noviembre. Castilla siguió inmediatamente al sur a unirse con el Gobernador, que había permanecido inactivo en Angol.

El verano también se pasó sin actividad, aunque Oñez de Loyola creía a los indios relativamente sometidos e incapaces de un levantamiento general. Vamos a ver cómo dentro de pocos meses le probaron lo contrario.

Poseído de aquella creencia, en abril el Gobernador abandonó Angol y se fué a Concepción, donde residía su familia. Desde aquí insistió en pedir ayuda de hombres a Santiago, que le envió sesenta jinetes en noviembre.

En la esperanza de que durante el próximo verano arribaría un nuevo refuerzo del Perú, salió en dirección a las ciudades australes, hasta Osorno, recorrido en el cual pudo juntar algunos hombres más.

A mediados de diciembre de 1598 se encontraba en Imperial,

cuando recibió alarmantes novedades que le comunicaba el Corregidor de Angol, capitán Hernando Vallejo. Le decía éste que los indios de Purén, libres de españoles en sus tierras, amagaban ahora la región de Angol, y que habían muerto a dos españoles en el fuerte de Loncotoro, vecino a la ciudad.

El Gobernador partió en socorro de Angol con cincuenta soldados y trescientos auxiliares en la tarde del 21 de diciembre, acampando esa noche a distancia de una legua de la ciudad.

Antes de salir de la Imperial, Oñez de Loyola sufrió un pequeño contratiempo, que los españoles, con su superstición habitual, consideraron como un mal augurio, por lo que le pedían que no partiera.

Córdoba y Figueroa lo cuenta así:

"Hallábase el Gobernador en la Imperial y resolvió el venir a la ciudad de los Confines: dicen que venía a determinar varios pleitos entre el cabildo, corregidor y algunos de sus vecinos, sobre que había tenido alternadas representaciones. Otros dicen que el ánimo era pasar de los Confines a la Concepción. Tiénese por cierto que al querer montar a caballo se cortaron los rendajes y cayó el freno; otros aseguran que un lebrél de su aprecio los cortó; o bien que fuese lo uno o lo otro, todos los circunstancias lo tuvieron por fatal indicante, y solicitaron el que se quedase".

Al día siguiente llegó a alojar nueve o diez leguas más adelante, en Curalaba, a orillas del río Lumaco, que allí corre entre altas riberas. Se instalaron en una pequeña loma vecina, sin tomar las más elementales medidas de precaución, como la de reconocer los contornos, no soltar los caballos e instalar las guardias convenientes.

Guevara, en "Historia de la Civilización de la Araucanía" (II-427), dice:

"El geógrafo don Francisco Solano Asta-Buruaga coloca este pasaje en un pequeño valle del riachuelo Guadava, que desagua en el Purén. Ingenieros conocedores de la Araucanía opinan lo mismo. En cambio, otros escritores creen que este sitio se encuentra un poco más al sur, a orillas del río Lumaco. La verdad es que toda esa comarca se llamó en la conquista "levo de Curalaba", que tenía al este, cerca del Rehue, el de Curape y al norte los de Guadava y Nininco".

Se dice que Pelantaru había sido advertido por el propio

mensajero indio que llevó el aviso a Imperial de la próxima venida del Gobernador al norte, por lo que los araucanos vinieron siguiendo discretamente sus pasos desde la tarde del 21.

En la madrugada del día 23 los indios, divididos en tres secciones, atacaron simultáneamente el campamento español, introduciendo en él el más completo desconcierto. No fué una batalla la que siguió, sino que una verdadera matanza de españoles.

La oscuridad de la noche permitió que Pelantaru, Anganamón y Guaiquimilla prepararan prolijamente sus huestes para el ataque, lo que se vió favorecido con el retiro de los centinelas españoles con las primeras luces del alba, creyéndose ya libres de peligros.

En Curalaba perecieron casi todos los españoles, incluyendo algunos funcionarios y sacerdotes que iban con ellos, e igual sucedió con los indios de servicio.

Entre los muertos figuró un antiguo angolino, el capitán Juan Guirao, que había sido Corregidor de la ciudad, y entre los que libraron con vida se contó un clérigo natural de Valdivia llamado Bartolomé Pérez, que fué canjeado más tarde como prisionero de los indios, y el soldado Bernardo de Pereda, que quedó aparentemente muerto en el campo de batalla y, a pesar de sus veintitrés heridas, logró llegar hasta Imperial sesenta días más tarde, después de mil penurias.

Este desastre, único en magnitud después del de Tucapel, costaba a los españoles, además del propio Gobernador de Chile, todos sus caballos, armas y bagajes; pero lo más grave fueron las consecuencias morales que, al desconcertar a todos los habitantes de las ciudades del sur, trajeron como resultado la pérdida de todas ellas.

En el Archivo Nacional de Santiago hemos encontrado el original de la interesante carta que el clérigo Bartolomé Pérez Merino escribió, desde su prisión en Lumaco, al Corregidor y vecinos de la ciudad de Angol, dos días después del desastre de Curalaba, es decir, el 25 de diciembre de 1598.

El clérigo Pérez Merino venía desde Osorno y Valdivia acompañando al Provincial de San Francisco, Fray Melchor de Arteaga, y al Padre Miguel Rosillo. Se apresuraron en llegar a Imperial a fin de venirse desde allí en compañía del Gobernador Oñez de Loyola.

El sacerdote y los soldados de apellidos Escalante y Guzmán quedaron en poder de los indios en Curalaba, siendo sacrificados por éstos los mencionados soldados y librándose providencialmente el padre.

Por tratarse de un documento interesante y muy poco conocido, escrito por un protagonista de la tragedia, vamos a reproducir sus partes principales, introduciendo en él sólo la puntuación necesaria para hacerlo más fácilmente comprensible:

...“que se partió martes siguiente, que venimos á dormir a Curalaba, que por la yerba escogimos el sitio de nuestra perdición. Como veníamos de la Imperial á mano izquierda desta parte, como veníamos sin pasar el rio, y al amanecer, o ya de dia, antes que el sol saliese, baxaron por la ladera abaxo improviso trescientos indios de acaballo como unos leones que no dieron lugar á que hombre subiese á caballo, sino fué Frai Melchor y yo que lo estabamos, porque habíamos ido a juntar nuestros caballos, el cual (ejército) se llegué (llegó) al lado de su señoría (el Gobernador), que cuando el arma (la alarma), se estaba en la cama y se hechó la cota sobre el jubon y con carazuelos de tafetan como valeroso caballero y valentísimo se puso el primero á los enemigos, mas sus soldados no le acudieron, y dentro de un credo fué muerto junto a su toldo, que si fueron mas de otros cuatro que alli y dentro del Real murieron, los demas huyendo á la barranca se despeñaban unos á otros y se ahogaron los mas y los mataban como a puercos, que es vergüenza contarlo, y otros despues que salieron del rio. Hubo gran descuido, que algunos se dejaron los arcabuces y espadas en los toldos. No se disparó otro arcabuz sino fué el del Padre Fray Melchor, el cual murió alli luego. Ami me dieron una lanzada por el lado derecho, que me metieron un palmo de lanza. Fué Dios servido fuese al soslayo, y asi me apehe del caballo y le rogué al que me hirió me diesen la vida. Al fin le dije, entre otras buenas razones, que no era soldado, que era padre, y así no me mato. Desnudome y atome las manos atras y estando así en el propio Real, mirando el subceso, en medio del llegaron dos indios medio ladinos de la Imperial, y el uno como me conocía y era cuñado del que me tenia preso, fué parte para que me desatasen y me embio con una manta y me apretó la herida poniendome una poca de lana sobre las heridas y queriendome matar otros indios, rogué á éste no me dejase, que

yo le daría mas que lo que podía hurtar, y así lo hizo, que no quiso mas que libertarme (de) este temporal, y luego dentro de dos horas marcharon todos a sus tierras y allegué a este Lumaco a casa de Guenomilla, que así se dice mi amo. Vio (vivo) en medio del fuerte que fue de los nuestros, de donde ayer jueves me llevaron á velle, y el valle de Rangelco, donde se juntó mucha gente a holgarse y beber en las cabezas, y allí estuvimos vivos Escalante y un Guzman, dese pueblo, donde trataron de matarnos á todos. A Escalante le libro Guarapacho, un cacique muy principal, que no muriese, y le llevaron a puren. Decían que me matasen los caciques viejos, y este buen Guenomilla me defendió casi por armas, porque diciendo los apoes (jefes) que me llevasen al madero, dijo este: mi padre (después de haberle rogado que no me matasen) no vayas, estate aquí junto a mi, que yo vere quien te mata, y luego todo Lumaco se levantaron con sus lanzas y se pusieron á mi lado, cosa milagrosa darme la vida. Por esto y el buen tratamiento que me ha hecho, y me ha honrado, que para ir á la borrachera me dio mis balones y sotanilla y botas y berceguies y pidió prestado de otro indio uno de mis sombreros para que fuese como padre y en un buen caballo y me respeta, y los de su casa, como si fuera cristiano, y me buscó escribanias y cuatro libros y papeles para que escribiese, entre ello un briviario del provincial que me ha dado gran consuelo, que rezo las oraciones con el favor de Dios nuestro Señor. Bailaron con la cabeza del Gobernador y con la del pobre de Guzman, que delante de mi le mataron, habiendome hecho merced nuestro Señor (que) este mi amigo (el indio) de que luego que hicimos alto detras del cerro, me los trajo que los viese, donde con infinitas lagrimas nuestras rogamos el suelo, y confesaronse, cosa de que se consolaron mucho como catolicos cristianos, y ayer se fué a despedir de mi Escalante y me lo dejaron reconciliar, que para dar licencia pasaron grandes cosas.

Señores míos, este indio pide por mi rescate un cacique llamado Vellacalquin, que esta preso en esa Ciudad, que es pariente de este buen millagrero, y vengan con la respuesta la mujer de millacalquin. Regalen a Millacalquin, por amor de Dios, porque acá diga que por mi respeto le regalan. Luego se despache un mensajero con lo que pido, Señor y padre mio de mis ojos" . . .

En la carta del padre Pérez venía en seguida la lista de los

muerdos, de personas que él conocía, y algunos papeles y reales cédulas.

Termina con la fecha: "de este Lumaco, día de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, á 25 de Diciembre de 1598".

RUINA DE LAS CIUDADES DEL SUR

VISCARRA Y QUIÑONES

(XII-1598 a 28-V-1599)

Uno de los indios amigos llegó a Angol en la noche del 23 de diciembre de 1598, trayendo la terrible noticia de la muerte del Gobernador y de la casi totalidad de sus acompañantes, la que fué comunicada inmediatamente a Santiago. El enviado, que fué el soldado Juan Donaire, debe haber llegado a la capital más o menos el día 29.

El desastre de Curalaba significó la rebelión general de la tierra, desde el Maule hasta Osorno.

El Cabildo de Santiago designó Gobernador interino al licenciado Pedro de Viscarra, que se encontraba desempeñando el mando superior del reino durante la ausencia de Oñez de Loyola.

A pesar de sus años y de no ser hombre de guerra, el nuevo Gobernador llegó a Concepción el 22 de enero con los pocos hombres que logró reunir en Santiago.

Angol, situado en el corazón de la zona inicial de la guerra, se vió envuelto en la marea india desde los días siguientes a Curalaba, sobre todo el pequeño fuerte de Loncotoro, donde el 16 de enero de 1599 dieron muerte al jefe de guarnición y a uno de sus soldados.

El corregidor de Angol, Hernando de Vallejo, salió en socorro de los defensores, y viendo la imposibilidad de mantenerse allí, regresó con esos soldados a Angol.

La rebelión se extendió como llevada por un reguero de pólvora, abarcando la región de Santa Cruz y Arauco. En los primeros días de febrero, la región de Angol al Laja era una guerra desencadenada, de la cual Pelantaru era el jefe supremo.

Angol estaba defendido entonces por 109 hombres, dos cañones, ochenta y dos armas de fuego y veinte lanzas, por lo que los indios en un principio, no se atrevieron a atacarlo directamen-

te, pero hicieron toda clase de perjuicios en los alrededores, destruyendo sobre todo las viñas, que abundaban en la comarca.

El 23 de febrero salieron de la ciudad diez españoles al mando de Gonzalo Gutiérrez con el objeto de ir a buscar forraje al valle de Malvén, situado a una legua del pueblo; pero los indios mandados por el propio Pelantaru, los observaban y cayeron repentinamente sobre ellos, teniendo que correr a refugiarse, abandonando sus caballos, a las casas de una hacienda vecina. Allí habrían sido exterminados si los indios no hubieran tenido que defenderse por otro lado.

En efecto, sabedores en Angol del peligro que corría el grupo de Malvén, salió en su socorro el capitán Francisco Hernández Ortiz, jefe accidental de la ciudad, al mando de treinta jinetes. Este grupo tuvo que batirse en retirada, dejando cuatro hombres en el campo, consiguiendo sí en forma indirecta salvar las vidas de los encerrados en la hacienda vecina.

Los indios se llevaron el ganado de los alrededores y destruyeron las casas cercanas al pueblo.

Angol debía defenderse con sus propios recursos, pues la rebelión había alcanzado ya la comarca de Imperial.

Cerca de la ciudad, a dos leguas de distancia, se encontraba instalado el fuerte de Molchén, defendido por catorce españoles. Un día en que algunos de éstos habían salido, los indios que proveían de leña al fuerte cayeron sobre los escasos defensores, los degollaron a todos y quemaron las casas y defensas.

El día 20 de marzo los indios no temieron atacar directamente a Angol, pero la vigorosa embestida no sólo fué rechazada por los angolinos, sino que éstos salieron en persecución de los asaltantes, logrando matar a muchos de ellos. Sin embargo, esta pequeña victoria nada significaba en la acción general.

No corresponde a nuestro trabajo el detallar la defensa de cada una de las ciudades del sur y la forma cómo fueron cayendo. El 7 de marzo de 1599 abandonaron el pueblo de Santa Cruz todos sus habitantes en medio de un pavor indescriptible.

Este hecho tuvo repercusión inmediata en la suerte de Angol, ya que todas las fuerzas araucanas que atacaban la ciudad recién abandonada y fuertes inmediatos al Biobío, quedaron libres para continuar su obra más al sur.

Era entonces jefe de la plaza de Angol el capitán don Juan

Rodolfo Lisperguer, el que tuvo que afrontar el recio asedio que se inició a mediados de marzo, seguros ya los atacantes de que no podrían recibir refuerzos.

Sin embargo, a pesar del sitio, el capitán Lisperguer logró hacer un viaje a Concepción en busca de municiones, con lo cual pudo mantenerse en la defensa durante varios meses.

Cuando el virrey Luis de Velasco tuvo conocimiento de los últimos desastres de Chile, se preocupó de preparar un rápido auxilio y de nombrar un reemplazante a Oñez de Loyola.

Para lo último tuvo que ofrecerse un bravo capitán, don Francisco de Quiñones, pues nadie quería aceptar ese delicado y peligroso cargo.

Después de tres meses de afanes, Quiñones sólo logró juntar ciento treinta hombres para traer a Chile, con los cuales llegó a Concepción el 28 de mayo de 1599.

Nada pinta mejor el estado en que el nuevo Gobernador encontró a Arauco, que las siguientes octavas del capitán Fernando Alvarez de Toledo en su poema "Purén indómito", que se inicia con el desastre de Curalaba:

Perdido lo halló todo y destrozado,
Lleno de mil trabajos y fastidios,
De miseria y de afanes rodeado,
De pérdidas inmensas y subsidios:
El castillo de Arauco está asediado,
Con poca gente todos los presidios,
Y tres ciudades prósperas quemadas,
Y las demás confusas y alteradas.

La tierra con la sangre empantanada
De los valientes césares hispanos,
De muros de cadáveres sembrada,
Pujantes a los bárbaros profanos:
La nueva ciudad de Oñez despoblada,
Rebelados los indios mareguanos,
Vencedores, soberbios, victoriosos,
Y a los hispanos bélicos medrosos.

A todos los amigos convocados
Parece levantar la primavera,

De bastimento falto y de ganados,
Sin guarnición alguna esta frontera:
De caballos los más necesitados,
Y todo lo demás de esta manera,
¿Pues quién podrá o será tan suficiente
Que pueda reparar tanto sin gente?".

(Canto XIV).

Al llegar Quiñones a Concepción hizo levantar un acta, que lleva fecha 8 de noviembre de 1599, en la que dejó constancia del estado en que encontró a la tierra: "perdido el fuerte de Biobío del pasaje de la ciudad de Angol; y la dicha ciudad quemada, y los moradores de ella recogidos en dos ciudades de tierras y cercados del enemigo; y llevados por él los fuertes de Longotoro y Molchén, y pasados a cuchillo los caudillos y soldados de ellos".

Mal podía entonces el nuevo Gobernador pensar en campañas de aliento contra los indios. El invierno de ese año (1599) había transcurrido en medio de la mayor nerviosidad para todas las ciudades del reino. A pesar de todo, el corazón de la zona de guerra, Angol, Imperial y Villarrica, pudieron resistir la presión constante de los indios, sitiados por ellos.

Era infalible que cada calamidad general tuviera que complicarse con una llegada de corsarios, que fué lo que justamente acaeció ese año, con la diferencia de que los atacantes actuales eran de nacionalidad holandesa.

Felizmente para los españoles, dos de las cinco naves de la expedición sufrieron serios reveses con los indios, una en la Mocha y la otra en la punta Lavapié, teniendo que huir hacia los mares de Asia. Una tercera fué apresada en Valparaíso.

Mientras tanto, la guerra de Arauco seguía tomando más vuelo, sobre todo con la llegada de la primavera de 1599, y en especial en las comarcas de Angol, Imperial y Arauco.

Tal era la desmoralización entre los soldados españoles, que muchos de ellos optaban por desertar y pasarse a las filas indias. Como barómetro de esta situación, se recuerda el caso del presbítero Juan Barba, que huyó de la Imperial para unirse a los enemigos. Lo peor del caso, es que todos estos traidores pasaban a convertirse en jefes o consejeros de los indios. ¿Qué más se podía exigir entonces a los indios auxiliares?

El 24 de noviembre se produjo la destrucción total de la ciudad de Valdivia, donde murieron más de cien españoles, mujeres y niños, y quedaron cautivos más de trescientos, lo que constituyó la mayor desgracia que los españoles hubieran sufrido en Chile, tanto por las pérdidas materiales, como por el efecto moral que produjo en las demás ciudades.

Pero estaba visto que la agonía de los demás pueblos debía ser lenta y dolorosa. Así como a un enfermo las inyecciones le producen una alentadora pero pasajera reacción, pequeños refuerzos hicieron creer a los jefes españoles de Chile que aun pudiera evitarse la hecatombe.

El virrey Luis de Velasco, con tenacidad admirable, trataba de reunir socorros para Chile. A principios de noviembre salieron del Callao doscientos ochenta hombres bajo el mando del coronel Francisco del Campo, vecino de Valdivia, a cuya ciudad llegó cuando todo era ruina. Felizmente para él, en un barco se había refugiado su mujer, y pronto pudo recuperar a sus dos hijos, que habían quedado cautivos entre los indios.

El refuerzo que este jefe prestó a Osorno no impidió que esta ciudad fuera totalmente destruída e incendiada el 20 de enero de 1600, y abandonada el 15 de marzo de 1604, después de increíbles penalidades sufridas por sus habitantes.

El virrey del Perú envió, pocos días después de la partida de del Campo, otro pequeño refuerzo de ciento seis auxiliares, los cuales llegaron a Concepción el 2 de enero de 1600; aparte de su escaso número, esta gente de poco iba a servir: era la hez cogida en los pueblos del Perú y que, según decía al Rey don Francisco de Quiñones, "diera yo muchos ducados por que no entraran en este reino".

Angol, Imperial y Villarrica se encontraban sitiadas y completamente incomunicadas y condenadas a su triste suerte.

Los defensores de Imperial construyeron un pequeño barco que logró salir por el río y llegar a Concepción, pero los refuerzos enviados no pudieron cruzar la barra del Imperial y continuaron a Valdivia, pero sólo pudieron imponerse del trágico fin de aquella ciudad.

De Villarrica y Angol nada se sabía. Entre el Laja y el Itata apenas se tenía a raya a los indios.

Quiñones, desesperado por esta situación terrible, pidió al

Rey su relevo, pero otra inyección vino a ilusionar con una posible reacción.

En noviembre del año 99 el virrey del Perú tenía listos cuatrocientos hombres para enviar a Chile, circunstancias en que supo las correrías de los corsarios holandeses, lo que lo obligó a postergar la partida de esos hombres y olvidar la situación de este país.

Sin embargo, uno de sus enviados que recorría las costas, dejó aquí, en vista de que los corsarios ya habían desaparecido, doscientos veinticuatro hombres, con los cuales el Gobernador logró reunir cuatrocientos diez.

Con ellos don Francisco de Quiñones hizo un recorrido digno de españoles. Las ciudades amagadas durante tanto tiempo murieron, pero, haciendo una comparación con los hombres, no en la horca infamante y vergonzosa.

Partiendo de Concepción, el Gobernador tomó el rumbo de las ciudades de Angol e Imperial.

El 13 de marzo de 1600 destrozó con sus hombres un formidable ejército araucano al lado sur del Laja y a corta distancia de su unión con el Biobío, donde quedaron tendidos en el campo más de quinientos indios, con insignificantes pérdidas españolas.

El día 15 Quiñones comunicaba al Cabildo de Angol esta victoria, ciudad a la cual hizo su entrada en medio del regocijo general.

El término del verano exigía continuar de inmediato la campaña al sur. Después de cruzar los peligrosos lugares de Lumaco y Purén, otro ejército indio se le opuso a orillas de un río llamado Tabón, donde obtuvo una segunda y completa victoria.

El 31 de marzo llegaba a corta distancia de Imperial, resuelto a esperar ahí el acuerdo que sus habitantes tomaran sobre la resolución que debía adoptarse. Quiñones sabía la responsabilidad que recaía sobre un Gobernador con una despoblación no suficientemente justificada.

No nos corresponde recordar aquí las penurias de Imperial, en cuya defensa debieron participar aún las mujeres, como doña Inés de Aguilera, heroína legendaria.

El 2 de abril los imperialinos declaraban al Gobernador: "Por amor de Nuestro Señor Jesucristo, de rodillas y vertiendo lágrimas y dando voces al cielo, le suplican se adolezca dellos y de tantas

viudas, huérfanos, doncellas pobres, y niños inocentes como en el dicho fuerte hay, y los saque dél sin dejar a nadie, y lleve en su campo y compañía donde y para el efecto que tuviere a bien”.

El día 4 Quiñones entraba en Imperial, y el 5 de abril de 1600 todos sus habitantes tomaban, alegres y tristes a la vez, extraña paradoja, el camino de Angol.

Regresaron al norte sin tiempo propicio para alcanzar a Villarrica, creyéndola, además, auxiliada por Francisco del Campo. No se imaginaron nunca que esos hombres, en medio de su aislamiento, escribirían con su sacrificio y su heroísmo, una de las epopeyas más grandiosas de la historia chilena.

El 13 de abril los fugitivos de Imperial llegaban a Angol, donde sus habitantes no habían sufrido las penurias indecibles de los de Imperial.

Contaba entonces la ciudad con más de doscientas personas, de las cuales setenta eran militares.

La desesperación aquí no alcanzaba los límites trágicos de los imperialinos, por lo que hubieran querido sus moradores que cuando menos un fuerte continuara custodiando sus propiedades, pero el Gobernador comprendía que sus escasas fuerzas no permitían acceder a este justo deseo.

Por lo demás, un inventario estableció que ni los españoles ni los indios tenían provisiones que les permitieran mantenerse, y en la ciudad sólo quedaban sesenta y tres fanegas de granos, entre trigo y cebada.

El 17 de abril el Cabildo decía al Gobernador: “Piden y suplican a su señoría, y siendo necesario, hablando con todo el respeto que deben, en nombre de Dios Nuestro Señor y de S. M., le requieren que enderezando a su servicio la necesidad presente, saque esta ciudad y lleve en su campo hasta tanto que habiendo lugar, en nombre de S. M. la vuelva a poblar su señoría, que todos están prestos de hallarse en su redificación y sustentación, como hasta aquí lo han hecho”.

Los jefes militares opinaron lo mismo.

Recogieron los elementos de fácil conducción, los objetos sagrados, los archivos, y el 18 de abril de 1600 se cerraba un nuevo ciclo, de 40 años y tres meses, en la vida del heroico Angol.

Sus habitantes, lo mismo que los de Imperial, se refugiaron en su mayoría en Santiago, donde, al verse entre extraños ni más ni

menos que como mendigos, acusaron al Gobernador de precipitación en haberlos sacado de sus tierras... ¡Cómo se justificaban todos los formalismos legales que se tomaban entonces antes de abandonar un pueblo!

LO QUE FUE LA TERCERA CIUDAD

Del "Informe de don Miguel de Olaverria sobre el Reyno de Chile, sus Indios y sus guerras", 1594, tomamos los siguientes datos relacionados con la ciudad de Angol:

"Los Infantes.—La ciudad de los Infantes llamada communmente Angol, esta fundada en tierra llana desviada de la mar mas de 15 leguas; dista de la de San Bartolomé en mayor altura 20 leguas. Es frontera de guerra, donde de ordinario la a avido teniendo guarnición de Españoles. A costado mucha sangre y muertes el sustentarla y particularmente los indios de sus términos desbarataron al capitán Juan Ortis de Zarate corregidor que fue de Potosi yendo á una correderia y le mataron 18 soldados y muchos indios amigos, robandole todo el bagaje. La tierra de la comarca desta ciudad la mayor parte es llana con montaña fertil y acomodada para todo lo necesario. Al presente sirven tres ó quatro mill indios que la mayor parte dellos son reducidos de pocos años á esta parte que asi estan neutrales sin apremiarles a ninguna causa de servicio mas del que ellos quieren hacer y no sacan ningun oro en toda la comarca desta ciudad aunque ay mucho por la razon de no poder apremiar los indios, cogense en su tierra 50.000 botijas de vino cada año de donde se proveen las ciudales que restan en mas altura y de aqui adelante en ninguna se da vino ni aun ubas para comer y la tierra va siendo de menor sustancia y mas flaca".

Con respecto a Purén, habla de sus "cienegas, que le es de notable amparo; porque esta fortificada y acanalada por naturaleza y arte".

"Los indios de la Imperial adelante son de la misma calidad que los de los terminos de Santiago, de poco valor y no buenos para la guerra se parece que en este medio y distancia referido de los estados se incluye todo lo que se puede decir de la guerra y valor de los indios de Chile y hacen tanta diferencia los unos á los otros que se a visto por experiencia acometer en Puren solo seis indios naturales de aquella provincia a vista de muchos espa-

ñoses a 300 indios de las ciudades Imperial, Ricca, Valdivia y Osorno y hacerles huir matando algunos dellos."

"Aunque todo es barbaria lo de estos indios solo en lo que es guerra e ir contra los españoles guardan orden de hombres de razón".

Muchos años más tarde, más o menos en 1740, cuando hacía ciento cuarenta años que esta ciudad había desaparecido, recordaba sus características el cronista Pedro de Córdoba y Figueroa:

"Es este país uno de los mas agradables, fertil y delicioso del reino, y de tan nobles cualidades que no tiene que envidiar el mas avaro deseo. Corre inmediato a la ciudad el rio de Tolpan (Renatico), ni de notables aguas para grande, ni de escasas pequeño, y tan cristalino que se ve el centro de sus profundos raudales. Las rosas hallaron tan adecuado terreno en sus marjenes, por ocho o diez leguas se ven no discontinuadas, por quienes dijo Anacreon que eran el honor y decoro de las flores; y es tan benéfico el río que son de muy fácil extracción sus aguas, pues para más conveniencia del vecindario sacaron una copiosa acequia porque no hubiese campo ni casas que no gozasen de este beneficio, y permanece el día de hoi árido su cauce porque los indios cerraron la toma. El terreno es llano y de una grande extensión y crecido herbaje: por la pared del oriente hay un moderado lomaje que allí previno la naturaleza, propísimo para plantación de viñas, de que abundó mucho, y eran tan jenerosos los vinos, que de esta ciudad se proveían los que estaban en mayor elevación al polo hasta el extremo del reino, y se traficaban para Buenos Aires, de que se infiere bien su bondad y abundancia; y la adecuación de su suelo es tal que hasta el día de hoi permanecen las viñas abandonadas y sin cultivo, incendiándose con frecuencia, no obstante el transcurso de ciento cuarenta y dos años que há que sucedió su pérdida, sin que en tan sufrida espera haya habido el consuelo de su restablecimiento.

Distá del gran Biobio, que hoi es el término de nuestra barrera, cuatro leguas de vega continua hasta la mesma ciudad, la cual está no en la promediación de la latitud del reino, que es entre el mar y la cordillera, sino mas inmediata a esta; pero no tanto que no diste nueve leguas de ella.

La iglesia parroquial se llamó San Andres. Habia una hermita mui devota llamada San Sebastián, la cual construyó don Miguel

de Velasco, persona de las mas distinguidas de este reino, y le donó viña y chacra y avecindóse en esta ciudad; y Lorenzo Bernal, cuya mujer Doña María de Rojas fundó una opulenta capellanía en casas, tiendas y oro, quien sobrevivió a su marido. Don Gaspar Vergara, Francisco Fernández, Diego Medina, Nuño Hernandez de Salomon y Rasura, cuarto abuelo del autor, Pedro Cortes, el César de estas chilenas campañas, Fernando de Ulloa, Diego de Mora y Martin Sotelo, y a pocos años se vinieron algunas personas de la Concepción a acimentarse en ella, como el licenciado Peñas, Diego Diaz, Juan Negrete y otros, siendo esta una de las razones que la dicha ciudad dedujo para oponerse a su fundación.

Habia convento de religiosos mercenarios, pues consta de instrumentos auténticos de aquel tiempo que el año de mil quinientos setenta y cuatro, era comendador frai Antonio Rondon, varon apostolico y de singular celo en la predicacion evangélica, en cuyo ministerio se ocupó muchos años doctrinando a los indios con mucho fruto y ejemplo.

Habia tambien un hospital, aunque de reciente fundacion, cuando su perdida; porque todo su brillante lo obscureció un fatal eclipse, como dice Ausonio, que tambien la muerte viene a los mármoles y peñascos: y se iba recreciendo mucho su vecindad, porque los atractivos de su fecundo terreno y benigno temperamento, hacian producir con perfecta madurez y abundancia las frutas y semillas europeas.

El maderamen para construccion de casas lo tenian a competente distancia, de suerte que en su opulencia y amenidad se esmeró o desveló la fortuna".

¿Qué mejor retrato de una ciudad cuyo "brillante lo obscureció un fatal eclipse?"

En 1601 el Gobernador don Alonso de Ribera se preocupaba ya de la reconstrucción de Angol y, con fecha 15 de enero, decía el capitán Domingo de Erazo, desde el fuerte Biobío:

N. 17.—Y que sin dilacion ni perder tiempo procuraré tomar luego el segundo puesto de la Ciudad de los confines de engol mejorandole de sitio porque el pasado estava desviado del pasaje deste mismo Rio diez leguas arriba de aqui y combiene ponerle sobre la propia ribera en sitio mas aproposito para la seguridad del dicho pasaje de donde tambien se puede alcanzar la misma comarca que es de mucha fertilidad abundancia y rriqueza y la

frontera que resiste la mayor fuerza de la guerra y precisamente seran menester poner en ella otros dozientos ombres”.

N. 28.—La Ciudad de los confines de Engol hera frontera de guerra delas primeras poblaciones desde Reyno ocho leguas de Santa Cruz y veinte dela Concepcion y veinte de San Bartolome y dos leguas desbiada del pasaje del Rio de biobio en tierra muy llana fertil y abundante de todas comidas y vino bueno yse criava gran suma de ganados tiene en sus terminos rricas minas de oro y dos mill y quinientos Indios despoblase por el mes de Abril del año pasado de seysientos”. (Manuscritos de Vicuña Mackenna.—Tomo 284).

El mismo año 1601, en los “pareceres” que tomó el Gobernador Ribera a su llegada a Chile, decía: “Angol es una ciudad muy ymportante puesta en el riñon de toda la guerra cercada de gente muy belicosa acía guerra a puren y su comarca toda guardaba coyuncabí quebrada de auxitaba lebo coyuncos quechereguas alcanzaba a los terminos de Santa cruz y la ymperial abundantísima de pan vino y carne y pastos y cantidad de viñas de que se coxian mas de treinta mil botijas de vino conque se socorrian las ciudades de arriba y tenia trato y saca de muchas partes y naturales con la ropa que hacia tenía dos mill yndios de paz y muy grandes soldados que acudían á ayudar á conquistar á los de guerra en nuestra campaña”. (Manuscritos Vicuña Mackenna. Tomo 282).

Con respecto a las pérdidas de vida que hubo con motivo del desastre de Curalaba, el mismo Gobernador decía:

“Angol.—Treinta hombres dos que mataron en longotoro siete en molchen cinco en marbel (tal vez Malvén), dos en la bodega de gamboa, dos peleando, quatro que se fueron al enemigo, tres que mataron al gobernador Don Francisco de Quiñones en Yumbel y en las viñas, uno que se aogó en biobio, dos que justicio don Juan Rodulfo”. (Carta de Ribera a Su Majestad, 25 de febrero de 1602. Manuscritos de Vicuña Mackenna. Tomo 284).

IV

ANGOL DE ALONSO GARCIA RAMON

Comienzos de mayo de 1610

a diciembre de 1612

(2 años y 7 meses)

CUARTA CIUDAD DE ANGOL

Intervinieron durante el curso de su corta vida, dos años y siete meses, cuatro Gobernadores de Chile: Alonso García Ramón (interino), Luis Merlo de la Fuente (interino), Juan Jaraquemada (interino) y Alonso de Ribera.

El primero de los nombrados quiso hacer efectiva desde su llegada la repoblación de Angol. Sin embargo, por los antecedentes que expondremos en seguida, su deseo se vió postergado durante cinco años.

Alonso García Ramón obtuvo del Virrey del Perú su nombramiento como Gobernador interino de Chile el 21 de enero de 1605, en reemplazo de don Alonso de Ribera, que fué alejado de este cargo y destinado a la Gobernación de Tucumán.

El 1º de febrero partía del Callao en compañía del Padre Luis de Valdivia, que venía dispuesto a aplicar, juntamente con el Gobernador, su plan de Guerra Defensiva.

Esta expedición llegó a Penco el 17 de marzo de 1605.

Después de recibirse del mando, de parte del propio Ribera en el fuerte de Paicaví, García Ramón se dirigió a Concepción y, antes de seguir a Santiago, ordenó a Alvaro Núñez de Pineda, que quedó en su reemplazo, que hiciera una batida contra los indios en la región de Angol, empresa de la cual éste estuvo de regreso en Concepción el 23 de diciembre de 1605.

El Gobernador tenía el plan de repoblar varias ciudades simultáneamente, entre ellas las de Angol e Imperial, en contra del proyecto de su antecesor Ribera y de la mayoría de los capitanes, que consistía en ir avanzando paulatinamente y asegurando el terreno conquistado.

Las exigencias de estos últimos lo hicieron transigir e insistir en que sólo se repoblara las dos anteriormente citadas.

Para realizar su primera campaña de importancia dentro de la tierra, dividió su ejército en tres divisiones: una debía quedar resguardando los fuertes del Biobío a las órdenes de Alvaro Núñez de Pineda; y las dos restantes, de 500 españoles cada una,

aparte de los indios amigos, avanzarían hacia el sur, una por el valle central, a cargo del Gobernador, y la otra por la región de la costa, al mando del coronel Pedro Cortés, debiendo juntarse en Purén para de ahí continuar a Imperial.

Se unieron en el punto convenido el 3 de febrero de 1606. Inmediatamente García Ramón comenzó a poner en práctica su propósito de ataque a la ciénaga de Purén, reducto casi inexpugnable de los indios. Esta acción, pese al minucioso plan que el Gobernador se había trazado, no tuvo ningún resultado positivo: los indios conocedores a fondo del lugar, de sus senderos, de sus refugios, hicieron objeto de mil burlas a los españoles.

Encina narra así este episodio que tuvo caracteres cómicos y burlescos (II-411):

“Se consultaron balsas, incendios, puentes de fajina, etc. Pero los indios, en vez de huir o combatir, se dedicaron a mofarse de los españoles, ora tocando sus bocinas, ora haciéndoles ademanes burlescos desde una loma, mientras los soldados de García Ramón, enterrados en la ciénaga hasta la cintura, se esforzaban por coger los pequeños grupos que, después de provocarles, desaparecían.

Al cabo de varias horas de infructuosa persecución, García Ramón tocó retirada a sus mil soldados. Dejó en el campo cuatro indios muertos y llevó prisioneros otros cuatro”.

El Gobernador siguió hacia Imperial, quedando encargado Cortés de hacer campeadas por toda la región.

Después de fundar el fuerte de Boroa, en la unión de los ríos Cautín y Quepe, donde García Ramón habría querido repoblar la ciudad de Imperial, regresó a los campos de Angol.

A su partida para el sur, había encargado a Núñez de Pineda que refundase la ciudad con trescientos hombres de refuerzo que debían llegar en ese tiempo de Méjico y, si éstos no llegasen, completaría ese número con soldados sacados de los diferentes fuertes que quedaron a su cargo.

Núñez de Pineda no había podido cumplir este encargo. Como al llegar a corta distancia del lugar el Gobernador no viera señales de españoles, temió una desgracia en el Biobío que hubiera impedido dar cumplimiento a su orden. Un capitán explorador, don Pedro de la Barrera, confirmó el hecho de que la ciudad no estaba repoblada, por lo que el Gobernador continuó su mar-

cha al fuerte más próximo, que era el de Nacimiento, donde encontró a Alvaro Núñez de Pineda.

En su jira al sur, desde su partida de Monterrey, García Ramón había empleado ochenta días, pues estuvo de regreso en Nacimiento el 10 de abril de 1606.

Además de fundar el fuerte de Boroa, hizo grandes daños a los indios en las regiones de Imperial, Purén, Guadaba, Quechereguas y Catiray, aparte de haber muerto o aprisionado a muchos de ellos.

Pero una satisfacción moral de trascendencia fué la de haber librado del cautiverio a dieciséis mujeres y diecisiete hombres españoles, número que en el mes de agosto había aumentado en catorce mujeres y siete hombres más.

En esta época los indios de la región de Arauco eran mandados por Pelantaru, el formidable toqui del último alzamiento que arrasó hasta Osorno.

Alvaro Núñez de Pineda no había cumplido la orden del Gobernador porque los soldados de Méjico habían demorado en llegar, y cuando esto sucedió, eran sólo 57.

Temió desamparar entonces demasiado los fuertes, pero pensó también que el plan de su jefe se basaba en la fundación simultánea de Boroa y Angol, por lo que se resolvió a completar el número de 200 hombres, incluyendo los recién llegados, y emprendió su marcha para repoblar Angol.

A fin de hacer en forma más tranquila la repoblación, resolvió escarmentar de pasada a los indios de la zona de Chichaco, pero con tan mala suerte, que las avanzadas de su tropa, formadas por los soldados mejicanos, fanfarrones en su valentía y desconocedores de la pujanza y astucia de los indios de Chile, se sintieron aterrorizados hasta con el chivateo de los mapuches, y antes que el grueso del ejército llegara en su auxilio, habían perecido 22 o 24 de ellos, cuyas cabezas fueron llevadas como trofeo de victoria, aparte de cuarenta caballos, casi todos ensillados y enfreñados.

Pero lo más sensible es que también los indios se apoderaron de la ropa y demás objetos destinados a la repoblación de Angol. Hasta la bandera del alférez y la jineta del capitán, guarnecida de tres esmeraldas, cayeron en poder de los indios chichacos.

La pérdida de los elementos destinados a la repoblación, el envalentonamiento de los indios por su triunfo y lo avanzado de la

estación obligaron a Núñez a regresar a los fuertes, pues el día del descalabro era el 30 de marzo de 1606. De modo que este desastre se produjo sólo once días antes de la llegada de García Ramón a Nacimiento.

El Gobernador quiso entonces poner inmediatamente en práctica su proyecto, pero posteriormente también se convenció de que la época del año estaba demasiado avanzada y que bastaba por ahora con el fuerte de Cayoguano, instalado por Núñez de Pineda "al pie de la cordillera nevada", como dice el Gobernador en una de sus cartas al Rey.

Los indios estaban resueltos a defender sus tierras a costa de la vida. Un buen día se entrevistaba con el Gobernador, en presencia del Padre Luis de Valdivia, el cacique Don Miguel, de Imperial, y al advertirle García Ramón de que estando ellos en paz tenían muchos ganados y ropas, el indio le respondió: "¡La libertad sobre todo!"

Los fuertes y ciudades que los españoles tenían en la zona de guerra con los indios en 1606, eran los siguientes: Chillán, Concepción, Nuestra Señora de Buena Esperanza, San Pedro, sobre el Biobío, Monterrey de la Frontera, Nacimiento, Santa Fe, Yumbel, Capoguano y la Isla de Diego Díaz (los tres últimos se reducirían a la futura ciudad de Angol), Boroa, San Felipe de Arauco y Cañete.

EL DESASTRE DE BOROA (Palo Seco)

Al tiempo de fundar este fuerte, García Ramón dejó como jefe de él al capitán don Juan Rodulfo Lisperguer.

El día 29 de septiembre de 1606 salió este jefe acompañado de 150 soldados, con el objeto de aprovisionarse de carbón.

Los exploradores no encontraron señales de indios por los alrededores, por lo que los soldados dejaron sus armas y la mayor parte de ellos apagó sus mechas, momento que aprovecharon los indios para caer sobre las compañías haciendo la matanza más espantosa. Aparte de 14 ó 15 españoles que quedaron cautivos, todos los demás murieron.

Los indios guardaron un completo secreto sobre este descalabro español, de modo que García Ramón sólo se dió cuenta de él en un próximo viaje al sur y cuando ya iba en Purén, muy cerca de Boroa.

El día 24 de noviembre llegó el Gobernador al fuerte, donde encontró 94 soldados, gran parte de ellos enfermos, sobre todo a causa de las privaciones.

Después de un consejo de guerra procedió a despoblar el fuerte de Boroa, y a apresurar su regreso al norte, con la intención de aprovechar el verano en efectuar la tan deseada repoblación de Angol.

Cuenta el Padre Rosales que García Ramón, "alojándose a las tres jornadas de Curalaba, mandó recoger los huesos de los capitanes que allí había esparcidos y cantar una misa por ellos y por el Gobernador Loyola que había sido muerto de los indios en aquel lugar; y en el Castillo de Arauco y en su iglesia se les dió sepultura y se les hicieron unas honras".

El cráneo de Oñez de Loyola fué entregado por los indios, en señal de sumisión y paz, al coronel Miguel de Silva en 1608, durante una incursión que éste efectuó a Caramávida.

Este trofeo era sumamente estimado por los indios: le sacaban en sus alzamientos y bebían chicha en él sólo los caciques.

El cráneo fué identificado por sus amigos por una señal de herida que tenía en la frente.

El traje del gobernador muerto, lo mismo que su hábito de Calatrava, habían sido recuperados el 7 de febrero de 1599 en un encuentro que sostuvo, cerca del fuerte de Santa Cruz, el general Francisco Jufre, prendas que llevaba puestas un indio que cayó prisionero y que había luchado con especial denuedo.

ANGOL NUEVAMENTE POSTERGADO

A pesar de haber obtenido en la región vecina al Biobío algunos éxitos parciales, el Gobernador no se atrevió este año a repoblar la ciudad de Angol, conformándose con establecer un nuevo fuerte en Catiray, "tres leguas de la ciudad de Monterrey y cinco de la de San Felipe de Arauco y seis de La Concepción, en medio del riñón de toda la guerra".

Este nuevo fuerte fué designado con el nombre de San Jerónimo, y se fundó el 10 de febrero de 1607.

El capitán Pedro de Escobar Ibacache, que quedó a cargo de este fuerte, hizo una vigorosa ofensiva hasta Guadaba, con espléndidos resultados, pues, aparte de los indios que sometió, atrajo a la paz al señor de Conipulli, de gran influencia en la región.

Errázuriz dice que García Ramón "no había de tener el consuelo de ver en sus ancianos días" realizada la repoblación de Angol, que era su sueño dorado.

Los indios de Chile resultaban ser de un temple excepcional, según lo declara el Gobernador al Rey en carta de 27 de diciembre de 1607, citada por Encina:

"Desde mi niñez sirvo a vuestra majestad, y me he hallado en la guerra de Granada, en la batalla naval y jornada de Navarino, he estado de presidio en Espoleto y sido soldado en Sicilia, Nápoles y Lombardía, y últimamente en los estados de Flandes, do gocé de la más honrada ventaja que hubo en mi tiempo; mas certifico a vuestra majestad que me aseguro no hay en todo el mundo guerra tan trabajosa como ésta. Y es de suerte que hay muchos soldados que en seis años no han visto pan ni oído campana ni visto mujer española, y que todos en general, de mayor a menor después de haber caminado y dado trasnochadas de seis a siete leguas, si han de comer una familia, han de moler el trigo de que hacerla: con que andan trabajadísimos y yo mucho más en tratar con gente tan descontenta".

CAMPAÑA DE 1610

A fines de diciembre de 1609 García Ramón se encontraba en los campos de Purén, y había instalado su campamento en "la casa vieja de Purén", llamada así por haber sido construída en tiempos de Pedro de Valdivia.

En este lugar se produjo el 31 de diciembre de 1609 una acción de guerra que pudo tener consecuencias tan desastrosas como la de Curalaba.

Al tratar de levantar su campamento el Gobernador, la vanguardia se vió atacada sorpresivamente por cinco puntos distintos, con un total de indios tan numeroso que llenaba los valles. Pelantaro, diestro y experimentado guerrero, y Anganamón, Ainavillo y Loncoñancu, no menos famosos, capitaneaban las huestes indias.

Tres compañías que acudieron en auxilio de la vanguardia, una de ellas de caballería, se vieron rodeadas por los indios.

García Ramón alcanzó a reunir treinta y ocho o cuarenta hombres y con ellos acudió en ayuda de todos, pero se vió interceptado por una gruesa compañía de infantes mapuches que salió de su emboscada.

Al Gobernador no le quedó otra resolución que atacar, fueran cuales fueran las consecuencias. Con ello se jugaba la suerte de todos y, como lo dijo García al Rey, "estuvo el negocio en grandísimo peligro".

Felizmente triunfaron.

Los indios, por medio de engaños, lograron que el jefe español regresara a Lebu y Arauco, desde donde partió a Concepción a recibir un refuerzo de doscientos hombres que venía del Perú.

Propuso nuevamente al Rey la repoblación de Angol, Purén y La Imperial, y para asentar en ellos habitantes que arraigaran en esos lugares, pedía traer de España doscientos hombres con sus familias y proporcionar a cada una de ellas dos yuntas de bueyes, cien ovejas y tierra.

Después de recibir el refuerzo del Perú, partió el 15 de marzo de 1610 a unirse con el resto del ejército, que estaba acampado en los términos de Angol bajo el mando de Alvaro Núñez de Pineda.

Estando en este último lugar, recibió dos nuevas y desgraciadas noticias: al cruzar el Biobío una lancha cargada con exceso se volcó, ahogándose 23 hombres; y en la isla llamaga de Diego Díaz, no lejos del campamento, Loncoñancu degolló al capitán Antón Sánchez y 12 soldados, cogidos por medio de un ardid de guerra.

Para escarmiento de los indios, Núñez de Pineda hizo una incursión por Arauco y Tucapel, y el propio Gobernador entró en Purén y Chichaco, de donde volvió triunfante.

Fué la última campaña de su vida, pues desde los campos de Angol se trasladó a Concepción, en vista del estado delicado de su salud.

Allá se agravó y, juntamente con hacer su testamento, "por el deseo tan grande que había tenido de poblar a Angol para freno de Purén, no quiso morir con su dolor. Y así, estando en lo riguroso de su enfermedad, ordenó al sargento mayor del reino, Francisco Galdames de la Vega, que luego saliese con todo el ejército y levantase un fuerte en el sitio viejo de Angol, y a primeros de mayo se puso en ejecución y se pobló el fuerte con el nombre de San Francisco de Montes Claros. Encomendóse al capitán Juan Fernández Gallardo con ochenta soldados infantes, que por ser invierno no se podía sustentar allí caballería, y así no se puso sino sólo infantería". (Rosales).

Con respecto al nombre dado al nuevo fuerte, don Crescente Errázuriz, recuerda que 'el Gobernador interino Jaraquemada en diversas ocasiones habla de San Luis de Angol. Es difícil, por lo demás, verificar el hecho, pues, siendo nuevamente fundada una ciudad tan antigua y tan conocida en Chile, nadie la siguió llamando sino por el solo nombre de Angol, con que siempre se le ha designado'.

Por nuestra parte, hemos encontrado explicación a esta diferencia de nombres: el sucesor de García Ramón, y antecesor de Jaraquemada, fué don Luis Merlo de la Fuente, que, como veremos más adelante, pobló la ciudad, "la nueva ciudad de Angol por mi nuevamente fundada en nombre de S. M.", dice en documento de 19 de febrero de 1611, escrito en este mismo pueblo, que él llamó reiteradamente "Sant Luis de Angol", en homenaje al Santo de su nombre. (Gay-II-204).

Córdoba y Figueroa (página 189), dice que García Ramón "ordenó se construyese una ciudadela a las orillas del río Vergara, sitio ventajoso y de predominio a una deleitosa campaña, y tan abundante en albérrchigos y melocotones, que sin alguna plantación o cultivo los produce aquel grato terreno para cuantos quieren aprovecharse de su fruto".

Con respecto al lugar en que se levantó el fuerte de Angol, mandado instalar por García Ramón, parecería desprenderse de las declaraciones del padre Rosales y de Córdoba y Figueroa que fué "el sitio viejo de Angol" de Pedro de Valdivia, o sus proximidades, vecinas al río Vergara.

Pero documentos posteriores aclaran este punto, y el propio padre Rosales es el que nos da el mejor argumento en contra de lo dicho en el párrafo anterior, ya que a principios de enero de 1611 fué el sucesor de García Ramón, el doctor don Luis Merlo de la Fuente, a poblar la ciudad, y cambió el fuerte a distancia de dos cuadras de donde estaba, ubicándolo "junto al río Mecauquén", que es el mismo lugar que tuvo la ciudad fundada en tiempos de don García de Mendoza, 1558, y que desapareció en 1599, a raíz del desastre de Curalaba.

En consecuencia la frase "en este sitio viejo de Angol" se refiere a éste, ya que ésa también fué la ciudad que, por haber existido durante cuarenta y un años, dejó recuerdo más permanente entre los españoles que durante aquella época habitaron uno u otro pueblo de la Araucanía.

La aseveración de Córdoba y Figueroa, "a orillas del río Vergara", es un error que se justifica por el hecho de haber escrito su historia más de cien años más tarde, a base de relatos tradicionales o documentos no siempre fidedignos.

Dado su estado de gravedad, con fecha 19 de julio el Gobernador García Ramón designó como su reemplazante, en caso de que acaeciese su muerte, al doctor don Luis Merlo de la Fuente.

Atinada fué dicha precaución, pues el Gobernador falleció el 5 de agosto de 1610.

He aquí el retrato que de él hace el Padre Rosales en el capítulo XLIV del libro V:

"Era Alonso García Ramón gentil hombre, de buena cara, mucho vigote y bien poblado de barba; fué muy agasaxado de los que menos se le mostraban afectos, y usó todo el tiempo que fué Gobernador de una excelencia grande en el despacho, que decretaba de su mano todos los memoriales que se le daban, y a todos respondía con mucha sal para dar sabor a los desabrimientos y templar el sentimiento de las cosas que no podía conceder. Y aunque fuesse en medio de la calle se paraba y decretaba, teniendo siempre la pluma tan pronta como el agrado. Era hombre magnífico en las distribuciones de la gente de guerra, liberal con los pobres y con todos afable... y fué tan amado de todos, que su muerte causó general sentimiento".

UN EXTRAÑO GUERRERO: CATALINA DE ARAUSO

En tiempos de García Ramón recorrió estos campos un guerrero vasco, cuyo nombre ha pasado en forma especial a la historia.

Y no es por el hecho de haberse destacado en acciones sobresalientes de heroísmo, sino por el hecho curioso de que este soldado, "Francisco de Noyola", era una mujer, y monja profesa del Convento de Santo Domingo, en San Sebastián, de la provincia de Guipóscoa.

Su nombre verdadero era Catalina de Arauso.

A pesar de haberse criado en ese convento desde la edad de cinco años, en unión de sus hermanas Isabel y María, y de haber profesado a los dieciséis años, poco después un ansia de aventura, legado invisible de sus antepasados guerreros, la hizo huir

una noche del claustro, aprovechando que ese día las llaves estaban en poder de su hermana María.

Dos días permaneció oculta en un monte cercano, mientras confeccionaba con sus hábitos un traje de varón.

Después de desempeñar en España actividades distintas, logró pasar a América, el continente de aventuras y esperanzas.

En Lima adhirió a una de las "levas" que se hacían para venir al belicoso estado de Arauco, y quiso el destino que aquí el "desenvuelto mancebo cuanto encubierta mujer", militara codo a codo con un hermano suyo en una compañía de infantería, sin que él nunca supiese quién era el valiente guerrero que luchaba a su lado.

No sólo las acciones de guerra la hicieron demostrarse valiente soldado: supo también defender varias veces con la espada sus razones ante otros soldados, "saliendo de todas con opinión de valiente, y esta misma alcanzó en la guerra, porque en todas las batallas y correrías era de los primeros y de los señalados en pelear", dice el Padre Rosales.

A pesar de esta virilidad, todos reconocían su vida ordenada y piadosa.

Tal vez ya cumplido su sino aventurero, consiguió regresar a Lima, donde, tras muchas diligencias y esperas, las puertas del Convento de Santa Clara se le abrieron, sirviendo de segundo paréntesis a un lapso que contuvo una hermosa novela de aventuras.

El obispo, en sermón paternal, saludó a la hija descarriada del Señor que volvía a sus altares.

LUIS MERLO DE LA FUENTE

Era el Oidor Decano de la Real Audiencia.

Don Crescente Errázuriz lo retrata así:

"Carácter adusto e intransigente, hombre de pocos o ningún amigo, llevado de su propio parecer y acostumbrado a no tomar en cuenta el ajeno, había de ser muy mal querido y, aunque no podía negársele inteligencia, honradez y prodigiosa laboriosidad, todos debían de temer la autoridad en tales manos".

En los cinco meses que duró su gobierno interino, a pesar de ser sólo un letrado, se demostró como un gran militar y obtuvo grandes éxitos guerreros.

Desarrolló planes de guerra por todos combatidos, pero que, sin embargo, obtuvieron completo éxito. Contó con el boycot del Cabildo y de la Audiencia de Santiago, de los encomenderos de las ciudades que trataba de restaurar, etc., y, a pesar de todo, triunfó.

Merlo de la Fuente llegó a Concepción el 6 de octubre de 1610. Allí tuvo que ponerse en inmediata acción para desarmar un complot preparado por los caciques Categuanhuellén, de Lebu, su hermano Llanganao, Nagualbede, de Lincoya, Quillarcuihue, de Lebu, y Millacheo, de Molluillo (Molhuilla), los que trataron de unirse con los de Purén.

Estos cinco caciques fueron tomados y ajusticiados.

El Gobernador no podía emprender una campaña en forma en contra de los indios por falta de gente. Para salvar este inconveniente, sacó hombres de todos los fuertes, medida que fué duramente combatida, por temor de que todos pudieran perderse.

Ordenó a Alvaro Núñez de Pineda que lo esperara con su división, el 28 de noviembre, en el lugar de la ciénaga de Purén llamado "La retirada de don Alonso de Sotomayor".

Se juntaron allí 946 españoles y 800 indios amigos, con los cuales causó destrozos en la ciénaga y alrededores de ella.

Los indios, por vengarse, encabezados por Loncoñancu, se dirigieron a atacar los fuertes desguarnecidos; pero al ahogarse el jefe y cinco indios más en el Biobío, tomaron la retirada.

Volvió a Angol con el objeto de poblarlo y construir allí el mejor fuerte del reino.

En carta de fecha 18 de diciembre de 1610, Merlo relata así la fundación: "Señalé iglesia y levanté cruz, puse horca, comencé el fuerte de tamaño de una cuadra pequeña el cual dejé ya en defensa con los cuatro lienzos de su alrededor, con cuatro cubos con sus troneras en las cuatro esquinas, todo de una tapia de vara y media de alto y vara y sesma de ancho".

Rosales refiere en la siguiente forma la población de la ciudad:

"A los principios de enero del año de 1611 fué el Gobernador a la población de Angol y, hallando que estaba en mal sitio, húmedo y enfermo, mirando por los soldados y con deseos de dejar alguna memoria de población, mudó el fuerte dos cuadras del sitio donde estaba a otro mejor y junto a las viñas, para que los soldados y no el enemigo se aprovecharan de ellas. Cercóla con tapias

altas y la dió título de ciudad con el título de San Luis de Angol. Edificó en medio de la planta, junto al río Mecaquén, con cuatro cubos en sus esquinas, con que se barrían las ocho calles que tenía la ciudad. Nombró de ella Alcaldes y Regimiento, y fueron sus primeros Alcaldes Juan de Pulgar y Gaspar de Vergara y por Regidores dejó a los capitanes y reformados más beneméritos que había en los tercios.

Hizo allí a su Sargento Mayor Alonso Cid Maldonado Maestre de Campo General por enfermedad de Miguel de Silva, a Fernando Castro Verde Valiente Sargento Mayor del Reino, y, pasados pocos días, haciendo dejación el cargo Alonso Cid, dió el cargo de maestre de campo a Alvaro Núñez de Pineda, que lo tenía bien merecido por sus grandes servicios“.

Algunos cronistas de la época colonial, hablaron de la “traslación” de la ciudad, hecha por el doctor Merlo de la Fuente, aseveración que siguió siendo repetida por los historiadores de la era republicana.

Era muy distinto establecer un fuerte o una ciudad. El primero era sólo un reducto militar pequeño, mientras que al fundar una ciudad se trazaba su plano completo, se determinaba lugares para reparticiones públicas, iglesia, etc. y llegaban a ella civiles, mujeres y niños.

Desde que lo fundó, en los primeros días de mayo de 1610, Angol había sido sólo “el fuerte”, como dice Rosales; y a principios de enero de 1611, ocho meses más tarde, Merlo de la Fuente fué “a la población” de Angol, y “mudó el fuerte dos cuadras de donde estaba”, distancia insignificante, de que sólo puede hacerse mención porque no era ciudad.

Estableció el fuerte a orillas del estero Mecaquén; “junto a las viñas”, nombre que hoy lleva una estación ferroviaria cercana a Renaico, y desde él “se barrían las ocho calles que tenía la ciudad”.

En consecuencia, no se puede hablar de traslado, ya que la ciudad quedó, más o menos, en el mismo lugar que había ocupado la anterior, es decir entre los ríos Tolpán y Mecaquén.

Durante su medio año de gobierno interino, Merlo de la Fuente tuvo su residencia en Angol, y aquí concentró el grueso del ejército, como lo leemos en el N^o 11 del “aviso y advertencias” que escribió en este pueblo, con fecha 19 de febrero de 1611, a su sucesor Jaraquemada (Gay-II-127):

"Y aviendo así mismo considerado con atención la dificultad con que se avia de meter la comida este primero año en la ciudad y castillo de Sant Luis de Angol adonde como he referido avia de residir yo y hacer frontera a el enemigo teniendo en ella todos los soldados de este exercito, considerando la incomodidad de los cavallos y que se cansan y matan y faltan los aparejos por parecer menores los inconvenientes y mayor la utilidad hize hacer doze carretas que hallara V. S. hechas como lo están para sus bueyes con poca guardia poder traer desde el fuerte de Nacimiento a el castillo de Angol con seguridad los bastimentos por poderse hacer con las propias carretas, muralla bastante para se poder pocos defender de muchos y también que con ellas se excusan muchas vexaciones que reciben los indios y otras dificultades y inconvenientes. Y tan bien hallara V. S. prevenidos arados para con los dichos bueyes hacer que para el año que viene se haga una sementera muy grande en Angol".

Cuando Merlo de la Fuente se proponía continuar sus campañas contra los indios, tuvo conocimiento, a mediados de enero en 1611, de la llegada a Valparaíso de su sucesor en el gobierno del reino, don Juan Jaraquemada.

JUAN JARAQUEMADA

Don Juan Jaraquemada, Gobernador interino nombrado por el virrey del Perú, fué recibido con las ceremonias acostumbradas por el pueblo de Santiago el 15 de enero de 1611.

A fines del mes, el día 29, partió para Concepción acompañado de la gente que había traído del Perú. Jaraquemada y Merlo de la Fuente se juntaron en Yumbel, después de haber hecho entrega este último del mando del ejército a la persona encargada por el primero.

El nuevo Gobernador hizo, en seguida, un recorrido completo por los fuertes y estuvo de regreso en Concepción el 1º de mayo.

El 11 de diciembre, encontrándose acampado en el río Vergara, tuvo que enviar fuerzas a dominar un alzamiento en Hualqui.

Desde el Vergara partió el 14 para Angol, donde tuvo que hacer justicia en relación con varios soldados que pretendían fugarse al otro lado de la cordillera, después de haber sido acusados de cometer delitos vergonzosos.

Los cronistas dicen que Jaraquemada cambió nuevamente la ciudad al lugar que le asignó García Ramón. Tal vez lo declararon así personas que volvieron a encontrarla en el mismo lugar en que la habían visto al principio.

Por lo demás, en tres cartas extensas que escribió Jaraquemada al Rey durante su corto gobierno, nada dice con respecto a que hubiera cambiado de ubicación la ciudad ni el fuerte de Angol.

El Gobernador regresó al sur, llegando hasta las ciénagas de Purén.

“En suma, dice don Crescente Errázuriz, la entrada llevada a cabo por el Gobernador interino Juan Jaraquemada en el verano de 1611-1612, a la cabeza de ejército poderoso para aquella época, no se ilustró con una batalla campal, con un notable hecho de armas, con ningún resultado brillante”.

Poco después Jaraquemada tuvo conocimiento de que el Rey había nombrado Gobernador en propiedad a don Alonso de Ribera, lo que lo hizo descuidar la represión contra los indios, y que provocó un violento y extenso levantamiento que hizo necesario el socorro de las guarniciones, sobre todo las de los fuertes de Cayugano y Angol.

El 28 de marzo de 1612 Ribera fué recibido por el Cabildo de Santiago, y a fines de abril Jaraquemada entregó el ejército al maestre de campo don Pedro Cortés.

“Era Juan Jaraquemada, dice Rosales, de cuerpo doblado, moreno de rostro, ojos grandes y buenas facciones, muy reportado en todas sus acciones... nada interesado, cortés y discreto”.

ALONSO DE RIBERA

Don Alonso de Ribera vino desde Tucumán a desempeñar en propiedad, por segunda vez, el cargo de Gobernador de Chile; pero ahora sus energías no eran las de los tiempos pasados, y su mal estado de salud se prolongó hasta el fin de sus días.

El padre Luis de Valdivia había regresado de España con amplios poderes del Rey para proceder a aplicar su plan de guerra defensiva, tanto en el aspecto espiritual como militar.

Una de sus principales resoluciones fué la de dismantelar los fuertes de Angol y Paicaví, lo que debe haberse efectuado en el mes de diciembre de 1612. Esta medida del sacerdote jesuita

produjo regocijo entre los indios de la región del Malleco, y muy especialmente en su jefe principal, el cacique Lancanahuel.

Los conatos de rebelión indígena producidos a fines del gobierno de Jaraquemada, hicieron necesaria la represión y castigo por parte de Ribera, el que el 23 de febrero de 1613 pasó al sur del Biobío en dirección a Purén, donde infligió un duro castigo a los indios, destruyendo sus cosechas, quemando sus rucas y aprisionando sus mujeres e hijos en número de cincuenta.

En esta expedición Ribera perdió sólo un soldado. Al cruzar el ejército por las feraces campiñas de Angol, el mencionado español se vió tentado por las uvas, que en abundancia se daban en esta tierra, pero quiso su mala suerte que unos indios emboscados lo sorprendieran y lo mataran.

Ribera lamentaba ante el Rey, en carta del 17 de abril de 1613, el abandono de Angol y Paicaví e insistía en que ambos fuertes debieran reponerse.

Consideraba que el sistema de guerra defensiva no se oponía a que los españoles mantuvieran esos fuertes junto a los indios, pues "con esto se rempuja la guerra á la buelta de Imperial".

GUERRA DEFENSIVA

Hemos dicho que el año 1612 se inició este plan de pacificación que, durante muchos años, levantó un cúmulo de protestas, tanto en el ejército, como entre los encomenderos, sacerdotes, etc.

Por lo demás, fué imposible cumplir ese plan en forma completa, pues los indios no cesaron de hostigar a los españoles, haciendo incursiones más allá de la línea marcada como frontera, la que estaba señalada por los fuertes Callaguano, Yumbel y Santa Fe, en la ribera norte del Biobío; y Nacimiento, Monterey, San Jerónimo de Catiray y Arauco en la del sur.

El padre Valdivia obtuvo personalmente en España, en forma habilosa e intrigante la aprobación de su plan, a pesar de las tenaces opiniones de los últimos Gobernadores: García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada.

Durante trece años, hasta 1626, se vivió en un estado de intranquilidad. En este período, después de la muerte de Alonso de Ribera, acaecida en Concepción el 9 de marzo de 1617, gobernaron el país los siguientes Gobernadores: Hernando Talaverano Gallegos, Lope de Ulloa y Lemos, Cristóbal de la Cerda, Pe-

dro Osores de Ulloa, Francisco de Alaba y Nurueña y Luis Fernández de Córdoba.

Este último recibió, con fecha 24 de enero de 1626, la real cédula que ponía fin al funesto plan de guerra defensiva, seis años después de la partida definitiva del Padre Valdivia a España, fines de noviembre de 1619, y de su enclaustramiento en un convento jesuíta de ese país.

Los jefes indios que durante este largo período de trece años mantuvieron la rebelión, fueron principalmente el cacique angolino Anganamón y el purenino Tereulipe.

El primero de ellos achacó a un motivo de carácter sentimental o doméstico su permanente estado bélico: la huída de tres de sus mujeres, una de ellas española, al fuerte de Paicaví, y que los españoles se negaron a devolver por ser "cristianas".

Este incidente ocasionó el martirio de dos padres y un lego jesuítas, Horacio Vechi, Martín de Aranda, osornino que hablaba correctamente el idioma mapuche, y el hermano Diego de Montalván. Este último era un soldado de Arauco que insistentemente pidió al Padre Valdivia que lo incorporase a su orden como hermano lego, y hacía entonces su primera salida apostólica.

El valle de Elicura, junto a la hermosa laguna Lanalhue, fué el escenario de la horrorosa muerte que los indios dieron a estos apóstoles, el 15 de diciembre de 1612.

La fuga de las mujeres de Ancanamón fué sólo un pretexto de este cacique. Lo curioso es que, algunos años más tarde, Lientur también se rebeló por la negación de los españoles a entregarle una mujer. Y en 1655 otra rebelión se debió a una mujer, con la diferencia de que ésta era española.

Los indios perfeccionaban cada día más sus procedimientos guerreros, utilizando, además, los elementos tomados a los españoles.

Cuenta el Padre Rosales que, en tiempos de García Ramón, sucedió lo siguiente: "Estando alojado el Gobernador en Coypu se mostraron en una loma cien indios de a caballo con armas de acero muy lustrosas y celadas relumbrantes: gente escogida de Purén que de las victorias pasadas se avian hecho de muchas armas de acero".

A raíz de la muerte de los padres en Elicura, también se vió a los indios presentarse uniformados como guerreros espa-

ñoles, llevando sus respectivos sacerdotes ataviados con los hábitos de los padres muertos, lo que hacía que los españoles los tomaran, en los primeros momentos, como compañeros que venían a unirse a ellos.

La ciénaga de Purén, "la ladronera de Arauco", o "la Rochela de Arauco", como la llamaban los españoles, era el reduto invulnerable donde se fraguaban todas las rebeliones, y donde los indios se refugiaban después de cada derrota.

OTROS JEFES INDIOS

Entre los toquis o capitanes más destacados de esta época guerrera, además de los citados anteriormente, debemos mencionar, ante todo a Pelantaro, que hasta tuvo intervención personal directa en la despoblación de la ciudad de Osorno, en 1604, último baluarte que resistió después de Curalaba.

Es increíble el radio de acción que tenía esta gente en sus campañas.

Otros indios de renombre en la región de Arauco fueron: Tarucán y Livipangue, Unavilu, Litoquí, de Illicura, del cual se contaban fabulosas hazañas.

Otro toqui de tanta fama como Pelantaro, fué Paillamaco, o Paillamacho, que algunos llegaron a considerar como reemplazante de aquél. Fué cogido sorpresivamente por tropas del coronel Pedro Cortés, maestro de campo del Gobernador.

Un día el indio dormía a la sombra de un roble y, antes que sus ochenta mocetones acompañantes se dieran cuenta, fué cogido, a pesar de ser un indio feroz, de gruesos brazos y piernas, espaldudo y de grandes fuerzas.

Al preguntarle el coronel Cortés por qué guerreaba en Tucapel siendo de Arauco, el indio, según Rosales, contestó:

"En tus tierras lo fuera de mejor gana, pues me usurpan las más tiránicamente. Yo nací en Melirupu y ahora en tus manos acabaré mis días con mucho gusto en Tucapel por morir defendiendo la libertad de la patria. Dejé mis tierras porque tus españoles me forzaban mis mujeres y me robaban mis comidas, y por no ver semejantes sinrazones me retiré a estas montañas a morir siendo de guerra, por no morir en mala paz".

Paillamaco fué arcabuceado y los demás indios prisioneros

fueron colgados en un roble. Uno de los tres islotes de las ciénagas de Purén era designado con su nombre.

Los aborígenes chilenos defendían heroicamente sus tierras, su libertad y sus costumbres ancestrales.

Justo es dejar constancia de los nombres de otros líderes de esta época de la guerra defensiva: Lientur, Nahuelgala, Ranchio, Nanquillanca, Puelpán, Catrilebo, Quinchatripay, Colicheo, Loncotregua, Pailatraro, Paillahuén, Loncoñancu, Relmuante, Puenucurra, Paigneñi, Utablamu, Caniumanque, Calbuñanco, Tarpellanca, Paillaguala, Neculhuenu, Nahuelhuala, Levipagui, Huenucheo, Quiñeguala, Longonabal, Curapil, Nahuelpichón, Tereupanqui y Guaipín.

Aun en nuestros días oímos algunos de estos apellidos gloriosos.

DON FRANCISCO LAZO DE LA VEGA Y NUEVA REPOBLACION DE ANGOL

El primer Gobierno de la colonia de Nueva Angol fue el que se estableció en 1638 por don Francisco Lazo de la Vega, nombrado por el Rey con la categoría de don Alonso y para un periodo de cinco años. Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol.

Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol. Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol.

ANGOL DE FRANCISCO LAZO DE LA VEGA

El primer Gobernador de la colonia de Nueva Angol fue el que se estableció en 1638 por don Francisco Lazo de la Vega, nombrado por el Rey con la categoría de don Alonso y para un periodo de cinco años.

Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol. Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol.

Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol. Este primer don Alonso Lazo de la Vega fue el primero de la familia que se estableció en el territorio de la actual provincia de Angol.

Mediados de enero de 1638

a mediados de enero de 1641

(3 años)

DON FRANCISCO LAZO DE LA VEGA Y NUEVA REPOBLACION DE ANGOL

El primer Gobernador encargado de poner en práctica la guerra ofensiva fué don Francisco Lazo de la Vega, nombrado por el Rey por un período de ocho años, y cuyo gobierno, según Encina, llena las páginas más honrosas de la historia de la colonia durante el período de 1610 a 1700".

Ingrato papel fué el que le correspondió a este distinguido militar y gobernante: los indios se sentían soberbios y orgullosos después de tantos años de tregua, que les habían permitido multiplicarse, instruirse más en la guerra y acopiar grandes cantidades de alimentos. Los españoles, al contrario, habían visto desaparecer el espíritu guerrero, que había sido una tradición hasta entonces.

El nuevo Gobernador llegó al puerto de la Concepción el 23 de diciembre de 1629.

Las primeras actividades bélicas debían tener resultados muy de acuerdo con los considerandos que hemos hecho más arriba, y si no fueron derrotas totales para los españoles, constituyeron al menos grandes fracasos que contribuyeron a mantener la moral alta en los indios.

Felizmente se produjo un hecho de armas que vino a constituir un gran triunfo y que fué la chispa que levantó los ánimos decaídos y aseguró futuros éxitos. Esta acción guerrera fué la de Albarrada, en la región de Arauco, el 13 de enero de 1631.

Las eficaces y enérgicas campañas del Gobernador, con muerte de innumerables indios, destrucción total de sus alimentos y viviendas y cogida de gran número de prisioneros, fueron año a año desplazando los indios de guerra hacia el sur.

Lazo de la Vega comprendió que, pese a su escasez de hombres y recursos, la mejor forma de asegurar el terreno ganado era instalar en él poblaciones.

Desde 1636 comenzaron conversaciones entre el Gobernador y sus capitanes para determinar en qué lugar convenía más esta-

blecer la población proyectada. Unos opinaban por Yumbel el Viejo, otros por Coipú, junto al río del mismo nombre, región de Purén; y los más, finalmente, que deseaban repoblar Angol.

El proyecto fué sometido a la consideración de la Audiencia y el Cabildo de Santiago, los que aprobaron calurosamente la idea, pero no aportaron mayores recursos materiales.

En los primeros días de enero de 1638 salió el Gobernador desde el fuerte de San Felipe de Austria, a Yumbel, con todos los elementos para fundar la nueva ciudad.

¿Cuál? Lo curioso es que, hasta ese momento, aun no estaba determinado tan importante detalle.

En Negrete se juntaron todas las fuerzas del ejército, y fué en este lugar, aun con el consejo de los indios amigos, que se resolvió que la nueva población sería Angol, pese al deseo personal del Gobernador, que deseaba instalarla en Coipú.

Como sucede a menudo, algunos, por halagar al jefe, hicieron declaraciones concordantes con la suya, pero el que demostró mayor honradez e independencia en su opinión fué el sargento mayor Alfonso de Villanueva.

"Este capitán, dice Santiago de Tesillo, con prudente modestia, acreditó la conveniencia de poblar en Angol con todas las armas de San Felipe, infantería y caballería; encaminó con cristiandad el acierto, sin dejarse vencer de otros motivos aparentes, y moviendo a todos con la fuerza de la razón le siguieron y con aclamaciones generales repitieron que se poblase en Angol".

Tomada en definitiva esta resolución, el ejército continuó su marcha hacia los campos de la antigua e histórica ciudad.

Por suerte para la historia, juntamente con don Francisco Lazo de la Vega llegó a Chile un modesto soldado que, con el tiempo, llegó a convertirse en su maestro de campo: don Santiago de Tesillo, el cual escribió una detallada crónica sobre el período de Lazo de la Vega, del cual él fué testigo ocular. Esta crónica se titula "Guerras de Chile, causas de su duración y medios para su fin", y de ella sacamos los detalles de la repoblación que expondremos en seguida.

El avance total del ejército doce leguas más al sur de Yumbel, ofreció además la gran ventaja de que dejaba atrás tres ríos importantes cuyo paso les presentaba inconvenientes y demoras: el Claro, el Laja y el Biobío.

Instalados ya los españoles en el campo de la futura ciudad, iniciaron sus construcciones "con afecto calidísimo".

Una de las primeras medidas tomadas por el Gobernador fué la de mandar buscar todas las mujeres, que habían quedado en Yumbel, comisión que dió a Santiago de Tesillo acompañado de cien soldados, los que, al abandonar aquellos lugares, debían quemar las construcciones en que habían vivido.

El traer las mujeres, además del aspecto familiar, ofrecía la ventaja de que concentraba la gente en un solo lugar y se contaba con la valiosa ayuda de ellas para el lavado, la comida, la provisión de pasto, etc. Por otra parte, los últimos Gobernadores habían casi exigido a sus soldados que tuvieran mujer o "criada", a fin de evitar con ello sucesos vergonzosos acaecidos en períodos anteriores.

Acomodados en una larga columna de quinientos caballos, salieron un día del fuerte de San Felipe de Austria ciento cincuenta hombres y más de doscientas mujeres, en su mayoría indias, llevando todos sus artefactos de hogar.

Cinco días duró la difícil travesía. Los indios contemplaron desde lejos el numeroso grupo sin atreverse a atacarlo en la creencia de que todos eran hombres.

Las obras de construcción del fuerte continuaban: se hizo un gran recinto amurallado en forma de cuadro, con largo de 400 pies por lado, con sus traveses y gran parte de los alojamientos para la tropa.

Como al tiempo de iniciarse la repoblación se habían concentrado en Angol las fuerzas de Arauco y Yumbel, partieron aquellas a su guarnición, quedando la nueva ciudad con una dotación de setecientos setenta españoles, entre infantes y hombres de caballería.

Al mismo tiempo partió para Concepción el Gobernador Lazo de la Vega, cuya salud se había resentido bastante.

Quedó al mando de la ciudad de Angol el sargento mayor Alfonso de Villanueva, que tantos esfuerzos había gastado por que la nueva población se estableciera allí.

Con fecha 30 de marzo de 1638, estando en Angol, don Francisco Lazo de la Vega escribió una carta al Rey, en la cual lo informaba del estado del reino, y de la guerra.

Refiriéndose a las ciudades, dice:

"El año pasado di cuenta á V. Magestad de los sucesos que había conseguido con estas armas y dire á V. Magestad como había adelantado la del tercio de San Phelipe a la ciudad de Angol, doce leguas mas cerca del enemigo, cuya planta remiti á Vuestra Magestad. Deste progreso nos ha mostrado la experiencia buenas utilidades porque el enemigo viendo sobre si las armas, se ha ydo retirando mas alla del rio de la Imperial".

En la misma carta, el Gobernador da interesantes noticias sobre la recuperación de españoles cautivos entre los indios:

"También doy cuenta á Vuestra Magestad como en la campaña que este berano he hecho en tierras de guerras saque de poder (poder) del enemigo á Doña Mariana de Figueroa, mujer noble que habia cuarenta años que estaba cautiva y abra quatro que saque asi mismo una hermana suya doña Juana de Figueroa, que ambas las cautivaron juntas, con las cuales han llegado á numero de ciento y veinte personas, hombres, mujeres, los cautivos que he sacado de entre los enemigos en el tiempo que he estado en este gobierno sirviendo á Vuestra Magestad, cuya catolica y Real persona guarde nuestro Señor muchos años, como la Christiandad á menester".

Se desprende entonces que esta gente había sido tomada por los indios a raíz del desastre de Curalaba, en que pereció, el 23 de diciembre de 1598, el Gobernador Martín García Oñez de Loyola.

Así quedó restablecido, en el mismo lugar de las ciudades anteriores, el histórico Angol, lo que vino a dar nuevas actividades a los soldados que, en su anterior residencia, se habían entregado a la molicie, no sólo por la lejanía del campo de guerra, sino porque Yumbel era el centro a donde llegaban los productos de una zona muy productiva e intensamente trabajada. En Angol, los soldados tuvieron que crearse una nueva vida.

La ciudad quedó asentada en un lugar donde se consultaron las mayores ventajas, incluyendo la fácil comunicación por el Biobío, y Lazo de la Vega estudió prolijamente los antecedentes que sirvieron a Don García, a García Ramón y a Merlo de la Fuente para elegir esa comarca.

El primer invierno pasó sin novedades guerreras de importancia, lo que permitió a los habitantes dedicarse de lleno a su mejor instalación. Desde la primavera siguiente, Angol pasó a ser un punto importante de partida para las operaciones de guerra.

Desde la iniciación de ellas por Lazo de la Vega, se distinguieron los siguientes jefes araucanos: Quempuante, Lientur y Butapichón, como primeros opositores; y Gualacán, Catrimalo, Loncomilla, Guaiquimilla, Curamboá, Lianca, Curinamún, Curimilla, Antequeno, Pichiñanco, Guarapil, Marinao, Quelentaro, Naucopillán, Iparquili y Murcullanca.

El año 1639 comenzó con felicidad para el campo español, y el Gobernador continuó ampliando su sector de operaciones hacia el sur, en dirección a Imperial.

Desgraciadamente, Angol sufrió un grave contratiempo: poco antes del comienzo del invierno se quemó totalmente la ciudad, no logrando salvar los habitantes sus muebles, ropa ni alhajas, "sin que quedase más que las murallas", como dice Tesillo.

Lazo de la Vega supo esta dolorosa noticia en Tornacura, lugar situado a cinco leguas de Angol, adonde llegó al día siguiente del incendio.

Su primera medida fué la de poner en prisión al alférez Juan Izquierdo, que había quedado a cargo de la población, aunque él alegaba que su actuación más bien merecía un premio. No se pudo establecer las responsabilidades del siniestro.

Se comenzó inmediatamente, y con toda actividad, la reconstrucción de la destruída ciudad.

"Don Francisco, sin entrar en consejo con nadie sino consigo mismo, dice Tesillo, resolvió la reedificación de Angol, sin querer perder una hora de tiempo, y habiendo hecho a los capitanes y soldados un amoroso razonamiento, repartió toda la gente del ejército a sus faenas con notable asistencia, sin reservarse a sí mismo del trabajo, siendo el primero a todo y en ir a las escoltas de madera, con la mayor parte de la caballería: trabajábase sin cesar aunque con mucha fatiga de los amigos de Arauco que deseaban descansar en sus casas del trabajo de una jornada tan larga: y vista la razón se enviaron a sus cuarteles, pronuncióse sentencia de muerte contra el Izquierdo que había quedado por cabo, y tuvo perdón y gracia de la vida".

Fué ésta la última estada de Lazo de la Vega en Angol, pues desde Concepción siguió a Santiago en el mes de julio.

Poco después de mediados de octubre tuvo conocimiento de que el Rey, expirados los ocho años de mandato del Gobernador de Chile, había nombrado en su reemplazo a don Francisco López de Zúñiga, Marqués de Baidés.

Lazo de la Vega hizo un viaje especial a Concepción para recibir jubilosamente, junto con todo el pueblo, a su sucesor.

Muy merecido, pero muy breve, fué el reposo que tuvo el diligente Gobernador saliente. Como su salud no mejorara en Santiago, se trasladó a Lima, donde falleció el 25 de julio de 1640.

Santiago de Tesillo, su abnegado servidor y cronista, ha dejado de él el siguiente retrato:

“Falleció finalmente este capitán esclarecido de bien florida edad, pues no pasaba de cincuenta años, y si los trabajos que tuvo en dilatadas guerras de Flandes y Chile no le hubieran debilitado su robusta complexión, pudiera llegar con entera salud a larga vejez; pasó su carrera de caballero, no inferior a ninguno de cuantos hoy celebra la fama; fué de ánimo grande, aspecto feroz y de condición severa, de gallardo espíritu, de grande constancia en los trabajos, y de valiente resolución en los peligros: pronto y vigilante en sus acciones militares: dotado finalmente de excelentísimas cualidades y merecedor, sin duda, de llegar a la noticia de nuestros descendientes por uno de los mayores gobernadores y más digno de respeto que ha tenido aquel reino: prerrogativas todas para empeñarle a la felicidad en ascensos públicos de un ejercicio y otro: no quiso el cielo dejárselos lograr, circunstancias de las más señaladas, porque son raros los que gozan la fortuna entera”.

EL MARQUES DE BAIDES Y LA DESPOBLACION DE ANGOL

Nunca pudo imaginar don Francisco Lazo de la Vega que su labor realizada en Arauco, a costa de tantos sacrificios, y de su propia vida, fuera a derrumbarse a tan corto plazo.

Su sucesor fué el reverso de la medalla: un hombre cómodo que sólo aceptó el gobierno de Chile para labrarse una fortuna y regresar a España a disfrutar de ella.

Al venir de Europa, y poco después en Lima, el marqués de Baidés se dió cuenta de que de ninguna de esas dos fuentes podría obtener recursos apreciables para dar un impulso especial a la guerra de Chile, y por eso es que llegó a este país con la resolución definitiva de vivir en paz con los indios a costa de cualquier precio.

Su desembarco en la bahía de Concepción se efectuó el 1º de mayo de 1639.

Todos los hombres cómodos de Santiago, reacios a los sacrificios personales o económicos para la guerra de Arauco, juntamente con los jesuítas, celebraron su pacífico plan; pero los veteranos de las innumerables campañas del sur, los habitantes vecinos a los indios y los encomenderos, vieron que se iniciaba un nuevo período de descalabros.

A fines del año 39 el nuevo Gobernador se dirigió al sur, y el 4 de enero del año siguiente partía desde Nacimiento al frente de 1.700 hombres en dirección a Purén.

Desde este punto sus huestes comenzaron a hacer flamear blancas banderas de paz y numerosos mensajeros partían en todas direcciones para invitar a los indios a la concordia.

Después de celebrar en el Cautín una larga conferencia con el líder Lincopichón, regresó a la ciudad de Concepción a fin de continuar desde allí sus negociaciones.

¡Qué más podían desear los indios después de tantos años de intranquilidades y penurias!

Concepción se transformó en "la olla del pobre" para todos los mapuches del sur que llegaban allí en largas caravanas a saludar al Gobernador y a ofrecerle una fingida paz. Los banquetes y los regalos menudeaban.

Tocó, además, durante ese año 1640 una curiosa coincidencia que impresionó profundamente la superstición indígena: el volcán Villarrica tuvo una erupción de catastróficas consecuencias, cuadro que pinta con caracteres fantásticos el padre Ovalle.

El ambiente se preparó este año para una gran asamblea de paz, como fué el parlamento de Quillín (Quíllem), que se celebró en los llanos vecinos al río de ese nombre el 6 de enero de 1641.

Llenaron el valle 1.376 soldados españoles y 940 indios amigos, encabezados por el marqués de Baidés; y una multitud de caciques y mocetones de la zona de guerra.

Después de los saludos y regalos habituales, una serie de aparatosos discursos, iniciada por el Gobernador, puntualizó las condiciones de paz, entre las cuales figuraba la despoblación de la ciudad de Angol y el retroceso de la línea española hasta el río Biobío, a excepción del fuerte de Arauco y sus alrededores.

Fué así como se realizó el abandono de la ciudad de Angol, trabajos que estuvieron a cargo del sargento mayor don Francisco Rodríguez del Manzano.

Este ignominioso pacto, fundamentado ante Lima y España con engañosos informes, fué aprobado por el Consejo de Indias y firmado en real cédula por Felipe IV el 29 de abril de 1643. Pero el abandono de Angol se había hecho a raíz del parlamento de Quillem.

Así desapareció, entre banquetes y orgías indias la ciudad que tantos desvelos había costado al insigne Gobernador don Francisco Lazo de la Vega.

El propósito preconcebido del marqués de Baidés de no tener dificultades con los indios, aunque para ello fuera preciso retirar las villas y fuertes situados al sur del Biobío, se manifestó desde los comienzos de su gobierno, como lo revela el informe que, en unión con los oidores de la Real Audiencia, elevó al Rey con fecha 14 de noviembre de 1639 (Gay.-II-410).

Este extenso documento se concreta sólo a aducir razones para justificar la despoblación de Angol, que se proponía realizar. Dice en una de sus partes:

"Y siendo el fin principal de las poblaciones, que se reduscan los enemigos y den la paz, después de dho.Engol poblado no se ha visto ninguno reducido, ni que la haya dado, y según es público entre buenos soldados de referida población se han recrecido mui perjudiciales y conocidos daños por la mucha gente que en ella se ha muerto, y de ella se ha huido apretada de sus penas descomodidades continuo y mal llevadero trabajo, y haberse en aquel tercio perdido entre muertos, ahogados y llevados por el enemigo cinco mil caballos, el cual ha corrido algunas veces la campaña barriendo la de ellos por delante de los muros, y á vista de nuestros soldados, con el que se ha reforzado, y la caballería de aquella población menoscabado y enflaquecido, tanto que segun se ha entendido, para repararla, y que no se rindiese del todo habrá un mes que se ha retirado cuatro leguas de Engol, dejando en él la infantería sola desta parte de Biobío, á puerto mas seguro y para sustentarse mas acomodado, demas que en su conservacion ha mostrado la experiencia, y se han reconocido con el tiempo dificultades malas de vencer, y muy superiores, por que habiendose fundado con setecientas plazas escojidas de lo mejor del campo, y reforzadose con otras trescientas, y mas este número con las fugas, y muerte de los soldados, plazas borradas y licencias concedidas se han menoscabado tanto, que aunque el

que ha quedado no se sabe de cierto, el que es se tiene por muy corto".

A pesar de que Lazo de la Vega, antes de instalar la ciudad, consideró las ventajas que ya habían apreciado don García de Mendoza, García Ramón y Merlo de la Fuente para instalarla en esta comarca, el masqués de Baidés dice al respecto:

"El sitio es humedo y pantanoso y por el consiguiente mal sano, de que han enfermado sus habitantes, habiendo sucedido dentro del cuartel, que se han hundido en el cieno y lodo algunas personas y caballos, que si no fuesen socorridos los sacarían ahogados".

Terminados sus ocho años de gobierno, en que el marqués de Baidés vió el rotundo fracaso de sus utópicos planes, se radicó durante algún tiempo en el Perú, donde terminó de formar una cuantiosa fortuna, pero el destino quiso que, cuando ya estaba a la vista de las costas españolas, buques ingleses atacaran la escuadrilla en que viajaba, pereciendo en los hundimientos producidos el marqués de Baidés y parte de su numerosa familia, incluyendo su mujer.

LA MUJER DE SANTIAGO TOMÁS DE OCHOA Y EL ULTIMO REGLAMENTO COLONIAL

Se la llama en Chile "la última ciudad colonial" y es una de las más antiguas del mundo. Fue fundada en 1541 por el conquistador Pedro de Valdivia, quien la bautizó con el nombre de Santiago de Nueva Extremadura.

Por ser una de las ciudades más antiguas de Chile, Santiago de Nueva Extremadura ha sido testigo de muchos acontecimientos históricos. Fue la capital del Reino de Chile durante el período colonial y sede de los virreyes de Chile. En 1818, durante la guerra de independencia, fue destruida por las tropas de Simón Bolívar.

LA ULTIMA CIUDAD COLONIAL

En 1541, el conquistador Pedro de Valdivia fundó la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura en el valle de Mapocho, a 42 kilómetros al sur de Valparaíso. La ciudad fue fundada en 1541 por el conquistador Pedro de Valdivia, quien la bautizó con el nombre de Santiago de Nueva Extremadura. Fue la capital del Reino de Chile durante el período colonial y sede de los virreyes de Chile. En 1818, durante la guerra de independencia, fue destruida por las tropas de Simón Bolívar.

En 1766, el rey Carlos III de España promulgó el Reglamento de Indias, que estableció un sistema de gobierno centralizado para las colonias españolas. Este reglamento tuvo un impacto significativo en la administración colonial y en la vida cotidiana de los colonos.

1766

En el decreto que promulgó el Reglamento de Indias, se estableció el sistema de Intendentes, que reemplazó a los virreyes. Este sistema buscaba mejorar la eficiencia administrativa y económica de las colonias. El Reglamento de Indias fue un hito importante en la historia colonial española.

Según el Reglamento de Indias, se establecieron los límites de la autoridad de los Intendentes, que se extendieron hasta el nivel municipal. Este cambio buscaba fortalecer el control central y reducir el poder de los señores feudales.

LA MISION DE SANTO TOMAS DE COLHUE Y EL ULTIMO ANGOL COLONIAL

Se ha dicho en algunas obras históricas que la ciudad de Angol fué nuevamente poblada, en 1695, por el Gobernador don Tomás Marín de Poveda.

Posiblemente este error repetido se debió, entre otros, a don Luis Riso-Patrón, quien, en su notable Diccionario Geográfico de Chile, dijo: "Sin embargo, volvió a poblarse en 1695, con la denominación de Santo Tomás de Colhue, pero quedó casi destruída en el alzamiento de los indios de 1723 y arrasada del todo en 1766".

Sólo el último dato de esta información es exacto, pues no existen antecedentes documentales que permitan afirmar la repoblación de 1695. En 1723 la ciudad tampoco existía. Y la arrasada en 1766 fué la que había establecido ese mismo año el Gobernador Guill y Gonzaga en la confluencia de los ríos Malleco y Vergara, inmediatamente al sur de los actuales puentes ferroviario y carretero.

Sin embargo, hay algo que puede haber producido el engaño: el 24 de febrero de 1695 se estableció la "misión" de Santo Tomás de Colhue, según lo declara el padre Juan de Oviedo en carta de 11 de marzo de ese año, dirigida al Gobernador de Chile, y en la cual le dice que cree que "fomentará esta **nueva mission** como hija suya".

Por lo demás, esta misión había existido antes, en tiempos del Gobernador Juan Henríquez, que gobernó ocho años, a contar de octubre de 1670, como consta en la Relación que hizo don Alonso de Figueroa y Córdoba con fecha 30 de febrero de 1673.

Seguramente la "nueva mission" se instaló sobre las ruinas de la anterior, ya que el padre Oviedo dice que "por estar desecho el rancho en que vivía el Padre Joseph Díaz, nos fué forzoso

alojar en la Iglesia donde quedamos todavía asta que se haga otra mas capaz, para lo cual ha venido en persona el cavo de la Plaza de Puren Felipe de Leon, y en parlamento que se hizo a los 10 dias de nuestra llegada les dió a entender a los caciques el bien que les avia llegado”.

Esta misión de Colhue, nombre actualmente transformado en Coihue estuvo en los mismos terrenos de la antigua ciudad, entre los ríos Tolpán y Micauquén. “Dio principio Colgue, Ciudad que fue de angol ensu segunda fundazion, en tiempos pasados”, dice, en la Relación antes citada, Córdoba y Figueroa.

Mal puede haberse destruído entonces en 1766 esa ciudad imaginaria, ya que la arrasada ese año estuvo al sur del río Malleco, frente a “El Olivo”, donde existía un convento jesuíta.

Además, para confirmar el hecho de que el año 66 fué abandonada una ciudad de reciente fundación, nos bastaría repetir las siguientes frases de don Tomás Guevara, escritas después de conocer las ruinas que allí existían a comienzos del siglo actual: “Parece que los españoles **alcanzaron** a trazar **dos calles** paralelas que corrían de norte a sur, en las cuales se levantaron **algunas** casas de adobes y tejas”. (Historia de la Civilización de la Araucanía.—Tomo II, página 529).

Aparte de que no hemos encontrado ningún documento ni mención que se refiera a la repoblación de Angol en 1695, los acontecimientos de la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII la hubieran hecho absolutamente imposible como pasaremos a demostrarlo en el capítulo siguiente y en el que, aunque resulte un poco extenso, trataremos de mostrar lo dicho en las líneas anteriores.

Dedicaremos también una parte especial a Purén, que tuvo durante aquel tiempo una larga existencia de cincuenta y siete años, en circunstancias de que Angol no existía.

LA ARAUCANIA DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII Y PRIMERA DEL XVIII

Pocos años después de la despoblación de Angol por el marqués de Baidés (1641) se produjo el feroz alzamiento que comenzó el 14 de febrero de 1655, y que abarcó desde el Biobío hasta el Maule. “Todo desapareció en espacio de unos cuantos días, dice

Francisco Encina, como si un rollo gigantesco hubiera pasado sobre la vasta y hermosa zona triturándolo todo. Cuando se contempla, a través de los vestigios conservados por los documentos, la potencia destructora de los aborígenes chilenos, el alma se sobrecoge”.

Sucesor de Antonio Acuña y Cabrera, el funesto Gobernador responsable del alzamiento del año 1655, fué el almirante Pedro Pórtier Casanate quien tuvo que hacer frente al famoso mestizo Alejo y despoblar el fuerte de Boroa, que se encontraba aislado y sitiado desde el año anterior.

Don Francisco de Meneses, llegado a Chile a comienzos de 1664, avanzó dos años después la frontera al sur del Biobío, reconstruyendo los fuertes de Arauco, Santa Juana, Santa Fe y Nacimiento y, en marzo del año 66, reinstaló el fuerte de Purén, el que dejó a cargo del capitán Luis Lara, con 200 hombres, dotándolo, al mismo tiempo, de abundantes provisiones y municiones.

En nuestro propósito de exhumar documentos relacionados con Purén, que fué siempre el puesto avanzado de Angol, vamos a reproducir parte de una carta que, con fecha 12 de octubre de 1666, dirigió al Rey el Cabildo de Santiago:

“No sosegado aun su cuidado con tanto hecho (instalación de los fuertes del Biobío), y en tan breve tiempo, sin tomarle para su descanso, por el mes de Marzo entró á Puren, provincia donde los de ella se mostraban rebeldes, y por ser la plaza de armas de toda la guerra, resolvió hacer en ella otra nueva población que no se pudo prometer en aquella parte, si no es de la valiente resolución de quien así la tuvo en que se hiciese, y la acabó con la fortaleza y capacidad, en que puso un presidio de doscientos hombres, que á muy pocos días mostraron el acierto de ella, porque los Indios de aquel país se hallaron convertidos de los españoles allí poblados, que luego salieron a buscarlos y consiguieron en su facción el traer cautivos muchos con sus familias, quemarles las casas y comidas, quitarles los ganados, con que á los demas que no podieron fué de mucho desmayo y temor y en nuestra estimacion de muy considerable la suerte, por ser principio y efecto de aquella nueva población”.

Por su parte, los padres del Convento de San Agustín de Santiago escribieron al Rey, el 23 del mismo mes y año, otra carta

en la que, después de hablar del buen gobierno de don Francisco de Meneses, decían lo siguiente con respecto a la reposición del fuerte de Purén: ... "y a pesar de muchas fatigas, venciendo innumerables dificultades, fundo un fuerte inexpugnable con admiración de los nuestros y con espanto de los enemigos, por parecerles materia imposible que se fijasen las harmas de Vuestra Magestad en lugar a donde jamas pisaron los Españoles sin costo de mucha sangre. Puso en él dos compañías de soldados prácticos y bien prevenidos de viveres y municiones y guarnecido con cuatro piezas de Artillería de bronce que fabricó proporcionadamente para el efecto".

En la primavera de 1667, aunque Meneses no recibía los auxilios que había solicitado al Rey, avanzó el fuerte de Yumbel hasta la confluencia de los ríos Renaico y Vergara, donde instaló el fuerte de Tolpán, nombre que también tenía el primero de los ríos nombrados.

El marqués de Navamorquende (1668) deshizo lo hecho por su antecesor, retirando la frontera, pero mantuvo los fuertes de Tolpán y Purén.

En un informe de fecha 16 de agosto de 1668, firmado por Gaspar de Cueva y Arce y don Juan de la Peña Salazar, relacionado con el estado de Chile después de la llegada del marqués de Navamorquende, se dice lo siguiente con respecto a don Francisco de Meneses:

"Pero despobló el dho. tercio de San Felipe de Austria (Yumbel) con comun sentimiento de todo el r.ejercito y aun de los que vivian en la paz y conosian su importancia, y el daño que habia de resultar de la despoblacion y mas mudando los soldados al sitio de Tolpan, de malisimas calidades, entre dos ríos, humedo, enfermo, sin leña, ni yerba, indefenso y con muchos otros asares que mas largamente declaran los tgos., y que dho.dn.Franco Meneses hizo otras tres poblaciones nuevas y muy adentro en el riñon de las tierras de los enemigos llamadas Puren, la Imperial, y Lincopichon". (Gay.-II-513).

El marqués de Navamorquende, agregan Cueva y Arce y Peña Salazar, "acudió al reparo de que no pereciese la gente del dho. tercio de Tolpán haciendo que ibernase de esta banda de el rio Viovio. En cuanto á la población de Puren unos la reprueban y otros al contrario, y asi en esta como en las otras tres dan

sus pareceres y fundamentos, y que el enemigo está bien armado y encabalgado, que es lo principal que resulta plenamente probado por la informacion de el estado en que estuvo y al presente esta este reyno”.

Con respecto al fuerte de Tolpán que, según lo transcrito anteriormente, no se hace figurar como despoblado, es muy probable que haya sido abandonado en 1668, considerando no solamente el mal sitio en que estaba instalado, sino las ventajas del fuerte de Yumbel, que había sido trasladado a Tolpán.

Del abandono el año antes citado hablan Barros Arana y otros historiadores.

A principios de 1669 el marqués despobló Imperial, Boroa y Repocura, medida criticada por Tesillo, pues, a su juicio, habría bastado con cambiar el asiento mal elegido del fuerte de Tolpán.

Don Juan Henríquez, que gobernó durante ocho años, a contar del 30 de octubre de 1670 tuvo que reprimir un nuevo conato de alzamiento indígena en 1672.

A pesar de esto, cuatro años después los indios de Purén volvieron a tomar las armas, capitaneados por un empleado de los jesuitas llamado Miguel Garrido, que huyó del convento para unirse a los indios capitaneados por el cacique Rapimán.

El sorpresivo ataque indígena causó la muerte de cuarenta españoles que fueron sorprendidos dispersos en los campos.

El capitán e historiador Pedro de Córdoba y Figueroa logró dominar la rebelión, y tanto Garrido como Rapimán fueron ejecutados.

A raíz de estos sucesos acaecidos en Purén, el Gobernador Henríquez aumentó el número de defensores del fuerte y mejoró su protección.

En el informe elevado al Rey por los oidores don Juan de la Peña Salazar y don Diego Portales con fecha 19 de octubre de 1676, se dice lo siguiente con respecto a la importancia del fuerte de Purén:

“Que el presidio y plaza de Puren era antes que se huviese poblado el lugar que mas defendia y resistia el enemigo a que le ayudava la disposicion de la misma tierra circunbalada de grandes cienegas y pantanos al parecer inexpugnables y despues que se poblo y se a mantenido por dho.vro.goveror. dn. Juan Henríquez, es muy vrl. y combiniente para que las armas de V. M. se

adelanten y embarasar los intentos contrarios y que por ello se a retirado el dho.enemigo y asegurandose aquel pais tan acomodado en su favor y en nro.perjuicio, de alli executavan sus facciones y brevemente se retiraban a la dha.cienega que para el modo de vivir de los indios era una grande fortaleza. Esto reconocido asi por el dho.dn Juan Henriquez, a mejorado y adelantado la dha.plaza de Puren amurallandola y haciendo casa fuerte donde se guardan los bastimentos de los soldados, cubierta de teja y que no es la menor disposicion que con el dho.presidio esten debajo de nras.armas y defendidas las reducciones de los indios amigos frontrisos, que se hallan los dhos.tercios y plazas principales bien guarnesidas de soldados de infanteria y cavalleria por el cuidado de dho.vro.goveror obserbando que no falten de sus banderas ni que se les conceda licencia para bajar a esta ciudad". (Santiago).

El Gobernador don José de Garro (1682-1692), todo rectitud y probidad, comprendió que con los escasos hombres y medios de que disponía no era posible iniciar campaña alguna de pacificación y aumento de poblaciones, por lo que dejó a los indios tranquilos en sus tierras, sin pretender, como algunos de sus antecesores, imponerles religión y costumbres que ellos no aceptaban.

Y así llegamos al período del Gobernador don Tomás Marín de Poveda (1629-1700), durante el cual se ha dicho que fué repoblada la ciudad de Angol, quien, al iniciar su gobierno, trató ante todo de asegurar su amistad con los indios, para lo cual los convocó a un parlamento que se realizó en Yumbel el 16 de diciembre de 1692, después de lo cual intensificó las misiones religiosas, entre las cuales figuraron las de Mulchén y Renaico, o Tolpán.

Pero el plan de libertad que concedió de Garro a los indios durante tantos años les permitió reponerse de sus quebrantos anteriores, de modo que cuando Marín de Poveda quiso intervenir por medio de los misioneros en las costumbres privadas de los mapuches, poligamia, fiestas y borracheras, éstos manifestaron síntomas de nueva rebelión, y para tranquilizarlos el Gobernador celebró con ellos dos nuevos parlamentos: en Concepción, el 3 de noviembre de 1693, y en Choque-Choque, lugar cercano a Angol, el 15 de diciembre de 1694.

Asistió a este parlamento, además del Gobernador Marín de Poveda, un lucido acompañamiento de sacerdotes, ya que había

doce, entre ellos el padre Bernardo de la Barra, de la Compañía de Jesús, rector de la misión que existía en Purén.

Entre el elemento militar se contaba el cabo de esa misma plaza y fronteras, sargento mayor Bartolomé Pérez de Villagra, y, como no existía la ciudad de Angol, actuó como ministro de fe en todo lo acordado el capitán Josef de Villagra, escribano público de Concepción.

Este parlamento se realizó a raíz de un alzamiento de los indios de Maquehua.

Después de él el Gobernador licenció las milicias y redujo las fuerzas del ejército permanente.

El acta original del parlamento de Choque-Choque se encuentra entre los documentos del Archivo Nacional de Chile.

Es efectivo que Marín de Poveda fundó cuatro ciudades, pero en la región alejada de los indios de guerra: Buena Esperanza (Rere), una en el partido de Itata, Talca y otra sobre el río Chimbarongo, de las cuales sólo subsistieron Rere y Talca.

Los encomenderos no aceptaban de buena gana concentrarse en ciudades, pues preferían atender en forma directa sus propiedades de campo y vivir en ellas.

Pero el principal inconveniente que tuvo el Gobernador Marín de Poveda para fundar ciudades al sur del Biobío fué la pobreza económica del país durante los años de su gobierno.

Don José de Garro había obtenido del virrey del Perú que el "situado", dinero que Lima enviaba por mar a fin de atender los gastos de la guerra y el pago de los sueldos, se hiciera por tierra desde Potosí, en vista de los frecuentes naufragios, en los que ese dinero, y las mercaderías, se habían perdido totalmente.

Pero el hecho es que el envío de los situados se atrasaba durante años, con los consiguientes perjuicios para los soldados, los cuales "desnudos, hambrientos, reducidos a la última miseria, vivían del merodeo o de la caridad pública, y se dispersaban por los campos a ganar su sustento". (Encina).

En 1699 las cajas de Potosí debían cinco situados. En septiembre de 1702 llegó uno, en circunstancias que se debía 7½ años de sueldos.

Como puede verse, el final del siglo XVII fué calamitoso para los españoles de Chile, y mal podían estar en condiciones de fundar nuevos pueblos.

Esta crisis espantosa se mantuvo durante todo el comienzo del siglo siguiente con motivo de la muerte del Rey Carlos II y de la guerra de sucesión que se produjo por la ascensión al trono de España de Felipe V, nieto de Luis XIV.

Los indígenas, en cambio, habían ganado considerablemente con el largo período de tranquilidad, que continuó por un buen número de años del siglo XVIII.

FIN DEL FUERTE DE PUREN (1723)

Hasta el gobierno de don Gabriel Cano y Aponte, que transcurrió entre los años 1717 y 1733, no hubo mayores novedades en la Araucanía.

Pasaron treinta años de paz, debidos, principalmente, al cambio experimentado en el araucano, no sólo por el cruzamiento con las mujeres españolas y huilliches, sino por la tolerancia que guardaron los misioneros en relación con las costumbres ancestrales mapuches, como la poligamia y sus fiestas y borracheras.

Los españoles tenían destacados entre los indios "capitanes de amigos", individuos que estaban encargados de vigilarlos y mantener entre ellos la paz y el orden; pero, algunas veces, estos encargados eran atropelladores y codiciosos, por lo que se atraían el odio de los mapuches. Esta última circunstancia provocó el alzamiento de 1723.

En Quechereguas residía el odiado capitán de amigos Pascual Delgado, que fué muerto por los indios el 9 de marzo de aquel año, juntamente con un español de apellido Verdugo, que desempeñaba igual cargo que Delgado, y el teniente Juan Navia, que se había juntado allí para efectuar un viaje a Concepción.

Pero la muerte de Delgado no fué la consecuencia de un vasto plan, sino más bien un incidente de carácter local, por lo que en la misma tarde de aquel día se presentaron algunos indios de Quechereguas en el fuerte de Purén con el objeto de comunicar lo sucedido al capitán Mateo Gallegos, declararle su inocencia y ofrecerse para ayudarlo en el castigo a los responsables.

El jefe de Purén no dió crédito al relato de los indios y creyó que se trataría de un ardid para sacarlos del fuerte y aún los hizo apresar.

El día 16 se presentó frente a las defensas españolas el cacique Vilumilla, de Maquehua, encabezando numerosas huestes. Su

ataque fué rechazado, pero Gallegos, a fin de apaciguar a los indios, les entregó los prisioneros, lo que no hizo otra cosa que envalentonar más a los enemigos, los que efectuaron un nuevo ataque tres días después y, a pesar de ser nuevamente desbaratados, demostró que los indios estaban dispuestos a proseguir su rebelión.

El comisario general de caballería, don Manuel de Salamanca, residente en Concepción, al tener conocimiento de los sucesos de Purén, envió un refuerzo de 62 hombres, dió aviso al Gobernador a Santiago y, a fines de marzo, se presentó en Purén con un cuerpo de 500 soldados, lo que produjo la huída total de los indios.

Después de hacer reparaciones en el fuerte, de escarmentar al enemigo y de dejar una guarnición de 200 hombres, Salamanca regresó al norte, al fuerte de Yumbel, donde se unió al Gobernador Cano y Aponte.

Quedó ahora a cargo del fuerte de Purén el capitán Antonio de Urra.

Aunque el alzamiento indígena no tenía las proporciones de muchos anteriores, produjo el desconcierto entre los españoles que se encontraban dispersos, los que corrieron a cobijarse en los fuertes, y entre los misioneros, que abandonaron sus misiones, sin que nadie fuera molestado en esa huída.

Vilumilla ocupó, en agosto de 1723, la isla del Laja, es decir los terrenos abarcados por este río y el Biobío, cerca del actual pueblo de Coihue, y en la margen norte del Duqueco, poco antes de la unión de éste con el Biobío.

Como vemos, Angol no existía, ya que ni siquiera se le nombraba en estas operaciones.

El maestre de campo Salamanca, siguiendo la ruta de Santa Fe, atacó con doscientos hombres divididos en dos grupos a los 1.600 hombres de Vilumilla, el 23 de agosto. Lo sorpresivo del ataque, en un día de lluvia, desconcertó a los indios, gran parte de los cuales se arrojaron al río a fin de escapar. Esta victoria se obtuvo sin la pérdida de ningún español.

No obstante, este revés no desalentó a los indios para continuar con sus correrías y ataques a los fuertes del sur del Biobío, como Purén, Arauco, Santa Juana, Nacimiento y Tucapel.

A fin de atacar con mayor éxito a Purén, que fué el más hostilizado, quisieron dejarlo sin agua, para lo cual comenzaron a desviar el curso de un arroyo que llevaba ese vital elemento. El

capitán Urra salió a atacarlos acompañado de un grupo de soldados, pero los indios respondieron con tal vigor, que murió en el encuentro el jefe español y algunos de sus acompañantes, teniendo que retirarse rápidamente los demás al fuerte, bajo el amparo de soldados que acudieron en su auxilio.

Cano y Aponte tomó la resolución de despoblar todos los fuertes situados al sur del Biobío y reemplazarlos por otros, que llevarían el mismo nombre de los despoblados, que instaló en la orilla norte del mencionado río.

En efecto, a fines de octubre de 1723 una división salida de Concepción por el camino de la costa, dismanteló los fuertes de San Pedro, Colcura, Arauco y Tucapel; y otra que comandó el propio Gobernador hizo igual cosa, en diciembre del mismo año, con los fuertes de Santa Juana, Nacimiento y Purén.

Entre los que evacuaron este último lugar figuró el padre superior de los jesuitas, que había establecido allí su sede.

Desde aquel tiempo data la instalación de los fuertes llamados Tucapel y San Carlos de Purén, situados al norte del Biobío.

Así terminó esta etapa de la existencia de la legendaria fortaleza de Purén, que se había mantenido aislada en medio del corazón de Arauco 57 años, durante los cuales no existió Angol.

PLAN DE REPOBLACION DE ANGOL EN 1737

En tiempos del Gobernador don Gabriel Cano y Aponte, el sargento mayor don Pedro de Córdoba y Figueroa escribió, con fecha 27 de enero de 1737, una carta al Rey de España, la que fué comentada por éste en real cédula del 26 de enero de 1739, dirigida al sucesor de Cano y Aponte, don José de Manso y Velasco.

En la carta que dió motivo a la real cédula se decía que sería conveniente fundar algunas ciudades más al sur del Biobío, "a proporcionadas distancias unas de otras para que puedan sostenerse con mutuo socorro... señalando para la primera fundación el sitio de la arruinada ciudad de los Confines, que dista cuatro leguas de Biobío, y se ve en ella la delineación de calles y casas, sobre cuyos cimientos se podrán construir otras, teniendo también el beneficio de molinos y viñas, que con corto dispendio serán fructuosas por las acequias que hay, y fértil que es la tierra" (Precursores."—(Amunátegui.—II-460).

Pasados tres años de esta fundación, a fin de asentarla firmemente, se procedería a fundar la segunda, que sería la Imperial, y así sucesivamente otras.

El Rey le pedía al Gobernador Manso de Velasco que le informara sobre su parecer en relación con este proyecto. Igual cosa solicitaba al obispo de Concepción.

La primera de estas autoridades contestó al Rey en carta fechada el 31 de octubre de 1740, declarándose contrario al plan, por ser muy costoso y de difícil realización y el obispo, en carta de 9 de noviembre, se declaraba partidario del programa de repoblación de ciudades.

Tanto el antiguo proyecto de concentrar los indios en pueblos, como el de hacerlo con los propios españoles que vivían repartidos en los campos, no tuvieron éxito.

Manso de Velasco, en cambio, no concentró la población rural, sino que desarrolló su plan con gente nueva.

Al avanzar en su dominación al sur, no fué Angol la ciudad repoblada, sino que efectuó, por intermedio del sargento mayor don Pedro de Córdoba y Figueroa, la fundación de la ciudad de Santa María de los Angeles.

No ha logrado establecerse la fecha de esta fundación, pues mientras Barros Arana y Encina fijan el mes de febrero de 1742, don Domingo Contreras Gómez ("La ciudad de Santa María de Los Angeles") deduce, por una carta de Córdoba y Figueroa, que dicha fundación debe de haberse efectuado más o menos el 26 de mayo de 1739.

1766

La mayor parte de los Gobernadores de la primera mitad del siglo XVIII, al iniciar sus labores, trataban de pactar con los indios, para lo cual los convocaban a un parlamento.

Ellos acudían con todo gusto, no sólo por las fiestas a que daban lugar, que eran costeadas por el gobierno español, sino por los numerosos regalos que recibían.

Tanto se habían acostumbrado a este sistema, que lo consideraban como un verdadero tributo, quedando ellos en libertad para cumplir o no lo acordado.

En 1761 llegó a hacerse cargo del gobierno de Chile don Antonio Guill y Gonzaga, el cual, a pesar de las recomendaciones del

virrey Manuel de Amat y Junient, su antecesor aquí, comenzó a verse influenciado por el consejo de los jesuitas, pero no de los antiguos concededores de los indios, sino de los jóvenes llenos de teorías e idealismos impracticables.

Estos insistieron ante el Gobernador en que lo único que podía cambiar a los indios era la predicación constante de la doctrina cristiana, para lo cual era indispensable tenerlos juntos, en pueblos, sistema que militares y sacerdotes de los tiempos pasados habían visto que era impracticable.

Guill y Gonzaga reunió a los indios en parlamento, que se efectuó el 8 de diciembre de 1764, junto al fuerte y villa de Nacimiento.

Punto importante que resolver en esta reunión fué el de la reducción a pueblos, que no quedó resuelto definitivamente en ella, pues los jefes mapuches quedaron de consultar a los caciques que no habían asistido, lo que significaba, en buenas cuentas, que no aceptaban esa medida.

A pesar de esto, el Gobernador vio las cosas como hechas y procedió de inmediato a la fundación de varias villas.

En el mes de noviembre de ese mismo año 1766, el maestre de campo Salvador Cabrito, acompañado de un fuerte cuerpo de soldados, se dirigió a repoblar la ciudad de Angol.

Se instaló ésta en la confluencia de los ríos Vergara y Malleco, en el lugar que queda al sur de los actuales puentes ferroviario y carretero.

Don Tomás Guevara, en su obra "Historia de la Civilización de la Araucanía" (tomo II-529), dice:

"Hemos visitado varias veces las ruinas de la villa de Angol sobre la ribera sur del Malleco, en el paraje en que recibí las aguas del Huequén y vacía las suyas en el Vergara. Parece que los españoles alcanzaron a trazar dos calles paralelas que corrían de norte a sur, en las cuales se levantaban algunas casas de adobe y tejas. En los restos cubiertos por la tierra se ven las huellas del fuego y se hallan fragmentos de ladrillos, baldosas de piedra, de los cerros vecinos, y de utensilios domésticos y herramientas, lo que prueba que a la fecha de su destrucción contaba ya con algunos vecinos. El edificio mayor era el fuerte, a la orilla del río. Las piedras de sus cimientos se extrajeron más tarde para construcciones fiscales de la actual ciudad de Angol."

Además de Angol, se resolvió fundar Nininco (Mininco, dice Encina) y Huequén, para lo que fueron comisionados, respectivamente, el sargento mayor Francisco Ribera y el capitán Joaquín Burboa.

Con respecto a si fué Nininco o Mininco el lugar verdadero, copiamos de Guevara: "como diez kilómetros más al sur (de Angol) y próxima a la actual estación de Trintre, en las cercanías del riachuelo Nininco, afluente de la izquierda del Rehue, se empezaron también algunos trabajos de población. Aun existe un paraje en que estuvo edificada la iglesia y que desde entonces, tal vez hasta hoy, conserva el nombre de "Patiru", que es la palabra con que los indios designan a los religiosos."

Los caciques del sur del río Malleco resistieron tenazmente la reducción a pueblos, distinguiéndose entre ellos Curiñancu, jefe de las tribus del lado izquierdo del Rehue, el que era secundado por Ignacio Tumelevi.

Ambos indígenas fueron apresados por orden del Gobernador y, en Concepción, fueron condenados, el primero a destierro perpetuo en Juan Fernández, y el segundo a la horca, pero a petición de los indios, que simulaban cooperar a los trabajos de pueblos, fueron devueltos a sus tierras.

Curiñancu no deseaba más que obtener su libertad para proseguir su obra de rebelión. Fué él el toqui de la destrucción de la naciente ciudad de Angol.

El 25 de diciembre de 1766 las tres poblaciones recién fundadas fueron atacadas por los indios.

El sargento mayor Ribera logró escapar, aunque herido gravemente por una lanzada, en un caballo sin silla, y fué a refugiarse al fuerte de Santa Juana, situado al sur del Biobío. El capitán Burboa fué capturado por los indios y, según cuenta Vidaurre, "fué el escarnio de las araucanos. A excepción de la muerte, ejecutaron con él todo el suplicio que dan al prisionero de guerra y después lo soltaron. Consumióse de la pesadumbre de esta ignominia y así vino a morir aún antes que el sargento mayor". Agrega don Juan Ignacio Molina que lo dejaron libre frente a Angol, a fin de molestar al maestro de campo, que era gran enemigo de Burboa.

Cabríto abandonó el fuerte de Angol, ubicado en la barranca sur del Malleco, y fué a encerrarse al otro lado del río, en la mi-

sión que tenían allí los jesuítas, lugar que lleva el nombre de "El Olivo", por un árbol de esta clase que hasta hoy recuerda esos tiempos.

Abandonado el pueblo, los indios procedieron como de costumbre: saqueron todas las casas y, en seguida, las hicieron presa de las llamas.

Al día siguiente se presentaron ante las casas del convento jesuíta, las que fueron defendidas del asedio durante varios días.

El sargento mayor Ribera, a pesar de la gravedad de su herida, que le ocasionó la muerte algunos meses más tarde, sacó soldados de Nacimiento y con ellos corrió en auxilio de Cabrito.

Ambas fuerzas se juntaron y atacaron a Curifiancu, produciéndose una acción sumamente violenta, en la que perecieron cuarenta mapuches.

Cabrito taló implacablemente los campos indígenas e incendió las casas, replegándose en seguida a Nacimiento.

Los jesuítas también abandonaron su convento, el que fué destruído por los indios.

Guevara decía en la obra antes citada: "Quedan aún algunos olivos antiquísimos plantados por los misioneros y corren todavía entre los antiguos vivientes de Angol tradiciones de que los tesoros y vasos de plata de los jesuítas y moradores del pueblo se enterraron en un pozo del convento, que se ha buscado varias veces por algunos interesados en hallarlos. En real orden de 28 de octubre de 1757 el rey aprobó el establecimiento de las misiones del Colhue, Angol y de los pehuenches".

Después de esto los indios volvieron a quedar como dueños y señores al sur del Biobío.

El Convento jesuíta de Angol no volvió a ver más la presencia de estos sacerdotes, pues el 26 de agosto de 1767 se cumplió la real orden de Carlos III que los expulsaba de España y de todos sus dominios.

Esta misión de Angol, como la instalada en Colhue, tuvieron diez años justos de existencia, pues, según documentos oficiales de dicha congregación, fueron establecidas a principios de 1757.

En general, hay que admirar el intento apostólico de que estaban poseídos los sacerdotes de las diversas congregaciones que se establecieron entre los indios durante los tiempos azarosos de la Conquista y Colonia.

El 12 de junio de 1696 el Gobernador don Tomás Marín de Poveda escribía al Rey sobre el estado de paz con los indios, y le incluía algunos documentos. En uno de ellos, del padre José Ignacio Burjer, leemos algo que contiene ideas sumamente originales y bellas:

“Después de acabado el templo material, convertiré todo el cuidado á la edificación de los templos vivos: y no dexa de corresponder al trabaxo de los misioneros su fruto; porque el doctrinar esta gente tan abismada en sus ritos y vicios viene a ser como cojer agua con un sedazo, que si bien no la conserva, queda mojado”.

Y no hay duda que si los soldados españoles poco conseguían con su violencia, los sacerdotes iban lentamente obteniendo mejores frutos con su obra de paz.

Con la destrucción de 1766 terminó el último intento español por mantener la legendaria ciudad de Angol, que fué la sexta hermana, en los lugares “que más en medio de los enemigos siempre ha estado”, como dijo el Gobernador Alonso de Sotomayor.

Noventa y seis años más tarde, siempre en medio de la resistencia india, surgió la actual ciudad de paz y de bellezas.

Sólo la nueva ciudad de Los Angeles y la antigua Nacimiento desempeñaron algún papel durante aquel largo período.

En 1770 el Presidente de Chile decía, con respecto al estado de la Frontera:

“Nacimiento, que es la última plaza de nuestra frontera”;

Los indios “recordaban la mutación del fuerte de Purén a la puesta orilla del río Biobío” (San Carlos de Purén);

Angol, “el centro de la mayor infidelidad, residencia del más infame cacique Curiñanco”.

Posteriormente la plaza de San Carlos de Purén fué pasada al sur del Biobío, frente a su ubicación anterior; pero se vieron pronto los inconvenientes que ese nuevo sitio ofrecía, como los puntualiza al padre Julián de Arriaga en nota al Gobernador, fechada en Concepción el 23 de enero de 1775: lugar poco estratégico y recelo de los indios. En cambio al lado norte del mencionado río tenía el respaldo directo de las plazas de Los Angeles y Santa Bárbara.

"Era verdaderamente penoso presenciar los llantos y exclamaciones de dolor de las mujeres araucanas, al ver que se instalaban nuestros soldados en sus posesiones, de donde huían despavoridas a los bosques."

"La Araucanía" — Horacio Lara

ANGOL REPUBLICANO

7 de diciembre de 1862

CRONOLOGIA ADMINISTRATIVA

Teniente Coronel Cornelio Saavedra.

24 de octubre de 1861.—Fué nombrado comandante en jefe de las operaciones de avance de fronteras.

27 de noviembre.—El Gobierno ordena suspender esas operaciones.

28 de diciembre.—Saavedra ordena instalar el fuerte de Mulchén.

2 de diciembre de 1862.—Ocupación de Angol.

7 de diciembre.—Fundación de Angol.

9 de enero de 1864.—Saavedra hace renuncia de su cargo. Es aceptada el 17 de febrero. Queda subrogándolo el comandante Joaquín Unzueta.

Coronel José Manuel Pinto.

Ex Intendente de Ñuble. Nombrado por decreto de 27 de septiembre de 1864.

1.º de abril de 1865.—Nombrado Ministro de Guerra (guerra con España).

Coronel Basilio Urrutia.

1.º de abril de 1865.—Nombrado Intendente y comandante general de armas de Arauco.

26 de abril.—Asumió en Los Angeles.

(22 de septiembre de 1865, se nombra a don Cornelio Saavedra para defender la costa, desde el Biobío a Valdivia, con motivo de la guerra con España).

Don Cornelio Saavedra.

25 de julio de 1867.—Se le nombra para que vuelva a tomar el mando de la Frontera Norte y establecer la Línea del Malleco. Angol, centro de operaciones.

(Don Basilio Urrutia continuaba en Los Angeles como Intendente y comandante general de Arauco).

General José Manuel Pinto.

8 de marzo de 1868.—Se le nombra Comandante de la Alta Frontera.

(Coronel Saavedra.—Se le nombra, con igual fecha, Comandante de la Baja Frontera, a fin de fomentar las poblaciones allí establecidas por él. Se retira de ese cargo en noviembre de 1870).

13 de febrero de 1871.—El general Pinto se retira a Santiago, de donde no regresó. Quedó como subrogante el coronel José Francisco Gana.

General Basilio Urrutia.

5 de octubre de 1871.—Nombrado Intendente y comandante general de la Frontera unificada.

13 de octubre de 1875.—Creación de las provincias de Arauco y Biobío y Territorio de Colonización de Angol.

Continuó como Jefe (Gobernador) de este último el general Urrutia.

28 de abril de 1879.—Nombrado Ministro de Guerra, al estallar conflicto con Perú y Bolivia. Pero no abandonó la Frontera hasta no reemplazar los cuerpos militares llevados al Norte. En su lugar quedó, primeramente, el coronel Gregorio Urrutia, hasta el 18 de noviembre de 1879, y después el teniente coronel Hipólito Beauchemin.

Coronel Gregorio Urrutia.

16 de marzo de 1881.—Asumió su cargo.

Fines de abril de 1883.—Renuncia.

Reemplazante, el comandante del Batallón Angol, don Alejandro Larenas.

General Marco Aurelio Arriagada.

Fines de 1883.—Es nombrado.

12 de enero de 1884.—Llegó y asumió su cargo.

5 de octubre de 1884.—Se retiró.

Coronel Gregorio Urrutia.

Principios de septiembre de 1884.— Vuelve como Inspector Delegado del Ejército del Sur.

Fines de año.—Es nombrado Jefe de la División de Tacna y Arica.

Coronel Alejandro Gorostiaga.

20 de noviembre de 1884.—Nombramiento.

Hasta 12 de marzo de 1887, en que se crea la provincia de Malleco y se nombra el primer Intendente civil.

DOS ETAPAS DIFERENTES

Al hablar de la historia colonial de Angol, dijimos que la vida de las seis ciudades españolas había sido una serie de destrucciones y repoblaciones, de batallas, de huidas precipitadas, después de las cuales la ciudad seguía viviendo sólo en el recuerdo y ante la Ley, pues sus hijos dispersos seguían considerándose como angolinos, haciendo valer sus derechos de tales cada vez que era necesario hacerlo. Su Cabildo seguía reuniéndose.

La vida de la actual ciudad de Angol, fundada el 7 de diciembre de 1862 por el coronel don Cornelio Saavedra, presenta dos etapas bien claras hasta llegar al presente.

Durante 25 años su administración fué exclusivamente militar, hasta el 12 de marzo de 1887, en que, con motivo de crearse las provincias de Malleco y Cautín, fué designado el primer Intendente civil.

En este período actuaron, principalmente, cuatro distinguidos jefes militares: el coronel don Cornelio Saavedra, el general don José Manuel Pinto, el general don Basilio Urrutia y el coronel don Gregorio Urrutia, aparte del general don Marco Aurelio Arriagada y el coronel don Alejandro Gorostiaga, cuya labor fué breve y de importancia relativamente secundaria en comparación con la de los cuatro mandatarios anteriores.

El gobierno de jefes militares se hizo imperiosamente necesario en la Araucanía durante los años que demandó su ocupación y sometimiento.

Con respecto a los indios, éstos necesitaban para su pacificación ante todo la fuerza de las armas, un carácter firme para asegurar lo conquistado y un gran espíritu de justicia, virtud esta última que poseyeron en alto grado los jefes militares de la pacificación de Arauco.

Sabemos que uno de los principales motivos, aparte del espíritu de libertad, que mantuvo el estado de alzamiento indígena fueron los atropellos, robos y crueldades que con ellos eran cometidos. Sólo una mano fuerte, como la de un militar, podía impedirlos.

Si los indios necesitaban firmeza para mantenerlos a raya, cuánta más había que emplear con los llamados "españoles", entre los cuales abundaban los explotadores del indio, que vivían y actuaban en los ciudades y fuertes de reciente instalación; y, apar-

te de éstos, los enemigos más peligrosos: los maleantes y bandoleros que huían a las tribus araucanas, donde eran recibidos con todo agrado, ya que servían a los caciques de cooperadores y consejeros expertos.

Para dominar a todos estos elementos hostiles, fué necesaria la mano de un jefe militar.

El año 1887 se inicia para el Territorio de Colonización de Angol una nueva etapa, la civil, por lo que hemos dividido la vida de la actual capital de Malleco en dos partes bien claramente definidas.

Desde 1862, Angol pasó a ser base de operaciones militares en esa extensa zona. Angol fué el cerebro y corazón de ese vasto organismo.

Por eso, es imposible historiar estos 25 años sin referir, aunque sea en forma muy breve, los acontecimientos generales más importantes que se fueron sucediendo en la Frontera: avances de líneas, fundación de fuertes, hechos de guerra, etc., ya que Angol, como capital y sede del Comandante General, debía intervenir en todos estos acontecimientos.

Se encontrarán aquí en consecuencia, los motivos que exigieron el establecimiento de las líneas del Traiguén, del Quino, del Cautín, del Toltén y del Alto Biobío, y la fundación de fuertes y ciudades, contándose entre estas últimas Traiguén, Temuco, Victoria y Villarrica, aparte de los numerosos fuertes distribuidos estratégicamente en todo este territorio, los que poco a poco fueron convirtiéndose en pueblos laboriosos.

Sólo conociendo estos detalles se apreciará mejor el papel que Angol desempeñó en aquellos tiempos.

PERIODO MILITAR

1862 — 1887

del 29. Este alzamiento fue sofocado por el distinguido comandante don Domingo Salazar por su valentía y astucia, quien los derrotó completamente en el lugar llamado Pichincha.

ANTECEDENTES HISTORICOS

A mediados del siglo XIX la región de la Araucanía era muy poco conocida en el resto del país. La belicosidad de los indios la hacía considerar como "peligrosa y temible", como dice Fidal Veleaz.

Los militares de guarnición en su frontera norte llevaban una vida de sacrificio, y estas plazas eran temidas también por el Gobierno.

"La permanencia misma del Ejército en sus fronteras, dice el citado Fidel Veleaz en un estudio sobre la provincia de Arauco, daba lugar a que los Gobiernos la mirasen con recelo y desconfianza, desde el momento que era ahí donde hasta 1851 se fraguaron todas las revoluciones que conmovieron nuestro país".

Agrega: "Los vencidos de Loncomilla eran precisamente los soldados más veteranos, los jefes más simpáticos y prestigiosos del Ejército; y esos soldados si llegaban a reunirse podían influenciar el ejército fiel, y en tal caso los males que hubieran pesado sobre Chile habrían sido inmensos".

La revolución de 1859, cuyo desenlace en el norte se produjo en las batallas de Los Loros y Cerro Grande, tuvo en cambio su escenario principal en el sur del país, donde se organizaron guerrillas que fueron vencidas en la batalla de Maipón, lugar cercano a Chillán, el 12 de abril de 1859, por el general don José Manuel Pinto.

Muchos de los vencidos en estas lides civiles buscaban refugio entre los indios, que prestaban eficaz cooperación a estas actividades revolucionarias, por interés del botín.

A principios de abril de 1859 las plazas de la línea del Biobío estaban resguardadas principalmente por los cuerpos cívicos de esos lugares. Del Ejército regular no había más que un escuadrón de Cazadores a caballo repartido en los diferentes fuertes.

COMIENZOS DE INSURRECCION

La falta de defensas estables y preparadas, favorecía las incursiones de los indios, principalmente en el territorio del departa-

mento de la Laja, llegando en su ofensiva hasta ocasionar el incendio y destrucción del fuerte de Negrete, en el mes de abril del 59.

Este alzamiento fué sofocado por el distinguido comandante don Domingo Salvo, muy temido de los indios por su valentía y astucia, quien los derrotó completamente en el lugar llamado Picul, cerca del río Laja, empleando en su acción los escuadrones cívicos de Laja y Santa Bárbara. Los indios tuvieron que huir al sur del Biobío al ver sus huestes destrozadas.

El teniente coronel don Cornelio Saavedra, que tenía por entonces el mando de la provincia, no participó en estas acciones, pues se había unido a don José Manuel Pinto a fin de destruir la sedición civil.

De regreso al sur, pudo imponerse de las condiciones calamitosas en que habían quedado muchos pobladores a causa de las tropelías cometidas por los indios, y concibió el plan que vendría a agregar el territorio comprendido entre los ríos Biobío y Malleco a las actividades productoras nacionales.

Un informe pedido anteriormente por el Gobierno al Intendente de Valdivia, don Ruperto del Solar, y las declaraciones verbales del ciudadano alemán señor Treutler, contribuyeron a dar más fuerza al grandioso plan elaborado por el comandante Saavedra.

Don Leandro Navarro, en su "Crónica Militar de la Araucanía", dice:

"Es honra indiscutible que nadie podrá disputar al señor Saavedra de ser el primer conquistador de la Araucanía, porque había ganado a todos la partida, adelantándose a su época y a los hombres que dominaban, pues impulsó los acontecimientos".

El comandante Saavedra, en viaje especial realizado a Santiago, en conversaciones con el Presidente don Manuel Montt, logró obtener la aceptación de su plan.

Se dictó el siguiente Decreto:

"Santiago, Setiembre 17 de 1859.

Con esta fecha S. E. el Presidente de la República ha decretado lo que sigue:

Se autoriza al Comandante General de armas de la provincia de Arauco, jefe de la división que debe obrar contra los indígenas:

1º—Para invertir hasta la cantidad de veinticinco mil pesos en gastos extraordinarios de guerra.

2º—Para invertir hasta la cantidad de ocho mil pesos en guerrillas y partidas sueltas que auxilien las operaciones del Ejército.

3º—Para invertir hasta la cantidad de cuatro mil pesos en pago de espías o individuos que se introduzcan entre los indios y demás gastos de esta clase.

4º—Para hacer dar rancho al Ejército y Guardia Nacional, que le acompañasen en sus operaciones, desde el día que éstas principien, o para sustituir el rancho por un real diario.

La Comisaría abrirá una cuenta especial a cada uno de los objetos que quedan expresados y cargará a ella las cantidades que entregase según las órdenes del Comandante en Jefe.

Tómese razón y comuníquese.— Dios guarde a U.S.— Manuel García”.

El señor Saavedra, a fin de poner en práctica su proyecto, se trasladó a Valparaíso, donde lo sorprendió el movimiento revolucionario del 18 de septiembre de 1859, y debió asumir allí el mando de la provincia en reemplazo del jefe, don Juan Vidaurre Leal, que en esa ocasión perdió la vida.

Estos acontecimientos ocasionaron la postergación de la realización de sus planes de conquista.

SIGUEN LOS DESMANES DE LOS INDIOS

El señor Luis I. Benavente reemplazó en el cargo de Jefe de la Provincia de Arauco al comandante Saavedra, período en que recrudecieron las actividades bélicas de los araucanos, viéndose obligado el Gobierno a reforzar apresuradamente los fuertes con tropas del 3.º y 4.º de línea. También llegaron algunas del 5.º a ocupar Lebu y Arauco.

Haciéndose urgente el ataque a los indios, tomó el mando de la Provincia el coronel don Vicente Villalón.

El 18 de noviembre de 1859, a las 7 de la mañana, los indios atacaron la plaza de Arauco, que fué defendida con éxito por las tropas del 5.º de línea, recientemente desembarcada.

El defensor de Arauco, coronel don Mariano Barbosa, solicitó tropas de caballería, a fin de hacer posible la persecución de los indios.

Reforzado por tropas del 7.º de línea, organizó una expedición de 700 hombres, con los cuales logró someter a los indios en una

campaña que duró tres meses, del 11 de diciembre al 11 de mayo de 1860. Esas tropas infligieron una gran derrota a los indios, el 17 de enero, en Tirúa, donde se concentró el grueso del ejército araucano. Así quedó dominada la Baja Frontera, o sea la región de la costa.

En la Alta Frontera, el 12 de noviembre fué atacada la plaza de Nacimiento, que se salvó gracias a la defensa heroica de tropas del 3.º de línea a las órdenes del capitán don Adolfo Holley. Sin embargo, los indios arrasaron la isla del Vergara.

El coronel Villalón, en vista de la gravedad que tomaban los acontecimientos, ordenó la salida de dos divisiones que, siguiendo direcciones diferentes, deberían juntarse en el interior, lo que no se logró debido a que la segunda de ellas, formada por milicianos comandados por Salvo, sufrió numerosas deserciones.

La primera alcanzó hasta el río Cautín, pero advertidos los indios, implantaron el sistema de tierra arrasada.

CAMPAÑAS EN 1861

El 5 de enero un grupo de soldados de caballería de Santa Bárbara, que cuidaba la caballada a orillas del Bureo, fué atacado por los indios. La sorpresa hizo que perecieran en el encuentro el sargento jefe y ocho soldados, junto con algunas mujeres y niños del lugar.

El coronel Villalón salió nuevamente el 8 de enero de 1861, desde Nacimiento, con más de mil trescientos hombres, en dirección al río Malleco; siguió a Mininco por las orillas del Renaico; y de ahí continuó en dirección a los campos de Negrete.

El día 11 del citado mes fué restablecido el fuerte de este último lugar.

La expedición de Villalón no consiguió mayores resultados, pues los indios desaparecían al conocer la proximidad del enemigo.

El 17 de febrero de 1861, se produjo un ataque al fuerte de Negrete, con fuerzas estimadas en dos mil indios. Los chilenos salieron a luchar con ellos en campo abierto, pero la escasez de municiones los hizo replegarse al fuerte. Debido al auxilio llegado de Nacimiento, el enemigo se vió obligado a levantar el cerco.

Un segundo ataque a Nacimiento se produjo el día 24 del mismo mes de febrero. La plaza se encontraba al mando del teniente coronel don Bartolomé Sepúlveda.



CORONEL DON CORNELIO SAAVEDRA

Ante el asalto, que se produjo por los lados sur y este, y en vista de la escasa guarnición, la tropa y los pobladores se encerraron en el fuerte, donde quedaron sitiados durante dos días. Auxilios llegados desde Los Angeles produjeron el fracaso del ataque araucano.

En la Baja Frontera la insurrección indígena tomaba bastante cuerpo, especialmente en el sector de Coronel y Lota, debiendo participar en la defensa de los pueblos amagados una compañía del 5.º de línea y los milicianos de Concepción, de cuya provincia era Intendente don Vicente Pérez Rosales.

En esta ocasión se instaló un fuerte en la histórica cuesta llamada de Marihuenu o de Villagra.

Todos estos alzamientos de indios se producían a pesar de que desde el año anterior se asalariaba a los caciques, a fin de tenerlos gratos y mantener la tranquilidad.

EL PLAN DE DON CORNELIO SAAVEDRA

El 18 de septiembre de 1861 asumió la Presidencia de la República, como sucesor de don Manuel Montt, don José Joaquín Pérez.

Ante el nuevo Presidente, el comandante don Cornelio Saavedra hubo de repetir sus planes de avance en la Araucanía, los que, en un principio, el mandatario aceptó gustoso.

Sin embargo, se interpusieron ante él las mismas influencias que ante su antecesor, costando mucho vencer esas resistencias.

El 7 de octubre de 1861 se dictó el decreto en que se solicitaba al Congreso la autorización para invertir las sumas de dinero necesarias a fin de adelantar la línea de frontera.

El mismo Decreto pedía al señor Saavedra "a la mayor brevedad posible, una nota en que se desarrolle dicho pensamiento con todos los detalles que hagan notar su utilidad, acompañando el respectivo croquis de las localidades."

El día 11 del mismo mes el comandante Saavedra presentó un extenso y brillante documento, que lo retrata como un gran militar y un gran estadista.

Dividió su exposición en cuatro partes:

1.º—Reseña de la situación de la Alta Frontera.

2.º—Línea del Malleco.

3.º—Enajenación de los terrenos del Estado.

4.º—Colonización extranjera.

Su oficio termina con una exposición sobre "Régimen especial de la Frontera".

Por el interés especialísimo que encierran estos puntos, haremos un resumen del contenido de cada uno de ellos.

1.º—Reseña de la situación en la Alta Frontera.—Comienza el comandante Saavedra manifestando que, desde nuestra emancipación política, en que la frontera sur del país estaba en la línea del Biobío, nada se había avanzado en el sentido de conquistar los vastos y ricos territorios situados más al sur, con evidente perjuicio de la economía nacional y de la tranquilidad de los habitantes vecinos a los indios.

Sólo el fuerte de Negrete, situado más al sur de esa línea, había logrado instalarse en el campo enemigo y servir de protección a más de 14.000 chilenos avecinados en esa comarca y más al sur de ella.

Los indios se mantenían sumisos ante el respeto impuesto por las armas, tal como había sucedido siempre desde los tiempos de la Conquista española.

Los misioneros no avanzaban grandemente en la pacificación del aborígen. Eran considerados por éste sólo como hombres buenos que no les salvaban sus dificultades fundamentales ante los gobernantes y que, más que propagadores del Evangelio, eran prisioneros de los caprichos y de los hábitos singulares de los indios.

El alzamiento producido el año 1859, que ocasionó la destrucción del fuerte de Negrete, produjo el derrumbe de todo lo que se había alcanzado hasta entonces, y restituyó la Frontera al estado de inseguridad y desolación que tenía antes de 1835.

Estos reveses produjeron el desaliento de los chilenos del Biobío y los llevaron al convencimiento de que nunca podrían trabajar en paz si el Gobierno no los protegía en forma más eficaz.

Las campañas militares que se realizaron para sofocar el alzamiento indígena no produjeron resultados definitivos, ya que los indios, o huían ante el enemigo, o simulaban someterse, promesa que quebrantaban en la primera oportunidad favorable para ellos.

De esta sucinta descripción, agregaba el señor Saavedra, aparece de fácil comprobación que mientras no se adopte un plan mejor concebido y sostenido, se hace imposible obtener el progreso de aquella parte de la República, y la reducción y civilización indígenas. Pueden concebirse resultados precarios y transitorios,

pero nunca permanentes y radicales.

“Con este convencimiento y la experiencia de algunos años, adquirida en presencia de los sucesos y de las localidades, puedo proponer al Supremo Gobierno, con certidumbre de alcanzar el fin que se desea, medios de fácil aplicación, poco costosos y seguros de sus resultados”.

2.º—Línea del Malleco.—En este punto de su realización, el coronel Saavedra explicaba las grandes ventajas que ofrecía el río Malleco como defensa natural, pues aunque su caudal es muy inferior al del Biobío, sigue su curso entre barrancas que dejan sólo unos pocos pasos, fáciles de defender.

En cambio, el Biobío lo cruzaban los indios con relativa facilidad en todas las partes de su recorrido, como lo habían demostrado en muchas ocasiones.

Saavedra se proponía establecer en el Malleco una serie de fuertes que corresponderían a los existentes de Nacimiento, Negrete, San Carlos de Purén y Santa Bárbara, distanciados unos de otros por más o menos dos leguas, y estarían comunicados por buenos caminos.

Estos fuertes se ayudarían mutuamente, y los soldados quedarían cerca de los lugares de las posibles operaciones de guerra, con lo que se evitarían las fatigosas caminatas que hasta entonces se veían obligados a realizar.

Los mismos soldados, que no tendrían otro papel que el de resguardar el destacamento que ocuparan, podrían participar en las diversas construcciones, con lo que el costo de ellas sería insignificante, si se tomaba también en cuenta la facilidad que ofrecía el río Vergara para transportar por él los elementos de construcción, hasta el mismo lugar en que se fundara la ciudad de Angol.

Todas las nuevas ocupaciones militares provocaban la pronta llegada de comerciantes, artesanos y agricultores, lo que, en este caso, influiría grandemente en la economía nacional.

Insinuaba que a los propios soldados se les diera terrenos y elementos de trabajo, con lo cual se les iría convirtiendo poco a poco en agricultores, al par que se les iría rebajando paulatinamente su sueldo, quedando ellos obligados sí a prestar su concurso personal en casos militares urgentes.

Terminaba el coronel Saavedra este punto de su informe, haciendo ver la poca población indígena que existía en los terrenos comprendidos entre el Biobío y el Malleco, lo que era un antece-

dente más para estimar la empresa que proponía como no peligrosa, aparte de que esos indios se irían sometiendo rápidamente a la dominación chilena y serían valiosos elementos de cooperación en las labores agrícolas.

3.º—Enajenación de los terrenos del Estado.—“La enajenación de los terrenos baldíos y fiscales que existen entre el Biobío y el Malleco no sólo concurrirían al fin antes dicho, sino que indemnizaría al Estado de los gastos que demandaba el afianzamiento de la seguridad de la Frontera”. Así opinaba, al respecto, el comandante don Cornelio Saavedra.

En efecto, él estimaba que vendiendo a \$ 4.— cada cuadra de terreno e imponiendo una contribución territorial, quedarían reembolsados todos los gastos hechos con motivo de la ocupación del nuevo territorio, aún en el caso de que los cálculos proyectados hubieran quedado cortos.

Los terrenos que se proyectaba ocupar tenían una intensa producción antes del año 1859. En cereales producían 250.000 fanegas al año; 8.000 quintales de lana que se dedicaba principalmente a la exportación, y un número considerable de animales vacunos que se vendían o canjeaban en las regiones limítrofes.

Para precaverse de los fraudes, contratos ficticios, posesiones supuestas y enajenaciones de igual índole, el señor Saavedra proponía que el Estado fuera el único comprador de los terrenos de indígenas, los que después distribuiría con absoluto control de las autoridades que la Ley determinara.

El Fisco ganaría, además, terrenos por otro motivo: había propietarios allí que con gusto ofrecían tierras al Estado, con uno u otro fin, con tal que se les ofreciera garantías de seguridad para la realización de sus propios trabajos.

4.º—Colonización Extranjera.—En aquellos tiempos ya estaba en marcha la colonización extranjera en Llanquihue y Valdivia, y aún en Humán, cerca de Los Angeles.

Saavedra decía en su informe que los buenos terrenos del Biobío y Malleco se prestaban admirablemente para la extensión de esa experiencia y que estaba seguro que los nuevos colonos que se trajera serían grandes auxiliares de las fuerzas militares, y contribuirían con mayor inteligencia y laboriosidad al fomento de los pueblos de esa frontera.

Terminaba este punto refiriéndose al respeto que debería tenerse con los indígenas de esa zona y que espíritu de corrección

y justicia los haría someterse al régimen legal especial que pudiera ponerse en vigencia para ellos, tanto en lo administrativo como en lo judicial.

REGIMEN ESPECIAL DE LA FRONTERA

En relación con lo expuesto anteriormente, el comandante Saavedra recordaba que la Ley del 2 de junio de 1852 reconocía la necesidad de establecer un régimen especial para los territorios habitados por indígenas, ya que no se podía aplicar a individuos de diferente cultura las normas generales de la Constitución y Leyes de la República.

Pero como las disposiciones de dicha ley caducaban en 1856, estimaba que ellas debían renovarse, y por un período más largo.

Consideraba que el indio no podía obrar, en lo relacionado con sus intereses económicos, sin una tutela honrada que lo pusiera a salvo de explotaciones.

A fin de aminorar, en lo posible, los juicios que se producían por intervención de tinterillos de profesión y especuladores, insistía Saavedra se exigiera a los propietarios y compradores el cumplimiento estricto de disposiciones relacionadas con cierros y deslindes de sus terrenos, sancionando con fuertes multas a los que no lo hicieran.

Como decíamos al comenzar el extracto de la Memoria del comandante don Cornelio Saavedra, ella es el mejor retrato de su persona, y su actuación futura entre los indios demostró cuán sinceras eran sus declaraciones, lo que lo hizo ser respetado y querido por la raza aborigen.

Pero antes de referirnos a la realización del interesante plan de Saavedra, recordemos un episodio curioso que tuvo lugar en la Araucanía y que, al haber tenido éxito, su centro habría sido la ciudad de Angol.

ORELIE ANTOINE

Una aventura curiosa e interesante

Angol estuvo a punto de haber sido el centro, o capital, de un curioso "reino", instaurado en la Araucanía por un ciudadano extranjero que, es muy presumible, hubiera contado con el apoyo del país del cual era súbdito.

Aprovechándose del dominio completo que los araucanos tenían al sur del Biobío, en 1860 apareció en esos campos un ciudadano francés, Orelie Antoine de Tounens, de más o menos cuarenta años de edad, con un propósito curioso y audaz: convertirse en rey de la Araucanía y de la Patagonia.

Sus primeras actividades, en 1860, fueron las de introducirse entre los indios, partiendo de Valdivia, a ejercer el comercio entre ellos, alcanzando en sus negocios hasta la región de Imperial.

Este viaje, que pudiéramos llamar de reconocimiento, le permitió conocer las costumbres e idiosincrasia del mapuche e intimar hábilmente con ellos, especialmente con los caciques.

Después de regresar a Valdivia, se dirigió a Valparaíso, Santiago y otros pueblos del norte, en los cuales sus actividades fueron varias.

En 1861 aparecieron artículos suyos en algunos diarios, firmados con lo que todos creían ser un simple seudónimo: "Antonio Orelie I, Rey de la Araucanía", por lo que nadie dió mayor trascendencia a esa firma.

Esos diarios los hacía repartir profusamente en Francia entre autoridades, periodistas, miembros de instituciones armadas, etc., con la hábil intención de preparar los ánimos para cuando lo necesitara.

Orelie no era un loco, como se dijo en aquel tiempo en Chile; un aventurero audaz, sí. Eran los tiempos de Napoleón III, que ansiaba emular al gran corso, y así como poco después se embarcó en la aventura de Méjico, con el Emperador Maximiliano, ¿por qué no hubiera podido hacer algo semejante en Chile, en una región considerada independiente y con trono vacante?

Por lo demás, intelectualmente hablando, Orelie no era un cualquiera, sino un abogado que había sido procurador ante el juzgado de primera instancia y de comercio de Perigueux.

Nuestro héroe se dió hasta el lujo de tener en París un representante a manera de agente diplomático.

En la obra "La Araucanía", de Horacio Lara, leemos:

"Cuando el jefe de la ocupación de la Araucanía iba a iniciar el avance de frontera, fué avisado a fines de diciembre de 1861, por el comandante de policía de Los Angeles, que existía en el molino de "San Miguel", de propiedad de don Juan Descart, esposo de la respetable matrona de aquella ciudad señora Juana María Ruiz y Aldea, que existía, decimos, en ese molino, un francés de

una figura rara y extravagante, que lucía una gran melena como la que acostumbran vulgarmente los indios, y que se titulaba "Rey de Arauco", lo que causó naturalmente hilaridad general, sobre todo en los que escuchaban la relación que hacía el jefe de la policía".

"Pocos días después el Rey se trasladaba a Nacimiento a casa de su paisano don Carlos Onfray, en donde procuró contraer relaciones con algunos de los individuos concedores del interior de Arauco, y que estaban relacionados con caciques de alguna importancia. Sin mayor dificultad se proporcionó a un individuo López, indio semi-civilizado, y a otro individuo llamado Juan Bautista Rosales, hombre bueno y muy estimado entre los indios. Luego Orelie entró en trato con ellos para que lo llevaran a las reducciones de Mañil, que en esos días había fallecido, dejando por sucesor a su hijo Quilapán, cuyas tribus se habían conservado siempre en pugna con las autoridades del país, siendo los primeros en tomar las armas en toda sublevación o guerra contra nuestro ejército. Estas tribus fueron muy adictas al Rey de España, y en sus conversaciones privadas hablaban siempre de la próxima vuelta del Rey".

En su primera reunión con los indios, no menos de cuatrocientos, les explicó el servicio que venía a prestarles ante la próxima invasión de los chilenos más al sur del Biobío; y aunque algunos dudaron de la cordura del que pretendía convertirse en su rey, ya que no traía cañones ni soldados, y por el contrario, venía a pedirles ayuda material a ellos, se impusieron los argumentos de Orelie, de que pronto esos elementos llegarían, lo que hizo que los bravos mapuches terminaran viviendo a su rey.

Orelie iba bien preparado para el éxito y, juntamente con repartir profusamente algunas proclamas, les dió a conocer la enseña del nuevo Estado: una bandera con los colores verde y azul.

La próxima asamblea quedó fijada para el 4 de enero de 1862 en los llanos de Angol, con la participación de mayor número de reducciones.

Pero justamente este día fué el que marcó el fin de su primera etapa como Rey, pues los guías que lo habían introducido en Arauco, arrepentidos de la cooperación prestada, en vista del grave giro que podían tomar los acontecimientos, dieron facilidades a las autoridades chilenas para que el aventurero fuera tomado sorpresivamente en el lugar llamado Los Perales, cercano a la actual ciudad de Angol, y a orillas del río Malleco.

Don Lorenzo Villagra, el comandante Quintana, jefe policial de Los Angeles, un cabo y cinco jinetes cívicos cogieron al Rey y lo llevaron a Nacimiento.

En el proceso que se le instruyó en Los Angeles, fué sobreseído al declarársele demente, fallo que se produjo, sin duda, por las numerosas influencias de compatriotas que se ejercitaron en su favor, entre ellas la del propio Cónsul francés en Chile, Visconde Cazotte, por encargo especial de su Gobierno.

El Tribunal de Apelaciones de Santiago, con fecha 2 de septiembre de 1862, resolvió, sin embargo, que el "loco" debería continuar detenido hasta que fuera reclamado por familiares o por un representante oficial de su patria.

Como el destronado Rey continuaba siendo un quebradero de cabeza para las autoridades chilenas, se dijo que ellas mismas le facilitaron la fuga, aunque oficialmente quedó establecido que limó los barrotes de una ventana a fin de escapar.

Sin embargo, no terminaron con esto las andanzas del Rey de la Araucanía y la Patagonia, pues seis años más tarde, en 1868, logró introducirse nuevamente entre los indios por el paso de Llaima, después de haber desembarcado en la costa del Atlántico.

Durante su ausencia es seguro que había estado en comunicación con los indios amigos, pues no se explica de otro modo que fuera acompañado desde Argentina por el cacique Lemunao de Perquenco, hasta dejarlo nuevamente en los dominios del irreductible Quilapán.

Pero los espías que el coronel Saavedra tenía entre los indios lo impusieron oportunamente de todas estas novedades, y es así como en el parlamento que tuvo con los indios en Toltén, el 20 de enero de 1870, trató de que le declararan la verdad, la que ellos negaron en los comienzos. Durante los festejos ofrecidos esa noche, el alcohol les hizo decir lo que habían ocultado durante el día y confirmar la presencia de Orelie entre ellos.

Como al día siguiente el coronel los inculpara por su falta de franqueza y ofrecía "dos almudes o cutamas de pesos fuertes al que le presentase la cabeza del aventurero", el Rey de la Araucanía temió por su seguridad y resolvió alejarse definitivamente de Chile, siguiendo el mismo camino de su venida, siempre en compañía del fiel Lemunao.

Falleció en Francia, en la ciudad de Burdeos, el 19 de septiembre de 1878, veinte años después de comenzada su aventura, recluído en un hospicio de gente menesterosa.

Para juzgar de la cordura y habilidad de Orelie Antoine de Tournens, hay que considerar varias circunstancias curiosas que se unieron a su gestión.

Los jefes chilenos, deseosos de frustrar sus planes, lo consideraron loco. Pero sus connacionales de Chile, y con mayor razón los de Francia, no.

Los diarios de ese país favorecieron indirectamente sus planes, los diplomáticos lo ampararon y aun parece que el propio gobierno francés ya comenzaba a prestarle una decidida cooperación.

En efecto, por ese tiempo visitaron la Araucanía dos misteriosos personajes de Francia, los señores Portalier y Pertuiset, de los cuales el segundo, al menos, se estableció que era teniente coronel del Ejército francés. El señor Portalier fué detenido en Queule, creyendo sus aprehensores que pudiera ser el famoso Orelie; pero, salvado el error, fué dejado en libertad, sin que se supiera más de él.

A principios de 1870, Orelie había dicho a su amigo Quilapán que pronto vendría un buque guerra francés trayéndole todos los elementos que necesitaba para destruir los fuertes de la línea de Malleco.

Efectivamente, en el mes de marzo llegó al puerto de Corral el buque de guerra "D'Entrecasteaux", cuyo jefe debe de haber sabido de inmediato que ya no había nada que hacer.

Otro detalle: en 1874 uno de los proveedores franceses de Orelie acusó judicialmente de que había usado el título de "príncipe" para estafar a las gentes; pero el tribunal aceptó el derecho que el acusado tenía para designarse como tal.

En Francia, el Rey de la Araucanía publicó el relato de sus aventuras en un libro titulado "Orelie Antonio I, Rey de la Araucanía y Patagonia; su advenimiento al trono y su cautividad en Chile"; y aun hizo acuñar una moneda de cobre, de dos centavos, cuya reproducción encontramos en "Monedas y Medallas chilenas" de don José Toribio Medina.

Dicha moneda tenía en el anverso la siguiente leyenda: "Orelie-Antoine I Roi D'Araucanie et Patagonie". En el centro lucía el escudo de sus armas, con una corona de rey, y un círculo de 27 estrellas. En el reverso se leía: "Nouvelle France", haciendo

arco en un campo donde se destacaban 11 estrellas. Más abajo: "Dos centavos". Y en la parte inferior dos ramas de palma.

Orelie, a pesar de sus dos fracasos anteriores, no abandonaba las esperanzas de reconquistar su reino, y es así como en 1874, en una tercera tentativa, alcanzó a llegar hasta el río de La Plata.

En Francia no se consideraba como una aventura descabellada la pretensión de Orelie, y es así como el banquero Jacobo Michael celebró un contrato con el Rey de Arauco para financiar su tercera tentativa destinada a instalarse entre sus súbditos indios, operación financiera que fué desbaratada por el Ministro de Chile en Francia, don Alberto Blest Gana.

Fracasada su última tentativa, Orelie siguió explotando en Francia su título de Rey y otorgando condecoraciones de "La Estrella del Sur", lo que lógicamente le producía ganancias monetarias.

En París tenía su "corte", de la cual era gran chambelán un tal José A. de la Rosa, "Duque de Rosemberg", cuyo origen es desconocido.

"El palacio real" de París, según cuenta Armando Braun Menéndez, quedó instalado en un deteriorado departamento de la calle Lafayette, en una de cuyas piezas se colocaron sillas alineadas en ambos lados de un sitial: el trono. Diariamente se reunían alrededor de Orelie sus ministros, que los tenía hasta para la cartera de Bellas Artes, se concedían audiencias a los fieles, y allí acudían las visitas, los aventureros de todas layas, algunos curiosos y sobre todo los innumerables acreedores. Mediante esta "mise en scène" se mantenía la ficción monárquica, lo que permitía a su vez cazar incautos a costa de los cuales se alimentaba el real presupuesto".

Por todo lo expuesto en relación con la aventura de Orelie Antoine de Tounens, vemos cuán salvadora fué la proposición hecha con tanta insistencia al Gobierno por don Cornelio Saavedra, en el sentido de tomar posesión de los terrenos ubicados entre el Biobío y el Malleco, y establecer a orillas del último una cadena de fuertes.

Esta medida providencial, aceptada oportuna y felizmente por el Gobierno chileno, evitó complicaciones internacionales de trascendencia, y la muy probable pérdida de un vasto territorio que hoy es fuente de inmensa riqueza para la nación.

EXITO Y VACILACIONES

El plan del comandante Saavedra, acogido con especial entusiasmo por los pobladores fronterizos, ya que su cumplimiento les traería tranquilidad y seguridad para la realización de sus labores, fué aceptado por el Supremo Gobierno.

El 24 de octubre de 1861, don Cornelio Saavedra fué nombrado Comandante en Jefe de las operaciones de avance de fronteras, y el 30 del mes siguiente el Congreso Nacional concedió la cantidad de cincuenta mil pesos para su realización.

La corbeta Esmeralda y el vapor Maipú condujeron desde Valparaíso a Talcahuano cinco compañías del Buin N.º 1, tres del 7.º de Línea y una batería de artillería, juntamente con los elementos necesarios para la realización del avance próximo a efectuarse.

El 14 de noviembre esas fuerzas se encontraban en Nacimiento.

Pero, antes de la partida de Valparaíso, se había pedido al coronel Villalón que preparara el ánimo de los indios sobre el significado del próximo avance, concertando con ellos un parlamento, el que, por diferentes circunstancias, no se realizó. Sin duda que en este fracaso influyó principalmente la resistencia indígena en contra de los "españoles".

Así lo hacía ver el cacique Faustino Quillarueque, hijo de Quilapán y nieto de Mañil, en carta fechada en Perquenco el 11 de noviembre de 1861, dirigida a don Rosauro Díaz, en respuesta a una de él:

"Paso a darte cuenta de los motivos que originaron esta guerra: los asesinatos, salteos, usurpación de los terrenos, todo cometido en las personas de muchísimos indios. Vos muy bien sabes la ilegalidad de las pretendidas compras que estrecharon a los indios hasta ponerlos en el caso de no tener donde trabajar, por la intervención de los españoles. Estos justos reclamos vamos a hacer valer ante los Generales, y asegurados en nuestros derechos, quedará plenamente garantida la paz. También no creemos justo la reedificación de Negrete, por motivos que haremos valer a su tiempo".

Esta falta de preparación espiritual de los indios produjo contrariedad en el ánimo del señor Saavedra; pero hubo en seguida otro motivo para mayor disgusto: el Gobierno, por oficio del 27 de noviembre, le ordenaba suspender las operaciones proyectadas, basado en que tanto los gobernantes como los jefes militares resi-

dentes en Santiago, creían peligroso su plan, autorizándolo sólo para el restablecimiento del fuerte de Negrete, "pudiendo U.S. disponer de las fuerzas que comanda para la guarnición de esa provincia, como U.S. lo crea más conveniente".

Esta resolución gubernativa produjo una profunda decepción en el ánimo del comandante don Cornelio Saavedra, y con fecha 6 de diciembre elevó al Gobierno su renuncia como Intendente y Comandante en Jefe de las operaciones de la frontera, lo que, además, puso en conocimiento de su amigo el General don Manuel García, que desempeñaba el cargo de Ministro de Guerra.

Sin embargo, el señor Saavedra comprendió que era indispensable reconstruir el fuerte de Negrete e instalar otro, a corta distancia, que protegiera a los numerosos pobladores que habían intensificado en ese sector sus labores agrícolas. Y es así como el 28 de diciembre de ese mismo año (1861) ordenó instalar el fuerte de Mulchén, afrontando personalmente la responsabilidad de esta orden. Pero, justamente con tomarla, se hizo respaldar por todos los pobladores de los fuertes del Biobío, y campos vecinos, los cuales elevaron peticiones al Gobierno, en las que hacían presente que la única forma de poder trabajar tranquilos consistía en alejar el peligro indígena, colocándole una barrera en la línea del Malleco.

El Intendente y Comandante en Jefe continuó en el desempeño de sus cargos mientras el Gobierno tomaba nota de su renuncia, y el 3 de mayo del año siguiente elevó una Memoria sobre sus últimas actividades, en la cual indicada el costo de las obras realizadas y el provecho que con ellas se había obtenido.

Ante una reunión del Consejo de Ministros de Estado, a la cual fué invitado Saavedra, antes de aceptársele su renuncia, se volvió a tratar el asunto peligroso, según los círculos capitalinos, del avance de fronteras.

Se hizo ver en aquella asamblea, según dice Horacio Lara, "que los jefes más caracterizados del ejército, cuya opinión él (el Ministro Tocornal) no podía menos de respetar, veían un serio peligro en acometer una empresa para la cual el país no estaba preparado, ni el estado de la hacienda pública lo permitía. Y concluía diciendo: "Señor Presidente, si el Intendente de Arauco se comprometiese a no gastar más de quinientos mil pesos en ocupar a Angol, deberíamos darnos por satisfechos".

El comandante Saavedra contestó, agrega Lara:

“En operaciones de guerra y de empresa como la que se trata de ejecutar no pueden hacerse cálculos matemáticos; pero si he de atenerme a las ideas que a este respecto tengo, no llegará a la cuarta parte de esa suma esa ocupación”.

El tenaz don Cornelio logró imponerse nuevamente ante el Gobierno con sus claros argumentos, y ahora obtuvo la autorización definitiva para la realización de su plan de avance de frontera.

Desde fines del mes de octubre de 1862 desplegó una actividad inusitada, a fin de aprovechar el próximo verano en su campaña.

A fin de contar, ante todo, con el beneplácito de los caciques, invitó a los principales de ellos a conferenciar con él, entre los cuales se contaron Melín, Catrileo, Pinolevi y Coilla, los que estuvieron, o simularon estar de acuerdo, con los propósitos del Gobierno y del comandante Saavedra.

Sin embargo, no sin cierta intranquilidad, pudo ver que los jefes de las reducciones arribanas no habían respondido a su invitación; pero en junta del 4 de noviembre, en las márgenes del Mallico, declararon su sumisión a las órdenes gubernativas.

OCUPACION Y FUNDACION DE ANGOL

La ciudad de Nacimiento fué el punto de partida para la expedición que debería ocupar la comarca de Angol, de donde salió el día 1.º de diciembre de 1862.

Las tropas de Los Angeles, formadas por el 7.º de Línea, habían partido para dicha concentración el día 25 y, como dato curioso recordaremos que en aquella ocasión se pagó a Marcos Ribera por alquiler de trece carretas para la conducción de todo el equipaje de las cuatro compañías, hasta Nacimiento, la cantidad de trece pesos.

La División que partió a Angol estaba formada por las siguientes tropas, con un total de 800 hombres:

Un escuadrón de Granaderos a caballo, comandado por el Teniente Coronel don Lucas Villagra;

Batallón 4.º de Línea, al mando del Sargento Mayor don Pedro Lagos;

Cuatro compañías del 7.º de Línea, con el Teniente Coronel don Joaquín Unzueta;

Tres piezas de artillería, al mando del Sargento Mayor don José Velásquez;

Y el elemento civil de la plaza de Nacimiento estuvo representado por un escuadrón de milicianos, que organizó el Sargento Mayor don Pedro Cárter.

El 22 de noviembre, Saavedra había nombrado Ayudante de Campo del Jefe de Operaciones del Ejército de la Frontera al Teniente Coronel graduado de Ejército, don José María Ruiz Anguita.

Juntamente con esta división, que avanzó por tierra, veintinueve lanchones a remo condujeron por el río Vergara los bagajes, víveres y herramientas necesarios para el establecimiento de la nueva ciudad.

Las tropas llegaron a Angol el 2 de diciembre, fecha en que se tomó posesión del lugar.

Hacia poco más de trescientos años que los indómitos araucanos habían ahogado el primer propósito español de asentarse en los campos del famoso cacique Encol, rubricando esa rebelión con la sangre del primer Gobernador de Chile.

Y ahora, en 1862, el rebelde aborigen mantenía el mismo espíritu de libertad, como lo siguió manifestando, a pesar de su momentánea sumisión.

"Era verdaderamente penoso, dice Horacio Lara, presenciar los llantos y exclamaciones de dolor de las mujeres araucanas al ver que se instalaban nuestros soldados en sus posesiones, de donde huían despavoridos a los bosques".

"Gran trabajo costó contener en parte esa fuga. Para evitarla, dábanse diversos objetos curiosos y víveres a las familias indígenas; y a los jefes de ellas, bueyes, semillas y elementos de trabajo, para que se dedicaran a vivir en nuestras mismas posesiones, en contacto y amistad con nuestros soldados".

"Poco a poco se fué así aquietando la resistencia y encono de los indios angolinos. Pronto se les vió intimar con nuestras tropas, atraídos por las músicas y una salva de artillería que se hizo en su presencia".

Pero, como lo veremos más adelante, no todo fué paz, y los campos de la Línea del Malleco siguieron presenciando la lucha feroz de dos razas cumbres en el heroísmo.

Como hemos dicho, la ocupación de los campos de Angol se efectuó el 2 de diciembre, que es la única fecha que citan los cronistas militares de aquella época.

¿Cuándo se realizó la ceremonia oficial de fundación? No hemos encontrado, hasta ahora, ningún documento que mencione

el día 6 de diciembre, que es la fecha que corrientemente se indica.

Como el mismo Saavedra lo dice en el oficio que reproducimos más adelante, empleó cuatro días en reconocer la comarca (3-45 y 6), invitando a los caciques para el domingo 7, en que se efectuó la ceremonia solemne, con misa, a la que concurrieron todas las tropas y como 400 indios. Después de las "parlas" consiguientes, éstos se retiraron muy contentos.

El sábado 6 no hubo nada. La resolución definitiva (fundación) fué el 7, de lo cual, desgraciadamente, no se levantó un acta; pero el propio comandante Saavedra aclara este punto en oficio N^o 18, fechado en Los Angeles el 7 de abril de 1863, es decir, cuatro meses más tarde, en el que da cuenta al Gobierno de los trabajos emprendidos en la provincia de su mando, en el tiempo comprendido entre el 1^o de junio de 1862 y el 1^o de marzo del siguiente.

Con respecto a Angol, dice lo siguiente:

"El **7 de Diciembre** del año próximo pasado, se dió principio a la fundación de la nueva población de Angol como en 45 kilómetros al sur de Nacimiento, y a 2 1/2 kilómetros de la confluencia de los ríos Vergara y Malleco".

Esta misma fecha es confirmada por el corresponsal de "El Mercurio", quien decía a su diario, con fecha 3, desde Nacimiento:

"Hasta este momento, como las noticias pueden recibirse en cuatro horas a lo más, sabemos que nada se ha hecho para principiar los trabajos, pues el Intendente espera tener previamente un parlamento con los indios, para cuyo fin los ha invitado para el domingo 7 del corriente. Los espera con buenas provisiones de boca.

"Después del parlamento, sea cual fuere el resultado de él, se dará principio al trabajo de los cuarteles y demás obras militares, pues todos los elementos precisos se han llevado por el río en más de cuarenta lanchas".

El día 9, el señor Saavedra había dirigido al Presidente de la República, don José Joaquín Pérez, la siguiente breve comunicación:

"Señor Presidente:

Angol ha sido ocupado sin resistencia. Puedo asegurar a US. que, salvo pequeños tropiezos de poca importancia, la ocupación

de Arauco no nos costará sino mucho mosto y mucha música.—
Cornelio Saavedra”.

Pero ese mismo día 9 escribió un extenso informe, cuyo original se encuentra en el tomo 158 de documentos oficiales del Ministerio de Guerra. Dice así:

ANGOL, diciembre 9 de 1862.

Señor Ministro:

Como tengo anunciado a V. S. el veinticinco del pasado puse en movimiento las fuerzas y elementos que debían servirme para ocupar esta parte del territorio araucano. Reunida en Nacimiento la división compuesta de ochocientos hombres de las tres armas, dispuse el día veintinueve transportar por el río Vergara en veintiuna lancha de cubierta todo el parque, pertrechos, víveres, herramientas y demás útiles que debían servirme en la construcción, defensa y conservación de este lugar, marchando en cada embarcación la guarnición necesaria para su seguridad.

El día primero de diciembre emprendí mi marcha con la División y llegué a este lugar de Angol el siguiente día sin la menor novedad, sucediendo lo mismo con las embarcaciones, que fueron llegando poco después de la división. Antes de emprender mi marcha y con anticipación despaché correos a las diversas tribus araucanas para que no se alarmasen con la entrada del Ejército a sus posesiones, haciéndoles ver lo mismo que en diversas ocasiones les había asegurado; que el objeto de ocupar este lugar no tenía otro fin que asegurar la paz y tranquilidad de la frontera, y que tanto los naturales como los civilizados pudiesen contraerse con confianza y seguridad a la conservación de sus vidas e intereses.

Los correos despachados fueron bien recibidos por los caciques principales de las diversas tribus, y tuve la satisfacción a mi llegada de ver que a pesar de los embustes y alarmas que gentes mal intencionadas introducían entre los salvajes, éstos no abandonaron sus posesiones y trabajos y han recibido con agrado a nuestros soldados. Como una prueba de confianza, están en continua comunicación con nosotros, trayendo a vender a la tropa tanto los indios como sus mujeres las miserables producciones de su ningún trabajo, él se reduce únicamente a una mezquina siembra de cebada, trigo y arvejas que escasamente les alcanza para su mantención del año, despreciando la feracidad de sus terrenos

que les podía proporcionar la abundancia y bienestar de que hoy día carecen por la falta de hábito de trabajo.

Desde el mismo día de mi arribo a este lugar han estado llegando sucesivamente los caciques de más valer a ofrecer sus respetos y obediencia a las disposiciones del Supremo Gobierno y han convenido en el establecimiento de esta fortaleza y pueblo que debe formarse. A estos caciques así que iban viniendo los invitaba para el domingo siete del presente, a fin de que asistiesen a la celebración de una misa para pedir a Dios por la prolongación de la paz y prosperidad del nuevo pueblo que se iba a formar en bien de ellos.

La ceremonia religiosa tuvo lugar el día indicado, a la que concurrió el ejército y como cuatrocientos indios de las tribus más inmediatas y después de prolongadas parlas se retiraron éstos muy contentos con la seguridad de que el ejército no les haría la guerra y que podían vivir tranquilos en sus casas sin que se les impusiese ninguna violencia en sus usos y costumbres.

Desde el momento de mi llegada me ocupé en visitar con detención y estudio la localidad más conveniente para el establecimiento del fuerte y población y después de cuatro días de prolijos reconocimientos me he decidido por el lugar que ocupó, situado a la parte norte de la desembocadura del río Picoiquén en el Vergara y como a una milla al sur de las ruinas de la antigua ciudad de Angol.

Aunque aquel local presenta una extensa llanura bañada por el norte y oriente por los ríos Malleco y Güequén y por el poniente el Vergara, he preferido no obstante el que ocupó, por ofrecer mayor seguridad y comodidad a la guarnición militar y población que al abrigo de ésta se forma. Su área no está aún determinada por los ingenieros, pero no la estimo en menos de treinta a cuarenta cuadras cuadradas, rodeada de agua y barrancas profundas cubiertas de montes, que con solo correr a la parte del poniente un foso de cuatro a seis cuadras queda toda la población al abrigo de cualquier asalto, pues sólo tendrá una entrada y una salida de fácil defensa. Otra consideración que me ha hecho preferir esta localidad es la más expedita comunicación con Nacimiento por caminos quebrados y monstruosos, pudiendo llegar al fuerte cualquier clase de auxilios y comunicación aún en el caso de alarma de las tribus salvajes, permitiendo conservarse y salvarse la guarnición y demás habitantes en el caso que su muy

reducido número no le permitiese resistir a numerosas fuerzas de indios, lo que no sería probable conseguirlo en los llanos, teniendo a más de por medio el río Vergara, que aunque no ya muy caudaloso en esta localidad, es siempre un obstáculo para la más fácil comunicación. Otra razón también he tenido presente, y es que de ordinario las fuerzas destacadas en las plazas de frontera son pequeñas guarniciones de cincuenta hombres, que no les permite tomar la ofensiva en casos necesarios y sólo estar a la defensiva para la conservación del puesto que ocupan, inter nuevos auxilios mandados de los centros de recursos vienen a robustecerles para operar en castigo de las tribus sublevadas.

Encontrándome dudoso en una resolución decisiva, convoqué a los Jefes de la guarnición para oír sus pareceres, en cuya reunión hubieron opiniones muy variadas, y habiendo mayoría en apoyar las ideas emitidas por mí, resolví proceder a los trabajos que con tal objeto se están ya practicando.

Aunque tengo motivos para creer que las tribus araucanas no nos incomodarán en los trabajos que emprendo, ni aún en la expedita comunicación con las demás plazas de frontera, sin embargo se tiene la vigilancia debida para evitar cualesquier caso desgraciado, pues no se puede tener fe en las promesas de los salvajes, que por lo regular están dispuestos siempre a la traición y al pillaje.

Lo que falta que hacer ahora no es otra cosa que la construcción de los cuarteles, los que se harán sin ningún tropiezo, cuya obra de fortificaciones se construyen con la tropa para mayor economía.

Puedo asegurar a V. S. que las ideas que tuve el honor de emitir al Supremo Gobierno sobre los medios fáciles y poco costosos de dar un paso adelante sobre la reducción y civilización de las tribus araucanas son ya un hecho y se podrá ir adelante en el mismo camino, si el Supremo Gobierno estuviese en actitud de hacer los sacrificios hechos en esta ocasión.

Concluiré esta exposición manifestando a V. S. que la moral y disciplina del ejército sigue siendo siempre ejemplar.

Dios que a V. S.

Cornelio Saavedra.

Al señor Ministro de la Guerra.

La comunicación transcrita fué enviada al Ministro de Guerra,

pero como el señor Saavedra no sólo era Comandante en Jefe, sino también Intendente del territorio de Arauco, dirigió al Ministro de Interior otro oficio, concebido en los siguientes términos:

Angol, diciembre 14 de 1862.

Señor Ministro del Interior:

Con fecha 9 del presente he dado cuenta al señor Ministro de la Guerra de haber ocupado este lugar en conformidad a las órdenes del Supremo Gobierno, no habiendo sufrido hasta ahora ninguna clase de resistencia ni hostilidades de parte de las tribus araucanas, las que, por el contrario, se manifiestan tranquilas y conformes con esta ocupación.

El lugar que he elegido para la nueva población que ha de formarse al abrigo de la fortaleza que se construye, está situado a las orillas de los ríos Reigüe y Picoiquén, en la parte norte de la confluencia de este último río con el primero, y como a una milla al sur de las ruinas de la antigua ciudad de Angol, fundada en la desembocadura del río Malleco en el Vergara.

El punto que ocupó ha servido también de fortaleza en otra época, pues están visibles los fosos de seguridad; y es probable que haya sido el último punto de resistencia que hicieron los españoles antes de abandonar su conquista hecha a la barbarie. Esta idea la formo por ser la más ventajosa en esta localidad para la defensa de una corta guarnición y poder efectuar su retirada en caso necesario sin inconveniente, tomando las serranías y montañas que distan sólo diez cuadras de esta población. Consideraciones de seguridad y otras que hago ver al señor Ministro de la Guerra, en mi nota citada, me han decidido a preferir este local, en vez del antiguo en que existen las ruinas, a pesar de que aquél está colocado en una extensa llanura que da más facilidades al desarrollo de una gran población. El actual local tiene una superficie de cuarenta cuadras cuadradas y con el trabajo de pequeños puentes en las barrancas que lo dividen por la parte norte, se puede dar otra extensión igual a la que tiene esta población, pudiendo a más extenderse a los llanos con la colocación de un puente de 50 varas en Reigüe. Luego que los ingenieros trabajen los planos que se les ha ordenado, pondré uno a disposición de US. para que forme mejor juicio.

El cacique Pichi-Pinolevi, dueño del terreno que he ocupado, se ha prestado gustoso a venderme no sólo el terreno para fuerte y población, sino una vasta extensión de terreno que servirá pa-

ra la caballería y demás animales que convenga tener para la guarnición. Actualmente se hace el reconocimiento de este terreno por una comisión y poder arreglar el precio de compra que siempre será muy insignificante comparado con el provecho que se puede obtener de él.

El terreno destinado para la población se ha subdividido en cuarenta manzanas, y éstas en ocho sitios cada una, los que he estado distribuyendo gratuitamente a todos los pobladores que estén luego dispuestos a levantar un edificio. En pocos días en que se ha hecho la demarcación, se han ya distribuido ciento cincuenta sitios. He tomado esta medida sin esperar la autorización suprema, porque de lo contrario habría sido impedir el fomento de esta nueva población, aprovechando y empleando el entusiasmo de las personas que solicitan avecindarse en esta localidad, por lo que espero que US. se servirá aprobar esta resolución.

Una de las industrias a que probablemente se dedicarán pronto estos habitantes, es a la explotación de los minerales de oro, pues no hay duda de la existencia de este metal; y sería conveniente que el Supremo Gobierno comisionase una persona inteligente para el reconocimiento de estos minerales. Ayer, a mi presencia, un soldado de la guarnición estuvo lavando un poco de tierra en una fuente, y en una hora de trabajo obtuvo el resultado que en esta comunicación incluyo a US. Otro soldado se situó a corta distancia, emprendiendo el mismo trabajo, pero éste no obtuvo ningún resultado. La falta de conocimiento y útiles a propósito, no puede permitir formarse una idea completa de la más o menos importancia de estos trabajos.

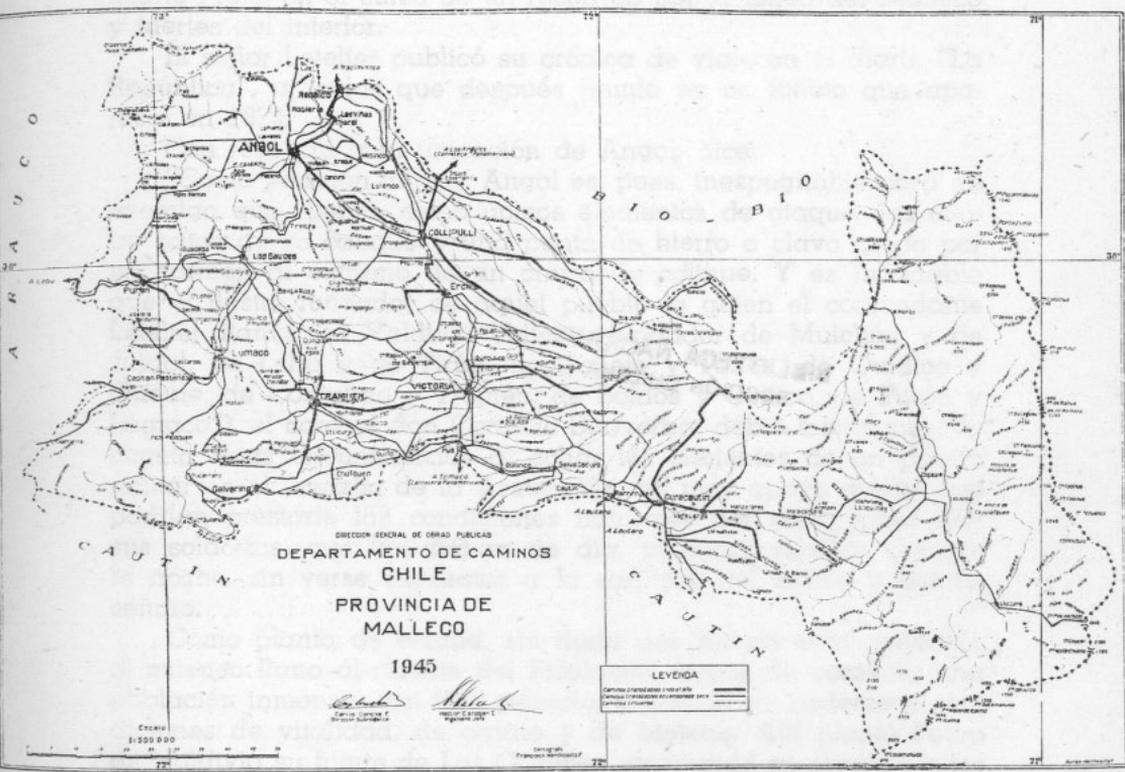
Dios guarde a US.

Cornelio Saavedra.

El coronel Saavedra decía, en la nota transcrita, que "condiciones de seguridad y otras que hago ver al señor Ministro de Guerra", lo hicieron ocupar el lugar elegido por él, a pesar de las ventajas que ofrecía el sitio de la anterior ciudad de Angol, que "está colocado en una extensa llanura que da más facilidades al desarrollo de una gran población".

Este jefe se adelantó a refutar las posibles críticas que se hicieran en los círculos capitalinos por gente ajena a las realidades, tal como había sucedido con el plan mismo de ocupación.

...la guerra, siendo ciertos caminos... en forma de...
 ...consideración las razones que en aquellos tiempos...
 ...primera... a proteger... que...
 ...Uno de los principales... de la... por el...
 ...del... en... de la... de...
 ...s... mayor... don... que...
 ...como... Ministerio de Guerra...



PLANO DE CAMINOS DE LA PROVINCIA DE MALLECO

En efecto, dichos cargos comenzaron a brotar, sin tomar en consideración las razones que, en aquellos tiempos, obligaban primeramente a protegerse, antes que extenderse.

Uno de los principales defensores de lo resuelto por el coronel Saavedra, en cuanto a ubicación de la nueva ciudad, fué el sargento mayor don Ambrosio Letelier, que visitó la Araucanía acompañando, como ayudante del Ministro de Guerra, don Belisario Prats, en el curso de un recorrido por la Línea del Malleco y fuertes del interior.

El señor Letelier publicó su crónica de viaje en el diario "La República", artículos que después reunió en un folleto que apareció en 1877.

Con respecto a la ubicación de Angol, dice:

"Como posición militar, Angol es, pues, inespugnable para un enemigo que cuenta, como únicos elementos de ataque, las cuatro patas de su caballo y una punta de hierro o clavo atado por un correón al extremo de un chuzo de colihue. Y es indudable que el ilustre fundador de aquel pueblo (a quien el comandante Letelier llama "el Valdivia chileno, fundador de Mulchén y de Angol, de Lebu y de Tirúa, de Cañete y Toltén, de Quidico y Queule, de Contulmo y Tromén, de Boldos y Collico, de Purén y Lumaco"), el coronel don Cornelio Saavedra, debió tomar muy en cuenta estas circunstancias al echar los cimientos de un puesto militar en el corazón de la Araucanía, sin más apoyo que el que podrían prestarle las condiciones naturales del suelo, para que sus soldados, que trabajaban de día, pudieran reposar durante la noche, sin verse expuestos a la sorpresa del asalto y del incendio.

Como planta de ciudad, sin duda que habría sido preferible el extenso llano al oriente del Picoiquén, capaz de contener una población inmensa, con fácil regadío, y dotada de poderosas condiciones de vitalidad, de ornato y de higiene. Allí plantó Pedro de Valdivia su fuerte de Los Confines, apoyando su espalda y los costados en el ángulo que forman en su confluencia los ríos Picoiquén y Malleco, y dejando su fuerte abierto al llano, donde los jinetes españoles podían con solo el esfuerzo de sus caballos aplastar a centenares de indios, que entonces combatían a pie y desnudos. Pero, de entonces acá, las circunstancias han variado por completo. El llano es hoy el elemento del indio; mientras que el terreno accidentado y el abrigo de la montaña son las po-

siciones favorables a nuestra infantería. Lo que en Valdivia fué estrategia suma, en Saavedra habría sido una falta de criterio. Cuantos han estado en la frontera en 1868 y 1869, saben bien que Angol en el llano habría sido quemado por los indios veinte veces, o que a lo sumo habría exigido veinte veces los sacrificios de hombres y dinero que se hicieron para conservarlo donde se encuentra. Debemos, pues, reconocer que Valdivia y Saavedra fueron igualmente hábiles al elegir respectivamente posiciones tan inmediatas, pero de tan diversas condiciones estratégicas. Cuestión de épocas.

"He necesitado extenderme un poco más de lo que permite una simple crónica de viaje, sobre este punto que es hoy materia de controversia, no faltando opiniones que censuran al coronel Saavedra por no haber reedificado a Angol sobre las ruinas de la posición elegida por Valdivia, como más apropiada a las condiciones de vida y desarrollo de una gran ciudad. Pero los que así opinan no han visto seguramente a nuestro hoy floreciente Angol, no ha mucho débil barquilla combatida por los vientos y las tempestades de la guerra, luchar a brazo partido día a día y noche a noche contra las hordas araucanas, que hacían retemblar el llano al galope de sus briosos corceles, y repercutir en la montaña los ecos de sus aullidos de muerte y de destrucción. Ni han visto tampoco a las familias de los moradores saltar de sus lechos a media noche, y abandonando sus casas y sus intereses, correr desnudas y sin aliento a guarecerse dentro del recinto del cuartel, pasando entre las patas de los caballos de los salvajes, que recorrían las calles de este mismo Angol de hoy tan defendido por la naturaleza. "¿Qué habría sido entonces de Angol en el llano?"

Hemos reproducido la opinión del señor Letelier, pero debemos rectificar un detalle en que ha incurrido mucha gente: el creer que Pedro de Valdivia asentó la ciudad de Los Confines en la confluencia del Vergara (Picoquén) con el Malleco, siendo en realidad en la unión del Huequén y el Malleco, como lo hemos visto en la parte colonial.

Sin embargo, como ambos lugares son vecinos y forman parte del mismo valle, los argumentos del sargento mayor Letelier no pierden nada de su valor.

PRIMEROS TRABAJOS Y PROGRESOS LOCALES

El primer jefe local de Angol, con el cargo de subdelegado, fué el capitán del 4.º de Línea don Demofilo Fuenzalida, que también tenía la comisión de arreglar los límites en las diversas compras de terrenos de indígenas que se hicieron por cuenta del Estado.

Cuando, poco después, el mencionado Batallón fué trasladado a Valparaíso, don Cornelio Saavedra pidió se dejara en Angol al capitán Fuenzalida, a fin de que pusiera término a sus comisiones.

El ingeniero que tuvo a su cargo los trabajos relacionados con el plano y construcciones de Angol, fué el capitán de Ingenieros don Benjamín Viel.

Con respecto a su actuación en dichas funciones, que se prolongaron durante un largo tiempo, decía el Intendente de la provincia, don Joaquín Unzueta, que reemplazó al comandante Saavedra cuando éste renunció dicho cargo a comienzos de 1864.

"Tengo la satisfacción de comunicar a US. (Ministro del Interior) que los trabajos fiscales del pueblo de Angol, están bastante adelantados y que pueden concluirse en todo el próximo invierno mediante la asidua contracción del capitán de Ingenieros Benjamín Viel, a quien me hago un deber recomendar a la alta consideración de US. pues este oficial no sólo presta sus conocimientos como ingeniero, sino que los asiste con una constancia laudable". (Oficio de 16 de febrero de 1864, fechado en Los Angeles).

Juntamente con la nueva construcción de la ciudad de Angol, el señor Saavedra había resuelto instalar un fuerte en Renaico, pero después no se estimó necesario hacerlo.

A los cuatro meses de fundado, según lo dice su fundador, Angol contaba ya con 80 casas concluidas y 78 en construcción; pero, en general, como lo decía cuatro años más tarde el General don Basilio Urrutia, "no contaba con más edificios que el cuartel, siendo en lo demás una aglomeración irregular de miserables ranchos construídos provisionalmente para el alojamiento de las familias de las clases y otras de la guarnición, y de un corto número de comerciantes que seguían al Ejército".

Aparte de las obras urbanas, se hizo indispensable la construcción de un camino hacia el poniente, cerros de la cordillera de Nahuelbuta, en una extensión de cuatro leguas, con el objeto

de traer desde allí las maderas para las construcciones y comunicarse fácilmente, al mismo tiempo, con las vegas de Rucapillán, que habían sido compradas por el Fisco, y donde tenían un campamento los Granaderos a caballo.

Se construyeron los puentes de Itraque y Tigueral y se limpió el lecho del río Vergara hasta Nacimiento, con el objeto de hacer más fáciles y seguras las comunicaciones fluviales.

Al mismo tiempo, abril de 1863, el comandante Saavedra solicitó al Gobierno la creación de un servicio de correo, es decir la contratación de un individuo rentado que hiciera periódicamente viajes entre Nacimiento, capital del departamento, Los Angeles, capital de la provincia, y Angol.

En dicho proyecto, que fué aprobado por decreto supremo de 2 de junio, y que lleva la firma del Presidente Pérez y su Ministro don Manuel Antonio Tocornal, se determinaba que el correo entre Angol y Nacimiento haría semanalmente dos viajes, a "dos pesos por cada viaje redondo", con lo cual se evitó el pago de correos especiales expresos, lo que había que hacer muy a menudo.

El mismo decreto creó la estafeta de Angol.

El fundador de la ciudad no descuidó tampoco algo indispensable en la vida de un pueblo: la escuela. Pronto se construyó un edificio fiscal con capacidad para cien alumnos y habitaciones cómodas para el preceptor.

Otra construcción fiscal fué la destinada a la policía, sólido edificio de ladrillos.

La fuerza militar que guarnecía a la ciudad estaba formada por cuatro compañías del Batallón 7º de Línea, una de Granaderos y 25 hombres de Artillería.

Aparte de estas fuerzas, se organizó la Brigada de Infantería Cívica que, a fines de 1863, contaba con 207 hombres, de los cuales sólo 80 tenían armas, por lo que se solicitaba para el resto 120 fusiles y 120 fornituras.

Las relaciones entre los indígenas de los alrededores se desarrollaban con toda armonía, especialmente con Pichi-Pinolevi, que había cedido los terrenos para la nueva ciudad.

Otro de los principales colaboradores indígenas fué el cacique Fermín Melín, cuyo fallecimiento, acaecido el 7 de septiembre de 1863, fué muy lamentado por los angolinos. Se le pagaba

mensualmente quince pesos de sueldo por sus eficientes servicios como moderador de sus vecinos y súbditos.

Los ritos funerarios de Melín, a la usanza de su raza, se prolongaron hasta el 3 de octubre, y a su sepultación asistió el comandante de armas de Angol, acompañado de algunos oficiales, cuatro tiradores para hacer salvas y una banda de músicos. Se congregaron, además, más de setenta caciques y cerca de dos mil mocetones.

En reemplazo del fallecido, los mapuches nombraron cacique a su hijo mayor, Juan Pencón Melinonco.

Al tiempo de la fundación de Angol, otro de los ricos propietarios indígenas de la comarca fué una mujer, Margarita Catrileo, que tenía entonces poco más de sesenta años de edad. Poseía, según lo declara en testamento extendido el 18 de noviembre de 1861, terrenos valiosos en Tolpán (Renaico), Itraque, Malleco y el Almendro.

El mencionado testamento contiene una cláusula curiosa: "Y por los muchos servicios que debo a don Nicolás Pérez, vengo por instituirlo por mi único heredero universal, advirtiendo que dicho Pérez asignará a unas muchachas que tengo a mi lado, llamadas Carmen Tapia, Francisca Tapia y Juana Navarrete y Pascuala Campos, una **pequeña** parte de terreno, que no pasará de cien cuadras a cada una de ellas en la situación que él mismo Pérez elija". Sería interesante saber cómo el heredero universal interpretó la frase "no pasará de cien cuadras"...

Con respecto al trato con los indios, las autoridades chilenas hacían lo posible por evitar los abusos que se cometían contra ellos, lo que en realidad nunca llegaron a conseguir.

A los comerciantes que se internaban en la Araucanía, el Municipio de Nacimiento impuso una severa Ordenanza, lo mismo que a los industriales que se establecían en esas comarcas. Debían obtener primeramente una patente municipal y, además, obtener una boleta de permiso, indicar lugar y reducciones en que fueran a residir y de qué cacique iban a depender.

Para el personal de tropa del Ejército, la pacificación de Arauco ofreció siempre una vida de peligro, sacrificios y miserias.

Vamos a recordar un hecho decidor: en 1862, la lavandera del hospital militar de Los Angeles, llamada Cristina Terán, que ganaba por su trabajo diez pesos mensuales de sueldo, quedó cesante en sus labores, porque ya no tenía ropa que lavar, debi-

do a que ésta se hallaba reducida a harapos. La autoridad correspondiente hacía a sus superiores esta curiosa pregunta: si se procedía a "destituir" a la lavandera, o comprar ropa nueva...

Por lo demás, todo era escasez y, para colmo, la falta de moneda divisionaria dificultaba todas las operaciones menudas del comercio. Como no se encontrara sencillo ni en las provincias vecinas a la de Arauco, Saavedra tuvo que mandar a Santiago a un enviado especial, al comandante don Lucas Villagra, para ver si podría obtener allá \$ 20.000 en monedas de plata. A los soldados se les pagaba por pares, con un cóndor, y como no podían dividirlo, lo jugaban, con lo que uno de ellos no veía la paga.

Cuando vemos los precios de los artículos de entonces, creemos que todo se ofrecía poco menos que regalado; pero esto no es así, ya que los sueldos estaban de acuerdo con el costo de la vida.

Como datos curiosos, recordemos que en esa época los caballos valían \$ 25, las vacas \$ 15, los bueyes \$ 20, la fanega de frejoles, entre \$ 3.50 a \$ 4. A los oficiales de Ejército se les ofreció, en 1862, revólveres a \$ 27 cada uno, que no tuvieron venta por su alto precio. Podrían pagar por ellos, decía Saavedra, "una onza de oro".

En el mismo año citado se compró instrumental para una banda de músicos a la casa de Augusto Eggeling, de Valparaíso. He aquí el detalle de la factura:

4 Clarinetes a \$ 15 c/u.	\$ 60.—
2 Requintos a \$ 15 c/u.	30.—
2 Pares chinoscos a \$ 25 c/u.	50.—
1 Bombarda de bronce	40.—
1 Pistón	25.—
1 Barítono	30.—
1 Trompa de vara	15.—
2 docenas cañas de requinto	2.—
4 id. id. para clarinetes	4.—
1 par de platillos de 14 pulgadas (los únicos que había en plaza)	40.—
	—
Total	\$ 296.—
Más un cajón	4.—
	—
Son	\$ 300.—

En 1865, el coronel don Basilio Urrutia, que había sido enviado a Chiloé con el 4º de Línea, con motivo del conflicto con España, tuvo que trasladarse a Santiago, por orden del Presidente de la República.

Veamos el costo del viaje:

De Ancud a Valparaíso, en vapor	\$ 20.—
De Valparaíso a Santiago, ida y vuelta en ferrocarril	10.—
De Valparaíso a Talcahuano (vapor)	12.50
De Talcahuano a Los Angeles, por tierra, 35 leguas, a razón de 25 cts. c/u.	8.50
Total de gastos	\$ 51.25

OTRAS OPERACIONES Y RENUNCIA DE SAAVEDRA.—CORONEL JOSE MANUEL PINTO

(27 de septiembre de 1864 a 1º de abril de 1865)

Las verdaderas intrigas que se tejían en Santiago en contra de los planes del comandante Saavedra continuaban. Ya hemos visto que la instalación del fuerte de Mulchén fué una verdadera rebeldía de su parte, y sólo con la amenaza formal de su renuncia se le autorizó para ocupar Angol.

Pero el Presidente Pérez, ante la insistencia constante de sus ministros, estaba resuelto a alejarlo del cargo, ya que se decía en Santiago que el comandante estaba sirviendo los intereses de la administración anterior.

El señor Saavedra tuvo conocimiento de estas maquinaciones en su contra; pero, antes de renunciar, quiso primero aprovechar las facultades de que estaba investido para fundar el fuerte de Lebu, lugar que había sido ocupado el 5 de octubre de 1862.

El 11 de mayo de 1863 presentó al Gobierno una amplia información sobre el término de sus trabajos, en la que dejaba constancia de que habiéndosele autorizado para invertir hasta quinientos mil pesos en su plan de avance de fronteras, sólo se había empleado la insignificante suma de \$ 56.650.08, en la que estaban comprendidos los gastos de obras militares en Mulchén, Angol y Lebu, fletes, bueyes, agasajos a los indios, víveres, puentes, etc.

Además se había comprado veinte mil cuadras de terreno,

que al venderlas en hijuelas producirían lo menos \$ 60.000.—, con lo que el Fisco había salido ganando en todo sentido.

Por último, la forma pacífica en que se había realizado el avance, no había provocado el menor derramamiento de sangre.

Con fecha 9 de enero de 1864, el comandante Saavedra presentó la renuncia de su cargo, la que fué aceptada el 17 de febrero. En su reemplazo, en el carácter de Intendente y Comandante General de la provincia de Arauco, quedó el comandante del 7º de Línea, don Joaquín Unzueta, mientras el Gobierno nombraba el jefe en propiedad.

El comandante Unzueta se dedicó exclusivamente a la terminación de las obras iniciadas por su antecesor y a la atención de las labores administrativas.

El reemplazante, en propiedad, del señor Saavedra, fué el coronel don José Manuel Pinto, nombrado por Decreto de 27 de septiembre de 1864. el señor Pinto desempeñaba hasta entonces el cargo de Intendente de la provincia de Ñuble.

En la Araucanía estuvo sólo durante seis meses, pues a comienzos de abril del año siguiente fué nombrado Ministro de Guerra, correspondiéndole afrontar las graves responsabilidades que acarreó la guerra con España, que fué declarada oficialmente por el Congreso Nacional el 24 de septiembre de 1865.

El peligro de la invasión hispánica, que se hizo sentir a comienzos del año 64, provocó el retiro de apreciables fuerzas militares destacadas en la Araucanía. Durante el mes de enero, se trasladó a Santiago el Batallón Buin, Nº 1 de Línea; a Valparaíso y Concepción cuatro compañías del 4º; y pocos meses más tarde el 3º de Línea se dirigió a Chiloé, en donde fué nombrado Intendente y Comandante General de Armas el coronel don Basilio Urrutia.

Este retiro de elementos militares, mantuvo en sobresalto a las nuevas poblaciones, pues los indios estaban al corriente de todas esas dificultades gubernativas, no sólo por sus propios informantes, sino por delincuentes chilenos que se refugiaban entre ellos y trataban de reanimar su espíritu agresivo.

Felizmente los jefes militares chilenos tuvieron el tino y habilidad suficientes para aplacar todos los conatos de rebelión.

Durante el período administrativo del coronel don José Manuel Pinto, la Municipalidad del departamento de Nacimiento, provincia de Arauco, a la cual pertenecían los pueblos recién creados

de Angol, Mulchén y Negrete, dictó el primer Reglamento de contribuciones, la de serenos, que fué comunicado al Ministerio del Interior con fecha 13 de diciembre de 1864, y aprobado por el Presidente Pérez.

Dicha contribución tenía por objeto financiar el establecimiento de una guardia municipal, que permitiría a Angol contar con los servicios de un cabo y cuatro soldados de policía.

La pagaban fundos, habitaciones, establecimientos y casas de comercio, distribuidas en cinco categorías:

1ª—Cuyo arriendo anual, efectivo o calculado exceda de \$ 150, tiendas de 1.º orden y los despachos de licores por mayor o menor, y las bodegas de molinos.

2ª—De \$ 100.— a \$ 150.— Tiendas de 2º orden, iglesias, los cafés y chinganas.

3ª—De \$ 60.— a \$ 100.— Tiendas de 3.º orden, las recobas, billares, bodegonos de 1.º orden, panaderías, tendejones.

4ª—De \$ 40.— a \$ 60.— Cigarrerías, bodegonos 2º orden, boticas, platerías, herrerías, sastrerías, zapaterías, hojalaterías y canchas de bolos.

5ª—Las casas de \$ 12.— a \$ 40.—.

Pagos mensuales: 1ª \$ 0.80; 2ª \$ 0.60; 3ª \$ 0.35; 4ª \$ 0.20; 5ª \$ 0.10 por bimestres anticipados.

El gobernador del departamento de Nacimiento era don Matías Plaza, y en su Memoria Anual que abarcaba desde el 1º de marzo de 1864 a igual fecha del año siguiente, se refería a los principales trabajos de beneficio público realizados durante ese período en el pueblo de Angol.

Eran si se quiere modestos, pero ellos habían contribuido al bienestar de la naciente población. Se había ensanchado considerablemente la acequia que conducía el agua desde la cordillera de Nahuelbuta; se habían construido dos puentes: uno para facilitar el tránsito de las carretas que venían de la montaña, y el otro en el estero de Pochochingue, "camino que se dirige al cementerio".

En la zona urbana, las calles habían sido terraplenadas en su mayor parte con ripio.

CORONEL DON BASILIO URRUTIA

1º de abril de 1865 a 25 de pulio de 1867

El reemplazante del coronel Pinto fué el jefe de igual grado,

graduado, don Basilio Urrutia, quien debió tratar de armonizar con los indios, ya que las fuerzas militares que guarnecían las plazas avanzadas de la frontera se encontraban ahora más reducidas que nunca: cuatro compañías del 4º de Línea se dividían entre Mulchén y Angol, y una del 7º defendía Nacimiento, reforzada por cien cívicos de la Guardia Nacional.

Los indios, siempre prontos para aprovechar cualquier debilidad del enemigo, no podían desprestigiar ésta, sobre todo Quilapán, tan irreductible como su difunto padre Mañil.

Se cuenta que éste, gran defensor del rey de España y gran amigo de los Pincheira y Benavides, antes de morir hizo jurar ceremoniosamente a su hijo que nunca dejaría de luchar en contra de los chilenos, promesa que su hijo se esforzaba por cumplir.

A principios de octubre de 1865, los indios resolvieron atacar todas las plazas de la frontera: Quilapán, con araucanos y pehuenches, caería sobre Antuco, Santa Bárbara y tratarían de alcanzar aún a Chillán; Catrileo, atacaría Mulchén y Angol; y Lebu recibiría el asalto de Juan Trintre.

Por suerte, la fidelidad de ciertos caciques amigos de los chilenos, restó fuerzas a este plan de rebelión, y no se produjo. Entre estos amigos se contaban Juan Colipí y Huinca Pinolevi.

Sin embargo, no dejaron de producirse ataques parciales, como el que se efectuó contra Mulchén, el 29 de octubre, en que los indios robaron trescientos animales, vacunos y caballares, del fundo de don Luis José Benavente. Durante la persecución, dirigida por el Ayudante del 4º de Línea, don José María Soto, se recuperaron los animales, pero perecieron doce soldados y milicianos, debido a la incomprensión de una orden dada por el oficial en la segunda etapa de esa jornada.

Para castigar a los indios por los asaltos que cometían en todas partes, el coronel Urrutia determinó la salida al territorio mapuche de una fuerte división de mil hombres al mando del teniente coronel don Pedro Lagos. Pero los araucanos pusieron en práctica en esta ocasión su plan de siempre ante el peligro de fuerzas superiores: el comandante Lagos no encontró a nadie en los vastos campos araucanos, salvo pequeños grupos sin valor militar.

El 18 de noviembre de 1865, Urrutia propuso al Ministro de Guerra, establecer un fuerte en Caillín (Las Viñas), "en la ribera

norte del Malleco, a diez leguas de esta plaza (Mulchén) y a seis más o menos de la de Angol".

Además, el 1º de octubre el Comandante en Jefe había pedido autorización para llamar a las guardias cívicas y oficiales en retiro, en vista de los movimientos subversivos de los indios.

También se modernizó el armamento, reemplazándose los fusiles de fulminante, que se habían usado hasta entonces, por los "rayados". El antiguo fué entregado a las brigadas cívicas de Angol y Mulchén.

El coronel don Basilio Urrutia, que se manifestó en sus actuaciones posteriores como un psicólogo con respecto a la manera de tratar al indio, provocó un gran parlamento que se realizó en Angol el 3 de diciembre de 1865, y al cual logró hacer concurrir a los caciques Coilla y Huenchecal, que siempre se habían resistido a tratar con las autoridades chilenas, y que se opusieron a la repoblación de Angol, ya que era tradicional que donde llegaran "españoles", llegaban la esclavitud y la miseria para ellos. Se decía que Huenchecal había advertido a su hermanas del próximo avance de la división del comandante Lagos, lo que produjo el fracaso de esa expedición.

En el Acta suscrita en el parlamento de Angol, se puntualizaron normas para evitar mutuas molestias entre indígenas y chilenos; que aquéllos no tenían seguridades para vivir y trabajar con tranquilidad, de lo cual eran responsables ciertos agitadores, ladrones y delincuentes en general, a los cuales era indispensable castigar.

Tanto indígenas como chilenos prometieron en aquella ocasión prestarse mutua ayuda, a fin de que desaparecieran los motivos de discordia.

Entre los caciques que aceptaron dicho compromiso figuran: Bartolo Huenchecal, de Arquenco; Domingo Melín, de Lillpulli; Ambrosio Pinoleo, de Pidenco; Valentín Coilla, de Perquenco; Juan Loncomilla, de Legueluán; Manuel Levío, de Cángulo; Marinao y Millavilu, de Quechereguas; Lorenzo Norín, de Linaiuco; Caniupán, de Lincuyán; Martín Soto, de Collileón; Martín Melín, de Bidaico; Rañilev, de Raquilco; Juanillo Millán, de Repocura; Pedro José Huenchulao, hijo del cacique Huelquecheo; Agustín Catrileo, hijo del cacique José Catrileo, de Loncoyán; y el hijo del cacique Juan Calbún de Mininco.

Firmaron el acta respectiva, a nombre de los mencionados

caciques, los señores Basilio Urrutia, Daniel Larenas, Medardo Monti, Mariano Cortés, Pedro María Aravena y Ramón Escobar, que actuó de secretario.

A pesar de estos convenios no faltaron incidentes posteriores, y es así como a fines de febrero de 1866, hubo que disolver una junta de indios y bandoleros que, con propósitos hostiles, se habían reunido en Chiguaihue, en la reducción del cacique Pinto, que tal vez tomó ese apellido, como lo acostumbraban algunos, del general Pinto.

El 12 de abril de 1866, el coronel Urrutia comunicaba al Ministro de Guerra algunas noticias y consideraciones relacionadas con la pacificación de la frontera.

Creía haber llegado a un entendimiento definitivo con los indios, ya que había atraído a Quilahueque, suegro de Quilapán, sucesor de Mañil, a quien se nombró como cacique Gobernador de las tribus arribanas, que eran las que vivían entre el Malleco y el Cautín, próximas a la cordillera de los Andes.

Además de fijársele un sueldo por las funciones que desempeñaría, se le ofreció toda la cooperación militar que necesitara.

En señal de amistad y sinceridad se ofreció gratuita y voluntariamente don José Miguel Ríos para quedar en calidad de rehén entre los indios, además de la desmovilización de milicias cívicas en Nacimiento y Negrete.

El Gobierno, sobre todo después de la frustrada aventura de Orelie, había comprendido la urgencia que existía en terminar la ocupación de Arauco, a fin de unificar los territorios que ella entonces separaba.

Recurrió nuevamente a los servicios del experimentado comandante don Cornelio Saavedra, a fin de hacer posible ahora la ocupación de la región de la costa, hasta Toltén.

Pero el Gobierno quiso obtener primeramente un informe amplio del coronel Basilio Urrutia sobre el estado de tranquilidad en que se encontrara el sector del valle central, lo que le fué solicitado con fecha 29 de marzo de 1867.

El Comandante de Arauco, en un extenso documento fechado en Los Angeles el 18 de mayo, se refirió con amplitud de detalles al estado en que se encontraban las nuevas poblaciones de Angol, Mulchén y Lebu y las causas de desconfianza y de intranquilidad que mantenían recelosos a los indios y a los pobladores chilenos, las cuales podían reducirse principalmente a tres:

1ª—La existencia en el territorio indígena de una turba de malhechores cristianos que van a buscar allí la impunidad de sus pasados crímenes y un punto de acecho para ejecutar sus robos y depredaciones entre los habitantes de los campos de la frontera, sin quedar al alcance de la acción de la justicia.

2ª—Los temores de conmoción e invasión hostil de los naturales.

3ª—Los vicios afectos generalmente a los derechos de propiedad sobre terrenos situados al sur del Biobío.

El coronel Urrutia consideraba como la de más trascendentales consecuencias la primera de estas causales.

Con respecto al estado de las tres nuevas ciudades, al referirse a Angol, después de recordar lo que eran cinco años atrás, a raíz de su instalación, y que hemos reproducido en una parte anterior de esta obra, agregaba:

"Se acerca hoy, por el número de sus habitantes, animados casi todos del mejor espíritu de adelanto, por el número y clase de sus edificios, arreglos de sus calles, etc., al rango de los pueblos más importantes de la provincia.

"El número de sus habitantes asciende actualmente a 1520, de los cuales 718 pasan de la edad de 15 años y no exceden de 50.

"Hay en él 236 casas concluidas, de las cuales 90 tienen techo de teja, 114 con paja, 2 con maderas, y se construyen actualmente 120 de la primera clase y 13 de la segunda.

"Se ha dado forma convexa a una parte considerable de las calles de la población, cubriéndolas con una capa de cascajo del río, muy fino, que además de consultar la solidez del pavimento, evita lodazales y lo deja enjunto después de cinco minutos de haber llovido. Este trabajo se trata de hacerlo extensivo a todas las calles de la población, lo que espero podrá realizarse en poco tiempo y a poca costa. Con el mismo material se ha arreglado una gran parte de las veredas naturales.

"El batallón cívico de este pueblo, que consta de 300 plazas, se encuentra en un pie de instrucción y disciplina muy análogo al de los cuerpos del Ejército. A su jefe, don Medardo Monti, se le debe en gran parte este resultado, por su contracción inteligente y perseverante.

"El mismo don Medardo Monti, como sub-delegado, los padres misioneros, y en general todas las autoridades, todos los vecinos de ese pueblo, se encuentran animados del mismo entusiasmo pa-

ra todo lo que tiende al adelanto local. Tratándose de consultar este fin, siempre se les ve unidos y generosos.

"Aunque en notas anteriores he comunicado a US. datos relativos al fuerte de Angol, no creo de más consignarlos nuevamente en este lugar.

"El cuartel se compone de cuatro cuerpos de edificios, tres de los cuales, los del N., O. y S. se encuentran unidos por sus extremidades, formando dos ángulos rectos. El cuarto, situado al costado occidental, formando con aquél un rectángulo, se encuentra separado de los del N. y S. por un claro como de seis metros. Este cuerpo de edificio es doble, y el principal del cuartel. La mitad anterior, que da a la Plaza de Armas, contiene dos cuadras y siete piezas, y la posterior, separada de la primera por un tabique, consta de cuatro piezas y dos cuadras. La longitud de este edificio es de 84 metros y su ancho de 16 metros, comprendiendo los corredores que lo circundan".

Siguen más datos del cuartel con detalles que da el ingeniero, sargento mayor graduado don Benjamín Viel.

En los archivos del Ministerio de Guerra existe un plano levantado en diciembre de 1865, por el ingeniero don Luis Betz.

El recinto estaba circundado por un foso de 4.179 m., por igual profundidad, y que tenía un frente de 125 m. por 195 en los costados.

Este cuartel, primitiva fortaleza de Angol, que se mantuvo hasta hace pocos años, y que era llamado "Cuartel Plaza", estaba ocupado, en mayo de 1867, por la plana mayor y cinco compañías del 7º de Línea, regimiento que se haría famoso pocos años más tarde en la contienda armada contra el Perú y Bolivia. La dotación establecida en Angol era de 303 plazas.

En el extenso informe del coronel Urrutia, el distinguido militar se refería, también en forma amplia, a los factores de carácter moral y legal que continuaban alejando a indígenas y chilenos.

"Es además indispensable, decía, borrar los gérmenes de malquerencia que abrigan contra nosotros, probándoles con hechos que, procurando nuestro propio bien, consultamos el de ellos".

Espíritus tan esclarecidos y comprensivos como don Cornelio Saavedra y don Basilio Urrutia, no hacían sino confirmar la evidencia de que al indio era imposible dominarlo sólo con la fuerza, como lo había confirmado la experiencia de centenares de años.

Por otra parte, el indio consideraba injustas algunas disposiciones penales de las leyes chilenas, que no se avenían con sus prácticas y moral propia, ya tradicionales.

Repitamos un argumento del coronel Urrutia:

"El indio que cometa un hurto es condenado, según sus propios usos, a pagar el duplo de la cosa hurtada, y los costos; el que cometa un homicidio, queda exento de toda responsabilidad después de haber arreglado con la familia del occiso una indemnización determinada.

Póngase ahora al indio ladrón u homicida en mano de nuestros Tribunales de Justicia, lo que frecuentemente sucede, y entonces saldrá condenado a penas que nunca tal vez llegó a imaginar; y el indio, que no alcanza a comprender que los jueces no pueden desviarse del carril de la ley, nos creará crueles y nos mirará con horror".

El coronel Urrutia creía "que los delitos cometidos por indígenas, dentro del territorio ocupado exclusivamente por ellos, serán juzgados y castigados por las autoridades que ellos tienen establecidas con este objeto".

ACTIVIDADES DE CARACTER CIVIL

Durante la administración del coronel Basilio Urrutia, Angol pasó a ser, por un corto tiempo, la capital de la provincia de Arauco.

El 31 de octubre de 1865, el Intendente, que tenía su sede en Los Angeles, recibió orden del Ministerio de Guerra de trasladar sus oficinas a la plaza de Angol y nombrar un gobernador local para el departamento de Laja.

La persona designada para este cargo fué el coronel graduado de Ejército don Alejo San Martín.

Sin duda que el Ministro de Guerra tomó esta determinación en vista de las actividades subversivas de los indios, que se hicieron más ostensibles durante el mes de octubre, y el coronel Urrutia debió cumplirla, aunque no era partidario de ella.

Por lo demás, él desempeñaba dos cargos dependientes de Ministerios distintos: el de Intendente, del de Interior, y el de Comandante en Jefe, del de Guerra. Es por eso que consultó al primero de estos funcionarios sobre si debía también trasladar las

oficinas y el personal. Creía que todo esto irrogaría grandes gastos al Estado.

Antes de dirigirse a Angol, el coronel Urrutia se trasladó a Mulchén, donde permaneció durante muchos días, llegando a su nueva sede a fines del mes de noviembre.

Sea por los acuerdos favorables tomados con los indios en el parlamento del 3 de diciembre, o por el parecer del coronel Urrutia, el hecho es que más o menos el 20 del mencionado mes la sede de la Intendencia volvió a la ciudad de Los Angeles.

Al iniciar sus funciones, a fines de abril, el Intendente Urrutia, se efectuó, con fecha 29 de mayo, un censo de la población de Angol, el que dió los siguientes datos:

	Hombres	Mujeres
Hasta 7 años	96	91
De 7 a 15 años	131	103
De 15 a 25 "	206	145
De 25 a 50 "	253	151
De 50 a 80 "	94	76
	<hr/>	<hr/>
	780	568

Total: 1.348 habitantes.

HABITACIONES

Casas	65
Ranchos	102

Un año más tarde, el 15 de abril de 1866, se efectuó otro censo local más minucioso bajo la dirección del subdelegado don Medardo Monti. Sus resultados fueron los siguientes:

	Hombres	Mujeres	Total
1 a 7 años	161	157	318
7 a 15 "	105	123	228
15 a 30 "	148	221	369
30 a 50 "	163	170	333
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	577	671	1.248

Casados	182	171	353
Viudos	27	43	70
Solteros	368	547	825
Comerciantes	60	19	79
Carpinteros	30	—	30
Sastres	18	175	193
Plateros	6	—	6
Zapateros	15	—	15
Carniceros	16	—	16
Labradores	45	—	45
Panaderos	2	43	45
Gañanes	60	—	60
Sin oficio	325	—	325
Saben leer y escribir	352	187	539
<hr/>			
Casas concluídas			96
En construcción			85
De paja			186
<hr/>			
Total			367
<hr/>			

En el censo de habitantes no estaban comprendidos los componentes de las tres compañías de guarnición en Angol, que ascendían a 380, con lo que el total de pobladores era de 1.628.

Con respecto al número de viviendas, al observar los datos del censo anterior, si comparamos las casas concluídas y en construcción (181) con las de paja (186), vemos que la mitad del pueblo estaba formada por humildes ranchos.

El mes de octubre de 1865 fué de suma nerviosidad para los habitantes de la frontera y sobre todo para los de Angol. Los indios sabían aprovechar desde antiguo cualquier dificultad que tuvieran sus enemigos para rebelarse. Y qué mejor oportunidad que el conflicto con España y el retiro de sus numerosas tropas de esta región.

En todo Chile hubo demostraciones de indignación por la agresión española y el bombardeo del indefenso Valparaíso. El cuerpo consular de ese puerto protestó altivamente, y en general todos los extranjeros se mostraban indignados.

El Dr. inglés Arturo Fronde Sanfor ofreció cooperar a los gastos

de la guerra con \$ 5.— mensuales, aparte de sus servicios profesionales gratuitos.

“Tiene vinculado a este país, decía, cuanto es más caro y sagrado para el corazón del hombre; se haría indigno de tan estimables necesidades, si en la hora de prueba no se apresurara a cumplir el deber de manifestar su agradecimiento y cordiales simpatías a la nación que mira como su patria adoptiva”.

Pero nada pinta mejor el estado de ánimo de los chilenos en contra de España, que el siguiente curioso y divertido caso, que tomamos del periódico “El Guía de Arauco”, que se publicaba en Los Angeles (21 de octubre de 1865):

“Un periódico de San Felipe cuenta que una chilena casada con un español se ha presentado al párroco pidiendo la divorcie por todo el tiempo que dure la guerra con España. El marido se opone a la demanda diciendo que quiere mucho a su mujer, y apela al testimonio de ella. La solicitante confiesa en efecto ser ésta la verdad, pero siempre insiste en su petición, porque de esta manera quiere vengarse de la España y satisfacer a su Patria”.

Angol no contó, en sus comienzos, con un hospital civil. Los enfermos se curaban sencillamente en sus casas, particularmente.

A comienzos de 1865, comenzó a funcionar un hospital militar, que se estableció en una de las salas del cuartel, lo que presentaba inconvenientes para la tropa y para los vecinos del pueblo.

El hospital sólo tenía médico, “quien a la vez debía ser boticario, practicante, contralor y mayordomo”, según decía una Memoria de aquel tiempo.

Las medicinas escaseaban por completo y, cuando llegaron, casi todas estaban inutilizadas en el cajón que las contenía, los líquidos venían en frascos tapados con papel, y se mezclaron con las sustancias sólidas.

A fines del año 65 hubo una epidemia regional de fiebre tifoidea, que causó estragos.

No hemos encontrado datos relacionados con Angol, pero basta recordar las condiciones del hospital militar de Mulchén, donde había tropas dependientes de Angol.

Había hospitalizados 149 enfermos, y como el recinto hospitalario tenía capacidad sólo para 36 enfermos, el cirujano mayor, Enrique Burke, decía: “En el galpón de la caballería tengo colocado el resto de la tropa, exceptuando unas pocas clases que se asisten en sus casas, donde tienen más comodidad. Para suminis-

trar camas para tanto número de enfermos, hice colocar ramas verdes y encima extender teatina".

Desde el 25 de julio de 1867, tomó el control directo de Angol don Cornelio Saavedra, al nombrarlo el Gobierno Comandante en Jefe del Ejército de Operaciones en el Territorio Araucano, con el objeto de adelantar la línea de fronteras sobre el río Malleco. Se trataba de una comisión especial, ajena a las funciones de Intendente, que continuó desempeñando en Los Angeles el coronel don Basilio Urrutia.

Pero antes de entrar en esa materia, refirámonos primeramente a otra comisión que se había confiado antes, por decreto de 22 de septiembre de 1865, al coronel Saavedra.

EL COMANDANTE SAAVEDRA EN LA BAJA FRONTERA

El conflicto bélico con España hizo indispensable la protección de la costa entre el Biobío y Valdivia, y esa delicada misión fué confiada al comandante don Cornelio Saavedra, hombre patriota, que no sólo olvidó las incomprensiones del pasado, sino que, al aceptar gustoso el cargo, ofreció todo su sueldo para incrementar los fondos de guerra.

Como todo lo que se haga por destacar la personalidad de don Cornelio Saavedra es poco, reproducidos la siguiente nota:

"Santiago, septiembre 22 de 1865.

" Sr. Ministro:

"Al aceptar el cargo con que el Supremo Gobierno ha tenido a bien honrarme en las actuales circunstancias (se refiere a la guerra con España), tuve entonces ocasión de manifestar a US. que no sólo ofrecía a la Nación mis servicios personales, y sí también el todo de mi renta. Deseando hacer efectivo tal ofrecimiento, ruego a US. se digne hacerlo presente a S. E. el Presidente de la República para que se decrete lo conveniente a fin de que la oficina pagadora de mi residencia haga la retención que solicito y el Supremo Gobierno destine esas sumas al objeto que estime más útil. Dios guarde a US.

Cornelio Saavedra

" Al Señor Ministro de la Guerra".

Fijó su residencia en Lota.

Su primera operación fué una hábil estratagema, a fin de ocupar la costa de Quidico. Hizo circular entre los indios la especie de que barcos españoles pretenderían apoderarse de esa región, asalto del cual ellos deberían defenderse solicitando auxilio a las tropas nacionales.

A mediados de enero de 1866, tres barcos nuestros, que los araucanos consideraron de bandera española, se presentaron en actitud hostil. Los indios pidieron urgente auxilio a Lebu, que era lo que Saavedra esperaba para que con el beneplácito de los caciques 300 hombres ocuparan las playas de Quidico. El ardid había tenido un éxito maravilloso.

A fines de diciembre se dirigió Saavedra a ocupar la región de Toltén, desembarcando el día 28 en Queule, poco más al sur del río de aquel nombre; y el 7 de enero en Toltén.

Horario Lara, gran comentador de los sucesos de Arauco, recuerda el supersticioso argumento que oponían los indios para esta última ocupación: creían ellos que la entrada del río Toltén era imposible para extranjeros, ya fueran los temidos españoles o los chilenos, porque enormes serpientes defendían su entrada. El hecho natural de las dificultades de la barra lo convertían ellos en algo sobrenatural. Pero Saavedra que había hecho practicar estudios de la barra y de las mareas, hizo penetrar uno de sus buques, el "Fósforo", por el temido paso, con gran sorpresa de los naturales.

Sin embargo, los caciques, aunque asombrados, no cedieron, y uno de ellos hizo declaraciones que reflejan el temple soberbio de la raza araucana:

"Mira, coronel, ¿no ves ese caudaloso río, estos dilatados bosques, estos tranquilos campos? Pues bien, ellos nunca han visto soldados en estos lugares. Nuestros ranchos se han envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar; nuestros bancos, el curso de los años los ha apollillado, y hemos trabajado otros nuevos, y tampoco vieron soldados; nuestros abuelos tampoco lo permitieron jamás. Ahora, ¿cómo queréis que nosotros lo permitamos? ¡No! ¡No! Vete, coronel, con tus soldados; no nos humilles por más tiempo pisando con ellos nuestro suelo".

"Los concurrentes a este acto no pudieron menos de conmoverse a esos lamentos exhalados con tal ternura y entereza por ese altivo araucano defendiendo la independencia de su suelo, de sus usos y costumbres que sentían amenazados".

Sin embargo, el coronel Saavedra, con su tino habitual, logró alejarles sus temores.

LA LINEA DEL MALLECO

Gracias a la diligencia y tino gastados por los señores Saavedra y Urrutia, el Gobierno comprendía ahora mejor la necesidad de seguir asegurando y avanzando la línea de frontera, ya que también había desaparecido la desconfianza que ciertos elementos gubernativos y militares, por razones políticas, habían manifestado, años antes, con respecto a la persona del señor Saavedra.

Se pensó entonces en afirmar definitivamente la línea del Malleco, estableciendo en sus orillas el cordón de fuertes proyectado antes de la ocupación de Angol, convertir a esta ciudad en centro de todas las operaciones militares, y aun trasladar a ella la sede del Gobierno Provincial de Arauco.

El Ministro de Guerra, don Federico Errázuriz, pidió a don Cornelio Saavedra, a mediados de 1867, que se hiciera cargo de esas nuevas operaciones, lo que éste aceptó gustoso, siempre que se le diera la libertad necesaria para realizarlas, y no se volvieran a presentar situaciones enojosas como las de 1862.

El respectivo decreto de nombramiento fué extendido el 25 de julio de 1867.

Angol, como centro de actividades, pasaría a tener una ajeje extraordinario, pues, además de las nuevas fuerzas militares acantonadas en ella, también se establecerían allí el hospital que funcionaba en Los Angeles, la maestranza y los almacenes de guerra.

Como de costumbre, Saavedra se preocupó, ante todo, de preparar el ánimo de los indios, a fin de que las nuevas actividades no las consideraran como de carácter hostil, y los convocó a dos parlamentos, en Angol y Caillín, por dificultades para unir a arribanos y abajinos en una misma asamblea.

El primero de estos parlamentos se realizó a orillas del Rehue, el 15 de noviembre de 1867, con la presencia de novecientos indios, y de toda la división preparada para el establecimiento de la Línea del Malleco: Batallones del 3.º, 4.º y 7.º de Línea, Batallón Cívico de Angol, Regimiento de Granaderos a Caballo y una compañía de artillería con seis cañones de montaña.

En esta reunión los indios, de grado o por fuerza, aceptaron las explicaciones y propósitos sustentados por el comandante Saavedra.

El segundo parlamento, proyectado para el 18 del mismo mes, no sólo no se realizó, sino que los indios comenzaron a dar signos manifiestos de rebelión, que el jefe, con su tino habitual, neutralizó. El 21 se entrevistó con Quilahueque, quien dijo no estar autorizado para aceptar condiciones generales en relación con la nueva "línea", y que debía tratar con los dueños de los respectivos terrenos, siendo el principal de ellos el cacique Nahueltripai.

Previos los reconocimientos del curso del río Malleco, hechos por jefes, oficiales e ingenieros militares, se procedió a inutilizar los pasos de Regnán y Curaco, trabajos que se hicieron con cien hombres del 4.º de Línea al mando del sargento mayor don Mario Aravena.

El 22 de diciembre se procedió a tomar posesión de Collipulli, lugar de pasada de las tribus arribanas, nuevo fuerte que quedó al mando del sargento mayor don Juan José Ayala, con cuatro compañías del 4.º de Línea.

El día 23 se inició la instalación del fuerte de Chiguaihue, famoso en aquel entonces por ser el reducto de todos los maleantes que buscaban amparo en la Araucanía.

En esta alta eminencia, "lugar de nieblas" (Chiguaihue), quedó destacado el resto del 4.º de Línea, una compañía de Granaderos a Caballo y cuatro piezas de artillería, al mando del teniente coronel don Pedro Lagos, sirviéndole de segundo jefe el sargento mayor don Demofilo Fuenzalida, comandante accidental del 3.º de Línea.

Después de este recorrido, el señor Saavedra regresó a Angol con el resto de la división, o sea cuatro compañías del 7.º de Línea y el saldo de la artillería, después de lo cual hizo una visita de inspección por los campos de Malleco, Renaico y Mulchén, a fin de resolver la construcción de algunos puentes y arreglo de caminos.

Quedó como comandante de la plaza de Angol el teniente coronel don Marco Aurelio Arriagada, jefe del Batallón 7.º de Línea.

El comandante Lagos, apostado con sus fuerzas en Chiguaihue, era el centro del abanico de la Línea del Malleco, y perseguidor de los indios en cualesquiera de las direcciones que to-

maram, por lo que se vió la conveniencia de establecer otros fuertes hacia oriente y poniente de ese lugar.

Fué así como el comandante Lagos instaló el fuerte de Cancura, más o menos equidistante de Chiguaihue y Angol, el día 28 de diciembre.

El 20 de enero de 1868 el mismo jefe militar instaló Lolenco, en la mitad del recorrido entre Chiguaihue y Cancura.

Entre este último lugar y Angol se levantó el fuerte de Huequén, destinado a proteger el puente que facilitaba la comunicación de los diferentes puntos de la Línea.

Posteriormente se construyó Mariluán y, más al oriente de Collipulli, Perasco y Curaco.

Así quedó constituida, entre 1867 y 1868, esta serie de ocho fuertes que, en orden sucesivo, partiendo desde Angol, junto a Nahuelbuta, comprendía Huequén, Cancura, Lolenco, Chiguaihue, Mariluán, Collipulli, Perasco y Curaco, vecino a los primeros contra-fuertes andinos.

Las características, dotación y armamento de los diferentes cuarteles de los fuertes de la Línea del Malleco, fueron los siguientes:

Huequén.—Cuartel de 10 mts. de largo por 7 mts. de ancho. 25 hombres. Una pieza de artillería.

Cancura.—Cuartel de 25 x 7 mts. todo rodeado de corredores. Capacidad para una compañía de infantería y piezas para oficiales. Fosos de 4 mts. de ancho y 3 mts. de profundidad.

Lolenco.—Igual al anterior.

Chiguaihue.—Recinto bastionado de 100 mts. de frente. Cuartel con 70 mts. de frente. Capacidad, 140 hombres. Dependencias para almacenes y oficiales. Era fuerte de gran importancia estratégica, por encontrarse en el camino que conducía al interior. Hubo dificultad para la provisión del agua, pero se trajo de los cerros vecinos. A inmediaciones del recinto había una pequeña altura, donde se construyó un pequeño cuartel para la tropa de artillería y depósito de municiones. Esta posesión se unía al recinto principal por medio de un foso que le servía de camino cubierto. Alrededor del fuerte de Chiguaihue comenzó luego a formarse una pequeña población.

Mariluán.—Igual al de Lolenco.

Collipulli.—Más importante que el de Chiguaihue, pues por

ahí se hacía el tránsito para las tribus arribanas. Se construyeron cuarteles como los de Chiguaihue.

Perasco y Curaco.—Pequeños recintos con ranchos pajizos para 25 hombres, y tenían por objeto cuidar los pasos del río, que habían sido inutilizados. Más arriba era imposible la pasada, pues ya se llegaba a la cordillera nevada.

Puentes.—A fin de asegurar y facilitar las comunicaciones, el coronel Saavedra hizo construir cuatro puentes: en los ríos Malleco, Picoicué, Huequén y Bureo. El del Malleco estaba proyectado construirlo en el camino a Nacimiento, pero se resolvió hacerlo en Collipulli, en el camino al interior. En del Bureo servía para la comunicación de la Línea con Mulchén.

El costo total de estos cuatro puentes fué de \$ 6.466.

Para atender las comunicaciones con los demás ríos se ordenó construir cuatro lanchas.

Según la Memoria presentada por el coronel Saavedra con fecha 8 de mayo de 1868, de la cual hemos sacado los datos anteriores, el costo total de la instalación de la Línea del Malleco ascendió a la suma de \$ 63. 625, 09½.

El comandante Saavedra, terminado este importante programa de defensa, se trasladó, en marzo de 1868, previa división de la provincia de Arauco en dos sectores, al de la costa, a fin de impulsar el desarrollo de las poblaciones que allí había establecido.

Como lo acostumbraba, el 8 de mayo elevó al Gobierno una extensa Memoria sobre los trabajos realizados durante el último año y lo que convenía hacer a corto plazo.

El espíritu de sumisión y cooperación indígena era sólo una cosa externa e interesada, como había sucedido desde los primeros tiempos de la Conquista.

Recién establecida la Línea del Malleco, se vió en inminente peligro de un poderoso ataque, pues los caciques arribanos, encabezados por Quilapán, Quilahueque, Lemunao, Montri y Calbucoi, reunidos en Perquenco, sede de los dos primeros, habían planeado un asalto que consistía en enviar dos mil guerreros sobre los fuertes de la Línea, mientras otros dos mil la cruzarían por diferentes partes, se unirían en los campos de Coigüe y cometerían sus actos de vandalismo a espaldas de los defensores del Malleco.

El coronel Saavedra tuvo oportuno conocimiento de estos planes, pero él sabía por experiencia que las incursiones punitivas a

los vastos campos araucanos no conducían a nada positivo, sino cansar inútilmente sus tropas, ya que los indios no aparecían por ninguna parte. Pero no le faltaban estratagemas para desbaratar a los indios sin pelear.

Sin perjuicio de los espías, que tenía diseminados por todas partes, dió una comisión especial a Juan Bautista Rosales, el mismo que introdujo desde Nacimiento a la Araucanía a Orelie Antoine, que hacía el servicio de correo entre Angol y la región de Toltén.

Rosales, basado en la confianza que todos los indios tenían con él, debía hablarles de los grandes preparativos bélicos que tenía listos el Gobierno para un inmediato ataque.

Los indios conocieron estas noticias cuando se aprestaban al asalto, y cuando los espías de Saavedra llegaban a Angol a comunicar la realización del plan para esa misma noche.

Los cañones de Angol tronaron por tres veces y, como eco de esta advertencia de alerta, todos los fuertes de la cadena la fueron repitiendo.

El plan indígena quedó desbaratado, debido, una vez más, a la habilidad de don Cornelio Saavedra, que ganaba batallas sin pelearlas. Pronto comenzaron a llegar a su presencia emisarios indígenas en son de paz, siendo Pichún el principal de ellos.

En el interior más de ochenta comerciantes habían salvado sus vidas debido al amparo que les prestaron los caciques Coilla, Nerrián y José Cid.

En cuanto a los indígenas de los alrededores de Angol, ya estaban familiarizados con los chilenos.

ALTA Y BAJA FRONTERA

General José Manuel Pinto (8 de marzo de 1868 a 13 de febrero de 1871)

FUNDACION DE PUREN

Con la fundación y sostenimiento de la Línea del Malleco se había cumplido el plan que tantos sinsabores costó a su autor, el coronel don Cornelio Saavedra.

Pero el establecimiento de las playas costeras de Lebu, Quidico, Toltén y Queule, y el proyecto de un próximo avance en el

valle central, hicieron comprender al Gobierno que tan vasta zona no podía continuar bajo la dirección de un solo jefe.

A comienzos de 1868 se resolvió dividir en dos sectores la región de la Araucanía: una, que pasó a llamarse la Alta Frontera, la comprendida en la parte norte del valle central hasta la Línea de Malleco; y la Baja Frontera, el sector sur del centro y toda la región de la costa.

Fueron designados jefes de ellas el general de brigada don José Manuel Pinto y el coronel don Cornelio Saavedra, respectivamente, por decreto de 8 de marzo de 1868.

El 17 del mismo mes asumió su cargo en Angol el General en Jefe del Ejército de Operaciones en el Malleco y Comandante General de Armas de la provincia, don José Manuel Pinto.

En conformidad a sus propios planes y a las instrucciones del Gobierno, el coronel Saavedra decidió fundar nuevamente la ciudad de Cañete, lo que se hizo con fecha 12 de noviembre de ese mismo año, en un lugar próximo al antiguo fuerte de Tucapel y a las ruinas de la destruída ciudad.

En seguida, le tocó el turno para renacer al legendario "Purén Indómito", a la "Ladronesa de Arauco", al constante vigía avanzado de Los Confines de Angol.

El coronel Saavedra se propuso aislar a las tribus de ambas Fronteras que, en aquellos mismos días, se aprestaban para atacar unidas las reducciones de los caciques Catrileo y Huinca Pinolevi, amigos del Gobierno, lo que en realidad alcanzaron a efectuar, matando al último de los caciques nombrados y a algunos de sus familiares, procediendo a quemar sus viviendas y robar allí todo lo que pudieron. Catrileo logró escapar difícilmente.

Durante el desarrollo de estos acontecimientos, el coronel Saavedra presidía un parlamento en Cañete y ofreció a los indígenas allí reunidos todo el apoyo militar que necesitaran para ir a vengar a sus amigos ultrajados; pero el cacique Mariñán manifestó, según Horacio Lara, "que ellos no estaban dispuestos a derramar sangre contra los de su raza, y que tampoco se encontraban bastante fuertes para vengar a Catrileo".

A esto habría contestado el coronel, dirigiéndose a este indio, allí presente: "Ya ves la negativa de los de tu sangre; pero como yo no acostumbro abandonar a mis amigos cuando me piden protección, voy a dar la orden inmediatamente para que se pongan

a tu disposición mis tropas, y vayas con ellas a hacer la guerra sin cuartel a los que te han ultrajado, y una vez que te creas vengado, te dejaré una guardia en Purén, para que nadie vuelva a ofenderte”.

Como podemos ver, el señor Saavedra aprovechaba hábilmente los peligros que amenazaban a las reducciones indígenas para hacerles creer que una nueva instalación fortificada se hacía únicamente por protegerlos. Y ese fué el motivo aducido para la ocupación de Purén, terrenos que pertenecían a Catrileo.

El jefe nombrado encargó para esta comisión al sargento mayor del 7º de Línea don Mauricio Muñoz, y con fecha 18 de noviembre le entregó amplias instrucciones escritas, al mismo tiempo que ponía a sus órdenes 250 infantes del Batallón nombrado, dos piezas de artillería, 50 milicianos de caballería y 200 indios.

Esta expedición partió desde Cañete, pasando por Tromén, Ilicura y Contulmo, mientras tres embarcaciones cruzaban la laguna Lanalhue, llevando todos los elementos que era difícil conducir por tierra. Además, las tropas debían inutilizar todos los caminos secundarios que condujeran a pasos de la cordillera de Nahuelbuta dejando sólo como única ruta hasta Purén la que ellos seguían.

Después de dejar un destacamento de veinticinco hombres en Contulmo, a fin de proteger las comunicaciones lacustres, el mayor Muñoz continuó al lugar de su destino, tomando posesión del sitio elegido el 25 de noviembre de 1868.

El coronel Saavedra le había ordenado: “Como punto de ocupación en Purén elegirá un lugar que permita una fácil y expedita comunicación con esta plaza (Cañete), sin temores de ser interrumpida por incursiones de las tribus abajinas o arribanas, cuidando que su posición militar sea tal, que con pocas obras de defensa pueda rechazarse el ataque de grandes masas de indios”.

“En el estudio que haga de esas localidades, fijará su atención en el punto denominado Pangueco, y si no encuentra otro más a propósito para el establecimiento de un fuerte, fijará en él su residencia, procediendo sin pérdida de tiempo a las obras de fortificación y edificios para comodidad de la guarnición”.

El mayor Muñoz no encontró otro lugar más estratégico que el indicado por su jefe, “no precisamente en el lugar del antiguo fuerte, sino en la falda oriental de la cordillera de Nahuebuta”.

"Este fuerte, agrega Leandro Navarro, se trasladó a un valle pintoresco, no distante de Pangueco, donde se estableció definitivamente el pueblo de Purén".

Con respecto a los propósitos de venganza de Catrileo, que era secundado por Colipi e indios costinos, iniciaron su campaña al día siguiente de instaladas las tropas en Purén, pero los ofensores ya se habían esfumado, y sólo consiguieron apoderarse de doscientos animales vacunos, cuarenta caballos y ochocientas cabezas de ganado menor, lo que tal vez ellos apreciaron más que cualquiera otra compensación.

Las tribus rebeldes vecinas a Purén se trasladaron a Lumaco, y un buen número de caciques abajinos se apresuraron a declarar su sumisión al Gobierno.

Sin embargo, pocos días después, el 7 de diciembre, al mediodía, mil quinientos indios, divididos en dos cuerpos, se acercaron hostilmente al fuerte de Purén; pero la inmediata salida y ataque del mayor Mauricio Muñoz los obligó a retirarse apresuradamente hacia Lumaco.

Como este punto había pasado a convertirse en el foco de las reuniones e insurrecciones indígenas, el coronel Saavedra despachó en contra de ellos, una semana más tarde, una fuerte columna al mando del teniente coronel don Marco Aurelio Arriagada.

En las posesiones del cacique Raimán, en Lumaco, se encontró el campo vacío. Tal era la prontitud con que los indios conocían oportunamente todos los movimientos del enemigo.

El Colpi, residencia de Coilla, Raquimán y Nerrián, comenzaron los naturales las primeras hostilidades.

En Huillilgüe las tropas ocuparon las casas vacías del cacique Cayul, en vista del recio temporal que duró varios días, y donde tuvieron que repeler un fuerte ataque de indios que bajaban en grupos de 200 hombres desde todos los cerros vecinos, mientras la lluvia torrencial continuaba.

Sólo el 23 de diciembre pudo salir Arriagada en dirección a un valle inmediato a Angol, donde tuvieron que luchar con Domingo Melín, Juan Calhuén y Loncomilla. En todas estas persecuciones participaba con entusiasmo el ofendido Domingo Catrileo.

En esta ocasión se entregó a los chilenos el cacique Huenchullán; pero otro de los principales, Huenchechal, logró huir.

Por supuesto que tanto chilenos como indígenas recogieron un valioso botín en estas correrías, que duraron seis días, regre-

sando en seguida a Cañete, donde el comandante Arriagada presentó a su jefe un detallado informe de dichas operaciones, fechado el día 20, el que nos ha permitido conocer los detalles de ellas.

A fin de completar estos trabajos de limpieza y apaciguamiento, durante el curso del mes de febrero de 1869 se unieron fuerzas de la Alta y Baja Frontera, las que al mando del general Pinto, salido de Angol, recorrieron todos los campos indígenas hasta las orillas del Cautín.

En estas operaciones, además del general citado, participaron los sargentos mayores Mauricio Muñoz, Antonio García y Manuel 2º Novoa, y el capitán de guardias nacionales Félix Antonio Aguayo. Los indios auxiliares eran dirigidos por Catrileo, Colipí, Cheuquemilla, Marileo y Ancamilla.

DON CORNELIO SAAVEDRA SE RETIRA DE LA FRONTERA

Fundación de Lumaco

El coronel Saavedra tenía el propósito de seguir su avance conquistador y civilizador desde Toltén hasta Villarrica, que sería el término de sus operaciones, para lo cual fué autorizado a fines del año 1869.

La Baja Frontera fué dividida en dos secciones. La primera comprendía Purén, Quidico, Relbún, Cañete, Contulmo y Cayucupil, bajo el mando del teniente coronel don Mauricio Muñoz, comandante del 7º de Línea ; y la segunda, Queuli, Bolaos, Collico y Toltén, que fué confiada al sargento mayor don Orosimbo Barboza.

Sobre todo, las actividades de este último jefe se intensificaron en el sentido de conseguir la confianza y amistad indígenas y tratar de que éstos convencieran al irreductible Quilapán. Escribió interesantes cartas a su amigo el cacique Manuel Burgos, de Maquehua.

Con respecto a esa correspondencia escrita, no empleada hasta entonces, Barboza dice: "Mi correspondencia no agradó mucho al principio a varios caciques, quienes pretextando de que sus antepasados jamás se habían entendido con el Gobierno por medio de papeles, devolvían mis comunicaciones por escrito; mas en el día las aceptan con gusto, obteniendo con este procedimiento el que algunos vengan a visitarme a esta plaza".

Los caciques guardaban después orgullosos esa correspondencia y la mostraban a cuanto comerciante o viajero pasara por sus reducciones.

Pero Quilapán no cedía, no sólo por el juramento que había hecho a su padre, sino porque de nuevo había llegado a sus posesiones el Rey de la Araucanía, Orelie Antoine, como lo dijimos en el capítulo que dedicamos anteriormente a este personaje.

El coronel Saavedra suspendió sus operaciones en Toltén e invitó a los indios para un parlamento que debería celebrarse el día 21 de noviembre de 1869 en los campos de Hipinco, cuatro leguas al S. E. de la plaza de Purén.

En esa reunión el coronel se proponía agotar los medios para asegurar una sincera amistad entre indígenas y chilenos, aún a costa de suspender la construcción del camino a Villarrica, del cual ya se llevaban 35 kilómetros hechos, siempre que los caciques aceptaron entregar uno de sus hijos, a fin de educarlo.

Esta última medida no era una novedad, ya que después, el 21 de enero de 1870, en una asamblea que tuvo el coronel Saavedra con los indios, en Lumaco, les presentó un grupo de jóvenes mapuches que se educaban en la Escuela Normal de Santiago, y que habían salido de vacaciones, haciéndoles notar su presentación correcta y decente, además de su excelente estado físico.

El parlamento de Hipinco tuvo lugar durante los días 21 y 22 de noviembre, dentro de un formulismo pocas veces empleado hasta entonces, donde los caciques prometieron no aceptar las invitaciones de Quilapán, ni menos solidarizar con Orelie.

Al conocer éste las resoluciones tomadas en esa asamblea, y ante el temor del cerco que cada día se le iría estrechando más, optó por abandonar definitivamente el territorio nacional.

Cuando ya don Cornelio Saavedra se aprestaba para continuar sus operaciones hacia Villarrica, medida que habían aceptado los indios, supo del peligro en que se encontraba la Línea del Malleco, y hubo que acudir en socorro de ella.

Una de las medidas estratégicas acordadas por el jefe, fué la de establecer un puesto militar en Lumaco, lo que se efectuó el 23 de octubre de 1870.

Este nuevo puesto sería una verdadera punta de lanza a ocho leguas al S. E. de Purén, protegería grandes extensiones de terreno dominado por Catrileo y serviría de control muy próximo a las tribus rebeldes.

La instalación del fuerte de Lumaco la efectuó el sargento mayor don José Antonio Gutiérrez, con dos compañías del 8º de Línea, una compañía de milicias de Toltén y un piquete de artillería con dos piezas de montaña.

A principios de noviembre se hizo la instalación definitiva en el valle que encierran los ríos Lumaco y Pichi-Lumaco por el norte y este, y la cordillera de Nahuelbuta por los otros dos puntos cardinales.

También en esa época se instaló el villorrio de Nahuelco, a cinco kilómetros de Purén, en el camino de este punto a Lumaco.

Poco después de estas actividades pacificadoras, el coronel don Cornelio Saavedra se trasladaba a Santiago, abandonando en definitiva el comando que había desempeñado en la Araucanía.

LO SUCEDIDO EN LA LINEA DEL MALLECO (1868)

No por perder la ilación de las actividades desarrolladas por el coronel Saavedra en su sección de la Baja Frontera, avanzamos en aquel relato hasta el año 1870, en que lo vemos abandonar el cargo supremo; pero veamos ahora los acontecimientos principales acaecidos en Angol y Línea del Malleco, desde la separación de la Alta Frontera y asunción del mando del general don José Manuel Pinto, que coincidió con un gran alzamiento indígena.

Los indios no fueron nunca sinceros en sus declaraciones de paz y sumisión. Cada vez que podían romper la tregua, lo hacían.

Angol había tomado especial importancia militar y administrativa, debido a que, desde la ocupación de la Línea del Malleco, había sido transferida a ella la capital de la provincia y el centro de las operaciones militares de la Alta Frontera.

El nuevo jefe, en su primer recorrido hecho por la Línea del Malleco, pudo ver que se hacía necesaria la instalación de pequeños puestos fortificados, llamados "torres", entre varios de los fuertes existentes, ya que había pasos del río completamente desguarnecidos.

Pero las hostilidades indígenas se iniciaron de inmediato, primero con actos aislados, como el asesinato del cacique Trago, residente en las orillas del río Huequén, el que fué ultimado juntamente con todos los suyos.

Luego fué muerto un chileno en el camino de Rucapillán, en la región cordillerana, al oeste de Angol.

Y así siguieron muchos atentados más.

El 2 de abril del año 1868 una partida de indios robó veintinueve caballos del Regimiento Granaderos desde el fuerte de Chiguaihue, cuya recuperación hizo meditar mucho al general Pinto, a fin de no provocar todavía un alzamiento indígena que habría sido difícil sofocar.

Pero como tampoco era posible no reaccionar en ninguna forma ante ese desmán, despachó dos expediciones a los campos indígenas, que partieron simultáneamente de Angol en la noche del 24 de abril. El motivo de ellas se hizo ver a los indios que consistía en perseguir simplemente a los ladrones de los caballos de Granaderos y recuperar lo hurtado.

El grupo que salió a cargo del sargento mayor Demofilo Fuenzalida, se dirigió hacia el oriente, y no tuvo en el cumplimiento de su cometido mayores novedades ni resultados.

En cambio, la columna que tomó el rumbo del sur, en dirección al río Traiguén, rubricó un episodio lleno de heroísmo.

Al sur del mencionado río se extendían las posesiones del cacique Huaiquiñir, y hacia ellas se dirigieron las tropas comandadas por el valeroso comandante don Pedro Lagos, quien envió una avanzada de cuarenta y cinco hombres al mando del capitán don Juan José San Martín, de la cual formaba parte el alférez don Waldericio Argomedo.

Tanto la vanguardia como el grueso de la columna sufrieron un apreciable retraso en el itinerario proyectado, lo que impidió que los indios de Huaiquiñir fueran sorprendidos durante la noche del 24.

A las 10 de la mañana del día siguiente, el capitán San Martín resolvió cumplir la orden de su jefe, de cruzar el río, a pesar de que veían fuertes contingentes indios por todos lados.

Además de la fuerte resistencia que vieron ellos en la ribera sur, el grupo que quedó al lado norte del río se vió envuelto por el enemigo, lo que obligó al capitán a regresar, y presentar juntos una sola resistencia, la que fué desesperada, ya que quedaron en el campo veinticinco cadáveres de chilenos.

El alférez Argomedo, herido de suma gravedad, trató de esconderse en el monte acompañado de dos soldados fieles, pero

el enemigo los descubrió, y algunos días más tarde, en medio de sus fiestas y regocijo por la victoria, los indios les dieron muerte.

Entre los prisioneros hechos por los indios figuró el corneta Rodríguez quien, según relata don Leandro Navarro, "había recibido una lanzada en el vientre que le echó afuera la tela; y para curarlo lo obligaron los araucanos a que se la comiera. El motivo de salvar la vida al corneta era a trueque de que les enseñara los toques, el que ocho meses más tarde logró escaparse de entre ellos".

El alférez Argomedo era nieto de don José Gregorio, miembro de la 1ª Junta Nacional de Gobierno.

Este heroico combate se efectuó junto al estero Coipué, afluente del Traiguén, y al sur de los cerros de Quechereguas.

Mientras tanto, la marcha del comandante Lagos había tenido iguales dificultades que el avance de su vanguardia, debido, principalmente, al desconocimiento detallado del camino, y de su extensión.

A la misma hora en que se batía su vanguardia en Coipué, 10 de la mañana del 25, el comandante Lagos daba un descanso a sus tropas en Quechereguas, donde se vió atacado sorpresivamente mientras conferenciaba con algunos parlamentarios indios. El número de asaltantes era considerable, y las circunstancias en que se produjo el asalto produjeron al principio una gran confusión, pues los soldados no podían ni disparar sus armas por no herir a sus compañeros.

Felizmente salieron airosos de esta prueba, y en la tarde del mismo día lograron llegar a orillas del Traiguén, cuyas riberas se encontraban atestadas de indios, comandados por el famoso Quilapán.

Allí se protegieron como pudieron a fin de pasar la noche, y al amanecer del siguiente día, 26, la columna resolvió atacar a las huestes de Quilapán, las cuales constaban, más o menos, de 1.800 hombres.

Los indios atacaron en forma novedosa y pintoresca: tres líneas de guerreros, de las cuales la primera avanzaba "gateando" (gateadores); la segunda, de pie, lanzaba piedras para proteger a la anterior; y la tercera, de jinetes, atronaba los aires, en medio de mil escaramuzas, con un chivateo interminable y formidable.

Los soldados infantes con sus bayonetas y los bravos granaderos, después de titánica lucha, lograron dominar el campo y emprender en forma ordenada el regreso.

En la noche de ese día, y cuando la tropa de Lagos reposaba después de la ardua jornada, llegaron a su campamento el capitán San Martín y cuatro soldados, acompañados por el indio Curinao, y por ellos supieron los detalles de la heroica derrota de Coipué.

Como el avance del invierno no fuera inconveniente para que los indios continuaran sus hostilidades, hubo que reforzar los fuertes del Malleco, y se organizaron dos divisiones, de doscientos hombres cada una, con asiento en Angol y Chiguaihue, que debían estar prontas para acudir donde se las necesitara. Además, otras tropas hacían rondas permanentes por los lugares donde había intereses particulares que proteger.

A pesar de todas estas medidas de seguridad, en el curso de este invierno se perdió en el camino de Angol a Collipulli un hombre cuyos servicios eran inapreciables: el doctor Teodoro Morner.

El 24 de octubre de 1868, se dirigía este cirujano de Ejército a la segunda de las ciudades nombradas, a fin de atender a algunos enfermos, en compañía de un soldado de Granaderos, cuando en una quebrada próxima a Lolenco fueron asaltados y muertos por un grupo de indios.

Desde entonces esa hondonada del terreno es conocida con el nombre de "Quebrada del Doctor".

Al finalizar el invierno, se produjo el asalto a las propiedades de Catrileo y Huinca Pinolevi, y del cual hemos hablado anteriormente en relación con la fundación de Purén.

A mediados de noviembre de 1868 salió desde Angol una división comandada por don Pedro Lagos, en dirección a Purén, la que tuvo que resistir y rechazar un rudo ataque que le hicieron los indios en la cuesta llamada Centinela, el día 18.

En la noche de este mismo día, en un lugar muy distante del anterior, cerca del fuerte de Perasco, el alférez Roberto Bell, que comandaba cuarenta granaderos, fué atacado sorpresivamente por cuatrocientos indios.

Sólo el alférez Bell y unos cuantos soldados lograron escapar de la matanza que ahí se produjo.

Como los indios de los diferentes sectores atacaban simultáneamente los diversos fuertes, a fin de evitar que se prestaran mutua ayuda, en la misma noche del 18 al 19 de noviembre asaltaron también el fuerte de Curaco, que tenía a su cuidado el subteniente Tristán Plaza, con cuarenta y cinco hombres del 3º de Línea.

Los defensores tuvieron que resistir poco menos que desnudos, a las 2 de la madrugada, el formidable ataque de una masa de mil indígenas. En esta acción participaron no sólo los soldados, sino los labradores, las mujeres y los niños, que habían corrido a refugiarse tras el cercado del fuerte.

En un segundo ataque todos habrían sido muertos si no hubiera acudido a marcha forzada a socorrerlos el mayor Eleuterio Ramírez, que tuvo conocimiento en Chiguaihue de la situación desesperada en que se encontraba el fuerte de Curaco.

Tan meritoria se consideró esta defensa para el joven subteniente Plaza, que, a petición del general Pinto, fué ascendido al grado inmediatamente superior.

Después de esta serie de ataques formales realizados por los indios, comprendió el comandante de la Alta Frontera que era absolutamente indispensable castigar severamente a los indios arribanos y atacar directamente a Quilapán en sus campos de Chanco.

El general Pinto formó una fuerte división de quinientos hombres, la que puso al mando del coronel José Timoteo González. Estaba compuesta por 260 hombres del 2c de Línea, 60 artilleros con tres piezas de montaña, 100 cazadores a caballo y 60 lleules, grupos que iban al mando del comandante Nicanor Silva Arriagada, mayor Juan de Dios Vial Maturana, mayor Pedro Soto Aguilar y capitán Sáez, respectivamente.

A las 8 de la noche del 24 de diciembre la división se puso en marcha en dirección a las posesiones de Quilapán, partiendo de Chiguaihue.

Al amanecer del 25 tomaron un descanso a orillas del río Huequén, cerca del actual pueblo de Ercilla, desde donde se dirigieron a la reducción de Quilahueque, suegro de Quilapán, encontrando que los indios habían desaparecido.

En el estero de Dumo, cerca de Pailahueque, tuvieron un encuentro con un número apreciable de mapuches, los que logra-

ron dispersar con cierta facilidad, continuando su ruta, que encontraron interrumpida por árboles derribados y toda clase de obstáculos.

En otro encuentro que tuvieron poco más adelante, resultó muerto el asistente del capitán Waldo Díaz, y herido éste de un lanzazo.

Así llegaron al río Colo, un poco al norte de la actual ciudad de Victoria, donde acamparon tomando toda clase de precauciones de seguridad.

Durante la noche se produjo un verdadero descalabro, en el cual no tuvieron la menor intervención los indios: toda la tropa dormía confiadamente, cuando de improviso un tiro de fusil, escapado según se dijo a un soldado lleulle, produjo el espanto de la caballada de Cazadores, la que, en su arranque enloquecido, barrió con cuanto encontró por delante. Esto, unido a disparos que hizo la guardia, produjo un desorden espantoso entre la sorprendida tropa.

Treinta y cuatro hombres resultaron seriamente lastimados, entre ellos el capitán Guillermo Trough; hubo un herido a bala, tres caballos muertos a tiros y 68 que se escaparon del campamento.

Por supuesto que en estas calamitosas condiciones no quedó al coronel González otra determinación que regresar a la Línea del Malleco, a fin de ordenar su división.

Como puede verse, el año 1868 fué un año calamitoso y lleno de actividad en la Araucanía.

CONTINUA EL ALZAMIENTO (1869)

Los indios no estaban dispuestos a deponer sus armas, y es así como el 5 de enero de 1869 grandes partidas de ellos lograron cruzar el Malleco y cometieron numerosos robos y asesinatos por la región de Tijeral, Renaico y Mininco.

Después de asesinar lo menos a sesenta personas y arrebatar cerca de mil animales, se aprestaban en los cerros de Huallehueico para regresar juntos a sus reducciones al sur de la Línea.

Advertido el general Pinto de todos estos desmanes, salió de Angol dispuesto a dirigir personalmente el castigo, para lo que reunió tropas de Huequén, Lolenco y Chiguaihue, dejando al mis-

mo tiempo bien protegidos los pasos del río a fin de detener a los indios que intentaran cruzarlo en su huída al sur. Pero no lo acompañaban más de trescientos hombres, imaginándose que los indios no serían muchos.

Al avanzar al encuentro de ellos, grande fué su sorpresa al verse atacado por dos columnas que, en total, no tendrían menos de mil quinientos guerreros, por lo que se vió obligado a pedir refuerzos a la Línea.

El combate del 5 de enero fué sangriento, logrando al fin imponerse las tropas de Pinto. Los indios sufrieron cuantiosas pérdidas, no sólo en el lugar del combate inicial, sino en las orillas del río, debiendo abandonar, además, los 944 animales vacunos y caballares que constituían su botín.

En recuerdo de esta acción de guerra se dió posteriormente el nombre de "5 de Enero" a una "torre" de defensa que se construyó próxima a Lolenco.

Huequén era el asiento principal que tenía entonces el Regimiento Granaderos, ya que el extenso valle servía admirablemente para el mantenimiento de su caballada.

A fines del mismo mes de enero, el día 28, quinientos indios irrumpieron en el valle en forma tan sorpresiva, que la tropa, que se encontraba a esa hora, nueve de la mañana, dedicada a quehaceres de cuartel, no pudo hacer nada de inmediato para rechazar a los indios, pues todos los caballos estaban sueltos en el potrero.

Ya los indios huían ufanos con su espléndido botín, cuando el viejo comandante José Lucas Villagra, segundo jefe del Regimiento, y un grupo de soldados, montando sin sillas en los caballos que lograron tomar, cayeron con furia sin igual sobre ellos, mientras el coronel San Martín alistaba a los demás soldados.

La carga de Villagra fué tan impetuosa, que los indios, abandonando su presa, huyeron despavoridos, dejando vientidós cadáveres en el campo. Por la parte nuestra murió un granadero y dos paisanos.

Cuando llegó el auxilio de Angol, todo estaba terminado, ya que ni aún se empleó la tropa preparada por el coronel San Martín en el propio cuartel. Tan violenta había sido la acometida de los granaderos centauros.

Pero no se crea que los ataques a Renaico y Huequén habían sido hechos aislados, sino brotes de un vasto plan preparado por

el indomable Quilapán, cuyo objetivo principal era nada menos que la destrucción e incendio de Angol.

Se atacaría simultáneamente a los diferentes fuertes, a fin de hacer imposible un mutuo auxilio y, cual guerreros de Troya, ya se habían introducido en la ciudad numerosos indios con apariencias pacíficas que cooperarían desde el interior en el incendio.

Felizmente, esto lo supo con oportunidad el general Pinto. Hizo apresar a todos los indios que residían en la ciudad y, después de severos interrogatorios, supo toda la verdad.

Después de estos graves acontecimientos, no era posible mantener pasividad, y es así cómo se resolvió enviar dos divisiones al sur.

La primera de ellas, que fué confiada al coronel don José Timoteo González, salió de Angol el 1º de febrero, en dirección al río Traiguén, pasando por Cángulo y Choque-Choque.

Resultado de esta expedición, el de siempre: rucas abandonadas, a las cuales se prendía fuego, y uno que otro indio o india prisioneros. Sin embargo, esta división, que debió apresurar su regreso a causa del mal tiempo, trajo una gran cantidad de animales vacunos y lanares.

La segunda expedición, que salió dos días antes que la del coronel González, fué confiada a don Manuel Bulnes, hijo del glorioso vencedor de Yungay, que el año anterior, siendo comandante del Escuadrón N° 5 de Caballería Cívica de la Laja, ofreció gratuitamente sus servicios para sofocar la rebelión de Arauco.

Como gran conocedor de la región cordillerana, se le encargó impedir que los indios del valle central fueran a refugiarse allí junto con los pehuenches.

El recorrido efectuado por las tropas de Bulnes fué largo, fatigoso y lleno de dificultades, por la índole especial de la región que recorrían. Estuvo de regreso en el fuerte de Curaco el 23 de febrero.

Como siempre sucedía, en Santiago se achacaba a falta de aptitudes de los jefes los reveses que podían producirse en la Araucanía.

A fin de imponerse personalmente del estado de la campaña del sur, se trasladó a Angol el Ministro de Guerra don Francisco Echaurren Huidobro, el que después de visitar los diversos pueblos y fortines, se incorporó a una gran expedición que salió hacia el sur el 25 de febrero, al mando del general Pinto.

Formaban esta división tropas de los siguientes cuerpos: Artillería, 4º de Línea, 3º de Línea, Granaderos, Cazadores a Caballo, Cívicos de Angol, Cívicos de Mulchén, Escuadrón Cívico de Angol y Escuadrón Antuco, a cargo, respectivamente, de los siguientes jefes: mayor don Juan de Dios Vial Maturana, comandante don José Domingo Amunátegui, mayor don Demofilo Fuenzalida, mayor don José Lucas Villagra, mayor don Francisco Soto Aguilar, jefe de Cívicos don Medardo Monti, capitán don Evaristo Coco, capitán de Cívicos don José Santos Sáez y capitán don José Miguel Ríos.

Esta división recibió en el fuerte de Leveluán un refuerzo de 100 hombres enviados desde Purén por el coronel don Cornelio Saavedra. Perteneían estas tropas al 7º de Línea, y llegaron comandadas por el capitán don Antonio García.

Incluyendo estas últimas fuerzas, las tropas expedicionarias del general don José Manuel Pinto, y que llevaban como Jefe de Estado Mayor al coronel don José Timoteo González, reunían a más de mil hombres.

Acompañantes civiles del Ministro Echaurren fueron los jóvenes señores Tulio Rengifo y Carlos Morla Vicuña, que voluntariamente se ofrecieron para ello.

Una vez que esta división salió desde la plaza de Angol, a las 9 de la mañana del 25 de febrero de 1869, se dirigió hacia los campos de Mininco, torciendo en seguida a Leveluán, lugar cercano a Traiguén actual. Desde aquí continuó al sur, cruzando los ríos Tricauco, Traiguén, Chanco y Quino, recorrido este último que hicieron durante el día 28.

Al día siguiente el cruce del río Quino les presentó bastantes dificultades, por la fuerza de su corriente y las grandes piedras que tenía su lecho.

Desde Perquenco al sur tuvieron que vencer el difícil cruce de la espesa montaña, hasta que el 3 de marzo lograron arribar a las márgenes del caudaloso Cautín, parte en que el río se encontraba dividido en tres brazos.

En la margen sur los indios se encontraban reunidos en considerable número, y con todo género de manifestaciones hostiles, de las cuales la más peligrosa eran los tiros de fusil que salían de sus filas.

El tiroteo se intensificó mientras el ejército cruzaba el río. El caballo del coronel González recibió cuatro balazos, y además fueron heridos dos soldados.

En la persecución que se hizo más al sur, pereció el cacique amigo Ancamilla, cuya cabeza se encontró colgada a orillas del estero Muco, envuelta en su chamal. No fué posible encontrar el resto del cuerpo.

La expedición, o grupos de ella, alcanzaron hasta más al sur del río Quepe, emprendiendo su regreso el 17 de marzo. En Colpi se separó, el día 19, la tropa del 7º de Línea, y con ella se dirigió el Ministro a Purén y otros lugares de la Baja Frontera, comandada por el coronel Saavedra.

El general Pinto estuvo de regreso en Angol el día 22 de marzo, casi un mes más tarde después de haber salido de ella.

En su propósito de mantener a los indios en intranquilidad, el 31 salió una nueva expedición, a cargo del comandante don Nicánor Silva Arriagada, con tropas dirigidas por el teniente coronel de Granaderos don Benito Wormald y capitán don Feliciano Echeverría, las cuales recorrieron Pidenco, Dumo y llanos del Traiguén. En Chanco se puso fuego a los sembrados y rucas de Quilapán, y se tomó un regular número de animales.

A fines del siguiente mes, el 23, salió con otra división el teniente coronel don Manuel Baquedano, acompañado del sargento mayor don José María 2º Soto, del capitán Muñoz Bezanilla y el mayor de guardias cívicas don Pascual Cid.

Después de estas últimas expediciones, el general Pinto elevó un extenso informe al Gobierno. En una parte de él se refería a la importancia que tenían las grandes o pequeñas divisiones. Las primeras, como aquella en que participó el Ministro Echaurren, porque permitían incursionar por todo el territorio araucano sin temores de ninguna especie, pues todos los indios huían oportunamente a los bosques, con lo que tampoco se lograba ningún objetivo militar. En cambio las segundas, por su movilidad, podían sorprender a los indios y causarles cuantiosos daños. En consecuencia, se empleaban las grandes y pequeñas masas de tropa, según las circunstancias lo aconsejaran.

Insistía en continuar con la "guerra de recursos": destruir a los indios sus sembrados, quitarles los animales e incendiarles sus casas. "La única objeción que puede oponerse a este género de

hostilidades, basada en sentimientos de humanidad, no puede aplicarse a la guerra de los araucanos, que nunca se baten con fuerzas capaces de ofender; y hostilizan de una manera bárbara a particulares indefensos, llevando por doquiera la desolación y la muerte”.

PERIODO DE CALMA (1869)

La serie de expediciones hechas por las tropas chilenas durante el último tiempo, y la pobreza en que los indios habían quedado, los obligó a permanecer inactivos durante el resto del año 69, y aun a iniciar ciertas conversaciones de paz, las que fueron formuladas por intermedio del misionero Fray Estanislao María Leonetti.

Pero mientras duraba la tácita tregua invernal, el general Pinto se trasladó a Santiago, a fin de tratar con el Gobierno sobre el interrumpido avance a la línea de Toltén, que se había encomendado anteriormente al coronel Saavedra, dejando como su reemplazante en el mando de la Alta Frontera al Jefe de Estado Mayor, coronel don José Timoteo González.

Las insinuaciones de paz a que hemos hecho referencia, fueron expuestas al Padre Leonetti por el cacique Marigual, en su nombre y en los de Quilapán, Quilahueque y Montri.

De acuerdo con el Intendente y Comandante General, coronel González, el sacerdote convocó a una asamblea a los jefes indígenas, la que se efectuó en la Intendencia de Angol el 25 de septiembre de 1869.

El acta extendida en aquella reunión comenzaba así:
“Intendencia de Arauco.

El día veinticinco de Septiembre de mil ochocientos sesenta y nueve, reunidos en la Sala de Despacho de la Intendencia de la Provincia el cacique Quilahueque de Perquenco, por sí y en representación de los caciques José Santos Quilapán de Chanco, Montri de Perquenco, Calbuco de idem, Curiqueo de Chanco, Epuleo de Collico, Nancuqueo de idem, Leviu de Canglo, Huenchulao de Perquenco, Nahueltripay de Chanco, Quñenao del Salto, Curiqueo de Chanco, Culeo de idem, Currui de idem, Curri de idem, Millao de Dumo, Manuel Levío de Canglo, Levileo de Huequén, Vutahuento de Pidenco, Levinao de Perquenco, Huenuvil de Que-

chereguas, Domingo Melín de Lilpille, Juan Calvuén de Traiguacué, Loncomil de Leveluán, según el poder que más adelante se insertará; y hallándose presentes Nahueltripai, Quinchaleo, Tori, Pinchulao y Liquén, expusieron: que deseando poner término al estado de guerra en que nos hallamos comprometidos por seguir los malos consejos de falsos amigos, que reconociendo los crímenes de que nos hemos hecho reos en las épocas pasadas, vemos que el Gobierno es demasiado indulgente perdonándonos, y que siendo el Gobierno la más firme garantía para asegurar la posesión de nuestros terrenos y demás bienes que nos pertenecen, y que a fin de ponernos al abrigo de las autoridades de la República como verdaderos ciudadanos chilenos, nos comprometemos a respetar y hacer obedecer las siguientes bases como garantía de la paz que nos concede el Supremo Gobierno de la Nación".

Antes de recordar los principales acuerdos aceptados en la asamblea, a manera de paréntesis llamemos la atención sobre un punto: para quien conoce el fanatismo patriótico de los indios, especialmente de los de la órbita de Quilapán, no cabe duda de que los caciques reunidos procedían con completa insinceridad, como quedó demostrado muy poco después. No era posible aceptar, de buenas a primeras, que reconocían "los crímenes" cometidos por ellos y que el Gobierno era "demasiado indulgente" para perdonarlos.

En fin, la tranquilidad, aunque pasajera, convenía por el momento a todos.

Según los acuerdos tomados, los indígenas se comprometían a entregar los cautivos y maleantes que hubiera entre ellos, lo mismo que sus lanzas y otras armas, respetar la Línea del Malleco, no enajenar ni hipotecar sus terrenos a particulares, sino al Fisco, y se accedía a la petición de los caciques en el sentido de fundar en sus tierras más misiones religiosas.

Sin embargo, antes de firmarse el acta los indios declararon que debía permitírseles conservar a los caciques sus sables y cierto número de lanzas, mientras los abajinos no aceptaran también el desarme total.

El documento fué firmado, además, por el Intendente subrogante, coronel don José Timoteo González, actuando como ministro de fe el juez de primera instancia, don Amador Fuenzalida.

A manera de ratificación personal de este pacto se dirigió a Santiago, a fin de conferenciar con el Presidente de la República, el cacique Quilahueque, acompañado de algunos mocetones. Sin embargo, a su regreso se fugó sorpresivamente del fuerte de Nacimiento, a raíz de haber recibido la visita de unos enviados de Quilapán.

A una carta que el general Pinto enviara a Quilapán, con fecha 17 de octubre de 1869, y que llevaron tres vecinos, don David Glen, don Juan Palma y don José Medina, pidiéndole el cumplimiento de lo pactado, el cacique general contestó que para hacer efectivos los acuerdos de la asamblea de Angol esperaba el retorno de Santiago de su cuñado Faustino Quilahueque, a fin de conocer los resultados de su conversación con el Gobierno, pero también decía que ellos no podrían sosegarse mientras "los de Purén tienen el fuego encendido y no se puede apagar", solicitándole al general que aconsejara a Domingo Catrileo, Marileo Colipí y Coniuleo Pinoleo a fin de que no fueran "a robar y lastimar gente" entre las tribus de los indios arribanos.

Pero, en realidad, los motivos precisos de que las reducciones controladas por Quilapán no se aplacaran, tenían sólo dos fundamentos: el hecho de que aun estuviera entre ellos Orelie Antoine, y el avance a Toltén que efectuaba entonces el coronel don Cornelio Saavedra.

Al comenzar el año 1870, el Gobierno daba a los dos jefes de la Frontera, Pinto y Saavedra, la orden de cooperar mutuamente en sus operaciones, no siguiendo los trabajos de la Línea del Toltén, y fijar a Quilapán un plazo perentorio para cumplir sus compromisos, entregar a Orelie o cualquier otro extranjero que se ocultara en el territorio indígena. En caso contrario, debían "soportar todos los rigores de la guerra que se llevaría a su territorio con las fuerzas de que dispone el Estado".

Seguramente ésta fué la época en que el "Rey de la Araucanía", viendo que su situación se tornaba peligrosa, resolvió abandonar definitivamente el país, pues nuevamente el 3 de febrero el general Pinto envió un verdadero ultimátum a los principales caciques, dándoles un plazo de quince días para la entrega del aventurero francés, y en caso contrario iniciaría las hostilidades. Orelie, decía el jefe mencionalo, "ejerce grande influencia sobre ellos".

Debemos comprender entonces que fué durante la segunda estada del Rey de la Araucanía cuando éste provocó mayor intranquilidad entre los indígenas.

SE REANUDAN LAS HOSTILIDADES (1870)

Vencido el plazo estipulado por el general Pinto, partió de Chiguaihue una división de 500 hombres, al mando del teniente coronel don Nicanor Silva Arriagada, e integrada por tropas del 2º de Línea, Granaderos, escuadrones cívicos de Nacimiento y Mulchén, y artilleros con dos piezas. A cargo de los diferentes grupos iban los capitanes Enrique Coke y José Molina, y los tenientes Martín Muñoz y Pío Guilarde.

Siguiendo la ruta de Quechereguas y Traiguén, esta expedición llegó hasta el Cautín, consiguiendo destruir numerosas viviendas y sembrados de los indios.

Estos habían celebrado mucho, un año antes, la desorganización de la división del coronel González, a orillas del río Colo, provocada por el espanto de la caballada, y quisieron en esta ocasión causar una semejante.

Una noche en que las tropas estaban acampadas en Perquenco, los indios largaron hacia el campo enemigo un potro chúcaro al cual habían atado un cuero seco en la cola.

Felizmente la presencia de ánimo de los oficiales y la inmediata reacción de la tropa evitaron las consecuencias que los indígenas creían obtener con su divertida estratagema.

A fin de hacer más efectivos la presión y el control contra los indios rebeldes de la Alta Frontera, el general Pinto continuó enviando expedición tras expedición, las que si es efectivo que no producían grandes bajas entre los indios, los hacían abandonar sus posesiones y vivir como verdaderos nómades. Además, prohibió la entrada de comerciantes al territorio indígena, a fin de que notaran la escasez de ciertos productos a cuyo uso ya se habían acostumbrado.

No bien terminaba su recorrido la expedición del comandante Silva Arriagada, salió otra de Collipulli, el 27 de marzo, al mando del comandante don Benito Wormald, la que también llegó hasta el Cautín, a pesar de las persistentes lluvias y de los malos caminos.

Esta expedición logró establecer que el cacique Marihual, que se declaraba amigo de los chilenos y que, por lo mismo, no era molestado, era el que advertía oportunamente a los arribanos de la salida de cada grupo militar que fuera contra ellos.

Durante este recorrido los indios y Orelie habían buscado refugio en los cerros de Coipué, vecinos a Quechereguas.

El 7 de mayo salían 300 hombres desde Chiguaihue, a los que se unieron en Collipulli 100 cívicos de Nacimiento. Todas estas tropas, al mando del sargento mayor Federico Valenzuela, continuaron a las regiones de Traiguén y Dumo.

En este último lugar se cayó de sorpresa sobre los enemigos, quedando trece indios muertos y fueron recuperadas tres familias mapuches cautivas y dos mujeres españolas.

Al regreso se causaron varias bajas más en un paso del río Traiguén.

Luego le tocó su turno en las campearadas cordilleranas al mayor don Manuel Bulnes, quien salió desde Curaco el 23 de mayo.

Como puede apreciarse por estas continuas expediciones, el general Pinto no estaba dispuesto a dar tregua a los indios.

Por otra parte, el Gobierno se había convencido de que debía procederse con severidad a fin de evitar nuevos desmanes indígenas, y se accedió a una petición hecha en forma reiterada por el jefe de la Alta Frontera en el sentido de declarar el "estado de asamblea", o emergencia.

El decreto gubernativo, extendido con fecha 2 de abril, permitiría sancionar en forma rápida y ejemplar, crímenes que permanecían impunes por falta de legal prueba u otros subterfugios que los malhechores ponían en juego.

La campaña contra los indios no se vió interrumpida durante el invierno de 1870, debido a que grupos dispersos indígenas tampoco dejaban de hostilizar uno u otro lugar.

Por promoción a otro cargo del Jefe de Estado Mayor, coronel don José Timoteo González, fué designado en su reemplazo el jefe de igual grado don José Francisco Gana, con fecha 6 de junio.

A pesar de las lluvias y peligro en el paso de ríos y esteros, el 7 de junio debió salir de Chiguaihue una expedición comandada por el mayor don Federico Valenzuela, destinada a castigar a los caciques Quilahueque, Loncomil y Levío, que se supo se encontraban reunidos en Perquenco y tramaban un asalto a los fuertes.

Durante la noche del día 8 estas tropas pretendieron cruzar todas el río Quino, a fin de caer sorpresivamente sobre los indios concentrados, pero la hondura de las aguas permitió sólo el paso de la caballería, la que, sin embargo, tuvo pleno éxito en su ataque. Los indios tuvieron que huir, dejando treinta muertos en el campo. Hubo tres soldados heridos en este encuentro.

Parece que a mediados de junio no terminaban aún las intervenciones funestas de Orelie, pues se supo que en el lugar llamado Pidenco había otra reunión indígena que contaba con su presencia.

El general Pinto se trasladó a Collipulli, desde donde despachó una fuerte división de 655 hombres, a cargo del nuevo Jefe de Estado Mayor, coronel Gana. Lo acompañaban el comandante Mauricio Muñoz, el mayor Manuel Bulnes y los capitanes Perales y Vicente Ruiz.

Pero esta tropa se vió obligada a regresar, pues a las 3 de la mañana se oyeron disparos de cañón en la Línea del Malleco, y el jefe creyó que los indios ya habrían cruzado el río, a sus espaldas, y optó por repartir su gente en los diferentes caminos por donde el enemigo podía regresar.

En efecto, durante la ausencia del coronel Gana los indios habían asaltado Catrimalal, lugar situado poco al norte de Angol, donde fueron asesinadas no menos de cuarenta personas entre hombres, mujeres y niños.

Los atacantes fueron perseguidos implacablemente por el teniente coronel de Granaderos don José Lucas Villagra hasta las márgenes mismas del Malleco, que aquéllos cruzaron a nado, no sin dejar un regular número de muertos.

Entre los indios que atacaron la zona de Catrimalal, fueron reconocidos dos hijos del cacique Levío, residente en Cángulo, por lo que se imponía un castigo especial para éste.

Se dió esta comisión al mayor don Pedro Antonio Guíñez, acompañado de 80 infantes del 2º de Línea y 90 jinetes del Cazadores y Granaderos, los que salieron de Huequén el 2 de agosto.

El ataque sorpresivo tuvo pleno éxito, pues fueron aprisionados 46 indígenas de ambos sexos.

Más o menos en igual fecha se supo que en los cerros de Adencul, reducciones del cacique Paillaleo, había otra concentración de indios implicados en los últimos robos y salteos, en con-

tra de los cuales partió de Angol, el 11 de agosto, el coronel Gana al frente de más de 200 hombres, incluyendo 40 indios amigos; pero la región montañosa de Adencul y el mal estado del tiempo, impidieron perseguir a los fugitivos.

Los indios no desmayaban en sus ataques. Durante la noche del 4 de septiembre pasaron al norte del Malleco, cerca de Cancura, y emprendían su regreso como a las 2 de la madrugada, cuando fueron interceptados en el lugar llamado Cerro Verde por el comandante don Mauricio Muñoz.

En su huida los indios fueron perseguidos resueltamente por el teniente de Cazadores don José Francisco Vargas en una extensión de doce cuadras, creyendo que lo seguían todos sus soldados; pero en medio de la oscuridad de la noche tuvo que hacer frente con sólo cuatro cazadores al grupo indígena que se había reorganizado, resultando herido a lanza el teniente y uno de sus acompañantes.

El valor desplegado por Vargas y sus acompañantes fué objeto de una recomendación especial al Gobierno de parte del general Pinto.

ANGOL, DEPARTAMENTO Y CAPITAL DE ARAUCO

Servicios locales hasta 1870

Desde su fundación, Angol había sido una subdelegación del departamento de Nacimiento.

Con fecha 15 de julio de 1869 se dictó la ley que creó el departamento de Angol, juntamente con los de Lebu e Imperial. El primero tendría por límite norte el río Renaico, desde su nacimiento en la cordillera hasta su desembocadura en el Vergara; desde allí una línea que, dirigiéndose por los cerros de Maitenrehue, fuera a pasar a la cima de la cordillera de Nahuelbuta; por el sur, el río Cautín, desde su nacimiento en la cordillera hasta el punto en que entra el río Rumalhué al Imperial; por el este la cordillera de los Andes; y por el oeste la cima de la cordillera de Nahuelbuta y el curso del río Rumalhué.

La misma ley dispuso: "La plaza de Angol será la cabecera del departamento y también lo será por ahora, de toda la provincia de Arauco".

Como vemos, sólo ahora, en conformidad a esta ley, recibió la ciudad oficialmente el título de capital de la provincia de Arauco.

La disposición del 31 de octubre de 1865, en tiempos de la administración del coronel Basilio Urrutia, en el sentido de trasladar la capital a Angol, vimos que sólo había emanado del Ministerio de Guerra, y tal vez por eso mismo la sede volvió, a fines del mismo año, a Los Angeles.

Al asumir su cargo militar en la Frontera el general José Manuel Pinto, 17 de marzo de 1868, se estableció en Angol, pero sólo en el carácter de "General en Jefe del Ejército de Operaciones en el Malleco y Comandante General de Armas en la provincia", como lo dice en su oficio N° 13, de fecha 5 de abril.

Angol pasaba a la categoría de capital de provincia, según la ley de 15 de julio de 1869, pero no por eso dejaba aún su título legal de "villa", ya que sólo el decreto supremo de 25 de septiembre de 1871, le concedió el título de "ciudad".

En ese tiempo Collipulli era solamente "aldea", y el título de "villa" le fué conferido por el Gobierno el 22 de agosto de 1874.

Con respecto a los servicios municipales de Angol, en el antiguo archivo de la Intendencia, Libro de Decretos correspondiente a 1869, se lee:

"Angol, 22 de agosto de 1869.

—Interim se organiza en este departamento creado por la ley de 15 de julio ppdo. el cabildo correspondiente y se proveen los cargos municipales, nómbrase una comisión compuesta de don Amador Fuenzalida, don Alejandro Bunster y don Andrés de Barra, para la recolección y administración de los fondos propios municipales.

La Intendencia espera del celo y patriotismo de los miembros de la comisión que, aceptando el cargo, propenderán por los medios posibles a crear recursos que llenen las necesidades de la localidad y mejorar las existentes.

Anótese y comuníquese.—González.—Por ausencia del secretario, F. Ibarra, of. de estadística".

Un progreso notable lo constituyó la instalación del telégrafo.

Para la advertencia rápida a los fuertes vecinos, en cada ocasión de asaltos indígenas, sólo existía el sistema primitivo de la alerta por medio de disparos de cañón, los que se iban repitiendo de fuerte en fuerte.

En agosto de 1870 se pudo instalar el telégrafo en Angol y demás puntos del Malleco, lo que puso en comunicación directa a la capital de Arauco con Santiago.

Los trabajos fueron ejecutados bajo la dirección de don Emilio Jacobs y las funciones de telegrafistas fueron desempeñadas por miembros del Ejército.

Lo que no nos explicamos es cómo podía mantenerse la línea libre de interrupciones provocadas por los indígenas, ya que aun cerca de las poblaciones peligraban las vidas de los habitantes.

Las numerosas incursiones hechas por pequeños grupos de indios que cruzaban el Malleco a altas horas de la noche, aconsejó la conveniencia de instalar pequeños fuertes en otros lugares, que sirvieran de amparo a los numerosos habitantes que poblaban los campos entre el Renaico y el Malleco.

Fué así como se estableció una línea intermedia entre dichos ríos, formada por los fortines llamados "Agua de los Padres", "Colgüe" y "Tijeral", situados en lugares estratégicos de los caminos obligados que unían la Línea del Malleco con Nacimiento, Mulchén y Negrete.

Además, entre los fuertes de esta última Línea se construyeron las "torres" de Alcázar, 5 de Enero, Las Heras y Regnán, que tenían una guarnición reducida, de ocho o diez hombres cada una.

Un medio de ayudar al mejor rendimiento de las tierras fué la construcción de un gran canal de regadío que bañaría los campos del Malleco, Ñipaco, Huequén y Angol, en una extensión de más de cinco mil hectáreas.

La boca-toma de este canal se construyó en un lugar situado entre Chiguaihue y la Torre 5 de Enero, para tener su desembocadura en el Vergara, aumentando así su caudal y facilitando la navegación entre Angol y Nacimiento.

Estos trabajos se realizaron con tropas del Ejército, dirigidas por ingenieros militares.

Como complemento de la intensificación de las faenas agrícolas y rápidas comunicaciones terrestres, el general Pinto se preocupó del mejoramiento de los caminos. A mediados de junio de 1870 se había terminado la construcción de dieciocho kilómetros del camino definitivo entre Angol y Nacimiento. El nuevo trazado se separaba del antiguo en la ribera del Malleco, seguía "alguna distancia hacia el oriente por la parte más elevada del te-

reno a fin de evitar la difícil y costosa disección de los laureales intransitables durante el invierno". Se construyeron, además, noventa y seis metros de sólidos puentes de madera y fierro sobre los esteros de Coñuñuco, Catrimalal, Los Peumos y otros de menor importancia.

También se había arreglado el camino a las vegas de Rucapillán, en una extensión de diez kilómetros, a fin de facilitar el abastecimiento de maderas. La construcción de este camino se hacía muy difícil debido a las pronunciadas pendientes y numerosas quebradas.

Con respecto al gobierno comunal, eran alcaldes de Angol a fines de 1869 los señores Manuel Bunster V. y Amador Fuenzalida. El 2 de enero de 1871 un decreto de la Intendencia nombró para tales cargos a los señores Andrés de Barra y José del Rosario Véjar, actuando como suplente don Mateo Jaque.

El presupuesto municipal de 1870 ascendía a la suma de \$ 2.667.50.

Las entradas eran por los siguientes capítulos:

Pasajes de los ríos:

Mitad del de Rosal, en Renaico	\$	150.50
id. id. de Granaderos ,en Renaico		25.00
Integro del de Basaltué, en Vergara		25.00
id. del de Malleco		34.00
Recovas y carnes muertas de Angol		782.00
id. id. id. de Chiguaihue		25.00
id. id. id. de Collipulli		211.00
Matadero público de Angol		18.00
Diversiones públicas de todo el departamento		52.00
Patentes municipales		25.00
Animales aparecidos (departamento)		100.00
Multas calculadas		200.00
Contribución serenos de Angol		1.020.00
Total	\$	<u>2.267.50</u>

Las salidas, en gastos fijos, eran:

Tesorero, premio del 4% en las entradas	\$	106.70
Gastos de escritorio Tesorería		10.00
Gratificación Comandante de Policía		120.00
Sueldo de un sargento		180.00
Sueldo de dos vigilantes		216.00
Sueldo de un cabo de serenos		144.00
Sueldo de cuatro serenos		480.00
Sueldo de un alcaide de la cárcel		96.00
Cárcel, gastos de escritorio		5.00

Este presupuesto municipal se duplicó al año siguiente, pues sus entradas y salidas se calcularon en \$ 5.594.52.

A fines de 1870, decreto supremo de 5 de diciembre, se autorizó al Intendente para firmar escritura de compra de un sitio destinado a la construcción de una recova, o mercado.

La Municipalidad continuaba preocupándose del arreglo de la ciudad: se construyeron puentes de madera sobre las acequias, se colocaron bancos "decentes" en la Plaza, que fué cerrada con una reja de madera labrada y pintada, se construyó un recipiente de piedras, ladrillos y cal, cubierto con planchas de fierro que reunía el agua de varias vertientes situadas en la ribera del estero Pochochingue, de donde se surtía toda la población.

Angol, contaba, según un censo nominal que se hizo en 1870, con 4.062 habitantes.

He aquí un cuadro de población de todo el departamento, en el que se aumentaba el 10% por los "ocultamientos" de civiles, debido al temor de enrolamiento militar:

CENSO — 1870

Localidades	Habitantes		Militares	Totales
	no militares	10% aumento		
Angol	2.545	254	1.263	4.062
Huequén	254	25	80	359
Cancura	104	10	31	145
Lolenco	40	4	32	76

Chiguaihue	411	41	62	514
Marilúan	31	3	32	66
Collipulli	589	59	123	771
Perasco	28	2	42	72
Curaco	214	21	42	277
Tigueral	452	45	8	505
Mulchén	3.185	318	—	3.503
	7.853	782	1.715	10.350

El departamento de Angol, más Mulchén, contaba entonces con 10.350 habitantes.

La falta de fondos hacía que la instrucción de los niños estuviera sumamente descuidada, pues en el departamento no había sino dos escuelas. El general Pinto pedía al Ministro de Instrucción Pública se pagara con fondos fiscales a los preceptores, por la causal indicada al comienzo de este párrafo.

Para la protección de los intereses de los aborígenes era Protector de Indígenas, en 1870, don Teodoro Errázuriz, el cual fué reemplazado, a fines del mismo año, por don Virginio Sanhueza.

La estafeta de correos estaba a cargo de don Manuel Bunster, siendo administrador postal de la provincia don José Olegario Cortés. Los valijeros que hacían viajes a Mulchén y Cañete, recibían por cada recorrido "redondo" 2 y \$ 10, respectivamente.

El hospital militar continuaba funcionando en una de las cuerdas destinadas al alojamiento de la tropa en el cuartel Plaza. Con motivo del traslado a Angol del hospital militar de Los Angeles se proyectaba la construcción de un edificio adecuado, el cual contaría de dos pabellos,, con piezas suficientes para depósitos, botica, cocina, lavandería, etc. El edificio no tendría menos de cien metros, que, a \$ 60.— cada uno, originaría un desembolso total de \$ 6.000.

La "dispensaría" de Angol atendía, en aquel tiempo, entre quince y cuarenta enfermos diariamente.

Los cirujanos militares que prestaban sus servicios en la Araucanía, con sus emolumentos anuales y residencias, eran los siguientes:

Enrique Burke, Cirujano jefe, \$ 1.400. Los Angeles.

Teodoro Morner, Cirujano de guarnición, \$ 900. Angol.

Eduardo Banon, Cirujano de guarnición, \$ 900. Lebu.

Juan Wolleter, Cirujano de guarnición, \$ 900. Mulchén.
José M. Evens, Cirujano de guarnición, \$ 900. Toltén.

Los servicios policiales de Angol, hasta la creación del departamento en 1869, dependían de Nacimiento. El jefe de los guardianes de Angol era el sargento don Manuel Soto.

Pero en cambio, para la seguridad policial, se contaba con el Batallón Cívico, cuyo Comandante era el antiguo servidor don Medardo Monti.

A fines de 1868 el señor Monti fué reemplazado en su cargo por el sargento mayor graduado de Ejército don Pedro Antonio Guíñez.

El motivo de este cambio produjo sensación en Angol e interrumpió la monotonía de la vida angolina.

El señor Monti creía que el general Pinto y unos cuantos jefes militares allegados a él formaban una especie de camarilla perjudicial para los intereses generales de la región, y así lo declaró públicamente una tarde, mientras volvía de una fiesta campestre, en plena calle.

Se abrió, al respecto, un bullicioso sumario, en el que fué fiscal el sargento mayor don Raimundo Ansieta y secretario el teniente don Aristides Martínez, "por desacatos proferidos por el señor Monti contra la primera autoridad de la provincia y desórdenes en su conducta".

Hubo allanamientos, prisiones, etc., y el proceso terminó en nada.

ATAQUE A COLLIPULLI Y TERMINO DEL MANDATO DEL GENERAL PINTO

(13 febrero 1871)

El año 1870 terminó con persecuciones de indios, pues el 6 de diciembre el sargento mayor don Adolfo Holley, acompañado de 367 hombres, salió con el propósito de castigar otros desmanes cometidos por indígenas.

Los principales autores de los últimos salteos y robos eran los caciques Huiquiñil, Nancucho y Huitrallán, avecindados en Coipué, próximo a los cerros de Quechereguas.

Después del castigo de éstos, continuó hasta Quino al alcan-

ce del famoso Butahuento, autor de numerosos malones, logrando darle muerte, junto con algunos mocetones.

Al regreso, en la pasada del Traiguén, un gran contingente indio pretendió cerrarles el camino, debiendo cargar impetuosamente contra ellos el mayor don Manuel Bulnes, desbaratándolos completamente y arrebatándoles una partida de animales.

Pero los indios no se sentían desfallecer ante los numerosos rechazos de que eran víctimas, y resolvieron atacar nada menos que a la plaza de Collipulli, el día 25 de enero.

Fué entonces cuando el telégrafo demostró en esta región su gran ventaja. El general Pinto supo de inmediato el peligro en que se encontraba Collipulli, y envió a uno de sus oficiales de Estado Mayor, el comandante don José Vicente Arredondo, para que se hiciera cargo de la defensa.

Don Leandro Navarro, teniente que participó en la acción, dice en "Crónica Militar de la Araucanía":

"Eran las 10 de la mañana del citado día, cuando desde los cerros que dan vista al frente de Collipulli, se presentaron compactas masas de indios, que se hacen subir a 1.500, entre los que contaban los caciques Quillapán y Montri, acompañados del aventurero Orelie de Tounens.

Era imponente ver el ir y venir de esas movedizas masas de indios, resonando sus trompetas, que rodeaban las alturas, entre el oscuro follaje de los montes y el amarillo ocre que matizan esos cerros que dan frente a frente donde hoy se ostenta el majestuoso viaducto del Malleco".

Los indios comenzaron a pasar por diferentes partes del río y a rodear el pueblo. Cuando uno de estos grupos pretendió entrar a las calles, el comandante Arredondo destacó al teniente don David Marzán, acompañado del alférez don Salustiano Guzmán y de 36 granaderos, para rechazarlos.

Los atacantes emprendieron la retirada, pero a medida que se alejaban del pueblo se les iban uniendo otros. Cuando ya serían unos trescientos, se volvieron contra el puñado de perseguidores, los que apoyando su espalda en un pequeño monte llamado "Redondo" se batieron heroicamente durante media hora, hasta la oportuna llegada de ayuda, ante la cual los indígenas se alejaron.

Al comenzar los mapuches su reacción impetuosa, el teniente Marzán fué desmontado de su caballo y se defendió heroicamen-

te del grupo que lo rodeaba, a pesar de sus heridas. La oportuna ayuda de sus soldados lo salvó de la muerte, y aunque apenas podía mantenerse en pie, mantuvo el mando de su tropa hasta el arribo del socorro que iba encabezado por el capitán Ricardo Santa Cruz, el teniente Gregorio Silva y subteniente Leandro Navarro.

La acción distinguida del teniente Marzán fué premiada con un merecido ascenso.

Con fecha 13 de febrero de 1871 el general don José Manuel Pinto se dirigió a Santiago, de donde no regresó, subrogándolo el Jefe de Estado Mayor, coronel don José Francisco Gana.

PRIMER PERIODO DE UN NUEVO GOBIERNO DEL GENERAL BASILIO URRUTIA

Fundación de Los Sauces

(5 de octubre de 1871 a 13 de octubre de 1875)

Al alejarse de la Frontera el general Pinto (13 de febrero de 1871), quedó como jefe accidental de ella el coronel don José Francisco Gana.

Durante este interinato de ocho meses, Angol logró la instalación de un servicio público de esencial importancia: el del alumbrado público con modestos faroles a petróleo.

En la reunión de vecinos provocada por el coronel Gana, todos ellos aceptaron gustosos la imposición de una contribución destinada a financiar el nuevo servicio, ya que, aparte de la comodidad que él daría a la población, se dejó constancia que una plaza militar alumbrada facilita su defensa.

La autorización gubernativa, que el jefe de la Frontera solicitó por oficio de 8 de marzo, fué concedida el 13 de abril, y las obras se iniciaron de inmediato.

Para el pago de la contribución acordada se establecieron cuatro categorías, según el valor del arriendo de cada propiedad, ya fuera efectivo o calculado, calificación que se realizó por una comisión formada por el Alcalde y dos vecinos nombrados por la Intendencia.

Las tarifas mensuales fueron las siguientes:

1ª categoría \$ 0.80

2ª categoría	0.60
3ª categoría	0.40
4ª categoría	0.20

Estas cantidades se pagaban por bimestres anticipados.

Desde aquellos días hasta avanzados años del siglo actual se veía en las tardes, a la hora del oscurecer, al "lamparero" que, con una escala al hombro, iba de poste en poste, dando vida a la humilde y vacilante luz de las lámparas a petróleo que, a manera de cabeza, coronaban cada poste.

Desempeñó el cargo de recaudador de serenos y alumbrado público don Edmundo de Moro.

El 5 de octubre de 1871 fué nombrado general en jefe de toda la Frontera el general don Basilio Urrutia, desapareciendo, en consecuencia, la dualidad de mandos que hasta entonces había existido.

Antes de la designación de este jefe, se había dispuesto no continuar el avance de frontera y agregar las plazas de Lumaco y Purén al sector de la Alta Frontera, ya que ambas se encontraban al lado oriental de la cordillera de Nahuelbuta, y era más fácil su comunicación con Angol y demás puntos de la Línea del Malleco.

La Alta Frontera quedó dividida en tres secciones: Angol, Chiguaihue y Collipulli, con los puestos siguientes:

I.—Angol, Rucapillán (fortín), Huequén, Maipú (torre), Lumaco, Purén, Esperanza (fortín), Colhue (fortín), Mulchén, Negrete, Coronado (fortín) y Tijeral (fortín).

II.—Chiguaihue, 5 de Enero (torre), Lolenco, Cancura, Alcázar (torre) y Las Heras (torre).

III.—Collipulli, Curaco, Regnán (torre), Perasco, Torre de Granaderos y Mariluán.

Con la llegada del general don Basilio Urrutia, a comienzos del mes de octubre, continuaron las conversaciones de avenimiento que su antecesor ya había iniciado, a petición de Quilapán, jefe de las tribus rebeldes, para lo cual se trató de efectuar un parlamento en Collipulli; pero esta proposición de Quilapán no fué acogida por los indios abajinos, que dijeron haber estado en paz con el Gobierno, ni tampoco por muchos arribanos, que temían llegar a Collipulli, plaza que había sido intensamente molestada por ellos.

En vista de este último contratiempo, Quilapán, que parece que ahora deseaba sinceramente la paz, propuso al general el lugar de Collico, cambio que no fué aceptado por éste, lo que trajo por consecuencia la no realización del parlamento proyectado, de modo que las cosas continuaron como estaban, no atreviéndose los indios a iniciar operaciones guerreras en masa.

Por lo demás, el general Urrutia dió pruebas de singular energía, y, a fines de 1872, no sólo se habían sometido los pehuenches de la región de Antuco, después de una rápida campaña que hizo contra ellos el mayor don Manuel Bulnes, sino que los indios arribanos que obedecían a Quilapán habían amainado en sus actividades guerreras.

Sin embargo, era otra gente la que continuaba manteniendo la intranquilidad entre los habitantes de los campos: los maleantes y presidiarios chilenos fugados que se refugiaban entre los indios. Pero bastó un severo castigo para que esas actividades criminales disminuyeran: a raíz de un salteo hecho a la propiedad de don Juan de Dios Rodríguez, en las cercanías de Mulchén, fueron juzgados sumariamente y fusilados cuatro bandoleros.

Esta drástica medida tomada por el general Urrutia provocó en Santiago numerosos comentarios contrarios a dicho jefe, por lo que éste presentó la renuncia de su cargo, la que felizmente no fué aceptada, llevando el convencimiento de que era indispensable proceder en forma severa contra los malhechores.

A mediados de 1874, el 25 de julio, el ejército de la Araucanía sufrió una dolorosa pérdida: el comandante del 2º de Línea, don Nicanor Silva Arriagada, mientras cazaba en los campos de Chiguaihue, pereció al escapársele un tiro de su escopeta.

El comandante Silva Arriagada era un gran militar, sumamente estimado, por las altas prendas morales que lo adornaban.

A comienzos de 1875 la situación en la Frontera era de tanta tranquilidad y progreso, que el general Urrutia insinuó al Gobierno el avance de la línea de frontera hasta el río Cautín. Al efecto, elevó un largo memorial con fecha 6 de abril de dicho año.

La afluencia de gente a los campos del norte del Malleco aumentaba día a día, atraída por la fertilidad de las tierras de esa comarca, por la facilidad de comunicaciones que daba el telégrafo, por la pronta terminación de la línea férrea hasta Angol y,

sobre todo, por la protección que, para las vidas e intereses, prestaban las tropas acantonadas en la Línea del Malleco.

A pesar de que, como decía el general Urrutia en su Memorial, "nunca circunstancias más favorables para la realización de esa idea han podido presentarse", su proyecto no fué aceptado en Santiago, y sólo se le autorizó para efectuar la fundación de Los Sauces, a 30 kilómetros al sur de Angol, a fin de facilitar las comunicaciones con Purén y Lumaco.

En Angol fueron preparados, durante el invierno de 1875, los elementos para realizar esa empresa, incluso la preparación de las maderas para la construcción del cuartel.

En los primeros días de octubre se dirigieron 200 hombres de infantería a ocupar el lugar donde había tenido sus viviendas el cacique Colipí: una meseta situada frente a la laguna que ahí existía. Esas tropas llevaban dos piezas de artillería.

Poco después de realizada esta fundación, algunos grupos de indígenas trataron de asaltar el nuevo puesto militar, pero desistieron de su intento en vista de que no encontraron apoyo en otras reducciones, lo que vino a confirmar el temor que los indios tenían con respecto al poderío del Ejército.

El establecimiento del fuerte de Los Sauces y su importancia como punto de comunicación con Lumaco y Purén, hizo insinuar al subdelegado del primero de estos pueblos la necesidad de crear un nuevo distrito que tuviera por sede el nuevo puesto militar, a fin de que hubiera ahí una autoridad administrativa que entendiera en los negocios civiles.

Esta petición fué acogida por el jefe militar don Melchor Silva Claro, quien la sometió a la consideración del Gobierno, el que dictó el decreto respectivo.

VIDA CIVIL ENTRE 1871 Y 1875

Antes de referirnos, en el próximo capítulo, a una nueva división administrativa en la Araucanía, que convirtió a Angol en capital de otra repartición, hagamos un balance de asuntos de carácter civil del tiempo comprendido entre 1871 y octubre de 1875.

La escasez de ayuda gubernativa, hizo que los progresos de los pueblos de la Frontera fueran muy lentos, y los que hubo se debían, en parte principal, a la cooperación del Ejército. El gene-

ral Urrutia, en Memoria de 15 de abril de 1875, decía, refiriéndose a Angol:

"Sin la generosa cooperación del Cuartel General del Ejército, la capital de la provincia no podría exhibir ahora el más ligero progreso material. Gracias a esa cooperación, la ciudad ha conseguido conservar su pavimento en buen estado de servicio por medio de frecuentes reparaciones y comienza a ser hermoseada toda la parte adyacente a los cuarteles militares con las elegantes verjas y avenidas exteriores que deben circunvalar sus edificios".

"Para comodidad de los mismos cuarteles, y en obsequio al público, se abrió hacia el S. E. una espaciosa calle que termina en la cabeza del puente del Picoiquén y proporciona una segunda y cómoda entrada a la parte principal de la población".

Se trataba, como puede verse, de la prolongación de la calle Prat entre la Plaza de Armas y el puente, que hasta entonces no existía.

Hemos dicho que la ayuda fiscal era nula, insignificantes las entradas comunales, pero la Municipalidad tenía, antes de la reforma de la ley respectiva, un crecido número de regidores: doce propietarios y tres suplentes, que lo eran, desde la elección de 20 de abril de 1873, los siguientes vecinos:

Propietarios: Bernardo Concha, José Rioseco, Andrés de Barra (1.er Alcalde), José Bunster, Daniel Sepúlveda, Simón 2º Ortiz, Juan de Dios 2º Cid, Jorge Wood, Ramón Lagos, José María Marchant, Demofilo Fuenzalida y Tirso Rodríguez.

Suplentes: Casimiro Salinas, Juan Antonio de la Concha y Hermenegildo Novoa.

La obra de estos señores regidores se concretaba principalmente a detalles, ya que no podían emprender obras de mayor aliento: se había plantado árboles "extranjeros" en la Plaza, se había colocado escaños con pie de fierro pedidos a la maestranza de Limache, se había aumentado la policía urbana, cuyo Comandante era don Matías López, con cinco hombres a caballo. Nada más.

En cambio las calamidades, durante esos años abundaron, siendo las principales la viruela y las inundaciones.

El primero de estos males no causaba mayor novedad: año a año hacía su funesta visita y cada uno se defendía de ella como mejor podía; pero desde 1872 adelante se tomaron contra el

flagelo medidas más coordinadas: se habilitó un "regular lazareto", donde se asistieron hasta sesenta enfermos, se nombró como vacunador de planta al interino don Nicasio González, ya que al pedirlo así decía el general Urrutia que "la peste viruela se manifestaba todos los años con notable fuerza".

Los servicios médicos y sanitarios de la ciudad estaban a cargo del Dr. don Gregorio Bisquert, pero el problema del hospital civil aun no había podido ser resuelto, continuando sus funciones el militar y la dispensaría.

Los años 1872 y 1873 fueron sumamente lluviosos, lo que ocasionó enormes avenidas invernales. En el primero, numerosos campos comprendidos entre Angol y Renaico fueron inundados por los ríos, ocasionando la destrucción de los caminos.

Las lluvias se prolongaron hasta el mes de noviembre, lo que dió contornos trágicos a un accidente ocurrido en el pasaje del río Malleco: la lancha del pasaje se volcó en la mañana del día 16, "conduciendo el coche de la línea, los sirvientes respectivos y dos pasajeros oficiales del Ejército. Uno de éstos, don Ruperto Fuentealba, logró salvarse, ahogándose el capitán don Avelino Cerda Escudero y uno de los que servían la lancha. Se rompió el andarivel. La corriente, aumentada por las últimas lluvias, llevó la lancha a un raudal, donde se volcó". (Oficio del general Urrutia).

Las inundaciones del 23 y 24 de junio del año siguiente dejaron en ruinas el puente de Angol, lo que hizo necesario construir después uno provisorio, mientras se reconstruía el destruído.

Frente a tantas calamidades, los únicos beneficios fiscales habían consistido en la instalación del telégrafo entre Angol y Los Angeles, pasando por Mulchén, en 1873, y la creación de una nueva escuela para niños en Angol.

TERRITORIO DE COLONIZACION DE ANGOL

(13 de octubre de 1875)

Continúa en el mando el general Urrutia.—El ferrocarril.—

Primer periódico

Los mismos motivos que expuso el general Urrutia al Gobierno, a comienzos del año 1875, en relación con el avance de la línea de frontera, fueron considerados para establecer una nueva división administrativa del territorio araucano: incremento considerable de la población, del comercio, de la agricultura y de la industria.

Por ley de fecha 13 de octubre del año citado, firmada por el Presidente Federico Errázuriz y por el Ministro Eulogio Altamirano, se crearon las provincias de Arauco y Bíobío y el Territorio de Colonización de Angol.

Este último continuaría mandado en forma especial por un jefe militar dependiente del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fué designado para este cargo, con fecha 20 de octubre, el general don Basilio Urrutia, jefe del territorio recientemente creado.

Las nuevas provincias abarcaron los siguientes sectores:

Provincia de Arauco.—Quedó formada por los departamentos de Arauco, Lebu, Cañete e Imperial. Este último fué suprimido por ley de 12 de marzo de 1887.

Provincia de Bíobío.—Se formó a base de los departamentos de Laja, Mulchén y Nacimiento. La división de éste originó la creación de Mulchén, que no existía como tal.

Territorio de Colonización de Angol.—El departamento de Angol tomó esta designación.

Con respecto a él, la ley citada decía:

Art. 12.—El Territorio de Colonización de Angol será regido por un Gobernador militar.

Tendrá asimismo un juez de letras con el sueldo de tres mil pesos anuales.

Tendrá además un secretario con el sueldo de mil pesos anuales; un oficial de estadística con el de ochocientos pesos anuales y un oficial auxiliar con el de cuatrocientos.

La oficina de correos y la tesorería que actualmente existen en Angol continuarán con los mismos empleados y sueldos que actualmente tienen.

Art. 13.—El Gobernador del Territorio de Colonización de Angol será también Comandante General de Armas.

Para los cargos de juez de letras y secretario, a que alude el Art. 12, fueron designados don Manuel Antonio Cruz y don Beltrán Mathieu, respectivamente, desempeñando, además, el primero el cargo de auditor de guerra.

Los nombramientos de dichos funcionarios fueron extendidos por decretos de 20 de octubre y 6 de noviembre de 1875, respectivamente.

La misma ley contenía, en sus dos artículos finales, disposiciones relacionadas con contribuciones que debían pagar los indios y sobre venta de terrenos baldíos:

Art. 16.—Los terrenos de indígenas quedan en lo sucesivo sujetos al pago de los derechos de alcabala. Después de ser vendidos pagarán también la contribución territorial, debiendo procederse al avalúo de la renta de los fundos indígenas en conformidad a la ley de 10 de junio de 1874 y al supremo decreto de 23 de junio del mismo año.

Art. 17.—Los terrenos baldíos que existan en la nueva provincia y que hubieren sido medidos, hijuelados y tasados, se rematarán en pública subasta, seis meses después de concluidas las operaciones de apeo" (Deslinde).

Los límites que correspondían al departamento de Angol, convertido ahora en Territorio de Colonización, habían sido fijados por ley de 15 de julio de 1869, firmada por don José Joaquín Pérez y don Miguel Luis Amunátegui, y eran los siguientes:

Norte, el río Renaico, desde su nacimiento en la cordillera hasta su desembocadura en el Vergara, y de allí una línea que, dirigiéndose por los cerros de Maintenregüe, fuera a parar a la cima de la cordillera de Nahuelbuta; por el sur, el río Cauín desde su nacimiento en la cordillera hasta el punto en que entra el

río Rumalhue al Imperial; por el este, la cordillera de los Andes; y por el oeste, la cima de la cordillera de Nahuelbuta y el curso del río Rumalhue.

Juntamente con convertirse Angol en capital del Territorio de Colonización que llevó su nombre, sector menos extenso que le permitiría concentrarse en detalles relacionados con su propio progreso, los angolinos recibieron con alboroso, en 1876, la primera locomotora del ferrocarril cuyas líneas llegaron hasta aquí. Es de imaginar el significado que esto tenía para el ulterior desarrollo de la ciudad y de la región.

El sector de San Rosendo a Angol, extensión de 73 kilómetros, fué contratado en 1872 por don Juan Slater.

El personal técnico directivo estaba constituido por las siguientes personas:

Ingeniero Jefe, don Eugenio D. Poisson.

Ingeniero Inspector, don Eduardo Wood.

Ingeniero residente, don Tomás Smythe.

Ingenieros asistentes, señores Alejandro Walker, Rodolfo Uribe y Pablo Mertel.

Se formó el siguiente proyecto de estaciones: **San Rosendo**, Rinconada, Huaqui, **Santa Fé**, Nacimiento, Tigueral y **Angol**.

Ramal: **Santa Fé**, Candelaria y **Los Angeles**.

Como se ve, existió el propósito de dejar a Nacimiento en la línea central, y no como término de un futuro ramal.

En noviembre de 1875 ya corrían trenes, dos veces por semana, entre San Rosendo y Tigueral.

Y, a propósito de esta última estación ferroviaria, hubo una larga discusión con respecto a su ubicación. El ingeniero jefe, señor Poisson, quiso establecerla donde hoy está Renaico, "un punto cercano al río Renaico y que dista del Tigueral más de veinticinco cuadras, a considerable distancia de un centro comercial por ahora pequeño, pero que prospera visiblemente de día en día", como alegaban los vecinos que, al fin, triunfaron.

Don Juan Slater, gran contratista de ferrocarriles chilenos, tuvo el honor de clavar el primero y el último riel entre Santiago y Valparaíso, entre San Fernando y Curicó, Talcahuano y Chillán y Curicó y Angol.

El Gobierno del Presidente Errázuriz, parco como los de entonces en otorgar recompensas, decretó:

"Concédese a don Juan Slater, pasaje libre por los Ferrocarriles del Estado, honrando así el empeñoso celo por él desplegado en la ejecución de las grandes obras públicas ya enumeradas". (Decreto de 15 de septiembre de 1876).

A raíz de la fundación de Angol, se leía, además de los escasos diarios de Santiago que lograban llegar a la Frontera, el periódico "El Guía de Arauco", que aparecía en Los Angeles desde el año 1864.

Doce años después, el 9 de septiembre de 1876, vió la luz pública "El Vergara", de Nacimiento, periódico semanal que subsistió hasta el 4 de agosto del año 88.

El 10 de marzo de 1877 aparecía en Angol "El Malleco", que se publicaba una vez por semana.

Aunque los ficheros de la Biblioteca Nacional de Chile dicen que se editaron sólo veinte números de este periódico, hasta el 21 de julio del año de su aparición, estamos en condiciones de afirmar que "El Malleco", aunque en forma irregular, aparecía aún en 1883.

Sabemos, además, que aparecía en 1881 bajo la dirección de don Amador Ortiz.

Tan irregular fué la aparición de este periódico, que no cumplió ni con la obligación legal de enviar ejemplares a la Biblioteca Nacional, que aun apareció en 1884, hasta mediados de febrero, en que desapareció definitivamente debido al fallecimiento de don Juan de Dios 2º Cid, "brazo derecho" en la empresa, según "El Eco del Sur". El señor Cid, era Escribano y Secretario de la Gobernación.

"El Eco del Sur", segundo periódico angolino (1º de enero de 1883), dice en su número del 11 de febrero: "En días pasados ('El Malleco') dió su último suspiro y se despidió de sus suscriptores".

Pero, en realidad, no fué "su último suspiro", porque, poco después, volvía a aparecer, "decían que sólo para publicar unos avisos judiciales", bajo la dirección de don Fernando Ibarra, "hombre conocido por lo perverso de sus maneras y costumbres", según "El Eco del Sur".

Pero cualesquiera que fueran la índole del periódico y la personalidad de su director, "El Malleco" nos proporciona interesantes detalles sobre el ambiente de la época.

Su imprenta estaba instalada en calle Cañete (Vergara), "casa de don Gregorio 2º Velozo, cuadra y media hacia el sur de la Gobernación", como lo decía su pie de imprenta.

Se vendía el número al precio de quince centavos, en circunstancias que la suscripción anual valía cinco pesos. Las informaciones de interés general se publicaban gratuitamente, pero las inserciones de carácter particular pagaban cuatro pesos por columna.

El periódico da cuenta de muchos episodios de la guerra inacabable con los indios. El araucano acechaba aún con ojos felinos a su enemigo, el "huinca", y es así cómo el 7 de abril (1877) se decía que el ciudadano Juan Alberto Barraza, mientras cuidaba dos animales a orillas del Malleco, próximas al puente, había sido cruzado por las lanzas de cuatro mapuches.

Pocos días después daba cuenta de la aprehensión, en Los Sauces, del indio llamado Pedro, de Vivadenco, "conocido por varios vecinos de ser uno de los bandidos más temidos en los años del 71 y 72, tiempos en que la provincia estaba en estado de Asamblea".

"El Malleco" recibía correspondencia de Santiago, con comentarios de los principales acontecimientos nacionales y mundiales.

A principios de abril de 1877 se celebró la Semana Santa. Decía: "Los santos días han pasado en Angol sin grandes novedades. Ha habido los maitines, la vía crucis, el sermón y los judas acostumbrados, con más el espectáculo raro de muchos hombres transitando por las calles con el caballo de la brida".

Toda esa contrición no impedía que los rateros sólo esperaran que se cantara Gloria para reiniciar sus actividades. Uno de ellos arreó con dos cabalgaduras avaluadas en cerca de cien pesos.

Pero, como siempre, parece que esta falta de honradez no se manifestaba únicamente entre la gente del último escalón social. El sastre don José Antonio Carrasco se quejaba amargamente, por intermedio del periódico, de sus deudores "paisanos y militares", y los urgía a cancelar sus cuentas, so pena de publicar los nombres de los clientes poco honrados en letras de molde. Terminaba: "Y por esto no tomen agravio, porque yo ya estoy agraviado".

Según "El Malleco", a los recalcitrantes para cumplir las leyes o los reglamentos municipales, se les aplicaba rigurosamente las penas establecidas. Las principales sanciones eran: depósito de caballo, \$ 1.—; caballo suelto, \$ 0.25; carreta sonando, \$ 0.25; galopar en el radio urbano, \$ 1.—; ebriedad, \$ 1.50.

Angol, como capital del Territorio de Colonización, tenía en aquellos años un activo comercio, siendo una de las principales casas en el ramo la de don Manuel V. Bunster, quien, en destacado aviso del periódico, ofrecía calzado de la Penitenciaría, obra fina de Talca, cotí americano, jabón contemporáneo, yerba del Paraguay, Ginebra Oca Fom, medicinas caseras y de patente, y hasta fusiles con bayoneta. Como se ve, la casa comercial era un emporio y arsenal de cuanto se necesitara.

NUEVO AVANCE DE FRONTERA

Fundación de Traiguén (1º de diciembre de 1877)

A pesar de la tranquilidad general demostrada por los indios durante los últimos tiempos, no faltaron incidentes bélicos.

El 13 de marzo de 1876 cayeron sorpresivamente sobre los campos de Ñipaco, lugar próximo a Angol, y se llevaron un considerable número de animales.

El comandante de Chiguaihue dispuso la inmediata salida de una expedición de Cazadores a caballo, al mando del teniente Pedro N. Rivera, alférez Rafael Avaria y sargento 1º José Tomás Urzúa, la cual partió en dirección a Cángulo.

Al llegar a un lugar llamado Pelchue, la tropa, formada por 49 hombres, hubo de dividirse para atacar simultáneamente dos grupos de indios, pero luego tuvieron que reunirse nuevamente, ya que el grupo del sargento 1º Urzúa se batía en condiciones difíciles, pues acudían indios de todos los contornos a reforzar las huestes de sus hermanos.

Tan denodadamente se batieron en ese encuentro las tropas de Cazadores, que, por recomendación del general Urrutia, Rivera, Avaria y Urzúa fueron ascendidos por el Gobierno a los grados de capitán, teniente y alférez, respectivamente.

En el mes de octubre el entonces teniente, y futuro general,

José Antonio Soto Salas, tuvo que salir de Lumaco en persecución de un grupo de indios que habían robado animales a un señor Glen.

El teniente Soto Salas recorrió en tres horas 14 leguas, pasando el Traiguén y alcanzando hasta Tricauco, logrando arrebatarse a los indios buena parte de su presa, pero no logró conseguir totalmente su objetivo, por el cansancio de las cabalgaduras.

Estas manifestaciones hostiles hicieron que el general Urrutia enviara una división de caballería a cargo del teniente coronel de Granaderos don Nicolás Yávar, la que logró asentar nuevamente la tranquilidad, al menos aparente, entre las tribus de la región.

El general Urrutia comprendía que mientras las tropas no tomaran posesión definitiva del territorio ocupado por los indios revoltosos, no cesarían los desmanes de éstos, y se sentía intranquilo por la inmovilidad en que se le mantenía desde hacía seis años.

En 1877 pedía al Gobierno que se le permitiera avanzar la línea de frontera abarcando el sector que encierran los ríos Lumaco y Cholchol hasta su unión con el Cautín, fundar dos fuertes a orillas del primero de los ríos nombrados y una plaza principal en el lugar en que se encuentra hoy Nueva Imperial. Desde aquí pretendía avanzar sobre Toltén y Villarrica, totalizando así el dominio sobre la Araucanía en un plazo que no sería superior a tres años.

Con la ejecución de la medida propuesta, terminarían las rivalidades entre indios abajinos y arribanos, cuya separación era el río Lumaco.

Como el Gobierno no aceptaba un avance tan amplio, el general Urrutia decía al respecto: "La línea del Cautín nos pondría en estado de dominar efectivamente la gran extensión del territorio por los indios que nos son hostiles y no nos veríamos precisados, como por el proyecto que examinamos, a esperar confiadamente que se verifique la civilización de los salvajes o su emigración para las pampas argentinas. No necesito decir que lo primero es poco menos que imposible, y lo segundo, sin que los naturales rebeldes se vieran hostilizados. ¿Como habrían de hacerlo a efecto?"

“La ocupación del Cautín importaría también de hecho la dominación de Villarrica; con nuestras fuerzas en ese río, ejerceríamos dominio sobre todo lo que se extiende al sur hasta el Toltén, como con la línea actual del Malleco lo ejercemos sin dificultad sobre todas las plazas avanzadas al sur, las que están completamente seguras y prosperan en tranquilidad.

“Se evitaría, pues, el establecimiento de la segunda línea, que el Gobierno difiere para la primavera subsiguiente”.

El plan de menor avance propuesto por el Gobierno y el propio del general Urrutia, fueron considerados en una amplia reunión a la que éste citó, en la que participaron los jefes militares más destacados de la Frontera, el juez letrado de Angol, don Manuel A. Cruz, que desempeñaba las funciones de auditor de guerra, y su secretario, don Beltrán Mathieu.

La totalidad de los jefes reunidos aceptó el plan de su general, a excepción del comandante Eleuterio Ramírez, quien estimaba demasiado amplio el territorio que se proponía ocupar en relación con las fuerzas militares con que se contaba, e insinuó la línea del río Quino que, por sus riberas hondonadas, no exigía el establecimiento de numerosos fuertes.

El Gobierno llegó a la conclusión de ocupar la línea del río Traiguén, autorizando la instalación del fuerte de Leveluán y Torre del Mirador y la fundación de la ciudad de Traiguén, lugar este último que fué ocupado el 1º de diciembre de 1778.

Este nuevo avance se hizo posible gracias, principalmente, a la llegada del coronel don Cornelio Saavedra al cargo de Ministro de Guerra, durante la administración presidencial de don Aníbal Pinto, y fué confiado al comandante don Gregorio Urrutia, ex secretario y ayudante del coronel Saavedra desde el año 1861, y gran conocedor de los asuntos relacionados con la Araucanía.

Al tiempo de recibir esta comisión, el teniente coronel Urrutia era comandante del Batallón Zapadores y jefe militar de la plaza de Lumaco.

Dicho Batallón había sido creado por decreto supremo de 24 de abril de 1877, y se formó a base del 7º de Línea y gente de oficio, carpinteros, herreros, etc., que había en las demás unidades. Entre sus principales trabajos se contaron: la construcción del camino que, uniendo Purén y Contulmo, puso en fácil comunicación a la Alta y Baja Frontera, la instalación de varios puentes,

alcantarillas, maderas para la construcción de nuevos fuertes, lanchas y demás embarcaciones, etc.

Las comunicaciones entre Angol, Lumaco y Purén se veían interrumpidas en la Vega Larga, lugar donde actualmente se encuentra el pueblo de Trintre, debido a los bandoleros é indios rebeldes, por lo que se hizo el traslado de la Torre del 5 de Enero, en la Línea del Malleco, entre Chiguaihue y Lolenco, al lugar antes citado, denominándosela "Torre de Juan Trintre", nombre del famoso cacique de esa comarca.

ANGOL, SEGUN LAS MEMORIAS DEL GENERAL BASILIO URRUTIA

Antes de avanzar en los sucesos relacionados con la guerra de 1879, recordemos el estado en que se encontraba la ciudad de Angol, y Territorio en general, hasta el comienzo de esa conflagración.

Ninguna fuente histórica mejor, al respecto, que las Memorias elevadas al Gobierno por el general don Basilio Urrutia con fechas 1º de mayo de 1877 y 30 de junio del año siguiente de los cuales hemos obtenido la mayoría de las informaciones que expondremos a continuación.

Para dirigir las obras públicas de la región existía la Comisión de Ingenieros de la Frontera, que presidía don Tirso Rodríguez, y de la cual formaba parte el ingeniero don Teodoro Schmidt, de grato recuerdo en la Araucanía, y de cuya personalidad nos ocuparemos en forma más extensa en el curso de esta obra.

El decreto supremo de 7 de noviembre de 1876 dispuso la disolución de la Comisión que presidía el señor Rodríguez, pasando la oficina y archivos al Jefe de Ingenieros Militares, sargento mayor graduado don Baldomero Dublé Almeida.

Pero el señor Schmidt quedó agregado a la Comisión Militar, "por su conocimiento personal de todo lo que concernía a la citada Comisión".

Agregaba don Basilio Urrutia: "Una especial recomendación de los servicios del ingeniero don Teodoro Schmidt, agregado a la sección militar. Su contracción proverbial al trabajo, el exacto e inmediato cumplimiento de todas las comisiones que se confían a su celo, redundan en positivo beneficio del Estado.

"Por su conocimiento que tiene de los lugares y de los indígenas y por la reputación que entre éstos se tiene conquistada, se le encarga de todas las comisiones de reconocimientos, deslindes, entregas y demás que a menudo se ofrecen relativas a terrenos".

Con respecto a la constitución de la propiedad indígena, fueron innumerables los esfuerzos del Gobierno y las disposiciones legales para consolidarla y evitar los abusos de los especuladores.

Las disposiciones pertinentes de los años 1823 y 1853, a fin de dar subsistencia y seguridad a los contratos relativos a terrenos, quedaron sin efecto con la promulgación del Código Civil, en 1857.

Para remediar este inconveniente se promulgó la ley de 4 de diciembre de 1866, "sobre la que debía descansar todo el sistema de la colonización en el sur". Sus vacíos fueron subsanados por otra ley en 1874, la que consideraba sólidos sólo los contratos "con título escrito y registrado".

Se mandó deslindar convenientemente la propiedad indígena y dar garantías al mapuche. Según algunos diputados, era "una ley de pacificación llamada a hacer cesar toda resistencia de parte de los naturales", lo que no se obtuvo tan fácilmente, como se pudo ver por los alzamientos terribles que siguieron poco después de su promulgación.

Antes se negaba al Estado el derecho de ser el único comprador de los terrenos indígenas, pero, en cambio, se concedía derecho a la especulación fraudulenta de los particulares.

La ley de 1874, de verdadera expropiación, puso fin a tales abusos. Se formó un tribunal para la liquidación de la propiedad indígena, que tampoco satisfizo del todo; pero el gran progreso consistió en establecer que la única fuente legítima de constitución de dominio sobre las propiedades radicó en el título adquirido del Estado.

Sin embargo, sabemos que nunca ha faltado medios para burlar la ley.

Los pueblos del Territorio de Colonización de Angol seguían atrayendo nuevos pobladores, sobre todo en Purén, en 1876, y Collipulli al año siguiente, llegando a convertirse este último punto en el gran centro de transacciones con los indios, además de la importancia comercial que le dió la instalación de un molino.

La gran parte de la documentación oficial de los años 1876, 77 y 78 tiene relación con el arreglo de la propiedad indígena.

Según un oficio de fecha 26 de junio de 1877, habían ingresado a Tesorería, por hijuelas compradas al Fisco, las siguientes cantidades de dinero:

Renaico, Malleco e inmediaciones de Angol	\$ 42.654.71
Rucapillán	10.869.88
Curaco	1.213.06
	<hr/>
TOTAL	\$ 54.737.65

Las dos principales obras de adelanto local que se realizaron durante este tiempo fueron la conclusión del nuevo puente sobre el Rehue y Picoiquén, y la construcción de la recova, o mercado.

El primero de esos trabajos quedó terminado a mediados de mayo de 1878, con un costo de \$ 11.919.92. La construcción del edificio para recova se hizo posible con la venta por la Municipalidad de algunos pequeños terrenos cedidos por el Fisco.

Lo único que no se conseguía mejorar eran las condiciones de seguridad de la cárcel. El 11 de marzo de 1879, el general don Basilio Urrutia telegrafaba al Ministro de Colonización:

"Ayer, al ponerse el sol y al tiempo de relevar la centinela de una cuadra en que había 44 reos procesados en la cárcel, se vinieron todos a la puerta y atropellaron la guardia cívica, hirieron al centinela, fugándose treinta y cuatro reos, habiéndose aprehendido cinco de ellos, los que han sido heridos, dos de gravedad y tres agonizando, y uno muerto".

Las copiosas lluvias del invierno del año 78, felizmente no causaron daños en Angol, pero sí en la región de Lumaco, donde las tropas del Batallón Zapadores tuvieron una lucida actuación en la protección y salvataje de los vecinos amagados por las aguas.

Pero llegó el buen tiempo, y para las fiestas septembrinas se gastaron \$ 5.50 en comprar un cajón de velas para iluminar durante los días 17, 18 y 19 el exterior del edificio de la Gobernación y establecimientos públicos dependientes de ella... El cambio estaba a 38½ y el presupuesto municipal ascendía a \$ 8.545.00.

LA FRONTERA Y LA GUERRA DEL PACIFICO

A una situación de dominación sobre los indígenas se había llegado, cuando estalló la guerra contra el Perú y Bolivia.

La fundación de Traiguén y fuertes de Leveluán, Adencul y Torre del Mirador se había hecho en los reductos del indomitable Quilapán, y ya los indios habían comenzado, en gran número, a llevar una vida relativamente civilizada y a aficionarse al trabajo remunerado, tal como cualquier obrero chileno. Baste citar el caso de que en la construcción del ferrocarril entre San Rosendo y Angol, participaron más de cuatrocientos indígenas, que demostraron la inteligencia y fortaleza que más tarde ha hecho famoso al obrero chileno.

La conflagración del 79 produjo un trastorno completo en las defensas de la Araucanía, pues todas las unidades militares de Línea debieron ser trasladadas apresuradamente al Norte, para lo cual prestó inmensos servicios el ferrocarril, que llegaba hasta Angol.

El 3º de Línea, de guarnición en esta ciudad, comandado por el teniente coronel don Ricardo Castro, fué el primer cuerpo que, el 14 de febrero, salió hacia el Norte. Partieron, en seguida, el 1º de Línea, con su comandante don Luis José Ortiz; el 2º, que heredó sus glorias en Tarapacá con su jefe Eleuterio Ramírez; dos compañías del Zapadores, con don Ricardo Santa Cruz; el Regimiento Granaderos a Caballo, con su comandante don Tomás Yávar; el sargento mayor don Feliciano Echeverría con el escuadrón de Cazadores que entonces se encontraba en el Sur; y la compañía de artillería, con su capitán don Lorenzo Herrera.

Entre los jefes y oficiales que partieron al Norte al mando de disciplinados y entrenados Batallones, muchos de ellos se convirtieron en héroes de la Patria, y no pocos rindieron allí su vida: Eleuterio Ramírez, Pedro Lagos, Ricardo Santa Cruz, los Barboza, los hermanos Dublé Almeida, Marco Aurelio Arriagada, Alejandro Gorostiaga, Tomás Yávar, José Velásquez, José Domingo Amunátegui, los Urrutia, Bartolomé Vivar, José Antonio Garretón, Abel Garretón, Emilio Larraín, Pablo Nemoroso Ramírez (hermano de Eleuterio), Liborio Echanes, Ricardo Silva Arriagada, Telésforo Ba-

rahona, José Tobías Morales, Ricardo Bascuñán, y centenares de nombres más, cuya lista sería interminable. Todos partieron del glorioso Ejército de Arauco, que tenía su sede en Angol.

El único nervio de esa heroica guerra, dice Leandro Navarro en "Crónica Militar de la Araucanía", fué la disciplina, obra del carácter, perseverancia, previsión y energía de ese ejército del sur que comandaba Urrutia, que lo creó y mantuvo en forma inflexible durante los 15 años que, más o menos, gobernó civil y militarmente la frontera de Arauco, bajo la confianza absoluta que en él depositaron tres de los más ilustres Presidentes de Chile: Pérez, Errázuriz Zañartu y Pinto".

"La disciplina de nuestro único Ejército, que comandaba su jefe don Basilio, como se le decía, era soberbia; se vivía en pleno cuartel; el general, para no relajarla, no permitía ni siquiera transitoriamente se abandonara el traje militar. Durante su época se peleaba con los indígenas y se ejercitaba a diario a las tropas en las más rudas faenas militares".

Aparte de los elementos nombrados, esencialmente militares, hubo otros que formaron el resorte técnico indispensable a toda esta clase de operaciones: el Cuerpo de Ingenieros Militares, en el que se contaron jefes y oficiales tan prestigiosos como el coronel don José Francisco Gana, los comandantes Tomás Walton y Benjamín Viel, el sargento mayor Raimundo Ancieta, los capitanes Arístides Martínez, Baldomero Dublé Almeida y Francisco Javier Fierro, los teniente Rodolfo Uribe, Ramón Serrano Montaner, Juan de Dios León, Francisco Pérez y Manuel Romero, y el alférez Enrique Munizaga, tuvieron en la Frontera un importantísimo papel: "levantaron los planos de esa zona, que sirvieron de base para la formación de las diferentes líneas de avance y planta de los pueblos; apertura de sendas y caminos, construcciones de puentes y calzadas, fortificaciones y construcción de cuarteles y fortines; en una palabra, la obra del teodolito y de la brújula fué de inapreciable utilidad en un territorio enteramente abrupto y desconocido", como dice don Leandro Navarro en "Crónica Militar de la Araucanía".

Además de estos ingenieros militares, hubo ingenieros civiles que formaron una comisión topográfica, los que hicieron la mensura de las tierras disponibles y las dividieron en hijuelas que se entregaron al remate. Formaron parte de esa comisión topográfi-

ca don Tirso Rodríguez, don E. Plhuman, don Manuel Jentick, don Guido Vigneaux y don Teodoro Schmidt.

Para la atención médica, había hospitales en Angol, Mulchén y Collipulli.

Los primeros cirujanos fueron los doctores don Juan Enrique Wolleter y don José Gregorio Bisquert, a los que se agregaron después don Jorge Birch, don Juan Kidd, don Jorge Stevens y don Mauricio Leguiffe.

Con respecto al servicio de administración y acarreo, se improvisaba en cualquier forma, prestando su cooperación para ello todos los ciudadanos útiles al respecto.

FIN DEL GOBIERNO DEL GENERAL URRUTIA

AVANCE HASTA EL CAUTIN.—FUNDACION DE TEMUCO

El 5 de abril de 1879 Chile declaró la guerra al Perú y Bolivia, y el 28 del mismo era nombrado Ministro de Guerra y Marina el general don Basilio Urrutia, quien, sin embargo, no abandonó la Frontera antes de dejar reemplazante a los cuerpos de Línea que partían al Norte.

Se organizaron rápidamente los cuerpos cívicos, al mismo tiempo que los indios comenzaban a dar sus primeras manifestaciones de rebelión, conocedores de la difícil situación que afrontaba el país.

Estos cuerpos totalizaron 1.500 hombres, repartidos en las siguientes unidades: Batallón Cívico Movilizado Angol, Brigada Cívica del Malleco, Compañía Cívica de Tijeral, Escuadrón Movilizado Carabineros de la Frontera, Escuadrón Cívico de Angol y Compañía Cívica de Curaco.

En mayo de 1880 se dió nueva organización a estos cuerpos, formándose con ellos el Batallón Angol, el Batallón Bíobío y los Escuadrones de Carabineros de la Frontera y de Angol, fuerzas que se vieron disminuídas al terminar el año con la partida al Norte del Batallón Bíobío y del Escuadrón de Carabineros de la Frontera.

Los indios siempre prontos para aprovechar cualquier debilidad del enemigo, comenzaron a mediados de ese año sus manifestaciones colectivas de rebelión, las que se hicieron más ostensibles a partir de enero de 1881, con el ataque a Traiguén y fuer-

tes de Adencul y Leveluán, los que fracasaron debido al oportuno conocimiento que de dicho plan tuvo, por declaraciones de un prisionero indio, el jefe de la plaza de Traiguén, don Pascual Cid.

En vista de este fracaso, los indios, en número de 1.500, cayeron sobre Los Sauces, defendido por el teniente del Escuadrón Angol don Darío Espinoza, ataque que también fracasó.

No del todo desilusionados, los araucanos cargaron contra Collipulli y Arauco.

En el primero de estos lugares, el capitán Honorindo Martínez, jefe de 35 carabineros de Curaco y de un piquete de infantería del Escuadrón de Angol, se defendió valerosamente, secundado por el teniente Domingo Rodríguez y el alférez Juan A. de la Fuente, logrando rechazar al enemigo, aunque éste con sus asaltos causó numerosas muertes entre los campesinos de la región y saqueó varias propiedades, entre las cuales se contó la de don Rodolfo Martínez.

El Gobierno, alentado por su triunfo completo en el Perú y convenido de que los indios no se someterían mientras no se ocupara el corazón de los dominios de los revoltosos, resolvió al fin ocupar la línea del Cautín, lo que trajo por consecuencia la fundación de la ciudad de Temuco, el 27 de febrero de 1881.

Esta expedición, presidida por el Ministro del Interior, don Manuel Recabarren, salió desde Traiguén el 12 de febrero y en su recorrido hacia el sur se instalaron diversos fuertes que dieron vida posteriormente a otros tantos pueblos: Quino, Quillem y Lautaro.

El Ministro estuvo de regreso en Angol el día 2 de marzo, creyendo haber dejado sometidos definitivamente a los indios, lo que no sucedió, pues el día 9 del citado mes cayeron sobre la nueva plaza de Temuco. Felizmente sus defensores, después de un vivo tiroteo, lograron alejar a los atacantes.

Iguales manifestaciones de rebelión se manifestaron en otros lugares, como protesta por la instalación de nuevos fuertes y ciudades.

Al alejarse de la Frontera el general don Basilio Urrutia, para asumir el cargo de Ministro de Guerra, quedó en su reemplazo el coronel don Gregorio Urrutia; pero el 18 de noviembre de 1879 éste debió entregar el mando al teniente coronel don Hipólito Beauchemín. Los servicios directos del señor Urrutia se hicieron necesarios en la guerra contra el Perú y Bolivia.

Durante el corto tiempo de interinato de ambos jefes militares, la calamidad mayor fué la inundación de los últimos días de agosto de 1879, que destruyó diez puentes en el camino de Purén a Cañete y, además, el de Chiguaihue sobre el río Malleco, que tan indispensable era para las operaciones militares y conducción de productos del sur.

Los pueblos seguían creciendo paulatinamente. Traiguén contaba ya con mil pobladores. Por lo demás, éstos se veían obligados a cumplir con las obligaciones de instalación y construcciones que se habían impuesto, pues, en caso contrario, se les multaba con \$ 10.00 a \$ 20.00 a beneficio municipal, cantidad que, para aquellos tiempos, no era despreciable.

EL CORONEL DON GREGORIO URRUTIA JEFE DE LA FRONTERA

(1881 - 1883)

Avance hasta Villarrica

En vista de que los indios continuaban provocando inquietud, el Gobierno creyó del caso designar como jefe del Territorio de Colonización de Angol a un militar distinguido que conociera profundamente el problema araucano. Y ese jefe fué el coronel don Gregorio Urrutia, que en ese entonces se encontraba en el Perú.

El 16 de marzo de 1881 el mencionado militar asumía su cargo en Angol.

Los indios más reacios eran los de Quíllem y Ñielol. Estos últimos no vivían en las inmediaciones de Temuco, en el cerro que hoy lleva ese nombre, sino en un paraje montañoso situado en la medianía de Galvarino y Quíllem, inmediatamente al sur del río de este último nombre.

El coronel Urrutia procedió de inmediato a organizar en Colipulli una división de 600 hombres, que fué puesta al mando del teniente coronel de Guardias Cívicas don Alejandro Larenas. Esta expedición instaló el fuerte de Victoria el 28 de marzo de 1881, a fin de asegurar las comunicaciones con Quino, Quíllem, Lautaro y Temuco.

Además, el 24 de abril, se instaló un fuerte en Ñielol, que servía de reducto a los indios más audaces y a los bandoleros más peligrosos.

Esta última instalación la efectuó una expedición distinta a la anterior, que partió desde Traiguén, y que obtuvo en su recorrido un éxito inesperado: además de la destrucción por el fuego de más de doscientas viviendas indígenas, se les quitaron 694 animales vacunos, 327 caballos y cerca de mil cabezas de ganado lanar, animales que fueron rematados en Angol con espléndido resultado económico para las arcas fiscales.

Las medidas drásticas tomadas por el coronel Urrutia, que sabía que al indio había que dominarlo primeramente por la fuerza, trajo una nueva tranquilidad a la Frontera, guarnecida entonces por las siguientes unidades militares que totalizaban 2.562 hombres: Batallones Bíobío, Angol, Arauco y Ñuble y Escuadrones de Carabineros de Angol y de la Frontera.

El 12 de septiembre de 1881 el coronel Urrutia envió al Gobierno un extenso Memorial, en el cual se refería a las medidas que consideraba más prácticas para conseguir la tranquilidad de los indios y el progreso general del territorio bajo su mando.

Por primera vez se hacía ver a las autoridades de la República la conveniencia de separar el mando civil del militar, ya que la extensión del Territorio de Angol no permitía a una sola persona atender eficientemente ambas funciones.

Hacía ver, además, la conveniencia de establecer el régimen municipal, "ya que en pueblos nuevos como éstos, decía, está todo por hacer, y hay necesidad de proveer a todo: a la creación de rentas, a la organización de la policía de seguridad, a la de los diversos servicios locales, a la apertura y conservación de caminos, a la salubridad pública, a la instrucción primaria".

Eran funcionarios de Angol, en 1881, las siguientes personas:

Secretario del Territorio, don Beltrán Mathieu, quien renunció su cargo el 8 de agosto, siendo reemplazado por don Tomás Romero;

Don Juan de Dios 2º Cid, Escribano Público y Conservador; y
Don Daniel Urbano Bustos, Promotor Fiscal.

En seguida, en su Memorial, el coronel Urrutia se refería a la prolongación del ferrocarril, haciendo ver que lo más conveniente era bifurcar las líneas, a fin de que una continuara hasta Traiguén, y la otra siguiera a Collipulli y Victoria. Los terrenos habían adquirido un aumento tan grande de valor con motivo del próximo avance de líneas ferroviarias, que se estimaba que el mayor precio en las ventas pagaría con creces el valor de dichas obras.

Por último, el jefe del Territorio se refería a la despoblación que se estaba produciendo en las provincias vecinas con motivo del avance de los pobladores hacia el sur, recomendando la traída de extranjeros para ocupar las tierras ganadas al aborígen.

Viendo la tranquilidad relativa en que se encontraba su Territorio, el coronel Urrutia se trasladó a Santiago, a principios de noviembre, con el objeto de resolver el avance hasta la línea del Toltén, pero apenas había llegado a la capital, el telégrafo lo informó de un nuevo levantamiento araucano: habían sido atacados simultáneamente los fuertes de Lumaco, Ñielol, Temuco y, en la Baja Frontera, Cañete e Imperial.

El 5 de noviembre el coronel regresó apresuradamente al sur.

En Lumaco, el 5 de noviembre, perecieron a manos de los indios más de sesenta personas, incluyendo mujeres y niños; en Ñielol, los atacantes emplearon una hábil estratagemas: vestidos de blanco avanzaron en la noche agazapados, imitando con sus movimientos y balidos a un rebaño de ovejas; sobre Temuco cargaron 1.400 indios. Felizmente todos esos ataques fueron desbaratados.

Pero la seriedad del peligro hizo al coronel Urrutia solicitar con urgencia más tropas: en efecto, pronto llegaron a Angol cerca de cuatrocientos hombres del Chillán, 8º de Línea, de los cuales la mitad fué a reforzar la línea del Traiguén.

En la región de la Baja Frontera, Tirúa, Cañete, Imperial, el alzamiento tuvo especial gravedad, pues los indios mataron cerca de doscientas personas, entre hombres, mujeres y niños, y, para sofocarlo, se hizo necesario el envío de 50 hombres desde Valdivia, y la Artillería Cívica de Lota, que partió desde Talcahuano, pero tanto estas tropas como las que llegaron a Angol, arribaron cuando ya el movimiento subversivo había sido dominado.

A su llegada a Traiguén, don Gregorio Urrutia pudo imponerse en detalle de las proporciones del alzamiento, que había producido 500 víctimas en ambas Fronteras. Resolvió castigar severamente estos desmanes y dar con ello confianza y seguridad a los miles de habitantes que se habían visto en peligro.

Primeramente hizo salir del fuerte de Victoria, al mando del capitán del Escuadrón Angol don Bernardo Muñoz Vargas, 200 hombres de infantería y 50 de caballería, con la misión de vigilar los caminos que llevaban a la Línea del Malleco y la parte oriental de los fuertes de Quino, Quíllem y Lautaro.

El propio coronel comandó la división principal, que se compuso de 630 soldados y 200 indios amigos.

Con estas fuerzas alcanzó primero hasta la región de Cholchol, y el 18 de noviembre de 1881 fundó el fuerte de este nombre en el mismo lugar en que estaba instalada la ruca de uno de los caciques más belicosos. En seguida continuó hasta el asiento en que estuvo la ciudad de Imperial, donde se le juntaron las fuerzas que habían avanzado hacia el sur a lo largo de la Baja Frontera, y otra que había partido desde Toltén.

Ante fuerzas tan considerables, todas las regiones indígenas declararon su sometimiento. A su regreso reforzó los diferentes fuertes y recibió muchas otras declaraciones de sumisión.

Llegó a Traiguén el 7 de diciembre.

La rebelión indígena no sólo se había producido por sus ansias de independenciamiento y libertad. Hay que exponer también las razones de justicia que tenían los indios.

Al irse al Norte los batallones de Línea, con motivo de la guerra contra Perú y Bolivia, se habían improvisado unidades cívicas, y muchos de sus componentes, oficiales y tropa, cometieron mil tropelías contra los mapuches. Las injusticias y asesinatos de indefensos indios eran corrientes.

Con razón decía el coronel Urrutia: "Cuando me fuí al Perú, dejé a la Araucanía en completa paz, y cuando volví la encontré en completa revolución". Don Gregorio había partido al Norte en abril de 1880, con el resto de su regimiento Zapadores, y había quedado como su reemplazante en el mando de la Frontera el coronel don Hipólito Beauchemin, quien, dada la extensión del territorio bajo su mando, ignoró muchos de los procedimientos abusivos usados por sus subalternos.

Como justificación plena de la conducta del indio, reproducamos una escena que recuerda don Horacio Lara, en su obra "La Araucanía", con respecto a la amonestación que el coronel Urrutia hacía a uno de los caciques sublevados:

"Vos no sabes, coronel, lo que han hecho con nosotros tus paisanos; no tienes razón para reprenderme. Mira lo que han hecho sólo conmigo: violaron y mataron a mis mujeres y también asesinaron a mis hijos; además dejaron ensartadas también a mis mujeres. ¿Y cómo quieres entonces, coronel, que no me subleve cuando se me trata así? Mira, coronel: preferimos morir todos con

la lanza en la mano y no asesinados en nuestras casas por tus paisanos. No tienes, pues, razón, coronel, para reprenderme ni para castigarme”.

La fuerza, sólo la fuerza, hizo al indio replegar sus banderas.

Por otra parte, el feroz Quilapán, personificación de las últimas resistencias, recién había muerto, cumpliendo hasta el fin el juramento hecho ante Mañil, su padre agonizante. Los hijos y capitanes del “último cacique”, tuvieron que ir poco a poco, inclinando las frentes. El sol de Arauco comenzaba a eclipsarse.

Sin embargo, había que continuar halagando a sus principales cabezas. A fines de 1880 había el siguiente personal de caciques y capitanes de amigos pagados mensualmente por la Tesorería Fiscal:

Capitán de amigos Juan Colipí	\$ 30.—
Capitán de amigos José Esteban López	9.—
Lenguaraz Francisco Herrera	15.—
Lenguaraz Fermín Monje	10.—
Cacique Martín Quiñinao Montri	12.—
“ Ignacio Cheuquemilla	10.—
“ Paillal	12.—
“ Marcelo Paillalleo	10.—
“ José Pinolevi	15 ¼
“ Luis Marileo Colipí	10.—

Mientras tanto, las huestes de la República seguían su marcha invasora, acompañadas del Ministro del Interior, don Javier Castellón, que, a comienzos de febrero de 1882, se había trasladado a Angol.

A mediados de ese mes el coronel Urrutia fundó el fuerte de Carahue, en el asiento de la antigua Imperial, y, por no haber en este lugar elementos suficientes para una ciudad, echó las bases de Nueva Imperial, casi en la confluencia del Cautín con el Cholchol, en el lugar llamado Traitraco, cuyo dueño era el cacique Lemunao.

Al mes siguiente, el 12 de marzo, se echaron las bases del fuerte de Curacautín.

El 23 de septiembre el coronel Urrutia salió desde Lautaro a recorrer la comarca que encierra los ríos Cautín y Muco, río este

último que desagua en el primero, frente al actual pueblo de Pillanlelún, con el objeto de someter a algunos indios que a menudo cometían robos. Allí encontró a los mapuches en un estado tal de miseria, de hambruna, que tuvo que proporcionarles alimentos.

Volvió a insistir ante el Gobierno para que se autorizara la ocupación total de la Araucanía, hasta el Toltén. "Se hace indispensable, decía, dar el último paso para la definitiva ocupación militar de toda la Araucanía, sin lo cual ningún sistema puede implantarse ventajosamente para obtener los fines que se desean".

Felizmente, dicha autorización llegó, y el 20 de noviembre de 1882, el jefe de la Frontera encabezó la columna que, después de instalar el fuerte de Freire, el 7 de diciembre, llegó a las ruinas de la antigua ciudad de Villarrica, cuya reconstrucción se inició el 1º de enero de 1883.

Con este hecho notable de la Conquista de Arauco, se daba fin al anhelado proyecto sustentado por todos los jefes militares.

El 1º de enero el comandante don Alejandro Larenas, con los jefes y oficiales de la división, se presentó a felicitar al coronel Urrutia.

F. A. Subercaseaux cuenta esa escena en "Memorias de la Campaña": "En el primer día del año, vengo en nombre de la fuerza expedicionaria a saludar al jefe que tan hábilmente ha llevado a buen término la ocupación de Villarrica".

El coronel contestó: "Agradezco sinceramente esta manifestación, pero soy yo quien debe felicitar a los señores jefes, oficiales y tropa por los grandes esfuerzos desplegados en esta campaña, terminada en el último día del año que acababa de expirar y que creo será también el postrero de la barbarie".

Al mismo tiempo que se efectuaba la expedición a Villarrica, se trataba de asegurar el dominio y control del Alto Biobío, comarcas de los pehuenches, ya que esas regiones cordilleranas eran el refugio tanto de los indios chilenos como argentinos que huían de la presión que, simultáneamente, les hacían sus respectivos Gobiernos.

El jefe encargado de esta campaña fue el comandante de guardias nacionales don Martín Drouilly, ingeniero que desempeñó en Angol el cargo de jefe de la Oficina de Colonización, y colaboró con Amado Pissis en el levantamiento de la carta geográfica

de Chile. Además intervino, como jefe de Colonización, en la colocación de mineros colonos.

Como sus trabajos geográficos los había hecho principalmente en la misma región que ahora le tocaría dominar militarmente, su designación no pudo ser más acertada.

Sus actividades se desarrollaron principalmente en la línea misma del Alto Biobío, desde su nacimiento en Gualletué, donde quedaron instalados los fuertes de Nitrito, Lonquimay, Lincura y Maichí.

En la segunda de las dos expediciones efectuadas por Droully, se produjeron odiosos incidentes con patrullas argentinas, que entraron a nuestro territorio en persecución de indios, en los que se produjo un encuentro armado que dejó varios muertos, de ambos lados. Este hecho lamentable se produjo cerca de la laguna de Gualletué, el 17 de febrero de 1883.

La línea de fuertes instalados por el comandante Droully se llamó Línea del Alto Biobío.

Las últimas operaciones de ocupación de la Araucanía hicieron posible la vuelta de numerosos cautivos, algunos de los cuales habían permanecido por largos años en poder de los indios.

El coronel Gregorio Urrutia decía por oficio de 25 de octubre de 1882: "En el fuerte de "Quíllem" de esta frontera se encuentra María Dolores Lucero, hija de Ventura Lucero y de Clementina Blanco, natural de San Luis, hacienda "Pozo Cercado", cerca de Bebedero. Hace más de veinte años a que los indios la trajeron cautiva, siendo en aquella época de seis a diez años de edad.

Vivía en poder de un cacique, a quien la trajeron de regalo los indios de la otra banda, y ahora desea volver al lado de su familia".

ASPECTOS GENERALES DE LA COLONIZACION CONSIDERADOS POR EL INGENIERO DON TEODORO SCHMIDT

Ya en un capítulo anterior nos hemos referido en general a la actuación funcionaria de este distinguido hombre público, a cuya memoria hoy se levanta un monumento en la ciudad de Temuco.

Hubo mucha gente que en la Frontera adquirió renombre por el incremento fabuloso de su fortuna. En cambio el señor Schmidt ganó una respetabilidad única por sus dotes de laboriosidad, de

honradez acrisolada y desprendimiento hacia los bienes materiales.

El general don Basilio Urrutia agregaba a muchos elogios anteriores lo siguiente, con fecha 14 de abril de 1881:

“No ha habido ninguna circunstancia que lo haya distraído de las atenciones de su puesto y que lo haya separado un momento del cumplimiento del deber. Es un hecho, que aquí puede ser constatado por todos, que la mayor parte o la totalidad de los extensos trabajos topográficos ejecutados en la hijuelación de los terrenos de la Frontera, han sido la obra del ingeniero Schmidt”.

Hemos dicho que don Teodoro no se preocupó de su situación económica, ni “pescar a río revuelto”, como le hubiera sido tan fácil hacerlo.

Es por eso que el general Urrutia pedía al Gobierno se le recompensara con mil o mil quinientas hectáreas de terrenos fiscales, a fin de que pudiera asegurar el porvenir de sus numerosos hijos. “Una merecida recompensa a la inteligencia, la laboriosidad y la honradez”.

Ese año, 1881, el señor Schmidt era en Angol, el jefe de la Oficina de Ingenieros.

Había llegado a Chile con una vasta y sólida preparación técnica: después de terminar el curso superior de Agricultura en Darmstadt, en 1851, tuvo tres años de práctica junto al Ingeniero de la Real e Imperial Sociedad de Agricultura de Steiermark, tres años al lado del célebre ingeniero Barón de Kreuter en Viena, siempre ocupado en cuestiones agrícolas, y durante nueve años en grandes haciendas en el norte de Chile.

Pero él, al referirse a estos estudios, decía modestamente: “A estos antecedentes y quince años de práctica, debo en gran parte los débiles servicios que en seguida, y con satisfacción, puede prestar en el Territorio de Arauco”.

Con fecha 20 de marzo de 1882, el señor Scmhdt elevó al Ministerio respectivo un extenso y luminoso informe sobre “lo que ha sido la Colonización del Territorio de Arauco”, digno del mejor contralor del país mejor organizado. Es una crítica acerba a todos los errores e irregularidades cometidos por personas responsables.

Según el Ingeniero Jefe, se dilapidó dinero en toda clase de obras: en pocos años se construyeron tres puentes en la unión del

Rehue y Picoiquén, tres sobre el Malleco, dos sobre el Huequén, etc., todo por deficiencias de construcción.

No se hizo el menor estudio sobre las aptitudes de los colonos instalados desde 1868: venían, "cigarreros, zapateros, sargentos mayores, músicos, plateros"... Colonos que reunieran las condiciones de tales, habría apenas un 5%, lo que hacía que esos predios estuvieran en ruinas, lo mismo que los puentes.

"El Gobierno cree estar persuadido que el chileno no sirve para colono, y se ve en la necesidad de traer colonos europeos".

"El escribiente de la Intendencia de Angol, por un cóndor de oro, garantizaba el despacho: las demás solicitudes no aparecieron más".

"Sólo se dió curso a solicitudes de personas que eran del partido político del Jefe de la Comisión de Ingenieros, o amigos del señor Intendente, o amigos del Secretario".

Cuenta el señor Schmidt cómo cierto individuo quedó con catorce hijuelas (280 hectáreas) en lugar de veinte: presentó catorce solicitudes de peones, y aseguraba el traspaso pagándoles \$ 5.— por cada hijuela.

A raíz de establecerse las colonias del Malleco, entre 1868 y 1872, se resolvió regar aquellos campos. Se construyó un canal por cuenta fiscal, pero, después de gastar \$ 4.000.— se vió que dicho canal tenía un metro más de altura en su término y, por supuesto, el agua no corría.

El Gobierno resolvió vender dicha obra a particulares, pero no hubo postores ni por el mínimo de \$ 700.

Don Teodoro Schmidt agrega:

"Ahora me permito decir cómo ejecuta un particular un canal: era el mismo canal.

"El particular pagó, por una sola vez, por la misma nivelación, pero no como trabajo anticipado, sino después cuando el canal ya estaba ejecutado, y cuando se veía correr agua, la suma de cincuenta pesos.

Diciembre de 1867, ingenieros Ismael de la Maza y Teodoro Schmidt;

"Este canal en toda su extensión había costado cuatro mil pesos (el particular, sin embargo, habla de diez mil pesos, por convenir así a sus negocios).

"El particular, ya en posesión del canal, y privilegio del agua,

ofreció agua a los colonos a precio subido, pero luego comprendió que mejor sería no venderles el agua. Obligaba así a los colonos a vender sus terrenos a precios baratísimos.

"Aquel caballero es actualmente dueño de los terrenos que fueron entregados a los colonos del Malleco".

El informe de don Teodoro Schmidt contiene, además, una relación de los ingenieros que trabajaron en la Frontera desde 1867:

Noviembre de 1867, sargento mayor graduado Benjamín Viel, subteniente Alberto Serrano y don Juan Jentschik;

Enero de 1868, teniente Joaquín Pinto y Rodolfo Uribe; abril de 1868, jefe de la Comisión de Ingenieros don Alejandro Guido de Vigneaux, y los ingenieros Tirso Rodríguez y Guillermo Hoffmann;

31 de agosto de 1870, Elías Montaner; 17 de agosto de 1874, ingeniero Félix Véliz; mayo de 1876, ingeniero Adolfo Verdugo; noviembre de 1876, jefe, el sargento mayor Baldomero Dublé Almeida e ingenieros tenientes Enrique Munizaga, Manuel Romero y Máximo Valenzuela; 15 de julio de 1881, Ernesto Fiebig.

Total, 19 ingenieros.

Como secretarios de la Comisión aparecen los abogados Manuel José Oloscoaga y David Jarpa.

Protectores indígenas, actuaron durante nueve años los abogados Teodoro Errázuriz, David de la Maza y Carlos Boizard.

"El único de estos ingenieros que se ocupó durante algunas semanas en el campo, fué don Joaquín Pinto, que guardo sus apuntes en la cartera", dice el señor Schmidt.

"Por lo general, agrega, el trabajo de Colonización necesita ingenieros que posean más bien los conocimientos del curso superior de Agricultura, que conocimientos militares".

"Todo se hace así: En la capital de Santiago se lamenta actualmente que las calles no se han trazado desde el principio quince o veinte metros de ancho. En las capitales de provincias se dice lo mismo".

"Los primeros fundadores, que han venido de España, los marqueses y los condes, han formado propiedades para ellos, de 15 a 20 mil cuadras, haciendo así a todo el resto de la población sus súbditos".

"Faltas gravísimas que hasta la fecha se lamentan, perjudiciales al desarrollo de la sociedad chilena, perjudiciales al rico y

al pobre. La gran mortandad de niños chicos que se observa en Chile, más que en ningún otro país, tiene su origen no en otra causa".

Don Teodoro Schmidt cambió su residencia a Temuco, lugar adonde fué destinado, a raíz de crearse las provincias de Malleco y Cautín, por Ley de 12 de marzo de 1887.

Al alejarse, vendió en Angol lo único que poseía: dos sitios y una casa que recién había construído para la oficina de Correo y Telégrafo, en la suma de \$ 4.000. Estaba situada en la esquina de las calles Caupolicán y Boroa (Dieciocho).

FIN DEL GOBIERNO MILITAR EN LA ARAUCANIA

Provincia de Malleco

Tomada posesión de todas las comarcas araucanas, el Territorio de Colonización de Angol, quedó dividido en cinco zonas: del Malleco, del Traiguén, del Cautín, de Imperial y de Villarrica.

Ordenes contradictorias dictadas por el Gobierno durante el mes de abril de 1883, sobre la dependencia de los fuertes creados en el Alto Bío-bío, produjeron una gran molestia en el ánimo del coronel Urrutia.

La última, del 30 de abril, "envuelve, decía al Ministro de Guerra, un marcado desprestigio en el alto puesto de confianza con que se le tiene honrado, y por tanto se halla en el caso de hacer la más formal renuncia, para que la eleve al Supremo Gobierno".

Al retirarse, con este motivo, el coronel don Gregorio Urrutia del cargo de Comandante General y Jefe Civil del Territorio de Colonización de Angol, quedó al mando de las fuerzas militares el Comandante del Batallón Angol, don Alejandro Larenas.

A pesar de hallarse ocupada y dominada ya toda la Araucanía, el Gobierno determinó seguir algún tiempo más con el gobierno militar de ella, pues, como decía don Leandro Navarro, "El indio no comprendía ni conocía otra autoridad que la militar, a quien se había acostumbrado a reconocer y respetar, y los particulares que se entregaban al comercio y explotación de los terrenos baldíos inter el Gobierno tomaba posesión de ellos, se habían connaturalizado con este régimen militar, y del cual jamás hubo reclamaciones de importancia o trascendencia".

Además, los trabajos más importantes en las ciudades, fuertes y vías de comunicación los habían efectuado los militares, ya que no se hubiera encontrado civiles suficientes para hacerlos.

En consecuencia, fué nombrado como reemplazante del coronel Urrutia, a fines de 1883, el general de brigada don Marcos Aurelio Arriagada, quien no duró mucho tiempo en ese cargo, pues en septiembre del año siguiente volvió nuevamente al sur el coronel Gregorio Urrutia, pero, a fines del mismo año, fué designado comandante de la División Militar de Tacna y Arica, reemplazándolo en Angol el coronel don Alejandro Gorostiaga.

Durante el período de este jefe se fué descentralizando el mando único que hasta entonces había regido, haciéndose responsable del gobierno de cada plaza o fuerte el jefe respectivo de ellos, el que continuó actuando también en el otorgamiento provisorio de concesiones para el uso de las tierras.

Gorostiaga era gran conocedor de la Araucanía y, a falta de nuevas conquistas, se dedicó a mejorar todos los servicios, a fin de hacer más eficiente el progreso de la región confiada a su dirección, tanto en las ciudades como en los fuertes, en las vías de comunicación y en los campos.

Y así llegó el año 1887. Se iban a cumplir veinticinco años desde el restablecimiento de Angol, durante los cuales había sido, como durante los tiempos de la colonia, un centro eminentemente militar.

Había que cambiar el sistema: separar las funciones civiles de las militares; y es así como el 12 de marzo de 1887, el Gobierno procedió a crear las provincias de Malleco y Cautín.

Fué nombrado intendente de la primera el señor don José Luis Vergara Correa; y de la última el teniente coronel don Francisco Pérez.

La ley de creación de la provincia de Malleco, promulgada por el Presidente don José Manuel Balmaceda y su Ministro don Carlos Antúnez, estableció lo siguiente:

“Art. 1º—Del Territorio de Colonización de Angol y de una parte de los departamentos de Cañete e Imperial de la provincia de Arauco, se forman dos nuevas provincias, denominadas de Malleco y de Cautín.

Art. 2º—La provincia de Malleco limitará: Al norte, por el límite sur de la provincia de Bíobío, desde la cordillera de Nehuel-

buta hasta la de Pemehue; al oriente, por la cima de esta cordillera, desde su intersección con el límite norte, hasta el volcán Lonquimay; al sur, a partir de este volcán, por el curso del riachuelo Nirre, hasta su confluencia con el Cautín, el curso de este río hasta el vado de Llallacura, y de aquí, una recta al puente situado a inmediaciones de Quíllem, sobre el río de este nombre; el curso de este río hasta su confluencia con el Lumaco, y luego el paralelo correspondiente a este punto de confluencia hasta la cordillera de Nahuelbuta; y al occidente, la cima de esta cordillera hasta tocar el límite norte de la provincia.

Art. 3º—Esta provincia se dividirá en tres departamentos denominados Angol, Collipulli y Traiguén, siendo la capital del primero la ciudad de Angol, que lo será también de toda la provincia; del segundo la ciudad de Collipulli, y del tercero la ciudad de Traiguén.

Art. 4º—La provincia de Malleco tendrá los siguientes empleados, con la renta anual que a continuación se expresa: Un Intendente, con cuatro mil pesos; seiscientos pesos para casa y oficina del despacho, si no hubiere edificio fiscal; y cien pesos para gastos de escritorio;

Un secretario, con mil doscientos, y un oficial auxiliar con quinientos pesos; un oficial de estadística con ochocientos pesos; un tesorero con tres mil pesos.

Cada uno de los departamentos de Collipulli y Traiguén tendrá un Gobernador con dos mil pesos, y cuatrocientos para casa si no hubiere edificio fiscal; un oficial auxiliar con quinientos pesos y un tesorero con mil quinientos.

Habrá, además, un oficial de Registro Civil en cada uno de los departamentos de Angol y Collipulli, con residencia en la cabecera respectiva.

En el departamento de Traiguén habrá dos oficiales de ese Registro, residentes en los pueblos de Traiguén y Lumaco.

El Presidente de la República fijará los límites dentro de los cuales deben ejercer sus funciones estos últimos.

La renta anual de estos empleados será de mil doscientos para el de Angol, de novecientos pesos para los de Collipulli y Traiguén y de ochocientos pesos para el de Lumaco.

Art. 5º—La jurisdicción del juez de letras de Angol sólo comprenderá en lo sucesivo la provincia de Malleco”.

El departamento de Angol quedó dividido en nueve subdelegaciones:

- 1ª—Angol. Distritos, San Francisco y Puente.
- 2ª—Rucapillán. Distritos, Pellomenco y Panteón Viejo.
- 3ª—Mininco. Distritos, La Viña y Roblería.
- 4ª—Tigueral. Distritos, Tigueral, Itraque y Almendro.
- 5ª—Huequén. Distritos, Huequén, Cáncura y Lolenco.
- 6ª—Villa Alegre. Distritos, Juan Trintre y Los Guindos.
- 7ª—Los Sauces. Distritos, Juan Trintre y Los Guindos.
- 8ª—Guadaba. Distritos, Pivadenco y Coyancahuín.
- 9ª—Choque-Choque. Distritos, Pelehué y Huentraico.

SERVICIOS ADMINISTRATIVOS Y PROGRESOS CULTURALES

“El Eco del Sur” y “El Colono”

A la fecha de la ocupación total y definitiva de la Araucanía, 1º de enero de 1883, Angol era la sede de importantes servicios militares y civiles en el sur del país.

Por el interés que encierra, vamos a dar a conocer el cuadro completo de los jefes de las diversas reparticiones y servicios que había entonces en la ciudad y subdelegaciones y distritos que de ella dependían:

GOBERNATURA:

Gobernador, Coronel de Ejército don Gregorio Urrutia; Secretario, don Tomás Romero H.; Oficial 1º, don Clodomiro Silva A.

MUNICIPALIDAD:

Alcaldes: 1º don Beltrán Mathieu; 2º don Manuel V. Bunster; 3º don Juan Antonio de la Concha.

Regidores: 1º Juan de Dios 2º Cid; 2º Pedro N. Barros O.; 3º Simón Moraga; 4º Francisco Domínguez; 5º Camilo F. Menchaca.

Suplentes: Daniel Risopatrón, Ramón Bórquez y Celestino Rivas.

Secretario: Tomás Romero H.; Tesorero, José Olegario Cortés; Procurador, Tomás Romero H.

JUZGADO DE LETRAS:

Juez de Letras civil y del crimen, don Manuel A. Cruz; Secretario, Juan de Dios 2 Cid; Oficial de pluma, Juan B. Navarro; Pro-

curador del Número, Belisario Aravena y Fernando Ibarra; Receptores, Mayor cuantía, Lorenzo J. Belmar; Menor cuantía, Francisco J. Zúñiga; Instructor fiscal, Daniel Urbano Bustos; Notario y Conservador de Bienes Raíces, Juan de Dios 2º Cid; Oficial de pluma, Viviano Zapata.

TESORERIA Y COMISARIA GENERAL DEL EJERCITO DEL SUR

Tesorero, don José Olegario Cortés; Oficial interventor, Ramón Bórquez; Supernumerario, Isidro Palma; Oficial 2º, Custodio Cueto; Oficial 3º, Temístocles Conejeros; Portero, Eleodoro López.

INTENDENCIA GENERAL DEL EJERCITO DEL SUR

Intendente, Matías Rioseco; Secretario, Exequiel Arrau; Contador, Abelardo Contreras; Guarda Almacén 1º, J. Agustín Mujica; Ayudante, teniente José E. Silva; Mayordomo, Luciano Infante.

ADMINISTRACION DE CORREOS

Administrador, José Olegario Cortés; Auxiliar, J. Ricardo Figueroa.

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO DEL SUR

General en Jefe, Coronel Gregorio Urrutia; Ayudante general, Tte. Coronel Modesto M. Ruminot; Primeros Ayudantes, Sargento Mayor Higinio J. Nieto, Exequiel Villarroel y Manuel Romero H.; Segundos Ayudantes, Capitanes José Santos Lavín y Manuel Larraín; Tenientes Jacinto Muñoz, Roberto Urizar y Juan A. Arce V.; Ayudantes de Campo, Sargento Mayor Felipe Urizar Garfías, Teniente Ismael Guzmán; Cirujano, Juan Kidd; Agregados, Tenientes Luis Sanaeta y Pedro Venegas; Subteniente Severo Santa Cruz.

OFICINA TELEGRAFICA

Jefe de Oficina, José Santos Astete; 2º empleado, Heriberto Figueroa; 3.er empleado, doña Eulalia Bahamonde.

HOSPITAL MILITAR DEL EJERCITO SUR

Cirujano en Jefe, Dr. Pedro N. Barros; Cirujano 1º, Dr. Mauricio Leguiffe; Cirujano 2º, Dr. N. Oreste; Contralor, Juan Francisco Espina; Practicantes: José Honorio Bósquez y Pedro José Leyton.

JUECES DE SUBDELEGACION

1ª urbana, Exequiel Arrau; 2ª Huequén, José Lino Rodríguez; 3ª Chiguaihue, Juan N. Mejía, 4ª Tijeral, José Rioseco; 5ª Collipulli, Daniel Moncada; 6ª Lumaco, Daniel Wall; 7ª Purén, Anselmo Unzueta; 8ª Curaco, José Cartes; 9ª Los Sauces, Salvador Bustos.

JUECES DE DISTRITOS

1ª Subdelegación, Pnateón, Florentino Figueroa; Pellomeno, Reinaldo Romero; Deuco, Juan Alberto Pérez.

2ª Subdelegación, Puente, Bernabé Romero; Molino, José Benito Ovalle A.; Huequén, Tomás Osses.

3ª Subdelegación, Chiguaihue, Juan Antonio Gacitúa; Lolenco, Manuel J. Olave; Cancura, Jerónimo Morales.

4ª Subdelegación, Roblería, Carlos Rodríguez; Huelegueico, Juan de la Cruz Vial; Itraque, Francisco Fernández.

5ª Subdelegación, Collipulli, Ricardo de la Concha; Perasco, Lisantro Anguita.

6ª Subdelegación, Pichi Lumaco, José Leonardo Barra; Rancuilco, Juan Barra; Peleco, Ruperto Hernández; Reñico, Sinforiano Becerra; Imperial, Bernardino Rubí.

7ª Subdelegación, Nahuelco, Manuel J. de la Huerta; Ipinco, José del C. Martínez; Caralhue, José del R. Aroca.

8ª Subdelegación, Mininco, Julián Jara; Ñanco, Gregorio Hernández.

9ª Subdelegación, Moncoles, José Antonio Núñez; Los Sauces, Juan Palma.

La vida lánguida e irregular del periódico "El Malleco", sometida a los vaivenes de las luchas y rencillas políticas lugareñas, dió oportunidad para la aparición de un periódico en forma: "**El Eco del Sur**", desde el 11 de enero de 1883.

Su fundador y director fué don Dionisio Millán, persona que prestó importantes servicios a la ciudad, no sólo desde las columnas periodísticas, sino en numerosas obras de progreso local.

"El Eco del Sur", que aparecía en la mañana de los jueves y domingos, supo cumplir durante los años de su corta vida, con los rectos propósitos enunciados en el primer número por su director: "Respetará ideas políticas y religiosas. Tomaremos en ellas

moderadamente nuestra parte y combatiendo con franqueza e hidalguía y sin ambages ni rodeos”.

Era un periódico bastante noticioso y bien presentado en su impresión.

El último número, 394, apareció el 19 de febrero de 1887. Casi repentinamente falleció, el 21 del mismo mes, su fundador y mantenedor, señor Millán, que sólo pocos días antes había tomado participación muy activa en la fundación de la Cruz Roja, que se organizó ante el temor de la llegada del cólera.

El mismo año 1883, 12 de agosto, apareció una hojita satírica de breve vida: **“El Cultrún”**, seguramente auspiciada e impresa por **“El Eco del Sur”**, ya que se vendió en su propia imprenta.

“El Cultrún” trataba y rebatía en forma humorística y satírica ciertos comentarios insidiosos de **“El Malleco”**, de que no era posible hablar en las páginas serias y mesuradas de **“El Eco del Sur”**.

No hay ejemplares de ese periódico en los Archivos de la Biblioteca Nacional, por lo que no sabemos durante cuanto tiempo se publicó.

Otro periódico humorístico y satírico del Angol de aquellos tiempos fué **“El Pichi-Pillán”**, del cual tampoco hay números en la Biblioteca, y de cuya existencia sabemos por la información aparecida el 24 de marzo de 1886 en **“El Eco del Sur”**: **“Acabamos de recibir el primer número de “El Pichi-Pillán”, “Diablillo en idioma araucano, de formato pequeño, excelente impresión, y su lectura es amena, chispeante y satírica”. Pertenecía al partido “liberal-nacional-radical”.**

No hay que confundir esta pequeña hoja periodística con otra de igual nombre que apareció diez años más tarde.

Pero el diario que honró a Angol y a su ilustre director de muchos años, don Pedro Bernales, fué **“El Colono”**, cuyo primer número vió la luz pública el domingo 13 de diciembre de 1885.

Para fundarlo, varios caballeros suscribieron la suma de dinero necesaria para encargar a Estados Unidos la prensa y materiales. Fueron ellos los señores Manuel Virginio Bunster, Manuel A. Cruz, Miguel Angel Urrutia, José Olegario Cortés, Leoncio Arce, Tomás Romero y Alejandro Larenas.

Redactaron los primeros artículos, además de varios de los señores nombrados, Carlos Rowsell, Manuel A. Godomar, el corresponsal en Santiago don J. Arnoldo Márquez, Pedro Bernales y

Temístocles Conejeros M. Editorialista, durante varios años, fué el insigne periodista Miguel Angel Gargari, notable escritor festivo, que adquirió posteriormente en Santiago fama nacional con sus artículos firmados con el seudónimo de Nadir.

A mediados del año 1886, ya en marcha regular el periódico, se confió su dirección a don Pedro Bernales.

La personalidad de este distinguido caballero, que con toda razón hemos calificado de ilustre, da tema para un comentario muy amplio que, desgraciadamente, no podemos hacer aquí, dada la índole de este trabajo histórico.

Había sido en el Perú, su patria, diputado por Lima y Callao, Secretario de la Cámara, miembro de la Comisión Permanente, miembro de la Municipalidad de Lima, jefe de varias instituciones bancarias y destacado periodista. Era hijo de una distinguida familia de Lima, rica en méritos y fortuna.

Al declararse la guerra, en 1879, don Pedro era director de "El Tacora", de Tacna, ciudad en la cual se había avecindado al contraer matrimonio con una hija de ese pueblo, la señora Elisa Varela vda. de Salcedo, en la cual tuvo cinco hijos, dos hombres y tres mujeres.

Como buen patriota, el señor Bernales mantuvo su espíritu altivo ante los reveses que sufrieran los suyos, y desde las columnas de su diario, incitó a la defensa desesperada y a la guerra de montoneras.

Fué hecho prisionero por los chilenos y, juntamente con otras personalidades peruanas, entre las cuales se contaron el general don Gonzalo de Lacotera y el distinguido hombre público don Dionisio Derteano, enviado a Angol, noble corazón de Arauco, donde los hogares más distinguidos abrieron sus puertas para los caballeros en desgracia. Don Pedro, según decía muchos años después un periodista, "fué desde entonces un miembro de todos ellos, altamente estimado por su claro talento y su fina educación".

Y tanto cariño sintió don Pedro Bernales por la tierra angolina, que al regresar sus compañeros, ya libres, a la patria, él prefirió quedarse en Angol.

Su vocación periodística encontró acogida en las columnas de "El Malleco", hasta que nació a la vida "El Colono", donde, a su vez, colaboraron las personas más distinguidas de la ciudad y de la región.

"Cualesquiera que sean las cuestiones que debamos tratar en "El Colono", decía editorialmente, lo haremos siempre con la cultura debida a la sociedad, y con el respeto que nos merecen las personas y la tolerancia que debemos a las opiniones de los demás".

Los que hemos tenido oportunidad de seguir día a día, y durante muchos años, la marcha del periódico, hemos podido apreciar que aquellos propósitos fueron honradamente cumplidos.

A fin de no referirnos en esta parte sólo a los comienzos de "El Colono", que tan honda huella dejó en la vida del periodismo chileno, adelantaremos todo lo relacionado con esta publicación mientras trabajó en él, el señor Bernales.

En sus comienzos aparecía dos veces por semana, y contaba con cuatro redactores, y corresponsales en Santiago, Collipulli y Traiguén; pero el 1º de enero de 1889 se convirtió en diario de ocho páginas.

Colaboró entonces como editor don Nemesio Sánchez, que más tarde fundaría "El Colono" de Traiguén, que aun existe, y, como colaborador y corresponsal en Santiago, el distinguido periodista don J. Arnaldo Márquez, que firmaba con el seudónimo de B. de Zamora.

"El Colono" es hoy la más rica fuente de información para estudiar la historia de Angol, a contar desde 1885. Sus informaciones, tanto oficiales como particulares, en nada desmerecían de las de los mejores diarios nacionales de la época. Cada número traía también algo del Perú, como si su dueño hubiera querido borrar las diferencias pasadas y hermanar de nuevo a los chilenos y peruanos.

El mantenimiento de un diario en provincias es un trabajo rudo, y muy bien lo recordaba un día el señor Bernales al reproducir versos de su compatriota el poeta Pedro Paz Soldán:

"Quién se mete a periodista,
Dios le valga, Dios le asista!
El ha de ser Director,
redactor y corrector,
regente, editor, cajista,
censor, colaborador,
repartidor, cobrador,
corresponsal, maquinista,

ha de sufrir al prensista
y a veces... hasta el lector".

Ya se cumplían doce años de la ruda labor periodística de don Pedro en Angol, y diecisiete de su residencia en él, cuando una grave dolencia lo hizo suspender sus labores, las cuales ya no volvió a reanudar.

Una sala del hospital recogió sus últimos pensamientos y recuerdos, bajo el cuidado cariñoso de las monjas y de sus numerosos amigos.

En diciembre de 1897 llegaba a buscarlo el marido de su hija Elisa, traslado que ya no fué posible efectuar. Falleció en Angol a la 1.45 d la madrugada del 3 de enero de 1898, a la edad de 72 años. Su gran corazón le había fallado.

Sus funerales fueron grandiosos y sus restos descansan en el Cementerio Católico de Angol.

Así a principios de septiembre del año 1897, "enmudeció la vocinglera hoja", "El Colono", un formidable campeón en la prensa del país, como dijo en aquella ocasión un periodista.

Felizmente, casi tres meses más tarde, otro periodista recogió la antorcha, don Temístocles Conejeros Mendoza, y el insigne periódico siguió repartiendo sus luces y noticias por una vasta región.

De esta segunda etapa de "El Colono" nos ocuparemos más adelante.

AMBIENTE ANGOLINO

Antes de referirnos a otros aspectos de la cultura, como complemento de lo dicho sobre el periodismo, diremos algo relacionado con la calma general que siguió a raíz del triunfo sobre el Perú y Bolivia, desmovilización de tropas y desmantelamiento de algunos fuertes.

Por otra parte, sabemos ya que la ocupación completa de la Araucanía quedó terminada el 1º de enero de 1883 con la refundación de Villarrica.

Desde fines de este año, durante el siguiente y aún a comienzos de 1885, los angolinos vivieron horas de alegría y emoción cada vez que un nuevo Batallón regresaba a la ciudad, cubierto con las glorias de la reciente contienda: el Angol, el Ñuble, el 2º de Línea, el Zapadores, el Santiago.

Los habitantes llenaban la estación de los ferrocarriles, la calle principal de Villa-Alegre y la Plaza de Armas. Los soldados de los cuerpos residentes ya en la guarnición, conducían arcos portátiles, con los cuales acompañaban en su trayecto a las tropas que llegaban.

En el 2º de Línea llegaron treinta gloriosos sobrevivientes de la epopeya de Tarapacá y, como una reliquia entre ellos, el sargento 1º con cuatro premios Justo Urrutia, único sobreviviente de los ocho escoltas de la insigne bandera. Urrutia había recibido dieciseis balazos. Sus vívidos relatos sobre la tragedia de la pampa eran escuchados con respeto y cariño por jefes, oficiales, tropa y habitantes en general. Tal vez el mejor retrato popular de Eleuterio Ramírez fué hecho por este modesto héroe.

La presencia de nuevas y aguerridas tropas hizo innecesaria la existencia de algunos puestos fortificados, como los de Juan Trintre, Nupangui, Mirador, Leveluán y Adencul, desmantelamiento que se efectuó en conformidad al decreto supremo de fecha 6 de marzo de 1885.

Además, el 15 de mayo de 1884, se hizo efectiva la orden de disolución de los cuerpos de guardias nacionales movilizados, incluyendo jefes, oficiales y tropa.

Entre estas unidades se contaron el Escuadrón de Carabineros de Angol y el Batallón Movilizado Angol. Este último cuerpo, que comandaba don Alejandro Larenas, además de guarnecer diferentes fuertes como los de Lumaco, Galvarino, Leveluán, Los Sauces, Collipulli, Lolenco y Quechereguas, estuvo también durante algún tiempo en Valparaíso, de donde regresó a fines de 1883.

La mayor parte de la gente de los batallones movilizados disueltos quedó, después de sus abnegados servicios, en la más completa cesantía y, según decían, "no se les permitió seguir usando ni las botas que ellos habían comprado".

En cambio, a principios de febrero de 1885, y a raíz de una visita a Angol del Ministro de Guerra, don Carlos Antúnez, se organizó en esta ciudad el Escuadrón Húsares de la Frontera, unidad que contaba de varias compañías.

El cuadro de jefes y oficiales fué el siguiente: Comandante, Teniente Coronel, Alberto Novoa Gormaz; Sargento Mayor, Abel P. Ilabaca; Capitán Ayudante, José Miguel Varela V.; Capitanes, Vicente del Solar e Ildefonso Alamos; Tenientes, Luis A. Garín y

Rafael Casanueva; Alféreces, Demofilo Larenas, Manuel Luque, Manuel R. Valenzuela Castillo y Nicolás Gómez; Alférez porta estandarte, Pedro Hernán Trizano.

Este don Pedro Hernán Trizano es el hombre fuerte que poco después se hizo famoso en la lucha contra el bandolerismo.

A fines de diciembre, el Escuadrón Húsares fué trasladado a Victoria.

El censo nacional tomado el 26 de noviembre de 1885, dió a la ciudad de Angol, incluyendo el barrio de Villa-Alegre, 6.455 habitantes, de los cuales eran 3.318 hombres y 3.137 mujeres. Villa-Alegre, en particular tenía 791 hombres y 944 mujeres, es decir, un total de 1.735. El Territorio de Colonización de Angol totalizó 80.629 habitantes.

El 1º de enero de este mismo año, y en conformidad a la ley que creó el servicio nacional del Registro Civil, se abrió la oficina de Angol, para cuya jefatura había sido nombrado don Próspero García, el cual permutó oportunamente su cargo con don Emeterio Figueroa, que había sido designado para La Ligua.

Durante el mes de enero hubo el siguiente movimiento:

Nacimientos	12
Matrimonios	14
Defunciones	56

En realidad, muy poca gente podía cumplir con la ley de Registro Civil, ya que a la oficina de Angol debían acudir los habitantes de una inmensa región: Collipulli, Traiguén, Temuco, Imperial, Villarrica, etc.

El Municipio elegido el 19 de marzo de 1885, había sido el siguiente: 1.er Alcalde, don Beltrán Mathieu; 2º Alcalde, don Manuel V. Bunster y 3.er Alcalde, don Demofilo Fuenzalida. Regidores, los señores José Benito Ovalle, José Simón, Eufrasio Pérez, Alejandro Larenas y Juan Antonio de la Concha. Regidores Suplentes, señores Francisco H. Villagrán, José Manuel Garzo y José del C. Hernández.

Esta lista de regidores fué muy discutida.

Desde este año comenzaron las dificultades políticas que culminaron con la dolorosa revolución del 91.

En las elecciones recientes, el pueblo se había abstenido de votar, en vista de los candidatos impuestos. De quinientos electores, votaron poco más de cien. No se supieron previamente los

nombres de los postulantes a regidores, "sólo cuando el domingo (19 de marzo) por la mañana, un respetable caballero, empleado público, andaba distribuyendo votos en nombre de las autoridades", decía "El Eco del Sur".

El presupuesto municipal de 1885 había sido de \$ 17.773.10, y al siguiente subió a \$ 23.853.10. El del año 1887, tuvo una nueva alza apreciable: \$ 30.792.60.

Ya se había avanzado bastante en el arreglo de las calles de la ciudad, lo que no impedía que en el periódico local aparecieran informaciones como estas: "Un coche, al atravesar el barrial de la calle de Villa-Alegre, se partió en dos, siguiendo los caballos con la primera mitad".

O esta otra: en calle Imperial, "una de las mejores de la población, el capitán José Santos Lavín, durante la noche, metió un pie dentro de uno de los infinitos hoyos, y se quebró una pierna.

En 1883, Angol tenía tres escuelas públicas:

Núm. 1, de niñas, dirigida por la señorita Rosa Leighon.

Núm. 2, de hombres, dirigida por don Galo Ramírez.

Mixta, dirigida por la señorita Ernestina Hermosilla, la cual tenía como ayudante a la señorita Felicinda Leighon.

Era Visitador de Escuelas de la provincia de Biobío y Territorio de Colonización de Angol, don Manuel J. de Ordenes, que tenía su residencia en la ciudad de Los Angeles, el que fué reemplazado a comienzos de 1886 por don Prudencio Venegas.

Entre los colegios particulares, que generalmente tenían corta vida, debemos recordar el que mantuvo la señora Margarita del Río de Marín, que recibía "señoritas y niños de primera edad".

Las escuelas de aquel tiempo funcionaban a horas que actualmente nos pueden parecer curiosas, dadas las condiciones y diferencia de costumbres de hoy.

Durante los meses de septiembre a diciembre, y también marzo, las clases era de 7 1/2 a 10 1/2 y de 12 1/2 a 3 1/3; en invierno de 8 a 11 y de 12 1/2 a 3 1/2.

En abril de 1884 un grupo de jóvenes encabezados por el Dr. Pedro N. Barros O., creó una escuela nocturna para adultos.

Entre los profesores de aquel tiempo cabe destacar a Juan Colipí, hijo del cacique Lorenzo Colipí, gran amigo de los chilenos y cooperador en la civilización de la Araucanía. El joven Juan estudió en la Escuela Normal de Santiago hasta recibir su título de

normalista, pasando después a regentar una escuela en el sur. Desgraciadamente este destacado mapuche falleció en agosto de 1885, a la edad de cuarenta años, cuando desempeñaba con eficacia el cargo de capitán de amigos y lenguaraz.

En octubre de 1886, don Ramón Zúñiga solicitó la autorización gubernativa para crear un liceo particular en Angol, que tendría hasta 4º año de humanidades, y cuyos exámenes, rendidos ante comisiones universitarias, serían válidos.

Sin embargo, este proyecto no alcanzó a realizarse, ya que al año siguiente el Gobierno creó el Liceo fiscal.

Recordemos ahora algo de lo relacionado con la vida social, con los entretenimientos y manifestaciones culturales.

El grupo selecto, autoridades y elementos militares, llevó siempre una vida amena, a base de las numerosas tertulias y reuniones familiares que se realizaban.

La Plaza de Armas, con sus retretas militares, era el principal lugar de atracción del pueblo. Copiamos de "El Eco": "Las hermosas angolinas, como las variadas y lindas piezas que nos tocó la banda, se lucieron con sus galantes parejas, paseando al compás de graciosas habaneras, acompañados valeses y armoniosas y lucidas marchas".

El 15 de febrero de 1886 el Municipio bautizó el principal paseo de la ciudad con el nombre de "Plaza Vicuña Mackenna".

Había fallecido el ilustre hombre público de igual nombre, historiador y cantor de las recientes glorias de Chile. El país se sintió dolorosamente conmovido con su muerte, y de inmediato se iniciaron suscripciones para levantarle un monumento.

Para el entretenimiento popular, llegaban periódicamente circos; pero los jefes militares y autoridades civiles quisieron tener también un recinto estable y serio que sirviera de teatro y es así como se transformó en sala de conferencias y actos públicos el "Galpón" que existía al lado norte de la plaza, donde hoy se encuentra instalado el correo, y que conocimos, hasta comienzos del presente siglo, con el nombre de Teatro Municipal.

En ese local se realizaban actos escolares, bailes y lucidos conciertos en los cuales el artista principal, gran músico, era "el ciego" don Julio Aravena, porque en realidad era ciego. Cooperaba con él la señorita María Amelia Larenas, también no vidente, las señoras Auristela Duvanced de Fuentes, Armelina Alvizú y numerosas señoritas angolinas.

Los caballeros, para sus charlas diarias, tenían ya confortables hoteles, de los cuales el principal era el Central, de propiedad de don Luis G. Genneville, que se inauguró con gran fiesta el domingo 9 de septiembre de 1883.

Ese día su propietario ofreció a la sociedad de Angol, unas "once", cuyo menú, por tratarse de "once", es curioso reproducir, ya que refleja cómo se comía en aquel tiempo:

Sopas: de sémola; **Pescado y marisco:** Róbalo a la vinagrete, Lengüado a la granitée; Mayonesa de langostas; **Entradas:** Mayonesa de gallina, Vol-au-vent de perdices, Filete puré, Boeuf á la mode; Chuletas salsa blanca, Salchichas con repollos, Estofado con arvejititas nuevas, Pollos saltados; **Asados:** Pierna de cordero, Pavos calientes, Pavos fríos rellenos, Chanchitos rellenos, Jamones; **Ensaladas:** Achicoria, Apio, Betarraga, papas; **Postres:** Crema a la vainilla, Torta de chuño, Torta borracha, Torta de pasas, Pasteles de crema, Pastelillos de manzanas, Budín; **Té y Café.** ¡Todo gratis...!

También se echaron, en septiembre del año 85, las bases del Club Social. Un grupo de caballeros se reunió en las oficinas del Banco de Valparaíso, y quedaron encargados de estudiar su instalación el Comandante de Húsares, don Alberto Novoa Gormaz, el Dr. don Pedro N. Barros O. y don Leoncio Arce; pero esta institución sólo logró materilizar su proyecto, como veremos más adelante, el 18 de septiembre de 1887.

Por lo demás, el "ambiente" no podía continuar siendo más sencillo, mejor diremos bucólico. Leamos el periódico del 14 de octubre de 1883: "Leche.—Sabemos que un entusiasta joven piensa establecer pronto un puesto de vacas lecheras en la Plaza de Armas. Ni cosa más bien pensada, y desde luego podemos asegurar al empresario pingüe ganancia, amén de los agradecimientos del público".

Más adelante agregaba: "Después del 18 los chiquillos y chiquillas de las escuelas han puesto las paredes recién pintadas como ropa de Pascua".

Esto era con respecto al ambiente en la ciudad. En los campos, aparte del trabajo rudo de los colonos nacionales y extranjeros, que comenzaban a llegar, había sólo una actividad: el bandalaje, en contra del cual aún no se ponía mano firme. Y en estas actividades delictuosas no sólo intervinieron elementos civiles, hom-

bres sin Dios ni ley, sino hasta soldados del Ejército acostumbrados a una férrea disciplina.

Contemos un caso: a las 9 de la mañana del 11 de marzo de 1884 salió desde Angol, con destino a Nueva Imperial, el capitán Ayudante del Batallón Biobío, don Juan Buenaventura Yáñez, llevando \$ 11.000. Le acompañaban los soldados del Escuadrón de Carabineros de Angol José María Sandoval y Agapito Guerrero, los cuales habían fraguado un plan siniestro.

En el lugar llamado Choque-Choque, el soldado Sandoval disparó su carabina contra el capitán Yáñez. Guerrero arrastró su cadáver a una quebrada vecina y, en seguida, ambos asesinos, con el dinero y el caballo del jefe muerto regresaron a Angol, donde los esperaba el soldado Bruno Rosales.

Un consejo de guerra condenó a muerte a los tres nombrados, pena que se cumplió el 25 del mismo mes, ante una concurrencia superior a dos mil personas.

Este fusilamiento se efectuó en el propio cementerio, situado en una de las lomas del fundo El Retiro.

A las 8 de la mañana de aquel día una multitud llenaba la Plaza, frente al cuartel. Todas las tropas, incluyendo cien hombres armados, acompañaron a los condenados, al mando del sargento mayor señor Cuitiño.

En el lugar del fusilamiento, el jefe ordenó presentar armas y, con voz clara y sonora, dijo: "En nombre de la Nación, el que levante la voz implorando gracia para los reos, será pasado por las armas".

Los condenados habían llegado alegres, fumando, riendo y conversando con los amigos o conocidos que encontraron a su paso.

No bastaron los nueve tiros iniciales para doblegar la robusta contextura de los delincuentes.

Acto continuo, se hizo desfilar a la tropa frente a los baleados que, yertos y pálidos, yacían en sus respectivos banquillos.

Como acontece siempre, el pueblo siente una especial adhesión a los ajusticiados y teje, al respecto, miles de leyendas; pero ninguna igual, en aquel tiempo, a las de Belarmino Mendoza, el bandido de renombre en la Frontera, el de las increíbles audacias, el de disfraces múltiples, el que no asesinaba ocultándose, sino en pleno camino real, el que burlaba en forma cinesca a todos sus perseguidores armados.

Uno de los asaltos más comentados de Mendoza fué el que efectuó el 15 de marzo de 1883, no lejos de Angol, entre Cancura y Lolenco, en el que asesinó a don Jenaro Villar, respetable cabañero que administraba el fundo del señor Matus, en circunstancias que volvía desde Angol, después de hacer unas entregas de trigo.

El señor Villar no era la presa de ese día, sino don José Benito Ovalle Aguirre, a quien Mendoza había prometido matar; pero, por suerte para el señor Ovalle, éste no pasó solo por la quebrada "del Doctor", sino en compañía de don Juan Antonio de la Fuente. El bandido no lo atacó, a pesar de que estaba con fuerte compañía.

Momentos más tarde, fué objeto de sus instintos el señor Villar.

Las persecuciones de Mendoza eran objeto del comentario popular, ya que se burlaba de todos y de todo; se defendía heroicamente de sus atacantes, los que invariablemente se veían obligados a huir.

En cada delincuente aprehendido se creía ver a Mendoza. Si alguien aparecía con rasgos físicos similares a los del bandido, (como le aconteció a un Carlos Torres), ese era Mendoza. El que, en medio de una "mona" decía que era amigo del perseguido.. "a la capacha con él".

El que más sufría con estas alternativas, era el anciano y honrado padre de Mendoza, que, un buen día, salió en su busca, premunido de un documento oficial por el cual se le otorgaba el perdón. Pero, ni su padre logró encontrarlo.

Belarmino Mendoza murió "en su ley". Lo perseguían los policías de Coyanco y, al huir de ellos, se botó al río Itata, con intención de atravesarlo; pero las balas de sus perseguidores no le permitieron llegar a la orilla opuesta. Y así terminó la leyenda y realidad de Mendoza, que llenó las mentes afiebradas de los modestos lugareños de entonces, muchos de ellos inocentes cómplices de sus aventuras y crímenes.

OTROS ASPECTOS DE LA VIDA ANGOLINA ANTES DE 1887

Hemos dedicado un largo comentario a este período de la vida de Angol, porque, sin duda, es una de las etapas más interesantes y movidas de la actual ciudad. Con el advenimiento de la

provincia de Malleco, llegó también el período de paz, su relativa despoblación y, en cierto punto, su decadencia.

Antes de terminar este ciclo interesante, veamos algo más sobre sus progresos materiales.

¿Qué decían su agricultura, su comercio, su industria, los servicios de beneficencia, la colonización, el ferrocarril al sur y otros servicios indispensables a un pueblo como Angol?

Hemos visto en capítulos anteriores cómo aquí imperaba una vida patriarcal, sencilla y "bucólica". Sin embargo, había algunos despertares.

La agricultura, actividad madre de esta zona, comenzaba a salir de sus pañales. El trabajo primitivo de la cosecha del trigo era reemplazado, en parte, por el de las máquinas trilladoras que, en gran número, comenzaban a llegar a los campos de Angol. "El Eco", decía, en enero de 1883: "Pasa de veinte el número de máquinas que, con sus respectivos motores a vapor, han llegado este mes a la estación del ferrocarril". Se calculaba entonces en quince a veinte fanegas el rendimiento por una de siembra.

Los terrenos habían adquirido mayor valor, y es así como la transacción más grande que se hubiera efectuado hasta entonces en el territorio araucano la hizo, en 1883, don José Bunster, al vender a don José Benito Ovalle Aguirre el fundo "El Peligro", en la suma de sesenta mil y tantos pesos. Sólo los derechos de alcabala ascendieron a \$ 2.479.00, sumas que, en aquellos tiempos, eran consideradas como muy alzadas.

Complemento de la mecanización en los servicios agrícolas y actividades industriales, fué el establecimiento de fundición del señor Eduardo Brown. Otras de las industrias de ese tiempo fué la cervecería de don Antonio Kind, que se distinguió por la calidad de sus productos.

Las casas comerciales más importantes eran las de los señores Manuel Bunster, Alvizú y Cía. y Saint Jean y Ducassou.

Las transacciones bancarias las tenían el Banco José Bunster, que después se trasladó a Collipulli, y el Banco Valparaíso, que abrió sus oficinas en Angol el 17 de febrero de 1884.

Como el ferrocarril llegaba solamente hasta Angol, era indispensable establecer un medio de comunicación más o menos rápido y regular con Collipulli y Traiguén, lo que se hizo con coches de servicio público.

De Angol a Collipulli salían diariamente a las 8 y 14 horas, respectivamente, con un valor de pasaje de \$ 3.00 por persona.

Para ir a Traiguén, se disponía de los lunes, miércoles y viernes, con tarifa de \$ 8.—, saliendo de Angol a las 6 de la mañana.

Claro es que los caminos ofrecían todavía numerosos inconvenientes y peligros: un día el "correo" de Traiguén a Angol tuvo un serio accidente en el estero Leveluán, pues se le ahogó el caballo y apenas se salvó el individuo con la correspondencia totalmente mojada.

La Línea del Malleco, sobre todo entre Angol y Huequén, tenía un intenso tránsito, lo que hizo pensar en el establecimiento de un ferrocarril urbano, ya que este último punto era llamado el "Viña del Mar angolino".

El proyecto estuvo muy adelantado a fines de 1885. Se interesaron por él varios capitalistas apoyados por la Municipalidad. Su costo se calculó en \$ 50.000.00 que se financiaría con cien acciones de \$ 500.00 cada una, de las cuales, en la fecha mencionada, ya había colocadas 80. Sin embargo, el proyecto no se realizó.

Tampoco tuvo éxito, aquel mismo año, el propósito de instalar luz eléctrica en Angol, empresa que proponía la firma Stewart, "agentes del señor Edison". Según los cálculos de esta firma, los gastos mensuales de este servicio habrían ascendido a la cantidad de \$ 4.260.00, con lo que le habría quedado una ganancia líquida anual de \$ 3.024.00.

Desde su fundación, Angol contaba con un solo templo católico, el de los misioneros franciscanos, por lo que se vió la conveniencia de establecer la Parroquia en un lugar más central, trabajo al que se dedicó con todo empeño el párroco don Juan de la Cruz Aravena.

Las obras de construcción comenzaron a principios de 1884, con fondos provenientes de erogaciones de los vecinos y un aporte fiscal. El "Mes de María" del año siguiente ya se celebró "en la hermosa Parroquia que ha levantado nuestro párroco, el presbítero don Juan de la Cruz Aravena", decía el nuevo periódico "El Colono". Este templo no tenía la hermosa torre que se levantó años más tarde.

Con respecto a la seguridad pública, hemos visto que los campos se encontraban a merced de los bandoleros, no alcanzando fácilmente a ellos la acción de la policía urbana, que primero co-

mandó el señor Quinteros y después don Fabriano Marín.

En 1885 el Estado creó la policía rural, a fin de que resguardara las colonias y sirviera diferentes puntos del Territorio. Fué nombrado jefe de ella el valiente y ya temido alférez del Escuadrón Húsares don Hernán Trizano, con retención de su cargo en la mencionada unidad militar. Es aquí cuando comienza la etapa definida de este "Búfalo Bill" de la Frontera.

La amplitud de los campos de la Araucanía hizo necesaria la cooperación del colono extranjero.

Desde septiembre de 1883 a diciembre de 1885, habían llegado: 151 españoles, 605 franceses, 1.975 suizos, 950 alemanes, 25 rusos, 7 italianos, 2 belgas, 3 norteamericanos y 8 ingleses.

En Angol eran recibidos por un inmenso gentío, con banda de músicos, y hospedados provisoriamente en el edificio construído para hospital.

La colección de "El Colono" del año 1885 contiene interesantes y detallados cuadros nominales de todos los ciudadanos extranjeros que se establecieron en diferentes lugares de las futuras provincias de Malleco y Cautín.

Los colonos nacionales sintieron cierto celo ante la llegada de los extranjeros. Dice "El Colono": "Hemos observado que existe en la generalidad de los habitantes del país un sentimiento que es una preocupación: se creen humillados cuando manos extrañas poseen lo que fué propiedad de la nación: les parece que se desmembra la integridad del territorio y que ellos ya no tienen derecho a que se les considere con los mismos privilegios que a los colonos".

Nos hemos referido al edificio para hospital. Recordemos lo relacionado con la salubridad.

Aparte de las enfermedades corrientes, no había novedades en Chile, con respecto a epidemias, sino la llegada anual infalible de la viruela, y sobre cuyos estragos sería interminable hablar en detalle, ya que año a año habría que decir lo mismo.

Sólo variaban las "recetas" para combatirla: un día se recomendaba una onza de crémor diluído en agua hirviendo; otro, en su primer período, un purgante de tintura de escamonea compuesta; de segundo grado, 30 gramos para personas grandes, 15 para niños de 6 a 12 años, y 10 gramos para niños menores de 3 años, acompañando a este purgante un "sudor" de tilo con sauco.

Pero ninguna de estas recetas preconizaba las ventajas del aseo personal.

Si la viruela era esperada anualmente como algo indispensable en el programa de actividades, no sucedió lo mismo ante el peligro del cólera que, desgraciadamente, llegó a Angol en agosto de 1887, y de lo cual hablaremos más adelante. Pero nos referiremos a las medidas que se tomaron ante su probable llegada.

Lo primero: los baños públicos auspiciados por la autoridad: ramadas junto al río Picoiquén, al sur del cuartel de Policía.

Después, la organización de la primera Cruz Roja de Angol, juntamente con repartirse pública y gratuitamente los "papelillos del Dr. Castaño".

Recordamos, como homenaje a la actual Cruz Roja de Angol, los organizadores de aquella institución precursora y hermana.

A fines de enero de 1886, se constituyó su primer directorio provisorio:

Presidente, Dr. Joaquín Chávez Luco; Vice-Presidente, Julio Murgues; Secretario, José A. Luco Lynch; Secretario, Dionisio Millán; Tesorero, Félix A. Carvacho; Directores: José Gregorio Argomedo, Emeterio Figueroa, Luis Olmedo, Roberto Siredey, Ramón Zúñiga, Ismael Guzmán, Pedro J. Ortega, Pedro H. Argomedo, Pedro A. Fuller y Hernán Trizano.

El 2 de febrero se eligió el Directorio definitivo:

Presidente, General Alejandro Gorostiaga; Vice-Presidente, José de la Cruz Salvo; Tesorero, Félix A. Carvacho; Secretarios, José A. Luco Lynch y Dionisio Millán; Directores: José Gregorio Argomedo, Emeterio Figueroa, Alberto Murphy, Joaquín Chávez Luco y Julio Murgues.

La sociedad contaba, hasta entonces, con 30 socios voluntarios y 14 auxiliares.

Sus primeros fondos públicos ingresaron en un concierto en que la entrada general valía 40 centavos y la "luneta" 80.

Con respecto a servicios hospitalarios, sabemos que desde la fundación de Angol existió un hospital militar, extensivo a civiles, en el cuartel de la Plaza, y que se hicieron reiteradas gestiones para crear uno independiente.

En 1883 se efectuó la construcción del edificio destinado a Hospital, exclusivamente con fondos erogados por particulares, ya que no fué posible obtener ayuda fiscal. En la realización de esta

obra sobresalieron, en forma especial, don José Bunster y su esposa la señora Lucinda Villagra de Bunster, secundados eficazmente por la Junta de Beneficencia, que presidía el general Marco Aurelio Arriagada e integraban los señores Manuel A. Cruz, José Bunster, José Olegario Cortés, Dr. Eufrasio Pérez y secretario municipal don Tomás Romero.

Ante el deseo de que el Hospital fuera atendido por monjas de la Inmaculada Concepción, a fines del año 83 vinieron a Angol dos religiosas de dicha congregación, las que quedaron muy satisfechas no sólo con el edificio ya casi terminado, sino con las condiciones y facilidades que se les otorgaba para el desempeño de su misión.

Las cuatro monjas que debían atender el nuevo establecimiento, dirigidas por Sor Cristina, llegaron a instalarse el 28 de febrero de 1884. Hemos logrado obtener los nombres de sólo dos de las compañeras de la madre Cristina: Sor Tecla y Sor Agapita. Esta última religiosa permaneció en Angol hasta el día de su fallecimiento, ocurrido el 25 de diciembre de 1928.

Aunque el edificio ya estaba terminado, la adquisición de mobiliario retardó la apertura del Hospital durante algunos meses. Como siempre, había que recurrir a donaciones, colectas, bazares, funciones de beneficio, etc. Don Carlos Hillmans, uno de los contratistas del ferrocarril al sur, tuvo la generosidad de regalar quince camas.

El 20 de junio la Junta de Beneficencia nombró Administrador del Hospital a don José Bunster, y se le facultó para que, de acuerdo con las monjas, reglamentara provisoriamente el régimen interno y económico del establecimiento. Médico fué nombrado el Dr. Eufrasio Pérez.

El domingo 3 de agosto el pueblo se vistió de gala con motivo de la apertura del Hospital San José, en cuya ceremonia actuaron como padrinos el general Marco Aurelio Arriagada, Gobernador del Territorio, don José Bunster, alma de la obra, don Benjamín Vicuña Mackenna, el general don Cornelio Saavedra y don Lorenzo de la Maza.

Las alegres tocatas de las bandas de Cazadores y Batallón Angol se unieron al regocijo popular.

Don Beltrán Mathieu, promotor fiscal, pronunció el discurso de rigor.

El Hospital ya estaba en marcha, pero hubo que hacer, en seguida, el milagro de mantenerlo, ya que los \$ 2.000.00 que el Fisco le otorgó como subvención quedaban demasiado cortos ante los gastos totales.

Tres distinguidas damas se encargaron de pedir mensualmente dinero para la atención de la casa hospitalaria. Fueron ellas las señoras Diana Anguita de Cruz, Emilia Allende de Cortés y Javiera de Fuenzalida.

El 31 de diciembre de 1885, don José Bunster presentó su primera Memoria como Administrador del Hospital.

Desde su fundación, la "dispensaría" había despachado para enfermos de fuera 5.423 recetas.

Desde el 4 de agosto de 1884 hasta el término de ese año recibió 136 hombres y 69 mujeres; y durante todo el año siguiente, 341 hombres y 177 mujeres.

En mayo de 1886 don José Bunster dejó el cargo de Administrador, reemplazándolo don Leoncio Arce, Agente del Banco Valparaíso. Además fué designado Sub-Administrador don Ducan Mac-Vicar.

Estos fueron los comienzos del Hospital de Angol. Más adelante nos referiremos a sus progresos y a la labor apostólica de una de sus Superioras: Sor Hilaria.

Seguramente la falta de un establecimiento hospitalario favoreció la instalación de farmacias en número que tal vez no correspondía a la población. Había cuatro, que pertenecían a los señores Manuel González, José Simon, Alejandro Bunster y Domingo Viviani.

A pesar de que ninguna de ellas estaba atendida por farmacéutico, el "boticario" era el principal médico de los pobres. El primer profesional titulado en farmacia que llegó a Angol, en julio de 1885, fué don Nicolás Cruzat Luco.

Y, para terminar la exposición relacionada con la vida de Angol antes de la creación de la provincia de Malleco, digamos algo sobre los progresos en la construcción del ferrocarril al sur.

En enero de 1884 el Gobierno resolvió comenzar la construcción de los sectores de Renaico a Victoria y de Angol a Traiguén, para lo cual se aceptó la propuesta presentada por la firma Hillmann y Mayers.

La ceremonia de iniciación de labores se vió honrada con la

concurrancia del Presidente de la República, don Domingo Santa María, quien llegó a Renaico el 23 de enero. Su comitiva era selecta y numerosa: el Ministro de Interior don José Manuel Balmaceda, de Relaciones don Aniceto Vergara Albano, de Justicia, Culto e Instrucción Pública don José Ignacio Vergara, ex Ministro de Guerra señor Carlos Castellón, los generales Maturana, Amunátegui y Gana, varios senadores y diputados, los empresarios señores Hillmann y Mayers, y más de doscientos acompañantes de Santiago, Talca, Linares, Chillán y otros pueblos.

Amenizaron el acto una banda traída de Linares y la del Batallón Angol, además de toda la tropa de esta unidad.

Se colocó, en un lugar próximo al río, una piedra cuadrangular de 1.25 m. de largo por 30 centímetros de alto, y dentro de una cavidad de ella se guardó el acta suscrita en esos momentos, mientras S. E. pronunciaba estas solemnes palabras: "Quedan, señores, inaugurados los trabajos de la línea férrea entre Renaico y Victoria".

En la noche de ese día se sirvió al Presidente, en los comedores del Gran Hotel Central de Angol, un suntuoso banquete, que fué ofrecido por el Gobernador del Territorio, general Marco Aurelio Ariagada, hablando a continuación numerosos oradores que destacaron la importancia trascendental que tenían, para el progreso del Sur, las obras que se iniciaban: S. E. el Presidente, el Promotor Fiscal don Urbano Bustos, el Intendente de Concepción y ex Ministro, don Carlos Castellón, el Secretario de la Intendencia de Los Angeles don Ricardo Ahumada, el Juez Letrado don Manuel A. Cruz, el Ministro del Interior señor Balmaceda, el Promotor Fiscal de Los Angeles don Alejandro Fuenzalida, el sargento mayor don Manuel J. Herrera, Director General de las Escuelas del Ejército, el Ministro don Aniceto Vergara Albano, don José Antonio Vergara, Ministro de la Corte de Apelaciones de Concepción y el diputado suplente por Angol don Beltrán Matheiu.

Con ceremonias similares a las de Renaico, se efectuó al día siguiente la inauguración de los trabajos de la línea de Angol a Traiguén. Hicieron uso de la palabra en esta ocasión los señores Balmaceda, Hillmann y Castellón.

Al dejar el documento en la piedra conmemorativa, el señor Santa María dijo: "Hoy, como ayer, inauguro, señores, los trabajos del ferrocarril que, partiendo de este punto, se dirige a Traiguén.

El acta que acabo de depositar bajo esta piedra, no es un secreto que queremos conservar misteriosamente; no: es un mensaje que enviamos a las futuras generaciones, advirtiéndoles que si ellas emplean los mismos esfuerzos que nosotros ahora, la Patria continuará siempre próspera, grande y feliz”.

Salvas de artillería rubricaron las hermosas palabras del Presidente de la República, siguiendo a continuación un desfile militar.

Durante dos años, el 84 y el 85, se trabajó activamente en la línea a Collipulli, de modo que el Año Nuevo de 1886 adquirió un brillo especial para los habitantes de esa ciudad, con motivo de inaugurarse ese día el servicio.

A esas fiestas asistieron las autoridades y vecinos más prestigiosos de Angol, encabezados por el comandante don José María del Canto, en representación del general Gorostiaga, Gobernador del Territorio, que no pudo asistir por motivos de salud.

Al destacar la importancia de la obra terminada, se hacía ver que la subdelegación de Collipulli producía anualmente más trigo que muchos departamentos centrales de la República, y más de la mitad de la madera que se elaboraba en todo el extenso departamento de Angol.

El ingeniero que tuvo a su cargo esta sección de la línea fué don Alfredo Krahnass.

Luego comenzaron a movilizarse por tren las cosechas y productos de la región de Collipulli, pero lo molesto y curioso es que aún en el mes de marzo no había en los convoyes coches para pasajeros, con lo que se comprende la forma sacrificada en que éstos hicieron sus primeros viajes.

Con respecto al ramal a Traiguén, fué tanto el empeño y entusiasmo que los señores Hillmann y Mayers pusieron en su construcción, que ambos contratistas vivían en carpas, con sus familias, junto a las faenas.

El 11 de marzo de 1886, el ferrocarril llegó a Los Sauces, suceso que fué festejado con un gran banquete que, en representación de la colonia alemana, ofrecieron a los contratistas los ciudadanos de esa nacionalidad señores Fernando Von-Delitz y Gustavo Biel.

En los siete primeros días de explotación, “la locomotora” (así decían) había conducido más de ocho mil sacos de trigo.

El 20 de enero del año siguiente los rieles llegaron a la estación de Quilquén, y el 15 de enero de 1889 se celebraba solemnemente la entrada oficial de "la locomotora" a Traiguén.

LOS HOMBRES QUE LUCHARON

Si la lucha de los conquistadores españoles con los indios fué rudísima, tal vez lo más notable en el mundo entre aborígenes y dominadores extranjeros, el sometimiento definitivo de Arauco fué el epílogo de esa lid de titanes contra titanes.

Ante todo, el indio: hombres primitivos con armas primitivas, pero con corazón inmenso para luchar con heroísmo incomparable. Sólo la fuerza avasalladora los dominó, tal como al hombre actual las aguas que invaden e inundan, el fuego del incendio catastrófico, o la fuerza incontrastable del terremoto. Por eso, el indio quedó irremediablemente triste.

Un Mañil que, antes de morir, hace arrodillarse a su hijo Quilapán, y le hace jurar que nunca se entregará a los "españoles"; es el cacique del Toltén, que dice al coronel Saavedra: "Nuestros ranchos se han envejecido muchas veces y los hemos vuelto a levantar; nuestros bancos el curso de los años los ha apollado, y hemos trabajado otros nuevos, y tampoco vieron soldados; nuestros abuelos tampoco los permitieron jamás. Ahora, ¿cómo queréis que nosotros los permitamos? ¡No! ¡No! Vete, coronel, con tus soldados; no nos humilles por más tiempo pisando con ellos nuestro suelo"; es Quilapán que, altivo como un príncipe indio, reta a duelo al general Pinto: "Ven con tu espada, que yo te espero con mi lanza, y decidiremos la contienda entre ambos"; es el cacique de Huequén, que dice al coronel Gregorio Urrutia: "Mira lo que han hecho sólo conmigo: violaron y mataron a mis mujeres y también asesinaron a mis hijos; además, dejaron ensartadas también a mis mujeres. ¿Y cómo quieres entonces, coronel, que no me subleve cuando se me trata así? Mira, coronel: preferimos morir todos con la lanza en la mano y no asesinados en nuestras casas por tus paisanos. No tienes, pues, razón, coronel, para reprenderme ni para castigarme".

Por lo demás, estos orgullosos caciques de Arauco, fueron dignos nietos de aquellos que, durante la conquista española, retaron a duelo singular a grandes capitanes. Antihuenu, que empató en un lance aceptado por el gran Lorenzo Bernal del Mercado frente

a los muros del sitiado Arauco en 1563; y Cadeguala que, en Purén, desafió también a Alonso García Ramón, cayendo heroicamente ante la lanza de éste.

Ese fué el indio que luchó en Arauco.

La escuela de Lautaro hizo prosélitos. La táctica y la estrategia india fueron evolucionando inteligente y hábilmente. El "bá, bá, bá" que producían millares de guerreros indios, tapándose la boca, estremecía al más valiente español. Otro día era un potro montaraz que lanzaban con un cuero seco atado a la cola y producía el desastre entre las filas enemigas. Otro, un rebaño de "corderos" que se acercaba balando en medio de las sombras de la noche. Esa era la habilidad del indio, unida a su valor y a sus tácticas de guerra.

¿Qué nombres debemos mencionar durante el período de veinticinco años que estamos comentando? Su lista sería interminable. Baste con los principales que aparecen en el relato histórico.

Ahora hablemos de sus contendores, circunscribiéndonos a los seis grandes jefes del Ejército que fueron Comandantes Generales en la pacificación definitiva de la Araucanía.

Pero, antes de referirnos en particular a cada uno de ellos, digamos algo extensivo, en mayor o menor grado, a todos.

Difícil es encontrar una serie de militares eminentes que fueron, al mismo tiempo, insignes gobernadores civiles. Grandes psicólogos, comprendieron a fondo la idiosincracia del indio, y supieron aprovechar hábilmente las flaquezas del nativo, su altivez, sus supersticiones y sus rivalidades internas para sacar partido de ello. Todo esto hizo que la pacificación definitiva de Arauco no fuera, relativamente, sangrienta.

Estos distinguidos jefes del antiguo Ejército hicieron escuela: muchos comandantes y oficiales brillaron por las mismas características de sus jefes y, si la guerra del Pacífico no hubiera segado la vida de muchos de ellos, habrían sido posteriormente espléndidos gobernadores civiles, pues hasta el idioma del indio conocían.

Pero sin duda que el que se destaca sobre todos ellos, como un visionario, es el general don Cornelio Saavedra. Al recordar sus planes, sus insistencias, las incomprensiones de que fué objeto en los comienzos, inconscientemente vienen a nuestra mente las vicisitudes de Colón, el "loco". Y Saavedra, como el insigne navegante, triunfó al fin, convirtiéndose en uno de los grandes benefactores de la nación.

DATOS BIOGRAFICOS DE DON CORNELIO SAAVEDRA

El general don Cornelio Saavedra, que al tiempo de la repoblación de Angol tenía el grado de teniente coronel, era nieto del prócer argentino de igual nombre, e hijo de don Manuel, que llegó a Chile como ayudante del general San Martín en la expedición libertadora de 1817.

Don Manuel Saavedra contrajo matrimonio en Chile con una chilena y, en la ciudad de Concepción, nació su hijo Cornelio.

Se formó como militar desde 1830, en que ingresó en calidad de cadete de Ejército y de la Academia Militar, obteniendo en 1837 el grado de subteniente del Batallón Chillán.

En esta unidad militar y en el Batallón Portales permaneció hasta diciembre de 1843, en que fué destinado a la Escuela Militar, plantel donde desempeñó el cargo de profesor de matemáticas y gramática castellana.

Habiendo alcanzado el grado de sargento mayor en 1847, dos años más tarde se retiró del servicio, debido principalmente a motivos de salud, dedicándose a las actividades industriales, pero la revolución de 1851 lo puso de nuevo al lado de sus antiguos compañeros militares con el grado de teniente coronel y, en defensa de Cruz, fué heroico vencido en Loncomilla. El ex gerente en Concepción de la casa comercial Alemparte y Cía., se retiró nuevamente a la vida civil después de haber defendido con valor no sólo la causa de sus amigos, sino la de sus convicciones políticas.

Terminada la contienda, su alta valía moral, reconocida por sus adversarios, le evitó la proscripción. Abandonó de nuevo el Ejército, pero en 1857 el Presidente Montt llamó a servir la Intendencia de Arauco al Comandante de Batallón de su contendor el general Cruz, don Cornelio Saavedra. Alto reconocimiento a sus grandes valores morales.

"La batalla de Loncomilla, dicen los hermanos Arteaga Alemparte en "Los constituyentes chilenos de 1870", en que se hundió un caudillo, un ejército, un partido, hizo notar al señor Saavedra. El comandante Saavedra había recibido heroicamente el bautismo de fuego. Encontró un pedestal en aquella tumba".

Agregan los autores citados: "Era uno de esos vencidos que no guardan ni los despechos, ni las intransigencias, ni las acritu-

des de la derrota, sabiendo hallar la actividad en la acción, saben hallar también la paciencia en la desgracia”.

“Hombre de disciplina ante todo, donde hablaba la Ordenanza, debía callar el corazón”.

La revolución del 59 lo encuentra defendiendo fielmente al Gobierno, y en la batalla de Maipón pudo disfrutar la satisfacción de militar victorioso. Su comportamiento destacado en esa acción, fué reconocido especialmente por el comandante general de Armas de Ñuble.

Y viene en seguida su actuación brillante en la última etapa de la Pacificación de Arauco, agregando a su grado militar en 1860 el cargo de diputado.

La contienda contra el Perú y Bolivia lo convirtió en Ministro de Guerra, y desde Antofagasta despachó a sus antiguos amigos de Arauco a tomar posesión de Calama, la línea del Loa, Cobija y Tocopilla.

Retirado de dicho Ministerio, desempeñó otros cargos militares de importancia y, después de Chorrillos y Miraflores, tuvo el alto honor de tomar posesión de Lima el 17 de enero de 1881.

En agosto de 1891 falleció en Santiago.

Este es el hombre a quien Angol debe un monumento.

Los hermanos Arteaga Alemparte, en la obra ya citada, lo describen así: “Si de los flemáticos es el imperio del mundo, indudablemente el señor Saavedra llegará al imperio. Es un hombre que sabe esperar los acontecimientos.

“Moderado, modesto, urbano, funcionario inteligente, soldado infatigable, político sin una fuerte acentuación de convicciones, su vida ha corrido sin resistencia ni luchas.

“El señor Saavedra es una fisonomía simpática. Va andando bien su camino”.

El sargento mayor don Ambrosio Letelier acompañó en una jira a la Araucanía al Ministro de Guerra señor Prats, y envió sobre ella, interesantes crónicas al diario “La República”. Refiriéndose a la obra realizada por don Cornelio Saavedra dice:

“Por eso es que no ha mucho decía que la gigantesca empresa del coronel Saavedra no era aún bien conocida; que, a serlo, ya nuestra representación nacional habría hecho merecida justicia, llevando de una sola vez a la más alta jerarquía de nuestro escalafón al ilustre y consumado militar que concibiera y realiza-

ra en tan poco tiempo, sin sangre, sin ruido, sin dolorosos sacrificios, el plan de dominación de Arauco, tremendo problema cuya solución permanecía oculta bajo los innumerables montones de cadáveres, sembrados a millares durante más de trescientos años entre el Bío-Bío y el Toltén, entre los Andes y el mar”.

EL GENERAL DON JOSE MANUEL PINTO

Desempeñó las funciones de Intendente de Arauco y general en jefe de la Alta Frontera desde comienzos del año 1868 hasta agosto de 1871, en que debió dejar el cargo por motivos de salud.

Hemos visto en el relato histórico que en la primera de las fechas indicadas el Gobierno dividió el territorio araucano en dos sectores, que se denominaron Alta y Baja Frontera.

El general Pinto fué hijo de don Francisco Pinto Rebollar, militar distinguido en la guerra de la Independencia, que tomó parte en las acciones más notables de antes y después de Rancagua.

Don José Manuel, nacido en Santiago el 31 de mayo de 1818, poco después de la batalla de Maipo, en que su padre se batiera, fué alumno de don Andrés Bello en 1830 y 31, ingresando al año siguiente a la Escuela Militar.

Fué el primer cadete de este curso que llegara al grado de general, por lo que se dijo de él que fué el primer general de la Patria Nueva...

Ya en posesión del título de subteniente, en 1836, fué destinado al Regimiento Granaderos a caballo, destacado en la Araucanía, donde permaneció durante diez años, hasta alcanzar el grado de capitán. Se comprenderá de cuánto le sirvió esta larga estada en el sur, para sus actividades posteriores.

Cuando se produjo el movimiento revolucionario de 1851, el sargento mayor Pinto era segundo jefe del Batallón Chacabuco y tenía a cargo la mitad de él, con guarnición en Valparaíso, que sirvió de base para la creación del 5º de Línea, a cuyo mando hizo la campaña del Norte, participando en los encuentros de Peitorca, La Serena y Ramadilla. Estos servicios le valieron su ascenso a teniente coronel en 1852.

En 1855 pasó a comandar el Batallón 4º de Línea, cargo que mantuvo durante ocho años, y en el cual hicieron principalmente su carrera militar futuros jefes distinguidos, como Pedro Lagos, José Domingo Amunátegui, José Antonio Bustamante, José María 2º

Soto, Demofilo Larenas y Francisco Barceló.

Sin dejar el cargo de comandante del 4º de Línea, el señor Pinto desempeñó durante dos períodos constitucionales desde 1857, la Intendencia de la provincia de Ñuble.

Y llegamos a la revolución del 59, en que la división gubernista de Maipón estuvo al mando del comandante Pinto, en la cual hemos visto que participó lucidamente don Cornelio Saavedra, quien inmediatamente después de esa victoria debió acudir a sofocar la revuelta indígena que había estallado.

El triunfo de Maipón le significó al comandante Pinto su ascenso al grado de coronel.

Al producirse la guerra con España le tocó organizar la defensa como Ministro de Guerra y Marina.

Su actuación como continuador de la obra de don Cornelio Saavedra en la Araucanía la encontramos expuesta en detalles en los capítulos anteriores de esta Historia.

El cargo de general de brigada le había sido conferido por decreto de 4 de octubre de 1866.

También este jefe fué elegido diputado por varios períodos, correspondiéndole representar a los departamentos de San Carlos, Valdivia y La Unión.

Al tiempo de su fallecimiento, acaecido en Santiago el 12 de noviembre de 1872, era general de División, Senador y Consejero de Estado.

El Gobierno del general Pinto en Arauco tuvo una importancia especialísima para el progreso de Angol, pues al iniciarlo, el Gobierno determinó que dicha autoridad debería residir en esta ciudad, y no en Los Angeles, que hasta entonces había sido la cabecera del territorio, medida que desgraciadamente fué transitoria.

EL GENERAL DON BASILIO URRUTIA

(1871 - 1879)

La división de la Frontera en dos sectores ofrecía el grave inconveniente de la dualidad de mando, lo que era un problema en la coordinación de operaciones contra los indios.

Al ser nombrado general en jefe don Basilio Urrutia, por decreto de 25 de agosto de 1871, el Gobierno unificó la Frontera.

Había nacido el 14 de junio de 1816 en la villa de Parral, en medio de una parentela numerosa diseminada en Cauquenes, San Carlos de Ñuble y otros lugares cercanos.

Fueron sus padres don Mariano Urrutia y la señora Eulalia Vásquez.

Su carrera militar se inició justamente al cumplir los veintinueve años de edad, el 14 de junio de 1837, incorporándose en Talcahuano al Batallón Valdivia, que partía formando parte de la expedición destinada a destruir la confederación Perú-boliviana instaurada por Santa Cruz.

Malograda esta campaña del almirante Blanco, en la que Urrutia participó como teniente, regresó después al Perú, el año 1839, en la división del general Bulnes, encontrándose en la toma de Lima, en Puente de Buin, en Yungay y Huanta.

Los movimientos revolucionarios de 1851 y 1859 lo confirman como el soldado reflexivo y temerario a la vez, que eran su característica. Peleó en Loncomilla y en Cerro Grande, comandó el combate de la Alameda de Concepción el 8 de febrero de 1859, y para la sublevación del Valdivia, el 20 de abril de 1851.

En esta última asonada era segundo jefe del citado Batallón y pretendió destruir el complot, presentándose disfrazado de civil ante la tropa y descubriendo después sus insignias militares.

Desgraciadamente Urrutia no consiguió su propósito, y tuvo que huir precipitadamente a caballo ante las balas de sus propios soldados.

En el curso de esta Historia hemos visto la actuación sobresaliente del general Urrutia, durante muchos años, en la pacificación de Arauco, sobre todo durante los ocho que fué Intendente y general en jefe.

En "Crónica militar de Araucanía", Leandro Navarro, a base de documentos y del testimonio personal de los señores Ramón Escobar y Manuel Antonio Cruz, presenta una extensa e interesante semblanza de don Basilio Urrutia.

Dice el citado autor: "La disciplina de nuestro único ejército, que comandaba el jefe don Basilio, como le decía, era soberbia; se vivía en pleno cuartel; el general, para no relajarla, no permitía ni siquiera transitoriamente se abandonara el traje militar. Durante su época se peleaba con los indígenas y se ejercitaba a diario a las tropas en las más rudas faenas militares.

"En la historia del Segundo Imperio francés, encontramos un militar con quien tiene Urrutia muchos puntos de contacto: el general Pellicier, vencedor de Malakoff y Sebastopol de la guerra de Crimea; y como Pellicier inflexible, casi despótico, bondadoso con pretensiones de que no se le creyera tal, impertérrito en la acción después de escogida su determinación, enemigo de términos medios y recto como una flecha en la ocasión y modo de proceder; tenía hasta el parecido de la frase, ya sarcástica, ya picaresca, cuyos dichos corrían por los cuarteles, y a veces dura; y aún la semejanza física del cabello al rape y blanco sobre un rostro tostado por el sol".

Hemos visto en el relato histórico la forma severísima como luchó contra el bandalaje en los campos del sur, ya que el tribunal militar condenó a muerte a varios de esos criminales, lo que provocó en Santiago ardientes polémicas al respecto; pero al fin se justificaron los procedimientos empleados por el general.

Producido el conflicto del 79, el Ministro de Guerra, don Cornelio Saavedra, propuso a don Basilio Urrutia que se hiciera cargo de la expedición que ocuparía Antofagasta, de lo que éste se excusó debido a motivos de salud; pero en cambio fué nombrado Ministro en esa cartera el 17 de abril de 1879, cargo de enorme responsabilidad en aquellas circunstancias en que todo había que organizarlo. Una vez que dejó estas funciones pasó a desempeñar las de general en jefe del Ejército del Centro y Sur.

Cinco de los hijos del general Urrutia lucharon en la contienda del 79, pereciendo en ella sus yernos los comandantes Yávar y Baldomero Dublé Almeida, padre este último del gran poeta angolino don Diego Dublé Urrutia, que en versos hermosos cantó a su tierra.

EL GENERAL DON GREGORIO URRUTIA

(1881 - 1883)

El cuarto Intendente y general en jefe del Ejército de Arauco nació en San Carlos e inició su carrera militar en 1853, como alférez porta-estandarte del Escuadrón de Lanceros.

A raíz de la batalla de Cerro Grande, durante la revolución del 59, recibió los galones de capitán, siendo destinado en 1860 a prestar sus servicios en el Ejército de la Araucanía, lugar en que permaneció durante largos años.

Aquí se convirtió en el hombre de confianza de don Cornelio Saavedra, acompañándolo en las actividades relacionadas con la guerra con España en 1866.

En 1870 había alcanzado el grado de teniente coronel, siendo designado ayudante general y secretario del Estado Mayor del Ejército de la Frontera.

Al tiempo de declararse la guerra contra el Perú y Bolivia, don Gregorio Urrutia era comandante del Batallón de Ingenieros, creado el año 77; pero sólo la mitad de dicho cuerpo partió al norte al mando del comandante don Ricardo Santa Cruz, muerto heroicamente en la batalla de Tacna.

A fines de 1879, mes de diciembre, el coronel Urrutia fué nombrado Delegado del Intendente General del Ejército en campaña. Don Cornelio Saavedra, Ministro de Guerra y Marina, comprendió que ese era el hombre que se necesitaba para esas difíciles y delicadas funciones. Sus esperanzas se vieron confirmadas, pues el nuevo funcionario multiplicó sus afanes a fin de que la falta de aprovisionamientos no entorpeciera el desarrollo del programa bélico.

Dejó este cargo cuando sus servicios militares se hicieron necesarios en Chorrillos, Miraflores y ocupación de Lima, desempeñando las funciones de Jefe de Estado Mayor de la 1ª División, que comandaba don Patricio Lynch.

Conseguido su objetivo, la mencionada División fué destinada al Callao, donde el tino de Lynch y Urrutia impuso orden en medio del caos producido.

Mientras tanto, los indios araucanos se alzaban, aprovechando la relativa desguarnición en que había quedado la Frontera. Fué entonces cuando el coronel Urrutia acudió al llamado que su Gobierno le hacía para que se hiciera cargo de la Intendencia y mando militar del Territorio de Colonización de Arauco, llegando a la ciudad de Angol el 16 de marzo de 1881. Su alejamiento de este cargo se produjo a principios del mes de mayo de 1883.

Sin embargo siguió prestando grandes servicios a la región desde su banco de diputado por Angol y Collipulli, desde 1885, en que fué elegido para ese cargo.

Durante su permanencia en el sur, don Gregorio Urrutia fué considerado como un hombre esencialmente bondadoso y generoso: ayudaba con interés a todo aquél que llegaba a estas tierras

con el propósito de trabajar, y es así como se formaron fortunas bajo su amparo. Su bondad lo llevó hasta despreocuparse de sus propios intereses, lo que le produjo fracasos económicos. Uno de sus contemporáneos, el teniente coronel don Alberto A. Gándara, decía al respecto:

"Mi situación especial más tarde me dió ocasión de conocer hasta donde había llegado la prodigalidad con que el general había dejado que su inclinación a hacer el bien ajeno, sin cuidar lo suyo, lo presentara como un verdadero derrochador de su modesta fortuna, adquirida con tantos sacrificios y decepciones, arrastrado por la debilidad natural en los hombres bondadosos de dejarse dominar más por el corazón que el razonamiento".

A propósito de su estada en el norte sirviendo el cargo de Delegado del Intendente General del Ejército, el señor Gándara recuerda su excelente memoria:

"Para ello contaba don Gregorio con una retentiva prodigiosa, auxiliado de una memoria similar sobre los múltiples detalles de su compleja labor.

"Así como pintaba a cualquier persona de quien se le preguntara algo por algún rasgo de su carácter que retuviera como punto cardinal de sus deducciones, con admirable precisión podía dar cuenta de los diversos artículos remitidos en tal o cual buque, en tal o cual día a diversos destinos. Su cabeza era un verdadero registro de cuanto contenían sus almacenes, los transportes, etc., etc."

Termina diciendo:

"El más tarde general Urrutia fué enemigo de la ostentación y de la lisonja; su porte modesto encerraba todo un carácter en materia de honor y lealtad a los nobles principios que lo dominaban con fe ciega e inquebrantable constancia".

El sargento mayor Letelier, ya citado en el capítulo sobre don Cornelio Saavedra, decía, en relación con don Gregorio Urrutia:

"Porque es necesario que el lector lo sepa: el comandante Urrutia ha sido el primero y el más activo y laborioso de los lugartenientes que ha tenido el coronel Saavedra en la gigantesca y aún no bien conocida empresa de la ocupación de la Araucanía. Gregorio Urrutia ha sido allí todo lo que puede ser y todo lo que debe ser un hombre que se dedica con fe y voluntad inquebrantable a la realización de una grande obra, en que las dificult-

tades y los obstáculos de todo género, grandes y pequeños, previstos y no previstos, surgen por doquiera, a cada paso, a cada momento, en cada lugar. Hubo, pues, de ser, y fué a la vez, ayudante general, jefe de estado mayor, ingeniero, arquitecto, intendente militar, constructor, mayordomo, y hasta simple obrero trabajando con sus propias manos, todo al mismo tiempo, estando en todas partes, multiplicándose prodigiosamente, con una actividad y una fuerza de voluntad verdaderamente asombrosas e incomparables”.

GENERAL DON MARCO AURELIO ARRIAGADA Y GENERAL DON ALEJANDRO GOROSTIAGA

Fueron los dos últimos Intendentes militares que tuvo el Territorio de Colonización de Angol. El primero ejerció este cargo poco menos de un año; y el segundo, poco más de dos, hasta la creación de las provincias de Malleco y Cautín, en marzo de 1887.

Como hemos dicho anteriormente, estos funcionarios encontraron el Territorio completamente ocupado, concretándose ellos a tomar medidas administrativas y militares que aseguraran lo conquistado y dieran progreso y bienestar a los numerosos centros poblados.

Ambos participaron en las primeras actividades relacionadas con el avance de frontera hasta el río Malleco y fundación de Angol.

El general Arriagada era por entonces sargento mayor en el 7º de Línea, que comandaba el teniente coronel don Manuel Antonio Faes y, al establecerse los fuertes de la Línea, ya tenían el grado de teniente coronel y comandante de su unidad, y fué designado jefe de la plaza de Angol.

Una de sus expediciones más importantes fué la realizada en Purén, poco después de fundarse dicho fuerte, en 1868, y con motivo del alzamiento indígena que puso en peligro esa plaza.

El coronel Gorostiaga era en 1860 subteniente del 4º de Línea, bajo las órdenes del comandante, y futuro general, don José Manuel Pinto.

En 1869 lo encontramos como capitán en esa misma unidad y participando en la gran expedición que el general nombrado en el párrafo anterior efectuó por las regiones alzadas de Traiguén y Quino, hasta llegar al Cautín.

La guerra del 79, también juntó a estos hombres en las ardientes pampas y en las difíciles serranías de Huamachuco, donde el 10 de julio de 1883 el ejército chileno puso el broche de oro de las victorias. El héroe de esa jornada fué Gorostiaga, jefe de una columna perteneciente a la División de Arriagada. "Huamachuco, dice don Gonzalo Bulnes, fué el cimiento de la paz y el epílogo de una campaña que duraba más de cuatro años".

Por el mayor tiempo que estuvo el coronel Gorostiaga a cargo de la Intendencia de Arauco, su obra fué superior a la de Arriagada.

La innovación administrativa más importante realizada en aquel período consistió en entregar el mando civil y militar, independientemente, a los jefes de plazas y fuertes, suprimiéndose, por innecesarios, varios de éstos.

Los mencionados jefes entregaban sitios, permisos para sembrar y pastorear, etc.

Por supuesto que todos dependían del Intendente y jefe militar del Territorio.

Leandro Navarro dice, con respecto al último Intendente militar:

"Si Gorostiaga se reveló como un gran estratega militar en las campañas del Perú, ahora dió una prueba fehaciente de sus especiales dotes de gobernante, en circunstancias que en gran parte no regía otro código que su discreción y prudencia, del cual queda todavía constancia en el recuerdo que hacen esos pueblos de su laboriosa actividad, continuando la obra de caminos y puentes para dejar expeditas las vías de comunicación, recorriendo constantemente toda esa zona, que se preparaba ya con nuevos límites de división territorial para incorporarla definitivamente a la administración civil".

SACRIFICIOS Y RECOMPENSAS

Debemos referirnos a tres elementos bien distintos: el indio, el civil chileno y el militar.

Con respecto al primero, creemos que lo dicho sobre ellos en el capítulo "Los hombres que lucharon" basta para formarse una idea muy clara de cómo los aborígenes continuaban defendiendo su libertad y su suelo casi con los mismos bríos que emplearon sus abuelos del tiempo de la Conquista.

Seguramente, para suerte de la República, contribuyó mucho a su sometimiento el sistema benévolo, de justicia y de firmeza que emplearon para con ellos los seis distinguidos jefes militares que gobernaron la Araucanía durante veinticinco años. Las armas solamente no habrían alcanzado el mismo fin.

Don Gregorio Urrutia insistía en que el único medio posible de sometimiento verdadero y definitivo era el de la benevolencia firme y de la justicia.

"Habiendo procedido de otro modo, decía, los hombres habrían muerto con la lanza en la mano antes de rendirse uno solo, si hubiéramos usado el rigor injusto con ellos y hubiésemos pasado a Villarrica en son de guerra, a muerte y sin cuartel".

En otra parte agregaba:

"En todos mis actos he procurado hacer la ocupación araucana convenciendo al indio de las ventajas de la civilización, tratándolos con cariño, ayudándolos en sus pleitos, prestándoles la protección debida contra los ladrones y contra los usurpadores de sus tierras".

Con respecto a los civiles chilenos que seguían los pasos del ejército de ocupación, hay que admirar en ellos su valentía al instalarse en campos donde diariamente peligraban, no sólo sus bienes materiales, sino sus propias vidas. Muchos de ellos habían abandonado situaciones holgadas en ambientes de paz para marchar a la aventura, la que muchas veces, les fué totalmente propicia.

Con respecto a los militares, sobre todo al soldado raso, pocas veces se ha visto un sacrificio mayor con menos expectativa de ganancia material.

Cuenta don Leandro Navarro en su obra "Crónica Militar de la Araucanía" que en una de las campañas anteriores a la repoblación de Angol, emprendida bajo las órdenes de don Mauricio Barbosa por el territorio de la costa, "duró tres meses en el interior, soportando toda clase de privaciones, y en que la tropa y oficiales se vieron invadidos de parásitos en tan larga jornada, y en que la gente salía sólo con lo encapillado, y porque con las frecuentes lluvias de esos climas la ropa tenía que secarse en el propio cuerpo.

"Pero no sólo en ésta, sino en todas las campañas que tuvieron lugar, y que acabamos de describir, tenían que someterse a

los rigores que con las frecuentes lluvias hacían crecer los ríos y esteros tan repentinamente, que en un día, al pasar una división, ya al regreso de esa misma se encontraban con que el mismo río había perdido de vado. ¡Cuántos de esos soldados anónimos fueron arrastrados por impetuosa corriente! . . .

Y estos sacrificios y peligros se prolongaron durante veinticinco años, pues, conseguida la dominación de una "línea", había que avanzar sobre la siguiente, con las mismas dificultades que había presentado la anterior.

El teniente coronel don Alberto A. Gándara, también actor, como Navarro, en la pacificación de Arauco, dice de los militares de aquella grandiosa obra:

"Aislados allá en ese torneo incesante de la Araucanía, en ese cruel noviciado en que las exigencias de celosas economías imponían al militar chileno ante los rigores de la escasez de todo recurso humanitario la necesidad de equipararse al salvaje contra quien iban a combatir y a combatir sin gloria, expuestos a que cualquiera acción que los hiciera notorios en pro o en contra de los intereses nacionales, se convirtiera en un peligro de perder las legítimas expectativas de su carrera y provocar su ruina".

Letelier, ya citado anteriormente, agrega:

"Es necesario ver los trabajos que ha hecho el ejército en aquellos lugares para comprender los sacrificios sin cuento que ha debido arrostrar en la realización de una obra a que están vinculados los más caros intereses de la República. Inmensas leguas de caminos abiertos a pala y barreta, puentes innumerables, grandes recintos foseados, cuarteles, telégrafos, edificios fiscales, obras que importa centenares de miles, todo lo ha hecho el pobre soldado con el sudor de su frente y el esfuerzo de su brazo, barreta en mano y fusil a la espalda, durmiendo a la intemperie sobre el suelo húmedo y pantanoso, gastando su mezquino sueldo en ropa y en zapatos, comiendo apenas una escasísima ración de hambre comprada a peso de oro, batiéndose cada día para defender su obra y su pellejo de las lanzas araucanas, sufriendo todas las privaciones imaginables, físicas y morales, desnudo y olvidado, con hambre y sin esperanza de recompensa, muriendo sin gloria en una guerra tan encarnizada y sangrienta, como escasa de méritos y de interés en el concepto de los que la miraban de lejos, al abrigo de sus palacios y al calor de la bien provista estufa".

Fueron estos soldados, formados en una escuela ruda, los que, al desencadenarse la conflagración del 79, se cubrieron de gloria en Antofagasta, Calama, Pisagua, Arica, Tacna, Chorrillos, Miraflores, Lima y Huamachuco.

Y, juntamente con ellos, codo a codo en los penosos viajes y acciones de guerra, iban los civiles improvisados como militares: los "cívicos", o "lleulles", como también se les llamaba.

Estos cuerpos cívicos sufrieron iguales penalidades que las tropas de línea, con el agravante de que después que se hicieron innecesarios sus servicios, se les disolvió sin mayores miramientos ni recompensas para sus abnegados componentes.

Los batallones movilizados durante la guerra del 79, para reemplazar a los cuerpos de Línea que fueron al Norte, no dejaron nada que desear con respecto a la organización y disciplina de éstos. Sin embargo, el Gobierno no premió a sus hombres ni con una simple cinta de honor para colocar sobre sus pechos de soldados valientes.

Todo el cuadro de la pacificación de la Araucanía es muy hermoso, pero también hubo cosas ingratas, no honradas. Una de ellas fué el tinterillaje.

Navarro, al recordar que uno de los peligros mayores que asaltaban al soldado en campaña era la araña venenosa de vientre colorado, agrega: "Pero en cambio hemos adquirido otro insecto mucho más venenoso, por los males que ha infiltrado a la constitución de la propiedad rural de la frontera, el tinterillo".

Fueron estos pseudo-abogados inescrupulosos los causantes de despojos inauditos para los pobres indios, de pleitos interminables que aun se han prolongado hasta nuestros días.

Por lo demás, los nietos de aquellos esforzados conquistadores pueden recordar hoy con inmensa satisfacción el sacrificio de sus abuelos, que dieron a la República un territorio vasto que es en nuestros días emporio de riquezas.

ASPECTO DE ANGOL, CAPITAL DE MALLECO

Al tiempo de crearse la provincia de Malleco, los habitantes de esta región estaban cansados con el régimen de gobierno militar, que tan necesario fué en épocas anteriores.

Al establecerse la nueva división administrativa, todo el mundo deseaba que no fuera nombrado Intendente el coronel Goros-

tiaga, que, desde hacía dos años, era jefe del Territorio de Colonización.

Los vecinos publicaron remitidos en el diario expresando tal deseo, en los cuales decían que el Gobernador militar tenía "talla de zar".

Su secretario civil, don Alejandro Larenas Fuenzalida, futuro intendente, renunció su cargo a principios de febrero de 1887 "por motivos de dignidad". Este mismo funcionario, en artículos publicados en el periódico, decía que el coronel Gorostiaga sería tal vez un gran militar, pero ignorante en la administración civil.

Por eso es que al hacerse cargo de sus funciones el Intendente don José Luis Vergara Correa, "El Colono", interpretando el sentir del pueblo, decía: "Deseamos que sabrá llevar las cosas con arreglo al derecho y a la ley, ofreciendo garantías a todos en las franquicias de un régimen administrativo.

"Que se convenza de la situación lamentable en que se encuentra la provincia.

La frontera está cansada del Gobierno militar, y por lo mismo mirará con íntima satisfacción todo acto de la nueva autoridad que tienda a independizar esta sociedad del antiguo régimen".

A comienzos del mes de mayo fueron nombrados, a propuesta del Intendente, los siguientes funcionarios: secretario de la Intendencia, don Juan de Dios Ibar; comandante de policía, don Félix Carvacho; y ayudante de la misma, don Daniel Hermosilla.

La provincia de Malleco, al tiempo de su creación, tenía una población de 54.805 habitantes, de los cuales correspondían 14.312 al departamento de Angol, 21.442 a Collipulli y 19.121 a Traiguén.

La ciudad de Angol tenía 7.000 habitantes.

Durante el año 87, Angol parecía un plaza militar en tiempo de guerra: los movimientos de salidas y llegadas de tropas eran continuos.

Durante el resto del año fué trasladado a Lautaro el Batallón Esmeralda, 7º de Línea, en cuyo reemplazo vino el 5º, Santiago, comandado por el teniente coronel don Gregorio Silva. También llegó desde Victoria parte del Escuadrón Húsares, con su comandante don Mateo Marcos Doren; pero luego toda esta unidad fué llevada a Santiago.

Tantos movimientos de tropas terminaron con la instalación definitiva en Angol de los Batallones Esmeralda y Zapadores, y

una compañía y la plana mayor del Regimiento Cazadores.

El Zapadores, bajo el comando del teniente coronel don Fidel Urrutia, fué reorganizado, concediéndosele la misma dotación de tropa que tenían los batallones de infantería.

El reemplazo del comandante anterior, don Demetrio Carvallo, dió motivo a una polémica periodística entre este jefe y su reemplazante, don Fidel Urrutia. Se evitó un duelo entre ellos por la curiosa circunstancia de que sus padrinos no llegaron a ponerse de acuerdo sobre las armas que se debía emplear.

Al crearse las provincias de Malleco y Cautín existían en el territorio de la Araucanía las siguientes plazas y fuertes:

Plazas: Angol, Collipulli, Victoria, Traiguén, Lautaro, Temuco, Imperial, Pucón y Lonquimay.

Fuertes: Ercilla, Cura-Cautín, Malalcahuello, Quechereguas, Lumaco, Purén, Sauces, Quillen, Freire, Cunco, Llaima, Galvarino, Cholchol, Botorolhue, Carahue, Toltén, Villarrica, Panquin, Lincura y Nitrito (Alto Bío-bío). Todos tenían guarnición militar.

A pesar de todas las preocupaciones tomadas en Chile para impedir la llegada del cólera a nuestro país, esta terrible epidemia comenzó por la provincia de Aconcagua al iniciarse el año 1887. En Angol y pueblos vecinos se presentaron los primeros casos en el mes de agosto. Felizmente aquí no adquirió los caracteres terribles que tuvo en Los Angeles, ciudad que se había convertido en un cementerio; en Los Sauces, donde morían hasta diez personas diariamente; en Traiguén, pueblo en que perecieron hasta treinta personas en un día.

La epidemia abarcaba desde Coquimbo a Cautín, y tal impresión y terror causó entre los habitantes, que nuestros abuelos recordaban después al año 87 como "el año del cólera".

Nada en especial diremos con respecto a la viruela, mal que pudiéramos llamar endémico en Chile durante aquellos años, hasta el primer cuarto del siglo actual. Anualmente hacía su desastrosa visita.

En relación con el aspecto educacional, el año 87 la ciudad vió cumplido su anhelo de contar con un liceo de hombres, punto al que nos referiremos en detalle más adelante.

La falta de un colegio secundario hizo que algunos particulares pusieran un relativo remedio a esta necesidad.

Mr. W. F. Griewe y su esposa, la señora Emma L. de Griewe,

ciudadanos norteamericanos, instalaron el "Angol College", con secciones para niños y niñas. Entre los profesores de este colegio figuró don Francisco Ramírez, hermano del héroe de Tarapacá, sargento mayor en retiro, que había sido profesor de Arturo Prat y otros militares gloriosos. Después de haber trabajado en el Liceo de San Fernando, llegó a avecindarse en Angol, pero su mal estado de salud lo hizo irse a su tierra natal de Osorno, sorprendiéndole la muerte al llegar a Valdivia.

También funcionó el año 87 el Liceo Francés, con tres cursos de humanidades que seguían los programas de los colegios de Francia, y una cátedra especial de astronomía elemental.

Por último, la señora Sabina P. de Aravena mantuvo un colegio mixto, en el que se cursaba hasta el segundo año de humanidades. Los exámenes se rendían en el Liceo de Los Angeles.

Con respecto a la rama de educación primaria, se creó en octubre una escuela mixta para el barrio de Villa-Alegre, que comenzó a funcionar en marzo de 1888, bajo la dirección de la señorita Inocencia Sotomayor G.

Para terminar este bosquejo de lo que era Angol al constituirse en capital de la nueva provincia de Malleco, digamos algo con respecto a sociabilidad.

El 18 de septiembre de 1887 se efectuó la inauguración del Club Social, institución que presidía el Juez Letrado, don Manuel A. Cruz, quien ofreció la manifestación en el banquete de ese día. Además hicieron uso de la palabra el Intendente don Luis A. Vergara Correa, don Carlos Sangüesa, don Juan de D. Ibar, don Francisco Ottone y don Abelardo Duvanced.

LABOR Y TRANQUILIDAD.—EL FERROCARRIL

(1888 a 1890)

En la provincia de Malleco se advirtió un considerable resurgimiento en las actividades comerciales, agrícolas y de toda índole, con motivo del avance de las vías férreas hasta Traiguén y Victoria y la conclusión de trabajos en el viaducto del Malleco, en Collipulli. La conclusión de estas importantes obras coincidió con los graves sucesos políticos que terminaron con la sangrienta revolución del 91, que en Angol tuvieron repercusiones dolorosas.

El 5 de mayo del 88 llegó a las puertas de Traiguén la primera locomotora; pero como los trabajos de detalle y construcción de edificios demoraran todo el resto del año, la inauguración oficial de este sector del ferrocarril se efectuó el 15 de enero del año siguiente, con la concurrencia del Intendente Vergara Correa y principales autoridades de Angol.

Traiguén presentaba un aspecto animadísimo: sus pobladores, llenos de la más justificada alegría, habían levantado seis arcos triunfales con inscripciones en la calle Santa Cruz.

Se ofreció ese día un gran banquete a autoridades y vecinos, durante el cual hizo uso de la palabra el gobernador del departamento don Teodosio Muñoz. A continuación habló el Intendente de la provincia.

Para la llegada del tren a Victoria hubo que construir tres costosos puentes sobre los ríos Malleco, Colo y Traiguén, cuyo largo era de 408 metros, 335 y 390.30, respectivamente.

Todos sabemos que la construcción del viaducto del Malleco constituyó una hazaña de ingeniería, cuya idea primitiva se debió al ingeniero don Gustavo Adolfo Flühmann; pero el que le dió las proporciones colosales definitivas fué nuestro compatriota don V. Aurelio Lastarria, quien desgraciadamente no vió terminada su obra, pues falleció en agosto de 1888.

El señor Lastarria fué reemplazado en su cargo de ingeniero jefe de los ferrocarriles en construcción en Malleco por don Alfredo Krahnass. Al año siguiente pasó a desempeñar esas mismas funciones el ingeniero don Eduardo Vigneaux, que había dirigido los trabajos finales del viaducto del Malleco.

Mientras se construía esta obra colosal, se trabajaba en la línea de Collipulli a Victoria y a fin de acelerar estos últimos trabajos se hizo algo propio de titanes: se pasó sobre rieles una locomotora por la quebrada del Malleco. El modesto tren destacado al sur del río prestó también útiles servicios en el acarreo de las cosechas hasta Collipulli.

Durante los trabajos de construcción del puente, hubo que lamentar sólo un accidente de proporciones: en octubre del 89 se cortó el cable de un ascensor que subía a cinco obreros, los cuales, al caer desde 18 metros de altura, sufrieron una muerte horrorosa.

El sábado 18 de octubre de 1890 el viaducto estaba listo. Ese día se efectuó la prueba final de resistencia, a gran velocidad de

un tren (50 kilómetros por hora). Una locomotora que arrastraba once carros, con un peso de 356 toneladas, lo cruzó en 23 segundos.

Pero cinco días antes (el domingo 13) los victorienses vieron llegar a su pueblo el primer convoy compuesto de una locomotora y cuatro coches de pasajeros que, habiendo partido de Collipulli, pasó sobre los tres grandes puentes.

El pueblo en masa, presidido por el subdelegado, agasajó a las visitas. Hubo banquetes, discursos, brindis, durante los cuales se recordó cariñosamente a Lastarria y Vigneaux.

Y ahora, hablemos de la ceremonia que presidió Balmaceda el domingo 20 de octubre de 1890: la inauguración oficial del viaducto del Malleco, trabajos que habían durado cuatro años y siete meses, desde comienzos del 86, en la cual trabajaron, más o menos, 350 obreros, a los cuales se les pagaba 70 centavos diarios, con comida. Sólo los albañiles y carpinteros especializados ganaban \$ 3.— y los canteros, "elegidos entre las eminencias en su ramo, sólo trabajaban a trato, muy vigilados, pero con excelentes condiciones".

El Presidente Balmaceda llegó a Angol el sábado 25 de octubre a las 8 P. M. Lo acompañaba una comitiva de más de cuatrocientas personas, entre las cuales se contaban sus hijas Elisa y Julia.

Sirvió para hospedaje el edificio del Liceo de Hombres, ex Banco Bunster.

Al día siguiente Collipulli era "un océano de seres humanos presididos por el Presidente de Chile y el Ilmo. Obispo Labarca", como decía "El Colono". Llegaron trenes especiales procedentes de Angol, Talca, Chillán, Concepción y Los Angeles.

El Presidente se presentó al sitio de la inauguración, luciendo su arrogante apostura, a caballo y con la banda tricolor sobre su pecho.

Al iniciarse la ceremonia junto al puente, hablaron el ingeniero Vigneaux y el Presidente, procediéndose en seguida a la bendición por el obispo Labarca, seguida de un discurso del presbítero don Ramón Ángel Jara.

Vigneaux terminó su discurso con las siguientes palabras: "Este gigante que salva un abismo creado por la naturaleza y une con sus brazos de acero dos zonas llenas de riquezas, será el

monumento en que vean las futuras generaciones que la administración actual dió a esta Patria que tanto amamos obras inmortales”.

Balmaceda dijo, entre otras cosas: “Por grandes que hayan sido o que pudieran ser en lo futuro las pruebas a que nos veamos sometidos por el destino o por los acontecimientos, no he vacilado ni vacilaré un sólo instante en el cumplimiento de mis deberes como primer servidor del Estado.

“Tengo fe en Dios, que ve hasta el fondo de las conciencias.

“Tengo fe profunda en mis conciudadanos, a los cuales he consagrado todos mis esfuerzos para engrandecerlos, engrandeciendo a la República.

“Al inaugurar este monumento del saber y del trabajo, os doy a todos el abrazo del patriotismo.

“El pabellón chileno es sagrado, y a su sombra podemos todos, gobernantes y gobernados, unirnos en íntima efusión, para bendecir a la Providencia que nos bendice, y para congratularnos por las conquistas del progreso y del ingenio humano.

“Este grandioso monumento marcará a las generaciones venideras la época en que los chilenos sacudieron su tradicional timidez y apatía y emprendieron la obra de un nuevo y sólido engrandecimiento.

“Quiero en esta hora feliz elevar mis votos a la altura, porque los chilenos que vengan en pos de nosotros nos excedan en inteligencia, en actividad y en acierto y, sobre todo, en energías para hacer el bien y levantar más aún a esta Patria de nuestro corazón y de nuestros hijos”.

Dos meses más tarde de esta ceremonia solemne estallaba la revolución que costó la vida a Balmaceda. Las palabras que acabamos de reproducir son el mejor retrato de su patriotismo inmenso y de su honradez acrisolada.

Sentimos que, dada la índole general de esta obra, no nos sea permitido reproducir los conceptos magistrales del insigne orador don Ramón Angel Jara. Su discurso elocuentísimo se publicó, juntamente con los anteriores, en el diario “El Colono”.

Terminada la inauguración oficial del viaducto del Malleco, Balmaceda llegó hasta Victoria, donde, a pesar de la lluvia que se desencadenó esa tarde, fué recibido en forma clamorosa.

SERVICIOS LOCALES DE ANGOL

(1888 - 1890)

Nos referiremos primeramente a las autoridades y principales funcionarios que actuaron durante este tiempo.

El Intendente, señor Vergara Correa, que gobernaba con el beneplácito público, fué reelegido como tal al expirar su período constitucional en marzo de 1890.

El Juez de Letras, don Manuel A. Cruz, fué promovido, a fines de agosto del 88, al cargo de ministro de la Corte de Apelaciones de Talca, (reemplazándolo don Domingo Roberto Contreras, relator de la Corte de Concepción, magistrado que permaneció en Angol sólo un corto tiempo, pues al ser designado para el juzgado de Valdivia, en marzo del 89, fué reemplazado por don Alejandro Urrutia.

Secretario de la Intendencia fué nombrado, en junio del 88, don Manuel del Campo Yávar, quien, al ser nombrado Rector del Liceo, en enero de 1890, dejó su cargo a don Pedro Javier Bustos Soto.

Por fallecimiento del secretario judicial y notario, don Gregorio Argomedo, ocupó este puesto don Alberto M. Smith, en noviembre del 88, y en agosto del 90 don Juan Antonio Marín.

El comandante de policía, don Félix Antonio Carvacho, designado para ese cargo al tiempo de crearse la provincia de Malleco, fué reemplazado, en agosto del año siguiente, por el capitán ayudante de la Comandancia General de Armas don Manuel Antonio Jarpa; pero a comienzos de marzo ocupó el puesto de comandante de la policía urbana de la ciudad y de la rural del departamento el famoso don Hernán Trizano.

Nos parece inoficioso trazar aquí una semblanza de este hombre realmente extraordinario, sobre el cual se han escrito libros. Sólo recordaremos que fué tan destacada su actuación en esta región, y de tanta resonancia nacional, que el Ministro del Interior, don Ramón Barros Luco, le envió, juntamente con una felicitación escrita, fechada el 15 de noviembre de 1888, una valiosa cartera de cuero ruso con adornos de plata y monograma del Ministro, a fin de que la conservara "en recuerdo de amistad".

En las elecciones para senadores y diputados, efectuadas en marzo del 88, resultaron elegidos los siguientes ciudadanos:

Senador propietario, don Aniceto Vergara Albano; suplente, don José Bunster; diputado propietario, don Rafael Balmaceda; suplente, don Marcelo Somarriva Undurraga. No hubo candidatos de oposición.

El nuevo Municipio se eligió el 15 de abril del mismo año, que, al constituirse en sesión del 7 de mayo, quedó organizado en la siguiente forma:

1.er Alcalde, don Tomás Romero; 2º Alcalde, don Juan Antonio de la Concha; 3.er Alcalde, don Alejandro Larenas F.

Regidores, señores José Dolores Osses, Manuel Bunster Villagra, Juan Antonio Ríos, Salustio Guzmán, Manuel Modesto Ruminot, Félix Urizar Garfias, Manuel González Lermanda, Francisco Ottone, José Santos Astete, Clodomiro Silva Arriagada, José Benito Ovalle, Carlos Moraga, Bernardo Concha, Gustavo Hein y Casiano Vallejos.

Secretario procurador fué designado don Manuel del Campo Yávar.

El presupuesto municipal para 1889 ascendió a \$25.214.50 y el del año siguiente a \$ 28.322.00.

Durante este período se colocó asfalto de brea a numerosas aceras de las calles, cuyo costo, por metro cuadrado, era de \$ 1.30.

Con respecto a las fuerzas militares, en Angol se encontraban tres unidades: Regimiento Esmeralda, 5º de Línea, Regimiento Cazadores y Batallón Zapadores. Este último tomó parte activa en la construcción de las vías férreas de la provincia.

En octubre de 1889 se resolvió trasladar a Santiago el Cazadores a Caballo, viniendo en su lugar, desde Iquique, el Regimiento Cazadores de Yungay, al mando de su comandante don Alberto Novoa.

Además existía en la ciudad el Batallón Cívico de Angol, formado por cuatro compañías, y cuyo jefe era don Manuel M. Ruminot.

Un gran amigo de Angol, especialmente de los pobres, dejó esta ciudad el 1º de marzo de 1888: el cura párroco don Pablo Reyes, que fué reemplazado por don Ismael Méndez.

Justamente con el fin del año 1889 dejó de funcionar en Angol el Banco José Bunster, que su dueño resolvió trasladar a Collipulli.

Pasaron varios años antes que la ciudad volviera a contar con una institución de esa especie.

Finalizaremos este capítulo recordando algo de ciertas actividades sociales, culturales o de índole deportiva.

El 18 de septiembre de 1888 se inauguró una nueva institución social, "el Club Unión", con un espléndido lunch que fué amenizado por la banda del Regimiento Cazadores; pero este centro no tuvo larga vida, pues fué liquidado en mayo del 91.

Aparte de las reuniones de club, periódicamente se realizaban conciertos en el Salón de Certámenes, futuro teatro, que estaba ubicado frente a la Plaza, en el lugar que hoy ocupa el edificio de la Intendencia. Los programas, en los que participaban señoritas y jóvenes, eran dirigidos por el músico ciego don Julio Aravena y por la señora Auristela Duvanced de Fuentes.

Las principales recreaciones públicas consistían en el paseo a la Plaza, donde se alternaban con sus retretas las bandas del Esmeralda y Cazadores, la primera de las cuales contaba con más de cincuenta músicos.

También se inició la práctica de algunos deportes. Los numerosos ciudadanos vascos construyeron un frontón de pelotas en la plaza de Villa-Alegre, y a sus partidos dominicales acudía un número público.

A principios de septiembre de 1889 se organizó un Club de Tiro al Blanco, por iniciativa de los señores Manuel Modesto Ruminot, regidor y comandante del Batallón Cívico, y de don Diego Miller Almeida. Se formó en esa fecha el primer directorio, que completaron los señores Augusto Eickenrodt, Juan Ducassou, Carlos E. Moraga, Javier O. Arrieta y Juan Bautista Faúndez.

De aquel tiempo data también la instalación de los primeros teléfonos, el primero de los cuales lo costearon algunos particulares con el fin de comunicarse con sus fundos. La oficina central estaba en la casa de don José Antonio Soto Salas. Ya en plena revolución, febrero del 91, se comunicó la Intendencia con la estación de los ferrocarriles, y al mes siguiente se extendió la línea a Collipulli y Victoria. Todos estos trabajos fueron realizados por el técnico electricista don Guillermo José Clark.

A principios de 1890 se conoció también en Angol un nuevo progreso: la energía y luz eléctrica, que instaló en su molino don José Bunster. Este nuevo adelanto permitió moler 300 quintales diarios de trigo en lugar de 200.

Como vemos, el ambiente de la ciudad era de tranquilidad y de trabajo. En la calma de las oscuras noches se oía el canto de un vendedor de tortillas, que las pregonaba con estos simpáticos versos:

“¡Oh, qué luna tan hermosa!
¡Oh, qué suave resplandor!
Las tortillas calientitas,
señoritas llevo yo.
Mas con mi canto desecho penas;
de rescoldo tostaditas,
tortillas buenas.
Mis tortillas son de dulce
y de rico sabor;
quitan penas y amarguras,
dan ventura y dan amor.
Señoritas y señores,
aprovechen la ocasión,
que se acaban las tortillas
y se acaba la canción”.

EDUCACION PUBLICA

Liceo de Hombres.—Colegio de Santa Ana

En 1890 existían en Angol cuatro escuelas primarias fiscales: Escuela N° 1, dirigida por don Galo Ramírez; N° 1 de niñas, a cargo de doña María Ignacia Ríos; Mixta N° 1 dirigida por doña Margarita Gutiérrez; y Mixta N° 2 (Villa-Alegre), dirigida por doña Rosa del C. Vergara.

Visitador de escuelas de la provincia era don Francisco Contreras Vargas.

En agosto de 1888 el Fisco resolvió comprar, a fin de construir una escuela modelo para la Superior de Niñas, el sitio ubicado en la esquina de las calles Caupolicán e Imperial, perteneciente a don Enrique Whatit. En ese local funcionó después, durante muchos años, el Liceo de Hombres.

Este último colegio secundario fué fundado por decreto supremo fechado el 19 de diciembre de 1887, y cuyo texto es el siguiente:

“Visto el oficio que precede y teniéndolo presente el N° 1 del Artículo 1° de la ley de 9 de enero de 1879, decreto:

1º—Establécese en la ciudad de Angol un Liceo que funcionará desde el 1º de marzo próximo. Por el año 1888 habrá en este establecimiento las clases correspondientes a las del curso preparatorio y primer año de Humanidades.

Este Liceo admitirá únicamente alumnos externos y tendrá la siguiente planta de empleados: un rector, un inspector, un portero y los profesores que sean necesarios, con arreglo a las disposiciones del Decreto Supremo de 9 de enero de 1879.

Tómese razón, comuníquese e insértese en el Boletín de las Leyes.—Balmaceda.—P. L. Cuadra”.

Es de imaginar el regocijo que produjo entre los angolinos, y ciudadanos de la provincia en general, la realización de este anhelo sentido durante muchos años.

El Gobierno concedió la cantidad de \$ 4.819.99 a fin de instalar el nuevo colegio, suma no insignificante si se considera que el presupuesto municipal anual durante aquellos años no excedía más o menos de \$ 25.000.00.

El Liceo de Angol inició sus clases, bajo la dirección del rector don Enrique Ballacey Cottereau, el 1º de marzo de 1888, y con la concurrencia de 35 alumnos; pero el número total de matriculados durante ese año fué de 98, entre los cuales figuraron Manuel Barros Castañón, Angel C. Sepúlveda, Jacinto Ovalle de la Fuente, Fernando Isla Peña, Francisco Sánchez Aguilera, Eufrasio Conejeros Mendoza, Eduardo Monti Martínez y Guillermo Concha Unda, personas éstas que tuvieron destacada figuración más tarde, ya sea en la región o en el país.

El personal administrativo y docente que atendió el Liceo en sus comienzos fué el siguiente:

Rector, don Enrique Ballacey Cottereau.

Inspector, don Delfín Sotomayor.

Profesores:

Aritmética, don Juan B. Faúndes;

Gramática, don Tobías Sepúlveda;

Francés, Geografía descriptiva e Historia Sagrada, don Enrique Ballacey;

Curso preparatorio, don Tobías Sepúlveda.

El rectorado del señor Ballacey fué corto, apenas de dos años, pues falleció el 10 de diciembre del año 89, siendo reemplazado por el abogado y secretario de la Intendencia don Manuel del Cam-

yo Yávar, quien fué, además, un distinguido poeta. A él pertenece la letra de la delicada canción "Ay, agüita de mi tierra, que cores limpia y serena", que se canta hasta nuestros días.

La dirección del señor del Campo fué tan corta como la de su antecesor. Era concuñado del Intendente Vergara Correa, depuesto por la revolución, lo que ocasionó el cambio del Rector a Copiapó.

"El Colono" decía, al tiempo de su fallecimiento, acaecido en Valparaíso, en 1898: "Educado, fino, de una conversación chispeante de anécdotas y de frases brillantes, natural y espontáneo en cuanto hacía, llevando todo el sello de su carácter abierto, entusiasta y ligero, fácilmente se hacía querer".

El 1º de febrero de 1890 el Liceo pasó a ocupar la casa que dejó el Banco Bunster al ser trasladado a Collipulli, es decir, el lugar que ocupa hoy la Escuela Anexa a la Normal.

Como reemplazante del señor del Campo, febrero del 91, fué designado el Dr. Juan Bta. Faúndes, que había sido profesor durante ocho años en el Instituto Nacional y dos en el de Angol.

El colegio fué clausurado el 10 de octubre con motivo de los acontecimientos revolucionarios y reabierto a mediados de febrero de 1892, bajo la dirección del Dr. Francisco Cuevas.

El Colegio de Santa Ana, dirigido por monjas franciscanas, ha prestado insignes servicios a la región desde su apertura, el 12 de septiembre de 1889.

Ese día llegaron a Angol, procedentes de Santiago, las madres Sor María del C. Fuenzalida, Sor Concepción del S. C. de J. Arias, Sor Margarita de Santa Ana Gottz, Sor Mercedes de San José Cañas y Sor Angela de San Miguel Guajardo, acompañadas de ocho indiecitas de Nacimiento, que se les unieron en Coigüe, y que fueron la base del alumnado.

Las monjas venían acompañadas desde Santiago por el Padre Procurador de misiones, Fr. B. Calixto M. En Coigüe, acompañando a las indiecitas, se les unió el P. Daniel Cerda.

La recepción que les hizo el pueblo de Angol fué cariñosísima, pues un inmenso gentío las acompañó hasta el Convento de San Francisco.

El terreno en que se levanta el edificio de este colegio, una manzana, fué comprado en \$ 1.800.— a don Benito Alarcón. Se refaccionó la casa que contenía y se procedió a construir un oratorio, una cocina y otras dependencias indispensables.

Al día siguiente de la llegada de las monjas se efectuó la solemne bendición de las nuevas construcciones por el Prefecto Fr. Antonio de Jesús Márquez, acompañado de ocho sacerdotes franciscanos.

Fueron padrinos en esta ceremonia: don Celestino Rivas y señora (síndica), don Carlos Moraga y señora, don Ricardo Bunster y señora, don Fidel Neira y señora, don Santiago García y señora, don Manuel Antonio Jarpa y señora, don Casiano Vallejos y señora, don Juan Antonio Ríos y señora, la señora Javiera Silva v. de Fuenzalida, la señora Honoría Alvarez v. de Morner y la señora María Pérez v. de Muñoz.

Las primeras monjas postulantes fueron: la señorita Sinforosa Ríos, ingresada el 12 de septiembre del 89, la señora Carmen Mejías v. de Arévalo, el 1^o de enero de 1890, y la señorita Leonor Benavides, que tomó el hábito el 8 de diciembre de este último año.

Estos son los comienzos del Colegio de Santa Ana, que tantos beneficios ha prestado en el curso de más de sesenta años a los huérfanos y desamparados de la región.

LA REVOLUCION DEL 91

Cuando Balmaceda y su numerosa comitiva vinieron a Angol, en octubre de 1890, a inaugurar el viaducto de Malleco y los ferrocarriles a Traiguén y Victoria, hacía tres meses que aquí se sentía la intranquilidad precursora de la Revolución, pues en la segunda quincena de julio habían sido llevadas al norte las tropas que guarnecían Angol. Sólo quedó una compañía de Carabineros de Yungay y llegaron de Victoria la plana mayor y dos compañías de Zapadores.

Pero la iniciación de ingratos sucesos fué originada por el reemplazo del estimado Intendente, don José Luis Vergara Correa, por el Inspector de las Oficinas de Hacienda, don Manuel María Aldunate Solar, quien fué nombrado por Decreto Supremo de 17 de noviembre.

Desde comienzos de febrero era Secretario de la Intendencia don Pedro J. Bustos, en reemplazo del señor del Campo Yávar, nuevo Rector del Liceo.

Por otra parte, en la Municipalidad también habían sido reemplazados, a principios de año, dos Alcaldes, los señores Tomás

Romero y Juan Antonio de la Concha, 1º y 2º, respectivamente, por los regidores señores Manuel González Lermada y Manuel Modesto Ruminot.

Aldunate demostró desde su llegada a Angol su propósito de franca intervención a fin de que las elecciones de marzo probaran que "la mayoría del país, y casi su totalidad, es amante al orden y al gobierno constituido", como decía al Gobernador de Traiguén, don Teodosio E. Muñoz.

Las sesiones municipales, que el Intendente comenzó a presidir, fueron el primer campo de batalla entre los gobiernistas y opositores angolinos. En la primera de ellas, 25 de noviembre, el señor Aldunate Solar dió a conocer su plan como gobernante.

El regidor señor Romero celebró las buenas intenciones que animaban al jefe de la provincia, pero le manifestó que si "no cumplía sus propósitos y se dedicaba a hacer política, encontraría en él a un leal adversario", palabras que molestaron al Intendente, por "prejuizar".

La sesión del 29 del mismo mes fué totalmente borrascosa y agresiva, ya que terminó en una verdadera batahola.

El regidor gobiernista Clodomiro Silva Arriagada propuso la remoción del 1.er Alcalde, Manuel González, por considerarlo incompetente y sin prestigio y haberse ausentado del territorio municipal sin autorización legal. Pero este asunto quedó en tabla para la sesión siguiente.

En seguida se leyó una moción firmada por regidores balmaicedistas en la que pedían la eliminación de los señores Juan Antonio de la Concha y Tomás Romero, opositores, por haber aceptado recientemente los cargos de Gobernador de Imperial e Intendente de Cautín, respectivamente. Además, por otros motivos, las de don Felipe Urizar Garfias y de don Bernardo Concha. Esta moción fué firmada por los regidores Carlos E. Moraga, José Dolores Osses, Clodomiro Silva Arriagada, Alejandro Larenas Fuenzalida, José Santos Astete, Francisco Ottone, Manuel M. Ruminot y Casiano Vallejos, con el informe legal favorable del Procurador Municipal, don Manuel del Campo Yávar.

Terminada la lectura, don Manuel Bunster Villagra, lleno de indignación, avanzó hasta la mesa del Intendente esgrimiendo su bastón, golpeando fuertemente la mesa de la presidencia y pre-

tendiendo aún agredir al mandatario, quien llamó a la fuerza pública, mientras el señor Bunster pedía ayuda al pueblo agrupado en la barra, incitándolo a que invadiera la sala.

Felizmente la tropa logró calmar los ánimos y pudieron retirarse los opositores.

Los gobiernistas reanudaron la sesión, aprobaron la eliminación propuesta, dieron curso a una suspensión para el regidor don Salustio Guzmán, y determinaron que, en adelante, el número de ediles en ejercicio sería de 11 (el Municipio contaba entonces con 18). Podrían sesionar con un quórum de seis. De hecho la oposición quedaba liquidada.

Al día siguiente, en nueva sesión, a la que sólo asistieron los gobiernistas, fué aclamado como 1.º Alcalde don Carlos Moraga y se acordó pasar a la justicia ordinaria los antecedentes de los disturbios provocados el día anterior por los opositores, incluyendo, como cuerpo del delito, el tintero destrozado por el señor Bunster.

Y así llegó la noche del 6 de enero del 91, en que, al sublevarse la Escuadra, se inició un período de tragedia que duró nueve meses.

En Angol se organizó la 6ª División del ejército que defendería el régimen de Balmaceda, al mando del coronel Luis Solo Zaldívar, quien tenía como jefe de Estado Mayor al teniente coronel Demetrio Guerrero.

El Batallón Zapadores, embarcado el 6 en Talcahuano, logró llegar a Caldera, burlando la persecución de la Esmeralda. El Regimiento Carabineros de Yungay se concentró en Angol, listo para ser enviado al norte, aunque poco después se le mandó a Temuco.

Se comenzó de inmediato la formación de dos nuevos cuerpos militares: el Batallón Movilizado Angol y el Escuadrón Húsares de la Frontera. El primero, de 600 plazas, que tuvo un fin trágico en la batalla de Pozo Almonte, era comandado por el teniente coronel Manuel Modesto Ruminot, jefe detall, el sargento mayor Manuel Antonio Jarpa Ureta.

El Húsares de la Frontera, de 400 plazas, tuvo como comandante al Intendente de la provincia, pero su verdadero organizador fué el capitán Hernán Trizado, 2º jefe.

Se determinó que esta unidad militar quedaría aquí como resguardo, a fin de vigilar los campos y extinguir el bandalaje. Se le dotó de rifles Grass, sables, revólver y bayoneta. En abril, este cuerpo fué llevado a Concepción.

A fin de evitar actos subversivos, la Intendencia ordenó que después de las 9 de la noche no podían transitar grupos de más de dos personas.

Los Alcaldes de Angol pasaron a ocupar cargos especiales: el 1º, don Carlos E. Moraga, fué nombrado coronel de guardias nacionales y jefe de la plaza de Valdivia; pero luego después comandó la torpedera Condell, que en Caldera torpedeó y hundió al acorazado Blanco Encalada. El 2º Alcalde, como hemos dicho, se convirtió en jefe del Batallón Movilizado Angol. Y el 3º, don Alejandro Larenas Fuenzalida, asumió el cargo de Juez de Letras de Angol, por ausencia del propietario.

1.er Alcalde fué designado don Francisco Ottone.

El Batallón Movilizado Angol llegó el 1º de febrero a Talcahuano, donde fué embarcado para el Norte. Este cuerpo militar, formado por angolinos en su mayor parte, fué la contribución de sangre que la ciudad ofreció a la causa del Presidente Balmaceda. En la batalla de Pozo Álmonte, efectuada el 7 de marzo, resultó totalmente aniquilado, incluyendo entre los muertos al comandante Ruminot.

La oficialidad del Batallón sacrificado era la siguiente: comandante, teniente coronel de Ejército Manuel M. Ruminot; sargento mayor, jefe del detall, Manuel Antonio Jarpa; sargento mayor, capitán de guardias nacionales Emeterio Figueroa; capitán ayudante, teniente de Ejército Jacinto T. Sánchez; capitán ayudante, subteniente retirado Demofilo Larenas; subteniente abanderado, de guardias nacionales, Juan Antonio Bizama.

1ª Compañía: capitán de guardias nacionales Ramón Cuadra; teniente, ciudadano Manuel 2º Garrido; subteniente, ciudadano Juan Bta. Figueroa; subteniente, ciudadano Juan de la Cruz Palma.

2ª Compañía: capitán, ciudadano Salvador Meza; teniente, ciudadano Pedro María Navarrete; subtenientes, ciudadanos David Alvarez y Francisco Cáceres.

3ª Compañía: capitán, subteniente retirado de Ejército José Dolores Ríos; teniente, subteniente retirado de Ejército Rafael Milnes; subtenientes, los de igual grado en retiro Honorindo 2º Martínez y Vital Campos.

4ª Compañía: capitán de guardias nacionales Roberto Bennewitz; teniente, ciudadano Luis González; subtenientes, ciudadanos Fortunato Sánchez y Gerardo Guilardi.

Todo el norte del país quedó en poder de los revolucionarios. Las tropas vencidas huyeron al pueblo de Tarapacá y después a Arica, recorriendo 350 kilómetros en trece días. Después de la ocupación de Tacna y Arica, los derrotados balmacedistas se internaron en el Perú, dirigiéndose a Mollendo, donde, en vista de las malas condiciones sanitarias, se trasladaron a Arequipa. En este último lugar estuvieron hasta que la Revolución hubo terminado.

Enorme y dolorosa impresión causó en Angol la noticia del desastre de Pozo Almonte. Se efectuaron en la Iglesia Parroquial honras solemnes en memoria de los muertos del Batallón Angol, a las cuales asistieron, aparte de un público numerosísimo, los batallones Tomé, Nacimiento y Escuadrón Húsares de la Frontera.

Como homenaje al Batallón extinguido, se dió igual nombre al Batallón Collipulli.

El Presidente Balmaceda estaba seguro de dominar la insurrección, de modo que las elecciones de electores de Presidente, senadores, diputados y regidores se efectuaron el domingo 29 de marzo de 1891. Resultaron elegidos: senador por Malleco, don José María Balmaceda; diputado por Angol, don José Ramón Ballesteros.

El Municipio, constituido el 3 de mayo, quedó en la siguiente forma: 1.º Alcalde, don Félix H. Fernández; 2.º, don Alejandro Larenas F.; 3.º, don Javier Arrieta; regidores, señores Carlos Moraga, José Santos Astete, Casiano Vallejos, José Dolores Osses, Benito Alarcón, Vicente Calvo, Juan B. Faúndes, Modesto Burgos, Juan José Valdés, José María del Canto, Eufrasio Pérez, Manuel Romero, Emilio Moreno, Clodomiro Silva Arriagada y Manuel González Lermada.

Fueron nombrados tesorero, procurador y secretario, los señores Francisco Ottone, Pedro J. Bustos y M. Belisario Aravena, respectivamente.

En medio de todo el ajeteo político y revolucionario, la ciudad se impuso del fallecimiento de su fundador, el general don Cornelio Saavedra, acaecido en Santiago el día 7 de abril.

Durante el período revolucionario hubo algunos cambios de funcionarios: el Intendente Aldunate Solar fué nombrado por Bal-

maceda Ministro de Relaciones Exteriores, y partió de Angol el 20 de mayo, siendo reemplazado por el coronel don Luis Solo Zaldívar (Dcto. 2717, de 21 mayo); éste nombró como secretario interino (junio) a don Emeterio Letelier; por Dcto. de 4 de junio, se declaró vacante el cargo de Promotor Fiscal y se nombró a don Alejandro Larenas; al mes siguiente se extendió el nombramiento de Juez de Letras a favor de don José Francisco Gade.

Los vecinos de Angol más perseguidos durante el período de la Revolución fueron los opositores señores Manuel Bunster Villagra, José Antonio Soto Salas, Tomás Romero, José Luis Vergara Correa, Esteban Albarracín, que desempeñaba el cargo de Administrador de Correos de la Provincia, y don Fernando Ibarra. Algunas de estas personas fueron deportadas a otras ciudades.

Desde el 20 al 29 de agosto, entre las batallas de Concón y Placilla (21 y 28, respectivamente), en Angol no había noticias de nada. Los trenes no corrían. El diario nada decía. La incertidumbre dominaba todos los espíritus.

El desenlace lo anunció un telegrama de La Moneda, el día 29, en el cual Balmaceda anunciaba haber delegado el mando en el general Baquedano.

En medio de completa tranquilidad, o pena, la gente recibió la noticia. "El Colono" decía al respecto: "Esto corresponde a las tradiciones de unión y concordia, que tanto lo enaltece como pueblo culto y civilizado". Un breve editorial terminaba así: "Que cesen pues los odios, y que un rayo de luz celestial ilumine al actual gobernante hasta consolidar la paz y la tranquilidad públicas, son los deseos de todo Chile".

Asumió el cargo de Intendente de Malleco y Comandante General de Armas don Juan Antonio Ríos, mientras llegaba el titular, don Tomás Romero, cuya designación fué recibida con gran regocijo.

El Intendente actuó en una "junta de delegados", integrada por los señores Luis W. Fuenzalida y Alberto Moller.

Entre las medidas tomadas a fin de evitar apresuradas transacciones comerciales, se resolvió cerrar hasta segunda orden la Notaría y la oficina que tenía en Angol el Banco de Valparaíso.

Don Tomás Romero llegó el 2 de septiembre. La recepción que le hizo el pueblo fué calurosísima, sobre todo por tratarse de una persona tan vinculada a la ciudad. Se reunieron las autoridades,

formaron todos los colegios, las banderas ondearon por todas partes y todo el pueblo demostró regocijo.

CONSOLIDACION DEL NUEVO REGIMEN GUBERNATIVO

Primeramente recordemos dos sucesos desgraciados, producidos del odio que engendran las luchas políticas que llevan hasta la guerra entre hermanos.

El Intendente depuesto por Balmaceda, don José Luis Vergara Correa, muy estimado por todos los angolinos debió sufrir dolorosos vejámenes. Se le acusó de pretender sobornar al comandante de la torpedera Condell, ex Alcalde de Angol don Carlos E. Moraga, a fin de que se pasara con dicho barco a los revolucionarios, ofreciéndole \$ 100.000.

Encina relata el caso en esta forma:

"Moraga, que deseaba rehacer su vida pasada, lo denunció. Alcérreca motu propio le hizo dar cien azotes y ordenó arrojarlo sobre el piso asfaltado de un calabozo y privarle de alimentos por 48 horas; pero un soldado, violando la consigna, le arrojó un racimo de uvas por el tragaluz.

"La señora Elvira Isaza de Vergara se presentó a Alcérreca a informarle de lo ocurrido. El coronel le negó la efectividad de los azotes, y como la señora le exhibiera la camisa llena de coágulos de sangre, le dijo alegremente: "¡No ande, señora, afrentando a su marido!"

—"Pero, señor, hago lo que en caso análogo haría la mujer de usted si fuera casado".

—"Es que yo no tengo ese clavo", le interrumpió Alcérreca.

—"¡Imbécil!", exclamó la señora, volviéndole las espaldas".

El ex Intendente, juzgado por el Tribunal Militar de Valparaíso fué condenado en primera instancia a diez años y un día de prisión, fallo que en segunda se cambió a diez años de confinamiento a Montevideo, pena de que se vió libre, por supuesto, con el triunfo de la Revolución.

Con respecto a su reemplazante en Malleco, don Manuel María Aldunate, hay que decir algo más doloroso aún, pues fué asesinado como represalia por todos los asesinatos y vejámenes achacados al régimen gobiernista.

Hubo varias versiones sobre su fin. Se dijo que había sido asesinado en los cerros de la Palmilla, cerca de la estación de la

Cruz, por los mismos soldados que él conducía a rendir en Quillota, después de la batalla de la Placilla, recibiendo ocho heridas que le destrozaron el cráneo.

Encina dice que la muerte de este joven ministro "fué el resultado de un incidente de carácter íntimo con uno de los jefes del ejército congresista, que este último solucionó de acuerdo con el antiguo código español del honor".

Hemos visto el entusiasmo con que el pueblo de Angol recibió al nuevo Intendente, don Tomás Romero, demostraciones que se debían, más que a motivos políticos, al cariño que el pueblo sentía por el nuevo mandatario.

Pero el entusiasmo que sigue al éxito en los grandes acontecimientos, hace a veces exagerar las medidas de reforma. Así "El Colono", por insinuación del Intendente, desde el 23 de septiembre tomó el nombre de "El Araucano". El nuevo jefe provincial, según decía el periódico, "quiere que en su provincia todo marche en armonía con los principios de independencia y libertad que él ha defendido".

Alcanzaron a aparecer 146 números de "El Araucano", hasta que el 3 de marzo de 1892 volvió a tomar su antiguo nombre. En su editorial decía: "Desaparecidas ya las causas que motivaron en septiembre último la aparición de "El Araucano", y atendiendo a las instancias de nuestros comitentes, "El Colono" vuelve a recuperar su nombre y su edad".

Dos días antes de este cambio había aparecido un nuevo periódico, "El Angolino", interdiario, que terminó con el N° 63, el 2 de agosto del mismo año 92.

Con respecto a gobierno comunal, y otras autoridades, a comienzos de octubre de 1891 fué nombrada una Junta de Alcaldes, integrada por los señores Manuel Virginio Bunster, Pedro L. Zañartu y Luis Washington Fuenzalida.

El 18 de octubre se efectuaron elecciones para nombrar diputados, electores de Presidentes y regidores.

Resultaron elegidos diputados los señores Tomás Romero, Carlos Beza y Manuel Bunster Villagra. El señor Romero había renunciado su cargo de Intendente a fines de septiembre, y el 24 de dicho mes fué nombrado en su reemplazo el abogado don Jervasio Alarcón Robles, que hasta entonces desempeñaba las funciones de Gobernador de Arica.

La elección designó como electores de Presidentes de la República a los señores José Luis Vergara (ex Intendente), Fernando Ibarra y José Bunster.

Los 18 regidores elegidos se constituyeron el 22 de noviembre, quedando formada la Municipalidad de esta manera: 1.º Alcalde, Luis W. Fuenzalida; 2.º, Manuel V. Bunster; 3.º, Pablo A. Fuentes; regidores: Manuel González L., Demetrio Veloso, Pacífico Cerda, Reinaldo Romero, Manuel Rebolledo, David Riquelme, Rafael 2.º Cerda, Abelardo Leiva, J. Ignacio Sepúlveda, Nicanor García, Ruperto Núñez, Miguel Espinace, Salustio Garrigó, Alejandro Sepúlveda y Juan Bta. Figueroa.

Procurador, secretario y tesorero municipales fueron designados los señores Leoncio Rivera Cruzat, Manuel Cortés Allende y Pedro Filemón Zapata, respectivamente.

Otros funcionarios nombrados por el Gobierno de la Revolución triunfante fueron: secretario de la Intendencia, don Leoncio Rivera Cruzat; como Tesorero Fiscal se repuso a don Manuel Cortés Allende, destituido por la Dictadura; Comandante de Policía, el capitán don Demefilo Larenas, y Rector del Liceo, don Francisco Cuevas.

En esa misma época fué nombrado Gobernador del Territorio de Magallanes el comandante, y vecino de Angol, don José Antonio Soto Salas.

En enero del año 92 fué nombrado Juez de Letras don Guillermo Mackay, de grato recuerdo entre los antiguos angolinos, y se confirmó en propiedad al Intendente don Jervasio Alarcón.

Poco después se extendió el nombramiento de Escribano y secretario judicial a favor de don Víctor Vargas, quien, a fines del mismo año, fué trasladado a Concepción, reemplazándolo don Víctor M. Vidal.

Otros nombramientos en los servicios fiscales y municipales fueron: en diciembre de 1892 se designó secretario de la Intendencia, por renuncia de don Leoncio Rivera Cruzat, al distinguido profesor del Liceo don Tomás Guevara; y en la Municipalidad el secretario, don Manuel Cortés, fué reemplazado por don Aníbal Neira, y éste por don Darío Álvarez.

El año 1892, juntamente con tranquilizar los espíritus exaltados por la dolorosa Revolución reciente, terminó con dos acontecimientos que llenaron de entusiasmo a la ciudadanía. Uno de

ellos fué, el 12 de octubre, la celebración del 4º Centenario del Descubrimiento de América, día que había sido declarado feriado por el Gobierno. Hubo en Angol entusiastas festejos públicos, principalmente escolares, para recordar la hazaña de Colón.

Otro acontecimiento de importancia regional, con el que abrió sus páginas el año 1893, fué la inauguración, el 1º de enero, del ferrocarril de Victoria a Temuco.

ANGOL DESDE 1893 HASTA EL FIN DEL SIGLO

Ambiente general

Angol continuaba siendo un pueblo de reducido número de habitantes. El censo nacional efectuado el 28 de noviembre de 1895 dió a la ciudad una población de 7.933 personas, incluyendo a la tropa.

Angol aparecía ya con 25 personas menos que Temuco.

La tradición y herencia de Arauco y el crecido porcentaje de uniformes, hacían que el espíritu de Angol fuera netamente militar.

Un periodista de "La Tarde", de Santiago, don Galo Irrazábal Zañartu, decía en mayo de 1898:

"Angol está completamente militarizado.

"El pueblo quiere a sus soldados como cosa propia, y éstos han comunicado su espíritu a lo más de la población.

"En Angol todo el mundo anda a paso redoblado, rompe la marcha con el pié izquierdo y le dice a Salvador Vergara (Jefe de la Zona Militar) con cariño y con profundo respeto "mi general".

"Recuerdo que Manuel Bunster, uno de los hombres más estimados y prestigiosos de la comarca, y uno de los agricultores e industriales más afortunados de la Frontera, al toparse conmigo a la vuelta de una esquina, se cuadró como un veterano, hizo sonar los talones, y se llevó la mano derecha al ala del sombrero, mientras me estiraba la izquierda".

Los militares, con las retretas de sus bandas y con sus tertulias sociales, daban un ambiente amable y alegre a la ciudad y fomentaban la camaradería entre la gente de las diferentes castas de la sociedad.

Se unían a ellos artistas distinguidos, como el famoso músico ciego Julio Aravena y las destacadas concertistas en piano y canto señoras Armelina de Alvizú y Auristela Fuentes v. de Duvanced, y sus numerosas alumnas. Este conjunto artístico ponía a me-

nudo su nota de belleza en las ceremonias del culto, presididas por dos venerables párrocos: el presbítero-abogado don Ismael Méndez y don Juan de Dios Belmar, ambos de muy grato recuerdo entre los angolinos, especialmente entre los elementos populares.

El señor Méndez dejó Angol el 3 de enero de 1894, después de doce años de estada en la ciudad, por haber sido nombrado secretario del Obispado de Concepción.

A fines de julio de 1893 se reunieron en casa del comandante don José Antonio Soto Salas numerosos caballeros con el objeto de echar las bases de un **Club Social**, para lo cual habían reunido \$ 10.000.

En esa oportunidad se formó un directorio provisorio compuesto por los señores Manuel Villamil Blanco (Intendente), Jervasio Alarcón, José Olegario 2º Cortés, Manuel Bunster Villagra, Daniel Sepúlveda, Juan Guillermo Mackay y Celestino Rivas.

La fecha oficial de la fundación fué el 14 de junio de 1894.

A fines del siglo, 1900, contaba con 120 accionistas que, a \$ 100, hacían un capital de \$ 12.000.—, calculándose su haber en \$ 40.000.—.

En esta última época estaba dirigido por los señores José Antonio Soto Salas, Alejandro Larenas Fuenzalida, José Miguel Varela V., Vicente Romero, Luis Klapp, José Olegario Cortés A., Antonio Kind, Víctor M. Vidal y Enrique Bustos Sánchez.

El mismo ambiente social amigable hizo que en Angol las diferencias causadas por la Revolución se borrarán más pronto.

Los partidarios de Balmaceda no olvidaron la obra y el recuerdo del mandatario, a pesar de la derrota, y es así como en las elecciones de 1894 salieron elegidos 28 diputados balmacedistas.

Este mismo ambiente de respeto político mutuo hizo posible también el soberbio homenaje que se rindió en Santiago a los restos de Balmaceda el 29 de noviembre de 1896, y que fué una rehabilitación inmensa a su memoria.

Como palanca indispensable y poderosa, Angol continuó contando durante este tiempo con los servicios informativos de algunos **periódicos**.

El 1º de marzo de 1892 apareció un interdiario llamado "El Angolino", y que terminó su vida el 2 de agosto del mismo año con el número 63.

Con los mismos elementos tipográficos del periódico fenecido, vió la luz, a principios de marzo de 1894, "La Voz de Angol", no catalogado en la Biblioteca Nacional. Fué una de esas hojas de propaganda electoral en favor de las candidaturas conservadoras de don Ramón E. Santelices y de don Lorenzo de la Maza, para senador y diputado, respectivamente.

El 16 de noviembre del 97 la imprenta "La Antorcha" editó el periódico semanal "La Situación", que terminó con el N° 93, de 23 de septiembre del año siguiente.

En la misma imprenta y durante los primeros meses de 1898, se imprimió "El Roto Angolino", que hizo honor a su nombre de roto, insultando burdamente a personas respetables de la localidad. Se extinguió por una circunstancia curiosa: su dueño y redactor, Manuel Jesús Burgos Rodríguez, mecánico de veintidós años de edad, oriundo de Valparaíso, fué condenado a 61 días de prisión por informalidades relacionadas con la compostura de una máquina.

Pero en medio de estas publicaciones de vida efímera, siguió imperando, por la seguridad y seriedad de su marcha, "El Colono", del recordado don Pedro Bernal, y a cuyos orígenes nos referimos en capítulos anteriores.

Poco antes de la muerte de don Pedro que, como dijimos, ocurrió el 3 de enero de 1898, don Temístocles Conejeros Mendoza continuó la ruda labor periodística en la publicación adquirida por él.

Al reaparecer "El Colono", su propietario quiso desconectarlo del anterior, y así lo declaraba en su primer número, de 18 de noviembre de 1897: "Nuestro diario no es el mismo de igual título que dejó de publicarse a principios de septiembre último, ni siquiera continuación disimulada de él, sino totalmente distinto. Si hemos escogido su mismo nombre, ha sido porque hemos adoptado idéntico propósito de aspiraciones y de trabajo y, como él, pretendemos servir al país y especialmente a la Frontera, con mayor esfuerzo todavía".

Sin embargo, a fines del año 98, el señor Conejeros estimó más beneficioso para su periódico el considerarlo como continuación del aparecido trece años antes, y es así como el ejemplar del 1° de enero de 1899 lleva el N° 3.045.

El 2 de enero de 1894 inauguró sus oficinas en Angol el **Banco de Chile**, a cargo del Agente don Guillermo García.

A fines del siglo XIX comenzaron a aficionarse los angolinos por presenciar las primeras manifestaciones del **deporte** moderno.

Los vasco-franceses residentes en la ciudad construyeron un frontón de pelotas en 1892. Los días festivos no eran sólo los jugadores los que asistían a ese lugar, sino numeroso público atraído por la novedad del espectáculo.

Del tiro al blanco hablaremos más adelante, a propósito del Ejército y dificultades con la República Argentina.

En esta misma época comenzó a practicarse el **ciclismo**, pero más bien como medio de esparcimiento y turismo que como simple deporte. El uso de la bicicleta se hacía cada día más popular, lo que facilitaba la realización de excursiones que a caballo habrían resultado demasiado largas.

Así, "El Colono" de 13 de enero de 1896 daba cuenta de un recorrido hecho por los señores Manuel Cortés Allende y Walter Kraemer a Collipulli, Victoria y Traiguén, hecho en un día. Salieron de Huequén a las 4 de la madrugada y después de un descanso de tres horas en Victoria, llegaron a Traiguén a las 6 de la tarde.

Como precursor de lo que sería la **aviación**, en mayo de 1898 llegó a Angol el aeronauta Eduardo Laiselle, ciudadano francés que hizo exhibiciones en su globo en numerosas ciudades de Chile.

La primera ascensión efectuada ante los angolinos lo llevó a 500 metros de altura, pero desgraciadamente una chispa del fogón inflamó la tela del aeróstato, por suerte en forma lenta, lo que determinó el descenso rápido del globo, que cayó sobre un palo, ocasionándose desperfectos no muy graves.

A comienzos de junio Laiselle hizo su segunda ascensión con toda felicidad. Los elementos populares estaban vivamente entusiasmados por un regalo que lanzaría desde los aires, en paracaídas. Cuando éste comenzó a descender lentamente, todos corrían, y el afortunado atrapador del paquete encontró en él... ¡un gato!

Pasaremos en seguida a considerar las diversas actividades angolinas, hasta el fin del siglo, en capítulos especiales.

SERVICIOS ADMINISTRATIVOS FISCALES.—PARLAMENTARIOS

Dijimos que el Intendente nombrado por el Gobierno de don Jorge Montt, en septiembre de 1891, don Tomás Romero, hizo muy

luego su renuncia de su cargo, a fin de optar a la diputación para la cual fué elegido.

Sucedor, don Jervasio Alarcón Robles, fué separado de su cargo el 22 de mayo del año 93. Por asuntos de tierras y colonización, el Intendente no coincidió con la opinión del Gobierno y renunció a su cargo, renuncia que le fué devuelta dos veces por los términos en que iba concebida; pero como el tenaz don Jervasio no aceptara retirar una sola de sus palabras, lo separaron.

Hasta el fin del siglo se sucedieron los siguientes **Intendentes**: don Manuel Villamil Blanco, escritor, político y ex diplomático que, en agosto del 93, fué designado Ministro de Guerra y Marina, cuyo nombramiento produjo borrasca en el Congreso, por alegar sus opositores que era ciudadano boliviano; don Nicolás Peña Vicuña, que llegó a Angol el 23 de agosto de 1893, y lo abandonó el 3 de mayo del 94, por haber sido nombrado Intendente de Santiago; el teniente coronel don José Antonio Soto Salas, mientras se nombraba Intendente en propiedad, llegó el 11 de mayo; don Manuel Bello Mora, Intendente de Arauco, nombrado por Dcto. de 30 de mayo de 1894; don Tomás Romero H., ex Intendente y diputado, designado por Dcto. de 30 de mayo de 1896, reelegido el 23 de septiembre del año 99.

Servía el cargo de **secretario de la Intendencia**, desde diciembre de 1892, por renuncia de don Leoncio Rivera Cruzat, el distinguido profesor don Tomás Guevara Silva, quien, al ser nombrado Gobernador del nuevo departamento de Mariluán, un año más tarde, fué reemplazado por don Víctor M. Vidal. El señor Guevara recuperó su puesto en Angol al renunciar voluntariamente su cargo en Victoria, pero lo declinó de nuevo a fines de octubre de 1896 al ser nombrado Intendente el señor Romero, siendo reemplazado por otro profesor distinguido: don Ricardo Muñoz Avalos.

En los **servicios judiciales**, mantuvo su cargo de Jues Letrado, hasta abril de 1899, don Juan Guillermo Mackay, que, con fecha 22 de dicho mes, fué designado Ministro de la Corte de Apelaciones de Concepción. Tuvo un digno reemplazante en don Manuel Cortés Allende, que dejó en Angol tan gratos recuerdos como su antecesor.

Fueron **secretarios judiciales** durante el desempeño de los magistrados nombrados en el párrafo anterior, los señores Carlos Zañartu, Marco Aurelio Vidal, Augusto A. Aguayo y Luis A. Solís.

Otros funcionarios públicos de aquella época: don Aníbal Salvatierra, Tesorero Fiscal, que reemplazó a don Manuel Cortés, nombrado Juez de Letras; y don Temístocles Conejeros Mendoza, oficial del Registro Civil.

Con respecto a la **representación parlamentaria**, en las elecciones efectuadas el 5 de marzo de 1894 triunfó en el país la alianza radical-balmacedista, lo que significó un cambio en los rumbos de gobierno, a lo que el Presidente se avino.

Por Bíobío, Malleco y Cautín fueron elegidos senadores los señores Joaquín Santa Cruz, Ramón E. Santelices y José María Balmaceda, hermano este último del ex Presidente; y diputados por Malleco los señores Máximo del Campo, Anselmo Hevia Riquelme y José Onofre Bunster.

En todo el país resultaron elegidos 28 diputados balmacedistas, a pesar de dos años y medio de persecuciones políticas.

Las otras elecciones, antes del fin del siglo, se efectuaron el 4 de marzo de 1900. Senador de esta región fué don Pedro Bannen; y diputados los señores Alfredo Irarrázabal Zañartu, Miguel A. Urrutia y Miguel Angel Padilla.

El 25 de junio de 1896 se eligió **nuevo Presidente de la República**, triunfando don Federico Errázuriz Echaurren sobre su contendor don Vicente Reyes. El señor Errázuriz asumió el cargo el 18 de septiembre.

SERVICIOS MUNICIPALES

A fines de 1891 se promulgó la **nueva Ley de Municipalidades**, que dividió el país en comunas, y que dió a los Municipios facultades muy amplias. También se redujo el número de regidores.

Aparte de la Junta de Alcaldes nombrada por la Revolución, nos referimos anteriormente al Municipio de 18 regidores que asumieron sus cargos el 22 de noviembre de 1891.

La Municipalidad elegida el 5 de marzo del 94, y constituida el 6 de mayo, quedó organizada así: 1.º Alcalde, Juan Antonio Ríos; 2.º, Manuel Virginio Bunster; 3.º, Modesto Burgos; regidores, José A. Oliva, Julio A. Sepúlveda, José Olegario 2.º Cortés, Alejandro Larenas F., Manuel Rebolledo y Santiago García. Secretario, Manuel Cortés Allende; y tesorero, Pedro Filemón Zapata.

Al mes siguientes fueron excluidos, por motivos legales, los regidores Sepúlveda y Ríos y renunció el señor Larenas Fuenza-

lida. En las elecciones complementarias efectuadas en julio, fueron reemplazados por los señores Francisco Ottone, Salustio Garrigó y José Dolores Osses. Nuevo Alcalde fué elegido don José Olegario Cortés.

La última Municipalidad del siglo, nombrada el 4 de marzo de 1900, constituida el 6 de mayo, fué la siguiente: 1.º alcalde, Zoilo Contreras; 2º, Miguel Matus; 3º, Enrique Bustos Sánchez; regidores: José O. 2º Cortés, Manuel A. Jarpa U., Miguel 2º Espinace, Víctor M. Zagal, Lisandro Anguita y David Riquelme.

El **presupuesto municipal**, que en 1895 ascendía a \$ 33.897.72, fué de \$ 32.330.19 en 1900.

Entre las **obras locales** más importantes realizadas por el Municipio desde el 92 al 900, figura el Matadero, instalado en calle Industrias, y que empezó a funcionar el 27 de octubre de 1894.

A fines del 97 se compraron terrenos para instalar un cementerio municipal, que durante muchos años fué llamado "Laico". Ese mismo año se cerró el predio adquirido.

En aquella misma época, siendo Alcalde don Manuel A. Jarpa, se puso **nombre a calles** que no lo tenían, y se cambió a otras. Entre estas últimas figuraron: Lonquimay se llamó Chorrillos; Cañete, J. F. Vergara; Boroa, Dieciocho; Pinolevi, Rengo; Catrileo, Covadonga; antigua Tucapel, Prat; y Lumaco es la actual Tucapel.

En octubre de 1896 se encontraban ya muy adelantados los trabajos de construcción de **la pila** que adornó la Plaza de Armas hasta años muy recientes, con tres fuentes superpuestas y tres sirenas en su parte inferior. Esta bella construcción la realizó el marmolista y escultor italiano Luis Barchi.

En varias oportunidades se trató de instalar en Angol el servicio de **alumbrado eléctrico**, lo que sólo vino a conseguirse en años avanzados del siglo actual.

En agosto de 1893 el Municipio entró en tratos al respecto con la casa A. Goubert, representada por el ingeniero electricista don G. F. Wuehottz. Se formaría una sociedad anónima. Por su parte, la Municipalidad ofrecía \$ 7.000 anuales por 320 "lámparas de diez y seis velas".

Al respecto, hubo un incidente curioso: salió a la palestra, con un remitido en "El Colono", el vecino don José Fileas Salinas, dirigente demócrata, quien, en una parte de su artículo, decía: "Esto no es cierto, porque la I. Corporación aun no se ha pronuncia-

do sobre este gasto de **lujo** que viene a absorber todas las entradas del Municipio, cuando la población reclama el remedio inmediato a otras necesidades de más importancia, como es el Matarero y el agua potable". Por supuesto que, al menos con respecto a lo último, no le faltaba cierta razón al señor Salinas.

El hecho es que, aunque a mediados del año siguiente se comenzaron los trabajos de instalación, aun los cables, la ciudad no tuvo luz eléctrica en aquella ocasión.

Otro servicio público proyectado, pero nunca realizado, fué el establecimiento de un **ferrocarril urbano**, para lo cual se publicó aún un proyecto de contrato por treinta años con don Manuel Sotomayor.

El **punto** que comunica la ciudad con el barrio de Villa-Alegre fué desarmado a principios de octubre de 1894 y su reconstrucción estuvo terminada en junio del año siguiente, en que también se inició la instalación de un puente sobre el Picoquén, al término de la calle Villarrica. Lo construyó don Ventura Alvizú, propietario del predio vecino, con un aporte de \$ 500 hecho por la Municipalidad.

La **planta urbana** de la ciudad se amplió a mediados de 1895 con la formación de la población Bunster, a base de seis manzanas que puso en venta don Manuel Bunster Villagra. Los compradores de sitios pagaban \$ 30 al contado y \$5 mensualmente.

La necesidad de contar con puentes firmes, a que hemos aludido más arriba, se debía principalmente al aumento enorme de las aguas de los ríos durante el período invernal, que en repetidas ocasiones ocasionó **catástrofes**.

Así, en 1898 un enorme temporal dejó casi destrozados los puentes de Huequén y Picoquén. Este último estuvo en inminente peligro de ser arrastrado, lo que también habría significado la pérdida del de Villa-Alegre, en el que las aguas llegaban a las vigas transversales. El de Huequén debió ser amarrado por particulares y soldados de la Compañía de Ingenieros.

Al año siguiente, durante los días 19 y 20 de julio, una enorme inundación que abarcó toda la zona, adquirió caracteres de catástrofe regional.

En Angol se inundaron las propiedades vecinas al río, como el Molino, el Liceo de Hombres y la casa del ingeniero don Benjamín Arrieta. Pueblos enteros quedaron poco menos que en rui-

nas, sin ferrocarril, sin telégrafo, sin puentes, sin caminos y, lo más lamentable, también hubo pérdidas de vidas.

Durante esta inundación corrieron una aventura casi trágica dos jóvenes muy estimados en Angol: los ciudadanos franceses Juan Bta. Guimón y Juan Bta. Leixelard, quienes, después de haber alcanzado en bote hasta el río Malleco, al regreso tuvieron un accidente que los dejó cogidos de un árbol en medio del inmenso río, durante quince horas. Guimón sostenía a su compañero, ya inconsciente, durante el último tiempo.

El arriesgado salvataje lo efectuó, al amanecer del día siguiente, el jefe de la maestranza de los Ferrocarriles don Alfredo Hernández y algunos de sus hombres, por lo que la ciudad premió su heroísmo con una medalla de oro.

La reacción y mejoría de los naufragos se debió, especialmente, a las atenciones maternales de una dama filantrópica: la señora Adela Aguilera de Sánchez.

Esta inundación catastrófica produjo una gran miseria entre los elementos populares, ya que los que no habían sido afectados directamente por las aguas, sufrieron por la falta de trabajo.

En Villa-Alegre la señora Laura C. de Bunster instaló una Olla Popular para los damnificados de ese barrio; y en el centro los señores Agustín Oliva y Temístocles Conojeros hicieron otro tanto con la cooperación generosa de los vecinos.

Otra calamidad, pero que ya no ofrecía novedad por lo frecuente, era la aparición anual de la viruela. En julio de 1895, a fin de evitar el mayor desarrollo de la epidemia, hubo que repartir las tropas del Regimiento Granaderos en Victoria, Collipulli y Traiguén, en vista de haberse presentado algunos casos mortales entre ellas.

Mucho hizo, desde 1900, en favor de la salubridad local, el médico don Israel Bórquez Silva, hijo de Angol que se estableció aquí ese año, a raíz de recibir su título profesional.

EDUCACION

(1892 - 1900)

Hemos hablado en capítulo anterior sobre los orígenes y primeros tiempos del **Liceo de Hombres**: su creación, el 19 de diciembre de 1887; su clausura, el 10 de octubre del 91; y su reapertura

el año siguiente, bajo la dirección del Dr. don Francisco Cuevas.

Entre los nuevos profesores designados el 92 y 93, figuraron tres maestros distinguidos: don Tomás Guevara, don J. Guillermo Cid Morales y don Agustín H. Maturana.

El primero, gran historiador, etnólogo y arqueólogo, desempeñó en Angol, además de sus funciones docentes, cargos administrativos, como el de secretario de la Intendencia de Malleco y Gobernador del departamento de Marilúan al tiempo de su creación. Posteriormente fué Rector del Liceo de Temuco y del José Victorino Lastarria, en Santiago.

Escribió muchas obras notables sobre el idioma castellano, sobre la historia de la Araucanía y sobre la vida mapuche, que él pudo estudiar, junto con el idioma, en las mismas reducciones indígenas. El señor Guevara es una autoridad en los estudios a que dedicó gran parte de su vida. Permaneció en Angol durante ocho años.

Don J. Guillermo Cid, hijo de Angol, desempeñó varios cargos en el Liceo, y sus ex alumnos, que se cuentan por miles, conservan un recuerdo muy grato de este maestro que sirvió durante más de treinta años en este establecimiento, hasta el tiempo de ser trasladado a Valparaíso, donde jubiló.

Don Agustín H. Maturana fué profesor de Dibujo y Matemáticas, secretario de la Intendencia durante muchos años e Intendente suplente en numerosas ocasiones.

Una de las primeras preocupaciones del Rector, don Francisco Cuevas, fué la formación de una biblioteca pública que, desgraciadamente, se destruyó en una de las grandes inundaciones de comienzos del siguiente siglo.

Por su parte, don Tomás Guevara formó, anexo al Liceo, un notable museo etnológico y arqueológico indígena, que también corrió la misma suerte de la biblioteca.

Además de los estudios humanísticos, a principios de 1896 comenzó a funcionar, anexa al Liceo, una Escuela de Agricultura.

Las iniciativas para la creación de un **Liceo de Niñas** comenzaron en mayo de 1899.

A invitación del Intendente, don Tomás Romero, se reunieron los señores Manuel Bunster Villagra, Francisco Pérez, José Miguel Varela, Salustio Guzmán, José O. Cortés, Daniel Sepúlveda, Javier O. Arrieta, Baltazar Torres, Manuel A. Jarpa, Filemón Zapata,

Ricardo Muñoz Avalos, Nicanor García, Manuel Cortés Allende, Víctor M. Vidal, Clodomiro Silva A., José Benito Alarcón, Santiago García y C. M. Lander.

Estos caballeros aceptaron la idea de organizar una sociedad destinada al funcionamiento de un liceo particular de niñas. Se nombró una comisión para redactar los estatutos, el plan de estudios y buscar el profesorado. La formaron los señores Francisco Cuevas, Manuel Bunster V., Tomás Guevara, Francisco Pérez y José Miguel Varela.

En junio se formó el primer directorio provisorio, que quedó integrado por los señores Francisco Cuevas, Manuel Bunster V., Tomás Guevara, Francisco Pérez, José Miguel Varela, Dr. Emilio Moreno y Antonio Kind.

Se determinó que el Liceo comenzaría a funcionar con dos Preparatorias y el 1.º Año de Humanidades.

El 23 de abril de 1900 se dió por fundado oficialmente el colegio, en reunión celebrada en la Intendencia de la Provincia. El Fisco contribuyó con \$ 6.000 de asignación.

El directorio definitivo lo formaron los señores José Miguel Varela, Manuel Bunster V., Manuel Cortés A., Antonio Kind y Temístocles Conejeros M. Poco después fué reemplazado el señor Cortés por don Aníbal Salvatierra, que actuó como tesorero.

El 2 de julio, y con una asistencia de 93 alumnas, inició sus labores el Liceo de Niñas, considerado entonces como el primero en su clase en la Frontera.

En mayo había sido contratada como Directora la señorita **Cesárea Kolbach Gálvez**, profesora de la Escuela Normal de Concepción. La señorita Isabel Behring, Directora de esa Escuela, al referirse a la señorita Kolbach, había dicho: "Es una persona competente como profesora, y que será una hábil Directora". Sin duda que el pueblo de Angol, y la región, pudieron darse cuenta a corto plazo de las virtudes y bondades de la nueva jefe.

El primer cuerpo de profesores fué el siguiente: Señorita Cesárea Kolbach, directora y profesora de Historia, Geografía, Religión y Urbanidad; señorita Ana Rosa Lagos, Inglés; señora Laudelina Quezada de Maturana, Castellano y Matemáticas; señorita Luzmira Salgado, Preparatoria y Ciencias Naturales; señorita Rosalina Merino, Dibujo, Caligrafía, Canto, Gimnasia y Labores de Mano; presbítero don Juan de Dios Belmar, Francés.

El Liceo de Niñas fué declarado como fiscal a contar del 1º de enero de 1903. A su segunda etapa nos referiremos más adelante.

En relación con la **educación primaria**, por Decreto de 10 de febrero de 1893 fué creada la Escuela Superior de Niñas, que llevó el N° 1. Se nombró directora de ella a la normalista señorita Ignacia Ríos, que desempeñaba el cargo de preceptora de la escuela elemental N° 1, siendo reemplazada por la normalista señorita Adela Medina.

En 1894 había en el departamento de Angol once escuelas primarias fiscales, con una matrícula total de 1.055 alumnos.

En junio de 1900 la ciudad de Angol tenía la siguiente matrícula en sus escuelas: Escuela Superior de Niñas, 146; Escuela Superior de Hombres, 107; Escuela N° 3, 99; Mixta N° 1, 101; Mixta N° 2, 119; Escuela Nocturna, 158.

Esta última escuela fué creada por la Municipalidad, y se inauguró el 18 de septiembre de 1892, dirigida por don Guillermo Friz.

Entre los directores de escuela de aquel tiempo, cabe hacer mención especial de don Manuel Pascual Barría, ex preceptor en San Fernando, que llegó a dirigir la Escuela N° 1 el 1º de agosto de 1896. Este respetable maestro trabajó en Angol durante muchos años, pasando después a desempeñar el cargo de Director de la Escuela Superior de Hombres, al crearse ésta a principios de 1901. Más tarde desempeñó las funciones de Inspector Escolar en Atacama y Concepción.

Visitadores de Escuelas, entre los años 1893 y 1900, fueron los señores Francisco Contreras Vargas, Angel C. Salvo y Temístocles Molina.

El 20 de diciembre de 1900 se inauguró la **Liga Protectora de Estudiantes Pobres**, a iniciativa de don Ricardo Muñoz Avalos, futuro Rector del Liceo.

La presidencia de esta sociedad la ejercían, por turnos, los directores señores José Miguel Varela, Manuel Bunster Villagra y párroco don Juan de Dios Belmar, actuando como secretario don Federico Pérez y como tesorero y depositario el señor Muñoz Avalos.

La Liga contaba con un centenar de socios.

SERVICIOS POLICIALES

En julio de 1894 fué nombrado Comandante de Policía don Demofilo Larenas, quien, al renunciar su cargo a fines de noviembre del mismo año, fué reemplazado por don Emeterio Figueroa.

Este fin de año se caracterizó por un caos político general en el país, que provocó en Santiago numerosos cambios de Gabinete. Hubo sucesos graves en Valparaíso, Osorno, Collipulli, etc., por lo que las fuerzas de Policía fueron entregadas a los Alcaldes.

La Policía de Angol tenía el siguiente personal: dos jefes: don Emeterio Figueroa y don Francisco Sánchez Contreras, y 37 individuos de tropa.

El presupuesto anual de esta repartición ascendía, según Memoria de la Intendencia, a \$ 9.313.

Por Ley de 12 de febrero de 1896, y a contar del 1º de septiembre siguiente, las Policías pasaron a depender del Ministerio del Interior (Intendentes).

En Angol fué nombrado Prefecto don Fabriano J. Marín y continuó en su cargo de Ayudante don Francisco Sánchez. Ambos funcionarios desempeñaron esas funciones durante muchos años.

El presupuesto detallado de gastos mensuales daba un total de \$ 1.317.60, que se invertían en la siguiente forma:

Sueldo del Comandante, \$ 125; del Ayudante, \$ 66.66; del sargento 1º, \$ 40; dos sargentos 2.os, \$ 35 c/u.; dos cabos 1.os, \$ 30 c/u.; dos cabos 2.os, \$ 28 c/u.; treinta soldados, \$ 25 c/u.; forraje para la caballada, \$ 100; luz y lumbre, \$ 50.

Como recuerdo curioso, con respecto a la Policía, diremos que en enero de 1900 se suprimió el "piteo" especial con que los guardianes anunciaban las horas del día y de la noche, resto de una tradición colonial: la de los serenos, que pregonaban las horas.

Con respecto a la vigilancia en los campos, a mediados de mayo de 1895 el Gobierno creó la **Policía Rural de la Frontera**, formada por patrullas ambulantes, designando jefe de ella al capitán don Hernán Trizano, quien inició sus actividades pocos días más tarde con un piquete de 25 hombres bien montados del Regimiento Granaderos; pero en febrero del año siguiente Trizano fué nombrado Comandante de las Policías de Llanquihue y Chiloé, donde también se hacía necesario extirpar el bandalaje.

La ida de Trizano coincidió con la creación del **Cuerpo de**

Gendarmes de las Colonias, que reemplazó a la Policía Rural.

En octubre de 1899 un reglamento orgánico dió a Angol la sede de la 1ª Sección de Gendarmes, que abarcaba las provincias de Arauco y Malleco.

MILITARES.—TIRO AL BLANCO.—CONFLICTO CON ARGENTINA

Inmediatamente después de consolidado el triunfo de la Revolución, comenzaron a llegar a Angol algunas unidades militares procedentes del Norte, como el Batallón N° 4 de Infantería, al mando de don Miguel A. Urrutia, el Escuadrón de Caballería N° 3 y el Batallón N° 3 de Infantería; pero estos tres cuerpos estuvieron poco tiempo en la ciudad.

En cambio, el 3 de noviembre de 1892 llegó de guarnición estable el Escuadrón de Caballería N° 1, base del Regimiento Granaderos, que durante muchos años permaneció en Angol. Al día siguiente la ciudad le hizo obsequio de un hermoso estandarte, que fué bendecido el 1º de octubre, aniversario de fundación de esa unidad militar.

Su Comandante era el teniente coronel don Rodolfo Ovalle, quien, al fallecer en febrero del 94, fué reemplazado por don Abel P. Ilabaca.

A mediados de 1895 se creía en la inminencia de guerras entre Perú y Bolivia, y Chile con Argentina, lo que provocó en nuestro país una rápida preparación bélica. Se organizaron nuevos cuerpos armados, aun entre los estudiantes universitarios y secundarios de Santiago. Tanto prendía el entusiasmo en la ciudadanía, que el cacique Domingo 2º Coñuepán, residente cerca de Temuco, ofreció al Gobierno organizar un Regimiento de Lanceros indígenas.

En Angol se estableció, junto con su Estado Mayor, la Brigada del Sur de la Guardia Nacional, actualmente llamada Servicio Militar Obligatorio. El domingo 29 de marzo de 1896 se promulgó en esta ciudad el bando que la creaba.

A fines del 95 llegaron al Regimiento Granaderos dos instructores del Ejército alemán: el capitán Fritz von Wrangel y el teniente Thilo Brockdorff Ahlefeldt.

Al finalizar 1897 se comenzó la construcción de dos nuevos **cuarteles militares**: el de Ingenieros y el "Freire".

En el primero se instaló la Compañía de igual nombre, co-

manaada por el capitán Jorge Garretón. Los propios soldados actuaron como obreros en las faenas de construcción del edificio, que se instaló en la pampa que, desde entonces, tomó el nombre "de Ingenieros".

El Cuartel Freire se levantó al sur del cementerio, en un terreno de diez cuadras de extensión cedido gratuitamente por don Manuel Bunster Villagra, propietario del suelo en que se delineaba el "pueblo nuevo".

Con el objeto de instalar allí un buen **polígono de tiro al blanco**, se adquirió una hijuela de cincuenta hectáreas al cacique Cuevas, vecino al nuevo cuartel, el que fué ocupado por el Regimiento Guías N° 7 de Caballería, que hasta entonces había estado destacado en Collipulli.

La dotación y el **nombre de Regimientos** para los cuerpos de Caballería, junto con darles sus nombres actuales, fueron ordenados por Decreto Supremo de 24 de octubre de 1898. A la Compañía de Ingenieros se la designó con el nombre de "Arauco" N° 4. También por el mismo Decreto se dió el nombre de "Húsares" N° 3, al Regimiento que actualmente tiene su guarnición en Angol.

Desde comienzos de 1898 la dotación militar de Angol estuvo formada por el Granaderos, el Guías y la Compañía Arauco. En abril del 96 la ciudad había pasado a ser la sede de la **4ª Zona Militar**, cuyo jefe fué el coronel don Salvador Vergara, el que, al ser designado, en noviembre del 900, Comandante de la 1ª Zona, en Tacna, fué reemplazado por el coronel don Vicente Palacios Hurtado.

El 26 de agosto de 1898, a fin de dar a conocer la preparación de las tropas acantonadas en Angol, se efectuó un gran desfile militar, en el que participaron las tres unidades de la guarnición y el 6º de Infantería, con un total de 1.300 hombres.

El 29 de noviembre del año siguiente, el Presidente de la República don Federico Errázuriz Echaurren, visitó Angol a fin de inspeccionar los cuarteles, y fué agasajado con un espléndido banquete por la oficialidad de la guarnición.

Como parte de la preparación bélica, ante el peligro de un conflicto armado con la Argentina, se organizaron en todo el país clubes de tiro al blanco.

El **Círculo de Tiro al Blanco** de Angol se constituyó el 25 de julio de 1895, controlado por el siguiente directorio: presidente, don

Manuel A. Jarpa; vicepresidente, don Miguel A. Urrutia; secretarios, Dr. Jerónimo Rosa y don Manuel A. Vergara; tesorero, don Temístocles Conejeros M.; directores, señores Guillermo García C., José Olegario 2º Cortés, Manuel Bunster Villagra, Agustín Echarría, Tomás Guevara y Dr. Emilio Moreno.

Este Círculo instaló su polígono en "Las Obras", al norte del barrio "El Cañón".

En el primer concurso, que fué amenizado por una banda militar, se otorgaron premios en dinero a los mejores tiradores: \$ 1 al que apuntara en la fama y \$ 0.50 al que diera sólo en el blanco.

FIN DE SIGLO

Sometidas a arbitraje las desaveniencias existentes entre Chile y la Argentina, los espíritus, algo más calmados, se aprestaron para celebrar con regocijo la ida del siglo XIX y el advenimiento del XX.

Las fiestas en Angol fueron esencialmente populares: ramadas en la Plaza, carreras de caballos y mulas, una divertida ginkanna, retretas por las bandas militares, fuegos artificiales, misa solemne en las iglesias y salva mayor a las 12 de la noche del 31 de diciembre.

"El Colono" organizó unos juegos florales, en los que participaron principalmente escolares, entre los cuales se discernieron varios premios. Hubo desfile de carros alegóricos, baile social e inauguración del hipódromo del Regimiento Guías, repartición de premios en el Liceo de Niñas, juntamente con exposiciones de labores de los colegios femeninos.

Así despidió Angol, durante los días 30 y 31 de diciembre de 1900 y 1º de enero de 1901 el cambio de siglo, haciendo votos esparanzados por la felicidad común.

SIGLO XX, HASTA EL CINCUENTENARIO (1912)

PERIODO DE DECADENCIA.—ANGOL DEJA DE SER UN GRAN CENTRO MILITAR.—COMERCIO E INDUSTRIA

Con Angol debía suceder lo que acontece con todos los pueblos que dejan de ser centro principal de una región o término de ella.

La fundación de otras ciudades y fuertes en el sur de la Araucanía, la prolongación del ferrocarril y la creación de la provincia de Cautín, produjeron el desplazamiento de habitantes hacia los nuevos centros poblados. Es así cómo hemos visto que, según el censo de 1895, Temuco ya aventajaba a Angol en 25 habitantes; y el de 1908 dió sólo 7.974, es decir 41 personas más que el año 95.

En 1908 había en la ciudad 3.322 hombres y 4.104 mujeres. El barrio de Villa Alegre tenía sólo 228 hombres y 207 mujeres; y el cuartel y pampa Freire 107 hombres y 6 mujeres.

En la Araucanía, la ciudad dejó de ser la cabeza única, tanto en lo administrativo como en lo militar. La 4ª Zona de Ejército cambió su sede a Concepción, por Decreto de 21 de enero de 1902, creándose en cambio una Brigada de Caballería.

Las unidades militares se fueron dispersando: en 1903 se disolvió el Regimiento Guías; a mediados del mismo año el Granaderos fué llevado a Temuco, de donde regresó en diciembre, siendo llevado después definitivamente, 26 de mayo de 1905, a Iquique; la Compañía de Ingenieros Arauco fué trasladada, en diciembre de 1903, a San Fernando. En su reemplazo se organizó la Compañía de Tren N° 4 que, en noviembre de 1909, fué de guarnición a Lautaro, de donde regresó en junio de 1912. El organizador de esta unidad en Angol, fué el capitán don José Luis Avenaño.

El único Regimiento que se asentó definitivamente en la ciudad fué al fin, el **Húsares del General Carrera**, cuya plana mayor y 1.º Escuadrón llegaron a la ciudad el 7 de junio de 1905, procedentes de Iquique. Sus comandantes, hasta 1912, fueron los señores Arturo Rojas Arancibia, Francisco Vial Manterola y Narciso Rodríguez.

El último general en Angol fué don José Ignacio López, el que, poco antes del traslado de la 4ª Zona a Concepción, fué reemplazado por el coronel don Roberto Silva Renard, que mucho contribuyó para efectuar este cambio, en enero de 1902.

El primer jefe de la **Brigada de Caballería**, creada en mayo del mismo año, fué el coronel don José Antonio Soto Salas, y comprendía los Regimientos Granaderos y Guías.

La ida del Regimiento Granaderos a Iquique, después de muchos años de estada en Angol, fué muy lamentada, por las hon-

das raíces familiares que aquí dejaban todos sus componentes, antiguos residentes en la ciudad, como el comandante Agustín Almarza, el mayor Benjamín Gutiérrez, el Dr. Federico Pérez, el contador Domingo Rodríguez, el ayudante Alvaro Quinteros, el maestro de armas Erasmo Alveal, los capitanes Eugenio Vidaurre, J. Antonio Villalobos y Manuel E. Velis; los tenientes Ernesto Grez, Eleodoro Rojas, Fernando Sepúlveda Onfray, Héctor Lanús y Ángel Espinoza; los alféreces Armando Marín Mujica, Nicasio de Toro, Bolívar Bravo, José M. Arlegui, Arturo Sepúlveda Onfray y Enrique Deichler, que más tarde alcanzaron altos grados en el escalafón militar, incluso el generalato.

Se comprende que la disposición de las apreciables fuerzas militares que guarnecieron Angol desde los días de su fundación debía producir trastornos económicos de importancia en el comercio, la agricultura y la industria.

A fines del siglo anterior había cerrado su oficina el Banco de Chile. Sólo diez años más tarde, el 27 de abril de 1907, comenzó a funcionar, anexa a la Administración de Correos, una agencia de la **Caja de Ahorros** de Concepción. El propio Administrador postal quedó encargado para atender los depósitos y giros.

Al finalizar el año, el balance arrojó resultados calificados como "brillantes": se habían abierto 403 cuentas; los depósitos ascendieron a \$ 61.839.61; y los giros a favor de los imponentes a \$ 20.514.85.

Esta oficina pasó a depender de la de Temuco en mayo de 1910.

En agosto del mismo año el **Banco Español de Chile** resolvió instalar una sucursal, la que comenzó a funcionar el 24 de diciembre. Agente de ella fué don Eugenio Krumenaker, y cajero don Ramón Luco.

Una operación comercial de importancia la constituyó la formación de la **Compañía Molinera El Globo**, que se hizo con el propósito de comprar los cinco molinos que pertenecían a la firma Bunster y Cía., además de otros del país.

Con respecto a la **industria**, en los tiempos anteriores a 1908 se instalaron tres establecimientos importantes: la elaboración de maderas de don Cornelio Olsen, la fábrica de conservas "Miraflores", de don Manuel Cortés Allende, y la curtiduría de los hermanos Elissonde.

Después de la ida de apreciables fuerzas militares, Angol si-

guió viviendo en forma más natural. Era un pueblo pequeño, sencillo, pero con muchos atributos de simpatía y belleza: a pesar de sus calzadas de tierra, las calles eran hermosas, con árboles frutales: moreras, cerezos y nogales, tentación de los niños en la época de la fructificación. Sus noches lucían todavía la luz opaca de los faroles a parafina, que el "lamparero" encendía presuroso al anochecer, llevando su escala al hombro. Pero sus días fueron siempre luminosos.

Angol siguió una vida lenta, patriarcal y silenciosa, si se quiere apática. Nada pinta mejor esta verdadera indolencia que el siguiente comentario de "El Colono", en su número del 5 de abril de 1906: "Otros pueblos de la provincia obtienen ventajas en su progreso. ¿Y Angol? Nada, nada. ¿Por qué? Por la desidia de sus vecinos influyentes, porque aquí nadie se preocupa de hacer algo bueno por el adelanto local".

ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES.—BENEFICENCIA Y CULTO

Se puede decir que los únicos acontecimientos que conmovían a la población eran las inundaciones y los escasos incendios, a raíz de los cuales se manifestaba en forma amplia la solidaridad ciudadana.

El **invierno de 1904** fué especialmente crudo: una lluvia continua de tres meses, abril, mayo y junio, culminó, en los primeros días de julio, con una enorme crecida de los ríos de la región, que ocasionó catastróficas inundaciones, cuyas consecuencias fueron más o menos iguales en Mulchén, Traiguén, Temuco, Nueva Imperial y pueblos más pequeños de la región.

En sábado 2 de julio comenzó a llover furiosamente. A las 9 de la noche las aguas del Rehue y Picoquén pasaban sobre el puente. A media noche cubrían la baranda, altura a la que había alcanzado sólo en la inundación del 19 al 20 de julio de 1899. Al amanecer, el puente surgía, levantándose del centro y de costado, y a las 8½ formaba un verdadero arco, sobre el cual se destacaba el farol prendido.

Al desprenderse de sus cimientos, el puente fué arrastrado 120 metros más abajo, quedando retenido por los postes y líneas del telégrafo, lo que ocasionó la interrupción de este servicio.

En los alrededores, el puente de Huequén también fué arrastrado por las aguas, lo mismo que los canales del Molino y Progre-

so. Resistió el puente ferroviario del Malleco, pero su terraplén del lado norte quedó totalmente destruido, dejando la línea férrea en el aire.

Los edificios de Angol vecinos al río fueron inundados violentamente: en el Molino Bunster había en bodegas 16.000 fanegas de trigo y 4.000 quintales de harina, los que no alcanzaron a ser retirados en vista de lo sorpresivo de la catástrofe; el Liceo de Hombres, situado frente al Molino, vió invadidas igualmente todas sus dependencias, alcanzando el agua hasta el caballete del edificio; la casa del ingeniero don Javier Arrieta, ubicada al lado del centro de la ciudad, se desmoronó totalmente, lo mismo que las murallas del Liceo, del Molino y de la Cárcel. El agua, que subió dos metros más alto que en 1899, alcanzó hasta la fundición Brown en Villa Alegre, y hasta muy cerca de la Plaza en el sector central, por lo que hubo de sacar apresuradamente la caballada del Regimiento Granaderos. Los cuarteles Freire e Ingenieros sirvieron de albergue a los numerosos damnificados.

Por suerte hubo que lamentar sólo una desgracia personal: un niño que fué arrastrado por las aguas mientras pretendía poner a salvo un grupo de animales.

Quedaba, como saldo de la gran inundación, puentes y edificios importantes destruidos.

El **Liceo de Hombres**, a fin de no interrumpir sus labores, pasó a ocupar el edificio que pertenecía a la Escuela Superior de Niñas, en la esquina de Caupolicán con Imperial, y este último colegio se instaló en la casa de la señora viuda de Genneville, actual casa Schuster.

El **nuevo puente** definitivo sobre el Rehue se comenzó a construir a fines de abril de 1905, con un presupuesto de \$ 31.968, presentado por don Antonio de la Fuente, y quedó entregado al tránsito el 2 de agosto del año siguiente.

Con respecto a **incendios**, se recordaba en 1904 que, desde 1881, había habido sólo tres, aparte de tres o cuatro amagos: en 1884 la casa que ocupaba don Beltrán Mathieu, en 1890 una bodega de la cervecería Broghammer, y en 1903 la casa de la señora Carmen R. v. de Lagos.

A propósito del segundo de los incendios nombrados, en octubre de 1891, a iniciativa de don Temístocles Conojeros se trató de formar una **Compañía de Bomberos**, para lo cual un grupo de

jóvenes organizó un conjunto teatral de aficionados a fin de dar funciones de beneficio y así poder comprar el material; pero esta iniciativa no prosperó.

El 4 de agosto de 1904 se incendió la panadería de don Eusebio Fernández, y este siniestro dió un nuevo motivo para que se pensara nuevamente en la formación de una Compañía de Bomberos.

Al día siguiente al incendio, se reunieron en el Teatro algunos vecinos, presididos por don Bartolomé Sspúlveda Onfray. Aunque se contó con 34 adherentes, este nuevo intento tampoco tuvo resultado.

Un año y medio más tarde, el 3 de marzo de 1906, se incendió totalmente el edificio del Club Angol, ubicado en el mismo sitio que hoy ocupa la Municipalidad.

Es ahora el comercio quien desea organizar el **Cuerpo de Bomberos**, ya que la anterior tentativa no prosperó.

El 11 de marzo se efectuó una gran reunión, presidida por don Pablo A. Fuentes, y se echaron las bases de la 1ª Compañía, que llevaría el nombre de don Manuel Bunster Villagra, nombre que fué cambiado, a petición de este caballero, por el de "José Bunster". Sus reuniones, mientras se instalaba en local propio, se efectuarían en los salones del Hotel Comercio.

El directorio y oficialidad fueron los siguientes: director, don Pablo A. Fuentes; secretario, don Enrique Bustos Sánchez; tesorero, don Salvador Amestoy; capitán, don Gregorio Larenas; ayudante, don Luis Migurás; tenientes 1º a 4º, señores J. Guillermo Shanklin, Antonio Muñoz P., José M. González y Juan Fávrega, respectivamente; sargentos 1º a 4º, señores Max Schwarzenberg, Miguel Aignerén, Juan Bta. Guimón y Gilberto Teilleri, respectivamente; maquinista 1º, don Eduardo E. Brown; 2º, don Walter Brown; cirujanos, doctores Alcibíades Santa Cruz e Israel Bórquez Silva; consejo de disciplina, señores Antonio Kind, Cristóbal Cresta, Juan Dibar, Luis Klapp director y secretario de la Compañía.

El domingo 17 de junio se efectuó el bautizo de la bomba a palanca y gallo adquiridos por la ciudad, ceremonia a la cual asistieron delegaciones de Traiguén y Concepción. Los festejos del día terminaron con un banquete servido en el local del Teatro.

En febrero de 1909 los diputados por Angol y Traiguén, señores Alfredo Irrarzával y Miguel A. Urrutia gestionaron ante el

Congreso una ayuda gubernativa para la adquisición de una bomba a vapor, logrando obtener \$ 12.000. La máquina fué encargada a Inglaterra, y su bendición se efectuó, como parte del programa de las fiestas del Cincuentenario de la ciudad, el 7 de diciembre de 1912.

El naciente Cuerpo de Bomberos de Angol tuvo un vigoroso impulsor en su organización definitiva y en su progreso con la llegada a la ciudad, a mediados de noviembre de 1908, de Armando de Folliot, de cuya personalidad destacada nos ocuparemos en forma más amplia en la parte siguiente de esta obra. De Folliot ingresó a la Compañía de Bomberos en enero de 1911.

Entre las **obras de ornato** de la ciudad, debemos recordar la transformación del plano de la Plaza de Armas, que se efectuó a iniciativa del 1.º Alcalde don Agustín 2º Oliva, asesorado por los señores Antonio Guerra y Temístocles Conejeros, en septiembre de 1905. El embaldosado de las avenidas se inició en septiembre de 1910, para lo cual el vecindario ayudó con erogaciones.

El **servicio telefónico** en la ciudad comenzó, el mismo año antes citado, en forma muy restringida, pues unía solamente el juzgado, la cárcel y la policía. En 1910 se hizo extensivo a los particulares por "The Chile Telephone", y se colocaron los primeros aparatos de uso público en la librería de don Carlos R. Ojeda y en la paquetería de don José Ananía.

En diciembre de 1908 instaló su oficina el **Telégrafo Comercial**.

A principios de marzo de 1907 el Presidente de la República, don Pedro Montt, asistió a las fiestas oficiales de fundación de la villa de **Capitán Pastene**, a las cuales también concurrió la marinería del crucero italiano "Dogali", al mando de su comandante Teófilo Bonini, fuerzas navales que, a su regreso, visitaron la ciudad de Angol.

Un año más tarde el **Presidente Montt** hizo una visita especial a algunas ciudades del sur, llegando a Angol el 4 de marzo, siendo recibido por toda la población, la que había levantado arcos en las calles. El Regimiento Húsares desfiló ante el Jefe del Estado frente a la Iglesia Parroquial.

Activo se mostró el señor Montt en esta visita, pues, entre otras cosas, resolvió instalar la futura Escuela Normal en el lugar que hoy ocupa, y no frente a la Plaza, local de Húsares, como se pensó en un principio. Visitó el Hospital, colegios, el Convento de

Santa Ana, y prometió construir edificios para Intendencia y Liceo de Hombres.

En la noche del mismo día la sociedad de Angol le ofreció un suntuoso banquete en el Club, amenizado por las bandas de Húsares y Miraflores, y en la que ofreció la manifestación el Intendente don Alejandro Larenas Fuenzalida.

Más tarde el pueblo acompañó, luciendo antorchas, al Presidente, que hizo su recorrido a pie hasta la estación de los ferrocarriles.

Las fiestas conmemorativas del **Centenario de la Independencia** nacional, 1910, fueron postergadas para octubre, por ausencia, en septiembre, del Regimiento Húsares, que debió concurrir a las grandes presentaciones militares de Santiago.

Se efectuaron, en cambio, durante los días 8 y 9 de octubre, para cuyo mayor realce el Gobierno contribuyó con \$ 3.000(suma que se encontró muy "satisfactoria". Hubo Te-Deum, ramadas populares, agasajos a presos, enfermos y huérfanos, acto escolar en la Plaza, presentación de bicicletas engalanadas, concurso de tiro, fútbol y pruebas hípicas.

Hasta 1906 el servicio de **agua potable** en el país estaba a cargo de las Municipalidades; pero la Ley de 14 de febrero de dicho año lo transformó en fiscal, lo que se hizo efectivo en Angol el 15 de agosto de 1908.

En 1902, en el mes de febrero, se construyó el segundo piso del edificio del **Hospital**, en una extensión de 90 metros, y correspondientes a los frentes completos que daban al poniente y al sur.

En mayo del año anterior había renunciado su cargo de Administrador del establecimiento hospitalario don Manuel Bunster Villagra, siendo designado en su reemplazo don José Miguel Varela que, al ser nombrado, en septiembre, Intendente de Cautín, dejó la administración a don Amadeo Martínez. Algún tiempo después desempeñó estas mismas funciones don Antonio Kind.

El Gobierno concedió al Hospital, en octubre de 1910, la cantidad de \$ 20.000 para instalar una sala de cirugía, la que comenzó a prestar sus servicios a fines de noviembre de 1912.

El **Asilo de Ancianos**, inaugurado el 17 de noviembre de 1904, fué un regalo hecho a la ciudad por la señora Rita Ríos de Rivas, secundada por su esposo don Celestino y los señores Juan Anto-

nio y Pablo Ríos, quienes construyeron especialmente el edificio destinado a albergar a los ancianos desvalidos.

Para terminar este capítulo relacionado con los acontecimientos más importantes acaecidos en Angol desde el comienzo del siglo hasta la celebración del Cincuentenario, nos referiremos al **culto**.

Era cura párroco de la ciudad el virtuoso sacerdote don Juan de Dios Belmar, muy estimado por todos sus feligreses y pueblo en general.

El señor Belmar fué nombrado, en abril de 1907, Vice-Rector del Seminario de Concepción, y fué reemplazado por el presbítero don Domingo A. Daza, párroco de Traiguén.

En 1904, durante el período del señor Belmar, se hermoseó el interior de la iglesia con cinco bellos cuadros pintados en el techo por el distinguido artista español Eduardo Beltrán.

En abril de 1911 se dió por terminada la construcción de la capilla del Convento de Santa Ana, efectuándose su bendición el día 9, con participación del Delegado General de los Franciscanos en Sudamérica, Fr. José María Kok. Fueron padrinos varios caballeros y la señora Carmen Ramos V. de Acevedo, gran benefactora de ese establecimiento religioso.

Un acontecimiento social de esta época lo constituyó el fallecimiento del respetable ciudadano **don Daniel Sepúlveda**, acaecido en Santiago el 22 de abril de 1911, a la edad de 80 años.

Fué uno de los fundadores del actual Angol, pues acompañó al ejército de don Cornelio Saavedra.

Propietario del fundo Maitenrehue, prefirió siempre la vida tranquila del hacendado a la política u otras grandes empresas.

Militar en su juventud, contrajo matrimonio con la señorita Clara Onfray. Sus hijos Fernando, Arturo, Julio, Froselia, Clara Rosa, Francisco, Alejandro y Bartolomé, han sido ciudadanos eminentes en la vida local o nacional.

AUTORIDADES Y FUNCIONARIOS.—SERVICIOS MUNICIPALES. —POLICIA

Al comenzar el presente siglo eran autoridades y jefes de los principales servicios en Angol: Intendente, don Tomás Romero; 1.º Alcalde, don Zoilo Contreras; Juez de Letras, don Manuel Cortes Allende; Cura párroco, don Juan de Dios Belmar; Promotor Fis-

cal, don Reinaldo Carrasco Rivera; Ingeniero provincial, don Javier O. Arrieta; Administrador de Correos, don Gregorio Contreras; Secretario de la Intendencia, don Ricardo Muñoz Avalos; Senado de la provincia, don Pedro Bannen; Diputado, don Alfredo Irrarázaval Zañartu.

Por renuncia del Intendente Romero fué nombrado para reemplazarlo por Decreto de 30 de septiembre de 1901, don **Alejandro Larenas Fuenzalida**, quien desempeñó este cargo durante catorce años, hasta fines de 1915, es decir casi cinco períodos consecutivos.

Juntamente con el primer nombramiento del señor Larenas se designó Secretario de la Intendencia a don Luis A. Romo el que, al ser nombrado Gobernador de Curepto, a mediados de diciembre de 1904, fué reemplazado por don Pedro Celestino Muñoz, quien falleció en julio del año siguiente, sucediéndole don Luis Ernesto Brücher. **Secretarios** en los años siguientes de este período fueron: don Bartolomé Sepúlveda Onfray (noviembre de 1908) y don Agustín H. Maturana (diciembre de 1909).

Con respecto a los **servicios judiciales**, al crearse la Corte de Apelaciones de Valdivia fué nombrado Ministro de ella el Juez de Angol, don Manuel Cortés A. (abril de 1906), siendo reemplazado por el Juez de Puchacay, don Alfredo Dondanelli, que permaneció durante muchos años en el desempeño de este cargo. Supo granjarse el respeto y simpatía de todos los ciudadanos, por su corrección y ecuanimidad. Culminó su carrera como Ministro de la Corte Suprema.

Secretarios judiciales fueron: don J. Eulogio Palacios (1906) y don Manuel Concha C. (1909).

En septiembre de 1911 fué nombrado **Promotor Fiscal** don Manuel Oñat Toro, ex Protector de Indígenas, siendo reemplazado en este último cargo por don Javier Arrieta Sepúlveda.

Don Adolfo Bruna ocupó la vacante de **Ingeniero de la Provincia** que dejara, en marzo de 1908, don Javier O. Arrieta.

El **Tesorero Fiscal**, don Pedro M. del Campo, fué ascendido, en noviembre de 1909, a otro cargo, reemplazándolo don Braulio Mewes.

En los servicios de **correos y telégrafos**, Angol era la sede del Distrito que comprendía las provincias de Bíobío, Malleco y Cautín. Al iniciarse el presente siglo era jefe de esa repartición don

Aníbal Carrillo. En octubre de 1901 lo reemplazó don Artemio Cuevas.

Fué en aquella época cuando se consiguió la instalación de oficina telegráfica en **Renanco**, que comenzó a funcionar el 19 de julio de 1902. Sólo el 25 de octubre de 1904 obtuvo este pueblo el título de "villa".

Más adelante fueron jefes de correos y telégrafos don Gregorio Contreras y don Lautaro Castilla Uribe. En noviembre de 1910 don Lucas Sepúlveda reemplazó, como jefe del Distrito, a don Telésforo Sanzana, que había vuelto nuevamente a Angol.

Con respecto a **parlamentarios**, don Alfredo Irrarázaval Zañartu representaba al departamento de Angol ante la Cámara de Diputados desde el año 1900. Era una de las figuras más interesantes y distinguidas del Parlamento. En febrero de 1911 cesó en sus funciones por haber aceptado el cargo de Ministro Plenipotenciario de Chile en Japón, en circunstancias de que se le consideraba como el futuro Senador de Malleco.

El 2 de julio se efectuó la elección complementaria para reemplazarlo, resultando designado don J. Augusto Smitmans, hijo de la región.

En marzo de 1906 fué elegido Senador don Juan Castellón.

En la elección de parlamentarios de 1912 triunfaron don Gonzalo Bulnes, como Senador, y don J. Augusto Smitmans y don Miguel A. Rivera como diputados por la Agrupación de Angol y Traiguén.

Con respecto a los **servicios municipales**, en 1901 eran 1º, 2º y 3.er Alcaldes los señores Zoilo Contreras, Miguel Matus y Enrique Bustos Sánchez, respectivamente.

En mayo del mismo año hubo un cambio: pasó a desempeñar la 1ª Alcaldía el señor Bustos Sánchez, el 2º fué el señor Matus y el 3º don José Olegario Cortés Allende.

Finalmente hubo otro cambio en el equipo edilicio elegido en 1900: el 23 de mayo de 1902 asumieron los cargos de Alcaldes los señores José Olegario Cortés, Manuel A. Jarpa y Enrique Bustos Sánchez, como 1º, 2º y 3º, respectivamente.

El 3 de mayo de 1903 se constituyó una **nueva Municipalidad**, cuyos miembros fueron los siguientes: 1.er Alcalde, don J. Olegario Cortés; 2º, don Pablo A. Fuentes; 3º, don Luis de la Maza; regidores, los señores J. Ignacio Alíster, Enrique Bustos Sánchez, Mi-

guel 2º Espinace, Manuel A. Jarpa, Antonio Muñoz y Agustín 2º Oliva. Secretario y Tesorero, don Luis E. Brücher y don José M. del Canto, respectivamente.

En conformidad a los cambios anuales acostumbrados, fueron Alcaldes, en orden de 1º a 3º: en 1904, los señores Agustín 2º Oliva, Antonio Muñoz Pérez y Miguel 2º Espinace; en 1905, don Agustín 2º Oliva, don Enrique Bustos Sánchez y don Manuel A. Jarpa.

Por renuncia del señor Aliva lo reemplazó, el 14 de septiembre de 1905, don Pablo A. Fuentes. En la misma fecha fué nombrado Secretario Municipal don Manuel Oyarzún Lorca.

Municipalidad elegida el 4 de marzo de 1906, y constituída el 6 de mayo: Alcaldes, don Pablo A. Fuentes, don Antonio Muñoz Pérez y don J. Olegario 2º Cortés; regidores, señores Roberto Anguita, Juan Frávega, Manuel A. Jarpa, Carlos A. de la Maza, Pedro Rioseco y Aníbal Salvatierra.

Cambios durante el período: mayo de 1907: Alcaldes, señores Antonio Muñoz P., Manuel A. Jarpa y Juan Frávega. Hubo una elección complementaria en junio, resultando elegido don Darío Rodríguez en reemplazo del señor Pablo A. Fuentes, fallecido. Mayo de 1908: Alcaldes, don Antonio Muñoz P., don José O. Cortés y don Manuel A. Jarpa.

Municipalidad elegida en marzo de 1909, y constituída en mayo: Alcaldes, Juan Frávega, Antonio Muñoz P. y Manuel A. Jarpa; regidores, Pedro Rioseco, Aníbal Soto Bunster, Carlos de la Maza, José Antonio Mena, Roberto Anguita y José David Riquelme.

Cambios anuales: mayo de 1910: Alcaldes, Antonio Muñoz, Aníbal Soto Bunster y Carlos de la Maza; mayo de 1911: Alcaldes, Antonio Muñoz, Juan Frávega y Juan Antonio Mena.

Municipalidad elegida en marzo de 1912 y constituída el 5 de mayo: Alcaldes, Antonio Muñoz, Juan Frávega y Juan Pablo Guzmán; regidores, Rosamel Bravo, Alfredo Hernández, Manuel Moller, Mariano 2º Muñoz, Agustín 2º Oliva y Pedro Rioseco. Secretario fué nombrado don Abelardo Barrios Contardo.

El **presupuesto municipal** que, a principios del siglo ascendía a poco más de \$ 31.000 anuales, llegó en 1912 a \$ 43.880.

Con respecto a **servicios municipales**, en noviembre de 1901 se hizo por primera vez la **numeración de las casas** de la ciudad, detalle al parecer insignificante, pero que ya le dió el sello de pueblo grande.

El constante propósito de establecer **tranvías** que cruzaran la ciudad y alcanzaran hasta Huequén no se vió cristalizado nunca, a pesar de que a fines de 1902 se suscribieron acciones con tal objeto y, al año siguiente, estuvieron contratados en Santiago los carros y rieles.

Otro problema de larga solución fué el mejoramiento del **alumbrado público**. En 1901 era atendido este servicio con 172 faroles a parafina. La Municipalidad pagaba \$ 2 mensuales por cada uno al concesionario.

Como en el caso de los tranvías, todos los propósitos para la instalación de luz eléctrica fracasaron durante este período: en 1902 los de la sucesión Vallejos y de don Manuel Bunster Villagra; en 1905 los de la firma Rivano y Compañía, de Los Angeles, y de un señor de apellido Paludán; en abril de 1909 lo instalarían los señores Frosini y Joaquín Alcoholado. Aun se obtuvo de la Municipalidad el permiso necesario para hacer las instalaciones y se creía que se tendría la luz en la segunda quincena de mayo; pero el proyecto quedó reducido a los postes; y, por último, en abril de 1910, don Cornelio Olsen se ofrecía para estudiar el aprovechamiento de la fuerza hidráulica del Picoquén. Ninguno de estos proyectos resultó.

Es por eso que en 1905 se hicieron numerosas instalaciones a base del **gas acetileno**: cuarteles, almacenes, plaza, teatro y oficinas municipales.

En marzo de 1908 la Compañía Molinera El Globo instaló en la Plaza dos focos eléctricos, que se encendían en las noches de retreta y de paseo.

La eliminación parcial de los coloniales faroles a parafina sólo vino a producirse en julio de 1908, cuando la Municipalidad acordó instalar grandes **focos, sistema Lux**, con parafina y "camisas incandescentes", que daban una luz poderosa, y que se colocaron al principio cada una o dos cuadras. Los primeros focos de este sistema se encendieron por primera vez en la noche del 26 de agosto de 1908, con gran contento de los niños, que corrían de una a otra esquina observando con curiosidad todos los detalles del encendido, hasta que brotaba la poderosa luz. En marzo del año siguiente ya había 22 focos "Lux" en servicio. Mientras tanto, los barrios apartados seguían durante las noches en la penumbra, alumbrados por el típico farol colonial.

Las **oficinas municipales**, el teatro y dependencias de la policía de aseo funcionaban en el predio municipal ubicado frente a la Plaza, donde hoy se encuentran el Correo e Intendencia. Este terreno fué vendido al Fisco, y se comenzó a construir el edificio para Municipalidad y teatro en el local incendiado del Club, es decir donde se encuentra ahora. La policía de aseo se instaló fuera del radio urbano.

El nuevo edificio municipal y teatro se inauguraron el 23 de abril de 1911.

Como hemos venido hermanando en el curso de esta obra la vida de Angol con la de **Purén**, recordaremos aquí que la creación de esta última comuna fué aprobada en Consejo de Estado de fecha 12 de agosto de 1907.

Con respecto a **servicios policiales**, el 1º de abril de 1904 desaparecieron las policías rurales y sus servicios quedaron a cargo del Cuerpo de Gendarmes de las Colonias.

En la Policía urbana de Angol, a fines de abril de 1907 jubiló el Prefecto don Fabriano Marín, persona que se había captado el respeto y la estimación de todo el vecindario. En su lugar fué nombrado don Onofre Vera.

EDUCACION.—PERIODICOS.—SOCIABILIDAD.—DEPORTES

La **educación primaria** tuvo un progreso visible en Angol a partir de 1901.

En dicho año se creó la Escuela Superior de Hombres, que comenzó a funcionar en marzo bajo la dirección de don Manuel P. Barría, preceptor de la Escuela N° 1, a quien nos hemos referido ya en capítulos anteriores.

El Fisco adquirió la propiedad que hasta hoy ocupa en calle Villarrica (Pedro Aguirre Cerda), y que pertenecía a la señora Amelia Alvarez viuda de Morner.

En reemplazo del señor Barría fué nombrado preceptor de la Escuela N° 1 don Miguel Angel Figueroa, distinguido maestro, de grato recuerdo en la ciudad.

Se crearon otras escuelas: una mixta en Villa-Alegre, dirigida por la señora Rosa López v. de Castillo; y una mixta en Huequén, a cargo de la señora Tomasa Lucinda Figueroa de C.

En este último lugar había una escuela municipal, la que fué trasladada a Tijeral.

En Angol eran directoras de la Escuela Superior de Niñas y de la Mixta N° 1 la señorita Celia Ignacia Robles y la señora Ludomilia Martel v. de Bórquez, respectivamente. La señorita Robles se retiró de su cargo un año más tarde y en su lugar vino la señora Mercedes Estrada de Pezoa que, junto con su esposo, don Albino Pezoa, formaron una distinguida familia que dió hijos destacados en varias actividades nacionales. Tanto los padres como los hijos eran músicos.

A la señora Mercedes Estrada de Pezoa cabe el honor de haber creado una Escuela nocturna para mujeres, la que comenzó a funcionar en marzo de 1905.

Esta entusiasta Directora fué trasladada a Los Angeles en septiembre de 1908. Vino a reemplazarla la señorita Carmela Roco, que agregó el apellido de Castillo al contraer matrimonio.

En 1906, en el mes de abril, los Padres Franciscanos fundaron en su convento el colegio denominado "San Buenaventura".

Visitador de Escuelas era, desde 1897, don Temístocles Molina B., quien fué reemplazado, a fines de 1902, por don Pedro Moreno.

En noviembre de este último año se hizo un censo escolar en el departamento. Asistían a escuelas públicas 872 niños y 822 niñas; a escuelas particulares, 98 niños y 220 niñas; no asistían a colegios 1.021 niños y 961 niñas. Había un liceo fiscal, 1 particular (el de niñas), 12 escuelas fiscales y 6 particulares.

Otra novedad en la educación primaria, julio de 1911, fué la creación de la Escuela Superior N° 8, en Villa Alegre, a base de la elemental de mujeres. La señorita Filomena Morales continuó como Directora de ella. Al contraer matrimonio con don Alberto Larraguibel, jefe de la Estación de los Ferrocarriles, dió vida al eximio jinete militar capitán Alberto Larraguibel Morales.

El Visitador de Escuelas don Pedro Moreno fué reemplazado, en agosto de 1904, por don Darío García; éste, en abril de 1909, por don Pedro J. Alvarado Bórquez, el que, al ser designado a Santiago, fué reemplazado, en diciembre de 1909, por don Isaías Venegas. El último Visitador de este período fué don Eliseo Sepúlveda, que fué designado par el cargo el 30 de septiembre de 1912.

Al finalizar este año el **Liceo de Hombres** contaba sólo con siete cursos, incluyendo los paralelos: una Preparatoria inferior, dos superiores, dos 1.ºs años de Humanidades, un 2º y un 3º. Su matrícula total era de, más o menos, 230 alumnos.

El Rector, Dr. don Francisco Cuevas, fué nombrado en julio de 1908 Director del Instituto Comercial de Talca. Lo reemplazó don Ricardo Muñoz Avalos, erudito profesor que, además, había desempeñado en Angol otras importantes funciones de carácter administrativo, como la secretaría de la Intendencia.

El Liceo de Hombres, a raíz de la gran inundación que deterioró su edificio ubicado frente al Molino El Globo, pasó a ocupar el local de la Escuela Superior de Niñas, donde se mantuvo hasta época muy reciente.

El **Liceo de Niñas**, fundado por iniciativa particular a fines del siglo anterior, se convirtió en fiscal en 1903. El Gobierno designó el siguiente profesorado: Directora, señorita Cesárea Kolbach Gálvez; Inspectoras, señoritas Pastora Arce y Gregoria Gálvez; Castellano, señora Laudelina Q. de Maturana; Francés, don Ricardo Muñoz Avalos; Inglés, señorita Edith Kinsley; Matemáticas y Religión, señorita Doralisa Beca O.; Historia y Geografía, señorita Berta Arce; Ramos técnicos, señorita Laura Troncoso; Preparatoria y Ciencias, señorita Rosalina Merino; Piano, señora Auristela F. v. de Duvanced.

Un establecimiento cuya necesidad se hacía sentir desde largo tiempo, la **Escuela Profesional de Niñas**, fué creado en marzo de 1906, y comenzó a funcionar el 9 de julio del mismo año, bajo la dirección de la señorita Isabel Fuenzalida, y con el siguiente profesorado: Modas, señorita Isabel Valdivia Cavieres; Sastrería, señorita Leticia Gamboa; Lencería y Camisería, señorita Ludovina García; Gimnasia e Inspectoras, señorita Elena Muñoz Fariña.

En mayo de 1911 asumió la dirección de la Escuela la señora Laurentina Merino de Cid.

En junio de 1908 el Gobierno acordó crear en Angol una **Escuela Normal de Preceptoras**, pero para ello se hizo necesaria la construcción de un edificio especial, que se inició, en los terrenos del antiguo Liceo de Hombres, en julio del año siguiente, y que fué recibido oficialmente el 29 de marzo de 1911.

En junio fué nombrada Directora de este colegio la señorita Dorila Aguila Pacheco, antigua profesora de la Escuela Normal de Concepción.

En enero de 1912 fueron nombradas las 70 alumnas que formarían el 1.º curso; y poco después el profesorado y personal ad-

ministrativo, que fué el siguiente: Inspectoras, señoritas María Concha, Emma Arriagada y Nemecla Carrasco; Castellano, señorita Dorila Aguila; Matemáticas, señorita Elisa Echeverría; Historia y Geografía, señorita Irene Maluenda; Economía Doméstica y Agricultura, señorita María Concha; Música y Gimnasia, señorita Teresa López; Dibujo, señorita Emma Arriagada; Labores, señorita Mariana Manríquez; Médico e Higiene, Dr. Israel Bórquez Silva; Religión, Fr. Luis Rojas.

En septiembre la señorita Maluenda fué designada para el cargo de Sub-Directora; y, el mismo mes, por renuncia del Padre Rojas, fué nombrado como capellán y profesor el Padre Juan Bautista Aguilar.

La Escuela comenzó a funcionar el 11 de julio.

Bajo otros aspectos de la cultura, nos referiremos ahora a los **periódicos** que, además de "El Colono", vieron la luz pública en Angol durante este período. Ellos fueron: "La Voz del Pueblo" (1901), afecto a la candidatura presidencial de don Pedro Montt; "El Heraldo de la Frontera" (julio de 1901), independiente.

"El Colono" comenzó a publicar una edición en Traiguén, cuyo primer número apareció el 12 de febrero de 1906. Su Director fué don Nemeclio Sánchez, y es el mismo periódico que, hasta ahora, ha seguido viviendo sin interrupción, independiente al diario que le dió vida.

También aparecía en Angol una revista mensual publicada por los Padres Franciscanos: "El Misionero Franciscano".

El 14 de abril de 1909 vimos el primer número de un periódico titulado "El Nahuelbuta".

Entre los principales periodistas de esta época debemos recordar, aparte de don Temístocles Conejeros Mendoza, a don Juan Clímaco Villouta Sanhueza y a don Norberto Vera Bórquez.

Las actividades literarias tuvieron un despertar a mediados de 1903, con la creación del **Ateneo Angol**, que reunió en su seno a las personas amantes del arte.

El directorio que eligieron en junio de aquel año estuvo integrado por los señores Manuel Oyarzún Lorca, Manuel P. Barría y Temístocles Conejeros, como directores; Luis E. Brücher, secretario; y Lucas Mellado, tesorero.

Los miembros del Ateneo Angol celebraban interesantes sesiones en el salón de "El Colono".

Era el período de éxitos sobresalientes de angolinos que descollaban en las letras y periodismo nacionales, como Diego Dublé Urrutia y Carlos Silva Vildósola, hijos de militares que residieron largos tiempo en Angol.

Dublé Urrutia que, a pesar de sus años aun escribe, ha dejado poemas hermosos relacionados con nuestra tierra; y Silva Vildósola, el hijo de Chiguaihue, se convirtió en maestro del periodismo.

También nació en tierra angolina Antonio Acevedo Hernández, el auto-didacta que llegara a convertirse en gran escritor, y cuyas obras dramáticas le han dado relieve continental.

Dublé Urrutia, en "Amor a la Tierra", tiene estos hermosos recuerdos:

"Pero yo no he nacido en los sombríos
y hondos boscajes de corrientes ledas,
sino en un valle con alegres ríos,
surcado de apacibles alamedas.
Allí donde en los meses estivales
ondulan sin murmullo los trigales,
y allí donde en abril los campesinos
bailan y exprimen los alegres vinos.

Yo amo esas tierras, porque en ellas duermen
los mejores recuerdos de mi vida,
y en su viejo dolor palpita el germen
de esta tristeza que en mi frente anida.
Yo amo estas tierras como adoro el Ande,
porque es digno de amarse lo que es grande,
y amo las viejas y guerreras ruinas
que cubren sus vallados y colinas,
¡porque aun palpita en su fosado seno
la sangre de mi padre y de mi abuelo!

¡Oh, noble amor de los paternos lares,
de la cuna distante y sus ternuras:
los cuervos aman sus rugientes mares,
el oso de los polos, sus llanuras;
los pájaros del trópico sus nidos
en ramajes magníficos prendidos;

el águila caudal, la peña erguida;
el reptil que se arrastra, la guarida;
y el hombre, con el ave y con la fiera,
el oscuro rincón donde naciera! ...".

¿Qué ser que haya visto la luz en Angol dejará de sentir emoción al leer estos versos que pintan en forma magistral "el Amor a la Tierra"?

En las **actividades sociales y mutualistas** de Angol hay que ponderar la vida tenaz de la **Sociedad de Artesanos "La Unión"**, fundada el 12 de noviembre de 1899, y que ha tenido una existencia ininterrumpida hasta el día de hoy.

Obtuvo personalidad jurídica por Decreto de fecha 31 de diciembre de 1901.

Sus principales dirigentes, durante aquel tiempo, fueron los señores José María Cerda, Daniel Osses, Luis A. Díaz, Francisco A. Urrutia, Bartolo Bustos, Juan A. Castro, Manuel Muñoz, Manuel A. Méndez, Bernardo Miranda, José Blanco, José Santos Castilla y José Cardenio Castro.

Aparte de la ayuda material mutua, los dirigentes de la Sociedad de Artesanos trataron de mejorar la cultura de sus asociados mediante la formación de una biblioteca. Más tarde instalaron escuela nocturna.

El 27 de junio de 1909, en medio de grandes festejos, inauguraron el cómodo edificio construido por ellos. Presidía entonces la Sociedad don Alfredo Hernández y seguían colaborando muchos de los socios fundadores, a cuyos nombres habría que agregar ahora los de los señores Marcos A. Mejías, J. Demetrio Balmaceda, Darío Morales, Juan Pablo Guzmán, Francisco Solano Muñoz, Daniel Norambuena, Francisco Martínez, Domingo Cañizar, Dionisio Silva, Miguel 2º Ruiz, Ramón Solís M., Marcial Cerda, Rodrigo 2º Aguirre, Gregorio Valenzuela, José Luis Ríos, Belisario Anabalón y Juan de D. González.

Sin duda que hemos mencionado muchos nombres, y seguramente muchos se nos escaparán; pero la obra modesta y efectiva de estos ciudadanos en pro del bienestar y cultura del pueblo merecen más de una alabanza.

En 1903 las clases más pudientes de la ciudadanía angolina organizaron una **Sociedad Filarmónica**, cuyo directorio lo constituyeron los señores Luis A. Cortés, Agustín 2º Oliva, José Miguel

Varela, Aníbal Salvatierra, Guillermo Piola, Eugenio Vidaurre y Temístocles Conejeros. Sus asociados celebraban a menudo entusiastas tertulias.

Con respecto al **Club Social**, hemos dicho anteriormente que su edificio fué consumido por un incendio el 3 de marzo de 1906. Dos años más tarde, el 6 de enero de 1908, la sociedad dejó el local en que se había instalado provisoriamente para ocupar la casa comprada al señor don José Antonio Soto Salas, que hasta entonces había ocupado la Intendencia de la Provincia.

En agosto de 1906 los empleados echaron las bases del "Centro Social Angol", el que no prosperó.

El 1º de diciembre de 1912 se formó el **Centro Social de Empleados**. En esa fecha se formó el primer directorio: presidente, don Teobaldo Guerrieri; vice, don Armando de Folliot; secretario, don Carlos A. Cerruti; prosecretario, don Manuel J. Galaz; directores: señores Carlos Cares, Miguel Ruiz, Julio Campos, Bartolo Bustos, Pedro Sanhueza, Gaspar Bernal y José Salvago.

El Centro fué inaugurado el 2 de febrero de 1913.

Deportes.—A principios del siglo Angol pudo presenciar un espectáculo que no se volvió a repetir: las corridas de toros, que se efectuaron tres veces durante el mes de noviembre de 1902.

Las presidió un ciudadano español residente en la ciudad: don Plácido Galván. Actuaron toreros españoles y chilenos: Sevillano, Señorito, Finito, Serranito, Palomo y el jefe de la cuadrilla, Antonio López Calderón, considerado como lidiador de fama.

Los toros "bravos" eran proporcionados por el criadero de don Roberto Anguita.

En la tercera presentación se hizo la prueba de "Don Tancredo", o sea la "Estatua del Comendador": el torero esperaba impaciente en la puerta del redondel, adonde acudía el toro, lo olía o pretendía herirlo. El espectáculo agradó bastante.

El deporte del **tiro al blanco** tuvo siempre alternativas de entusiasmo y decaimiento.

El Intendente don Alejandro Larenas, en los comienzos de su larga administración provincial, reorganizó, en enero de 1902, el club que había permanecido en receso durante varios años. Presidió estas actividades don José Miguel Varela.

El **fútbol**, único deporte colectivo de aquel tiempo, tuvo durante los primeros años de este siglo manifestaciones poco constantes.

En 1905 existía el "Angol F. C. Club", y ese mismo año se creó el "Liceo Foot-Ball Club", que tuvo como presidente a L. Ernesto Varela; secretario, Oscar Fenner Marín; tesorero, Carlos Torres; y directores, Teodoro Domínguez, Darío Catalán, Benito Aguayo y Wilfredo Quezada.

Estos dos clubes sostuvieron un encuentro el 20 de agosto, que atrajo una gran concurrencia, ya que, según decía "El Colono", "es una novedad".

Arbitró el partido Julio Miranda Jaramillo, y en él ganó el "Angol" por 1 a 0.

A fines del mismo año 1905 se formó el "Obrero F. B. C."

Pero las organizaciones de carácter serio y definitivo, que se han mantenido hasta ahora, se efectuaron en 1911, con la creación de los clubes Centenario y Malleco.

El primero de ellos nació a la vida en forma irregular, a mediados de 1910 (de ahí su nombre); pero el 8 de noviembre del año siguiente se organizó en forma definitiva, constituido principalmente por tipógrafos. Su organizador y primer presidente fué don Jorge Moreno Leiva.

El "Malleco Foot-Ball Club" se fundó el 18 de abril de 1911. Sus dirigentes más activos fueron don Lucas Mellado y don Teodoro Cid Salvo, profesores del Liceo de Hombres; y los jugadores más destacados, Arturo Méndez y el popular "Chula" Sepúlveda.

CONMEMORACION DEL CINCUENTENARIO DE LA ACTUAL CIUDAD DE ANGOL

(7 de diciembre de 1912)

Para terminar la exposición de este período de la historia de Angol, recordemos la forma cómo fué celebrado el Cincuentenario de su fundación por don Cornelio Saavedra.

A principios de octubre de 1912 se formó una junta organizadora de festejos, y el 1-9 de noviembre se organizó el comité definitivo, que tuvo como Presidente Honorario a don Manuel Virgilio Bunster, y efectivo al Intendente, don Alejandro Larenas Fuenzalida. Lo integraban los señores Eduardo Collins Rey, Antonio Muñoz Pérez, Comandante Narciso Rodríguez, Agustín Torrealba, Agustín 2º Oliva, Manuel A. Jarpa, Alejandro Sepúlveda O., Carlos Sepúlveda O., Dr. Israel Bórquez Silva y Temístocles Conejeros M.

Las fiestas se efectuaron durante los días 7 y 8 de diciembre, durante las cuales el pueblo vistió sus mejores galas.

Además del Regimiento Húsares, participaron la banda y tropa del Miraflores, de Traiguén, la cual, con sus cañones, dió mayor solemnidad a las salvas diarias.

Se instaló una feria popular frente a la Plaza de Armas, con ramadas, sección de cine, circo y fuegos artificiales.

El día 7 la ciudad se vió alegrada desde la mañana por las salvas de artillería, el embanderamiento general y las tocatas marciales de las bandas militares. Más tarde, el solemne Te-Deum, la concentración de colegios en la Plaza de Armas y la bendición de la bomba a vapor de la Compañía de Bomberos "José Bunster".

A las 5 de la tarde se efectuó la inauguración del monumento a don José Bunster. Hizo entrega de él el Intendente Larenas, y lo recibió, a nombre del pueblo, el Dr. don Israel Bórquez Silva. Don Manuel Bunster Villagra agradeció a nombre de la familia.

En la noche se sirvió un espléndido banquete en el Teatro Municipal.

Al día siguiente hubo visitas al Hospital, almuerzo en el Casino del Regimiento, carreras de caballos, partidos de fútbol, etc.

DESDE 1913 HASTA DESAPARICION DE LA PROVINCIA DE MALLECO (1º DE ENERO DE 1928) Y RESTAURACION (28 DE DICIEMBRE DE 1936)

**Tranquilidad durante diez años.—Período de trastornos políticos.—
Se suprime la provincia.—Autoridades y servicios públicos**

Hasta el año 1915 fué Intendente de la provincia don Alejandro Larenas Fuenzalida, que inició su primer período constitucional a comienzos de 1901.

Su reemplazante, desde enero de 1916, fué don Francisco Steck, ex Gobernador de Rengo, quien desempeñó su cargo hasta diciembre de 1920.

Estos dos jefes provinciales, caballeros de criterio reposado e inteligente, gobernaron en medio de un ambiente de completa tranquilidad y respeto de sus subordinados.

Por otra parte, las funciones judiciales fueron ejercidas hasta junio de 1914 por don Alfredo Rondanelli, y hasta fines de 1920 por su sucesor, don Leoncio Pica Rodríguez. Merecidos ascensos premiaron la labor funcionaria de estos magistrados.

A comienzos de enero de 1921 fueron nombrados Intendente de Malleco y Juez de Letras de Angol los señores Armando Rojas Richard y Manul A. Melo Gacitúa, respectivamente.

Se acercaban las elecciones parlamentarias, fijadas para el 6 de marzo, y, debido al calor que se puso en la campaña, los ánimos se enardecieron bastante, marcando estos días el comienzo de un largo período de intranquilidades que comprometieron principalmente a los pueblos de la agrupación electoral de Angol y Traiguén, donde resultaron elegidos diputados don Oscar Chanks y don Eulogio Rojas Mery, perdiéndose el candidato don Augusto Smitmans.

Las elecciones municipales se efectuaron el 10 de abril y, al constituirse el cuerpo de regidores, el 1º de mayo, se designó como 1.º Alcalde a don Rosamel Bravo.

También fueron reemplazados, en el mes de mayo, el Prefecto de Policía, don Onofre Vera, y el Secretario de la Intendencia, don Miguel Conejeros, nombrándose en su lugar a los señores José Dolores Ríos y José Luis Osorio, respectivamente.

Estas autoridades eran combatidas duramente por uno de los bandos políticos en lucha, cuyo vocero era "El Colono". Las oficinas y talleres de este periódico fueron asaltados en la madrugada del 1º de marzo de 1922, empastelando sus tipos y quitando a las máquinas algunas piezas de vital importancia.

Se creía ver en estos atentados la intervención o complicidad del Intendente, del Juez y del Alcalde. Este último presentó la renuncia de su cargo y fué reemplazado por don Clodomiro Concha Cerda.

El 17 de junio apareció "El Malleco", como segunda época de "El Pueblo", destinado a hacer la defensa de las autoridades y de su causa.

Los incidentes bochornosos culminaron el domingo 10 de diciembre de 1922, en que se produjeron hechos violentos dentro del Club Social de Angol, con motivo de la visita hecha a la ciudad por un grupo de parlamentarios liberales.

Se culpaba de estos atentados al Intendente Rojas Richard y al diputado Chanks.

En abril del año siguiente el señor Rojas fué trasladado a Antofagasta, y poco después el Gobierno designó en su lugar a don Luis Dávila, de quien "La Prensa", de Traiguén, decía que era "un brillante politiquero".

Tal vez a consecuencia de los sucesos del Club, que produjeron revuelo nacional, renunció el nuevo Alcalde, señor Concha, y lo sustituyó don Enrique Bústos Sánchez.

La Corte de Apelaciones de Concepción acogió una querrela contra el Juez Melo, a propósito de su actuación en el asalto a "El Colono", declarando que no había procedido legalmente a darse por inhabilitado. Esto sucedió en junio.

En el mismo mes un desconocido agredió a balazos a don Augusto Smitmans en el recinto de la estación de los ferrocarriles de Los Sauces; y pocos días más tarde en Purén se producían graves sucesos, con intervención, se decía, del diputado Chanks.

A mediados de noviembre vino a Los Sauces el respetable hombre público don Ricardo Cox Méndez, invitado por Aliancistas y Unionistas, quien, al elevar un informe que el propio Presidente de la República le había solicitado, le decía en una parte de él:

"Lo sorprende, Excmo. Señor, y lo inexplicable para mí es que el señor Intendente de la Provincia, testigo inmediato de la realidad de las cosas, y que ve todos los días en la prensa las audaces falsificaciones que de ellas se hacen por telégrafo, no intervenga, y no se apresure a desmentir las fantasías que llenan las columnas de los diarios, provocando en todos los ánimos las más justificadas alarmas.

"Sorprende igualmente que oficiales del Ejército toleren en silencio, y autoricen con él, versiones ridículas y aun calumniosas para otras personas, de incidentes que ellos mismos provocan, o en los cuales se suelen encontrar envueltos contra su voluntad".

Para terminar el año 22, el 18 de diciembre llegó a Angol el Presidente Alessandri, y habló al pueblo, reunido en la cruzada norte de la estación de los ferrocarriles, pidiendo mayoría en el Senado, ya que se acercaban las elecciones parlamentarias del 2 de marzo.

En son de propaganda, el 11 de enero de 1924 llegó a la ciudad una comisión de la Juventud Unionista de Santiago, que se reunió con sus partidarios en el salón de sesiones del Cuerpo de Bomberos.

Los elementos políticos contrarios apedrearon ese edificio, varias casas de vecinos de tinte unionista y el Hotel de France, además de herir en el asalto a algunos de los dirigentes.

Como ante toda esta serie de desmanes el Juez no tomara la

actitud que le correspondía, la Corte de Apelaciones de Concepción lo amonestó y lo suspendió de sus funciones por un mes, suspensión que la Suprema aumentó a cuatro.

En las elecciones parlamentarias del 2 de marzo resultó elegido Senador don Cornelio Saavedra Montt; y reelegidos como Diputados los señores Chanks y Rojas Mery.

El 13 de abril hubo elecciones municipales, con abstención de la Unión Nacional, resultando elegidos cinco regidores radicales y cuatro demócratas. En la constitución del Municipio, 4 de mayo, fué designado 1.er Alcalde don Julio Sepúlveda Onfray.

El diputado Chanks, a fin de intensificar su propia propanganda, fundó "La Prensa" de Angol, periódico que apareció el 5 de agosto de 1924.

Y así estaban las cosas y los ánimos, cuando en el Senado de la República se produjeron manifestaciones militares, y el 5 de septiembre nació la Junta Militar encabezada por el general Altamirano, que, tres días más tarde, produjo la renuncia del señor Alessandri como Presidente.

En Angol, en medio de la remoción general de autoridades, el Intendente, don Luis Dávila, fué reemplazado por el coronel de Ejército don Francisco Carbacho. Además, fué alejado el comandante don Isaac del Valle Elgueta, de dudosa actuación en los incidentes que hemos comentado.

Al crearse, por la Junta Militar, el Ministerio de Agricultura, ocupó esa cartera el distinguido vecino de Angol don Arturo Alemarte Quiroga.

No corresponde a nuestro trabajo recordar en detalle el cambio de Junta Militar, la elección como Presidente de don Emiliano Figueroa, ocurridos en 1925, ni más tarde, las variaciones que produjo la llegada a la Presidencia de don Carlos Ibáñez del Campo, en mayo de 1927.

Terminado el período de la Municipalidad elegida el 13 de abril de 1924, el Ejecutivo nombró una Junta de Vecinos, de la cual fué Alcalde don Nacianceno Basso, y vocales los señores Enrique Rojas Jaramillo, Julio Sepúlveda Onfray, Clodomiro Concha Cerda y Aníbal Soto Bunster.

A mediados de agosto renunció su cargo el señor Basso, siendo reemplazado por don Julio Sepúlveda. Se integró la Junta con don Germán Decher Geisse.

Intendente de Malleco fué nombrado, a fines de agosto, don Eduardo Schmidt Quezada.

El Presidente Ibáñez estimó que el número de provincias era excesivo, por lo que dictó un Decreto-Ley, que entró en vigencia el 1º de febrero de 1928, que suprimía, entre otras, la de Malleco, agregando los departamentos de Angol y Collipulli a la provincia de Biobío, y Traiguén y Mariluán a la de Cautín.

Más adelante nos referiremos a su reposición, en diciembre de 1936.

Pero, antes de continuar en forma cronológica, recordemos los nombres de **otras autoridades** del período 1913-1936.

Con respecto a **representantes ante el Parlamento**, en 1915 eran diputados por la Agrupación don Augusto Smitmans y don Miguel A. Urrutia, por Angol y Traiguén, respectivamente. Senador, don Gonzalo Bulnes.

Elecciones de 7 de marzo de 1915: diputado por Angol, don Arturo Alemparte; por Traiguén, don J. Augusto Smitmans, los que fueron reelegidos el 3 de marzo de 1918.

6 de marzo de 1921: don Oscar Chanks (Angol) y don Eulogio Rojas Mery (Traiguén).

2 de marzo de 1924: senador, don Cornelio Saavedra Montt; diputados, señores Chanks y Rojas Mery.

2 de noviembre de 1925: senador, don Carlos Werner; diputado por Angol, don Alfredo Bunster. El señor Werner falleció en enero de 1927, y fué reemplazado, en elecciones de 6 de febrero, por don Víctor Korner.

18 de febrero de 1930: senador, don Víctor Korner; diputados, señores Aníbal Soto Bunster y Bartolomé Sepúlveda Onfray (el llamado "Congreso Termal").

25 de octubre de 1931: elegido senador por Ñuble, Concepción y Biobío, don Gonzalo Urrejola.

30 de octubre de 1932: senador por Biobío y Cautín, don Hernán Figueroa Anguita; diputados por la Agrupación, don José Luis Osorio y don Alberto Moller.

26 de abril de 1936: senador, don Cristóbal Sáenz, en la vacante dejada por don Artemio Gutiérrez.

Con respecto a **Intendentes**, en enero de 1926 fué reelegido el señor Francisco Carbacho, ascendido al grado de general, quien renunció su cargo en marzo del año siguiente, siendo nombrado

en su reemplazo don Luis A. Vergara, ingeniero de la Armada. Al reincorporarse al servicio naval, a fines de agosto del mismo año, se nombró para reemplazarlo a don Eduardo Schmidt Quezada.

Gobernadores del departamento de Angol, al suprimirse la provincia de Malleco, y hasta su reposición en 1936, fueron:

El ex Intendente, señor Schmidt; don Julio Rosselot Aravena, 29 de agosto de 1931; don Roberto Benavente Pradenas, como interino durante los diferentes cambios de Junta de Gobierno después de la caída de Montero; don Julio Sepúlveda Onfray, julio de 1932; don Ignacio Franco H., octubre de 1932 (Gobierno de Oyaneder); don Víctor Navarrete, diciembre de 1932 (Alessandri); don Ventura Santa María, abril de 1933; don Juan J. Hidalgo, septiembre de 1935; y don Aníbal Soto Bunster, febrero de 1937.

Con respecto a **Jueces de Letras**, en abril de 1926 fué nombrado don Vicente Vilú; y a principios de marzo de 1932 don Roberto Larraín Torres.

En los servicios de la **Parroquia**, en enero de 1925 partió a Temuco el cura párroco don Domingo A. Daza, a fin de reemplazar al Obispo de la Diócesis, don Prudencio Contardo, que se dirigía a Europa. El señor Daza permaneció en Angol durante dieciocho años.

En su lugar fué designado don Francisco Valenzuela Tirapegui que, al renunciar su cargo, fué reemplazado, el 1º de enero de 1932, por el presbítero don Germán Uribe.

Otros funcionarios públicos, entre los años 1913 y 1936, fueron:

Notarios y Conservadores: don Víctor M. Vidal, fallecido el 22 de septiembre de 1919, después de 27 años de residencia en la ciudad; don Carlos Figueroa Unzueta, durante doce años, hasta enero de 1932; y don Manuel A. Vittini.

Tesoreros Fiscales: don Alejandro Rivera Cruzat, don Luis Castillo Francke y don Carlos Hunt; **Comunales**, don Luis Gómez, don Roberto Gutiérrez, don Secundino Pérez y don Florín Fredes.

Promotores Fiscales: don Manuel Oñat Toro y don Manuel Concha Canales.

Secretarios de la Intendencia: don Agustín H. Maturana, don Miguel Conejeros Bennewitz, don José Luis Osorio Navarrete, don Reinaldo Reinike y don Víctor López Díaz; de la **Gobernación:** don Oscar Muñoz Moraga y don Roberto Benavente Pradenas.

Secretarios judiciales: don Alberto Ruiz Diez, don Nicamor Cifuentes Escala, don Eduardo Cuevas, don Víctor Manuel Rivas del Canto y don Julio E. Salas Quezada.

Secretarios municipales: don Manuel González, don José L. Osorio Navarrete, don Enrique Vergara Betancourt, don Adolfo Arriagada Garretón, don Francisco González, don Enrique Varela Romo, don Oscar Muñoz Moraga y don Enrique Bustos Collins.

OTROS ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES.— PERSONALIDADES Y BENEFACTORES

Sin duda que una de las personalidades de la vida angolina, en aquellos años, fué don **Manuel Virginio Bunster**, propietario de "El Vergel".

El 20 de enero de 1867 se unió en matrimonio, en Nacimiento, con la señorita María Luisa Onfray, y vinieron a establecerse en Angol, donde el señor Bunster descolló en el comercio y como proveedor y banquero de pequeños comerciantes. Actuó en el Municipio y estableció el primer servicio de agua potable en la ciudad. Era hermano de don José. Se distinguió siempre por sus obras de caridad.

Al adquirir "El Vergel", en un principio de treinta hectáreas, dejó definitivamente sus negocios en la ciudad.

El 20 de enero de 1917 los esposos Bunster celebraron, en medio del homenaje de todo el pueblo, sus bodas de oro matrimoniales.

En agosto de 1919, don Manuel y esposa resolvieron radicarse definitivamente en Viña del Mar, para lo cual vendieron su hermosa y valiosa propiedad a la Sociedad Misionera de la Iglesia Metodista (norteamericana), cuyo presidente sería el Dr. U. C. Leazenby, y vice Mr. Eyra Bauman, donde fundaron el "Instituto Agrícola Bunster", el 19 de agosto.

Antes de retirarse de Angol, el día 23, recibió el señor Bunster cariñoso homenaje de la colectividad, entre ellos el obsequio de una hermosa tarjeta de oro y un valioso pergamino. El, por su parte, dejó cuantiosas donaciones: al Colegio Santa Ana, Estudiantes Pobres, cárcel, tropas, clubes, etc., y una instalación de rayos X para el Hospital, además de una buena suma de dinero.

Su estada en Viña del Mar fué muy breve, pues falleció allá el 28 de noviembre del mismo año 1919. Sus restos llegaron a

Angol el 11 de enero, acompañados por delegaciones de la Municipalidad, Beneficencia y Bomberos, idas especialmente a buscarlos. Todo el pueblo le rindió un emocionado homenaje.

En su testamento dejó \$ 227.000 a las instituciones de beneficencia, incluyendo a los bomberos y Veteranos del 79.

En Angol, el símbolo del filántropo pobre ha sido **don Armando de Fiolliot**, cuyo nombre completo fué Armando Félix Francisco de Fiolliot de Fierville, nacido en Comerville, departamento de la Mancha, en Francia. Hijo legítimo del conde Francisco José de Fiolliot de Fierville y de la baronesa Elisa Mareland de Florence.

Brillantes pergaminosos, en contraste a la vida sencilla y abnegada que don Armando llevó en Angol, adonde llegó a mediados de noviembre de 1908, ejerciendo las funciones de dentista, cuyo título no poseía. Este hombre excepcional era un enciclopédico en las actividades más importantes del saber humano.

Sería sumamente largo hacer siquiera un esbozo de la obra formidable realizada por de Fiolliot en todas las instituciones angolinas, especialmente en el Cuerpo de Bomberos y en el Municipio, cuyo primer código de policía local redactó.

Se hizo ciudadano chileno, identificándose así civil y efectivamente con el pueblo, a quien sirvió con abnegación y desinterés.

El 2 de agosto de 1922, una enfermedad grave, diagnosticada por él mismo, y cuyo curso fué indicado hora a hora, lo llevó a la tumba.

"El Colono", al comentar su fallecimiento, decía: "Fué siempre, hasta ayer, la providencia de los demás, con olvido casi absoluto de su hogar.

"De Fiolliot fué un hombre de esos que asoman sólo muy de cuando en cuando en la sociedad".

Otro hombre abnegado, durante los veinte primeros años del siglo actual y último del pasado, fué **don Honorio Bórquez**, padre del recordado médico non Israel Bórquez Silva.

Don Honorio, practicante en medicina, fué el médico de los pobres y el visitante diario de enfermos y variolosos. Falleció en Angol el 24 de octubre de 1920.

Aparte de estos filántropos, con dinero o sin él, hubo **otros ciudadanos** que pusieron una nota novedosa en el ambiente, ya fuera por sustradiciones de gloria u otros motivos, algunos de ellos pintorescos: don Manuel Antonio Jarpa Ureta, militar destacado en

la guerra del Pacífico y en la Revolución del 91, y regidor y Alcalde de Angol en varias ocasiones, fallecido el 27 de enero de 1935; el general don José Antonio Soto Salas, formado en la guerra de Arauco y participante en la del Pacífico, cuya vida se extinguió en Concepción el 19 de marzo de 1913; don Benjamín Viscarra Donoso, militar desde el 51, "capitán de la gloriosa artillería Velásquez", frase que él agregaba a los artículos periodísticos en que conmemoraba las glorias de la Patria, que falleció en Angol el 4 de enero de 1918; don Tristán Stephan, Inspector de Alcoholes, fiel defensor de Balmaceda en la contienda sangrienta del 91, coronel jefe de la odisea de 600 hombres que, bajo su mando, se internó desde Atacama a la Argentina y llegó a Santiago después de efectuar una segunda y terrible cruzada por los Andes cubiertos de nieve.

El 26 de diciembre de 1915 falleció en Angol, a la edad de 84 años, **Sor Hilaria**, Superiora de las monjas de la Inmaculada Concepción, regentes del Hospital San José.

Había llegado a Chile en 1874, poco después de la guerra franco-prusiana, en la que el emperador Guillermo I la premió con la Cruz de Hierro al valor militar. Se decía de ella que era "heroína y santa".

Nacida en la ciudad alemana de Mainz, bajo el nombre de Carolina Kerle, era hija de un alto jefe militar.

Llegó a Angol en febrero de 1892, y sus bodas de oro como religiosa dieron motivo a hermosos homenajes. Su consagración apostólica confirmó aquí el veredicto de "heroína y santa".

Otra religiosa llena de virtudes fué **Sor María del Carmen del Crucificado**, fundadora del Colegio de Santa Ana, acogedor de indiecitas y niñas desamparadas, y creadora también de todos los colegios de la misma congregación fundados en la Araucanía, de los cuales ella era Superiora General.

Sor María del Carmen celebró en Angol sus bodas de oro religiosas el 8 de diciembre de 1916, y falleció, rodeada del cariño popular, el 8 de marzo de 1923.

El 2 de octubre de 1918 dejó de existir en Angol el ex Intendente **don Alejandro Larenas Fuenzalida** que, antes de desempeñar este cargo, desde 1901 a 1915, había tenido importantes funciones en otras actividades públicas.

Todos estos personajes eran familiares a los angolinos, en tan-

to circulaba, gritando por sus calles, Wenceslao Obregón, que pregonaba con voz robusta su carne de vacuno y su "chanchulú", mientras equilibraba sobre su cabeza un enorme canasto plano en forma de bandeja.

Todos ellos fueron personajes típicos del Angol de Cornelio Saavedra.

Era un ambiente patriarcal que recordaba mucho del militar de Arauco y del indio. Y si se pusiera en duda mi afirmación, he aquí una muestra: a fines de noviembre de 1913, todo el mundo se quejaba de la intensa sequía, y no encontraron otro medio mejor para ponerle fin que hacer un "guillatún" chileno: el "mapu" de Angol llevó a los cerros del poniente los dos pequeños cañones del Regimiento y bastante pólvora. En medio del griterío las salvas menudeaban, pero no llovió... Es que los implorantes no eran discípulos de Pillán.

Ahora, con respecto a los que llegaron en los últimos tiempos, resalta un nombre en las actividades de la ciencia: el de Mr. **Dillman S. Bullock**, angolino desde 1923, y que no hace mucho fué condecorado con la Orden al Mérito por el Gobierno de la República.

Aparte de sus labores como profesor en el Instituto Agrícola Bunster, de El Vergel, Mr. Bullock ha cooperado activamente en investigaciones arqueológicas e históricas relacionadas con la vida chilena, y ha logrado formar un interesante museo, que lleva su nombre.

Mr. Bullock es natural del Estado de Michigán, bachiller de Ciencias en Agricultura, maestro en esta misma rama, fué director en una escuela agrícola en Wisconsin, profesor universitario de zootecnia en la Universidad del mismo lugar, representante del Ministerio de Agricultura de Estados Unidos en América del Sur. Antes de llegar a Chile estuvo en Argentina y Perú, y en Chile había dirigido anteriormente una escuela agrícola e industrial en Maquehua, cerca de Temuco.

SERVICIOS MUNICIPALES Y OBRAS PUBLICAS

En mayo de 1913 fueron reelegidos los tres Alcaldes nombrados el año anterior: señores Muñoz, Frávega y Guzmán, los que continuaron hasta terminar el período de la Corporación.

Municipalidad elegida el 11 de marzo de 1915 y constituida el 2 de mayo:

1.er Alcalde, don Ramón Urzúa Meza.

2º Alcalde, don Eliseo Burgos.

3.er Alcalde, don Clodomiro Concha Cerda.

Regidores: Armando de Folliot, Juan P. Guzmán, Aníbal Soto Bunster, Guillermo Sepúlveda, Antonio Muñoz y Javier de la Maza.

El 9 de abril de 1916, en elección complementaria, don Bartolomé Sepúlveda Onfray reemplazó a don Antonio Muñoz Pérez, fallecido el 6 de diciembre del año anterior.

Por implicancia en contrato sobre luz eléctrica renunció, a fines de febrero de 1917, el Alcalde señor Urzúa, siendo designado en su reemplazo don Aníbal Soto Bunster.

Municipalidad elegida el 14 de abril de 1918 y constituida el 5 de mayo:

1.er Alcalde, don Aníbal Soto Bunster.

2º Alcalde, don Clodomiro Concha Cerda.

3.er Alcalde, don Marco Rioseco.

Regidores: Eliseo Burgos, Armando de Folliot, Juan C. Villouta, Manuel Moller, Guillermo Sepúlveda y Manuel J. Galaz.

Municipalidad elegida el 10 de abril de 1921 y constituida el 1º de mayo:

1.er Alcalde, don Rosamel Bravo.

2º Alcalde, don Darío Morales.

3.er Alcalde, don Armando de Folliot.

Regidores: Aníbal Soto Bunster, Marco A. Rioseco, Enrique Bustos Sánchez, Clodomiro Concha, Eduardo Monti y José Olegario 2º Cortés.

En relación con sucesos políticos, el señor Bravo renunció en 1922 su cargo de Alcalde, sucediéndole el señor Concha, quien también declinó sus funciones en junio del año siguiente, reemplazándolo don Enrique Bustos Sánchez.

Municipalidad elegida el 13 de abril de 1924 y constituida el 4 de mayo:

1.er Alcalde, don Julio Sepúlveda Onfray.

2º Alcalde, don Francisco A. Urrutia.

3.er Alcalde, don Darío Morales.

Regidores: Julio Campos, Rodolfo Concha, Bartolo Kroll, Juan de D. Cid, Carlos Fuentes y Rodrigo 2º Aguirre.

Junta de Vecinos constituída el 16 de mayo de 1927:

Alcalde, don Nacianceno Basso; vocales, Enrique Rojas Jaramillo, Julio Sepúlveda Onfray, Clodomiro Concha Cerda y Aníbal Soto Bunster.

Cambios:

Septiembre de 1927, renuncia el señor Bravo; reemplaza don Julio Sepúlveda. Se integra con don Germán Decher Geisse;

Octubre de 1929, renuncian los señores Rojas y Concha. No se les reemplaza;

Septiembre de 1931, renunció el señor Sepúlveda el cargo de Alcalde; lo reemplaza el señor Soto Bunster;

Octubre de 1931, renuncian los señores Decher y Eufasio Medina; reemplazan los señores Alejandro Rivera Cruzat y Antonio Martínez;

En 1932 era Alcalde don Nilo Miranda, a quien el Gobierno le rechazó la renuncia en octubre;

Enero de 1933, renuncian Antonio Martínez y Alejandro Rivera. Juntamente con ser rechazadas las renunciaciones, en mayo se integra la Junta con los señores Germán Decher Geisse y Luis Jarpa Bisquert, completando así cinco miembros;

Marzo de 1934, el Alcalde don Nilo Miranda es nombrado Gobernador de Traiguén; lo reemplaza, en abril, don Jorge Souper Maturana.

Pocas veces habremos visto un número tan crecido de retiros y reemplazos en un cuerpo edilicio.

Municipalidad elegida el 7 de abril de 1935 y constituída el 9 de junio:

Señores Julio Sepúlveda Onfray (eliminado), Carlos A. Henríquez, Miguel Cortés Sepúlveda, Ramón Urzúa Meza, Luis Jarpa Bisquert, Juan Campos Gallegos y Octavio Cifuentes Escala.

El señor Sepúlveda Onfray fué eliminado por ser tío del señor Cortés Sepúlveda, que lo aventajó en votos.

Empates reiterados en la votación hicieron que no se pudiera nombrar Alcalde hasta que no fué designado el nuevo regidor, don Lázaro Topali Sager. El 11 de julio la Corporación eligió Alcalde a don Ramón Urzúa Meza.

El **Presupuesto Municipal** en 1913 ascendía a la suma de \$ 48.300; en 1916 pasó los cien mil (\$ 125.177.95); y tomó mayor volumen a partir de 1930, con \$ 213.702 de entradas ordinarias y \$ 765.329 de extraordinarias.

En 1917 el cambio bancario estaba a 12 17/32. Una libra esterlina valía \$ 19.15; y el dólar \$ 4.09.

La Municipalidad no cesaba en su propósito de dotar de **luz eléctrica** a la ciudad. Por fin un Decreto Supremo, de 18 de agosto de 1913, aprobó el presupuesto presentado por los señores Frávega y Oliva, y les otorgó el permiso correspondiente para hacer las instalaciones.

El 23 de agosto del año siguiente se hizo un ensayo del funcionamiento del servicio, accionado por motores a vapor, resultando a satisfacción de todos, por lo que la firma comercial, convertida ahora en "Frávega, Dourthé y Cía.", recibió las congratulaciones generales, ya que se trataba de una obra de enorme progreso para la población.

En febrero de 1917 continuaron la explotación de este servicio los señores Agustín 2º Oliva y Luis Cortés Allende.

Por último, desde el 10 de enero de 1922 comenzó a funcionar la planta hidráulica instalada en el río Picoiquén, lo que permitió contar con energía eléctrica durante el día y la noche.

La primera iniciativa con respecto a servicio de **alcantarillado** para Angol, pertenece a don Aníbal Soto Bunster, al hacerse cargo de la Alcaldía en junio de 1917. Pero sólo diez años más tarde, noviembre de 1927, fueron aprobados los planos.

La instalación tendría un costo de \$ 1.176.660, de los cuales \$ 565.150 correspondían al alcantarillado y \$ 661.510 al mejoramiento del servicio de agua potable, incluyendo la instalación de una planta elevadora con capacidad máxima de dos mil metros cúbicos por día, además de la expropiación de algunos terrenos.

El alcantarillado sanearía una zona de 115 hectáreas, y sus cañerías de cemento tendrían un largo total de 18.796 metros.

Con respecto a **pavimentación** de aceras y calzadas, se hizo durante los años 1918 y 1919 el asfalto en numerosas cuadras de aceras, y los trabajos definitivos de pavimentación de ellas comenzaron en julio de 1936.

La avenida Huequén, hoy Bernardo O'Higgins, fué la primera calle que vió pavimentada con adoquines, su calzada. Estos trabajos se iniciaron a fines de 1918.

El proyecto definitivo de pavimentación fué elaborado por el ingeniero don Abraham Alcaíno, y aprobado por la Junta de Vecinos en sesión de 5 de julio de 1930.

Para realizar esta obra se contrataría un empréstito y se contaría con la mitad que deberían aportar los propietarios.

En julio de 1934 comenzó la nivelación y extracción de tierra en la calle Lautaro, entre Vergara y Collico. El plan de pavimentación consultaba veinte cuadras.

Para la construcción del **Mercado** se aprobaron, en noviembre de 1929, las propuestas presentadas por don Miguel de la Barra, con un costo de \$ 136.292.35. Los trabajos se iniciaron a principios de enero del año siguiente y el edificio fué puesto en servicio el 6 de marzo de 1932.

La reorganización de las **Tesorerías**, ordenada por un Decreto-Ley de noviembre de 1927, suprimió las Municipales. Tesorero Provincial de Malleco fué nombrado don Carlos Hunt Garcés, en reemplazo de don Luis Castillo Francke, que servía el cargo de Tesorero Fiscal.

Con respecto a servicios de utilidad pública y **beneficencia municipal**, durante la alcaldía de don Julio Sepúlveda Onfray, en 1930, se instalaron baños públicos de verano en una piscina natural construída en el río Picoiquén; y se creó una Clínica Dental Municipal, que comenzó a funcionar el 1º de agosto de ese año bajo la atención gratuita del odontólogo don Federico Sánchez Santana.

En 1913 fué construído, sin costo para la Municipalidad, por don Antonio Muñoz Pérez, Alcalde de la Comuna, el **punte "Los Morales"**, sobre el Picoiquén y al término de la calle Tucapel.

Con respecto a **obras fiscales**, en 1929 se concedieron 600 mil pesos para mejorar el camino de Angol a Cañete y se reconstruyó el puente de Villa-Alegre. Además, en junio de 1936, se abrieron las propuestas públicas para la construcción del edificio destinado a Oficinas Públicas, que se levanta frente a la Plaza.

Las obras de modernización estimularon algo el espíritu de los angolinos, pueblo que, según el censo de 1920, contaba con 9.829 habitantes, número que ascendió a 10.147 diez años más tarde.

El 6 de diciembre de 1935 formaron su primer **Comité Pro Adelanto Local**, que fué presidido por el Juez don Roberto Larraín Torres, actuando como Secretario don Ruperto Ross, y como directores los señores Augusto Schuster, Germán Decher Geisse, Federico Sánchez Santana, Germán M. Muñoz Moraga y Dr. Víctor Petermann Fresard.

Una de las principales labores de este Comité fué la de avivar la campaña destinada a devolver a Angol su antigua categoría de capital de provincia.

EDUCACION.—SCOUTISMO.—PRENSA.—DEPORTES

El **Liceo de Hombres** contó, hasta 1915, sólo con el primer Ciclo de Humanidades.

Los años siguientes lo vieron progresar en forma ostensible: en 1916 funcionó el 4º año; en 1917 el 5º; y en 1922 completó sus cursos de Humanidades con la creación del 6º año.

Su personal docente y administrativo se amplió y, en parte, se renovó. Motivos de salud hicieron jubilar al distinguido Rector don Ricardo Muñoz Avalos, en septiembre de 1921, que falleció un año más tarde en Santiago.

También había fallecido el antiguo profesor y Secretario de la Intendencia don Agustín H. Maturana; y se habían alejado los señores Aníbal y Manuel Oyarzún Lorca y J. Guillermo Cid Morales, que durante muchos años ejercieron la docencia en el Liceo de Angol.

El reemplazante del Rector señor Muñoz Avalos fué el dinámico funcionario educacional don Lorenzo Carbacho.

En 1916, durante el rectorado del señor Muñoz, y al crearse el 4º año de Humanidades, el profesorado era el siguiente: Ricardo Muñoz Avalos, presbítero Domingo A. Daza, Fr. Angel Custodio Subiabre, Aníbal Oyarzún Lorca, Agustín H. Maturana, Lucas Mellado Vásquez, Enrique Fairlie, J. Guillermo Cid. Dr. Temístocles Rifo Bustos, Enrique Sánchez Aguilera, Norberto Vera Bórquez, Ricardo R. Rivas Godoy, Manuel Contreras Sandoval, Miguel Conejeros B. y Víctor Sánchez Aguilera.

En 1925, ya completados todos los cursos, además del Rector, señor Carbacho, del Inspector General don Enrique Sánchez y de los profesores Mellado, Cid, Rivas, Contreras y Víctor Sánchez, que continuaron en el colegio, habían llegado a él las señoritas Elisa Villarroel Vergara y Julia Norero Badilla, y los señores: presbítero don Francisco J. Cavada, Académico de la Lengua, Francisco Garay Oyarzún, Reinaldo Reinike, Carlos Salazar Godoy, Alberto Depix Duffau, Héctor Norero Badilla, Oscar Rodríguez Cerda, Teo-

doro Cid Salvo, Pedro Fernández Riffo y Enrique Vergara Betancourt.

En 1932, al celebrar el Liceo el 45º aniversario de su fundación, contaba con nueve cursos de Humanidades y tres de Preparatorias.

Otros Rectores de este período fueron: don Domingo Maturana, don Héctor Norero B., don Froilán Rioseco Mellado, don Waldo Retamal Mello y don Leocadio Riquelme Becerra.

En 1932 también figuraban como profesores: la señorita Inés Zamora Stuardo, la señora Marta López de Leal, la señorita Berta Rubio Soto, la señorita Edilia Guarda Urriaga, la señorita Mercedes Sánchez, la señora Laura Troncoso de Bórquez, la señorita Rosa Conejeos Bennewitz, y los señores Waldo Retamal, Leocadio Riquelme, Rolando Valdebanito, Horacio Núñez, René Ramírez Garrido, Enrique Sepúlveda Vilugrón, Anselmo Bravo Pacheco, Efraín Leal Silva, presbítero don Germán Uribe, Lorenzo Castillo Rodríguez y Luis Osorio Matamala. El portero 1º era don Julián Vásquez.

El **Liceo de Niñas**, siempre bajo la dirección de la señora Cesárea Kolbach de Urzúa, tenía en 1913 una matrícula de 180 alumnas, y sus cursos de Humanidades abarcaban hasta el 3.er año.

A principios de marzo de 1928 la señora Kolbach de Urzúa dejó la dirección del Liceo, y fué reemplazada por la señorita Marta Espinoza Ferrada.

Este mismo año, con motivo de la reforma educacional, fué suprimida la **Escuela Profesional** de Niñas, y sus cursos técnicos fueron agregados al Liceo.

En 1934 se construyó el edificio que actualmente ocupa, frente a la Plaza.

Justo es dejar constancia de profesoras del Liceo que dejaron honda huella, desde aquel tiempo, por su abnegación en las labores profesionales. Entre ellas debemos contar, aparte de las fundadoras que continuaron, a las señoras Rigoberta Rojas de Contreras, Victoria Jara de Catalán, Rosalina Merino de del Canto, Auristela Parra de Mendoza, Graciela Mercado de Benavente, Emilia Sánchez Aguilera de Bosmet, y señoritas Berenice Figueroa Zapata, Elena Rodríguez Soto-Aguilar, Emelina Díaz Suárez, Rosa Oñate Delgado, Elvira Mena Brücher, Lastenia González, Floripa

Con respecto a la **Escuela Normal**, el 1º de julio de 1915 co-

menzó a funcionar la Escuela Anexa, bajo la dirección inmediata de la señorita Ana Flores Vergara.

El 2 de febrero de 1928 se nombró Directora de la Normal a la señora Juana Riffo de Mayorga; pero en septiembre del mismo año se dió una nueva organización a la Escuela, que desde entonces, y hasta su jubilación en agosto de 1935, quedó a cargo de la señora Betsabé Hormazábal de Alarcón. Durante este tiempo desempeñó las funciones de Sub-directora la señorita Concepción Calderón.

La señora de Alarcón fué reemplazada por la señora Remedios Bravo Barreira de Carvacho.

Las **escuelas primarias** de Angol, en 1921, eran las siguientes:
3 de 1ª clase: N° 1 de hombres, N.os 2 y 8 de niñas;
6 de 2ª clase: 3, 4 y 5 de hombres; y 6, 7 y 9 de niñas;
1 de 3ª clase: mixta N° 18.

El 27 de abril de 1925 comenzó a funcionar una Escuela Nocturna Municipal para mujeres.

Al desaparecer la provincia de Malleco, en 1928, los servicios primarios de Angol pasaron a depender del Inspector Provincial con sede en Los Angeles. Un Inspector departamental tenía a su cargo inmediato los departamentos de Mulchén y Angol, con residencia en aquél.

En 1929 desempeñaba estas últimas funciones don César Pérez Macías; desde 1930, don Pedro J. Alvarado; y desde septiembre de 1931, don Nabor Cofré Palma, que al comenzar el año siguiente estableció su oficina en Angol.

Con respecto a **scoutismo**, el 9 de septiembre de 1914 se formó la primera Brigada, denominada "Angol", siendo sus organizadores y primeros mantenedores los señores Ricardo Muñoz Avalos, Lucas Mellado, Temístocles Conejeros, Eliseo Sepúlveda, mayor Maximiano de la Fuente, mayor José Luis Avendaño, Armando de Folliot, Dr. Temístocles Rifo Bustos, Enrique Sánchez Aguilera, Luis M. Martínez González, Enrique Passi Ruiz y Víctor Sánchez Aguilera.

Esta Brigada participó en la gran concentración nacional que se efectuó en Santiago en septiembre de 1915, con una dotación de cincuenta niños.

El 16 de octubre de este mismo año se creó la Brigada de las Escuelas Primarias, a iniciativa del Visitador don Eliseo Sepúlveda.

da. Su primer directorio estuvo integrado por el señor Sepúlveda, señora Cesárea K. de Urzúa, como vice-presidenta, y los señores Ambrosio García Fuentealba, Luis M. Martínez González, Manuel P. Barría, Prefecto Onofre Vera, Eliseo Burgos, Bartolomé Sepúlveda O. (Comandante), Carlos García, Pedro Cnocha Solar, Juan Escobar y Fernando Inapaimilla Cantero.

El 6 de octubre de 1916 se efectuó en Angol una grandiosa concentración regional de boy-scouts, a la cual asistieron Brigadas de Los Angeles, Collipulli, Cura-Cautín, Linares, Mininco, Renaico, Los Saucos, Talcahuano, Traiguén, Victoria y las dos de Angol.

A raíz de esta gran reunión, el 10 de octubre, se formó la primera Brigada de Girl-Guides, a iniciativa del Intendente, don Francisco Steck, y de su esposa, la señora Rebeca Martínez de Steck, fervorosos impulsores del scoutismo.

Los principales periódicos de esta época fueron, sin duda, el antiguo "El Colono" y "El Malleco", aparecido este último el 17 de junio de 1922, y que tuvo como directores a los señores Edgardo Peters, Armando Viveros y Benito Alvarez. Fué el segundo de los nombrados el que lo mantuvo durante mayor número de años y que llegó a colocarlo en un pie de envidiable prosperidad.

Viveros fué un periodista sincero y valiente, y se recuerda una campaña memorable que hizo en contra de cierto Alcalde no elegido por el pueblo.

"El Malleco" fué fundado por don Rosamel Bravo, y le dió el carácter de segunda época del periódico "El Pueblo", de propiedad del mismo señor.

Poco después lo adquirieron don José Luis Osorio y don Armando Viveros.

Tanto la colección completa de "El Colono", como la de "El Malleco", fueron donadas a la Biblioteca Municipal de Angol. No exageramos al considerarlas como tesoros de información.

El sucesor de don Temístocles Conejeros M. como director de "El Colono", fué su hijo don Miguel Conejeros Bennewitz.

Los **periódicos, desde 1913**, fueron:

"El Nahuelbuta", 21 de mayo de 1913.

"La Provincia", 18 de septiembre de 1913.

"El Angol", 11 de febrero de 1917.

"La Libertad", 1-9 de junio de 1918.

"El Pueblo", junio de 1920.

"El Malleco", 17 de junio de 1922.

"La Prensa de Angol", 5 de agosto de 1924.

También aparecieron durante este período tres revistas de índole literaria: "La Revista de Malleco" (6 de junio de 1913); "Araucanía" (septiembre de 1916); y "Minerva", órgano del Liceo de Hombres (septiembre de 1932).

Director y propietario de la "Revista de Malleco" fué el distinguido periodista y escritor don Pedro N. Garrido C., que escribió hermosos versos sobre Angol.

El futuro diputado don José Luis Osorio dirigió la revista "Araucanía", en la que colaboraron don César Bunster, angolino, distinguido profesor y escritor; y la señorita Laura Conejeros B.

En relación con el antiguo periodismo angolino, cuyo representante principal fué "El Colono", debemos recordar que el 12 de abril de 1916 falleció en Santiago **don Miguel Angel Gargari** (Nadir), que fué cronista humorístico en "Los Lunes de la Tarde", de los hermanos Irarrázaval Zañartu.

En las **actividades artísticas** ha descollado en Chile, América y Europa un hijo de Angol, Israel Roa Villagra, destacado acuarelista, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Santiago.

La portada de esta obra histórica, que representa una salida de misa de hace treinta años en la Parroquia angolina, ha sido especialmente preparada para este libro por este hijo de Angol.

Las **investigaciones científicas** tuvieron un despertar en Angol a iniciativa de Mr. Dillman S. Bullock, al formarse, el 11 de mayo de 1929, el llamado "Centro de Investigaciones Científicas", que reunió en su seno a un buen número de profesores y otras personas amantes del estudio, las que se agruparon en seis secciones: Historia, Arqueología, Zoología, Botánica, Geología y Lingüística.

Interesantes sesiones y conferencias, algunas en el terreno mismo, constituyeron la labor de esta institución, presidida por Mr. Bullock, y que tuvo como vice-presidente a la Directora de la Escuela Normal, señora Betsabé de Alarcón, y como secretario a Víctor Sánchez Aguilera.

Entre 1913 y 1936 el **deporte** tomó un desarrollo considerable, siendo los primeros en manifestarse en forma más amplia el fútbol y el ciclismo, sin contar por supuesto el tiro al blanco, que se practicaba como obligación ciudadana desde hacía muchos años.

En 1913 había seis clubes de **fútbol**: Malleco, Centenario, Húsares, Freire, Liceo y Cóndor.

El 1º de junio de 1915 se constituyó la "Asociación de Fútbol", cuyo directorio provisorio quedó formado por los señores Ricardo Garrido S., presidente; Armando Castro, vice-presidente; secretario, Pedro Venegas; pro-secretario, Nieves Cerda; tesorero, Juan de D. Anguita; directores: José 2º Maldonado, Sixto Parra, Santiago Espinace, Adolfo Leiva, Carlos Parra y César Inostroza.

El 16 de junio se nombró presidente efectivo a don Lucas Mellado.

Posteriormente se organizaron los clubes Angol, El Colono y El Vergel.

El **ciclismo** constituyó, el 14 de octubre de 1913, el club Cau-policán, presidido por don Max Schwarzenber, y actuando como vice-presidente, secretario y tesorero los señores José 2º Maldonado, Carlos Gatica y Gaspar Bernal, respectivamente.

El club Almirante Uribe inauguró un velódromo el 2 de diciembre de 1917.

El **tenis** se jugaba particularmente, en 1918, en la cancha del Batallón de Tren (cuartel Freire). Existió poco después el club Húsares; pero la institución que reunió a todos los elementos, el "Angol Lawn Tennis Club", fué fundada a mediados de enero de 1920, constituyéndose el siguiente directorio: presidente honorario, Intendente don Francisco Steck; efectivo, don Enrique Bustos Sánchez; vice-presidente, teniente don Guillermo Jiménez Torrejón; tesorero, don Orlando Concha; secretario, teniente don Raúl Barahona Vargas; directores: señora Rebeca M. de Steck, señorita Margarita Schwarzenberg, don Miguel Conejeros B. y don Alberto Vásquez Matus.

Los diferentes clubes practicaban el atletismo; pero el 20 de agosto de 1920 se formó la **Asociación de Deportes Atléticos**. Su primer directorio fué el siguiente: presidente, don Alfredo del Valle Puga; vice-presidente, don Enrique Sánchez Aguilera; secretario, don Oscar Urrutia Medina; directores, señores Esteban Guzmán, Antonio Ortega, Emilio Billart, Luis A. Bobadilla, Santiago Espinace y José 2º Maldonado.

El 2 de octubre de 1922 la ciudad, presidida por el Intendente, hizo un grandioso recibimiento al atleta angolino **Benjamín Acevedo Trillat**, que en la Olimpiada de Río de Janeiro se clasificó co-

mo campeón latinoamericano en el lanzamiento de la bala, alcanzando la distancia de 12.27 1/2 metros. La ciudad le obsequió un hermoso laurel de oro.

Otros atletas destacados de aquel tiempo fueron Elías Catalán y Humberto Scacchi.

El mismo año 22 otro angolino, el capitán **Luis Larenas Benavente** triunfó en el concurso hípico de Sao Paulo (Brasil) durante las Fiestas Centenarias. La equitación, el polo y el paperchase fueron actividades permanentes en una ciudad de espíritu tan militar como Angol.

El **box** tenía en 1920 y años siguientes el Centro Caupolicán, cuyo presidente era Humberto Scacchi. El elemento más destacado en este deporte fué René Valenzuela, apodado "El Tani".

La práctica del **básquetbol** es de fecha relativamente reciente, y sus principales cultores fueron los miembros de la 2ª Compañía de Bomberos organizada en 1924, siendo su director deportivo don Federico Sánchez Santana.

La Asociación de Básquetbol se formó a principios de septiembre de 1930. Su primer directorio lo formaron: Enrique Sánchez Aguilera, presidente; Enrique Scholz, vice; Manuel Pozo, secretario; Clodomiro Lagos, tesorero; y directores, Federico Sánchez, Leoncio Salinas, Florentino Castro, Daniel Castro, Exequiel Córdova, Eduardo Lizana y Eliseo Sepúlveda Aroca. Cada club tuvo un representante en este directorio.

La última rama del deporte que se constituyó fué de **ping-pong**, cuya Asociación se formó en junio de 1935. La presidió don Osvaldo Figueroa; don Eduardo Espinoza fué elegido vice-presidente; y, secretario, tesorero y director, Gerardo Guzmán, Sergio Cortés y Waldemar Agurto, respectivamente.

El **Club de Tiro** General Ledesma suspendió sus prácticas a raíz de la recolección de armas provocada por los sucesos políticos de años anteriores.

Se reorganizó en enero de 1922. Su directorio lo formaron los siguientes socios: Francisco A. González, presidente; Darío Morales, vice-presidente; Oscar Urrutia Medina, secretario; Esteban Zapata Rodríguez, pro-secretario; Ramón Solís M., tesorero; y directores, José Pedro Valenzuela, Domingo Cañizar, José Inostroza y Remigio Inapaimilla.

Los deportistas angolinos se esforzaron por tener un **Estadio**, en especial el activo dirigente don Alfredo del Valle Puga.

La colocación de su primera piedra se efectuó el 31 de agosto de 1924; pero los planos definitivos no estuvieron listos hasta noviembre de 1928, iniciándose su construcción a fines del año siguiente.

Entre los **dirigentes deportivos** de Angol debemos destacar a los señores Ramón Solís M., José 2º Maldonado, Lucas Mellado Vásquez, Teodoro Cid Salvo, Benito Alvarez Cisternas, Pedro Sa-las Briones y Gregorio Fuentes Orellana; y entre los **jugadores**, a Roberto Sepúlveda, Gregorio Fuentes Orellana, Domingo Fráve-ga Schwarzenberg, Arturo Méndez, Lisandro Muñoz, Eleazar Ca-brera Ceballos, Emilio Fernández, Ramón Teplizky y Alberto Vi-llarroel.

MILITARES

Húsares.—Tren 4.—Silva Renard

Desde 1913 hasta enero de 1932 Angol tuvo dos unidades mi-litares, y también durante la mayor parte de este tiempo fué asien-to de una Brigada de Caballería.

La 4ª Brigada fué organizada por Decreto de 13 de marzo de 1915, y de ella dependían el Regimiento Húsares y el Batallón de Tren Nº 4.

En abril de 1914 se reorganizó la estructura del Ejército. El Batallón de Tren fué reducido a Compañía y destinado a la ciu-dad de Victoria. La Brigada de Caballería, que se denominó 3ª, pasó a tener su sede en Concepción.

La Compañía de Tren, designada ahora con el Nº 5, partió de Angol el 10 de junio de 1924. Entre sus comandantes se con-taron los mayores Maximiano de la Fuente, Ricardo Villarroel, Diego Quillén Santana, Víctor Mac-Lean Gabler y Anatolio Sáez Cueto. Al retirarse de Angol la Compañía era comandada por el capitán Caupolicán Clavel Dinator.

Pero felizmente la misma reorganización militar trajo a An-gol, en 1925, a una de las baterías del Regimiento de Artillería a Caballo Maturana, que tomó el nombre de Silva Renard, Nº 3, unidad que poco después se transformó en Grupo. También trajo de nuevo a Angol la 3ª Brigada de Caballería.

El 18 de septiembre de 1926 la ciudad hizo entrega al Grupo Silva Renard de un valioso estandarte.

La insubordinación de parte de la Escuadra, en septiembre de 1931, que hizo necesaria la concurrencia a Talcahuano de las unidades militares de Angol, donde tanto el Regimiento Húsares como el Grupo Silva Renard desempeñaron un papel destacado, con relieves trágicos para el primero, a lo cual nos referiremos más adelante, determinó el traslado de la unidad de Artillería a Concepción, a donde partió el 8 de enero de 1932. Igual cosa sucedió con la 3ª Brigada de Caballería.

Desde entonces la ciudad de Angol ha continuado guarnecida sólo por el Regimiento Húsares.

El primer jefe de la Batería Silva Renard fué el capitán René Lardinois, y el comandante del Grupo en los sucesos de Talcahuano, el teniente coronel don Enrique Jiménez Gallo.

Comandantes de la 4ª Brigada de Caballería fueron: coroneles Germán Fuenzalida, Luis A. Cabrera Negrete, Marcos Iturriaga, Benjamín Gutiérrez Vásquez, Rafael Toledo Tagle, comandante Carlos Oyarzún y comandante José Antonio Villalobos.

Comandantes de la 3ª: teniente coronel Fernando Sepúlveda O., teniente coronel Arturo Sepúlveda O., coronel Nicasio de Toro, coronel Aníbal Godoy y coronel Roberto Delgado del Villar.

Al alejarse de Angol el Grupo Silva Renard, pasó a ocupar el Cuartel Freire el Regimiento Húsares.

Fueron sus comandantes, desde 1913 a 1936; Enrique Ortiz Wormald, Ambrosio Acosta, Fernando Sepúlveda O., Nicasio de Toro, Arturo Fuentes Rabé, Roberto Izquierdo, Rodolfo Oportus, David Fontecilla, Luis Lennon Martínez, Héctor Ovalle Aldunate y Alfonso Garrido.

En la insubordinación de la Escuadra, al Regimiento Húsares correspondió en Talcahuano un peligroso papel al dominar a los insurrectos del Apostadero Naval.

Desgraciadamente, en esta acción perdieron la vida cuatro húsares: el sargento 2º don **Federico Gangas**, el cabo 2º de reserva don **Tulio Miranda Correa**, el cabo 2º de reserva don **Porfirio Zapata**, y el conscripto don **Wenceslao Mora**.

Sus restos fueron recibidos por la ciudad de Angol el 7 de septiembre, y se les rindieron los homenajes correspondientes a héroes del deber militar y ciudadano.

Húsares sufrió otra desgracia colectiva el 15 de noviembre de 1935, cuando en la cruzada próxima al cuartel, un tren atro-

pelló a un camión que conducía a elementos de la Banda del Regimiento. Allí perecieron: el sargento 1º, jefe de la Banda, don Pedro Pablo Ríos, el sargento 2º don Eliud Escobar y el cabo don José Morales. Quedaron ocho heridos de cuidado.

El **Cuartel Plaza**, núcleo de la ciudad de Angol y fuerte primitivo desde los tiempos heroicos de don Cornelio Saavedra, había quedado vacío. En agosto de 1936 el Supremo Gobierno resolvió enajenar esos terrenos, y es ahí donde se levantan ahora un teatro, una oficina bancaria, varias reparticiones públicas y numerosas viviendas particulares.

SERVICIOS SOCIALES.—BENEFICENCIA.—BOMBEROS.— POLICIA

El **Hospital San José** fué haciendo paulatinamente grandes progresos en sus instalaciones.

El Presupuesto nacional de 1913 consultó fondos para instalar la Maternidad; en enero del año siguiente llegó el instrumental para la sala de Cirugía, encargado a Europa. Recordaremos que se cobraba \$ 25 por cada operación, y a los pobres se les atendía gratuitamente.

El 1º de octubre de 1917, y gracias al interés especial gastado por la Superiora, Sor Sebastianis, se instaló el Pensionado, con tres piezas para enfermos.

A fines de junio del año siguiente se inauguró la Lavandería.

Hasta 1922 no hubo en el Hospital una sección especial para niños. El Administrador, don Marco A. Rioseco, secundado por Sor Sebastianis y el Dr. Alfredo Madrid, vieron realizado este deseo el 19 de mayo, al inaugurarse cuatro salas con capacidad para veinte camas destinadas a diez niños y diez niñas.

Sor Sebastianis, que tanto había contribuido al progreso del Hospital, abandonó la ciudad de Angol a principios de 1923.

Finalmente, a fines de octubre de 1930 quedó instalada la sección de Rayos X.

El edificio se hacía estrecho para las actividades y atenciones hospitalarias. Felizmente en 1935 pudo hacerse la construcción de nuevos pabellones, los que fueron terminados a mediados de noviembre.

Ya hemos hablado, en otra parte de esta obra, de Sor Hilaria, fallecida el 26 de diciembre de 1915.

Sor Tecla, otra abnegada monja que durante veinte años sirvió al Hospital de Angol, cuidando especialmente a los enfermos de viruela y tifus exantemático, falleció en Cauquenes, víctima de este último mal, en septiembre de 1920.

Durante este tiempo, un grupo escogido de **médicos** contribuyó a poner al Hospital de Angol en un envidiable estado de eficiencia. Entre ellos debemos recordar al Dr. Alfredo Madrid Daguet, llegado a la ciudad en agosto de 1918, y fallecido prematuramente el 31 de agosto de 1931. El Dr. Madrid logró conquistarse el cariño de todos los angolinos por la forma apostólica con que cumplió su ministerio.

Los otros médicos abnegados de este tiempo fueron los doctores Oscar San Martín, llegado en enero de 1919; Alfredo Demaría, otro apóstol de su profesión, que ejerció el cargo de médico de ciudad; y Julio Méndez Roa.

En 1914 se presentó por última vez la epidemia de **viruela** con caracteres alarmantes. Los primeros casos, que fueron numerosos, se produjeron durante el mes de junio; pero fué aumentando poco a poco hasta adquirir caracteres graves en septiembre. Fué la despedida de la viruela como epidemia en Angol.

La **Cruz Roja** se organizó, por segunda vez, con motivo de otra conmoción nacional: la movilización de tropas al Norte en 1920, con la cooperación y dirección técnica de los Drs. Alfredo Madrid y Oscar San Martín, y con miras a ser auxiliar del Ejército.

El 26 de agosto se eligió el siguiente directorio: presidenta, señora María de Spúlveda; vice-presidenta, señorita Laura Conejeros B.; secretaria, señorita Marina Conejeros B.; tesorera, señorita Benicia Elgueta; directoras, señoras Isabel Serrano de Figueroa Unzueta, Clara de Elgueta y Filomena de Larraguibel.

En enero de 1922 se constituyó el Comité Provincial de la Cruz Roja de Malleco, que presidió el comandante de la 4ª Brigada de Caballería, coronel Rafael Toledo Tagle, y que integraron las siguientes personas: vice-presidenta, señora Margarita de Melo; secretario, el Dr. Alfredo Madrid; tesorera, la señora Cesárea K. de Urzúa; pro-tesorero, don Enrique Vergara Betancourt; directores, señoras Berta de Dourthé, Amelia I. de Toledo, Melanea de Correa, señorita Dorila Aguila, presbítero don Domingo A. Daza, Dr. Oscar San Martín, don Manuel A. Melo Gacitúa y don Manuel A. Jarpa Ureta.

Una vez pasados los motivos de su organización, la Cruz Roja fué silenciándose poco a poco.

La **Gota de Leche** de Angol fué fundada el 2 de noviembre de 1928, a iniciativas de la señora Berta R. de Sepúlveda, que presidió su primer directorio.

Don Armando de Folliot, el dinámico hombre al servicio de Angol, fundó, en agosto de 1919, la **Sociedad Protectora de Animales**.

El directorio lo formaron las siguientes personas: presidente, Armando de Folliot; vice-presidente, el comandante Enrique Ortiz Wormald; tesorero, Francisco González; secretario, Alberto Fierro; directores, Agustín 2º Oliva, Enique Brown, Clodomio Concha, Ramón Solís M. y Aníbal Soto Bunster.

Esta institución desarrolló una altruista labor con la cooperación de la Policía.

El **Cuerpo de Bomberos**, desde 1913, tuvo un gran impulsor en Armando de Folliot, que fué elegido capitán de la Compañía José Bunster el 15 de diciembre de ese año.

Poco después de esa fecha, el 6 de diciembre de 1915, falleció don Antonio Muñoz Pérez, miembro fundador del Cuerpo de Bomberos, capitán de la Compañía y activo Alcalde de la Comuna.

Hasta el año 1917 los bomberos habían tenido su cuartel en una modestísima construcción instalada en el predio municipal, en el que estuvo el Teatro, frente a la Plaza.

Armando de Folliot, con la cooperación del Tesorero Fiscal, don Temístocles Conejeros M., obtuvo del Fisco la cesión de parte del sitio de la Tesorería, ubicado en calle Villarrica (Pedro Aguirre Cerda), para levantar allí un cuartel definitivo.

El 18 de noviembre se hizo la solemne entrega de este terreno e, inmediatamente, comenzó la campaña para reunir fondos destinados a comenzar el edificio, en la que se distinguió la señora Antonia de Klapp, esposa del destacado comerciante don Luis Klapp.

Es así cómo la ceremonia de la colocación de la primera piedra del nuevo edificio se hizo el 5 de febrero de 1918.

Es admirable la labor que comenzaron a desarrollar entonces los voluntarios de la Compañía José Bunster. Ellos mismos desmontaron y nivelaron el terreno destinado a cimentar la nueva casa, utilizando y manejando carretas cedidas gentilmente por algunos

hacendados. Después participaron en las faenas mismas de construcción, conduciendo materiales o controlando diariamente el desarrollo del trabajo.

Debido a esta cooperación ciudadana, el cuartel de bomberos que existe actualmente, fué una realidad.

El 2 de agosto de 1922 falleció Armando de Folliot.

El 11 de enero de 1924 fué asaltado el cuartel de bomberos por turbas políticas irresponsables, causando destrozos cuantiosos en el nuevo edificio, cuyo salón de sesiones se arrendaba, a fin de terminar las obras.

El 13 de julio del mismo año se formó una **2ª Compañía de Bomberos**, cuyos primeros dirigentes fueron: director, don Enrique Bustos Sánchez; capitán, Víctor Sánchez Aguilera; secretario, Adolfo Arriagada Garretón; tesorero, Arturo Smith Bull; teniente 1º, Ambrosio García Fuentealba; teniente 2º, Guillermo José González.

Esta 2ª Compañía de Bomberos, destinada especialmente a la guardia de la propiedad y extinción de incendios en sus comienzos con elementos químicos, se mantuvo durante cinco años. Dificultades insalvables con respecto a local y reconocimiento de un directorio general, no aceptado por algunos dirigentes de la otra Compañía, dueña de casa, determinaron su disolución.

Además de sus labores bomberiles, la 2ª Compañía de Bomberos creada en 1924 contribuyó poderosamente a la difusión de los nuevos deportes, especialmente el básquetbol, que recién nacía en la ciudad.

Hasta mayo de 1929 la Compañía de Bomberos José Bunster había arrastrado sus carros a mano. El 26 de mayo de este año bautizó su primer carro gallo automóvil.

Con respecto a los **servicios policiales**, la Policía de Seguridad se mantuvo con este nombre hasta el 1º de mayo de 1925, en que se formó el Cuerpo de Carabineros de Chile.

En junio del mismo año se constituyó el Grupo Angol, que comprendió toda la provincia; pero el 5 de marzo de 1928 se dictó el Decreto que creó las Prefecturas.

En julio de 1914 la Policía de Angol contaba con 68 miembros.

En 1921, mes de mayo, fué nombrado Prefecto, en reemplazo de don Onofre Vera, don José Dolores Ríos, quien fué retirado a raíz de sucesos políticos en julio de 1924, reasumiendo su cargo en octubre del mismo año, confirmado por la Junta de Gobierno que presidía el general Altamirano.

Además fueron Prefectos: don Adán Castro G., en agosto de 1925; don Osvaldo Pazols, en diciembre de 1925; don Anacleto Vega, en unjio de 1927; don Enrique Vargas Rojas, en el mismo año; don Pedro Améstica, en enero de 1928. Comisarios: don Carlos Díaz Vargas, en agosto de 1930, y don Carlos Peragallo en septiembre de 1932.

Con respecto al nuevo cuerpo de "Carabineros de Chile", creado el 1º de mayo de 1925, debemos dejar constancia de que en mayo de 1927 fué nombrado Comandante General de él el coronel don Fernando Sepúlveda Onfray, distinguido militar hijo de Angol.

ACTIVIDADES BANCARIAS Y AGRICOLAS.—CASA DE EMBALAJE DE FRUTAS

El 10 de julio de 1913 abrió sus oficinas en Angol la **Caja Nacional de Ahorros**, siendo Agente de ella don Temístocles Conejeros M., que renunció este cargo en noviembre del mismo año. Lo reemplazó don Javier Gumucio.

En el resto del largo período que estamos historiando, además de los dos Agentes nombrados anteriormente, la Caja de Ahorros sólo tuvo tres jefes más :don Alberto Valenzuela ,en 1915; don Anacleto Pimentel; y don Plácido Galván, en 1927. Este último, jubilado en 1952, hizo toda su carrera en la oficina bancaria de Angol, de la cual fué fundador.

El primer cajero de la pequeña oficina, que sólo tenía tres empleados, incluyeno el Agente, fué don Abel Bórquez Silva.

En el **Banco Español de Chile** sucedió algo igual con respecto a la inamovilidad del jefe. En septiembre de 1918 dejó el cargo de Agente don Alfredo Moas y fué reemplazado por don Ricardo Valdivia, que fué trasladado a la gerencia de Valparaíso el 1º de agosto de 1936.

Durante su larga estada en Angol, el señor Valdivia se distinguió por su entusiasmo en obras de progreso, de caridad y de bien general.

A fines de 1925 esta oficina bancaria, como todas las del país, debió cerrar sus puertas durante nueve meses, reabriéndose el 31 de julio de 1926 con el nuevo nombre de Banco Español-Chile.

En julio de 1927 comenzó a funcionar en Angol una oficina de la **Caja de Crédito Agrario**, cuyo primer jefe fué don Domingo Alarcón.

Con respecto a **actividades agrícolas**, la ciudad, y su región, se han distinguido por su producción frutícola y lentejera de alta calidad, especial para la exportación.

A fin de explotar en forma más racional estos productos, el 26 de febrero de 1930 los agricultores organizaron dos **Cooperativas**: una **Frutera** y otra **Lentejera**.

La primera de ellas tuvo un capital inicial de \$ 21.300, dividido en 213 acciones de \$ 100 cada una. Fué presidida por don Carlos Bordeu Alemparte, actuando como directores los señores Temístocles Conejeros M., Elbert E. Reed, Manuel Cortés Cortés y Domingo Maturana.

La Lentejera tuvo un capital de \$ 105.000, con 350 acciones de \$ 300 cada una, presidida por don Marco A. Rioseco, asesorado por los consejeros señores Nilo Miranda, Alfredo Soto Bunster, Alejandro Rivera C. y Carlos Bordeu.

La producción lentejera era entonces de 35 mil quintales.

Durante los días 19, 20 y 21 de abril de 1930 se efectuó la **1ª Exposición Frutícola** de Angol, que fué realizada con la presencia del Presidente de la República don Carlos Ibáñez del Campo.

Además de la Exposición misma, con sus secciones de frutas, semillas, horticultura y apicultura, hubo bailes, juegos populares, iluminaciones, corridas de vacas, etc. Las fiestas culminaron con un gran banquete que fué servido en el gimnasio del Liceo de Hombres.

Se hacía necesaria la existencia de una **casa de embalaje** (packing-house), en la que se pudiera hacer científicamente el lavado, clasificación y embalaje de las manzanas de exportación, y agregar una sección de deshidratación a fin de convertirlas en frutas secas.

Esto se consiguió en abril de 1929. En diciembre del año siguiente se efectuó la recepción provisoria de la Casa de Embalaje, y su inauguración oficial tuvo lugar el 17 de abril de 1931, con la concurrencia del Ministro de Fomento, don Luis Matte Larraín.

SOCIABILIDAD.—ENTRETENIMIENTOS

Durante este período de la vida de Angol nació el **Rotary Club**, el 15 de mayo de 1927, institución formada con fines altruistas, y que reúne en su seno a los representantes más destacados de las diversas actividades de un pueblo.

El presidente del primer directorio fué don Domingo Maturana; secretario, don Ricardo R. Rivas. Otros presidentes fueron: don Luis Cortés Allende, el Dr. don Oscar San Martín, el Juez don Roberto Larraín y don Germán Decher Geisse.

Hemos visto que los primeros espectáculos de **cine** eran proporcionados por compañías que iban de pueblo en pueblo ofreciendo esta novedad.

Las primeras instalaciones permanentes que hubo en Angol las tuvieron los señores José 2º Maldonado, en 1913, y Reginio del Villar, en septiembre de 1914, concesionarios del Teatro Municipal.

Don Reginio del Villar, hijo de Angol, fué un hombre popular en tierras propias y extrañas, pues por sus espectáculos teatrales novedosos llegó a ser considerado como el primer "ilusionista" de América del Sur.

Durante sus últimos años se radicó en Linares, ciudad de la cual fué 1.er Alcalde. Falleció allí el 30 de marzo de 1930.

El **cine sonoro** se conoció por primera vez en Angol a principios de 1931, con un equipo "Vry" que pasó la película "Las alegres coquetas modernas".

En junio del año siguiente, el 18, el empresario del Teatro, don Carlos Guillón, estrenó un aparato sistema "Movietone", con el cual pasó "El prodeso de Mary Dugan".

REPOSICION DE LA PROVINCIA DE MALLECO Y RESUMEN DE LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS.—1937 a 1953

ORGANIZACION DE LOS SERVICIOS.—INTENDENTES.—JEFES DE REPARTICIONES

A principios de septiembre de 1936 la Cámara de Diputados comenzó a tratar el proyecto de ley sobre el restablecimiento de la provincia de Malleco, el que fué defendido en forma decidida por los parlamentarios José Luis Osorio, Ríos, Lira, Barrueto, Augusto y Juan Smitmans, Alfredo Soto Bunster y Hernán Figueroa Anguita.

Desde la prensa colaboró con todo entusiasmo un hijo insigne de Angol: don Carlos Silva Vildósola.

Por su parte el Comité formado en Malleco, presidido por don Julio Sepúlveda Onfray, no se daba un momento de reposo.

En sesión de 8 de septiembre la Cámara aprobó el proyecto de ley, por el cual también se anexaba la comuna de Purén al

departamento de Angol. El departamento de Cura-Cautín fué creado posteriormente, por ley de 17 de septiembre de 1945.

Con respecto a Bíobío, se restableció el departamento de Nacimiento y se suprimió la comuna de Negrete.

El Senado se pronunció sobre modificaciones a fines de diciembre, y la Cámara despachó totalmente la Ley el **28 de diciembre de 1936**.

Al día siguiente todas las campanas de Angol dieron a conocer al pueblo el fausto acontecimiento. Terminaban nueve años de degradación administrativa de la ciudad.

El 10 de enero se celebraron grandes fiestas, a las cuales concurrieron delegaciones de toda la provincia. Hubo embanderamiento de la población, Te-Demum, bailes populares, fuegos artificiales, funciones gratuitas de cine, un almuerzo popular en el fundo Los Rieles, con asistencia de centenares de personas, que fué ofrecido por el dinámico Alcalde don Ramón Urzúa Meza, un banquete en el Club, en el que habló el presidente del Comité, don Julio Sepúlveda Onfray, además de diversos representantes de la provincia.

Pero el acto cívico más importante fué el Comicio en la Plaza de Armas, en el que hicieron uso de la palabra las siguientes personas: don Gregorio Fuentes Orellana, secretario del Comité; don Germán M. Muñoz Moraga, en nombre del Partido Radical; don Enrique Vergara Betancour, el senador don Hernán Figueroa Anguita y el Gobernador don Juan J. Hidalgo.

La Ley entró en vigencia el 15 de abril, y antes de esa fecha, mediados de febrero, permutaron sus cargos los Gobernadores de Mulchén y Angol, señores Aníbal Soto Bunster y Juan J. Hidalgo, respectivamente; pero el 15 de abril llegó a asumir las funciones de Intendente don Florencio Martínez Andreu. Se nombró secretario intrino a don Gonzalo Jara Bisquert.

Otros funcionarios provinciales fueron:

Abogado Provincial, don Jorge Miranda Smith.

Jefe Provincial de Sanidad, Dr. Julio Méndez Roa.

Ingeniero de Provincia, don Francisco Villalobos.

Dentista Escolar Provincial, don Carlos Mena Brücher.

Agrónomo Provincial, don Baldomero Guardiola.

Prefecto de Carabineros, Comandante Aníbal Alvear Godoy.

Ingeniero Provincial de Caminos, don Evaristo Barrios.

Jefe Sanitario Provincial, Dr. Reinaldo Rebolledo.

Jefe Provincial de Identificación, don Luis Carvajal.

Inspector Provincial de Educación, don Pedro J. Alvarado Bórquez.

Tesorero Provincial, don Benedicto Fernández.

Veterinario Provincial, don Manuel Kornblit G.

Estos servicios de carácter provincial fueron creándose poco a poco, durante 1937 y 1938.

En las elecciones parlamentarias efectuadas el 7 de marzo de 1937 resultó reelegido como diputado don José Luis Osorio, activo defensor de los intereses angolinos.

Hasta 1940, otros funcionarios:

Secretaria del Juzgado, señora María P. de Herrera, agosto de 1937; Rector del Liceo, don Leocadio Riquelme Becerra, septiembre de 1937; Comandante de Húsares, teniente coronel Fernando Carvallo; Secretario Municipal, don Alfredo Canto Ortiz, enero de 1937; el mismo cargo, don Oscar Muñoz Moraga, marzo de 1938; Rector del Liceo, don Manuel Manrique Durán, marzo de 1938; Secretario de la Intendencia, don Teobaldo Ugarte, mayo de 1938; Secretario Municipal, don Juan Rodríguez Vásquez, julio de 1938; Visitadora Social, señora Orfelina F. de Leiva, septiembre de 1938; Prefecto de Carabineros, teniente coronel don Oscar Ríos Meneses, febrero de 1939; Abogado Provincial, don Oscar Muñoz Moraga, marzo de 1939; Agente Caja de Crédito Agrario, don Germán Muñoz Moraga, marzo de 1939.

Los **Intendentes** que se sucedieron después de don Florencio Martínez Andreu, fueron:

Don Daniel de la Maza, julio de 1938.

“ Julio Sepúlveda Onfray, octubre de 1938.

“ Pedro Salas Briones, julio de 1940.

“ Nilo Miranda Jaramillo, octubre de 1944.

“ Salvador Ladrón de Guevara Opazo, diciembre de 1946.

“ Francisco Vásquez Cofré, septiembre de 1947.

“ Gregorio Fuentes Orellana, marzo de 1950.

“ José Cruz Astudillo Vallejos, febrero de 1951.

“ Diego Padilla de la Maza, noviembre de 1952.

Otras autoridades y jefes de servicios en 1953:

Juez de Letras, don César Guzmán Bunster.

Comandante de Húsares, coronel don Enrique Falcón.

2º Jefe de Húsares, teniente coronel don Rafael Monti Roa.
Prefecto de Carabineros, Tte. coronel don René Sepúlveda F.
Cura Párroco, presbítero don Ambrosio Villa E.
Notario, don Carlos Gutiérrez Pincetti.
Jefe Impuestos Internos, don Pedro Soto Soto.
Oficial del Registro Civil, don Rafael Espinoza Lavín.
Ingeniero Profincial, don Hiram Estay Martínez.
Arquitecto Provincial, don Horacio Schmidt Garrido.
Rector del Liceo de Hombres, don Horacio Sánchez Núñez.
Directora Liceo de Niñas, señora Mercedes Manosalva de

Torres.

Directora de la Escuela Normal, señora Hortensia Garrido de Rojas.

Directora Escuela Anexa, señorita Teresa Varas Rojo.

Superintendente Cuerpo de Bomberos, don Manuel J. Galaz.

Entre los **representantes ante el Parlamento**, es senador por la Agrupación don Raúl Rettig Guissen, que hizo sus estudios secundarios en el Liceo de Angol, ciudad en la cual posteriormente desempeñó actividades docentes antes de recibir su título de abogado.

El señor Rettig se ha distinguido como brillante orador parlamentario y defensor fervoroso de los principios democráticos.

Diputados son: el dinámico angolino don Julio Sepúlveda Rondanelli, hijo de don Julio Sepúlveda Onfray, gran servidor público; y don Nabor Cofré Palma, ex Inspector Provincial de Educación en Malleco y ex regidor de la comuna de Angol, puesto desde el cual fué gran puntal en el fomento de la cultura.

MUNICIPALIDADES.—SERVICIOS LOCALES.— TERREMOTOS.— DON TEMISTOCLES CONEJEROS MENDOZA.—DON LUIS COR- TES ALLENDE.—DON JOSE LUIS OSORIO NAVARRETE

Municipalidad elegida el 3 de abril de 1938 y constituida el 15 de noviembre: Alcalde, **Luis de la Parra**; regidores, Germán M. Muñoz, Víctor Villouta, Eufrasio Medina, Domingo Viveros, Dr. Mauricio Heyermann, Octavio Cifuentes, Luis Jarpa B. y Gregorio Fuentes O.

Municipalidad constituida el 18 de mayo de 1941: Alcalde: **Víctor Villouta**; regidores, Luis M. Martínez González, Tito Cortés, Ramón Urzúa Meza, Eufrasio Medina, Héctor Sepúlveda Rondanelli, Gregorio Fuentes O., Juan Seguel Bascuñán y Manuel J. Galaz.

Municipalidad constituida el 21 de mayo de 1944: Alcalde: **Víctor Villouta;** regidores, Teodoro Cid Salvo, Luis M. Martínez G., Carlos Hernández, José Antonio Soto Sanhueza, Osvaldo Herrera, Juan B. Valenzuela, Ricardo R. Rivas Godoy y Juan F. Seguel Bascuñán.

Municipalidad constituida el 18 de mayo de 1947: Alcalde: **Juan F. Seguel Bascuñán;** regidores, Fabián Morales Figueroa, Domingo Viveros Salgado, Wellington Miranda Correa, Augusto Silva Acevedo, Francisco Acevedo Trillat, Víctor L. Villouta Sanhueza, Roberto Melo Fuentealba y Alfredo Rengifo Moller.

Municipalidad constituida el 21 de mayo de 1950: Alcalde, **Víctor L. Villouta Sanhueza;** regidores, Fabián Morales F., Enrique Rojas Plaza, Néstor Strube París, Felidor Cea Aguayo, Gumersindo Medina Valenzuela, Eduvigis Moraga Muñoz de Sandoval, Francisco Acevedo Trillat y Nabor Cofré Palma.

Municipalidad constituida el 17 de mayo de 1953: Alcalde, **Víctor L. Villouta S.;** regidores, Eduvigis Moraga M. de Sandoval, Edilberto Cerna, Juan F. Seguel B., Romilio Sanhueza, Felidor Cea, Alfonso Merino, Fabián Morales F. y Wellington Miranda Correa.

En julio de 1938, a iniciativa del Alcalde de la Comuna, se comenzó a formar la **Biblioteca Nacional**, con la cooperación de la Unión de Profesores y con fondos municipales y de funciones a beneficio.

El **Presupuesto Municipal** en 1953 es el siguiente: Ingresos ordinarios, \$ 6.065.596; Extraordinarios, \$ 3.109.222; Especiales, \$ 760.

Además de los servicios corrientes en las Municipalidades, la de Angol ha creado, aparte de un servicio médico veterinario, uno de Bromatología, que está a cargo del farmacéutico-químico don Francisco Sandoval Pacheco.

La Municipalidad de Angol, cuyo Alcalde durante cuatro de los últimos períodos ha sido don Víctor L. Villouta, ha hermoseado y saneado la ciudad. La Plaza de Armas puede ser reputada como una de las más hermosas del país.

Las oficinas municipales funcionan en un cómodo edificio, en el cual también se construye el Teatro Municipal.

Angol se ha modernizado últimamente a raíz de dos sucesos trágicos: los **terremotos** del 24 de enero de 1939 y 19 de abril de 1949.

Aunque el primero de los nombrados afectó principalmente a

las provincias de Ñuble y Concepción, los daños ocasionados en Angol fueron cuantiosos, pues el sismo produjo aún dos muertos, y quedaron 17 personas heridas. Muchas casas quedaron seriamente deterioradas, algunas inhabitables, como el Liceo de Hombres, la Cárcel, el Juzgado, el Cuartel de Carabineros, el Hospital, etc.

La segunda de estas catástrofes tuvo justamente su centro en Angol y Traiguén y causó destrozos enormes. En la capital de la provincia hubo dos muertos, siendo uno de ellos el profesor don Lorenzo Trincado. En la cárcel de Traiguén perecieron 5 reclusos.

Todos los cuantiosos daños materiales comenzaron a ser reparados poco a poco, debido a la ayuda gubernativa, a la Corporación de Reconstrucción y a la acción tenaz de los representantes ante el Parlamento, señores Juan Smitmans, Luis Uribe y Julio Sepúlveda Rondanelli, joven diputado este último que ha tomado iniciativas laudables en favor de la provincia, y especialmente de Angol.

Entre los acontecimientos de trascendencia en la vida del pueblo, durante los últimos años, debemos mencionar el fallecimiento de don **Temístocles Conejeros Mendoza**, ocurrido el 22 de octubre de 1938.

La personalidad de don Temístocles Conejeros pudo ser discutida en medio de las violencias de las luchas políticas; pero nadie podrá desconocer lo que él realizó desde su alta cátedra de periodista en favor de la cultura de una región.

Podemos ver, además, en el curso de esta obra, la valiosa cooperación que el señor Conejeros prestó en todas las instituciones locales y de cuanta actividad redundara en favor de la colectividad.

Su periódico "El Colono" es el mejor monumento a su memoria.

Otro patriarca de los últimos tiempos, don **Luis Cortés Aliende**, hermano del magistrado don Manuel, falleció el 2 de enero de 1952, a la edad de 80 años.

Refiriéndose a su personalidad, el periódico "El Regional" decía:

"Hombre de trabajo, emprendedor, de una clara inteligencia y de un gran corazón, sobresalió siempre por sus grandes dotes de caballero y de gran benefactor en toda obra o institución de bien públicos. Su destacada dedicación a las obras agrícolas e industriales, en las cuales siempre descolló con relieves sobresalientes

tes, no lo inhibió para realizar una obra social difícil de igualar, y que indudablemente hará época en los anales de esta ciudad tan querida para él y en la cual formó un hogar y una familia que hoy llora con acerbo dolor su pérdida irreparable y en la cual se proyectará más allá de lo precedido su recuerdo y su obra, su genrosidad sin límites y su filantropía, su inmenso cariño para el humilde y el desamparado”.

En 1948 falleció el diputado por Malleco don **José Luis Osorio Navarrete**, que brillantemente defendió los intereses de la provincia.

El señor Osorio era angolino y, después de recibirse de abogado en 1918, desempeñó aquí cargos públicos importantes, como los de secretario de la Municipalidad, de la Intendencia y Juez de Policía Local. Además mantuvo el periódico “El Malleco” y la revista literaria “Araucanía”.

El diputado Osorio se hizo acreedor a la gratitud de Angol, y de Malleco, por su vigorosa actividad tendiente a restaurar la provincia.

PRINCIPALES OBRAS DE ADELANTO LOCAL

Durante los días 20 y 21 de julio de 1937 se hizo el **remate de los terrenos** que ocupó, frente a la Plaza, el **Regimiento Húsares**, divididos en 26 lotes.

Esta venta, hecha en el corazón de la ciudad, entregó a la urbanización un importante sector, donde pronto comenzaron a levantarse modernos edificios, como el Teatro Rex, la Caja Nacional de Ahorros y numerosos edificios fiscales y particulares.

A consecuencias del terremoto de enero de 1939, hubo necesidad de demoler la **iglesia parroquial**, cuya hermosa torre era como un faro en la vida angolina.

La actividad desplegada por el párroco, don Ambrosio Villa E., y la cooperación de sus feligreses, hicieron posible la construcción de un nuevo edificio, situado al costado sur del anterior, que fué inaugurado solemnemente el 5 de septiembre de 1948.

En la ciudad se dió nuevo nombre a algunas **calles**: la Imperial pasó a llamarse Manuel V. Bunster; Villarrica, Pedro Aguirre Cerda; Collico, Ilabaca; Covadonga, ex Catrileo, Manuel Antonio Jarpa; Rengo, ex Pinolevi, Covadonga; y avenida Huequén, Bernardo O'Higgins.

Las obras del **Estadio** fueron ejecutadas, desde mediados de

1937, por la firma Medina Hnos., efectuándose su inauguración el domingo 30 de enero del año siguiente. Hubo ese día un partido de fútbol entre los clubes Malleco y Centenario, los dos decanos del deporte angolino; básquetbol entre Malleco y un combinado; y diversas pruebas de atletismo.

Con respecto a **Educación**, en los últimos años se crearon tres importantes establecimientos: la Escuela Industrial (ex de Artesanos), el Instituto Comercial y el Hogar Infantil masculino.

La **Escuela de Artesanos** nació por Decreto 3284, de fecha 12 de junio de 1938, pero a contar del 1º de marzo del mismo año.

Conservó su primitivo nombre hasta que la Ley 9320, de 1949, la clasificó como Industrial de 2ª categoría, que actualmente conserva.

Primer Director de ella fué don Carlos Oscar Flores Rivera; segundo, don Carlos Cerda Contreras, hasta junio de 1945, en que asumió el actual Director, don Fabián Morales Figueroa.

En la rama de Artesanos, la Escuela Industrial tiene cursos de herreros, mecánicos, carroceros rurales y maquinaria agrícola. En especialidades, mecánicos gásfiteros, mecánicos para la agricultura, instaladores electricistas y herreros carroceros.

Comenzó en 1938 con 61 alumnos, y en 1953 cuenta con 137, habiendo alcanzado su matrícula, en años anteriores, a 150.

Además del Internado, tiene una escuela anexa nocturna con cursos de mueblistas y ajustadores mecánicos, cooperativa, bay-scouts y sección bienestar.

El **Instituto Comercial** nació como un curso agregado a la Escuela Industrial, el 5 de mayo de 1947.

Vino como profesor de ese curso el actual Director, don Armando Bravo B., organizador de la enseñanza comercial en Angol.

Aquel curso tenía 33 alumnos: 16 hombres y 17 mujeres.

El Instituto fué creado por Decreto 6369, de 30 de agosto de 1950, llegando a contar en 1952 con ocho cursos, un alumnado de 57 hombres y 68 mujeres. Este último año tres alumnos terminaron sus estudios como contadores.

La Municipalidad y la Cámara de Comercio han prestado eficaz cooperación en las labores del Instituto Comercial.

El **Hogar Infantil**, creado el 16 de mayo de 1941, debió su existencia a iniciativas del Intendente de Malleco, don Pedro Salas Briones, quien convocó a una asamblea de vecinos, con este objeto, en septiembre de 1940.

Un Decreto Supremo, de 22 de octubre de 1941, le concedió la personalidad jurídica; y otro, de 5 de julio de 1943, le dió vida oficial.

El Hogar comenzó a funcionar el 1º de marzo de 1944, con 39 alumnos internos, dirigido por don Víctor Hernández C.; en 1953 su Director es don Fermín Balocchi P.

El primer directorio del Hogar Infantil, elegido el 16 de mayo de 1941, fué el siguiente: presidente, don Augusto Schuster; vicepresidente, don Lázaro Topali; secretario, don Nabor Cofré Palma; tesosero, don Eealzar Carrasco; directores, señores Pedro Salas Briones, Dr. Julio Méndez Roa, Dr. Reinaldo Rebolledo y Dillman S. Bullock.

El directorio de 1953 lo forman: presidente, don Lázaro Topali; vicepresidente, don Rolando Riquelme; secretario, don Armando Bravo B.; tesorero, don Alberto Salazar; directores, señora Concepción Martínez de Castillo, señorita Viola Navarrete (Visitadora Social), y señores Danilo Baldovino, Eufrasio Medina, Guillermo Polete, el Inspector Provincial de Educación y el Director de la Escuela.

En el **Liceo de Hombres**, en abril de 1945 asumió el cargo de Rector don Horacio Sánchez Núñez. Inspector General del establecimiento es el hijo de Angol, y destacado deportista, don Eleazar Cabrera Ceballos.

El Liceo cuenta con 15 cursos: 3 de Preparatorias y 12 de Humanidades.

En relación con la educación y la cultura, el 9 de julio de 1950 se fundó el **Centro de ex Alumnos de la Universidad de Concepción**, destinado a estrechar vínculos entre la Universidad penquista y las ex lumnos residentes en la región, con fines de difusión cultural.

Sus principales organizadores fueron don Federico Sánchez Santana y el Dr. don Duberlí Yáñez Araya.

El primer directorio fué el siguiente: presidente, Federico Sánchez Santana; secretario, Dr. Duberlí Yáñez Araya; tesorero, Néstor Strube París; directores, Rolando Riquelme V. y César Ramírez S.

Este directorio se ha mantenido casi igual hasta ahora, pues el señor Ramírez pasó a desempeñar el cargo de secretario.

El Centro ha auspiciado conferencias culturales de importancia, dadas por escritores de renombre nacional, y espectáculos de arte de alta jerarquía.

El **Cuerpo de Bomberos** se formó definitivamente, a base de tres Compañías, el 28 de abril de 1941.

Su primer directorio general fué el siguiente: superintendente, don Manuel J. Galaz; comandante, Dr. don Mauricio Heyermann; ayudante general, don Tulio Serafini Onetto; secretario, don Elías Bolívar; director 1ª Compañía, don Miguel Cortés Sepúlveda; 2ª, don Eufrasio Medina V.; 3ª, don Francisco Acevedo Trillat.

Directorio de 1953: superintendente, don Miguel Cortés Sepúlveda; vice-superintendente, don Horacio Gutiérrez Novoa; secretario general, don Héctor Pagani Ponce de León; ayudante general, don Luis Barrios Duncan; tesorero general, don Elías Bolívar; 1.er comandante, don Luis Galaz Pellizari; 2º comandante, don Florín Morales; inspector de máquinas, don César Vega. Directores: 1ª Compañía, don Mauricio Heyermann; 2ª, don Benito Bravo; 3ª, en reorganización.

El **Club de Leones** de Angol fué fundado el 9 de febrero de 1952, a iniciativa de don Ginés Merino, y con la intervención del representante especial de Lyons International don Francisco Javier Díaz Salazar.

El primer directorio fué presidido por el Dr. don Mauricio Heyermann, actuando como secretario y tesorero, respectivamente, los señores Ginés Merino y Dr. Eduardo Strube París.

Una de las primeras actividades del Club de Leones fué la de colocar una placa recordatoria de Pedro de Oña en el Liceo de Hombres.

Con respecto a **periodismo**, fué sensible el desaparecimiento definitivo de "El Colono" y "El Malleco", en 1937 y 1939, respectivamente.

Apareció después un diario titulado "La Calle", que tuvo corta vida.

Como Angol quedara sin una hoja informativa local, indispensable para las publicaciones de carácter oficial, don Manuel Mejías Ruiz echó sobre sus hombros la pesada tarea de mantener, solo, un pequeño periódico con el nombre de "Esfuerzo".

Este órgano periodístico lleva ya doce años de vida, pues fué fundado el 14 de junio de 1941.

El señor Mejías es un técnico gráfico que llegó a Angol en 1921, donde trabajó, sucesivamente, en "El Colono" y "El Malleco". Su principal cooperador ha sido el antiguo periodista don Ruperto Ross.

En octubre de 1947 apareció "El Regional", dirigido por el

abogado don Humberto Rivera Vega, que duró cinco años, pues desapareció en noviembre de 1952. En él colaboraron: el escritor José Elías Bolívar Herrera, Luis Jara Sánchez y Jorge W. Méndez Espinoza.

Finalmente, el 17 de septiembre de 1952 vió la luz pública otro periódico denominado "**El Malleco**", cuyo editor propietario es don Héctor Aquevedo Zúñiga, ex empleado de "El Colono" en sus últimos años.

En 1946 se formó el **Círculo de Periodistas** de Angol, cuyo directorio actual es el siguiente: presidente, don Dagoberto Alarcón F.; vice-presidente, don Enrique Gerias R.; secretario, don Caupolicán Cerda A.; tesorero, don Leonardo Belmar M.; director, don Sigifredo Arancibia.

Bajo los auspicios de esta entidad periodística, se fundó, en 1952, el **Círculo de Periodistas y Corresponsales** de Malleco, presidido también por don Dagoberto Alarcón F.

Ambas instituciones han colaborado eficazmente en la solución de importantes problemas locales y de la provincia.

La Asociación de la **Cruz Roja** de Angol, fundada a iniciativa de la Liga Femenina de Acción Social, celebró su sesión constitutiva el 22 de junio de 1946, y fué reconocida oficialmente por el Comité Central de la Cruz Roja Chilena el 20 de agosto de ese año.

La Cruz Roja mantiene un dispensario para la atención de las clases menesterosas; ha organizado un cuerpo de dadores de sangre y campañas en pro de la salud pública; y forma personal preparado para actuar en caso de calamidades nacionales.

Su directorio actual es el siguiente: presidenta, señora María Sylvester de Sánchez; vice-presidenta, señora Fidelia Garriga de Decher; secretaria, señorita Teresa Partarrieu Navarrete; pro-secretaria, señora Lily Bunster de Brandenburg; tesorera, señorita Elsa Rodríguez Verdejo; pro-tesorera, señora Olga Brown de Collins; directoras, señoras Olga Alemparte de Cruz, Eduvigis Moraga de Sandoval, Raquel Bustos de Musre, Cristina Moraga de Muñoz, Adelina C. de Aguirre y señorita Blanca Jacques Manríquez. Director médico, Dr. Mauricio Heyermann Torres.

El **Club Aéreo** de Angol fué fundado en 1944. Su aeródromo, designado con el legendario nombre de "Los Confines", se instaló en la pampa Freire, vecina al Regimiento Húsares, donde se levantó un espléndido hangar de aluminio.

Desde su fundación, el Club Aéreo ha sido presidido por el Dr. don Mauricio Heyermann Torres. Posteriormente fué designado

presidente honorario don Lázaro Topali Saeger, benefactor de la institución.

Entre sus miembros activos más destacados se cuentan los señores Pablo Parant Pouchuq y el teniente de aviación Hernán Topali Bruckmoser.

Hasta 1953 han obtenido sus despachos cuatro cursos de vuelo, que comprenden 24 pilotos. Se cuenta con cuatro máquinas del Club y dos particulares.

El último directorio es el siguiente: presidente honorario, don Lázaro Topali Saeger; presidente efectivo, Dr. Mauricio Heyermann Torres; secretario, don Néctor Strube París; pro-secretario, don Armando Lama Lama; tesorero, don Francisco Cabrera Ceballos; directores, don Hernán Pooley y don Humberto Rivera Vega.

En la vida reciente angolina es necesario destacar, no sólo en el deporte y en las actividades de la aviación civil, el nombre del Dr. don Mauricio Heyermann Torres, que ha hecho un verdadero apostolado de su profesión médica.

Aparte de las actividades agrícolas, especialmente frutícolas, que lo han hecho conocido en el extranjero, Angol tiene una silenciosa pero efectiva **vida industrial**: la Compañía Molinera El Globo, los molinos de don Roberto Parant e hijos y "La Frontera", de don Francisco Urrutia Medina; la maltería de don Juan Frielde e hijos; la cantera de Deuco, de don Julio Plesch; las cerámicas Lablée y de la señora Laura de Serra e hijos; fábricas de tejas de don Guillermo Maturana y de don Luis Strube; barracas de madera y fábrica de puertas y ventanas de don Tulio Serafini Onetto y don Miguel Rodríguez Hidalgo; fábricas de cecinas "Las Delicias", de don Federico Sánchez Santana; de baldosas y tubos de cemento, de don Eufrasio Medina V.; de escobas, de don Gumersindo Medina V.

Y así llegamos, en Angol de 1953, al fin de este largo recorrido histórico que abarca cuatro siglos.

Es la historia de la dominación definitiva de Arauco.

Es la justa exaltación del indio indómito y de su contendor, el bravo español.

BIBLIOGRAFIA

Parte colonial

Documentos coloniales: Archivo José Toribio Medina, Biblioteca y manuscritos de Benjamín Vicuña Mackenna, Documentos de Claudio Gay.

Cronistas y escritores coloniales: Carvallo y Goyeneche, Diego de Rosales, Alonso de Góngora y Marmolejo, Pedro de Córdoba y Figueroa, Miguel de Olivares, Fernando Alvarez de Toledo, Santiago de Tesillo, Pedro de Oña y Mariño de Lobera.

Enrique Matta Vial: "El licenciado Pedro de Oña".

Crescente Errázuriz: Obras sobre la Conquista.

Barros Arana: Historia General de Chile.

Francisco Encina: Historia de Chile.

Tomás Guevara: Historia de la Civilización de la Araucanía.

Solano Astaburuaga: Diccionario Geográfico.

Riso-Patrón: Diccionario Geográfico.

Parte republicana

Además de Barros Arana y Encina:

Leyes y Decretos del Gobierno.

Documentos: de la Intendencia de Arauco (1852 a 1875); del Territorio de Colonización de Angol (1875 a 1887); de la provincia de Malleco (desde 1887); de los Ministerios de Guerra (Asuntos de Frontera), Interior y Relaciones Exteriores y Colonización; de telégrafos, ferrocarriles, beneficencia y municipalidades.

Documentos de don Cornelio Saavedra.

Memorias de los Intendentes o Gobernadores y Comandantes Generales en la Araucanía.

Actas de la Municipalidad de Angol.

Horacio Lara: "La Araucanía".

Leandro Navarro: "Crónica Militar de la Araucanía".

Ambrosio Letelier: "Un viaje a la Araucanía".

Tomás Guevara: "Historia de la Civilización de la Araucanía". "El Malleco".—1877 (20 números).

"El Eco del Sur".—11 de enero de 1883 a 19 de febrero de 1887 (394 números).

"El Colono".—13 de diciembre de 1885 a 8 de mayo de 1931 (9.036 números).

"El Malleco".—17 de junio de 1922 a 13 de mayo de 1939 (2.579 números).

"El Regional".—Octubre de 1947 a noviembre de 1952.

"El Araucano".—Periódico oficial de Chile, desde 1830 a 1877.

INDICE

Diferentes etapas en la vida de la ciudad	7
La Historia de Angol	9
Algunos datos geográficos y económicos	11
Algo de prehistoria	15

ANGOL DE PEDRO DE VALDIVIA

El descubrimiento	19
"Desde ahora comienzo a ser señor"	22
La Ciudad de los Confines	23
Quién era Francisco Gutiérrez Altamirano	26
Los cronistas contemporáneos	27
Autoridades de los Confines	28
El desastre	29
Por qué Angol no tuvo escudo de armas	31

ANGOL DE FRANCISCO DE VILLAGRA

Ruina española y altivez india	35
Angol vive por segunda vez	36
Período de anarquía — Despoblación de Angol	38

ANGOL DE DON GARCIA DE MENDOZA

Los Infantes, o San Andrés de Angol	43
Primeras actividades de Don García de Mendoza	43
Nueva fundación de Angol	45
Angol durante el gobierno de Villagra	47
Restauración del fuerte de Purén	48
Nuevas operaciones y desastre de Lincoya	49
Asalto a Angol	50
Traslado de la ciudad	53
El asedio de Arauco	55
El Gobernador Pedro de Villagra y Angol	56
Nuevas desgracias para la colonia	59
Defensa de Angol	61

Sitio de Concepción y otros acontecimientos	63
Período de tranquilidad	68
Angol durante el gobierno de Rodrigo de Quiroga	69
Durante el gobierno de la Audiencia	70
Angol de Bravo de Sarabia	71
Difícil situación de Angol	74
Terremoto del 8 de febrero de 1570	75
Combate del río Purén	76
Pedro de Oña	80
El tercer gobierno de Rodrigo de Quiroga	84
Paralización de la ofensiva.— Los corsarios	87
Martín Ruiz de Gamboa y Alonso de Sotomayor	89
La ciudad de Angol capital guerrera	90
Oñez de Loyola	100
Ruina de las ciudades del sur.— Viscarra y Quiñones	108
Lo que fué la ciudad	115

ANGOL DE ALONSO GARCIA RAMON

Cuarta ciudad de Angol	121
El desastre de Boroa	124
Angol nuevamente postergado	125
Campaña de 1610	126
Un extraño guerrero: Catalina de Arauco	129
Luis Merlo de la Fuente	130
Juan Jaraquemada	133
Alonso de Rivera	134
Guerra defensiva	135
Otros jefes indios	137

ANGOL DE FRANCISCO LAZO DE LA VEGA

Don Francisco Lazo de la Vega y nueva repoblación de Angol	142
El marqués de Baidés y la despoblación de Angol	146

LA ULTIMA CIUDAD COLONIAL

La misión de Santo Tomás de Colhue y el último Angol colonial	153
La Araucanía durante la segunda mitad del siglo XVII y primera del XVIII	154

Fin del fuerte de Purén	160
Plan de la repoblación de Angol en 1737	162
1766	163

ANGOL REPUBLICANO

Cronología administrativa	171
Dos etapas diferentes	173

PERIODO MILITAR.—1862—1887

Antecedentes históricos	177
Comienzos de insurrección	177
Siguen los desmanes de los indios	179
Campañas de 1861	180
Plan de don Cornelio Saavedra	181
Régimen especial de la Frontera	185
Orelie Antoine	185
Exito y vacilaciones	191
Ocupación y fundación de Angol	193
Primeros trabajos y progresos locales	203
Otras operaciones y renuncia de Saavedra. Coronel José Manuel Pinto	207
Coronel don Basilio Urrutia	209
Actividades de carácter civil	215
El coronel Saavedra en la Baja Frontera	219
La Línea del Malleco	221
Alta y Baja Frontera.— General José Manuel Pinto.— Fundación de Purén	225
Don Cornelio Saavedra se retira de la Frontera.— Fundación de Lumaco	229
Lo sucedido en la Línea del Malleco (1868)	231
Continúa el alzamiento (1869)	236
Período de calma (1869)	241
Se reanudan las hostilidades (1869)	244
Angol, departamento, y capital de Arauco	247
Ataque a Collipulli y término del mandato del general Pinto (13 de febrero de 1871)	253
Primer período de un nuevo gobierno del general Basilio Urrutia.— Fundación de LOs Sauces	255
Vida civil entre 1871 y 1875	258

Territorio de Colonización de Angol.— Continúa en el mando el general Urrutia.— El ferrocarril.— Primer periódico	261
Nuevo avance de frontera.— Fundación de Traiguén	266
Angol, según las Memorias del general don Basilio Urrutia ...	269
La Frontera y la Guerra del Pacífico	272
Fin del gobierno del general Urrutia.— Avance hasta el Cautín.— Fundación de Temuco	274
El coronel don Gregorio Urrutia jefe de la Frontera.—Avance hasta Villarrica	276
Aspectos generales de la colonización considerados por el ingeniero don Teodoro Schmidt	282
Fin del gobierno militar en la Araucanía.— Provincia de Malleco	286
Servicios administrativos y progresos culturales.— "El Eco del Sur" y "El Colono"	289
Ambiente angolino	295
Otros aspectos de la vida angolina antes de 1887	302
Los hombres que lucharon	311
Datos Biográficos de don Cornelio Saavedra	313
El general don José Manuel Pinto	315
El general don Basilio Urrutia (1871 — 1879)	316
El general don Gregorio Urrutia (1881 — 1883)	318
General don Marco Aurelio Arriagada y general don Alejandro Gorostiaga	321
Sacrificios y recompensas	322
Aspecto de Angol, capital de Malleco	325
Labor y tranquilidad.— El Ferrocarril (1880 a 1890)	328
Servicios locales de Angol	332
Educación Pública.— Liceo de Hombres.— Colegio de Santa Ana	335
La Revolución del 91	338
Consolidación del nuevo Régimen gubernativo	344
Angol desde 1893 hasta el fin del siglo	
Ambiente general	347
Servicios administrativos fiscales.—Parlamentarios	350
Servicios municipales	352
Educación	355
Servicios policiales	359

Militares.—Tiro al blanco.—Conflicto con Argentina	360
Fin de siglo	362

Siglo XX, hasta el Cincuentenario (1912)

Período de decadencia.—Ángol deja de ser un gran centro militar.—Comercio e industria	362
Acontecimientos importantes.—Beneficencia y Culto	365
Autoridades y funcionarios.—Servicios municipales.—Policía	370
Educación.—Periódicos.—Sociabilidad.—Deportes	375
Conmemoración del Cincuentenario de la actual ciudad de Ángol	382

**Desde 1913 hasta desaparición de la Provincia de Malleco
(1º de enero de 1928) y restauración (28 de diciembre de 1936)**

Tranquilidad durante diez años.—Período de trastornos políticos.—Se suprime la provincia.—Autoridades y servicios públicos	383
Otros acontecimientos importantes.—Personalidades y benefactores	389
Servicios municipales y obras públicas	392
Educación.—Scoutismo.—Prensa.—Deportes	397
Militares.—Húsares.—Tren 4.—Silva Renard	404
Servicios sociales.—Beneficencia.—Bomberos.—Policía	406
Actividades bancarias y agrícolas.—Casa de embalaje de frutas	410
Sociabilidad.—Entretenimientos	411

Reposición de la provincia de Malleco y resumen de los últimos acontecimientos

Organización de los servicios.—Intendentes.—Jefes de reparaciones	412
Municipalidad.—Servicios locales.—Terremotos.—Don Temístocles Conejeros Mendoza.—Don Luis Cortés Allende.—Don José Luis Osorio Navarrete	415
Principales obras de adelanto local	418
Bibliografía	425

ESTE LIBRO TERMINO DE IMPRIMIRSE
EL DIA SABADO TRES DE OCTUBRE DE
MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y TRES
EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA
"ATENEA", CALLE CONDOR NUMERO
NOVECIENTOS CUARENTA Y DOS, SAN-
TIAGO. EL AUTOR AGRADECE LA CO-
LABORACION PRESTADA POR LOS
SIGUIENTES OPERARIOS DEL TALLER:
ALFREDO BARRIA Y RODOLFO HAUN,
LINOGRAFOS; REINALDO GOERKE, PREN-
SISTA Y LEONEL ROSAS, AYUDANTE.





IMPRESA "AIENEA"
CONDOR 842
Santiago